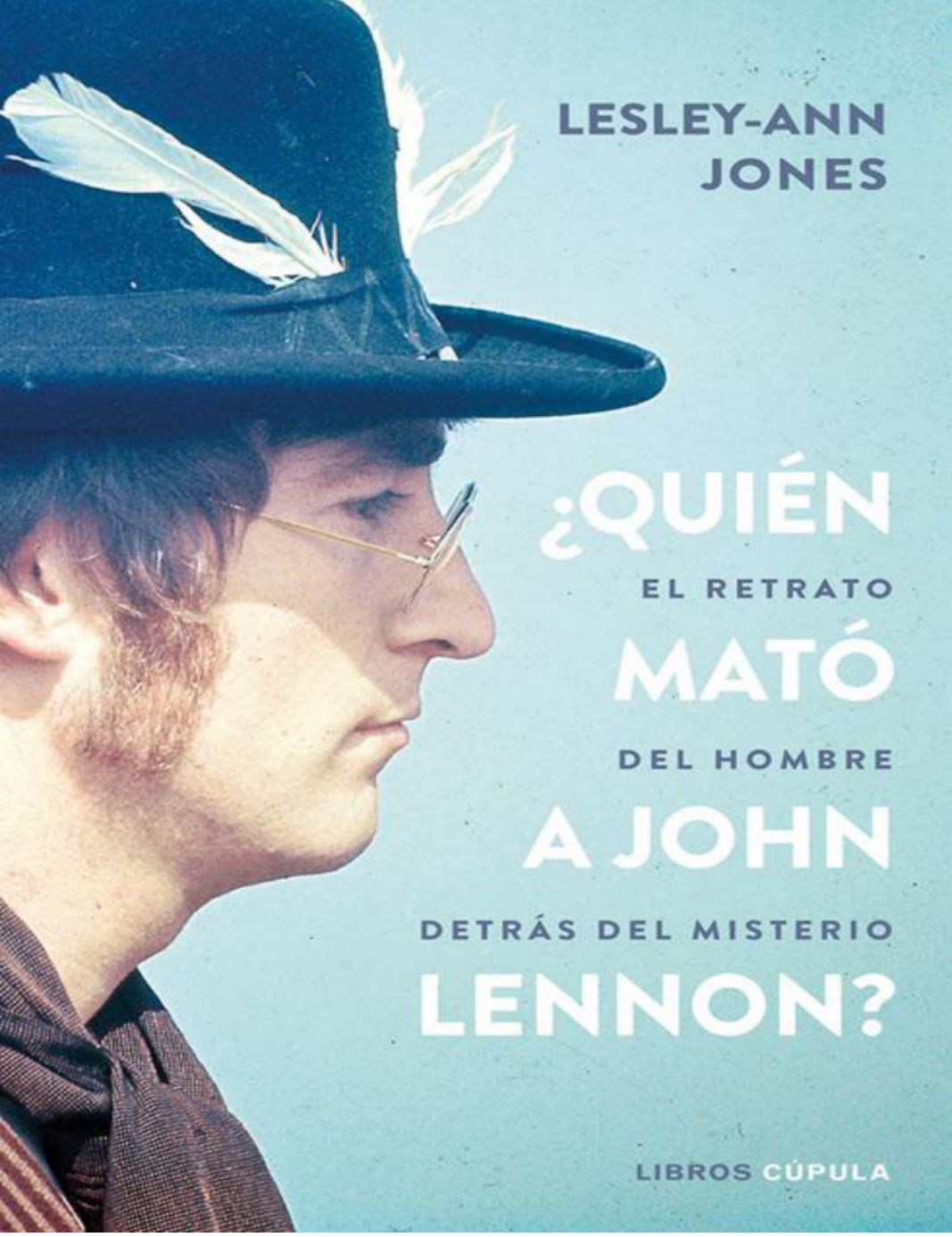


LESLEY-ANN JONES

¿QUIÉN MATÓ A JOHN LENNON?

EL RETRATO DEL HOMBRE DETRÁS DEL MISTERIO

LIBROS CÚPULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Recuerdos
Confluencias
Abandonado
Julia
Luna
Gioconda
Infierno
Svengali
Quintus
Amerigo
Alma
Años vividos
Redentor
Yoko
Arenas movedizas
Revelación
Metamorfosis
Kyoko
May
Resurrección
«Replay»
Final
Día a día: cronología seleccionada
En otras palabras...
Canciones en homenaje a John
Música
Bibliografía escogida y recomendaciones

Agradecimientos
Sobre la autora
Láminas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En este nuevo, inquietante y detallado estudio del gran músico, la aclamada biógrafa musical Lesley-Ann Jones desentraña el enigma que fue John Lennon, para presentar un retrato completo del hombre, de su vida, sus amores, su música, su muerte prematura y su extraordinario legado. Excavando profundamente bajo sus muchas capas, Jones rastrea de cerca los eventos de la vida y los rasgos de personalidad que llevaron a Lennon a vivir en un exilio autoimpuesto en Nueva York, donde fue asesinado a tiros frente a su apartamento. ¿Quién o qué mató a John Lennon? ¿Y cuándo murió el «verdadero» John Lennon? Las cuatro balas disparadas en su cuerpo por el asesino Mark David Chapman en Nueva York el 8 de diciembre de 1980 fueron, en opinión de Jones, solo el último clavo.

Bellamente escrito y basado en profusas investigaciones recientes de primera mano y en entrevistas exclusivas con las personas cercanas que mejor conocían a Lennon, Jones ofrece una mirada fascinante, sincera y completa a una de las leyendas más eternas del mundo, profundizando en su psique: el bueno, el malo y el genio, cuarenta años después de su muerte.

Basándose en sus veinticinco años como periodista e investigadora, Lesley-Ann Jones no deja piedra sin remover. Su investigación la ha llevado por todo el mundo, desde Liverpool hasta Londres, desde Tokyo hasta Nueva York, volviendo sobre los pasos de Lennon, para pintar un retrato compasivo pero franco de la superestrella: un examen de un personaje complejo que atraerá a una nueva generación de fans, así como a aquellos que tienen la edad suficiente para recordar dónde estaban el día del asesinato de John Lennon.

¿QUIÉN MATÓ A JOHN LENNON?

El retrato del hombre detrás del misterio

LESLEY-ANN JONES

Traducción de Eva Raventós y Fernando Garí Puig

LIBROS CÚPULA

A papá: el luchador permanece.
Kenneth Powell Jones.
11 de octubre de 1931-26 de septiembre de 2019
In memoriam de John Winston Ono Lennon
9 de octubre de 1940-8 de diciembre de 1980

Recuerdos

Los ritmos de la mente y la memoria son como las mareas: cambian de forma constantemente. Incluso quienes estuvieron allí, quienes conocieron y experimentaron a John Lennon de primera mano, pueden tener tendencia a olvidar cosas. Algunos reescriben la historia para tapar los huecos, y deben ser perdonados por ello. Cuarenta años son toda una vida. Lo fueron para John. Sin embargo, él no parece tan remoto. El 2020, un año importante —el cuadragésimo aniversario de su asesinato, el quincuagésimo de la disolución de los Beatles,[1] el sexagésimo de la estancia de la banda en Hamburgo y el año en el que John hubiese cumplido ochenta—, parece el momento adecuado para volver la vista atrás y replantear su historia. Si tienes menos de cincuenta años, no habías nacido cuando los Beatles se separaron. Si tienes menos de cuarenta, aún no estabas vivo cuando John murió. ¿Inimaginable? ¿No te parece, como a mí, que él sigue aquí entre nosotros?

Hay tantas versiones de su historia como mentes que puedan contarla. Donde la verdad es un punto de vista, los hechos y los números pueden ser una molestia. Cuando el recuerdo se distorsiona con suposiciones y teorías, puede llevar a confusión. Si las conjeturas son la raíz de todos los errores, la especulación es la ladrona del pensamiento racional. Y todo ello estorba. John lo acuñó (¿lo hizo?) en una frase de la letra de «Beautiful Boy (Darling Boy)», en el último álbum que vio publicado, *Double Fantasy*: «La vida es lo que sucede mientras haces otros planes».[2]

John dijo muchas cosas en su atareada y contradictoria media vida. Dio marcha atrás muchas veces, reescribiendo su propia historia y sus procesos de pensamiento constantemente. Esta tendencia confunde a la cronista de la misma forma que los relatos contradictorios y los recuerdos cambiantes de las personas cercanas a él, o que se cruzaron en su camino. Hacer que continúen haciendo conjeturas es muy propio de John. ¿Confundida, tal vez? Puede, pero

no soy la única.

*

Todos conocemos el final. Sucedió en Nueva York, el lunes 8 de diciembre de 1980. Una noche borrascosa, pero excepcionalmente suave para la época del año. John y Yoko volvían a casa en limusina después de una sesión de tarde en el estudio Record Plant, y llegaron al edificio Dakota alrededor de las 22.50 horas. Los abordó un sintecho nacido en Texas con una pistola de calibre 38 de Charter Arms y una copia de *El guardián entre el centeno* de J. D. Salinger. Mark Chapman, de veinticinco años, que había estado esperándolos, disparó cinco balas a John sin inmutarse. Cuatro lo alcanzaron. La policía lo llevó al hospital Roosevelt, en la calle 59 con Central Park, donde el cirujano general de tercer año David Halleran, de veintinueve años, puso el corazón de John en sus manos practicándole un masaje cardiaco y suplicando un milagro en silencio.

El doctor..., ¿quién? ¿No se reconocían en informes anteriores los esfuerzos de Stephan Lynn y Richard Marks por salvarle la vida a John? El doctor Lynn ha concedido muchas entrevistas, con sus recuerdos cada vez más adornados. Lynn también declaró que Yoko golpeó repetidamente su cabeza contra el suelo del hospital. Pero en 2015, después de haber oído durante años a otros médicos otorgarse el mérito, David Halleran dio un paso al frente «por el bien del rigor histórico». En una entrevista para el programa *Media Spotlight Investigation* de Fox TV dijo, para que constase, que ni Lynn ni Marks habían tocado el cuerpo de John. Dos enfermeras, Dea Sato y Barbara Kammerer, que trabajaron con él en la habitación 115 aquella noche fatal, sustentaron su declaración. Yoko también dio un paso al frente y negó sus histéricos cabezazos. Insistió en que se había mantenido tranquila durante todo el proceso por el bien de su hijo Sean, que entonces tenía cinco años, y ha respaldado la versión de los acontecimientos del doctor Halleran. Pero ¿por qué no había hablado antes?

> Sencillamente, sería muy impropio de un profesional que apareciera para decir: «Hola, soy David Halleran y me ocupé de John Lennon», dijo. En aquel momento, yo quería meterme debajo de una piedra; solo quería irme a casa. Estaba consternado, disgustado; de algún modo, te sientes responsable, y te

planteas si podrías haberlo hecho de otra forma.

¿Estabas en América en aquel momento? ¿Fuiste uno de los veinte millones de telespectadores que veía en casa el partido de los New England Patriots contra los Miami Dolphins en la cadena ABC que el comentarista Howard Cosell interrumpió para dar la noticia bomba de que habían disparado a John? ¿Fuiste uno de los millones de personas que recibieron la noticia de última hora en NBC y CBS? ¿Tal vez fuiste uno de los miles que se dirigieron al Upper West Side para unirse a la vigilia? ¿O estabas atrapado en algún otro lugar del mundo y sintonizaste más tarde para ver cómo una muchedumbre de fans tremendamente afligida se hundía en el lodo de Central Park, ponía flores en las verjas del edificio Dakota y gimoteaba: «Dadle una oportunidad a la paz»?[3] ¿Oíste que sonaba una versión instrumental de «All My Loving» en el hilo musical del hospital en el momento en que le dijeron a Yoko que su marido había muerto? El productor de televisión Alan Weiss lo oyó. Resulta que estaba tumbado en una camilla en el pasillo del hospital justo en aquel momento, esperando tratamiento después de sufrir un accidente de moto. ¿Existen las casualidades?[4]

Si habías nacido en aquella época y estabas en Inglaterra cuando sucedió, probablemente, estuvieras profundamente dormido. John murió alrededor de las once de la noche (horario de Nueva York) del 8 de diciembre (los informes varían con respecto a la hora precisa de la muerte), lo que significa que en el Reino Unido eran cerca de las cuatro de la madrugada del martes 9 de diciembre. La noticia cruzó el Atlántico de la mano del reportero de la BBC afincado en Nueva York Tom Brook, que a su vez fue informado por Jonathan King, cantautor y antiguo magnate del pop, que en aquel momento también vivía allí. Brook corrió hacia el Dakota. Llamó al programa *Today* de Radio 4 desde una cabina en la acera. No había magacines matutinos en televisión en aquella época, y la mayoría de la gente escuchaba la radio por la mañana. Le dijeron a Tom que volviese a llamar a las seis y media, cuando empezaba el programa en directo, que aquel día copresentaba Brian Redhead. Cuando nos levantamos para ir al colegio, a la universidad, al trabajo o a pasear al perro, lo impensable ya estaba por todas partes.

*

¿Dónde estabas cuando te enteraste?

He aquí la cuestión. Haciéndonos eco del acto inaugural del eterno soliloquio del príncipe Hamlet, es, sin duda, la gran pregunta de nuestros tiempos.[5]La generación silenciosa, nacida entre mediados y finales de la década de 1920 y principios-mediados de la década de 1940, y la generación del *baby boom* posterior a la guerra tienden a recordar sus paraderos y lo que estaban haciendo cuando supieron del asesinato de John F. Kennedy. Esto salió en la conversación con mis tres hijos cuando empecé a investigar para escribir este libro. «Tenéis que entender —dije— que John Lennon fue nuestro JFK.» «¿Por qué? —dijo mi hijo estudiante—. ¿Qué tiene que ver un aeropuerto con eso?»

Los *millennial* y *posmillennials*, o las generaciones Y y Z, respectivamente, a veces asocian la pregunta a la muerte de Diana, la princesa de Gales, incluso si aún eran bebés que iban en brazos o no habían nacido en el momento del accidente. Son los que están en medio, los miembros de la generación X, que empezaron a llegar a principios de los sesenta, quienes tienen más posibilidades de conectarla con John Lennon.

Esta es una trinidad de muertes sinsentido que tienen más en común de lo que pueda parecer a primera vista. En los tres casos, las teorías de la conspiración persisten. Cuando el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos fue asesinado en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963, rápidamente se propagaron las especulaciones. ¿Actuó en solitario el presunto asesino, Lee Harvey Oswald? ¿Trabajaba para la mafia? ¿La organización tenía algún vínculo con Cuba? ¿Cuántas veces disparó? ¿Los disparos salieron de la ventana de un sexto piso, desde atrás, o del infame montículo de hierba[6] que había delante del desfile? Incluso las leyes físicas de la investigación han generado debate durante mucho tiempo. De hecho, han pasado casi sesenta años desde el fatídico día y la discusión sigue viva. Después de que Lady Di y Dodi al-Fayed muriesen en un paso subterráneo en París el 31 de agosto de 1997, un misterioso Fiat Uno se convirtió en el emblema de la tragedia. Se investigaron 175 demandas de conspiración. El demandante principal, el magnate egipcio Mohamed al-Fayed, estaba detrás de la más seria: que la

princesa fue asesinada por encargo porque llevaba en su vientre al niño de su hijo y heredero. Hoy en día, mucha gente piensa que fue asesinada por el Servicio Aéreo Especial británico, un cuerpo de fuerzas especiales del Ejército.

En cuanto a John, se ha especulado durante mucho tiempo con que su muerte estuvo relacionada con la vigilancia de la CIA y del FBI como resultado de un activismo de izquierdas anterior; que al asesino convicto Mark Chapman le habían lavado el cerebro para convertirlo en asesino y era un «candidato de Manchuria»;[7] que José Perdomo, el ya fallecido portero que estaba en la garita del edificio Dakota, era un exiliado cubano relacionado con la fallida invasión militar anticastrista de 1961 de bahía de Cochinos. Al final, la simple verdad no puede satisfacer al teórico de la conspiración (véanse también los terraplanistas, el certificado de nacimiento de Obama o la demolición controlada del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001). Los expertos apuntan a los sesgos de proporcionalidad y explican las teorías de la conspiración como mecanismos para afrontar acontecimientos insoportables. La gente que huye de la razón necesita cosas más grandes a las que culpar.

*

¿Estabas aquí en 1980? ¿Eres lo suficientemente mayor para recordar el cubo de Rubik, a Margaret Thatcher, a Ronald Reagan, a quienquiera que disparó a J. R.?[8] ¿Recuerdas cuando la CNN lanzó el primer canal del mundo que ofrecía noticias las veinticuatro horas del día? ¿Viste los Juegos Olímpicos de invierno en Lake Placid? ¿Leíste sobre Tim Berners-Lee, el científico de la computación que había empezado a trabajar en lo que más tarde se convertiría en internet? En aquel momento no lo sabíamos, pero aquel sería el año que nos daría a Macaulay Culkin, Lin-Manuel Miranda y Kim Kardashian; el año en que bailamos al ritmo de «Call Me» de Blondie y «Rock with You» de Michael Jackson; del «Coming Up» de McCartney y «Crazy Little Thing Called Love» de Queen; un año dominado por Bowie y Kate Bush, por Diana Ross y Police; el año que nos arrebató a Jean-Paul Sartre, Alfred Hitchcock, Henry Miller y Peter Sellers; a Steve McQueen, Mae West, John Bonham de Led Zeppelin y el Beatle John.

¿Fuiste corriendo a una tienda de discos el viernes 24 de octubre

de ese año para conseguir una copia de su nuevo *single*, «(Just Like) Starting Over»? Tal vez escuchaste la canción en la radio de camino al colegio, a la universidad o al trabajo y pensaste: «¿Soy yo o esto suena un poco a "Don't Worry Baby" de los Beach Boys?». Publicado tres días más tarde en Estados Unidos, este tema se convertiría en el mayor éxito de John en solitario en América. Resultó ser el último lanzamiento de su vida. El 6 de enero de 1981 había tres sencillos de Lennon en el *top* 5 del Reino Unido: el ya mencionado en el número 5, «Happy Xmas (War Is Over)» en el 2, y, en el primer puesto de la lista, «Imagine». Nadie consiguió eclipsar este logro en tres décadas y media.[9]

*

Treinta y ocho años después, en diciembre de 2018, estamos en el O2 Arena de la península de Greenwich, en Londres, para ver a sir Paul McCartney presentar su decimoséptimo álbum de estudio, *Egypt Station*. Es la última parada de su emocionante gira *Freshen Up*. Aunque Paul solía tener por costumbre poner mucha energía en sí mismo para desprenderse del legado y tocar casi exclusivamente su propia música, esta noche es una celebración de todo su catálogo de fondo: los Beatles, Wings y Paul en solitario: «A Hard Day's Night», «All My Loving», «Got to Get You into My Life», «I've Got a Feeling», «I've Just Seen a Face». Un público exultante eleva los estribillos hacia lo más alto. Imágenes de John y George aparecen imponentes al fondo. Y entonces llega «In Spite of All the Danger», la primera grabación de The Quarry Men. Esta es «Here Today», el afligido homenaje de Paul a John. Como un remolino, Ronnie Wood brinca; puede que «hagan una canción juntos». Un elástico señor de setenta y ocho años aparece en el escenario y se une al Beatle y al Stone. «Señoras y señores —dice Paul con voz ronca— ¡el siempre fantástico Ringo Starr!» Se sienta a la batería mientras Ron se ajusta una guitarra. Se lanzan a tocar «Get Back». El estadio estalla. «Grabad esto en vuestra retina —susurro a mis hijos—. La mitad de los Beatles sobre el escenario, medio siglo después de haberse separado. Nunca vais a volver a ver esto.»

*

Quienes vivimos los sesenta por los pelos, pero nos perdimos la magia de los Beatles en tiempo real porque todavía éramos unos niños, ¿nos molestamos en lamentarnos por ese hecho posteriormente o lo pasamos por alto? Para mí fue esto último. Yo empecé con Wings y descubrí a los Beatles después, pero no fue hasta que estuve en la universidad, y no antes de haberme enamorado de Bolan y Bowie, y de que me hechizasen Lindisfarne, Simon y Garfunkel, los Stones, Status Quo, James Taylor, Roxy Music, Pink Floyd, Eagles, Queen, Elton John y todos aquellos otros artistas, grupos y música diversa e infinita que consumí en mi adolescencia. Qué estimulante debe de ser para quienes se lo perdieron entender el impacto que los Beatles tuvieron en el mundo. No ha pasado nada ni remotamente comparable en toda su vida. Las generaciones anteriores están bien servidas por una plétora de volúmenes escritos por autores que revisitan su juventud. Con la excepción de dos memorias, una escrita por la primera mujer de John, Cynthia, y la otra por su hermanastra Julia Baird, toda biografía respetable de Lennon ha sido escrita por un hombre. Reimaginando el tiempo que pasaron en compañía de los Beatles, a veces presentándose como una parte más esencial en la historia de lo que realmente fueron (pocos podrían cuestionarlo), no tienen mucho que enseñar a un lector más joven y avanzado emocionalmente que tiende a esperar algo más que datos y fechas interminables y una opinión contundente. ¿Puede ser que, cuatro décadas después de su muerte, el Lennon que han llegado a conocer los fans más jóvenes haya sido apartado hasta cierto punto del John que realmente existió para llegar a ser prácticamente una persona distinta?

Solo después de su muerte conocí a personas que habían compartido la vida con John, Paul, George y Ringo. Maureen Starkey, la primera mujer de Ringo, que se convirtió en mi amiga durante un tiempo. Linda McCartney, con quien empecé a colaborar en la escritura de sus propias memorias, *Mac the Wife*. El hecho de que nunca se terminasen o se publicasen sigue siendo una de mis mayores decepciones, por la historia que hay detrás. Luego estaba Cynthia Lennon, que me pidió que escribiese de forma anónima su segundo libro. El primero, *A Twist of Lennon*, publicado en 1978, dejó un regusto amargo. Frustrada por la negativa de John a comunicarse con

ella después de dejarla, junto a su hijo Julian, por Yoko Ono, le escribió una «extensa carta abierta, sacándolo todo». *A posteriori* admitió que lo hubiese hecho de otra forma. Ahora que había pasado el tiempo, tenía muchas ganas de volver a intentarlo. Pero terminó enredándose en un negocio de restauración destinado al fracaso y nuestra aventura editorial quedó pospuesta. Años después, en 2005, nos ofreció *John*, una entrega mucho más valiente y plagada de confesiones que la primera. Por otra parte, en los ochenta acompañé a Julian Lennon como periodista en el Montreux Rock Festival. Finalmente, conocí a Yoko en Nueva York.

*

Más de medio siglo después de la disolución de los Beatles, seguimos haciéndonos preguntas. ¿De qué iba todo aquello? ¿Cómo lo hicieron? Fueron el mayor fenómeno cultural y social de la historia. El impacto de su fama y de su música a lo largo de los años sesenta llegó a tantos seres humanos en todos los rincones del planeta como la misión espacial del Apollo 11 y el aterrizaje en la Luna de julio de 1969. Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins fueron retratados como superestrellas por su expedición lunar y se embarcaron en una gira mundial para celebrar su logro. Tal como se esperaba, todo se esfumó de un día para otro. ¿Cuál es su legado? Una bandera descolorida en una lejana superficie celeste. Huellas de botas en el polvo. Una placa que informa a futuros caminantes lunares de un momento sin precedentes en la historia. Que «nosotros» estuvimos allí.

Pero los Beatles no son historia. Sus canciones viven, respiran. Nos resultan tan familiares como nuestros propios nombres. La música asegura a sus creadores una relevancia duradera. A pesar de haber sido grabada con equipos muy básicos y de las infinitas revisiones, remezclas, nuevas presentaciones y relanzamientos, los magníficos sonidos originales que crearon siguen sonando frescos. No había nada fabricado en su música. Aparte de unas pocas versiones, escribieron y compusieron ellos mismos todas sus canciones. Tocaron sus propios instrumentos. Fueron de los primeros en establecer su propia compañía discográfica, Apple, por medio de la cual también lanzaron las carreras de otros artistas. De su propia producción se han vendido un billón de unidades, y muchas más adquiridas por descarga todos

los días. Lograron que diecisiete de sus *singles* fuesen número 1 en el Reino Unido, más que cualquier otro artista hasta la fecha. Colocaron más álbumes en lo más alto de las listas británicas y resistieron durante más tiempo en esos puestos que cualquier otra banda. Han distribuido más álbumes en América que nadie. Su popularidad en todo el mundo parece intacta. Obtuvieron siete premios Grammy y quince Ivor Novello. Son los artistas más influyentes de todos los tiempos y siguen inspirando a más músicos que nadie. Three Dog Night, Bonzo Dog Doo-Dah Band, Lenny Kravitz, Tears for Fears, Kurt Cobain, Oasis, Paul Weller, Gary Barlow, Kasabian, The Flaming Lips, Lady Gaga y The Chemical Brothers, por nombrar solo algunos, cayeron bajo el hechizo de los *Fab Four*. Solo hay que comparar «Setting Sun» de los hermanos Gallagher, grabada y lanzada por The Chemical Brothers y cantada por Noel —que se sirve de la letra de su propia canción «Comin' on Strong», también con una clara influencia de los Beatles—, con «Tomorrow Never Knows», del álbum *Revolver*. Miles de artistas de todas las edades y de todos los géneros musicales posibles han grabado temas de los Beatles. Lady Gaga ha insinuado que, dejando la música a un lado, los Beatles fueron los responsables del nacimiento de la revolución sexual femenina. A mí me encaja.

*

La pregunta más grande de todas —¿por qué estamos aquí?— ha estimulado desde siempre a artistas y ha provocado a científicos. Nos llevó a la Luna. Animó a los Beatles a escribir canciones. Puede que no fuesen conscientes de ello al principio, cuando todavía se deshacían por las chicas y escribían letras inspiradas por la excitación del amor físico. Pero lo estaban logrando. No estamos más cerca de resolver grandes problemas filosóficos, esos aspectos de la vida que estarán siempre más allá del alcance del entendimiento humano. La conciencia existencial, el dilema del determinismo, la existencia o no de Dios, el misterio de nuestro futuro y la probabilidad de la vida después de la muerte y de la reencarnación han impulsado durante milenios la exploración e inducido la creatividad. No deberíamos olvidar que los Beatles también fueron exploradores. Se la jugaron. Crearon de una forma sin precedentes, ajenos al principio al don que poseían para hacerlo. Se embarcaron en su gran aventura durante la

era televisiva, cuando la diseminación de música y mensaje podía maximizarse, pero también fue la era precomputadoras, sin internet, y había menos información sobre todo. Todavía no existían los canales de noticias veinticuatro horas. Tenías que leer los periódicos para estar al día, aunque solo fuesen los titulares. Y este es el motivo por el cual, como las cosas grandes eran noticia, la mayor parte del planeta llegó a conocer a los Beatles. Fueron —y son— el reflejo perfecto de la cultura y el ambiente de su época. Aunque la década de 1960 estuvo repleta de personalidades enormes —Bob Dylan, el «Mozart y Shakespeare de su época»; Muhammad Ali, tres veces campeón del mundo de pesos pesados y objetor de conciencia de la guerra de Vietnam; John F. Kennedy; los activistas por los derechos civiles Martin Luther King y Malcolm X, y aquellos deslumbrantes proveedores de la seducción del Hollywood clásico, como Elizabeth Taylor, Rock Hudson, Cary Grant, Doris Day, John Wayne y los demás —, los Beatles las eclipsaron a todas. ¿Pudo haber sido porque eran unificadores natos que trascendían clases sociales, razas, generaciones y géneros con su irresistible atractivo? ¿Porque fueron los autores de la banda sonora de la década? ¿Porque eran chavales reales, tangibles y normales que llegaron a evocar juntos una química de otro mundo, la sensación de lo que la humanidad reclamaba compartir? ¿Es posible que volvamos a ver algo semejante?

Francamente, lo dudo. Porque nunca fue ni es «solo» por la música. Su efecto fue el resultado de una colisión de factores que cristalizaron en un episodio sin precedentes en la historia. Con menos oportunidades de visibilidad y también menos artistas compitiendo en el mismo ruedo, si conseguías ser famoso en los sesenta tendías a serlo de forma exagerada, aunque solo fuese un instante. En el momento en que emergieron los Beatles solo había dos canales de televisión en el Reino Unido: BBC e ITV. BBC 2 no llegó hasta abril de 1964. En América, la mayoría de los hogares tenían un televisor en 1960, pero solo había tres canales, ABC, CBS y NBC, de modo que muchas veces la gran mayoría de los telespectadores estaban viendo lo mismo simultáneamente. Ahora que existen interminables canales en prácticamente todos los países, la atención se concentra menos y los índices de audiencia están fragmentados. Si resulta que fuiste uno de esos 74 millones de americanos que presenciaron la primera aparición de los Beatles en *The Ed Sullivan Show,* en CBS, el 9 de febrero de

1964, no había mucho más que ver. Así que la mayoría de la gente se convirtió en parte del espíritu del tiempo por defecto. La cobertura radiofónica también era limitada. En el Reino Unido existía BBC Light Programme, pero BBC Radio 1 no empezó a emitir hasta septiembre de 1967, al servicio de un mercado joven que hasta el momento estaba dominado por las emisoras «piratas» que emitían desde el mar (Radio London, Radio Caroline, Swinging Radio England) y por Radio Luxembourg.

> Radio London era los Beatles —recuerda el presentador de la BBC Johnnie Walker—. Impecable y pulcra, era la emisora de radio que podías ponerle a tu madre a la hora del té. Radio Caroline era definitivamente los Stones; desaliñada, anárquica, inconformista y rebelde... Llegó para aportar libertad y expresión a la explosión artística creativa que fueron los sesenta.

En Estados Unidos, las emisoras del *top* 40 de la mayoría de las grandes ciudades ponían canciones de los Beatles desde 1963-1964. Sin embargo, la FM cambió el paisaje del amplio espectro en 1967, lo que desembocó en muchos más canales menores que se dedicaban a la música para determinados nichos de audiencia. Aunque les sucedió a los Beatles, en la actualidad raramente emergen artistas de masas. Adele, Taylor Swift, Justin Bieber, Ed Sheeran, Stormzy, Lizzo y Billie Eilish son excepciones obvias. El hip hop es la influencia omnipresente hoy en día, y ha lanzado algunas estrellas: Kanye West, obviamente Beyoncé y Jay-Z. Esto todavía no es muy significativo en comparación con lo que los Beatles hicieron y lo que consiguieron. Puede que produzcan números que demuestren lo contrario, pero yo diría que su nivel de popularidad aún no está ni siquiera cerca de la influencia omnipresente de los Beatles.

La aparición del transistor barato de radio, muchas veces subestimada, también representó un progreso crucial. La mayor parte de los niños podían permitirse uno, o lo recibían como regalo, y lo llevaban a todas partes en el bolsillo o en la mochila del colegio e incluso a la cama por las noches, para sintonizarlo bajo las sábanas. Yo lo hacía. Los dispositivos para la escucha individual demostraron ser un punto de inflexión en el consumo de música. En la actualidad, los niños y los adolescentes habitualmente acceden a la música por medio de sus *smartphones* con auriculares en el transporte público y nunca se paran a pensar que sus padres y abuelos tal vez se sentaron en el piso de arriba del autobús con una oreja pegada a un transistor,

con poco donde elegir en cuanto al tipo de música que podían escuchar. Por lo menos, los chicos de los sesenta podían estar al día y participar de la lealtad colectiva hacia sus cantantes y grupos favoritos.

En cuanto al *marketing* y los medios de comunicación, los Beatles fueron la primera banda de pop que se benefició de estas industrias florecientes para atraer a los nuevos sectores demográficos: un extenso y creciente grupo de consumidores adolescentes. Los jóvenes, muchos de ellos incitados a los disturbios a causa del *rock'n'roll* americano de la década de 1950, adoptaron entonces identidades, ropa, música y otros aspectos del estilo de vida para expresar su desacuerdo con lo que sus padres les habían impuesto previamente. Se rebelaron contra las tradiciones victorianas y la austeridad de posguerra. Los dobladillos se levantaron, las píldoras disminuyeron y la cultura de la juventud se convirtió en una fuerza dominante y turbulenta. Estados Unidos se vanagloriaba de tener 76 millones de los llamados *baby-boomers,* personas nacidas durante o después de 1946, al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se produjo un pico en la tasa nacional de nacimientos. La mitad de toda la población norteamericana tenía menos de veinticinco años. Se puso a los Beatles en el mercado usando las mismas herramientas que se utilizaban para vender juguetes, dulces y vaqueros. Con los cambios en la estructura social de los países del Primer Mundo, muchas voces «nuevas» estaban pidiendo ser escuchadas, entre las que se contaban las mujeres, la clase trabajadora y las minorías étnicas. Los avances tecnológicos de posguerra, la inminente fatalidad nuclear, la causa perdida que era Vietnam y otros factores también tuvieron un papel importante.

¿En pocas palabras? Los Beatles representaron el cambio. Proclamaron una nueva dirección. Validaron el pensamiento alternativo. Iban al grano, hablaban de lo que veían, se presentaban de la forma más desvergonzada, despreciaban el protocolo, se burlaban de todo, y evitaban la pomposidad y la pretensión. Su dialecto *scouse* (característico de la ciudad de Liverpool y la región de Merseyside), su ingenio y su humor terminaron siendo adictivos. Mientras el mundo parecía andar a trompicones por los sesenta en un camino de autodestrucción evidente, los Beatles prestaban atención a la pequeña y tranquila voz interior. Se ponían sentimentales. Expresaban emociones reales. Hablaban de su verdad y cantaban

sobre ella.

Algunos comentaristas han señalado el asesinato del presidente Kennedy como el factor determinante para el descubrimiento de los Beatles en Estados Unidos. Desconcertados y consternados, los americanos necesitaban algo a lo que recurrir para apartar sus mentes de la tragedia y compensar el insoportable dolor. En el momento justo, irrumpieron cuatro británicos insolentes con una desconsideración flagrante por las convenciones y la autoridad. La posición de «hombre del pueblo» de J. F. K., su personalidad, glamour y encanto habían seducido América. Ahora los Beatles habían aterrizado para salvar la situación y hacer lo mismo, como parte de lo que terminó conociéndose como «invasión británica». A medida que su confianza creció y sus composiciones evolucionaron para abarcar la espiritualidad y la filosofía, junto con disciplinas y dimensiones que hasta la fecha no habían proporcionado los proveedores de simple pop, sus fans crecieron con ellos. Cada aspecto de su imagen se escrutaba detenidamente. Cada matiz de su vida privada (todo lo «privada» que podía ser por aquel entonces) fue invadido y analizado. Eran la personificación de la juventud intrépida y la libertad, y fueron prácticamente beatificados. ¿Todo esto suena inverosímil? Pues sucedió, lector.

Los amigos que recuerdan aquellos días de locura todavía sopesan el qué y el cómo. Ahora que tienen entre cincuenta y muchos y ochenta y tantos, hablan con entusiasmo de lo afortunados que fueron por haber nacido a tiempo de experimentar a los *Fab Four* de primera mano. Algunos creen que su generación es «diferente» y «especial» solo por esa única circunstancia aleatoria. Algunos de ellos muestran una condescendencia casi palpable con aquellos que «nacieron demasiado tarde». Sofisticado. Los fans del pop más jóvenes, incluidos mis propios hijos, se muestran perplejos muchas veces por la dominación global de los Beatles. Se preguntan por qué, si la industria musical posteriormente presentó a Queen, Bowie, Michael Jackson, Madge, U2, Prince, George Michael y muchos otros artistas fantásticos, y más recientemente ha visto nacer a One Direction, The Wanted, BTS y, pongamos, Little Mix, los Beatles siguen considerándose la potencia por excelencia y la banda que nunca será superada dentro del pop y el rock. La razón es que, valiéndose de su música, su apariencia y sus personalidades, los Beatles rompieron la

barrera del sonido. Modificaron el curso de la historia al convertirse en la primera banda de pop que se metió en los corazones y en las mentes de cientos de millones de personas en todo el mundo. Convirtieron el pop en un lenguaje universal. Principalmente con sus discos, y en menor grado, pero también de forma significativa, con sus películas, las grabaciones de actuaciones en directo y un sinfín de entrevistas siguen influyendo y contagiando a nuevos adeptos. Quizá siempre será así.

John Lennon, el irritable, el ingenioso, el espabilado, el que tenía un talento más llamativo, fue el más privilegiado de los Beatles. Probablemente, bendecido con la mejor voz, aunque él lo discutía, era el juglar que mejor reflejaba sus vidas y la época que les tocó vivir. También era el más complejo y contradictorio; el más perturbado y en desacuerdo con lo que la fama les había hecho. Y, más que eso, era todo tipo de Johns. Era una maraña de contradicciones. Podía pasar de ser un chismoso divertidísimo a ser un estúpido amargado en solo unos instantes. Unas veces podía ser un muchacho tosco y despiadado, y otras, un llorica. Arrogante, torpe, flemático, paranoico, podía ser extremadamente extravagante y a la vez sorprendentemente contenido. Era rencoroso pero amable. Irascible pero generoso. Indeciso, aunque exigente. Despiadado, pero al mismo tiempo se hacía muchos reproches. Sentía una envidia infinita del gran virtuosismo melódico de McCartney. Nunca fue tan espléndidamente creativo sin McCartney (tampoco Paul lo fue sin John) como cuando estaban juntos, como lo habían estado en su adolescencia, cuando su química estaba fresca y era maravillosa. John tenía lo que llamamos «actitud». Abanderaba una postura muy *carpe diem*. Herido, disfuncional y desafiante, encontró su camino en las imperfecciones del mundo y todo eso. Nunca le preocupó lo que la gente pensara de él. Disfrutaba de lo inadmisible, lo difícil de aceptar, la verdad sobreentendida. Su vida se extinguió en la misma cima de su fábula. Solo estaba a la mitad del camino. Con su muerte, su mito está completo y ha quedado preservado para la historia. Aunque ahora conocemos gran parte de sus imperfecciones y de sus debilidades, somos indulgentes. Su memoria está santificada. Más que cualquier otro artista, John Lennon ha llegado a ser considerado tanto el símbolo como la conciencia de su época. ¿Pero quién era realmente?

*

En mi opinión, John se descubre de forma más plausible y fiable por medio de las estupendas mujeres que formaron parte de su existencia de cuatro décadas, independientemente de si lo quisieron o lo abandonaron, si lo enmendaron o le hicieron daño, si lo fortalecieron o lo debilitaron. Si lo mejoraron o lo humillaron. Si le aportaron cosas, se las quitaron o se mostraron indiferentes con él. Lennon dijo que su madre, Julia, presuntamente «imprudente y bohemia», que, en realidad, lo adoraba y de quien él estaba completamente enamorado, lo abandonó dos veces. La primera vez fue cuando sus padres se separaron, su padre los abandonó y su madre lo «entregó» a su hermana (¿realmente lo hizo?) antes de que llegase a soplar las cinco velas. Según Lennon, el segundo «abandono» materno ocurrió cuando Julia fue atropellada por un coche que conducía un policía fuera de servicio y la mató en la calle donde él vivía. John solo tenía diecisiete años. La escena del accidente podía verse claramente desde la ventana de su dormitorio. Se despertaba con aquella visión todos los días, y nunca dejó de fantasear sobre su madre. En algún momento incluso sintió deseo sexual hacia ella, según el terapeuta Arthur Janov, y se preguntaba si debía intentar seducirla. Su hermanastra Julia Baird mostró públicamente su disgusto por esta insinuación de incesto. No debería haberse preocupado. Freud introdujo el concepto de la fantasía edípica en 1899 y, la verdad, muy pocos adolescentes son inmunes a ella. La mayoría moriría antes de admitirlo. Pero John mostraba abiertamente sus sentimientos.

Su tía Mimi, la autoritaria y dominante hermana mayor de Julia, lo educó de forma impecable. Su primera mujer, Cynthia, también estudiante de Arte, se quedó embarazada y «tuvo que» casarse con John cuando él solo tenía veintiún años, mucho antes de que estuviera listo para la responsabilidad. A John lo consumió la culpa en años posteriores, cada vez que pensaba en las ocupaciones de Cynthia después de que su precario acuerdo de divorcio se agotase: escribir libros de chismes de mal gusto, poner en marcha restaurantes, diseñar ropa de cama barata, irse a vivir con un chófer para llegar a fin de mes. Su primera mánager o facilitadora fue una mujer: Mona Best. Su primer amor secreto fue la cantante de pop Alma Cogan, cuya muerte prematura a causa del cáncer dejó a John al borde del suicidio. Yoko

Ono, la fascinante, ambiciosa e insegura artista japonesa, llegó justo a tiempo. Era el alma gemela de John y fue una estupenda segunda esposa. Su ayudante de producción May Pang se convirtió en su compañera y amante a corto plazo por deseo y confabulación de Yoko. Su hijastra Kyoko, a quien John adoraba, fue secuestrada por su padre biológico cuando solo tenía ocho años. John la quería como si fuera su propia hija, pero no volvió a verla.

Se pasó su media vida pagando un precio demasiado alto por su vulnerabilidad y construyéndose una coraza. Descubrió su don para escribir sobre sus emociones muy pronto. Compuso «Help!» cuando solo tenía veinticuatro años, por ejemplo, dejando al descubierto su frágil mente, pero empaquetándola en forma de canción pop alegre. Coqueteó carnalmente con el Svengali[10] de los Beatles, Brian Epstein. Solo por investigar, nada más. Declaró que su banda era más popular que Jesucristo, lo que generó una gran controversia en Estados Unidos.

Los secretos, las vidas y los amores de John siguen atrayendo a sus fieles, que llevan a cabo épicas peregrinaciones. En Liverpool, visitan la casa de Mimi, Mendips; sus escuelas y la Facultad de Arte, los locales en los que tocó, como The Casbah y The Cavern (no es el establecimiento original, pero sirve); los lugares que inspiraron los temas más queridos de los Beatles, entre los que se incluyen la rotonda, la marquesina de autobús y una barbería en Penny Lane, el emplazamiento del albergue del Ejército de Salvación en Strawberry Field, la ruta de autobús que va de Menlove Avenue al centro de la ciudad que John toma una y otra vez en «In My Life»; el cementerio de la parroquia de St. Peter, en Woolton, donde yace la auténtica tumba de una tal Eleanor Rigby. Posiblemente (aunque nunca se ha confirmado) fue ella quien inspiró su perpetuo lamento sobre los apuros de la tercera edad, un tema que tiene una de las letras más evocadoras que se han escrito nunca: «Llevando puesta la cara que guarda en un frasco junto a la puerta». El salón parroquial justo enfrente fue el lugar donde John conoció a Paul, en una fiesta al aire libre en julio de 1957.

Los fans también siguen acudiendo en manada a Hamburgo, donde los muchachos pasaron temporadas entre 1960 y 1962, y donde acumularon sus diez mil horas más fundamentales. Las posibilidades de fotografías en Beatles-Platz son irresistibles, así como en los clubes

Indra y Kaiserkeller, y los lugares donde se ubicaban el antiguo Star-Club y el Top Ten, donde tocaron en directo más horas que en cualquier otro lugar del mundo. En la zona cercana al río, los fieles se congregan en el exterior del edificio que una vez albergó la vieja Seamen's Mission, donde los Beatles iban a comer cereales por la mañana y carne con dos tipos de verduras al mediodía, y a lavar su ropa interior. Los turistas se paran a tomar una pinta rápida en el Gretel & Alfons, el hogareño pub que recuerda a cualquier taberna de cualquier esquina del Reino Unido, donde sus ídolos solían relajarse fuera de las horas de trabajo y se abandonaban a la fatiga.

En Londres, las multitudes siguen acechando el exterior de los estudios Abbey Road, donde grabaron casi todos sus álbumes y sencillos entre 1962 y 1970. Se hacen selfies en el paso de cebra más famoso que se ha pintado nunca. Deambulan desde la London Beatles Store hasta la estación de Marylebone, donde se filmaron las escenas iniciales de *A Hard Day's Night*; también hasta el número 34 de Montagu Square, la antigua residencia de Ringo y una especie de hogar de transición para los Beatles, donde John y Yoko alquilaron un apartamento y fueron arrestados por tenencia de drogas, que hoy en día pertenece a unos amigos míos y luce la placa azul;[11] por el London Palladium, donde la banda actuó con tanto éxito, y por Sutherland House, justo al lado, que una vez fue el dominio de su mánager, Brian Epstein, desde donde manejaba su empresa, North End Music Stores (NEMS); y por el número 3 de Savile Row, las antiguas oficinas y el estudio de Apple Corps, donde ofrecieron su última actuación en vivo, en la azotea, el 30 de enero de 1969.

En Nueva York, el hotel St. Regis, de cinco estrellas, situado en la Quinta Avenida, fue el primer lugar de residencia de John y Yoko en la ciudad y todavía aparece en el mapa de los Beatles; también el número 105 de Bank Street, en el West Village, su primera vivienda oficial; y el edificio Dakota, en la calle 72 con Central Park West, que fue la última. A John lo asesinaron allí. Yoko sigue viviendo allí. Yo no sé si podría, pero bien hecho. Los fans siguen llegando al lugar donde se ubicaba el antiguo estudio Hit Factory, en la calle 48 Oeste con la Novena, para recordar la grabación del último álbum de John y Yoko juntos, *Double Fantasy*. El restaurante chino Mr. Chow, en la calle 57 Este, era el favorito de los Lennon. En Central Park, justo enfrente del Dakota, descansa el homenaje eterno a John, Strawberry

Fields.

Incluso Japón se ha convertido en un destino para los amantes de Lennon, por los recuerdos de las felices vacaciones familiares que John pasó allí con su mujer, su hijo pequeño y sus suegros. En la ciudad de Kameoka (Kyoto) visitan el centro de aguas termales de Sumiya «porque John lo hacía»; Karuizawa es la sede del que fue el escondite favorito de los Lennon, el hotel Mampei; los fans también frecuentan el distrito de Ginza, en Tokyo, en busca de las mejores bandas tributo de los Beatles. Hay cientos.

*

¿Quién podría imaginarse cómo era ser John Lennon? Tal vez ni siquiera John. En el punto culminante de la fama y la relevancia de los Beatles, alimentó una conciencia aterrorizada de su vacío interior. Lo perseguía un profundo sentido de desilusión y descontento con las cosas materiales que la fortuna le había permitido tener. Ni el reconocimiento ni la gratificación le proporcionaban las respuestas a las preguntas que lo habían atormentado desde que era un niño. Asqueado por el miedo a «esto es todo lo que hay», John incluso se planteó recurrir a la religión. En algún momento le pidió a Dios que le mandara una «señal». Cuando no había nada inminente se retiraba al interior de su imaginación y concluía que «Dios» era simplemente una energía que vibraba continuamente por todo el universo y que, probablemente, era benévola. Aun así, anhelaba un objetivo, un código conforme al que vivir, que daría forma a su existencia y le aportaría algo de sentido. Por medio de las drogas, principalmente del LSD, aterrizó en el amor.

Una invitación para que los Beatles actuasen en la primera emisión internacional en directo de televisión por satélite en junio de 1967, para una audiencia de 400 millones de espectadores, le ofreció la oportunidad perfecta para promover su nuevo objetivo en el mundo. John, que se había creído su propia publicidad, se embarcó en la misión perdida de «mejorar a la especie humana». Esto lo llevó a la canción que interpretaron para esta emisión histórica, «All You Need Is Love». Si quieres salvar el mundo, debes ponerte primero tu propia máscara de oxígeno. ¿Qué es el amor, sino el deseo de ser amado? La actitud de John no armonizaba con el rasgo de personalidad que lo

había mantenido en su sano juicio durante mucho tiempo: su inherente cinismo. Se aferró a ello de todas formas, como una lapa a una roca, hasta que Yoko vio el hueco en el mercado y se convirtió en la personificación de esa roca. A pesar de la oposición tanto del mundo como de los Beatles hacia esta curiosa intrusa asiática, ella llegó a ser su constante, su única verdad. Bailaron un vals al atardecer, cogidos de la mano, promoviendo la paz mundial.

Hoy se reirían de ellos hasta el infinito. Pero aquellos eran tiempos distintos, anteriores a la corrección política. Uno podía denunciar a la egoísta flor y nata y presentarla como corrupta sin que acarreara ningún castigo. John, el misil en busca de la paz, proclamó la imaginación humana como la clave para la salvación tanto colectiva como individual. Su tema más distintivo, «Imagine», era la síntesis de su luminosidad personal y de todo lo que le había preocupado hasta la fecha. Iba a por todas en su intento de inspirar a gente de todas las clases sociales, de todo el mundo y de trascender barreras de cualquier tipo. Tenía sentido, pero era idealista hasta el extremo. No cambió nada. Pero eso no mató su ferviente convicción de que la música popular tiene un objetivo mucho más importante que cumplir que solamente entretener.

Siempre un artista íntegro, John desafiaba al grupo, e incluso a su propia forma de componer. Tal vez especialmente eso. Fue el primero en admitir que sus primeras letras eran sexistas. Posteriormente, reajustó su enfoque para reflejar su nueva conciencia feminista. Asumió riesgos, y muchas veces se quedó corto, pero siempre se mantuvo fiel a sí mismo..., o todo lo fiel que podía ser. Los Beatles destacaron porque rompieron reglas: en las estructuras de las canciones, en la composición de las letras, en su proyección personal y en muchos otros aspectos. La guinda del pastel era John, que, con su perspicaz ingenio y sarcasmo, su talento para los acertijos y los juegos de palabras y su perspectiva única sobre la vida, elevó su música hacia reinos inauditos e inimaginables hasta entonces. Experimentó con lo imposible, añadiendo mensajes subliminales a las canciones y creando capas con sentimientos enfrentados hasta que casi no podían tolerarse. Como prueba de ello, vuelve a escuchar «Strawberry Fields Forever» y «Across the Universe». El llamado *The White Album —The Beatles—* bien podría ser el reflejo del John más amargo, furioso, frustrado, comprometido, loco, triste, injurioso, político y reflexivo. Por otro

lado, ¿qué pasa con *John Lennon/Plastic Ono Band*? Lanzando su devastadora acusación a los Beatles —«el sueño se ha terminado»—, incluye la balada acústica «Working Class Hero», el abatido reconocimiento de John de lo que, gracias a la fama global y a una fortuna inimaginable, nunca podría llegar a ser. Si es que realmente era así de humilde, para empezar. Mimi insistió en conservar los timbres para los sirvientes en la puerta del salón en Mendips, no lo olvidemos. Finalmente, en «Watching the Wheels», del último álbum de su vida, *Double Fantasy*, admite por qué dejó de hacer música durante la etapa truncada de marido encargado de las labores de la casa. Había encontrado su propio cielo en la tierra —una felicidad doméstica, una variante del objetivo, con Yoko y su hijo—, pero tuvo que «dejarlo pasar».

*

¿Cómo sería si siguiese vivo? ¿Qué pensaría el octogenario exBeatle sobre un mundo en el que los glaciares se están fundiendo, que ha sido azotado por la COVID-19 y que está ecológicamente destrozado y políticamente condenado? ¿Qué estaría haciendo, si es que hubiese hecho algo, sobre todo esto? ¿Le importaría ahora? ¿Sería relevante? ¿Todavía significaría algo?

Yo creo que sí, porque era una voz de conciencia. Se puso en pie. El populismo de extrema derecha, el *leitmotiv* de la política moderna, está en auge. Creo que John hubiese movido el culo y hubiese despotricado contra ello. Incluso a la edad de ochenta años, siempre y cuando hubiese tenido buena salud. No vemos a McCartney involucrándose en política, ¿verdad? Eso señala una diferencia fundamental entre ambos. Pienso que John habría hablado hasta el día de hoy sobre las cosas que despertaban su cólera. ¿Continuaría haciendo discos? Posiblemente. Aunque cabe preguntarse si habría perdido el entusiasmo musicalmente hablando. *Double Fantasy* tiene un par de temas buenos —«Watching the Wheels» y «Woman», por ejemplo, aunque «Beautiful Boy» es sublime—, pero ¿hubiese alcanzado el álbum el éxito que tuvo si él hubiese seguido vivo?

Si no lo hubiesen asesinado, ¿seguiría vivo?

Tal vez no —reflexiona el antiguo redactor y editor de *Melody Maker*, Michael Watts—. Y si lo estuviera, creo que hubiese bajado el ritmo, aunque estoy

seguro de que de algún modo habría seguido siendo una figura pública. Hubiese expresado su opinión sobre los asuntos importantes. Era muy famoso y poderoso; él y Yoko hubiesen aparecido mucho en televisión, en programas y en películas, y también hubiesen tenido mucha presencia en la radio, presentando podcast, y en las redes sociales. Creo que él hubiese odiado en secreto ese rol, pero se habría rendido a él. Se hubiese librado de parecer devoto de cualquier cosa. Lo habría dicho todo de una forma divertida. Hubiese destruido a Trump. Los periódicos y los medios de comunicación hubiesen apoyado todo lo que él tuviese que decir sobre Donald. Esa clase de voz definitivamente se echa en falta hoy en día, desde luego en los medios británicos; creo que, por ejemplo, en *The Guardian*, que informa desde una perspectiva liberal y es antipopulista y ciertamente antiderechista, daría voz a esas cosas en portada. *Trump is a cunt* («Trump es un hijo de p***»), ese tipo de cosas, en lugar de formularlo de un modo más suave. Eso es lo que John iría a buscar. No se habría contenido. Hubiera servido como un punto de confluencia. ¿Quién está haciendo eso ahora? No hubiese sido político, nunca hubiese podido cumplir las reglas. Imaginadlo en la Cámara de los Comunes: ¿verdad que no podéis? Creo que su fuerza compositiva creativa habría quedado reducida, pero todavía conservaría esa gran potencia como portavoz. Junto con Yoko, sí: hubiesen sido un equipo formidable. Habrían dicho lo que pensaban. Por eso lo necesitamos.

¿Seguirían juntos John y Yoko? ¿Hubiese vuelto Lennon a su compañera durante el *lost weekend*[12] («fin de semana perdido»), May Pang, como ella y otros creen, o se hubiese buscado una nueva modelo, que es lo que hacen las estrellas del rock? ¿Se hubiese reconciliado con Paul? ¿Hubiesen participado los Beatles en el concierto *Live Aid* de julio de 1985, tal como se había propuesto, después de quince años separados? No parece una idea tan inverosímil, ¿verdad? El poder de persuasión de Bob Geldof estaba en lo más alto en ese momento. The Who terminaron tocando. Led Zeppelin sucumbieron. McCartney contribuyó con su comparecencia. ¿Por qué no la mejor banda de todos los tiempos? ¿Y qué hubiese sucedido después de eso? ¿Un álbum de retorno? ¿Una reunión en Abbey Road con el productor George Martin, que seguía vivo? ¿Una gira mundial en la que ya no destacarían los gritos ensordecedores de miles de adolescentes y preadolescentes (la razón principal por la que renunciaron a tocar en vivo en agosto de 1966 fue que ya no podían oírse tocar, cantar o pensar), sino fans adultos escuchando, escuchando de verdad, y tecnología y equipos de última generación sobre el escenario, lo cual seguramente habrían disfrutado? ¿Más del mágico misterio de los Beatles hasta la muerte de George Harrison en 2001? Daría todo lo que tengo.

¿Se habría mofado John de semejantes ideas? ¿Podría haber

tratado de apropiarse del Global Jukebox en el estadio de Wembley aquel día y convertirlo en una carrera por la paz de John y Yoko (como tenían la costumbre de bautizarse)? ¿Hubiese preferido la idea de que le arrebatasen la vida en su mejor momento y mantenerse en los cuarenta, la edad en la que se quedaría para siempre? Quién sabe. Una cosa está clara: no le hubiese gustado la noción de convertirse en una vieja sombra exhausta de lo que fue, sin nuevas inspiraciones que compartir, echando el resto para conseguir componer canciones que aún fuesen relevantes, repitiendo los éxitos y yendo de acá para allá continuamente en agotadoras e interminables giras por los cinco continentes, roqueando hasta caer.

Hay que ir hasta el final. Debemos preguntarnos quién, o qué, mató a John Lennon, y cuándo murió el «verdadero» John Lennon. Porque las balas que disparó su asesino fueron solo, por decirlo de alguna manera, el tiro de gracia. ¿*Por qué* lo fueron? ¿La conducta despreocupada de John en la infancia fue extinguida por la muerte de su madre Julia? ¿Lo impactó tanto el fallecimiento de su tío George, que fue el primero que alentó su creatividad, y se quedó tan destrozado con la pérdida de su mejor amigo, Stuart Sutcliffe, que murió de un tumor cerebral (después de que John victimizase, ridiculizase y castigase al compañero que lo veneraba), que no pudo volver a encontrarle sentido a la vida? ¿Pudieron su sentimiento de culpa sobre Stu y su incapacidad de perdonarse ser los catalizadores de su tendencia al autosabotaje? Tras haberse fabricado una imagen de roquero vestido de cuero, ¿qué le hizo renunciar a esa versión de sí mismo tan fácilmente y permitir que la resuelta banda que había fundado y pulido se reconvirtiese en una mala excusa de sí misma moviendo el pelo mocho y con trajes a juego? ¿Por qué se permitió que lo absorbiese una pueril estrella del pop, una sombra a modo de marioneta de su verdadero yo?

En el punto culminante de la fama de los Beatles, John lo dejó; redescubrió el rock y se reinventó como activista musical y pacifista. ¿Pero no era la filantropía una cínica cortina de humo de lo poco que realmente le importaba la humanidad? ¿Imaginarse sin posesiones mientras poseía rebaños de ganado, neveras con abrigos de pieles y casas multimillonarias en Manhattan, Long Island y Florida? ¿Tienen sentido las complejas teorías de la conspiración que han ido ganando terreno en las últimas décadas? ¿Abandonó John su rol autoimpuesto

de marido que se queda en casa y cuida a su hijo después de solo cinco años porque surgió la idea tradicional de que el lugar de la mujer está en casa (como podría haber adivinado si se hubiese parado a pensarlo, y probablemente lo hizo) para convertirse en una persona aburrida, insensible y desmoralizadora?

*

La historia se ha escrito, revisado y reimaginado hasta el cansancio. La vida de John se ha vomitado tan incansablemente que algunos hechos ficticios se han elevado a la categoría de hechos, mientras que algunas verdades significativas se han distorsionado y se han vuelto irrelevantes. Siempre hay detalles que admiten algún tipo de alteración o lavado de cara. ¿Realmente alguien le dijo a Sam Taylor-Wood, ahora Johnson, «no puedes hacer esa película, *Nowhere Boy*, porque ya se ha hecho todo antes»? Las mejores historias jamás contadas —las del *Tyrannosaurus rex*, Tutankamón, César, Dickens, Shakespeare— siempre funcionan cuando se vuelven a contar. Y lo mismo sucede con la estrella del rock más grande de todos los tiempos.

Es una cuestión de perspectiva. El tiempo pasa. Nos preguntamos cosas, las comprobamos. Siempre hay hueco para una nueva opinión. Hay enciclopedias, bibliotecas e incluso títulos universitarios dedicados al estudio y a la apreciación de los Beatles y su música, pero los expertos y los historiadores buscan algo más. Los recuerdos, el contexto y la permisividad no son estáticos. Nunca lo han sido.

No me atraía la idea de escribir otra biografía convencional de John. Este libro no es eso. Es mi propio deambular por las vidas, los amores y las muertes de John en honor a su gran cuarenta/ochenta aniversario. Es un caleidoscopio, una contemplación, una reflexión: ¿quién era John, de todos modos? ¿Cómo se sentía sobre esto o aquello? El deseo de comprender sus contradicciones y descubrir cuándo y por qué murió son los hilos conductores de esta obra, y no es arbitrario. Ya sabemos que había más de un John, de modo que ¿quién o qué mató al original? ¿Sus variantes? ¿Quién era el John que llegamos a conocer y qué representa en el siglo XXI? ¿Qué significará más allá de este siglo? ¿Es posible imaginar una época en la que ya no se escuchará a John Lennon, ni se debatirá sobre él, ni se analizará su

vida? ¿Cuándo nos cansaremos de peregrinar a los lugares que él recordaba, a las personas y las cosas que lo precedieron, las experiencias que modelaron su percepción? ¿Cuándo dejará de importarnos dónde empezó todo?

Obviamente, mucho antes de que Lennon y McCartney chocasen, estaba la música. Si hay una razón, la música siempre fue el motivo. Pocos son bendecidos con la capacidad para crearla y expresarla. Todos podemos apreciarla y emocionarnos con ella. Toda vida mejora con la más universal y accesible de las formas artísticas; incluso el sordo más profundo puede sentir el pulso con el que el corazón late.

Aunque resulte difícil de expresar, John hace lo bastante que no está entre nosotros como para no contar ya como figura histórica. Lo que lo salva es un legado sónico que permanece tan vital y magnífico como cuando lo creó. No puedo imaginar el día en que sus vidas, sus amores y sus muertes, sus canciones, su influencia en la música y en los músicos y en billones de mortales de todo el mundo deje de importar.

Cayendo a ciegas a través de la luz rota, voy buscándolo.[13]

*

¿Qué es el rock sino mito e hipérbole? Abre las puertas y deja que entren: los insolentes, los excluidos, los que desafían a la muerte, los Peter Pan enchufados. Los siniestros malhechores, los que están en caída libre, los que asumen riesgos, los que buscan el éxito contra toda lógica. Los creadores más espectaculares, los individualistas más intensos, los ganadores y los perdedores más oscuros, audaces, despreocupados, excéntricos, poco convencionales y bohemios que lo agarran todo, que lo arrebatan todo. Proyectamos en el rock y en quienes lo crean, más que en cualquier otro género de entretenimiento o categoría de intérprete, nuestros sueños más extremos y nuestras fantasías más intensas. Para millones de personas, los ídolos del rock son los superhéroes definitivos. Encienden la imaginación y caminan sobre las aguas. Obviamente, pueden volar. Pero llegamos a la conclusión de que, a falta de su genialidad envalentonada, punzante, quejumbrosa y garabateada, su ritmo sincopado, sus melodías y armonías, su atractivo arrebatador e incendiario, nosotros también podríamos haber participado en su frenético baile. Podíamos haber

aspirado a ello. Como si fuese tan sencillo. Nadie —y menos tu estrella del rock al uso, llena de contrasentidos— es nunca lo que parece.

He estado obsesionada con las estrellas del rock durante toda mi vida. Conocí a David Bowie cuando tenía cinco años y empecé a aparecer por su casa cuando tenía once. En el brillante paseo que conducía a su famosa puerta delantera me encontraba con el tipo de reinonas que se transformarían en Siouxsie Siouxs, Boy George y Billy Idol. Fui al colegio al que asistió el productor de los Beatles, George Martin. Estudié en la universidad de Londres donde se formó Pink Floyd. En calidad de secuaz del DJ Roger Scott de Capital Radio de Londres, volé a Florida para un encuentro con el renacido Dion DiMucci, el ídolo adolescente de los cincuenta y los sesenta que encontró su vocación cantando a capela en las esquinas del Bronx. Roger lo idolatraba: el primer éxito de Dion and the Belmonts, «I Wonder Why», les valió el título de pioneros. Dion sobrevivió a la gira que mató a Ritchie Valens y Buddy Holly en 1959, y se sinceró sobre ello. Sus éxitos en solitario «Runaround Sue» y «The Wanderer» eran también clásicos de Roger Scott. En Nueva York acompañamos a Billy Joel hasta la puerta del número 142 de Mercer Street, en el SoHo, donde se tomó la fotografía de la imagen de portada para su álbum de homenaje a la herencia del rock *An Innocent Man*. En Nueva Orleans nos sumergimos en The Neville Brothers. Keith Richards se los dio a conocer a Roger. El Stone tocó en su álbum *Uptown*, de 1987. En 1989 lanzaron *Yellow Moon*, que quizá fue el disco —especialmente su tema «Healing Chant»— que volvió a Roger más reflexivo y que alentó su alma cuando el cáncer esofágico se llevó lo mejor de él. En aquel momento estaba en BBC Radio 1, destacando entre los programas del sábado por la tarde y domingo por la noche. Sus viajes incansables por el mundo habían terminado y mantenía la esperanza. Murió el 31 de octubre de 1989, después de haber compartido conmigo esas historias de amigo de los Beatles con las que había cautivado América y de haber divulgado detalles esenciales sobre la época en la que se reunió con John y Yoko en Canadá a finales de mayo de 1969 y formó parte, el 1 de junio, de la grabación de «Give Peace a Chance» durante la infame «encamada por la paz» en el hotel Queen Elizabeth de Montreal.

Como periodista en Fleet Street[14] entrevisté a gran parte de las estrellas del rock que la mayoría de la gente pueda nombrar.

Acompañé a muchas de ellas en sus giras. Pasé cientos de horas a muy poca distancia de los más famosos entre los famosos. El hecho de estar expuesta a ellos y observarlos terminó llevándome a la idea de que había características comunes, rasgos de personalidad, estados de ánimo y actitudes ante la vida que no podían ser ignorados. A pesar de los sonidos y de las visiones enfrentadas, de la infinidad de estilos de composición e interpretación, la mayor parte de ellos formaban parte del mismo crisol. Tenían mucho que demostrar. Eran terriblemente inseguros y anhelaban la aprobación del mismo modo que alguien hambriento se muere por un trozo de pan. Cuando escarbabas un poco más, el origen de su arte quedaba muy claro. Para ellos era esa ola atronadora, el terrorífico tsunami interior. El profundo e inmenso abismo de la adversidad, el abuso o la disfunción durante la infancia. Las estrellas del rock deben de ser la subespecie más atormentada y golpeada por el dolor de todas.

He estado estudiando a estos tipos durante años. Digo «tipos», pero, por supuesto, hay tantas artistas mujeres como hombres que afloran como víctimas. Por cada Johnny Cash —con un pasado de adversidades y abusos, que luchó contra la adicción y el trauma a lo largo de su vida más temprana y terminó tan perturbado que escribió, en su celebrada canción «Folsom Prison Blues», sobre disparar a un hombre en Reno solo por la experiencia de verlo morir— hay una Christina Aguilera, que sufrió una extrema crueldad física y emocional a manos de su padre y que recurrió a la música para compensar el dolor. Por cada Prince, que sobrevivió a la separación de sus padres cuando tenía dos años revistiéndose de contradicciones y que sufrió ataques epilépticos y acoso en la infancia, y fue un confeso adicto al sexo antes de encontrar refugio en la religión, hay una Adele, que tenía tres años cuando su padre abandonó a su madre. Mark Evans intentó colarse en su vida de nuevo cuando descubrió en quién se había convertido su hija. Adele lo rechazó. Por cada Jimi Hendrix —nacido de una madre soltera y un padre en la cárcel, y criado prácticamente por amigos de la familia, para quien la violencia doméstica y la explotación sexual formaban parte de la rutina— hay una Janis Joplin, cuya familia nunca la entendió y que fue acosada despiadadamente a lo largo de todos sus años escolares por su peso, su acné y su devoción por la música negra. *Pearl*[15] fue criticada por ser una «cerda» y una «puta». Ella y su botella de Southern Comfort

fueron forzadas a dejar la ciudad. El alcohol no la mató. Lo hizo la heroína. O un Eric Clapton, que creyó que su abuela Rose era su madre y que su madre adolescente Patricia era su hermana hasta que tuvo nueve años, que fue rechazado de nuevo cuando Patricia se casó, se mudó a Canadá, tuvo más hijos, pero no fue a buscar a su primogénito; que, siendo adicto a la heroína, se enamoró de la mujer de su mejor amigo, George Harrison, y terminó tentando a Pattie Boyd para que se casara con él. La pareja no podía tener hijos. Añadió sal a la herida dejando embarazadas a otras dos mujeres. La mayor tragedia de su vida ocurrió en 1991, cuando uno de sus hijos, Connor, de cuatro años, murió al caer por la ventana abierta de una habitación en un apartamento de Manhattan. Por cada Eminem —que era solo un bebé cuando su padre lo abandonó, y su madre, que también lo traicionó en un libro, lo maltrataba, a pesar de lo cual, cuando Debbie Nelson sucumbió al cáncer, su hijo pagó todas sus facturas médicas— hay una Amy Winehouse, que nunca pudo asimilar que su padre, a quien adoraba, abandonase a la madre que ella idolatraba por otra mujer. Amy buscó refugio en la autolesión, las drogas y la bebida hasta su muerte. Por cada Michael Jackson —acusado de abusos sexuales a menores y que había padecido él mismo tales abusos— hay una Sinéad O'Connor, que declaró que fue agredida sexualmente por su madre «poseída», ya difunta, en una cámara de tortura casera, que la forzaba a repetir una y otra vez «no soy nada» y que ha sufrido crisis emocionales desde entonces.

Richard Starkey era hijo de un padre borracho, muchas veces ausente, y una madre autoritaria, se pasó un año recuperándose de una apendicectomía y, en el umbral de la vida adulta, era prácticamente analfabeto y negado para los números. Encontró su salvación en la música, y la fama y la fortuna llegaron bajo el nombre de Ringo Starr. Paul McCartney y su hermano pequeño, Michael, se quedaron huérfanos de madre cuando la matrona y auxiliar sanitaria Mary murió en octubre de 1956, a los cuarenta y siete años.

Ya lo ves. Ser una estrella del rock, en casos infinitamente célebres y en otros menos conocidos, ha sido desde siempre un antídoto contra la adversidad.

*

No hay una sola verdad. No hay hechos, y hay millones de hechos. ¿Una contradicción? Él lo era. Muchos aspectos de su vida continúan abiertos a la interpretación. Las teorías, los rumores, las suposiciones y las ilusiones contribuyen a ello, como también lo hace el propio John. Apenas se escaparon de sus labios un comentario sentencioso, una acotación maliciosa o una declaración reflexiva que no contraargumentase o corrigiese más adelante. Ningún pensamiento en su cabeza era inamovible. No hay una versión terminada o definitiva de él. Se reinventaba constantemente, a veces de forma inconsciente, y probaba infinitos Johns para ver si le convencían. La expresión «gustar a todo el mundo» se queda corta, pero ese era John. Ensimismado, obstinado y frustrado por las circunstancias de los primeros años de su vida —abandonado por su padre y entregado por su madre al cuidado de una tía dominante y un tío afortunadamente dulce que murió prematuramente—, su válvula de escape de la emoción y la frustración fue la palabra escrita. El sexo, el rock y después las drogas tomaron pronto el control de Lennon. Su madre murió de forma violenta cuando él tenía diecisiete años. Nunca llegaría a presenciar o a hincharse de orgullo por el efecto que su hijo había tenido sobre el mundo entero. Nunca lograría superar su pérdida. Se sintió engañado y desfavorecido durante toda su vida. Nada lo consolaba ni lo compensaba. Se casó demasiado joven, tuvo a su primer hijo antes de haber alcanzado su propia madurez y, aún al principio de la veintena, hacía malabares para compaginar la fama global y una exorbitante fortuna con la responsabilidad familiar común y corriente... con resultados desastrosos. Él hubiese dicho que era demasiado. Su salvación era encontrar el amor verdadero, lo que resultó ser su inmensa, simple, compleja y cercana unión con Yoko. Un amor inspirador, atormentado, que desafiaba a la muerte, salido del mismo molde que el de Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra, Venus y Adonis. Un par de almas gemelas que resurgían como una sola, los dos solos contra un mundo moralizante, confundiendo a los críticos y a los cínicos por el camino; confirmándonos a aquellos de nosotros desesperados por creer que el amor verdadero existe. ¿Para qué vivió John, al fin y al cabo? Solo por Yoko, y por su hijo Sean, para la eterna desolación de Julian Lennon.

El mundo gira. Las décadas se aceleran. ¿Ha quedado John reducido a palabras y melodías que proceden de canciones incrustadas

en nuestro ADN y que nunca dejaremos de escuchar? No, y nunca será así. El John narcisista, autodespectivo, que se conoce a sí mismo, que perteneció al planeta, pero que existió sobre todo en su propia mente, sigue entre nosotros.

CAPÍTULO 1

Confluencias[1]

Los historiadores pueden tender a pasar muy rápido por los años formativos de alguien, para precipitar a los lectores hasta el punto en el que empieza la «parte interesante». Pero ¿qué puede ser más fascinante que las circunstancias del nacimiento, los desafíos de la infancia, los primeros cuadros de un edredón hecho de retazos que de algún modo se expande y se borda hasta lograr la personalidad que queremos conocer? ¿O, más incluso, las odiseas de sus antepasados?

A pesar de todos los hombres intensos, influyentes e indomables que hubo en la vida de John, fueron las mujeres, para bien o para mal, quienes la dominaron. Solo hay que remar por las aguas poco profundas de sus ancestros para encontrar mujeres de gran coraje y resiliencia en ambos lados del árbol genealógico. Mujeres que sobrevivieron a hambrunas, a la separación de sus familias, a las dificultades y el trastorno de los traslados, a la tragedia de la guerra; que estaban continuamente embarazadas, que dieron a luz a una docena o más de hijos; que murieron desesperadamente durante el parto; que, destrozadas por la miseria y la viudedad, cedieron el cuidado de sus hijos a instituciones benéficas antes que ver a su descendencia morir de hambre.

Aunque las mujeres iban a dominar la vida de John en diversos grados y con consecuencias contradictorias, no había antepasados familiares femeninos distinguidos en ninguna de las líneas. La clave es hasta dónde se quiere retroceder en el tiempo. Algunos biógrafos han rastreado el ADN en un intento de buscar ascendientes cautivadores cuyos logros pudiesen arrojar luz sobre los orígenes de la personalidad y el talento de John. Las ganas de descubrir que la genialidad se lleva en los genes debió de ser lo que infundió vida y color a la idea de que el bisabuelo paterno de John Lennon, James, descrito como cocinero

de barco y cantante ocasional, emigró de Liverpool a América; y que el hijo de James, John, también conocido como Jack (el abuelo de John) casi alcanzara la fama en Estados Unidos a finales del siglo XIX como trovador con la cara pintada de negro en la época anterior a los derechos civiles y a la abolición de la esclavitud. Los Kentucky Minstrels («Trovadores de Kentucky»), encabezados por el cantante Andrew Robertson, eran la compañía con la que se dice que se fue de gira, antes de hacer un cambio radical y volver a la tierra de nacimiento de su padre y establecerse en Merseyside, donde su primera mujer, norteamericana, murió en el parto. Qué fascinante sería si todo esto fuese cierto. Pero, ¡ay!, los certificados de nacimiento y los censos de 1861, 1871 y 1901 indican otra cosa. La historia familiar de los Lennon, como la de cualquier otra familia, ha transitado desde hace mucho tiempo los caminos de la fantasía. La fábula puede ser difícil de contradecir. Los rumores y las suposiciones seducen. Todavía hay mucha gente con tendencia a creer en la deslumbrante leyenda, a pesar de lo inequívoco de los hechos.

Lo que sí es cierto es que los bisabuelos paternos de John, James Lennon y Jane McConville, no nacieron en Liverpool, sino en el condado de Down, en la provincia de Ulster, en Irlanda del Norte, y que cruzaron el mar de Irlanda con sus familias en tiempos de la Gran Hambruna (1845-1849), en un momento en que Irlanda todavía formaba parte de Gran Bretaña (y fue así hasta 1922). James, tonelero y almacenista, se casó con Jane en Liverpool en 1849 cuando tenía unos veinte años. La novia tenía solo dieciocho. Tuvieron ocho o más hijos antes de que Jane muriese en el parto. Su hijo John, conocido como Jack, nació en 1855, y fue el abuelo de nuestro John Lennon. Jack llegó a ser oficinista de embarques y contable, y no era una persona muy de fiar. Era un cliente popular en los bares, y muchas veces cantaba para pedir su cerveza. Se casó con una chica de Liverpool, Margaret Cowley, cuando tenía treinta y tres años, y fue padre de cuatro hijos, de los cuales solo sobrevivió una hija llamada Mary Elizabeth. Su madre murió al dar a luz a su hermana, también llamada Margaret. El viudo y católico Jack pronto empezó a «vivir en pecado» con la protestante Mary Maguire, una analfabeta que aparentemente era médium y que se hacía llamar Polly. Tuvieron catorce o quince hijos (los registros varían), de los cuales perdieron ocho, y finalmente se casaron en 1915, tres años después de la llegada

de su hijo Alfred, el padre de John. Jack murió en 1921 de cirrosis, cuando su hijo pequeño tenía ocho (o nueve) años y padecía raquitismo, una enfermedad infantil causada por el déficit de vitamina D que provoca que los huesos se ablanden y las piernas se dobleguen. Las de Alf estuvieron durante años atadas con unos grilletes que inhibían el crecimiento normal. Polly era demasiado pobre para sustentar sola a su familia y se vio forzada a entregar a Alf y a su hermana Edith al orfanato Blue Coat School, estrictamente protestante. Alf fue el que recibió mejor educación de todos los Lennon previos, y pronto encontró un empleo remunerado en una naviera de Liverpool.

Por parte de madre, los pasos de los antepasados de John nos llevan hasta Gales. La mezcla irlandesa y galesa le regaló una ascendencia fuerte; la unión de las dos naciones y culturas celtas, que comparten características significativas, como la vívida imaginación, la ocasional melancolía, la terquedad, la pasión y la disposición a la amabilidad.

Las oscuras raíces galesas de John no se conocen. Su bisabuelo John Milward (en ocasiones escrito Millward) era hijo de Thomas Milward, el jardinero jefe de sir John Hay Williams, alguacil mayor de Flintshire. Este John nació en los majestuosos alrededores de Dolben Hall a mediados de la década de 1830, mientras su padre estaba empleado allí. Milward júnior llegó a trabajar, en su adolescencia, como aprendiz de ayudante de abogado para la familia Williams. A principios de su veintena, hubo que amputarle el brazo izquierdo tras un terrible accidente de caza. Su recuperación en una casa de huéspedes en Rhyl lo llevó a los brazos de Mary Elizabeth Morris, de veinte años, natural de Berth y Glyd, Llysfaen, cerca de Colwyn Bay, en la costa norte de Gales. Mary había sido recientemente desterrada de la granja familiar después de haberse quedado embarazada de un vecino y haber dado a luz a un hijo ilegítimo. Cuando ella y su nuevo amante concibieron un hijo, ansiosos por amortiguar un posible escándalo adicional, se escaparon a Inglaterra. La abuela materna de John Lennon, Annie Jane, una futura sastra, nació en un alojamiento alquilado en The Bear and Billet Inn, en Chester, en 1871. La familia se mudó a Liverpool poco después, donde Mary evolucionó en una férrea matriarca y no quiso hablar ninguna otra lengua que no fuera la galesa. La relación se desmoronó. John murió desahuciado y solo en

mitad de la cincuentena, mientras que Mary vivió hasta la octava década y murió en 1932.

Por medio de la línea de Mary se ha sugerido que el trastatarabuelo de John era el reverendo Richard Farrington, de Llanwnda, Caernarvonshire, apreciado autor de libros sobre la antigüedad galesa. A través de él, el linaje de John podría trazarse hasta Owain ap Hugh, un alguacil mayor isabelino de Anglesey y, a partir de este y varias generaciones atrás, hasta Tudor ap Gruffud, hermano de Owain Glyndwr. El último príncipe de Gales oriundo del siglo xv, Glyndwr, fue inmortalizado por Shakespeare en *Enrique IV*, parte 1. Esto haría del tío ancestral de John un héroe nacional galés. De este modo, se cree que John es descendiente directo de Llywelyn el Grande, que gobernó Gales durante el siglo xiii; también, por parte de la mujer de Llywelyn, Joan, descendiente de los reyes Juan de Inglaterra, Malcolm de Escocia, Guillermo el Conquistador y Alfredo el Grande. ¿Qué hubiese hecho John con tanta grandeza si realmente se hubiese comprobado que, sin duda, era cierta?

El bisabuelo materno de John, William Stanley, nació en Birmingham en 1846. Se mudó a Liverpool al principio de su veintena y allí conoció a su mujer norirlandesa, Elisa, y se casó con ella. La pareja residió en Everton, al norte de Liverpool. Su tercer hijo, George Ernest Stanley, que llegó en 1874, sería el abuelo materno de John. George se convirtió en marinero de un buque mercante y trabajó durante años en el mar, lejos de su familia, y fue también constructor de velas para fragatas y otras embarcaciones transatlánticas. Después trabajó para Tug Salvage Company, con sedes en Londres, Liverpool y Glasgow, una compañía que llevaba a cabo trabajos de salvamento marítimo local. Conoció a la ya mencionada Annie Milward a finales de la década de 1890. La pareja no se casó antes de empezar a formar una familia. A pesar de las distintas versiones que se han relatado, la hermanastra de John, Julia Baird, sostiene que sus dos primeros hijos, Henry y Charlotte, murieron poco después de nacer, y que sus restos mortales están enterrados en la catedral anglicana de Liverpool. Su tercera hija fue Mary Elizabeth, destinada a convertirse en la famosa tía Mimi de John, la mujer que lo criaría en lugar de su madre y que realmente lo tuvo bajo control. Una sola hija superviviente nacida fuera del matrimonio no era suficiente para George y Annie, que se casaron hacia finales de 1906 y engendraron cuatro hijas más que

llamarían a su padre «Dada», para luego apodarlo «Pop». La cuarta de las cinco imponentes hermanas Stanley fue la madre de John, Julia, que nació en Toxteth, al sur de Liverpool, el 12 de marzo de 1914, junto con la Gran Guerra.

Si ya sabes algo sobre ella, ¿quién quieres que sea? ¿Sientes inclinación hacia Jezabel Julia, la mujerzuela con un corazón de oro? ¿Una casquivana, una muchacha sin moral que adquirió ideas que estaban por encima de su posición y su bolsillo, como resultado de una cantidad excesiva del surrealismo de Hollywood procedente de la pantalla del cine del edificio Trocadero en el que trabajaba como acomodadora; de mejillas marcadas y lengua afilada, figura voluptuosa, descarada con su uniforme de azafata y su sombrero sin ala, y tan vanidosa que se iba a dormir maquillada; que, con sus adornos extravagantes y sus rizos perfumados, frecuentaba los clubes y las salas de baile de Liverpool para tontear con marineros, soldados, estibadores y camareros, dándoles ganas y conteniendo las propias con una risa descarada; que podía ser relajada con sus favores; que dio a luz y entregó a sus hijos sin ninguna preocupación? ¿O prefieres a la Julia Lennon, nacida Stanley, incomprendida y tantas veces difamada? Aparcando las fantasías junto con los cientos de miles de palabras previamente escritas, pronunciadas y supuestas sobre ella, ¿puedes admitir, como hago yo, que la Julia de la vida real se movía entre extremos como cualquier otra persona? ¿Que no era ni una pecadora ni una santa? ¿Que no era ni remotamente tan diabólica como se la ha pintado? El propio viaje de John empieza con el suyo, en la ciudad de sus nacimientos. John la idolatró, murió por ella, se castigó y la anheló en temas tan desgarradores como «Mother» o «Julia».

Pero Liverpool no era lo único que madre e hijo tenían en común. Ambos tenían el pelo fino de color marrón rojizo típico de los celtas (aunque sus ojos eran distintos: los de Julia eran azul celeste, mientras que los de John eran marrón pálido). Ambos nacieron al borde de guerras mundiales y sobrevivieron a ellas. Los dos eran inadaptados sociales con el don de la música, inconformistas y temerarios, y gustaban a las multitudes; eran el alma de la fiesta, pero esencialmente eran personas solitarias. Los dos se casaron para consternación y desprecio de sus familias. Ambos se convertirían, de forma insolente y dolorosa, en la musa del otro. Los dos murieron de forma violenta a manos de otros en la cuarentena, dejando tras de sí

una devastación y unos efectos colaterales que nunca se curarían.

Liverpool era aún en 1914 una ciudad orgullosa, próspera y estupenda; una localidad de arquitectura impresionante y fantásticos logros. Fue el lugar de nacimiento de Cunard, una compañía de cruceros fundada en 1839 que encabezó la revolución oceánica. Se dice que hacia 1870 todo habitante de Liverpool o había trabajado para esta gran empresa o conocía a un hombre que lo hubiese hecho. La ciudad contaba con una población que, gracias a que las revoluciones agrícola e industrial habían movilizado a las masas, había aumentado de menos de cien mil habitantes un siglo antes a más de ocho veces ese número al inicio de 1900. El tabaco de Virginia y el azúcar de las Indias Occidentales eran sus principales importaciones. Las industrias que se desarrollaron para procesar estos productos fueron enormes. La destilación, las actividades bancarias y los seguros generaron fortunas, y también lo hizo el comercio atlántico de esclavos. Al otro lado de la balanza, miles de personas trabajaban muy duro como peones de obra, en los procesos de producción de fábricas y molinos, y de forma muy precaria en los astilleros en expansión. Las clases trabajadoras alta y media-baja tendían a dedicarse al comercio, como representantes, vendedores o personal de oficina. Sastres cualificados, diseñadores de ropa, peleteros y sombrereros servían las necesidades sartoriales de la élite adinerada. Los señores del norte se vestían de forma tan elegante como sus homólogos de la capital. Muchas de las mujeres de clase trabajadora estaban empleadas en escuelas, tiendas, fábricas y negocios dedicados a la producción de ropa, y solían estar solteras. Una enorme cantidad de mujeres más humildes trabajaban como sirvientas —criadas, limpiadoras, cocineras y cuidadoras de niños— en prósperas casas mercantiles. Muchas mujeres casadas y viudas se llevaban a casa ropa sucia para lavar para no morir de hambre. Lejos de las deslumbrantes fachadas de los gigantescos edificios, fuera del rango del aire predominante de opulencia, los edificios de ladrillo donde vivía el hombre común estaban ennegrecidos por el hollín, en una atmósfera densa por el hedor del humo del carbón y los excrementos equinos y humanos. La vida renqueaba sobre los adoquines al ritmo de botas con clavos bajo unos dobladillos que rozaban los tobillos, del retumbar y resbalar de los carros guiados por caballos. En lo más hondo de los suburbios colonizados por los

desamparados yacía un infierno de privaciones y pobreza.

Britania ya no gobernaba los mares. Gran Bretaña había dejado de ser, bajo el mandato del rey Jorge V, la potencia industrial más importante del mundo. La competencia extranjera aumentaba. El estatus de Liverpool, anteriormente el núcleo marítimo de una nación victoriosa con complejo de superioridad, fue alentado por la Gran Guerra. Con sus miles de dársenas a lo largo del río Mersey, su posición estratégica como puerto de aguas profundas justo por debajo de 3.500 millas náuticas (6.482 kilómetros), vía de cruce del Atlántico desde Nueva York, y su ubicación como puerta de entrada a Europa, Liverpool estuvo en primera línea durante el esfuerzo de los aliados contra Alemania. Cargamentos esenciales, comida, combustible y suministros para las fábricas, tropas, personal médico, prisioneros de guerra y refugiados se amontonaban en su zona ribereña.

Los hombres jóvenes de la ciudad corrieron a alistarse. Más de doce mil hombres de Liverpool se inscribieron para luchar en el mar. Tres mil más acataron el grito de guerra de lord Kitchener y se presentaron al Ejército. Cerca de un millón de mujeres atendieron las fábricas de munición, se encargaron del transporte público, de las comisarías, de los departamentos del Gobierno y las oficinas de Correos, y barrieron las calles adoquinadas vestidas con sus largas y mugrientas faldas. Al llegar 1918, algunas mujeres se habían ganado el derecho a votar. Pero en 1923 solo había ocho mujeres en el Parlamento, y las mayores de veintiún años no obtendrían el derecho al voto hasta 1928. Mientras tanto, la transformación social creció en Liverpool durante la década de 1920. Los trabajadores se empoderaron, después de haberse sacrificado y haber sufrido tanto durante la guerra. El cambio en la sociedad no fue tan buscado como exigido. La provisión de promoción de viviendas se inició en una escala sin precedentes. Aunque el país tendría que esperar hasta 1948 para que llegase el Estado del bienestar, las esperanzas y las expectativas de las clases marginales de Liverpool se dispararon.

Julia no conservaba recuerdos detallados de sus años de bebé, devastados por la guerra. Todos adoraban a la pequeña de la familia; también sus hermanas Mary Elizabeth (después Mimi), Elizabeth Jane (llamada Betty o Liz, y con el tiempo conocida en la familia como Mater) y Anne Georgina (Anne para sus hermanas, aunque terminaría siendo llamada Nanny). *Dada* tocaba el banjo, y enseñó a su cuarta

hija a tocarlo. Julia enseguida empezó a rasguearlo de oído con seguridad, cantando a la vez para sus adentros. También llegaría a dominar el ukelele y el acordeón. Cuando llegó la quinta hermana Stanley, Harriet (Harrie), Julia ya había crecido hasta convertirse en la «niña bonita» precoz, con la marca de «oveja negra». Las lenguas chasqueaban. Se hacía la vista gorda. También era «la musical». Por este motivo, así como también por su efervescente personalidad, se la consentía. Sin estudios, dejó la escuela en 1929, a los quince años, con un futuro muy vago. Se topó con Alf Lennon en el parque Sefton de la ciudad, cerca del lago. Charlaron. Si no fue amor a primera vista, sí fue un prólogo.

Pero Alf había escuchado la llamada de la sirena. La naturaleza náutica lo había atraído. El joven dejó la tierra para vivir en las olas del mar, se inscribió como marinero en un buque mercante y partió en busca del mundo. Conocido como Freddie o Lennie, se encariñó con el trabajo y con sus irresistibles beneficios; el lucrativo negocio del contrabando era su favorito. Los ascensos se sucedieron. Este inexperto botones trepó hasta convertirse en un sobrecargo experimentado, juró lealtad a la botella y dio tumbos por el camino, de lío en lío. Como su novia, a quien escribía largas y románticas cartas que nunca tuvieron respuesta, también era aficionado a la música. Alf tenía una armónica en el bolsillo y una canción en el corazón. Julia no estaba afligida, en absoluto. No podía importarle menos. Perfectamente consciente de que su familia consideraba que el chico Lennon no estaba a su altura, ella —la despampanante, caprichosa y cautivadora Julia— se mantenía abierta a otras opciones y no expresaba sus sentimientos. Flirteaba dondequiera y con quienquiera que ella eligiese. Parece improbable que cualquiera de los dos fuese fiel al otro durante las ausencias prolongadas de Alf. Tal vez él tenía una chica en cada puerto, el viejo ardid del lobo de mar. Quizá Julia sucumbió a algunos de los muchos pretendientes babosos que no aceptaban un no por respuesta. Tal vez provocó a Alfie, al proponerle matrimonio ella misma, como se ha planteado, o quizá fue él quien se lo pidió al final, después de que ella menospreciase a su diminuto novio diciéndole que nunca sería lo suficientemente hombre. Cualquiera que sea la verdad que respalda una u otra versión, la pareja se casó el 3 de diciembre de 1938 en el Registro Civil de Bolton Street, unos once años después de haberse conocido. Julia tenía

veinticuatro años. No se avisó a ningún miembro de la familia de ninguno de los dos; nadie estuvo presente. Pasaron su luna de miel en un cine y su noche de bodas separados —ella en la residencia familiar, él de nuevo en sus aposentos—, como si se preparasen para la ira del clan. Al día siguiente, Alf salió corriendo de nuevo al mar. Pasó tres meses navegando hacia y desde las Indias Occidentales.

*

Con excepción de Londres, ninguna otra ciudad británica fue más bombardeada que Liverpool. Era un objetivo por su condición de puerto más grande de la costa occidental británica, desde el que se distribuían alimentos esenciales y otras mercancías. Aniquilar la ruta de abastecimiento hubiese garantizado la derrota británica. La Luftwaffe alemana llevó a cabo alrededor de ochenta ataques aéreos en Merseyside entre agosto de 1940 y enero de 1942. Los ataques alcanzaron su punto más álgido en siete noches seguidas de bombardeos en mayo de 1941. Aunque las dársenas, las fábricas y las vías férreas eran los objetivos principales, extensas secciones a ambos lados del río Mersey fueron también asoladas o destruidas. Desde los aeródromos de países conquistados, como Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, los bombarderos alemanes salían hacia Liverpool, acentuando su campaña militar con ataques nocturnos a traición. El 28 de agosto de 1940, cuando Julia Lennon estaba embarazada de seis meses de John, ciento sesenta bombarderos descargaron contra Merseyside. Durante el bombardeo de la Navidad de aquel año, la ciudad sufrió sus asaltos más severos. Durante los primeros seis meses de vida de John, los ataques aéreos no cesaron. A finales de abril de 1941, el gran Liverpool había sufrido más de sesenta ataques. Se deterioraron muelles y se hundieron barcos. Muchos edificios corporativos, entre ellos el famoso Cotton Exchange, la Aduana y el Rotunda Theatre, hospitales, iglesias, escuelas y casas fueron demolidos. Carreteras, líneas de tranvía y vías férreas fueron destrozadas. En 1942 alrededor de cuatro mil personas habían muerto, y unos cuantos miles más habían quedado seriamente heridos. Gran parte del daño tardaría años en restablecerse.

A pesar de la llamada a filas obligatoria para los hombres en buenas condiciones físicas entre los dieciocho y los cuarenta y un

años, Alf Lennon, que entonces tenía veintiséis, se libró del deber, puesto que se consideró que tenía un trabajo esperándolo en el mar. Los padres de Julia, Pop y Mama, junto con sus hijas Mimi, Anne y Julia, se habían marchado del centro de la ciudad y alquilaron una casa en el barrio periférico de Wavertree, cerca del cruce de Penny Lane, en el número 9 de Newcastle Road. Cuando el barco de Alf atracó, se fue directamente a buscar a su esposa, y aseguraría más tarde que concibieron a John en el suelo de la cocina de la casa adosada de los Stanley. ¿Puede incluso el obstetra ginecólogo más experimentado precisar el momento de la concepción con semejante exactitud? De nuevo Alf salió por piernas, esta vez hacia un barco que se utilizó para la protección de la ruta comercial del Atlántico Norte, sin saber si volvería a ver a su amada.

Aunque su complaciente tía Mimi pudiese haber jurado a ciegas que John nació durante un ataque aéreo, no fue así. Todo estaba tranquilo cuando Julia dio a luz a su primer hijo, y el único varón, en el Liverpool Maternity Hospital de Oxford Street, que hoy en día es un alojamiento para estudiantes y todavía conserva las marcas de la metralla junto con la placa conmemorativa que declara que fue el lugar de nacimiento de John Winston Lennon. Visitar este edificio es una experiencia realmente evocadora. Su mero recuerdo me inquietó durante varios días, mientras que repetidos viajes al memorial Strawberry Fields en Central Park apenas me han conmovido. ¿Has estado? Ve y lo entenderás.

Poco después, Julia, que se había basado en sentimientos patrióticos para la elección del segundo nombre del niño, se llevó al bebé a su casa de Newcastle Road.[2]Mimi, por fin casada con un sufrido pretendiente que casi había perdido la esperanza con ella, era entonces la señora de George Smith. Su nuevo marido era un vaquero local que había heredado una casa de campo a poco más de tres kilómetros, en Woolton, adonde Julia y su hijo, y ocasionalmente también Alf, a veces se escapaban. John tenía más de dos años cuando conoció a su padre. Julia tampoco se había quedado precisamente en casa por las noches durante las prolongadas ausencias de su esposo, sino que había disfrutado de la vida, yendo de un lado a otro en compañía de soldados, con todo el desenfreno y el descaro de cualquier chica de vida alegre en una zona de combate. No es que Alf hubiese sido un santo: había agravado su ya difícil situación por haber

desertado de un barco, fue arrestado por haber metido las manos en la mercancía de otro barco y lo condenaron a ir a la cárcel en Argelia. Julia, acostumbrada a contar con una parte de la paga de Alf junto con las dispersas cartas que llegaban a casa, vio entonces que no había nada para ella en la Oficina de la Marina Mercante. Sin noticias de Alf, y sin tener ni idea de lo que le habría pasado, debió de dar por sentado que los había abandonado despiadadamente, a ella y a su hijo recién nacido. Ella, en consecuencia, decidió dar un giro radical. Obligada a tener que ganarse la vida, se buscó un trabajo de camarera en una taberna local. Fue allí donde conoció a un soldado galés cuyo nombre nunca ha sido más específico que «Taffy Williams». Cuando Alf llamó a la puerta un año y medio más tarde se encontró a su esposa aparentemente embarazada del hijo de Taffy. A esta escena le siguió un escándalo, del cual John tendría recuerdos en su vida adulta. Julia cambió la historia para insistir en que había sido violada por un soldado anónimo. Es posible que no supiera quién era el padre. Williams descartó la idea de que pudiese ser de alguien que no fuera él, y se hubiese hecho cargo de la madre y del bebé por voluntad propia. Destrozó sus posibilidades con Julia pidiéndole que se deshiciera de su hijo. Julia se negó a abandonar a John, y ese fue el final del galés. Alf suplicó a Julia que le permitiese asumir la paternidad del niño que tenía que llegar y que los cuatro se convirtiesen en una familia. Julia lo rechazó. Parece razonable suponer que sus rectos padres y sus imponentes hermanas, por miedo a la vergüenza social, a lo que dirían los vecinos, debieron de preocuparse por el bienestar y la felicidad de su adorado pequeño nieto y sobrino.

Alf no estaba dispuesto a renunciar a su hijo. Cómo pudo sacar a John de la fortaleza Stanley para que se fuese a casa de su hermano Syd en Maghull suscita preguntas. ¿Qué provocó que Julia le permitiese escaparse con su hijo durante varias semanas, y luego durante meses seguidos, para que viviese con Syd, su mujer y su hija, varios kilómetros al norte de Liverpool? Tal vez la depresión tuvo algo que ver. La mujer de Syd, Madge, preguntó si podía matricular a John en la escuela local. Estos Lennon sentían tal devoción por su sobrino que parecía que tenían esperanzas de obtener su custodia legal. ¿Dónde estaban sus padres? Syd y Madge no tuvieron noticias de Julia en todo el tiempo que John estuvo con ellos. Cuando el descarriado

Alf apareció sin avisar en la primavera de 1945, diciéndoles que había venido a buscar a su hijo, la pequeña familia se quedó desconsolada.

Julia Lennon dio a luz a su segundo hijo, una niña, el 19 de junio de 1945 en la clínica Elmswood, una maternidad local del Ejército de Salvación. Sometida a la presión de su familia, que condenaba su conducta lasciva y se resistía a que el peso de la vergüenza cayese sobre el buen nombre de los Stanley, fue forzada a aceptar la adopción. Su hija, a quien llamó Victoria Elizabeth Lennon, fue cedida a una pareja de la ciudad, Peder y Margaret Pedersen. El marido era noruego de nacimiento. Los Pedersen cambiaron la identidad de su nueva hija, que pasó a llamarse Lillian Ingrid Maria, y la criaron en Crosby, tan solo a unos pocos kilómetros de donde Julia continuaba viviendo. Ingrid, como se la llamaba, nunca conoció a sus padres biológicos, ni a su medio hermano John. No fue hasta que decidió casarse y necesitó su certificado de nacimiento cuando descubrió su verdadera identidad. Ingrid estaba conmocionada y aturdida, pero muy determinada. Se sentía incómoda contactando con su familia biológica mientras su madre adoptiva viviera. Cuando Margaret Pedersen murió en 1998, Ingrid salió a la luz. Parece que en algún momento creyó que era la hija biológica de su padre adoptivo, puesto que el marinero Peder supuestamente había tenido una relación con Julia. El nombre del padre no aparecía en el certificado de nacimiento de Victoria Lennon.

CAPÍTULO 2

Abandonado

¿Julia contribuyó al esfuerzo de guerra? Por lo que sabemos, nunca la reclutaron, lo cual es sorprendente, puesto que lo hicieron con la mayoría de las mujeres sanas y en buenas condiciones físicas en los años cuarenta. Desde la primavera de 1941, todas las mujeres británicas entre los dieciocho y los sesenta años tenían que ser registradas y entrevistadas, y a gran parte de ellas se les pidió que escogieran entre una serie de trabajos. La maternidad no era garantía de exención. De hecho, se esperaba y se pedía a las mujeres que hiciesen ambas cosas. La Ley de Servicio Nacional de diciembre de 1941 legalizó su alistamiento.

Aunque al principio solo se reclutó a mujeres solteras entre los veinte y los treinta años, en 1943 casi el 90 por ciento de las mujeres solteras y el 80 por ciento de las viudas estaban al servicio de la causa, trabajando en fábricas, en el campo o en las Fuerzas Armadas. Esto incluía el Servicio Naval Real de Mujeres, la Fuerza Aérea Auxiliar de Mujeres, el Servicio Territorial Auxiliar y la Dirección de Operaciones Especiales. Miles de ellas condujeron ambulancias, pilotaron aviones desarmados, trabajaron como enfermeras y sirvieron tras las líneas enemigas. Incluso la princesa Isabel, la futura reina, se alistó en el Servicio Territorial Auxiliar en 1945, cuando tenía solo diecinueve años. Después de ser aprendiz de conductora y mecánica, ascendió hasta el rango de comandante inferior. La hija del primer ministro Winston Churchill, Mary, destinada a convertirse en lady Soames, también sirvió.

Ochenta mil mujeres se unieron al Ejército de Tierra de Mujeres para cultivar y cosechar alimentos. El Servicio Voluntario de Mujeres fue una fuerza que se hizo cargo de las ciudades, especialmente de la capital, donde atendían los refugios subterráneos de Londres

preparando miles de tazas de té. Las madres que hasta entonces eran amas de casa empezaron a vestirse con monos y a remangarse para trabajar duro en las fábricas, produciendo vehículos, aeronaves, productos químicos y munición. Trabajaron en los astilleros, en las vías férreas, en los canales y en los autobuses. Un grupo de trescientas cincuenta mujeres construyó el puente de Waterloo de Londres, apodado The Ladies' Bridge (el Puente de las Damas), aunque este hecho no se reconoció oficialmente hasta más de medio siglo después. Casi veinticinco mil mujeres trabajaban en la industria de la construcción en 1944, ¡pero ganaban significativamente menos que los hombres por hacer el mismo trabajo!

Si Julia evitó la cadena de producción y los astilleros, ¿puede que se inscribiese en el programa Make Do and Mend o en el Sew and Save,[1] que el Gobierno puso en marcha en tiempos de guerra? Aunque hacer punto se convirtió en la obsesión femenina nacional durante la guerra, es difícil imaginar a una sofisticada camarera dedicándose a ello detrás de los surtidores del pub local.

Pienso en Julia. Me ha preocupado durante años. John estaba obsesionado con su recuerdo, lo que la hace fascinante. En un lugar privilegiado de mi mente tengo una imagen de ella como una mujer fatal al estilo de Rita Hayworth,[2]vestida con una combinación en un tocador, empolvándose la nariz, pintándose los labios de rojo, poniéndose perfume; emperifollándose para otra noche de diversión provocadora, justificándose ante su imagen con la excusa de que, en tiempos de guerra, todo vale. Las reglas y las costumbres habituales ya no podían aplicarse. Sobrevivían como si la espada de Damocles pendiese sobre sus cabezas, con la amenaza real de ser bombardeados y lanzados fuera de la faz de la Tierra en cualquier momento. ¿Quién podía culpar a la gente por dejarse llevar y ser despreocupada? Los casos de enfermedades venéreas crecieron de forma drástica por todo el país, como también lo hizo la tasa de embarazos. El aborto aún no era legal, y seguiría siendo un acto criminal hasta 1967, lo cual no impidió que algunas mujeres desesperadas recurriesen a los remedios caseros. Baños hirviendo, ginebra, agujas de hacer punto, cuchillos, planchas rizadoras para el cabello y sentarse en cuclillas sobre una olla de vapor hirviendo eran prácticas que amenazaban seriamente la salud, si no la vida, como también lo eran los métodos bárbaros de los abortistas clandestinos.[3]Aunque el hecho de tener hijos ilegítimos era

socialmente inaceptable (y lo seguiría siendo en las décadas siguientes), hubo un incremento enorme del número de hijos nacidos de madres solteras. Como resultado de esta tendencia empezó a desarrollarse la educación sexual. Para Julia y sus semejantes, el caballo se había desbocado.

Mama, la adorada matriarca de la familia Stanley, había muerto. Pop vivió hasta 1949. Se dice que el pequeño John tenía un vínculo muy fuerte con su rígido abuelo victoriano; solían salir a pasear por los muelles o por la orilla del río, desde donde miraban más allá del Mersey e identificaban edificios al otro lado. La tía Mimi, que había sido aprendiz de enfermera en el Woolton Convalescent Hospital (donde había conocido a su novio George, cuando él fue a repartir la leche), era la hermana mayor que siempre había cuidado de sus hermanos y de la descendencia de estos; había hecho suyos los problemas de todo el mundo y estaba en desacuerdo con su padre demasiado a menudo. Mimi tomó la responsabilidad de observar todos los actos con mirada inquisidora. Sin duda, tenía miedo del impacto que pudiera tener en John el estilo de vida de su madre. Estaba claramente decidida a comprobar si esos asuntos se resolverían «en beneficio del niño».

¿Qué significa realmente esa frase siniestra y vaga? En resumen, postula lo obvio: que cuando la madre de un niño pequeño tiene un nuevo novio, hace ostentación de su afecto por él y lo llena de atenciones en perjuicio de su hijo, este está destinado a sufrir. Si el novio se muestra despectivo con el hijo —o aún peor, lo trata mal—, la preferencia descarada de la madre por su amante constituye una negligencia y un abuso hacia el hijo. Julia no lo habría visto de esa forma. Este tipo de asuntos no solían debatirse abiertamente en aquella época. En estos tiempos más tolerantes tenemos la ventaja de contar con una investigación científica extensa sobre el bienestar en la infancia. El estudio *Adverse Childhood Experiences [Experiencias adversas en la infancia]*, realizado en la década de 1980, fue una de las investigaciones más extensas y completas que se habían hecho nunca para evaluar la asociación entre el maltrato en la infancia y la salud y el bienestar de una persona en su vida posterior.[4]Fue instigado por el doctor Vincent Felliti, de la Kaiser Permanente Health Appraisal Clinic de San Diego (Estados Unidos) y fue copiado internacionalmente. Sus hallazgos fueron devastadores. Ahora todos somos muy conscientes de

los factores que amenazan el fundamental sentido de identidad de un niño, así como su desarrollo saludable. Los niños experimentan el mundo por medio de sus relaciones con sus padres y cuidadores. En un entorno adecuado para el desarrollo, progresan muy bien tanto emocionalmente como físicamente. Los elementos esenciales para una crianza positiva son básicos: seguridad, estabilidad, regularidad, rutina, continuidad, disciplina. El factor decisivo es el afecto. Llamémoslo amor. Un niño no debería ir constantemente de un sitio a otro, ni estar atrapado en el fuego cruzado entre padres enfrentados. No debería ser usado como un peón. Nunca se le debería pedir, bajo ningún concepto, que escogiese entre su madre y su padre. Ahora sabemos que los traumas en la infancia muchas veces desembocan en depresión u otros trastornos mentales en la vida adulta, así como en enfermedades físicas. ¿Y por qué? Porque el estrés es tóxico. Una exposición prolongada a las hormonas del estrés inhibe el desarrollo del cerebro y compromete las conexiones de los circuitos cerebrales, que todavía son vulnerables y siguen desarrollándose durante la infancia más temprana. El sistema inmunitario queda deprimido, lo que deja al niño expuesto a infecciones y problemas de salud crónicos. Las hormonas del estrés también pueden dañar la parte del cerebro responsable de la memoria y del aprendizaje, provocando déficits que pueden afectar a la persona de por vida.

Mimi Smith seguramente no sabía nada de todo esto, ni tenía el vocabulario o los conocimientos médicos que la ayudasen a expresar con claridad sus miedos, pero era lista. Tenía instinto. Su sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal era sumamente armónico. Seguramente, fue «un poco demasiado» Hyacinth Bucket[5]en casi todo y daba una importancia excesiva a lo que pensaba la gente. Podía ser quisquillosa y moralista, pero por lo menos era responsable y formal. Podía ver con sus propios ojos que su hermana Julia se estaba comportando de forma egoísta, poniendo sus propias necesidades por encima de las de John. Nadie está insinuando que Julia no quería a su hijo. Según todos los testigos, lo consentía e incluso lo adoraba. Pero como madre era desorganizada. Su tendencia era no ponerlo a él el primero en su lista de prioridades. Su instinto le decía a Mimi que John necesitaba mejores cuidados maternales. Aunque siempre había insistido en que no quería tener hijos, su ego la convenció de que ella era la persona indicada para proporcionárselos. De este modo, empezó

a «captar» a John y a absorberlo en su propia casa cómoda y bien ordenada. Ella y su marido George lo criaron de forma tranquila y con respeto, lo quisieron como si fuese su propio hijo y lo educaron para ser un buen chico de quien toda la familia pudiese estar orgullosa.

Los aliados brindaron por la rendición de la Alemania nazi el 8 de mayo de 1945. Los juerguistas invadieron todo el camino desde The Mall hasta el palacio de Buckingham para aclamar al rey Jorge VI, a la reina Isabel y a sus hijas, las princesas Isabel y Margarita. Se habían guardado raciones para la ocasión, y se celebraron fiestas por todo el país. Imagínate a John con la barbilla metida y las rodillas raspadas, con pantalones cortos y un suéter tejido en casa entre decenas de otros niños en mesas dispuestas de lado a lado en medio de la carretera, sonriendo detrás de los banderines y las banderas del Reino Unido rodeado de sándwiches, magdalenas y mermelada. Tenía solo cuatro años y medio entonces, y posteriormente declaró que no tenía ningún recuerdo en particular del Día de la Victoria. Había momentos que sí recordaría, pero aquel no era uno de ellos.

Julia se había cambiado de trabajo y se quedó deslumbrada con el dueño del bar donde acababa de empezar. John Dykins era un vendedor a domicilio moreno, de ojos marrones y con sombrero de fieltro, un chanchullero de la ciudad que se había librado del deber de ir a la guerra a causa de una dolencia respiratoria. Mostraba su dinero por todo el bar para impresionar a la joven y guapa camarera. La familia de Julia se oponía a la relación, pero ¿qué le importaba a ella? Llamaba a su nuevo amante «Bobby», tal vez para que su hijo tuviese un nombre para él solo.

En noviembre de 1945, un mes después de su quinto cumpleaños, John empezó en la escuela primaria Mosspits Lane. Desde el primer día se sintió como pez fuera del agua. Ya sabía escribir, leer, pintar y dibujar y ocuparse de sus necesidades personales; pensaba por sí mismo, tenía una mente curiosa y parecía estar muy por delante de sus compañeros de clase. Desde el principio, necesitó más de lo que la educación pública estándar podía darle. O tal vez necesitaba menos de esta educación estándar, pero más estímulos creativos de otro tipo. Es posible que Julia ni siquiera se diese cuenta. Llevaba a John al colegio y hacía el turno del mediodía en el bar hasta que era la hora de recogerlo. Cinco meses más tarde se marchó de casa de Pop para instalarse con Bobby en un diminuto apartamento en el suburbio de

Gateacre en el que ella, su novio y su hijo dormían juntos en una cama doble, y donde John era perfectamente consciente de todo lo que hacían. Mimi, naturalmente, estaba escandalizada, y fue hasta allí para cantar las cuarenta a los pecadores. Cuando Bobby la acompañó a la puerta de salida, Mimi se fue muy enfadada al Ayuntamiento de Liverpool para denunciarlos al Departamento de Servicios Sociales. Claramente se precipitó, sin pararse a pensar en las consecuencias de traicionar a su propia hermana. Los empleados de ayuda pública se hicieron una idea de la situación y la acompañaron de nuevo a la supuesta guarida de inmoralidad. A Mimi se le concedió enseguida el cuidado temporal de John, a falta de una investigación más extensa que, probablemente, nunca llegó a progresar. Con qué satisfacción debió de coger sus cosas, agarrar su pequeña mano y llevarlo a Mendips, su casa en Woolton, en el número 251 de Menlove Avenue, donde John nunca tendría que compartir habitación, y mucho menos cama.

¿Y qué hay del cornudo Alf, el padre de John, que en ese momento era el marido de Julia desde hacía siete años? Al volver del mar en un permiso y descubrir que su hijo estaba viviendo bajo el techo de su abrupta cuñada y su dócil marido, se plantó allí en cuestión de segundos. Debía de estar desconcertado con la revelación de que Mimi ya había sacado a John de la escuela Mosspits Lane y lo había cambiado a Dovedale Road Infants. Prometió volver al día siguiente, y lo hizo, y pidió llevar a John de compras. No lo hizo. En lugar de eso, escoltó a su hijo hasta la estación de Liverpool Lime Street, donde se subieron en un tren rumbo a Blackpool[6]e hicieron una visita al también marinero de buque mercante Billy Hall. A pesar de los frecuentemente repetidos relatos de historia de terror sobre lo que sucedió a continuación, la verdad es menos melodramática. Se dice que Alf había estado planeando emigrar a Nueva Zelanda con su hijo, que sería enviado por adelantado al cuidado de los padres de Billy; Julia se fue llorando a Blackpool para reclamar la vuelta de su hijo; John se vio forzado a elegir a uno de sus padres, y primero optó por quedarse con Alf, pero luego volvió a pensarlo y salió corriendo desesperadamente por la carretera, tropezando, para aferrarse a su madre. ¿Realmente fue así? Los relatos difieren unos de otros. Billy Hall contradijo el drama. Recordaba que Julia llegó a la residencia de los Hall con Bobby Dykins; se mantuvo una reunión civilizada en el

salón de su madre y Alf se quedó satisfecho, seguro de que se había tomado la decisión correcta, que era que John debía volver a Liverpool para vivir con Julia.[7]

Todo esto está muy bien. Pero la forma en que se desarrollaron los acontecimientos después de aquel fatídico día en junio de 1946 distaba mucho de ser ideal. Alf ahogaba sus penas en las tabernas locales, volvió a la vida en las olas del mar y no volvería a ver a su hijo hasta veinte años después..., en un momento en que los Beatles ya habían conquistado el mundo y John se había convertido en una superestrella internacional. En cuanto a Julia, ella misma se había buscado aquella vida y tendría que seguir apechugando con ella. Además, estaba embarazada de nuevo. Julia y Dykins se mudaron con Pop para compartir las facturas domésticas y cuidar del anciano enfermo. John volvió a Mendips, al cuidado de tía Mimi y tío George. Y eso fue todo. Desde los cinco años, y a pesar de que Julia seguía viviendo muy cerca de él, John no volvería a vivir con su madre ni con su padre.

A los cuarenta y a los cuarenta y tres años respectivamente —con su casa llamada así por una serie de colinas en el suroeste de Inglaterra, sus vidrieras policromadas, sus cárdigan, sus modales rancios y gentiles, su perra mestiza Sally y sus gatos siameses—, Mimi y George debían de parecer más unos suplentes de abuelos que unos padres. El negocio de los lácteos y la tierra que había pertenecido a la familia de George durante generaciones habían sido requisados por el Gobierno británico. George había sido llamado a filas, fue despedido del Ejército después de tres años y había trabajado en un fábrica de aeronaves en Speke hasta el final de la guerra. En algún momento, trabajó por las noches en la terminal de Woolton, limpiando autobuses y tranvías (en aquella época, los tranvías todavía recorrían toda la extensión de Menlove Avenue, donde ahora crece la hierba). George debió de lamentar la disminución de la prosperidad y la expectativa evaporada de una jubilación fácil. Sin embargo, había que llegar a fin de mes. La austeridad era la norma. El racionamiento todavía no se había levantado (y no terminaría completamente hasta 1954). Mimi cocinaba, limpiaba y hacía su propia colada, pero el aire de residencia de señores respetados se mantenía. Aunque el viejo timbre para los sirvientes hacía tiempo que se había inhabilitado, todavía se referían al cuchitril fuera de la cocina donde se servía el desayuno como «la

sala matinal». Mostraban con orgullo preciosos platos de porcelana recién lavados. Se mantenían las apariencias, incluso en el interior de la casa, a pesar de lo cual la familia tenía tan poco dinero que, finalmente, se vio obligada a hospedar a estudiantes.

A John el cambio de entorno debió de parecerle abrumador. ¿Cómo consiguió sobrellevarlo? Con cinco años, todavía estaba aprendiendo a manejar sus emociones; aún estaba adquiriendo autocontrol y todavía era vulnerable a sufrir arrebatos por percances menores, algo que Mimi nunca toleraría. Con cinco años aún estaba luchando con las complicaciones de vestirse solo, de dominar los botones con sus dedos e intentar atarse los cordones. Aún estaba apañándoselas con su cepillo de dientes y se inquietaba con la caída de cada uno de sus dientes de leche. ¿Mimi le proporcionó lo que más necesitaba —amor, atención y aprobación—, o era, demasiado a menudo, reprobadora y distante? ¿Esperaba más de John de lo que él era capaz de darle? Lo parece. Para Mimi todo se reducía a los modales en la mesa y las horas de dormir estrictamente estudiadas; a hablar cuando se te hablaba; a la dicción y la pronunciación: no quería que John los pusiera en ridículo parloteando como un *scouser*.[8]También se aseguró de que asistiese a la escuela dominical en la iglesia de St. Peter, en Woolton, todas las semanas, donde cantó en el coro durante un breve periodo de tiempo. ¿Qué provecho iba a sacar un niño pequeño afligido de todo esto? ¿Cómo se supone que debía procesar el hecho de que su madre ya no lo necesitaba porque tenía un novio nuevo? ¿Por qué su padre permitió que su madre lo sacase de casa de aquel hombre para llevarlo de nuevo a casa de su tía y dejarlo allí para siempre? La imagen de John allí solo, en pijama y tapado con una colcha en su estrecha cama individual, en el estrecho cuartito individual, encima del imponente porche de la entrada principal (el porche que hay ahora se añadió en 1952), preguntándose qué había hecho él para que mamá y papá ya no lo quisieran y hubiesen decidido abandonarlo, es desgarradora. ¿De verdad sorprende que John se convirtiese en un niño introvertido, que se distraía con facilidad y que empezó a confundir la línea que separaba realidad y fantasía?

Gracias a Dios, estaba su tío. Alto, con el pelo gris, fumador de pipa, George era un hombre amable, paciente y amante de la diversión que también había sufrido lo suyo; que daba la razón a su

media naranja; que se convirtió en el más fiel aliado de John durante esos años confusos en que no estaba del todo seguro de adónde pertenecía. Cansado del colegio, taciturno e irritante, regañado por Mimi para que pusiera la mesa y recogiese su ropa, John no podía evitar reírse con las caras que le ponía el tío George a espaldas de Mimi para mofarse de su esposa y relajar un poco el ambiente. Fue con George con quien John jugó a la pelota en el pulcro jardín trasero con sus manzanos, su depósito de carbón y su rodillo para el césped, aunque no tuviese ningún interés ni habilidad para el deporte; con la ayuda y el ánimo de George, aprendió a montar en bicicleta, y gracias especialmente a George se obsesionó con los libros. Mimi y su marido eran lectores empedernidos. Había muchos libros de todos los géneros por toda la casa. Los favoritos de la infancia de George eran *Alicia en el país de las maravillas*, los cuentos de *Just William*, y *El viento en los sauces*.[9]George también lo introdujo en el mundo de los periódicos, lo cual lo ayudó a hacer bocetos, a dibujar viñetas y a contar historias, y le enseñó a resolver el crucigrama. Todo el mérito de que John aprendiese de forma muy precoz a aprovechar el poder de su imaginación es de George.

Nada de esto supone un menosprecio a los esfuerzos de Mimi para dar a su sobrino el mejor inicio posible en la vida. Por muchas cosas que se hayan dicho de su tía, se preocupaba por John y tenía buenas intenciones. Asumió el rol de madre, pero no era su mamá: él ya tenía una. Acompañaba a John a la escuela y lo recogía, le dejó claro que siempre estaría ahí cuando la necesitase y no lo dejaba deambular por las calles de noche. Por encima de su cadáver John se iba a convertir en un niño sin supervisión. Las cosas podían haber sido muy distintas si hubiese permanecido bajo el cuidado informal de Julia y Bobby. En tales circunstancias, podría haberse sentido atraído por la delincuencia o algo peor a una edad muy temprana.

¿Y qué pasó con Julia? Sí, visitaba a su hijo. ¿Esas visitas fueron cada vez más escasas y espaciadas en el tiempo, hasta que terminaron convirtiéndose prácticamente en un recuerdo? No se retiró del todo. Sus otras hermanas también lo visitaban; todas estaban involucradas y tenían algo que decir en el bienestar de John. Cinco hermanas son cinco hermanas. Se ha insinuado que Mimi trató de convencer a Julia para que dejara de visitar a John, decidida como estaba a ejercer su propio estilo de disciplina y autoridad. Eso hubiese sido ir demasiado

lejos. Cualquiera que sea la verdad, nadie parece haber cuestionado la situación. Parece que Julia nunca intentó recuperar a John. Le dio a Dykins dos hijas, la pequeña Julia y Jackie, y terminó consiguiendo su propia vivienda de protección oficial muy cerca de Mendips, en el número 1 de Blomfield Road. Había espacio suficiente para John en aquella casa, pero nunca lo invitaron a vivir con su auténtica familia. Se abrió un abismo entre madre e hijo. Así, Julia empezó a evolucionar hacia el foco inconsciente de sus fantasías.

Un elemento esencial de la juventud de John sobre el que Mimi podía ejercer bien poca influencia era su grupo de amigos. Un muchacho desplazado que también es, a efectos prácticos, hijo único está destinado a buscar sustitutos de hermanos y compañeros de juegos. En esto, John tuvo suerte. Empezó a juntarse con una pequeña pandilla ingobernable de matones: el estudioso Ivan, *Ive* (ellos lo llamaban Ivy) Vaughan; Nigel Walley, hijo de un policía; y Pete *Snowball* Shotton, apodado así por sus rizos rubios casi blancos. Sus nombres se recuerdan por su conexión con John en la infancia y con unos Beatles aún embrionarios. Pete y John, pronto renombrados como el dúo «Shennon y Lotton» o «Lotton y Shennon», se convirtieron en inseparables casi de por vida. John enseguida usurpó a Pete su estatus para convertirse en el líder del grupo, un rol para el que había nacido. Pete pronto se la devolvió: en la escuela dominical, los niños estaban obligados a confirmar su presencia pronunciando sus nombres completos. Cuando Pete oyó a John decir su segundo nombre, Winston, enseguida apodó a su nuevo amigo *Winnie*, regodeándose. Usaba este diminutivo cada vez que pensaba que John necesitaba que le bajaran los humos, lo cual sucedía a menudo. A pesar de ello, la amistad floreció y perduró en el tiempo.

John y Pete no perdieron el tiempo en sacar lo peor de cada uno. Pronto evolucionaron en unos granujas malhablados, temerarios y burlones que cometían infracciones, causaban destrozos y consumaban robos insignificantes por todo Woolton. En parte como un reto, se balanceaban en cuerdas desde árboles hasta los autobuses que se acercaban, lanzaban terrones de tierra desde el puente ferroviario a los trenes de vapor y ladrillos a las farolas, porque sí. Muchas de esas fechorías eran ideadas y orquestadas por John. A Mimi le hubiese dado un ataque. Pero este John no se correspondía con el chico que ella conocía en casa. De haberlo sabido, seguro que no se hubiese

creído que su sobrino estaba viviendo una doble vida más allá de sus cuatro paredes, e incluso hablando lo que prácticamente era otro idioma.

«John gravitaba de forma instintiva hacia el centro de atención —recordaba Pete en 1983— y su poderosa personalidad siempre le garantizaba un público amplio y lleno de admiración. En lo que respecta al resto de la pandilla, John era nuestro cómico y filósofo particular, nuestro bandido y nuestra estrella. Igual que a Nigel y a Ive, normalmente, me gustaba seguirle la corriente en la mayoría de sus ideas y propuestas.»[10]

Pete enseguida se convirtió en el compañero indispensable de travesuras de John, su compinche, su *quarryman* (Shotton hacía rechinar una tabla de lavar en la primera banda formal de John), su socio en los negocios, su conductor y su escolta, y colaboró con él en la composición de temas: Pete ayudó a John a escribir «I Am the Walrus» y contribuyó al argumento de «Eleanor Rigby» de Paul McCartney.[11]Pete confesó que John y él incluso compartieron novias y compañeras de cama ocasionales, y no siempre de forma privada o individual. De cadete de policía, propietario y supervisor de un supermercado, Shotton creció hasta convertirse en el encargado de la Apple Boutique de los Beatles y en el primer director ejecutivo de Apple Corps. Reculó fácilmente a la posición de asistente personal de John cuando todo «se fue a la mierda», antes de pasar a labrarse una fortuna propia, después de establecer la cadena de restaurantes de estilo americano Fatty Arbuckle en la década de 1980.

Según Bill Harry,[12]un amigo cercano de John en el Liverpool College of Art y fundador y redactor del periódico *Mersey Beat*, Pete fue «el amigo más íntimo que tuvo John, aparte de los Beatles. John respetaba a Pete porque estaba siempre a su lado y podía ser un poco como él, algo sarcástico y de carácter cambiante. John acudió a Pete en busca de consejo para muchas cosas, y la amistad que forjaron en la escuela continuó a lo largo de la década de 1960. Y sé que se encontraron en Nueva York en los setenta».

Aunque al principio pueda parecer improbable e incluso sorprendente que una estrella del rock mundialmente celebrada se aferre con fuerza a su mejor amigo de la infancia, no es una situación inusual. Este escenario se ha dado muchas veces. Es notable el caso de David Bowie y su compañero de juegos George Underwood,

tristemente famoso por haber «causado» la pupila dilatada de David.[13]Se conocieron siendo «lobatos» (en la sección menor del movimiento *scout*, que incluye a niños de entre siete y once años) en una iglesia de Bromley, cuando ambos tenían ocho años. «Nos conocimos y eso fue todo: fuimos mejores amigos desde entonces —me contó Underwood—. Nuestra primera conversación fue sobre música [...]; el *skiffle*,[14] básicamente una mezcla de jazz, blues y folk que se tocaba con instrumentos hechos en casa. Solo necesitabas la tabla de lavar de tu madre, esa cosa plana y rugosa sobre la que restregabas la ropa, y un bajo de cofre de té.» Casualmente, el instrumento que tocó Pete Shotton en la primera formación de The Quarry Men (la banda que él mismo bautizó) fue la tabla de lavar. Otro ejemplo es Bob Dylan, quien, aún como Bobby Zimmerman, conoció a su cómplice Louie Kemp en 1953, cuando tenían doce y once años respectivamente, en el campamento de verano Herzl en Webster (Wisconsin). Siguieron siendo inseparables durante cincuenta años. George Michael, Andrew Ridgeley y David Austin, que habían sido los mejores amigos desde que eran pequeños, terminaron haciendo música de primera categoría juntos. Andrew y David se quedaron destrozados con la muerte de George el día de Navidad de 2016. Y Prince conoció en la escuela a su amigo más cercano de la infancia, André Cymone, cuando ambos tenían doce años. Tocaron juntos en la banda anterior a The Revolution. Prince se mudó más tarde con la familia de Cymone. Los dos demostraron tener un sexto sentido con el otro para muchas cosas, desde la música hasta las chicas. «Sabes lo que la otra persona está pensando incluso sin necesidad de hablar», comentaba Cymone. Y ese es el quid de la cuestión.

Este tipo de amistades son un fenómeno curioso, particularmente cuando la fortuna y la fama de uno crece, mientras que el otro permanece en la oscuridad. La belleza de una relación que precede a la fama es que existe en un nivel que no se ve afectado por elementos que de otro modo podrían desequilibrarla. Aunque es prácticamente imposible —por no decir que es poco práctico— tener una amistad muy cercana con alguien famoso si uno no lo es, un amigo no famoso que una estrella conoce de toda la vida no tiene precio. Mucho más que eso, puede considerarse casi vital para alguien célebre conservar relaciones con amigos que lo conocían «antes». Solo ellos lo conocen

tal y como es. Solo con ellos puede ser él mismo, relajarse sin miedo y bajar la guardia. El reconocimiento de este hecho otorga al amigo de la infancia un estatus único y privilegiado. También puede ponerlo en una posición comprometida. Muchas veces es la figura del rico y famoso, la personalidad desbordada, lo que le parece más difícil de aceptar, porque conoce y aprecia a la persona real. Cuanto más venerado por sus fans es un artista, más nostálgico y desesperado puede sentirse por revisitar la etapa anterior a esos días de locura. Por consiguiente, termina aún más apegado a la persona o a las personas que estaban allí al principio de todo, con quienes puede compartir los viejos tiempos. El compañero de la infancia, el testigo silencioso, el primer cómplice, se convierte en un valioso vehículo hacia una época más sencilla, más «feliz». El cristal inverso a través del que la superestrella lo observa todo está demasiado a menudo teñido de rosa. El instrumento para viajar en el tiempo de John era más sofisticado. En todos los aspectos, parecía mirar a través de un caleidoscopio.

Poco se imaginaba Mimi, en ese momento, que estaba librando una batalla perdida. Que todos sus esfuerzos por hacer de John un estudiante respetable y responsable, que pudiese convertirse en un estudiante de secundaria con buenas notas, ganarse una plaza en la universidad y finalmente «hacerse un nombre» —tal vez como médico, abogado, contable o profesor— serían en vano.

Una infancia disfuncional contra la que despotricar. Un entorno doméstico estimulante, pero estricto y opresivo contra el que revelarse. Un público que lo admiraba para el que tocar y con el que pavonearse. John estaba siguiendo su propio camino. Todo lo que necesitaba en ese momento era una válvula de escape para su ira y su frustración, un medio para expresar y aliviar el dolor que empezaba a no poder entender ni controlar. ¿La música ya había crecido en él? Yo creo que sí, si no la tenía ya incrustada en los genes. Aunque no habían recibido educación formal, tanto Alf como Julia, sus padres, tenían habilidades musicales. Las últimas investigaciones sugieren que la musicalidad podría ser heredada, pero también que una exposición temprana a la música puede generar un aumento de las aptitudes. Es posible que el primer instrumento musical que John tocó fuese un banjo o un ukelele de su abuelo que Pop había enseñado a su hija Julia a tocar. Es igualmente posible que el primer instrumento que tocase fuese la humilde armónica de uno de los estudiantes

hospedados por Mimi, lo cual resulta irónico, puesto que su propio padre llevaba siempre encima una armónica y la tocaba, y podría fácilmente haber enseñado a John él mismo. El estudiante, llamado Harold Phillips, prometió darle su armónica a John si era capaz de aprender a tocar una canción entera con ella en solo un día. John forzó el trato con dos canciones. No se le permitió tenerla hasta Navidad, pero qué emoción cuando llegó. Nunca lo olvidaría. Más tarde describió la mañana de Navidad de 1947, y el obsequio en el calcetín que llegó con ella, como «uno de los grandes momentos de la vida».[15]

El John de siete años, que había heredado la miopía de su madre, llevaba gafas de empollón y tocaba bastante bien la armónica. Guardaba sus herramientas de sonido y visión muy apretadas en su bolsillo, consciente del peligro de los chicos mayores, y afilaba sus puños, sus pies, su sarcasmo y su ingenio para prepararse por lo que pudiera llegar. Iba a necesitar las cuatro cosas en la escuela de los mayores.

En el jardín, subido a un árbol, John tenía un panorama claro de una gran mansión de estilo neogótico que databa de la década de 1870, establecida en el lugar donde una vez crecieron fresas salvajes. La casa se había donado al Ejército de Salvación en los años treinta, y se había reabierto con el nombre de Strawberry Field, un orfanato para niñas. John las oía gritar y jugar. Su euforia sacaba lo mejor de él. Pronto empezó a trepar por la pared, saltó y se unió a ellas.

CAPÍTULO 3

Julia

Sin duda, demasiado brillante, John ya se había aburrido de la educación estándar en el momento en que pasó el examen 11-plus.[1] Ser forzado a confiar información inútil a la memoria y a aprenderse tablas de multiplicar por repetición eran para él actividades carentes de sentido. A pesar de su apatía, obtuvo una plaza en una de las instituciones académicas más respetadas de Liverpool, el Quarry Bank High School for Boys, y empezó a cursar allí la educación secundaria el 4 de septiembre de 1952. Con un suspiro de alivio, porque la separación hubiese sido insoportable, Pete también consiguió plaza en el mismo centro. Se despidieron de los compañeros Ivan Vaughan, que se fue al Liverpool Institute, en el centro de la ciudad, y Nigel Walley, que fue aceptado en la Bluecoat School, y «Shennon» y «Lotton», vestidos con chaquetas negras, empezaron a ir en bicicleta juntos cada día durante todo el periodo lectivo desde el cruce de Menlove Avenue con Vale Road, en Woolton, hasta el instituto Quarry Bank, que estaba a algo menos de dos kilómetros. Allí estaba John con su Raleigh Lenton, la niña de sus ojos; lo mismo de siempre. La promesa inicial pronosticaba notas muy altas, pero los dos chicos pronto bajaron el nivel, tal como registraban sus informes trimestrales y finales. Afortunadamente para ellos, sus calificaciones cayeron en tándem, de modo que el dúo cómico no se disolvió en la media década que pasaron allí. Si hubiese existido un examen de nivel medio sobre bromas y jugarretas, ambos lo habrían superado con nota. Su habilidad para atormentar a los maestros era interminable, y su tendencia a andar en asuntos turbios no tenía límites.

Los retrasos, el absentismo escolar, los insultos, la arrogancia, manchar a profesores con tinta, sabotear el mobiliario de la clase y traficar con estudiantes de otras escuelas formaban parte de manera

muy llamativa de su rutina. Los frecuentes castigos eran el precio por sus pecados. John y Pete se quedaban custodiados después de clase la mayoría de los días. Al ver que las bromas no disminuían, los profesores, furiosos, que habían llegado al límite de su paciencia y se tiraban de los pelos, no podían hacer mucho más que condenarlos a una reunión con el director, lo que normalmente se traducía en seis fuertes azotes en las nalgas con una vara. Para colmo de males, el incidente se registraba en el libro de castigos, y a veces se les encargaba la tarea de escribir a mano cientos de líneas con una variedad de «no debo [...]».

Los azotes, los latigazos y los golpes con una vara en las nalgas o en las palmas de las manos, a pesar de parecerse bastante a la tortura, aún eran legales y se producían con cierta asiduidad en las escuelas británicas en la década de 1950. Aunque hoy en día sea impensable, la violencia infligida por los profesores sobre los niños por «ofensas graves» cuando otros métodos correccionales no habían dado resultado estaba permitida y se juzgaba aceptable. El personal educativo se consideraba *in loco parentis*, figuras de autoridad con los mismos derechos que los padres. El castigo físico en las escuelas públicas no se ilegalizaría hasta treinta años más tarde. Aunque se prohibió en la escuela regular en 1986, no se eliminó de las escuelas privadas de Inglaterra y de Gales hasta el año 1998, el 2000 en Escocia y el 2003 en Irlanda del Norte. Solo pensarlo duele. Nunca estuvo bien que se pegase a los niños. Que un adulto infligiese dolor en cualquier parte del cuerpo de un menor nunca fue apropiado. ¿Dónde está la línea entre un castigo físico aceptable y el maltrato a menores? Yo creo que no existe.

Estudios exhaustivos de Unicef, las Naciones Unidas y otras organizaciones han llevado a la identificación del castigo físico como una forma extendida de violencia y, por consiguiente, a su prohibición en muchos países de todo el mundo. El estudio del Secretariado General de Naciones Unidas sobre la Violencia contra los Niños, lanzado en 2001 y publicado en 2006, documentaba la inmensa escala del problema. La evidencia es inequívoca. El castigo físico conduce a la agresión, al vandalismo y al comportamiento destructivo; a una conducta antisocial y negativa; a logros intelectuales más bajos; a habilidades sociales pobres y problemas mentales que incluyen, pero no se limitan, a la ansiedad, la depresión y la disminución de la

autoestima. Causa apatía y puede desembocar en una escasa capacidad de concentración, en absentismo escolar y, finalmente, en el abandono de los estudios. Puede provocar trastornos por déficit de atención, abuso de sustancias e incluso daño cerebral. Los adolescentes sometidos a castigos físicos tienen tres veces más posibilidades de terminar maltratando a sus propios hijos y cónyuges. Los golpes enseñan a los niños que está bien pegar, que la mejor manera de solucionar los problemas es repartir golpes.[2]Teniendo en cuenta todo esto, no es difícil entender la aversión de John hacia la escuela y los profesores, su actitud relajada ante la autoridad, o la personalidad y el comportamiento que desarrolló en su adolescencia. La precocidad natural que lo llevó al aburrimiento y la mala conducta, que fueron castigados con violencia, provocó que se comportase de un modo muy negativo y salvaje. Incluso iba a por los más cercanos a él, incluyendo a su mejor amigo Pete.

Lo que salvó a John fue un talento prodigioso para dibujar y escribir. Inspirado por Lewis Carroll, a quien parodiaba, se aficionó a hacer bocetos de caricaturas maliciosas de sus profesores, junto con rimas exquisitamente ofensivas. A Pete le fascinaba el talento de su amigo y lo animaba para que hiciese más. John enseguida tomó por costumbre crear nuevas caricaturas todas las noches, lo que finalmente condujo al lanzamiento de *The Daily Howl*, su propio periódico satírico. No era nada más, de hecho, que un modesto libro de ejercicios escolar repleto de diabólicas delicias que se iría pasando por toda la clase y que pronto tendría una lista de espera para poder echarle un vistazo. Había algo surrealista en aquellas extrañas palabras y caricaturas. Revelaban una obsesión, probablemente dañina, con la discapacidad física, los desfavorecidos y lo grotesco. John se identificaba claramente con quienes sufrían a algún nivel. Lo que fuera que lo hubiese causado se les había pasado por alto a sus compañeros de clase, a quienes simplemente sus escritos les parecían divertidísimos, a la vez que vomitivos. El humor de los colegiales y sus obsesiones con lo absurdo, lo escatológico y lo sexual no tiene parangón. *The Daily Howl* era una ventana a la mente retorcida de John, que claramente tenía una dimensión oscura y siniestra.

> La gente como yo es consciente de la llamada genialidad a los diez, los ocho o los nueve años —dijo John en 1971—. Siempre me he preguntado por qué nadie me había descubierto. En el instituto, por ejemplo, ¿no veían que era

> más listo que cualquiera de los de esa escuela? ¿Que los profesores también eran estúpidos? ¿Que todo lo que me daban era información que yo no necesitaba? Me eché a perder en secundaria. Para mí era evidente. ¿Por qué no me inscribieron en una escuela de arte? ¿Por qué no me formaron? ¿Por qué seguían forzándome a ser un maldito vaquero como todos los demás? Yo era diferente; siempre fui diferente. ¿Por qué nadie me veía?[3]

La aparente arrogancia de John, que mostró desde una edad muy temprana, nacía casi con total seguridad de una autoestima baja. Este rasgo de personalidad, normalmente, se forja durante la infancia. Ha dado pie a interminables especulaciones sobre su estado mental, y sobre si padecía algún síndrome o trastorno que en aquella época todavía no tenía nombre. Sabemos que John nunca fue diagnosticado oficialmente. Muchos comentaristas han jugado a ser psicólogos aficionados a lo largo de los años, diciendo que sufría de un trastorno narcisista de la personalidad, un trastorno límite de la personalidad, un trastorno de personalidad múltiple, un trastorno de apego y otros tantos. Algunos declaran con una convicción asombrosa que «debía de ser bipolar», o que era «un clásico ejemplo de síndrome de Asperger congénito y hereditario». ¿Cómo pueden saberlo? John aparentemente tenía algo, lo que fuera. Súmale sus adicciones —a la heroína, al sexo y al alcohol—, junto con una riqueza y una fama internacional inmensas, y podrás ver claramente su problema. Era dependiente, neurótico, errático, inestable, infantil, egocéntrico y cruel. Hacía todo lo que estaba en su mano para atraer la atención hacia sí mismo. Se compensaba en exceso por sus debilidades. No se tomaba bien las críticas. Se presentaba como un extrovertido con carisma y seducía fácilmente a los demás con su encanto, su talento y su ingenio, pero enseguida dejaba ver su falta de empatía, por no hablar del desdén. No podía evitarlo. Sabemos que pegaba a sus mujeres, que era un maltratador emocional —especialmente con su hijo Julian—, un hipócrita y un mentiroso patológico, y que iba reescribiendo su vida por el camino, muchas veces contradiciéndose en el proceso.

Pero cualquier intento de definir la compleja personalidad de John como «algo debido a su falta de autoestima» da pie a más preguntas que respuestas.

> Describiría a Lennon como alguien «herido de una forma narcisista» —dice el psicoterapeuta Richard Hughes—. Una falta de autoestima es una consecuencia de eso, pero no es algo binario. Describir a alguien como «herido de una forma narcisista» no es un diagnóstico. Es más un «tipo de

personalidad», que no es un término patológico, sino uno que los psicoterapeutas y los psiquiatras usamos para explorar la personalidad desde una perspectiva relacional y de desarrollo. Es importante recordar que todos estamos un poco al límite, que todos estamos un poco heridos de una forma narcisista.

No deberíamos intentar diagnosticar a John. Hacerlo sería asumir que tenía una patología, e incluso en retrospectiva yo afirmaría que es innecesario. En general, a la gente solo se le diagnostica un «trastorno» si ha tenido un colapso nervioso grave y necesita ayuda psiquiátrica. Recibir el diagnóstico de estar «en el espectro autista» es extremadamente difícil, debido a los distintos matices del espectro y al hecho de que los recursos no son los adecuados. La concepción moderna del síndrome de Asperger vio la luz en 1981, de todos modos, un año después de la muerte de Lennon.

Aunque la tendencia puede ser centrarse en el historial del desarrollo y las relaciones de una persona, Hughes señala que no deberíamos olvidar su contexto. Para empezar, el hecho de haberse criado en el Liverpool de posguerra: una dura ciudad de inmigrantes que era católica de espíritu, destruida por las bombas y profundamente traumatizada.

Existe evidencia de que cuando las necesidades del desarrollo no se cumplen o son inconsistentes, el niño no desarrolla la habilidad de autorregularse —explica Hughes—. Cuando es adulto, oscila entre la sobreestimación de su propio yo y los sentimientos de inferioridad o baja autoestima. Un historial de apego frágil puede conducir a estrategias de defensa como la disociación, la fragmentación y la autorrelajación, incluyendo el abuso del alcohol y de las drogas, que pueden llevar a una profunda sensación de alienación y a la incapacidad para mantener relaciones serias e íntimas. Por supuesto, para la persona narcisista, esto siempre es culpa de los demás.

Es de sobra conocido que a las personas con déficits narcisistas les cuesta empatizar. Pueden ser muy sociales, seductoras y encantadoras cuando son adultas y, al mismo tiempo, pueden rechazar a la gente cuando las relaciones piden vulnerabilidad o intimidad.

A pesar de eso —dice Richard Hughes—, las personas narcisistas suelen estar más hambrientas de unión. Lennon lo estaba. Idealizaba. Necesitaba «hermanarse» con la gente, y se «reflejaba» en las personas. Pienso concretamente en sus significativas relaciones con Brian Epstein, Paul McCartney y Yoko Ono, y ¿puede verse claramente dónde termina uno y dónde empieza el otro?

Ser famoso añade otra capa de complejidad, porque mucha gente se proyectaba en John. Representaba todo lo moderno y de posguerra. Querían que fuese un chico de calendario y a la vez filósofo. Esto tenía que ver tanto con su contexto y sus propias carencias como con él mismo. Formaba parte de su yo adaptado. Acentuaba sus heridas narcisistas. En la cima del éxito de los Beatles, parecía un precio que merecía la pena pagar.

Aun así, seguimos teniendo curiosidad por su creciente conciencia de sí mismo; por su miedo a que lo que era y lo que tenía no fuese suficiente. Podemos suponer de forma razonable que necesitaba algo más, para él y para el mundo. Después de todo, tal como él mismo escribió, «todo lo que necesitas es amor».[4]

*

De vuelta a la pizarra. John admitió que algunos profesores sí le prestaron atención y lo animaron con sus dibujos y pinturas, los medios con los cuales era capaz de expresarse mejor.

«Pero la mayor parte del tiempo trataban de convencerme a golpes para que fuese un maldito dentista o un profesor [...]. No me convertí en alguien cuando los Beatles alcanzaron el éxito o cuando se hablaba de mí; he sido así toda mi vida.»

En cuanto a Mimi, sentía que John le estaba faltando el respeto por no obedecer las reglas, por no aplicarse en los estudios cuando ella le había dado todas las oportunidades en la vida. El recordatorio diario de eso la enfurecía tanto que se sentía forzada a castigarlo. Su forma de hacerlo era tirar sus dibujos y sus escritos a la basura.

«Solía decirle a mi tía: "Si tiras mi maldita poesía te arrepentirás cuando sea famoso", y ella lo tiraba todo —se quejaba John más tarde —. Nunca la perdoné por no tratarme como a un genio o lo que quiera que yo fuese cuando era niño.»

*

El sábado 4 de junio de 1955, cuando John tenía catorce años, su querido tío George sufrió una violenta hemorragia y una ambulancia se lo llevó al Sefton General Hospital, donde murió al día siguiente. No había mostrado señales de enfermedad grave y solo tenía cincuenta y dos años. La causa de la muerte fue una cirrosis no alcohólica y una rotura del abdomen. Hay confusión sobre el paradero de John en ese momento. ¿Ya se había marchado para pasar sus habituales vacaciones de verano con su «tía de Edimburgo», Mater, su segundo marido, Bert, y su primo Stanley en la pequeña parcela de Bert en Sango Bay, Durness? Su hermanastra Julia insiste en esta idea, y creía que Mimi enviaba a John cada verano a hacer esos largos

viajes a Escocia «para mantenerlo alejado de su madre»: «John tuvo que enfrentarse a otro calvario al volver de esas vacaciones —dijo—. Su tío George, el marido de Mimi, había muerto mientras él estaba fuera, tras desplomarse al bajar las escaleras un domingo *[sic]* por la tarde para ir a trabajar en el turno de noche. Mimi y uno de sus inquilinos, Michael Fishwick, llamaron a una ambulancia».[5]

Estuviese o no allí en el momento de la muerte del tío George, John no era reacio a visitar a sus parientes en la capital escocesa. Adoraba sus viajes con ellos a aquel lugar de austera belleza en las remotas Highlands noroccidentales, con sus playas vírgenes, sus cuevas y cascadas, sus focas, sus ballenas y toda clase de aves. Esto debía de parecerle el paraíso a un chico de la ciudad de Liverpool.[6]

El padre del primo Stanley había muerto joven, y habían mandado a Stan a un internado en Peebles, en la región de los Scottish Borders. Su madre, Mater, volvió a casarse, y ahora era la esposa de un dentista de Edimburgo. Esa ciudad se convirtió en su nuevo hogar.

«Fue entonces cuando John empezó a venir en autocar a Edimburgo para visitarnos —recordaba Stan, que era siete años mayor que John y muy protector con él—. Nos juntábamos seis primos, pero John, nuestra prima Liela y yo estábamos especialmente unidos».

Los adultos y los niños se amontonaban en el coche familiar para las seis horas y casi 485 kilómetros de viaje hacia el norte que John haría con ellos desde los nueve años hasta que cumplió dieciséis.

«Le encantaba pasar las vacaciones allí arriba —recordaba Stan —. Corría por las colinas, construía diques, cogía cosas de la arena y hacía bocetos de las granjas y el paisaje. Nunca se olvidó de aquellos tiempos, y seguía hablando de ellos cuando nos reuníamos, siendo ya adultos.»[7]

La casa de campo de la finca donde John pasaba las vacaciones sigue en pie. Un poema que escribió allí fue la inspiración original para la canción de los Beatles «In My Life», del álbum *Rubber Soul*.

¿No fue, como se ha señalado, que en aquella época correspondía no involucrar a los niños en los rituales de la muerte? ¿Se dio simplemente el caso de que John estaba a casi ochocientos kilómetros de casa y sin posibilidad de contacto excepto por carta, lo que supuso que tardase tanto en volver? ¿Mimi no trató de hacer saber a John que había perdido al tío que había sido prácticamente un padre para él los últimos nueve años? ¿O John no estaba siquiera en Escocia en aquel

momento, pero llegaría allí durante el mes de julio, al finalizar el trimestre, mientras la pobre Mimi estaba ingresada en el hospital por ansiedad y depresión? ¿Sencillamente, no estaba en casa aquel fatídico sábado cuando el tío George enfermó? Los acontecimientos no están claros. Aunque la primera semana de junio parece una fecha demasiado temprana para que John se hubiese marchado a disfrutar de sus vacaciones de verano —a pesar de que en aquella época todavía era posible obtener permiso para ausentarse del colegio por un viaje que caía en medio del trimestre—, una explicación para la posible sucesión de los hechos podría ser que los recesos y las vacaciones de las escuelas escocesas no coincidieran con los de Inglaterra y Gales, y bien podrían estar más desincronizados todavía durante la década de 1950.

¿Es cierto que Mimi no llamó a John para que volviera a Liverpool para el funeral y el entierro, y que, cuando volvió a casa, su tío ya yacía en la parcela familiar del cementerio de la iglesia de St. Peter? ¿O estuvo en Woolton todo el tiempo, pero no asistió al funeral? Sabemos que escribió a Mimi una tierna poesía de condolencias el día del funeral de su marido, que ella guardó como un tesoro el resto de su vida. No sabemos dónde lo escribió. Sabemos que John estaba destrozado y no sabía cómo procesar su duelo. Como recordaría después, él y su prima Liela se partieron de risa juntos con la muerte de George; hay una línea muy fina entre la comedia y la tragedia, entre la risa y el dolor. El sufrimiento de John era tan terrible que se sentía completamente indefenso. Se reía para expresar su dolor. Liela era tan incapaz de ayudarlo que no pudo evitar unirse a él. Pero John lloró amargamente a su tío por dentro. Era perfectamente comprensible. ¿Cómo se suponía que debía lidiar con esta pérdida, encima de todo lo demás? Abandonado por ambos padres biológicos, ¿y ahora esto? ¿Quién iba a defenderlo y a estar ahí para él ahora? ¿Cuánto más gruñona se iba a volver Mimi ahora que llevaba ropa de luto? John se aficionó a vestirse con el viejo abrigo de George, como para envolverse en la esencia amable de su compadre; como para escudarse en el aroma rancio de hombre de mediana edad que era George y absorber su ADN.[8]No quiso tirarlo ni cuando ya estaba desgastado y raído. Insistió en llevarlo durante todo su paso por la escuela de arte. En cuanto a Mimi, que mantenía la compostura, era demasiado áspera y sensata como para permitirse ser vista

regodeándose en el duelo. Pero sí dejaba ver su dolor de formas sutiles. Nunca volvió a hacer uso de la sala de estar donde ella y su marido acostumbraban a relajarse y a leer juntos. Confinada en la cocina y en su pequeña sala matinal, permitió que el que fuera un acogedor salón en la parte delantera de la casa se marchitase. Aunque John continuó viviendo con Mimi en Mendips, sin George la vida no volvió a ser la misma.

*

A pesar de que las circunstancias que llevaron a ello no están claras, la devastación coincidió con un reavivamiento furtivo de la relación de John con su madre. Sin que Mimi lo supiese, John había empezado a desviarse de camino a casa desde la escuela y pasaba tiempo de calidad con Julia en secreto. Pete Shotton recordaba que, cuando él y John eran expulsados a la vez por algún acto vil, tenían demasiado miedo a ir a casa y confesar, admitir que habían sido expulsados y afrontar las consecuencias. Así que se levantaban cada día a la hora de siempre y seguían su rutina normal. Se abotonaban los uniformes, engullían sus cereales Shredded Wheat y salían con sus bicicletas hacia la escuela. Solo que nunca llegaban allí. En lugar de eso, iban a casa de Julia en Allerton, que siempre había estado a unos tres kilómetros, desde luego no demasiado lejos para visitarla regularmente. Recibía a los chicos con los brazos abiertos.

John adoraba a Julia y estaba embelesado con ella. Mimi, la estoica y malhumorada del «es por tu bien», con su rígido comportamiento y su estricta moralidad, que seguía siempre las reglas y pulía porcelana, no podía competir con su encantadora hermana menor. Julia era cálida, acogedora y bohemia, con un glamour barato, pero atractivo, al que los hombres adolescentes no podían resistirse. Desvergonzadamente sexy y coqueta, con un sentido del humor obsceno y una risa alegre, revoloteaba por las tiendas en tacones, se pavoneaba con un plumero y repartía premios dulces y burbujas prohibidas con un guiño. Su casa era muy femenina y divertida, el modelo de una vida familiar caótica. Todo el mundo era bienvenido, cuantos más, mejor, y las comidas siempre podían estirarse. Y, aún mejor, había dos niñas, las hermanastras de John, Julia y Jackie, con las que jugar. Según se dice, John estaba encantado y adoraba pasar

tiempo con ellas.[9]

Julia y su hijo eran la media naranja la una del otro. Los dos eran del tipo atrevido, animado y *carpe diem,* con un desprecio por la autoridad y una aversión a las convenciones y a las normas. Ambos eran excéntricos, divertidos de forma innata, y parecía que casi necesitaban hacer reír a los demás. Significativamente, ambos albergaban un gran amor por la música. Julia fue el motivo principal por el que la pasión de John por este arte floreció. No solo se aferraba a su banjo, que enseñó a John a tocar, sino que también tenía una colección de discos y un gramófono que incluso tenía altavoces repartidos por toda la casa. A su manera, Julia estaba «alerta», como se solía decir: era una seguidora ferviente de la moda. No había muchas casas que tuviesen un gramófono. La de Mimi, desde luego, no lo tenía. El LP, o disco de larga duración, grabado a una velocidad de 33 y 1/3 revoluciones por minuto, que ofrecía veinticinco minutos de música por cada cara, había empezado a distribuirse en 1948, mientras que el sencillo, grabado a 45 revoluciones por minuto, con una capacidad de ocho minutos, aterrizó al año siguiente. Sin duda, había unas cuantas grabaciones de *big band* en la colección de Bobby y Julia, entre ellas las de Glenn Miller, Benny Goodman y Artie Shaw; algo de jazz, blues y dixie de los cuarenta; tal vez un puñado de las estrellas con más renombre del country, como Patsy Cline y Chet Atkins; definitivamente, los cantantes melódicos del momento, como Pat Boone, enormemente famoso por sus versiones de los éxitos del rhythm and blues negro. Bobby Darin, Frankie Avalon, Neil Sedaka, Connie Francis y Ricky Nelson son artistas a los que John pudo acceder, así como también a Carl Perkins, Jerry Lee Lewis, Perry Como, Nat King Cole, Tony Bennett y Doris Day, Julie London, Jim Reeves y Harry Belafonte. Luego estaban las bandas, un número interminable, entre ellas, The Penguins, The Crows, The Turbans, The Weavers, The Fontane Sisters y The Platters, cuyo tema «The Great Pretender» fue un lanzamiento muy destacado en 1955.

Si la década de 1950 fue la era del blues crudo y la época en que el rhythm and blues desencantado encontró su camino en las ondas de radio americanas, donde halló un resurgimiento y abrió el apetito de un determinado sector inquieto de la población, ahora había alcanzado un punto de inflexión. Esta «nueva» música (que llevaba muchos años por allí) ganó impulso de forma inesperada para

convertirse en el trampolín de una explosión de la subcultura juvenil como nunca se había presenciado. Millones de chicos escucharon la llamada alta y clara. También acudieron en manada a consumir los modelos rebeldes que procedían de Hollywood —Marlon Brando en *Salvaje*, James Dean en *Rebelde sin causa*—, que indujeron una conexión entre el comportamiento imprudente de los jóvenes y la música conocida como rhythm and blues. De hecho, la industria cinematográfica se apresuró a explotar la mina de oro. En 1955 se proporcionó un momento crucial con *Semilla de maldad*, que se iniciaba con el inmutable tema «Rock Around the Clock», de Bill Haley & His Comets. Esta película sin precedentes causó tanta pasión entre el público que los fans no pudieron contenerse. Los *Teddy boys*[10] vestidos con chaquetas de paño y pantalones ajustados, y armados con cuchillas de afeitar, se volvieron locos y arrancaron las butacas de los cines durante las proyecciones.

De la convergencia del blues y el country, de la música negra y la blanca, había surgido el rockabilly. Del rockabilly, por medio de cantantes con nombres como hechizos —John Lee Hooker, Muddy Waters, T-Bone Walker, Bo Diddley— y filtrado por los prismas auditivos de la radio y los elementos visuales de fantasía de la gran pantalla, emergió el choque cultural del *rock'n'roll*. Abarcando y absorbiendo infinitas influencias conforme iba progresando (desde los tambores africanos y los ritmos de baile hasta el góspel, el ritmo *hambone* —la técnica de percusión africana que consiste en usar el cuerpo humano como instrumento— y la guitarra hawaiana), su adaptabilidad, su exuberancia, su tendencia a la variación y su constante evolución prometían un atractivo perpetuo e interminable. Así, irrumpieron Little Richard y Fats Domino. Buddy Holly y Elvis Presley. Cuando este último corrió hasta el micro con su chaqueta de cuadros en su primera actuación en *The Ed Sullivan Show* el 9 de septiembre de 1956, la primera generación del *rock'n'roll* experimentó un Segundo Advenimiento. «Don't Be Cruel», «Love Me Tender», «Ready Teddy» y «Hound Dog» lograron el 82,6 por ciento de audiencia combinada de la televisión de Estados Unidos en el primer programa de la temporada aquella noche. Aunque las rotaciones de cadera que encendían a las mujeres y su mirada ardiente fueron censuradas por la cámara, los gritos del público en el estudio, que estaba fuera de sí, garantizaban que los telespectadores pudieran

hacerse una idea.

Prevalece en la leyenda la noción de que los cuatro futuros Beatles deben su temprana exposición a los temas y los músicos que inspirarían sus propias composiciones a los marineros transatlánticos americanos que llevaron a cabo un intercambio comercial secundario con la importación ocasional de vinilos. Se otorga a los marineros norteamericanos, que transportaban sus provisiones ocultas de los últimos lanzamientos en Estados Unidos hasta el puerto de Liverpool para darles salida localmente a cambio de un beneficio, el mérito de haber introducido exóticos y oscuros artistas en la cultura británica dominante. Si desembarcaban de forma ilegal aquellos discos, ¿dónde los vendían? ¿Y qué tipo de tiendas los compraban? Las importaciones americanas no se encontraban en las tiendas de Liverpool en aquella época. Si existía un mercado negro, no era en absoluto evidente. La ciudad estaba sumergida aquellos días en un páramo musical. En cualquier caso, fueron los artistas americanos populares y no los más oscuros los que encendieron la imaginación de John inicialmente. Artistas como Johnnie Ray, el célebre pianista y cantante de jazz y blues; como Frankie Laine, uno de los artistas más prolíficos de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, que fue apodado «Señor Ritmo». Laine no solo puso voz a las bandas sonoras de reconocidos wésterns, sino que podía cantar prácticamente cualquier estilo, desde el pop hasta el góspel, pasando por el folk o el blues, eclipsando a Bing Crosby y a Frank Sinatra. «Walking My Baby Back Home», de Johnny Ray, y «Cool Water», de Laine, eran el tipo de canciones que John empezó a tocar para sus amigos con la armónica, sin la que entonces no salía nunca de casa.[11]Durante el sofocante verano de 1955, otras seis semanas aburridas sin nada que hacer, sin dinero que gastar y sin ningún lugar en particular adonde ir, la rebelde pandilla se reunía en el parque para tumbarse al sol, fumar y enrollarse con chicas, la mayoría de las cuales solo tenían ojos para John. Tanto chicos como chicas participaban en alborotados conciertos improvisados al son de la armónica. John lo estaba consiguiendo. Después de todo, fue un verano como ningún otro. Uno que anunciaría un gran cambio. La música inocua y familiar estaba amenazada por el inminente ataque del *rock'n'roll*, un estilo provocador, apasionante y que irritaba a los padres. De la variada selección musical que entonces tenían a su alcance, un solo tema cambió la vida de John.

> Sin duda, la primera grabación del *rock'n'roll*, «Rock Around the Clock» era ruidosa, cruda y sexy como no habíamos oído nunca —dijo Pete Shotton—. Tanto John como yo nos identificamos con ella casi inmediatamente. Lo único malo de la canción, de hecho, aunque difícilmente nos hubiésemos podido dar cuenta en ese momento, era la imagen del cantante. Bill Haley estaba gordo, casado y era totalmente convencional tanto en su apariencia como en su comportamiento.[12]

Pero pisándole los talones a Haley llegó Elvis, cumpliendo la promesa del jefe de los Comets a cada paso. La apariencia de este último, su actitud y su sonido encarnaban todos los aspectos de aquel inmenso y mítico reino experimentado solo con las películas que vendían el sueño americano. Presley iba en busca de la tierra prometida de forma muy seductora, y con un nivel que atraía a cualquier rebelde adolescente. John ni siquiera tenía el valor, en esa etapa, de creer que podría seguir los pasos del Rey. ¿Un chico de ninguna parte del culo del mundo? Ni siquiera tenía una guitarra.

Pero podía escuchar. Podía soñar.

El otro atractivo de la casa de su madre era que Julia, al contrario que Mimi, seguía teniendo una pareja, y casualmente a John no le importaba. Sin modelos masculinos, ahora que el tío George ya no estaba, Bobby Dykins no tuvo que hacer muchos esfuerzos para ganarse la confianza de John. Dykins, que ya no vendía de puerta a puerta, era entonces una versión en tierra firme del camarero de barco Alf, y trabajaba en los grandes hoteles de Liverpool. Tenía tendencia a tomarse una copa; John se dio cuenta de ello y lo respetó con prudencia. También tenía un par de tics faciales difíciles de ignorar que provocaban las risas de John y Pete. Pronto lo rebautizaron como *Twitchy* («Nervioso»), aunque no fue por fastidiarlo. Los chicos tenían una buena disposición hacia el tipo, sobre todo porque tenía la costumbre de darles una parte de sus propinas.

La casa de Julia era entonces su hogar fuera del hogar. Iban allí cuando sentían la necesidad de hacer novillos. Sabían que para la madre de John eran una distracción bien recibida de la monotonía de los quehaceres domésticos, entre los paseos a la escuela para llevar y traer a sus hijas. Nunca los regañaba, ni los castigaba ni los delataba; nunca iría corriendo al director ni a la gritona y agitada Mimi. Su hogar era tranquilo, un refugio donde comer y beber bien, y donde podían tirarse a la bartola y hacer lo que quisieran sin reprobación o castigo. Ni que decir tiene que John y Pete empezaron a pasar cada

vez más tiempo allí. Las discusiones con Mimi eran entonces frecuentes e intensas, y John incluso había empezado a pasar algunas noches en casa de su madre. Cuando las peleas en Mendips ya eran intolerables, provocó a Mimi diciendo que se iba a marchar y que no volvería nunca más.

> Una vez, Mimi quiso llevar la venganza tan lejos —dijo Pete Shotton— que se deshizo de Sally, la querida perrita de John. Una de las pocas veces que vi llorar a John fue cuando volvió a Mendips desde la casa de Julia y vio que Sally no estaba. Mimi justificó su drástico acto recordándole su promesa de no volver nunca. Argumentó que como John no iba a estar allí para sacarla a pasear, no le había dejado otro remedio que deshacerse de ella.[13]

La tía Mimi mató a la perra de John Lennon. ¡Ah, Mimi!, ¿realmente pudiste hacer algo así? Parece impensable. Si lo hiciste, como dice Pete, ¿qué tipo de ira abrasadora y qué inestabilidad en tu mente podrían haberte llevado a cometer una atrocidad de tal calibre? Privar a un niño de una criatura inocente que ama y que le importa es, en cualquier circunstancia, un acto monstruoso. Sally había sido un salvavidas para John desde hacía mucho tiempo. Era una razón por la que volver a casa, su mejor amiga, una maravillosa fuente de consuelo y amor incondicional. Era un vínculo con el tío George, cuya pérdida todavía estaba muy tierna y a veces le resultaba insoportable, y con cómo habían sido las cosas en casa. Como observa la psicóloga Elizabeth Anderson, «cuando los niños y los animales se juntan, lo que surge es nada menos que alquimia, y esa magia tiene propiedades sanadoras que funcionan muy bien».[14]

Agitado por su relación conflictiva con la educación, confundido por sus furiosas hormonas, menos seguro de su lugar en el mundo que en cualquier otro momento y desconcertado por sus cambiantes ideas sobre sí mismo y sobre la vida en general, que se transformaban a gran velocidad, Sally había sido una constante a quien John había necesitado aferrarse durante mucho tiempo. Ella ya no estaba, y John quedó destrozado. Era inevitable que se alejase de Mimi y gravitase cada vez más hacia Julia. Para ninguna de las dos hermanas pudo suponer una sorpresa.

John y Pete, a veces, hablaban sobre marcharse al mar, cuando la vida les fuese mejor. De hecho, Mimi lo temía desde hacía tiempo, anticipando que John podría intentar seguir los pasos de su irresponsable padre Alf. Era la vía de escape más evidente para los

hijos en ciudades marítimas. Afortunadamente, para aquellos amigos inseparables aquella sería su última opción.

*

Y entonces, este par descubrió el sexo. Como todos los adolescentes, habían estado hablando y haciéndose preguntas sobre ello durante años, aunque disponían de muy poca información. En la escuela solo se enseñaban los aspectos más rudimentarios, y los detalles se recibían con un bochorno que se reflejaba en sus caras ruborizadas. Los padres de Pete no habían considerado apropiado instruir a su hijo en la materia, y John definitivamente no iba a sacar nada de Mimi. Pete calculaba que John debería de tener unos once años cuando descubrió el placer de la autogratificación. En eso, John iba varios pasos por delante. Enseguida le hizo a su amigo una demostración privada de esta extraordinaria nueva habilidad, por la que Pete estaba fascinado, si bien fue un poco más lento a la hora de adoptarla. Pronto, las reuniones para masturbarse mutuamente se habían convertido en la última moda y a veces atraían a una gran multitud entusiasta. La timidez no parecía entrar en sus planes. La mayoría de los chicos parecían ansiosos por tener la oportunidad de hacerlo, medirse los unos con los otros, comparar formas, tamaños y resultados, fantasear juntos y aprender de los demás por el camino. John no escondía el hecho de que le gustaba masturbarse con la imagen de la diosa francesa de la gran pantalla Brigitte Bardot. Alardeaba sin vergüenza ante sus amigos sobre el hecho de que tenía pequeños pósteres de revista de esta mujer ideal pegados en la pared y en el techo de su diminuta habitación, donde podía complacerse a voluntad.

El siguiente paso hacia la pérdida de su virginidad sucedió en The Abbey Cinema, junto a Penny Lane, donde pasaban los sábados por la tarde toqueteando a chicas de la ciudad en la platea. Después de estas sesiones, pronto pasarían a las amistades con derecho a roce, en las que el engreído, seguro de sí mismo y ocurrente John sobresalía. Teniendo en cuenta el nivel de su machismo —consideraba al sexo débil bueno solo para una cosa, y apenas merecía la pena preocuparse por cualquier otro aspecto—, solía salirse con la suya. Una vez se hubo ganado el corazón de su primera novia formal, Barbara Baker, empezó a adoptar una actitud despectiva hacia ella y

le daba largas. A no ser que hubiese oportunidades de bailar el *hornpipe* con ella[15]—muchas veces, literalmente acompañado por Pete y su última amante, o por otros chicos con ocupaciones similares—, lo llevaba tan lejos como para fingir que no estaba en casa cuando ella llamaba. Cuanto más la ignoraba, más fervientemente lo perseguía su novia. Incluso cuando hablamos de mediados de los cincuenta, su actitud en aquel momento sigue pareciendo chocante. John procedía de una familia dominada por mujeres. Sus cuatro tías indomables y su peleona madre no eran monigotes. Conservaba de mala gana un respeto por la tía Mimi, que se había sacrificado tanto para educarlo, y estaba tan hipnotizado por la seductora mujer que lo trajo al mundo que a nadie le hubiese extrañado que la hubiese puesto en un pedestal. Entonces, ¿por qué tenía una opinión tan mala de las mujeres? Su baja autoestima estaba asomando su fea cabeza de nuevo. Con su actitud despreocupada, dominante y despectiva, con toda su arrogancia y su impertinencia, pudo tomar la delantera, mejorar su estatus y aumentar su popularidad entre su círculo íntimo.

*

Mientras tanto, los gustos musicales de John estaban expandiéndose. Tanto él como Pete eran grandes aficionados a Radio Luxembourg, que escuchaban bajo las sábanas, en la cama, por la noche —en el caso de John, con auriculares de baquelita con un cable de extensión —, devorando a Gene Vincent, Elvis Presley, Bill Haley y el resto. Por medio de su amigo mutuo Donald Beatty conocieron a Mike Hill, un tío que estaba deseando compartir su tocadiscos y su colección de álbumes americanos. Gracias a Mike, descubrieron a Little Richard, Chuck Berry y Buddy Holly. Aunque estaba molesto por no haber descubierto por sí mismo a estos artistas excepcionales, John apartó su resentimiento y dejó que la música consumiese su vida.

«Era lo único que me hacía salir adelante después de todo lo que estaba pasando cuando tenía quince años —explicó al periodista de *Rolling Stone* Jann Wenner en una entrevista años después—. El *rock'n'roll* era real, todo lo demás no lo era. Y lo que le pasa al rock, al buen rock —lo que quiera que signifique *buen*— es que es real, y el realismo te llega, a pesar de ti mismo. Reconoces algo en él que es verdadero.»

Junto con el sonido, los muchachos solo tenían que adoptar la apariencia. Con la ayuda de Julia, que puso el dinero para las compras, John se reinventó como *Teddy boy*. Los *Teds* formaban pandillas rebeldes, que surgieron como una caricatura del engreído estilo masculino eduardiano. Vestidos con abrigos con cuello de terciopelo, zapatos Creepers y corbatas vaqueras, rondaban y atemorizaban al vecindario. Ni John ni Pete eran miembros oficiales de la pandilla. En absoluto; solo pretendían que pareciese que estaban a la altura. John enseguida se convirtió en un reflejo de bajo presupuesto de esta imagen, completándola con un tupé a lo Elvis. Pete, que todavía tenía menos dinero, hizo lo que pudo para no quedarse atrás. Pero esta moda pronto dio paso a otra, cuando ambos se enamoraron de Lonnie Donegan. No fueron los únicos. Muchachos de todo el mundo escucharon el grupo de *skiffle* de Donegan y «Rock Island Line» de Lead Belly en Radio Luxembourg, y cayeron en la cuenta, mientras el grito de guerra estallaba: «¡Podemos hacerlo!».

«Rock Island Line» fue la primera grabación que alcanzó el estatus de disco de oro en el Reino Unido. Se distribuyeron más de un millón de copias por todo el mundo. Inauguró una tendencia que pronto se convertiría en una obsesión nacional. En algún momento se estimó que había en Gran Bretaña entre treinta y cincuenta mil grupos de *skiffle*. Chas McDevitt Skiffle Group, Johnny Duncan and the Bluegrass Boys y The Vipers se contaban entre los más prolíficos. Cuando en 1957 se lanzó *Six-Five Special*, producido por Jack Good, en BBC TV —el primer programa británico de música joven que tuvo un tema *skiffle* en su sintonía y en el que actuaron bandas de *skiffle* junto con artistas pop como Terry Dene, Petula Clark, Marty Wilde y Tommy Steele—, John ya estaba pensando en crear su propia banda, The Quarry Men. Su «primera guitarra» fue de segunda mano. ¿Se había comprado un instrumento barato en la tienda de música de Hessy, un establecimiento que terminó convirtiéndose en legendario y que casualmente se ubicaba en Stanley Street? ¿Fue Mimi o Julia quien suministró a John su «primera guitarra», que, en realidad, estrictamente hablando, era su «segunda guitarra»? El consenso dice que fue Julia, pero el mito rodea esta cuestión. La primera guitarra «real» de John fue adquirida en una empresa de venta por correo situada en el sur de Londres, por medio de la revista de consumo masivo *Reveille* (que se pronunciaba *Rivalley*). En una edición de

marzo de 1957 de la publicación se anunciaban «guitarras de *rock'n'roll*» para comprar al contado o a plazos, y parece que Julia se apuntó. La guitarra que John recibió era una Gallotone Champion acústica, barata y alegre, de un tamaño de tres cuartos. No perdió el tiempo y enseguida empezó a componer su primera canción, «Calypso Rock», que lamentablemente nunca fue grabada y que, años más tarde, John no recordaría. Su melodía y su letra se esfumaron, y permaneció solo su nombre.

Aunque muy a menudo la compra de esta fundamental primera guitarra se atribuye a Mimi, Pete Shotton insistía en que fue Julia quien pagó por ella. En cualquier caso, sí fue Julia quien le enseñó los acordes de banjo y quien animó a su hijo en sus primeros intentos de tocar «Ain't That a Shame» de Fats Domino, mientras su tía Mimi lo ahuyentaba por detrás con un gruñido por estar fastidiando a toda la calle con aquel ruido.

A pesar de la reticencia de Pete Shotton —tal y como él mismo había admitido, no era ni remotamente musical, y por mucho que lo intentara no podía imaginar que su participación en cualquier banda fuera beneficiosa para él—, se formó la banda de *skiffle* The Quarry Men, con John a la guitarra y Pete a la tabla de lavar. Un compañero de Quarry Bank, Bill Smith, se unió al grupo para tocar el bajo de cofre de té. La falta de confianza de Bill pronto hizo que fuese reemplazado por el miembro de la pandilla Len Garry, cuyos sustitutos fueron los viejos amigos Nigel Walley e Ivan Vaughan. Otro compañero de clase, Rod Davis, pasó a tocar el banjo. También se unió un segundo guitarrista, Eric Griffiths, y se incluyó a un batería, Colin Hanton, en la formación. Aunque a menudo se escribe «The Quarrymen», Pete insistía en que el nombre de su banda siempre se compuso de tres palabras. Nigel Walley fue elegido «mánager» y se dedicó a promocionarla para conseguir conciertos. No había ninguno a la vista. Luego, justo cuando estaban a punto de dejar el instituto Quarry Bank para siempre, la madre de Pete les consiguió un concierto para que dejasen asombrada a la multitud el 6 de julio de 1957, en el acontecimiento del año en Woolton Village: la fiesta en el jardín de la iglesia de St. Peter.

Fue la celebración que selló el destino de John. Allí, en un campo más allá del cementerio donde se enterraron los restos del tío George; donde yacía la tumba de la Eleanor Rigby real, a la sombra de la

iglesia de estilo neogótico de piedra arenisca roja, con contrafuertes y gárgolas, en el punto más elevado de Liverpool, donde John había asistido a la escuela dominical y había cantado en el coro, conocería a su alma gemela. Allí, después del espectáculo de la tarde en el que The Quarry Men —John a la guitarra y la voz, Eric, a la otra guitarra, Rod al banjo, Colin a la batería, Pete raspando la tabla de lavar y Len tocando el bajo de cofre de té— habían tocado en la parte trasera de un camión, aclamados por una multitud entre la que se contaban la madre de John y sus hermanastras, Julia y Jackie; después de que la reina de las rosas fuese coronada, los pasteles desaparecieran y los perros policía volvieran a sus aposentos; después de que los puestos de comida se desmantelaran, los juegos empacados hasta el próximo año, los que desfilaban vestidos de forma elegante volviesen a llevar ropa normal; cuando la banda de *skiffle* se había trasladado a la sala parroquial, al otro lado de la carretera para ensayar para el gran baile de la noche, en el que compartirían cartel con la Band of the Cheshire Yeomanry, Ivan Vaughan deambulaba por allí con un amigo de la escuela, James Paul McCartney.

La posteridad ha procesado, analizado, repasado y reescrito, tal vez millones de veces, la ocasión que solo, posteriormente, se consideraría de importancia trascendental. No hay un registro oficial de este «día crucial para la historia de la música moderna»; nada que demuestre qué sucedió o qué se dijo más allá de los recuerdos de primera mano y los relatos de quienes estaban allí. Aunque sí existe un fragmento grabado de John y The Quarry Men interpretando «Puttin' on the Style» y «Baby Let's Play House» aquella tarde —la voz en esta canción, incluso en aquel momento tan inicial, es, de forma innegable y prototípica, muy John Lennon—, no hay evidencia grabada de las primeras palabras que intercambiaron Lennon, de dieciséis años, y McCartney, que acababa de cumplir los quince, ni de las primeras notas que tocaron el uno para el otro.[16]

Aunque John no lo sabía en ese momento, Paul había visto a The Quarry Men en acción aquella tarde y había quedado deslumbrado.

> Recuerdo que estaba asombrado y pensé: «Oh, es genial», porque obviamente me gustaba ese tipo de música —recordaba Paul—.[17]Recuerdo a John cantando una canción llamada «Come Go with Me».[18]La había oído en la radio. En realidad, no se sabía todas las estrofas, pero sí el estribillo, y se inventó el resto.
>
> Yo pensé: «Bueno, me gusta su apariencia, canta bien y me parece un

gran vocalista». Por supuesto, se había quitado las gafas, así que su aspecto era muy agradable. Recuerdo que pensé que John era bueno. En realidad, era el único miembro del grupo que destacaba. El resto se desvanecía a su lado.

Fue un amor a primera vista. También se acecharon el uno al otro como tiburones. John fue distante y provocativo en silencio. Paul fue respetuoso; estaba un poco impresionado. John vestía con un estilo informal, con camisa de cuadros y tupé engominado. Paul lucía impecable, con chaqueta blanca y pantalones de vestir ajustados. John estaba tocando acordes en el banjo, por lo visto para afinar su guitarra en la, y había dejado la última cuerda en mi. Paul, zurdo, dio la vuelta al instrumento para rasguearlo y le enseñó a John cómo afinarlo correctamente antes de lanzarse a tocar «Twenty Flight Rock», de Eddie Cochran. También interpretó «Be-Bop-A-Lula» y unos cuantos temas de Little Richard. John tenía tendencia a olvidar las letras. Paul las aprendía de memoria con facilidad. Encandiló a la banda cuando escribió, sin pararse a pensar mucho, la letra de algunas de las canciones favoritas de John. John se quedó impresionado de mala gana con este engreído de ojos grandes y cara de galágido, pero parece que supo de forma instintiva que estaba sucediendo algo especial. Respetaba y a la vez estaba resentido con Paul por ser lo que era. Que el grupo, sin duda, se beneficiaría con la inclusión de aquel tipo es algo que había pensado más o menos de forma inmediata, pero si invitaba a Paul a unirse a ellos, ¿se vería John eclipsado por él?

«Medio pensé para mis adentros: “Es tan bueno como yo” —admitió Lennon más tarde—. Hasta entonces yo había sido el cerebro del grupo, y pensé: “Si lo acepto en la banda ahora, ¿qué va a suceder?”.»[19]

Unos cuantos años después, John fue capaz de expresar su dilema de forma más coherente: «Yo tenía una banda. Era el cantante y el líder. Cuando conocí a Paul tuve que tomar una decisión: ¿era mejor tener a un tío que era mejor que el que yo tenía dentro? ¿Hacer más fuerte el grupo, o dejar que *yo* fuese más fuerte?».[20]

La disyuntiva de John tenía que ver con el hecho de ceder el control. Era como si supiese de forma instintiva, desde el primer encuentro, que si Paul se unía a la banda tendría que estar en igualdad de condiciones con él, en lugar de ser un miembro más del grupo. Y, aunque quería con todas sus fuerzas seguir siendo el líder de la banda que había fundado, John también sabía que sería mucho mejor con

Paul al frente, y que esto, a su vez, se reflejaría favorablemente. Aunque John se tomó su tiempo para decidir, su aceptación de Paul como el crucial e inevitable siguiente paso para The Quarry Men fue prácticamente un trato hecho aquel mismo día. Si hubiesen podido ver el futuro y atisbar las luchas de poder que estaban por venir, las caídas, las discusiones, los puntos álgidos en sus colaboraciones más sublimes y los bajos de sus hostilidades más feroces, lo más probable es que se hubiesen retirado allí y entonces. Tal y como estaban las cosas, todo estaba por jugar y no había nada que perder. A pesar de su juventud, eran conscientes de ello.

Los psicólogos clínicos y los científicos involucrados en el estudio del potencial humano han reflexionado durante más de un siglo sobre el secreto de la asociación creativa. ¿Qué tipo de alquimia ocurre entre dos personas con talento que eleva su arte y hace de su colaboración algo enormemente más productivo que cualquier cosa que puedan crear individualmente? Sea lo que sea, Lennon y McCartney podrían ser el ejemplo definitivo. Si una asociación funciona por la forma en que los individuos en cuestión son capaces de realzar los puntos fuertes del otro y a la vez disfrazar las debilidades de ambos, creando oportunidades a medida que hacen que el otro brille, no hay necesidad de mirar más allá de ellos. Pon la cara amorosa de Paul, sus letras cursis y sus florituras melódicas contra la ferocidad ceñuda y enmarañada de John y sus *riffs* y *licks* blueseros; coge la angustia y la ira de John, y mézclalas con el tímido carisma y la extravagancia de Paul; corrompe la inocencia sentimental de Paul con la lascivia y el cinismo de John y ¿qué tienes? Podríamos llamarlo magia. En esencia, lo es. Cada uno obligado por el otro a salir de su zona de confort. Cada uno sacando lo mejor del otro y completándolo. Sin miedo a censurarse e incluso a ridiculizarse el uno al otro, se estimulaban de forma natural. La dinámica es asombrosamente simple en su complejidad. Como dúo que cantaba y componía, grababa y actuaba en directo, son mejores que la suma de sus partes.

*

Rebobinemos hasta el sí de John al chico nuevo, tímido pero musicalmente seguro. Piensa en los sentimientos de Pete Shotton, que se veía desplazado ahora que John pasaba todo su tiempo

aprendiendo acordes de guitarra y ensayando con aquel pequeño sabelotodo. ¿Pero de dónde había salido este sabelotodo?

Era originario de Speke, en el sur de Liverpool. James Paul McCartney había nacido en el Walton General Hospital. Su madre, Mary, era católica romana y su padre, Jim, protestante. Los dos eran personas dulces, educadas y trabajadoras que solo se ocupaban de sus asuntos y eran retraídos. El padre de Paul había trabajado para un comerciante de algodón y tocaba el piano en su tiempo libre en su propia banda informal, Jim Mac's Band. Su madre había sido enfermera y matrona, y para ella el lugar donde vivía iba ligado al trabajo. Se habían conocido y casado durante la guerra. Su primogénito llegó el 18 de junio de 1942. Peter Michael, el hermano pequeño de Paul, llegó dieciocho meses después y, según la tradición, sería conocido tanto como Michael como por «nuestro niño».[21]Igual que John, Paul estaba acostumbrado a las reuniones familiares y a las tías indestructibles que lo cubrían de infinitos mimos. Había aprendido a tocar el piano observando a su padre. Lo habían apuntado a clases formales y pagado por ellas, pero Paul no tenía paciencia para la educación «formal» y se quejaba de que se le daba mejor descifrarlo por sí mismo. Nunca aprendería a leer o escribir música. Había adquirido habilidades rudimentarias para tocar la trompeta con su propio instrumento de segunda mano, y había conseguido tocar los acordes de do, fa y sol/sol séptima en guitarras de amigos mucho antes de tener una. Este niño listo, transparente, antes regordete, y ahora esbelto y seductor, ya había encontrado su primer compañero para fumar en la plataforma superior del autobús que lo llevaba de camino al colegio y luego de vuelta a casa, un chico que iba un curso por detrás en el «Innie» —como se conocía al instituto— que se llamaba George Harrison (uno de los ya mencionados amigos con guitarra). George, el menor de cuatro hermanos y otro chico de vivienda de protección oficial, era hijo del camarero de barco reconvertido en conductor de autobuses Harold y la asistente en una escuela de canto Louise. Se había enamorado de Elvis Presley al mismo tiempo que Paul y John, después de oír «Heartbreak Hotel» en 1956.

Aquel fue un año de los que cambian una vida. La familia de Paul se había mudado de un Speke que se desintegraba a otra vivienda de protección oficial en una zona más salubre, esta vez en Allerton. El

número 20 de Forthlin Road estaba a solo diez minutos andando de Mendips, en Menlove Avenue. Su madre, Mary, operaría desde entonces en aquella casa como auxiliar sanitaria; la familia pudo acceder a la modesta, pero pulcra vivienda alquilada como un beneficio por su empleo. Fue allí, justo antes de su decimocuarto cumpleaños, donde Paul empezó a escribir sus propias canciones, y descubrió que podía hacerlo sin apenas esforzarse. Fue allí donde compuso «When I'm Sixty-Four» en el piano de la familia.[22]Fue allí donde su madre, con cuarenta y seis años, empezó a sentir algo que quiso identificar como síntomas tempranos de una menopausia inminente. Se tomó unas cuantas pastillas para el alivio de la indigestión y se puso a trabajar. Su hijo mayor compró su primer sencillo —el «Be-Bop-A-Lula» de Gene Vincent—, que llevó a casa con orgullo desde la tienda de discos de Curry. Como su madre había tomado la decisión de ocultar la terrible verdad a sus hijos, Paul aún no sabía nada cuando a su madre le diagnosticaron un cáncer e ingresó en el hospital para someterse a una mastectomía. Demasiado tarde. Su cáncer de mama se había extendido al cerebro y ya no podía controlarse. Sus hijos la vieron una última vez, ignorando todavía que estaban a punto de perderla. Murió el 31 de octubre. Paul aún no tenía quince años, mientras que su hermano solo tenía doce. No asistieron a la misa y tampoco estuvieron presentes en el entierro. Su desconsolado padre no tenía ni idea de cómo se suponía que debía seguir adelante. Anticipando su incapacidad doméstica, su mujer le había dejado notas detalladas con instrucciones por toda la casa antes de irse al hospital por última vez. El clan se reunió para apoyarlos. Paul se refugió en su coraza, se perdió en la música y escribió una canción que, de un modo subconsciente, pudo inspirarse en la muerte de su madre, «I Lost My Little Girl».[23]

*

El joven aprendiz de corredor de bolsa de Liverpool y aficionado al jazz Alan Sytner inauguró The Cavern Club en el sótano de un viejo almacén en Mathew Street en enero de 1957: «Dieciocho escalones de piedra resbaladiza que conducen a una serie de catacumbas fétidas de ladrillo», como lo describió *The Daily Telegraph*. Sytner había visitado tugurios subterráneos de jazz en sus viajes por Europa, como el

famoso Le Caveau de la Huchette, en la Rue de la Huchette, por debajo del Sena, en el Barrio Latino de París, y había decidido crear algo parecido.[24]Mathew Street estaba en el corazón del mercado de venta de fruta y verdura al por mayor de Liverpool. Sus sótanos recordaban a la construcción irregular del edificio del siglo XVI de Le Caveau, con arcos de ladrillo y túneles laberínticos. Los pasajes habían servido de refugios antiaéreos durante la Segunda Guerra Mundial, y podían albergar a seiscientos o más aficionados a la música. Aunque los primeros músicos que actuaron allí eran exclusivamente hombres de jazz, pronto se amplió el cartel para incluir a bandas de *skiffle*, que se contaban por cientos en el área de Liverpool. Sucedió que el «mánager» de The Quarry Men, Nigel Walley, que había dejado la escuela para empezar una formación como aprendiz de golfista profesional en el club Lee Park, en Gateacre, se encontró haciendo las rondas con el padre de Alan Sytner, que era médico de familia. Aprovechando el momento, Nigel le pidió que le presentase a Alan, con vistas a asegurar un hueco para su banda en The Cavern. Sytner sénior le propuso generosamente una audición en el club de golf, y después de aquello The Quarry Men fueron invitados a tocar entre los sets de jazz en The Cavern. Su primera e histórica actuación en el club tuvo lugar el miércoles 7 de agosto de 1957. El grupo recibió instrucciones firmes para no alejarse del *skiffle*. John, por supuesto, tenía otras ideas. Por la noche, después de aflojar ligeramente de acuerdo con las instrucciones, se lanzó sin pudor a una interpretación de «Don't Be Cruel» de Elvis. Sus patidifusos compañeros de The Quarry Men no tuvieron más remedio que imitarlo. Sytner se enfureció con este desafío. Atravesó la muchedumbre para meter en la mano de John una nota escrita apresuradamente que decía: «¡Cortad ya con el maldito *rock'n'roll*!».

Alan Sytner vendió The Cavern en 1959 al promotor Ray McFall, que amplió sus competencias para incluir blues y *rock'n'roll,* estilos con una demanda creciente. No obstante, con el paso de los años, Sytner no tardó en adjudicarse el mérito por su papel fundamental en la promoción de los hijos más celebrados de Liverpool.

> Sin mí, no hubiese existido The Cavern. Sin mí, no hubiesen existido los Beatles —reivindicó en 1998—. Sin mí, ninguna de esas cosas hubieran existido, a decir verdad. Oh, obviamente, Lennon y McCartney se convirtieron en genios y grandes artistas, pero respóndeme a una cosa: ¿hubiesen

prosperado sin The Cavern? Si los Beatles solo hubiesen tocado en salas parroquiales en Maghull, ¿alguien habría sabido de ellos?[25]

Algunos documentos indican que McFall compró The Cavern por 2.750 libras en 1959 y lo relanzó con una actuación de Acker Bilk and His Paramount Jazz Band. Siendo ya consciente de que el auge del beat estaba ganándole terreno al jazz tradicional, empezó a contratar a nuevas bandas. Rory Storm and The Hurricanes tocaron allí en mayo de 1960, con Ringo Starr a la batería. Después de que el DJ del club, Bob Wooler, le llamara la atención sobre ellos, Ray contrató a los Beatles, que debutaron allí en una sesión de mediodía en febrero de 1961, cuando acababan de volver, hechos un desastre, de Hamburgo. Fue McFall quien les ordenó que se arreglasen para atraer a una clientela más limpia. Brian Epstein visitó el club en noviembre de 1961 y contrató al grupo aquel mismo diciembre. En los cuatro años siguientes McFall contrató a muchas otras bandas destacadas de los sesenta, como The Who y The Kinks. Los Beatles tocaron allí 292 veces hasta agosto de 1963, y aparentemente ganaban (según McFall, aunque las informaciones entran en conflicto sobre si luego Epstein negoció varios aumentos) veinticinco chelines (1,25 libras en la actualidad) por cada actuación. Cuando la Beatlemanía estalló en 1964, The Cavern se convirtió en el centro de una atención sin precedentes. Incluso tenía su propio programa semanal en Radio Luxembourg.

Incapaz de cubrir los costes de las exhaustivas reparaciones en los desagües, McFall vendió el club y se declaró en bancarrota en 1966. Reabrió con nuevos gestores, pero fue demolido en 1973. El Cavern de la actualidad, una de las atracciones más populares y visitadas de Liverpool, se sitúa unos metros más allá del club original, en la misma Mathew Street.

*

Después de que lo invitasen a unirse a la formación en octubre de 1957, casi tres meses después del encuentro entre él y John, Paul se presentó en público por primera vez con The Quarry Men en el New Clubmoor Hall, un club conservador para hombres en el norte de Liverpool, el viernes 18 de octubre. Tocaron allí de nuevo el 23 de noviembre, vestidos casi a juego: con camisa blanca, pantalones

negros y corbatas vaqueras. Su repertorio de versiones incluía temas de Elvis y Gene, Buddy y Carl, y Little Richard. El elemento *skiffle* se desvanecía. Viajaban en autobús desde y hacia sus compromisos laborales. El debut de Paul en The Cavern con el grupo se produjo el 24 de enero de 1958.[26]Le quedaban cinco meses para cumplir los dieciséis años. John solo tenía diecisiete.

La pareja era ya inseparable. Se veían tan a menudo como sus horarios lo permitían, y cargaban con sus guitarras dondequiera que fuesen. Gracias a los concienzudos esfuerzos de Paul, en casa de Mimi en Mendips, en el número 20 de Forthlin Road de Jim McCartney, en casa de Julia, en el 1 de Blomfield Road y en cualquier otro lugar donde se juntasen, John acabó siendo un guitarrista competente. Las notas escolares de Paul estaban entonces en caída libre, y había provocado la ira de su padre andando por ahí con su nuevo mejor amigo, el matón, pero estaba aflorando un futuro que le gustaba. Se atrevieron a soñar. Gracias a Nigel Walley, las contrataciones siguieron llegando: ceremonias en clubes sociales, guateques y bailes por toda la ciudad, muchos de ellos en noches escolares. Pete Shotton seguía por allí, aunque había abandonado su papel en The Quarry Men. A pesar de ello, él y John continuaron siendo los mejores amigos. Pete y Paul competían entonces por la atención y el afecto de John. A John no le molestaba el conflicto en ciernes entre dos tíos que se le insinuaban como chicas. Él sonreía y los dejaba hacer. Además, había cosas más importantes por las que preocuparse. El grupo claramente necesitaba otro guitarrista. Alguien que pudiese ejecutar el tipo de solos complicados que se les resistían tanto a él como a Paul. A principios de 1958, el antiguo amigo de la escuela de Paul, George, empezó a participar en sus citas en directo. Paul se lo presentó a John a principios de 1958, y lo sometieron a una audición. La decisión se discutió en la plataforma superior de un autobús. De acuerdo, el chico sabía tocar, ¿pero cómo iba a funcionar aquello? John era un hombre, Paul era un muchacho, pero el pequeño Georgie Harrison, que aún no tenía quince años, era solo un niño. No por mucho tiempo. En febrero de 1959 George cumplió los dieciséis, dejó el colegio y se convirtió en aprendiz de electricista en unos grandes almacenes. Tal vez John se lo tomaría en serio ahora que tenía un trabajo.

*

Excitados por los indicios de John en grabaciones personales que nunca estuvieron destinadas a publicarse o a emitirse, pero que se recuperaron después de su asesinato para el dominio público, algunos comentaristas han exagerado las insinuaciones de que John posiblemente experimentó deseos sexuales hacia su madre, que probablemente no eran más que fantasías. Algunos han ido tan lejos como para sugerir que realmente hubo un contacto carnal real. No hay ninguna evidencia de ello. Julia nunca pudo hacer ninguna observación. Ese privilegio, junto con todos los demás, le fue negado.

¿Alguien esperaba, dada su falta de interés por la educación formal y su evidente desprecio por la escuela, que John hiciera algo distinto que fracasar irremediablemente en sus exámenes del final de secundaria? Mimi debió de rezar para que apretase en el último momento y se hiciese el milagro, de modo que pudiese aprovechar las oportunidades que ella nunca tuvo y remodelarse en algo que hubiese hecho que sus esfuerzos y su inversión mereciesen la pena. A su madre le importaba un comino; reconocía en John a un disidente detrás de su propio corazón, un eco y un reflejo de sí misma, alguien «especial», «diferente», que dejaría su huella de todas formas; alguien que era demasiado listo y brillante, y que tenía demasiado talento como para cumplir las reglas. Mimi, probablemente, podría haberle dado una colleja a su hermana por no respaldar su punto de vista más convencional y por animar a John a que siguiese su propio camino. Pero John había dejado claras sus obsesiones: las chicas y la música. La música y las chicas. El *rock'n'roll* era lo único que importaba. Tarde o temprano acabaría «pillando», según sus propias palabras.

La tía Mimi, mientras tanto, estaba decidida a rescatar algo del desastre. A pesar del lamentable hecho de que John había suspendido incluso arte, materia en la que era realmente bueno, fue a Quarry Bank y convenció al director, el señor Pobjoy, para que intercediera por él en el Liverpool College of Art. Su estrategia funcionó. Por lo menos ahora podía consolarse con el pensamiento de que John se forjase finalmente una vida medio decente como artista gráfico. El 16 de septiembre de 1957, tres semanas antes de su decimoséptimo cumpleaños, John se convirtió en estudiante de Arte. Se moría de ganas de empezar. Aprovechó la oportunidad para destacar entre la multitud desde el principio, merodeando por allí con una serie de

atuendos excéntricos que desafiaban las categorías, siempre rematados por el viejo abrigo del tío George. Todavía oficialmente parte de la casa de Mimi, donde «su» música se rechazaba y solo se le permitía ensayar en el jardín trasero o en el porche delantero, pasaba todo el tiempo posible en casa de Julia, donde podía rasguear la guitarra, cantar, poner discos y saltar a su antojo. Fue en casa de Julia donde compuso uno de sus primeros temas, «Hello Little Girl».[27]

*

Consumido como estaba por la música y obsesionado con que la banda evolucionase, John no se estaba aplicando precisamente a sus estudios de arte. Aunque su talento natural era evidente y su habilidad para encontrar soluciones rápidas cuando había que entregar el trabajo era impresionante, al final de su primer año como estudiante de arte ya estaba aburrido. Aparte de andar por los callejones con el tipo de mujeres que no te llevarías a casa para que conocieran a tu madre, y mucho menos a Mimi, beber en las cafeterías y en los bares locales y juntarse con almas afines con las que no hacer nada, no consiguió mucho, lo cual era una pena, dadas sus aptitudes. Mientras tanto, su grupo no estaba tan solicitado como antes, en gran parte a causa de que su «mánager» Nigel Walley había tenido que abandonar su puesto por una enfermedad de larga duración y no había nadie más que pudiese hacerse cargo de la obtención y la organización de sus contratos. The Quarry Men tenían que reinventarse.

No eran los únicos. Las cosas no iban bien en la vida de Julia Lennon. La culminación de una serie de acontecimientos desafortunados fue el arresto de su pareja Bobby Dykins, que fue condenado por conducir ebrio, severamente multado y posteriormente perdió su trabajo. Todo esto llevó a Julia a tener una conversación seria con su hermana Mimi el martes 15 de julio de 1958 que desearía no haber tenido que afrontar. Dejó a John en su casa, en el número 1 de Blomfield Road, para enfrentarse a Mimi con el ultimátum que Bobby le había dado. Como iban tan mal de dinero, había insistido en que Julia informase a Mimi de que ya no iban a alojar a John en su casa, ni a darle de comer. Dado que los adolescentes fornidos pueden consumir más que el resto de la familia junta, la postura de Bobby podía entenderse. No obstante, tuvo que ser muy doloroso y

humillante para Julia tener que decirle esto a Mimi, especialmente después de todo lo que su hermana ya había hecho por John; después del modo en que había eximido a Julia de la responsabilidad y de los gastos de su crianza. La misma Mimi no estaba precisamente en su mejor momento, económicamente hablando, y seguía trabajando para los inquilinos para que John y ella pudiesen salir adelante.

Una vez que cumplió su triste misión, Julia se despidió tristemente cuando eran casi las 21.45 horas de la noche. Aunque era tarde, todavía no era completamente de noche. Mimi se estaba despidiendo de su hermana en la puerta delantera cuando apareció Nigel Walley buscando a John. Julia lo convenció para que la acompañara a la parada del autobús. Cuando ambos doblaron la esquina, se dieron las buenas noches. Julia se dispuso a cruzar Menlove Avenue, mientras Nigel giró hacia la dirección opuesta. En ese momento su sangre quedó cuajada de repente por un chirrido de frenos y un terrible golpe que solo podían significar una cosa. Se volvió para ver a Julia volar por los aires. La había golpeado de frente un Standard Vanguard conducido por un conductor en prácticas sin acompañante y oficial fuera de servicio llamado Eric Clague, también conocido como Constable 126 C, del cuerpo de policía de Liverpool. La vida ya la estaba abandonando antes de que tocase el suelo. Ya había muerto cuando llegó al Sefton General Hospital, a causa del gran daño cerebral provocado por las fracturas en el cráneo. Tenía cuarenta y cuatro años. El forense a cargo de la investigación dictó el veredicto de muerte por infortunio.

¿Asistió John al funeral de su madre, que se celebró una semana más tarde? Nunca habló de ello. Su prima Liela, que en aquel momento era estudiante de Medicina en Edimburgo, confirmó que estuvo allí con John. A sus hermanastras Julia, de once años, y Jackie, de ocho, ni siquiera se les dijo que habían matado a su madre. Las sacaron de casa para enviarlas «de vacaciones» a Escocia con su tía Mater y su tío Bert, a quienes apenas conocían. El día que se las llevaron no sabían que nunca volverían a ver su hogar. Cuando regresaron a Liverpool se fueron a vivir con su tía materna Harrie y su marido, el tío Norman, a una casa fría y distante, y también se las privó de su padre. Nunca se les dio una explicación razonable. Las chicas no supieron hasta años más tarde que habían sido puestas bajo tutela judicial. Julia sintió posteriormente la necesidad de describir

esta horrible situación, y yo solo puedo estar de acuerdo con ella, como «maltrato infantil».[28]

¿Se puso John a despotricar, a maldecir y a llorar? ¿Salió a emborracharse hasta no poder más, volviéndose aún más alborotador y ofensivo? ¿Se confinó en su cama y lloró su muerte desconsoladamente y en silencio? ¿Se volvió más duro, más agresivo, más amargo, más cínico, más retorcido y más rebelde que antes? ¿Se desentendió de la autoridad y escupió al sistema, condenando a ambos de una vez por todas, en una postura que posteriormente haría de él un agitador de pleno derecho? La historia dice que hizo todo esto y mucho más. Las contradicciones resultan apropiadas. Todas son verdad.

«Fue lo peor que me había pasado nunca —dijo John diez años después de la tragedia—. Ella era genial. Pensé: "Ya no tengo responsabilidades con nadie".»[29]

Doce años más tarde, justo antes de su propia muerte en 1980, sus recuerdos eran más crudos que nunca:

> Perdí a mi madre dos veces. Una cuando tenía cinco años y me hicieron mudarme con mi tía. Y de nuevo [...] cuando ella murió realmente, físicamente, [...] y ese fue un momento muy duro para mí. Me convirtió en alguien muy, muy amargo. El rencor que tenía desde muy joven se hizo muy grande entonces. Ser adolescente, roquero y estudiante de Arte y que mi madre muriese justo cuando estaba restableciendo una relación con ella [...]. Nos habíamos puesto al día en solo unos pocos años. Pudimos comunicarnos. Nos llevábamos bien [...], fue muy traumático para mí.

Se enfureció por la muerte y la pérdida. Esto estaba destinado a interponerse entre él y Mimi, con quien ahora le parecía insufrible vivir. Se levantaba cada mañana para correr las cortinas y ver el lugar exacto donde mataron a su madre. Imagínatelo. He estado delante de esa ventana del dormitorio de la infancia de John, mirando hacia el exterior de la misma forma en que él lo hacía. Fue insoportable. ¿Cómo pudo no perder la cabeza? Aislado en su angustia, era incapaz de expresar su dolor, ni siquiera a Pete, por miedo a cómo afectaría a su amistad. Se le privó de ver a sus encantadoras hermanastras, que podrían haberle brindado consuelo fraternal. Ahora compartía con su compañero musical más cercano la peor de las experiencias, pero no podía hablar de ello con Paul. John necesitaba desesperadamente alguien a quien aferrarse. ¿Quién sería su roca?

CAPÍTULO 4

Luna

Encontró dos. Ambas llevaban un tiempo delante de sus narices, porque estudiaban con él en la escuela de arte.

Cynthia Powell suele describirse como una chica «correcta y formal». Era una «pija sexy». Guapa, recatada y de voz dulce, se dedicaba a su trabajo de una manera digna y modesta, sin llamar la atención. Era natural de Hoylake, una pueblo costero adinerado situado en la península de Wirral con un memorial de guerra diseñado por Jagger,[1]notables faros antiguos, muchos edificios protegidos, un club de vela y una piscina. Era también la sede del Royal Liverpool Golf Club, con unos de los campos más antiguos de Inglaterra, que sigue acogiendo el Open Championship de forma rotatoria.

Nacida en Blackpool en septiembre de 1939, Cynthia era la pequeña de tres hermanos. Al tener dos hermanos mayores, los chicos no la mareaban. Su padre, Charles, había sido empleado de General Electric. Cuando su madre, Lillian, estaba embarazada de su hija, fue evacuada a Blackpool con muchas otras mujeres embarazadas para que pudiese dar a luz a sus hijos de forma segura, lejos de las bombas. Cuando nació Cynthia, sus padres decidieron no arriesgarse a reanudar la vida familiar bajo los constantes ataques aéreos alemanes. Se mudaron a la costa, y allí creció Cynthia. Mostró desde muy joven sus capacidades artísticas, ganó concursos y una plaza en la escuela secundaria municipal de arte y se esperaba que consiguiese ingresar en el Liverpool College of Art. Pudo no haberlo logrado nunca y la historia hubiese sido totalmente distinta, después de que su padre enfermara de cáncer de pulmón terminal y le ordenase que se olvidara de la universidad. Dijo que no seguiría vivo mucho tiempo para mantener a su madre, de modo que Cynthia tuvo que buscarse un trabajo y mantenerlos a ambos. Murió cuando su hija tenía diecisiete

años. Su madre se marcó «un tía Mimi» y acogió a inquilinos en su casa para que Cynthia pudiese alcanzar su sueño. Empezó la universidad, igual que John, en septiembre de 1957. Ella era estudiante de Artes Gráficas, por lo que pudo no haberlo conocido nunca si no hubiesen coincidido en Tipografía.

Cyn tenía un año más que John, y se notaba. Desorganizado y distante, John solía ir a clase con las manos vacías y desprovisto de lo necesario, si es que se molestaba en aparecer. Con su habitual descaro y sentido del derecho, se dedicaba a pedirle prestados los lápices, plumas, reglas y otros utensilios. Nunca los devolvía, y ella nunca se atrevió a pedírselos. Siempre llegaba tarde, y demasiado a menudo con resaca y descuidado. John era el último estudiante del edificio con el que alguien hubiera relacionado a la impecable miss Hoylake. ¿Estaba en la clase de Tipografía solo porque otros tutores le habían prohibido asistir a las suyas? Sombras de Quarry Bank. ¿Aprendería John alguna vez? Supongo que no. Quién sabe qué atrajo a Cynthia de él. No era amable con ella. Aunque John no podía evitar reírse de su acento, su ropa, su corrección y su aparente presunción, había algo en ella que no podía identificar. No era su tipo. Y él tampoco podría describirse precisamente como el de ella. Pero había química, y Cupido apareció. Ambos estaban desamparados. Empezaron a salir juntos. John estaba ansioso por presentársela a Pete, que, contra todo pronóstico, se había convertido en aprendiz de policía. Se quedó perplejo por la cursilería que rodeaba todo aquello:

> Me chocó enseguida lo diferente que era aquella joven atractiva y bien educada de toda la escoria con la que John se había relacionado últimamente —dijo cándidamente—. Cyn resultó ser excepcionalmente educada y casi dolorosamente tímida, y no pude evitar pensar que tal vez era una flor demasiado frágil para caer en las manos de John.[2]

¿Los polos opuestos se atraen? Las últimas investigaciones científicas descartan esta idea, pero Cynthia definitivamente lo pensaba cuando hablamos de este y otros aspectos de su relación durante nuestras entrevistas en 1989 para unas memorias que finalmente no progresaron. Esto fue poco antes de la inauguración de su infortunado restaurante, Lennon's, próximo al Theatreland de Londres. A pesar de que ella y sus socios de negocios habían invertido una enorme cantidad de dinero en la empresa y que Cynthia incluso había contratado a Peter Stockton, el extravagante gerente del vecino

de Upper St. Martin's Lane Peter Stringfellow, para que regentase el establecimiento, la aventura tuvo muy poco recorrido. Me invitó una tarde al restaurante la semana de su espectacular inauguración.

Cynthia se había divorciado dos veces más después de hacerlo de John. Dio el «sí quiero» a su segundo marido, Roberto Bassanini, un hotelero italiano, en 1970. Estuvieron juntos tres años. Su tercer marido, John Twist, era un ingeniero de Lancashire. La pareja se casó en 1976, pero se divorció siete años después. Cuando nos conocimos estaba viviendo con el chófer de Liverpool Jim Christie, cuatro años más joven que ella, en Penrith, en el Distrito de los Lagos.

Había vuelto a adoptar su primer apellido de casada. Era «bueno para los negocios», dijo. Había diseñado mobiliario para la empresa de telas Viyella con su apellido original, y había lanzado su propio perfume, Woman, como respuesta al éxito de 1980 que John Lennon escribió para Yoko. Apasionada por la cocina, Cynthia también fue propietaria de un restaurante con casa de huéspedes, Oliver's Bistro, en Ruthin, en el norte de Gales. Era algo ingenua con sus planes para generar beneficios. «Las necesidades obligan —decía encogiéndose de hombros—. Mi acuerdo de divorcio con John fue muy modesto (cien mil libras y la custodia de Julian) y, por supuesto, todo se ha terminado. Haré lo que sea para salir adelante. Tengo que pagar las facturas, como todo el mundo.»

La ya fallecida esposa de Paul McCartney, Linda, orquestó nuestro encuentro. Linda y yo habíamos colaborado durante un corto periodo de tiempo en una tentativa de libro, *Mac the Wife*, pero a medio camino decidió no publicarlo. Paul había seguido en contacto con Cynthia después de que terminase el matrimonio Lennon, y había escrito «Hey Jude» para Julian.[3]Lanzada por los Beatles en agosto de 1968, cuando el primogénito de John tenía solo cinco años, y aún hoy en día uno de sus éxitos más queridos, Paul la compuso para consolar al niño durante la agonía que supuso la separación de sus padres.

Me reuní con Cynthia para hablar sobre un nuevo libro de memorias que ella quería escribir. Su primer libro, *A Twist of Lennon*, publicado en 1978, había dejado un regusto amargo. Estaba tan frustrada por la forma en que John la había rechazado y se había negado a comunicarse con ella después de dejarla por Yoko que escribió el libro como una «extensa carta abierta a John, vertiéndolo todo». En retrospectiva, admitió que lo hubiese hecho de otra forma.

Ahora que ya había asimilado el asesinato de John en 1980, estaba lista para volver a intentarlo. Necesitaba contar su parte de la historia para que quedase constancia. Ya no vivía con miedo o con la necesidad de recriminar nada a John. Había pedido consejo, y había decidido que necesitaba ayuda profesional. Pero se vio inmersa en la aventura de su nuevo restaurante y el proyecto quedó pospuesto. Años después, en 2005, escribió y publicó un segundo libro de memorias. Titulado sencillamente *John*, era mucho más valiente e íntimo que el primero.

Sentada a una mesa, en un rincón de su restaurante monocromático aquel día de 1989, Cynthia encadenaba un cigarrillo tras otro y mantenía las copas de vino siempre llenas.

«Todo empezó con la muerte de la madre de John», dijo. Sus ojos de color chocolate brillaban detrás de sus enormes gafas de bordes dorados. Se sacudía a menudo su denso flequillo rubio. Su agradable voz tenía un toque *scouse*. Con cincuenta años, y sin seducir, seguía llamando la atención. Una vez fue una Lennon.

> La forma en que sucedieron las cosas fue complicada —explicaba Cynthia—. El efecto de la muerte de su madre en la mente de John fue profundo y muy dañino. Tenía diecisiete años, y no creo que nunca se recuperase de aquello. Afectó a su capacidad para tener relaciones normales con las mujeres.
>
> Él nunca se sentó conmigo y me lo explicó todo con detalle. No estoy segura de que pudiese expresarlo, de hecho. Tuve que reconstruir la historia a partir de observaciones que él me hizo, fragmentos que se habían escapado o comentarios de otras personas. Sabía que su madre era lo que llamaríamos una «bohemia», del tipo desinhibido, que había renunciado a su hijo más o menos en el momento en que empezó la escuela. John decía que se había ido a vivir con «la tía Mimi y el tío George», la hermana mayor de su madre, y con su marido, con quien sé que John tenía una relación muy cercana. Nunca habló mucho de su padre, a quien algunas personas llamaban Alf y otras Freddie. Me enteré de que su madre se separó del padre de John, que había estado viviendo con otro hombre llamado Bobby Dykins y que tuvieron un par de hijas. Sé que idolatraba a su madre, que ella le enseñó a tocar el banjo y que le compró su primera guitarra. Mimi era harina de otro costal. Debo tener cuidado con lo que digo, porque ella todavía vive —Mimi murió dos años después, en diciembre de 1991, con ochenta y cinco años—. Educó a John de forma muy estricta, con muchas reglas y expectativas. Era difícil de contentar, se decepcionaba fácilmente y lo hacía saber, por decirlo de alguna manera. Su hermana Julia, por lo que John decía de ella, no tenía nada que ver. Era menos rígida, más divertida, tenía una actitud más relajada. John, obviamente, se identificaba con ella. Me pareció que era muy hijo de su madre. Aunque Mimi, evidentemente, lo adoraba, John era claramente una decepción para ella. A sus ojos, él nunca aprovechó su potencial y desperdició sus oportunidades.
>
> Sabía que John había sacado malas notas en el colegio, aunque

cualquiera podía darse cuenta de lo brillante, ingenioso y aventajado que era. Entendí que gran parte de sus problemas se originaban en el aburrimiento, lo cual explicaría que no fuese capaz de aplicarse en sus estudios. Ingresó en la escuela de arte por los pelos —seguramente no debía de haber estado allí, de hecho— y nos conocimos porque se sentaba detrás de mí en clase. Me daba toquecitos en la espalda y me pedía prestados mis lápices y otras cosas y, por supuesto, nunca me los devolvía.

Según admitía la propia Cynthia, ninguno de sus amigos o familiares podían entender qué veía en él.

Ni siquiera teníamos el aspecto de estar juntos —sonreía—. Su «vestuario», si es que se podía llamar así, era casi como el de un vagabundo. De hecho, he visto vagabundos mejor vestidos. Solo le faltaba atarse las botas con trozos de cuerda. Hacía cosas como arrancar los bolsillos de un viejo bléiser y pasearse por allí con él, aunque le quedase pequeño y las mangas deshilachadas solo le llegasen por debajo de los codos. Andaba con cara mustia vestido con un viejo abrigo muy desgastado que, en mi opinión, hubiese estado mejor en la cesta del perro. Después supe que había pertenecido a su tío George y que no soportaba la idea de deshacerse de él. Debía de sentirse cercano y consolado por su tío cuando lo llevaba.

John fue un desafío para Cynthia desde el primer momento.

Casi siempre estaba taciturno y de mal humor, y sus estallidos de ira podían descontrolarse —declaraba Cynthia—. Insultaba constantemente, de forma realmente vulgar y cruel, con el tipo de palabras que no deberías decir delante de una dama. Yo no estaba acostumbrada a ese tipo de lenguaje, la verdad es que mis padres nunca maldecían, y me parecía muy incómodo, no me importa admitirlo. En aquella época me sonrojaba con frecuencia, pero a John nunca parecía importarle. Creo que disfrutaba haciéndome sentir incómoda. Le daba ventaja.

Lo que más molestaba a Cynthia era su falta de ambición y empuje.

De acuerdo —admitía—, todavía éramos muy jóvenes. Pero no podía evitar sentirme desconcertada por el modo en que John no planificaba nunca nada. Normalmente, sabía lo que haría el fin de semana, y sus planes no solían incluir los deberes, por supuesto, pero nunca hablaba sobre su futuro o su vida. Definitivamente, esas eran zonas de riesgo con John. A veces, yo tenía la impresión de que no esperaba vivir mucho tiempo, y eso me perturbaba. No parecía tener ningún respeto por la vida, por así decirlo. Quizá por todas las situaciones por las que había pasado. Cuando tu madre te entrega a otras personas y tu padre te abandona, y luego el tío que te ha criado muere, y estás siempre lidiando con una tía muy complicada, siempre enfadada y reprobadora, sin tu tío cerca para atemperar el ambiente, y después ese asunto horrible del perro, y luego tu madre muere, justo cuando estás empezando a acercarte a ella de nuevo... Bueno, eran demasiadas tragedias. No es extraño que John fuera como era. Era muy vulnerable, y, obviamente, necesitaba cuidados maternales. Si lo piensas, era solo un niño, aunque en muchos

aspectos me parecía un hombre de mediana edad. A veces, me lo parecía. Pero la mayor parte del tiempo era solo un muchacho. Un niño confundido y vulnerable en el interior de esa imagen de persona huraña y arrogante.

Cynthia suponía que él le había despertado su instinto maternal.

Me sentía muy protectora con él, y siempre me estaba diciendo que la gente simplemente no lo entendía —me contaba—. Muchas veces me sentía como si fuera su madre, en más de un aspecto. Yo era independiente y bastante resuelta. Trabajaba, estudiaba, cumplía las fechas de entrega. Me gustaba mantenerme ocupada y disfrutaba teniendo un objetivo por el que trabajar. John parecía que no tenía ninguna motivación, más allá de la música. Era como si la muerte de su madre le hubiese hecho poner su vida en espera. Yo solía pensar para mis adentros que a él realmente no le importaba vivir o morir.

¿Quería Cynthia cambiar a John?

Sí, por supuesto. Y a la vez no. En secreto, yo adoraba cómo era él. Todo aquello en lo que se salía con la suya. Yo no era lo suficientemente valiente para dejar de lado la prudencia y comportarme como lo hacía John, aunque, definitivamente, hubo momentos en que me hubiese gustado hacerlo. Así que la conducta de John era una emoción indirecta para mí. Era peligroso. Atraía la atención de formas que yo nunca me hubiese atrevido a poner en práctica. Tenía algo. Era irresistible. Era un rebelde. Podía tener la atención de toda la gente que había a su alrededor sin necesidad de hacer nada.

¿Así que el chico más malo de la universidad consiguió a la chica más mosquita muerta? ¿Solo para comprobar si podía tenerla?

No creo que fuese algo tan calculado —argumentaba Cynthia—. También estaba la cosa de ser «su chica», porque era lo último que cualquier persona esperaría de él. Confieso que disfrutaba siendo su centro de atención. Realmente no puedo explicarlo; simplemente era así. Yo era tímida y discreta, y mi relación con él desconcertaba a la gente. Estar cerca de John, formar parte de su círculo más íntimo, te hacía más interesante. También estaba el hecho de que mi madre no lo soportaba, y dejó muy claro lo que pensaba. Me advirtió de que John era una muy mala influencia y que no podría salir nada bueno de nuestra relación. Evidentemente, esto solo hizo que quisiera estar con él aún con más fuerza. Advertir a tu hija de que se aleje de algún indeseable del que se está enamorando es echar más leña al fuego, eso lo tenemos claro, ¿no? A Mimi le sucedía exactamente lo mismo. No quería ver al verdadero John. Simplemente, no veía lo que todo el mundo veía. Él era la luz de sus ojos, y ninguna chica iba a ser nunca lo suficientemente buena para su John. Ni siquiera una chica bien educada como yo, aunque esté mal que lo diga yo misma. Mimi no podía aceptar ni aprobar a nadie que estuviese más cerca de John de lo que *ella* estaba.

¿Supo Cynthia desde el primer momento que John era su alma gemela?

¿Qué sabemos a los dieciocho? —decía Cynthia con una sonrisa de arrepentimiento—. Y no olvides que él era más joven que yo, y las chicas tienden a ser mucho más maduras que los chicos a esa edad. Pero de los dos, él era el «viejo» cansado, y yo la chica tímida, inocente y romántica. En todo el tiempo que estuvimos juntos no hubo ni un solo momento en que el mero hecho de pensar en él no me produjese mariposas en el estómago, cuando no me sentía sin aliento y con las mejillas ardientes. John, literalmente, me dejaba sin aire. Era como si no tuviera elección: *tenía* que estar con él, no había nada más. Hay algo increíblemente sexy en el poder que una persona puede ejercer sobre otra, ¿no crees? Es esa descarga de adrenalina cuando la ves, o incluso al pensar en ella, supongo. Esa mezcla desconcertante de confianza y vulnerabilidad en una persona es una cosa verdaderamente excitante. No era tanto que él creyese que era mejor que los demás, sino que realmente no le importaba en absoluto serlo o no.

John podía haber tenido a cualquier chica que quisiera. Podía habernos tenido a cualquiera de nosotras, pero me quiso a *mí*. La verdad es que no había nada que no hubiese hecho por él. Seguía sintiendo lo mismo mucho después de nuestro divorcio. A pesar de toda la sangre que se había derramado. John era complicado, y estaba mucho más jodido que la mayoría de las personas que he conocido. Yo quería más que nada en este mundo que él fuera feliz. No creo que lo fuese nunca, y eso me mata.

John pudo tener «a cualquier chica que quisiera». La chica que había deseado durante tanto tiempo se convirtió en una mujer seductora que engatusaba a los hombres y que era más rubia, carnal y voluptuosa de lo que la mayoría de los jóvenes fogosos podían soñar. En un movimiento que se adelantó al de Olivia Newton-John en la nostálgica película de instituto *Grease*, cuando el personaje de Sandy cambia su intachable imagen de Sandra Dee para vestirse de cuero, de forma más obscena, y unirse a las bailarinas, Cyn recurrió al modelo de rubia de bote, barra de labios y descaro de Brigitte Bardot. Los ojos de Mimi casi se le salían de las cuencas. Su flagrante disconformidad con miss Hoylake convertida en ramera se hizo oír en voz alta y clara. Cyn la ignoró. Si su imagen de profesora de escuela dominical no había sido suficiente para ganarse a la tía de John, no tenía nada que perder por convertirse en una fulana. Cyn estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para aferrarse a su John.

*

Las hermanas son algo único. Ya sean hermanastras, medias hermanas, a tiempo completo o parcial, tienden a ser ignoradas por los hermanos en el peor de los casos, y toleradas en el mejor de los escenarios. Pueden tomarse o dejarse. Pero un chico necesita

hermanos. El que no los tiene buscará sustitutos, como hizo John. Tenía primos varones, pero su interacción con ellos era ocasional, dada la distancia, y fue disminuyendo conforme fue madurando. Su pandilla del barrio se había reducido a una banda que, por un breve periodo de tiempo, adquirió el nombre de Johnny and the Moondogs. Pete Shotton había estado a su lado durante toda la época del instituto, había participado de forma poco entusiasta en el grupo y estaba destinado a seguir siendo el fiel amigo de John para siempre. Pero ahora que Pete había jurado lealtad a los de azul, John tenía que encontrar a otra persona que estuviese en su misma onda. Alguien que no solo apostara por él —algo que debía de saber, inconscientemente, que necesitaba—, sino también alguien a quien pudiera dominar.

Pudo parecer extraño al principio que escogiese a Stuart Sutcliffe; quizá, de manera más significativa, sucedió que Stu cedió ante John. Ninguno era el tipo del otro. Por una parte, estaba Lennon, grande, de aspecto fiero, un poco matón, muy *Teddy boy*, con poca paciencia, con el ceño fruncido, sin respeto por la autoridad y que siempre se salía con la suya. Y luego estaba Stu: un escocés pequeño, melancólico, con gafas, de aspecto liviano y dedos delicados; el basurero menos imaginable (trabajó con los camiones de basura a tiempo parcial para pagarse el primer año de universidad); un artista dedicado y con talento que impresionó muchísimo a John y que, generalmente, no mediaba palabra. Físicamente, parecía más joven pero se mostraba como el mayor. En algún momento cultivó una modesta barba al estilo Van Gogh, presumiblemente para parecer más maduro. Sufría por su arte y poseía un verdadero talento. Vivía sombríamente en una buhardilla fría y desangelada; una especie de choza de una sola habitación con colchones en el suelo, un viejo ataúd y una baliza Belisha como muebles. Cuando John se mudó allí a principios de 1960 y compartió el espacio con Stu durante un tiempo, Mimi estaba fuera de sí. Suplicó a Cyn que lo convenciera para que no se marchase de casa. Cuando Cyn le explicó que no podía obligar a John a hacer algo que no quería hacer, Mimi insistió en que, al menos, se le permitiera continuar lavándole la ropa, de modo que iría allí una o dos veces por semana y le llevaría comida caliente.

Aunque John se jactaba de ser artista, sus esfuerzos se reflejaban en poco más que bocetos y caricaturas. Le gustaba decir que el arte era su «primer amor», pero su producción nunca podría estar a la

altura de su afectación. Eso sí, no es ninguna sorpresa que sus litografías y sus grabados de edición limitada hoy en día cambian de dueño por sumas considerables de dinero. Sus extravagantes dibujos, sus retratos íntimos y las caricaturas que exploraban los conceptos de *paz, amor* y *verdad* (muchos de los cuales fueron coloreados a mano por Yoko) son enormemente populares en la actualidad, y en los últimos años su valor se ha disparado. Siempre pasa lo mismo cuando un artista famoso ya no está entre nosotros para producir más obras. En 2014, la sede de Sotheby's en Nueva York obtuvo un récord de subasta por un dibujo de Lennon titulado *Untitled Illustration of a Four-Eyed Guitar Player (Ilustración sin título de un guitarrista de cuatro ojos*), que se vendió por 109.375 dólares. El bosquejo con tinta y garabatos, que cuadriplicó su generosa tasación, formaba parte de la colección más extensa de material gráfico y textos de John que se había subastado hasta entonces. Promocionada como *You Might Well Arsk*: *Original Drawings and Manuscripts 1964-1964*, se vendió la totalidad de la muestra y se obtuvieron casi tres millones de dólares. El Lennon artista tiene un seguimiento, sin duda, muy importante, pero ¿cuánto de este se debe al hecho de que se están haciendo ofertas por la mayor estrella del rock del mundo?

Todos conocemos el concepto del «músico como artista visual». Las pinturas y retratos al pastel al estilo Picasso de Bob Dylan; los enormes óleos y las instalaciones de John Mellencamp; las cautivadoras portadas de álbumes de Cat Stevens; el expresionismo abstracto de Jim Morrison; los cuadros al estilo grafiti de Dee Dee Ramone; los estudios de los Stones (y otros artistas) de Ronnie Wood que parecen tallados; los dibujos y las fotografías de Patti Smith y las obras de arte de Brian Eno, Joni Mitchell, Grace Slick y David Bowie, que dibujó y pintó «el sonido de la música», son solo algunos ejemplos. John no fue el único Beatle que se manchó las manos. McCartney empezó a pintar en la década de 1980. Ringo experimenta con el arte pop. George Harrison colaboró con el músico Keith West en 1986 para producir obras basadas en sus canciones más conocidas. Ha habido exposiciones que muestran el arte colectivo de los cuatro Beatles.

¿Era John un músico que hacía arte, o un artista que hacía música? ¿No es mejor resistir el impulso de encasillarlo y reconocerlo como una persona creativa capaz de expresarse en más de un medio?

La misma imaginación, el corazón y la visión que concibieron y crearon música sublime simplemente se canalizaban también por otros medios. No es algo inusual. Picasso escribió poesía y obras de teatro surrealistas. Salvador Dalí creó guiones junto a Luis Buñuel y escribió una novela, *Rostros ocultos*. El neoexpresionista Julian Schnabel también hizo películas de ficción, entre ellas la celebrada *Basquiat*, sobre el artista Jean-Michel Basquiat, con una estupenda banda sonora y la participación de David Bowie como Andy Warhol. El mismo rey del *pop art* creó centenares de películas y escribió una única novela, *A Novel*. Tampoco debemos pasar por alto a la artista conceptual Yoko Ono, que escribió su cuento de hadas *Invisible Flower* cuando tenía solo diecinueve años (no se publicó hasta 2012, por insistencia de su hijo Sean). Yoko también publicó en 1964 el curioso libro de poemas didácticos llamado *Grapefruit (Pomelo*), y creó música con su marido y también por separado. Tampoco debemos ignorar el hecho de que algunos pintores que también son estrellas de rock producen obras que eclipsan lo mejor de su música. A John, el presunto movimiento artístico de los famosos de hoy en día podría parecerle bastante arrogante, un poco como el traje nuevo del emperador. El hecho de que las galerías se desvivan por exponer obras de artistas ya famosos por su trabajo no visual, mientras que ignoran a buenos artistas desconocidos de capacidades similares, no ayuda a mantener la pureza del «arte por el arte».

*

Stuart Sutcliffe no solo ayudaba a John con sus deberes. También abrió los ojos de su amigo a los impresionistas franceses. Pierre Auguste Renoir, Claude Monet, Edouard Manet y Henri de Toulouse-Lautrec eran algunos de los pintores que adoraba y que lo inspiraban. El movimiento de pinceladas mínimas y delicadas que hacen parpadear las ideas de luz, tiempo y sustancia fue perfeccionado por artistas parisinos que se hicieron notorios a finales de 1800, con un estilo que irritaba a las convenciones artísticas de la época. Este abordaje artístico más abstracto y menos definido, en el que se expresaban emociones y se evocaban atmósferas, penetró en la música y en la literatura. También inspiró a Vincent Van Gogh, que se mudó a París desde Holanda para aprender de Gauguin, Pissarro y Monet, y

experimentó con el color para expresar emociones. Descubrió cómo trabajar el dolor, la depresión y la angustia con su arte. A cortarse las venas, en sentido figurado, encima de sus cuadros. Que un artista expusiera su alma y sus sentimientos por medio de la pintura era algo revolucionario. Van Gogh inventó un nuevo estilo que terminaría siendo conocido como expresionismo. Probablemente, le costó la salud mental: se pegó un tiro a los treinta y siete años.

Puede que sepamos demasiado. El aspecto más atractivo de cualquier forma de arte es su misterio. Los espacios vacíos entre las pinceladas, las notas silenciosas que no se tocan. Un artista de cualquier disciplina no se esfuerza tanto por mostrarnos algo de sí mismo como lucha por dar sentido a su existencia. Es un punto de vista con el que John se identificaba.

> Si tuviese la capacidad de ser cualquier cosa menos lo que soy, lo sería —comentó en 1971—. Ser artista no es divertido. Ya sabes cómo es, componer es una tortura. Leí sobre Van Gogh, Beethoven, cualquiera de esos cabrones. Si hubiesen ido al psiquiatra no tendríamos los geniales cuadros de Gauguin. Pero nos están matando a palos y lo único que podemos hacer es comportarnos como animales de circo.
>
> Me molesta ser artista, en este sentido, me molesta actuar para malditos idiotas que no saben nada. No pueden sentir. Soy yo quien siente, porque soy yo quien está expresando algo. Viven indirectamente a través de mí y de otros artistas.[4]

*

Aunque él, igual que John, estaba loco por el *rock'n'roll*, y a pesar de haber puesto de moda un estilo de roquero fresco, Stu no tenía nada de estrella del rock en ciernes. El alcance de su habilidad vocal se había agotado durante un breve periodo de tiempo como chico de coro. Aunque había sobrellevado las lecciones de piano, tocado la trompeta en el Air Training Corps, y su padre le había enseñado unos cuantos acordes de guitarra, no era un instrumentista demasiado impresionante. Su familiaridad con Paul McCartney y George Harrison se había dado simplemente por cercanía geográfica. Cuando aún eran estudiantes del Liverpool Institute, justo al lado de la escuela de arte, solían pasarse a ensayar con John en clases vacías de la universidad. Stu estaba impresionado con los chicos, le atraía la banda y se aficionó a aparecer por las fiestas para verlos tocar.

Un momento crucial llegó cuando un cuadro de Stu, *The Summer*

Painting, fue escogido para la exposición del premio de pintura John Moores en la Walker Art Gallery de Liverpool. Se exhibiría allí desde noviembre de 1959 hasta el día de Año Nuevo de 1960.[5]El mismo Moores compró el cuadro por 65 libras, lo que seguramente se consideró un punto de inflexión fundamental para este joven artista, aún sin cualificación (sin olvidar que fue un dinero caído del cielo muy importante). John, Paul y George no perdieron el tiempo en ayudar a Stu a gastarlo. Necesitados en aquel momento de un batería y una batería, un bajista y un bajo, se decidió que Stu podía ingresar en la formación como uno más, dado que estaba preparado para invertir en su propio instrumento. Incapaz de verse como un batería creíble, lo convencieron para que le diese una oportunidad al bajo. Un bajo modelo Höfner President 500/5 fue debidamente adquirido en la tienda de música de Frank Hessey.

«El problema era —comentó Paul McCartney— que no sabía tocar muy bien. Eso era un inconveniente, pero era guapo, así que no fue un gran problema.»

Paul confesó que, cuando Stuart se unió al grupo en evolución constante en la Navidad de 1959, él y George estaban fuera de sí por los celos.

«Es algo con lo que no supe lidiar —dijo Paul—. Siempre estábamos un poco celosos de las otras amistades de John. Él era el mayor; era así. Cuando Stuart entró en la banda fue como si nos quitase el lugar a George y a mí. Tuvimos que cederle un poco el sitio. Stuart tenía la misma edad que John, había asistido a la escuela de arte, era un pintor muy bueno y tenía toda la credibilidad que nosotros no teníamos.»[6]

El grupo había adoptado en ese momento el nombre The Silver Beetles [Los Escarabajos de Plata], sin duda, inspirado por la gran cantidad de grupos de rhythm and blues y *doo-wop* que dominaban una variedad de listas estadounidenses durante las décadas de 1940 y 1950, muchos de los cuales eran grupos con nombres de pájaros: The Crows, The Flamingos, The Orioles, The Robins, The Ravens, The Larks, The Penguins, The Swallows, The Wrens. Luego estaban las bandas con nombres de animales en general, como The Spaniels, The Rattlesnakes (el conjunto de *skiffle* y *rock'n'roll* de Barry Gibb que se convertiría en los Bee Gees en 1958), The Impalas, The Teddy Bears y, de forma destacada, The Spiders. De modo más significativo llegó The

Crickets, la banda de Buddy Holly, que emulaba a grupos con nombres de pájaros. Como precedente al tema de los nombres de bandas inspirados en insectos, Buddy y los chicos ignoraron la existencia de un grupo vocal de rhythm and blues del Bronx llamado The Crickets; iban a llamarse The Beetles, pero cambiaron de opinión. Un poco más adelante, los Beatles reales acuñaron su nombre, en parte, en honor a The Crickets. ¡Qué cosas!

CAPÍTULO 5

Gioconda

¿Hasta qué punto la coacción de John a Stuart Sutcliffe para que ingresara en una banda en la que apenas estaba capacitado para tocar tiene que ver con la propia inseguridad de John? Acostumbrado como estaba en aquella época a conseguir que prácticamente todo el mundo, excepto Mimi, hiciese lo que él quería haciendo alarde de un optimismo endulzado con su encanto, no siempre ha sido obvio para los que estaban a su alrededor que aquello fue un truco. El reticente Stu no era más músico que Pete Shotton, quien, aceptando sus limitaciones, abandonó la tabla de lavar prácticamente en el mismo momento en que lo convencieron para que la rascase. Pero Stu tenía talento artístico. Tenía futuro. Parecía estar a la altura y atraía a las chicas. La música salía de John con tanta facilidad que, probablemente, daba por sentado que cualquiera podía entenderla, especialmente alguien con tendencias creativas; que solo hacía falta determinación, dedicación y unas cuantas sesiones básicas de práctica. Stu iba a estar en su grupo y no había discusión.

El aspecto más subliminal —quizá incluso siniestro— de aquello era que John lo necesitaba allí. Amenazado desde el principio por el precoz virtuosismo de Paul, John corría el peligro de ser eclipsado en su propia banda por el miembro más joven, más angelical, más atractivo en su apariencia y más musical. Ya había un aire tóxico en la formación, que los demás seguro que también habían notado. El rol principal de Stu era dejar bien a John.

Aunque él se habría burlado de esta idea, y en el caso de que este tipo de diagnósticos hubiesen existido en la época, John mostraba ya entonces señales de lo que ahora conocemos como un trastorno de la personalidad narcisista. Era crítico y sentencioso con los demás, a veces hasta la brutalidad, como si el único sentido de la existencia del

resto fuese realzar su propio prestigio y relevancia. Solía atacar verbalmente y menospreciar a los demás de una forma que podría atribuirse a un delirio de superioridad. En ese momento, y a una edad tan temprana, no hubiese entendido que era su propia carencia extrema de autoestima la que lo estaba llevando a buscar el control y a despreciar a los otros. Su relación con Stu era un excelente ejemplo. Lo quería en su banda, pero lo ridiculizaba por su poca habilidad para la música y por no llegar a los estándares que esperaba de él. En lugar de intentar ayudarlo a mejorar sus «malos» hábitos o trabajar con él constructivamente su forma de tocar el bajo, John se esforzaba por reprenderlo, herirlo y mermar su confianza. John podía ser terriblemente pasivo-agresivo, e incluso abiertamente agresivo, provocando que quienes formaban parte de su círculo se metiesen sigilosamente en su cascarón cuando estaban cerca de él, con miedo a lo que les diría o les haría a continuación. Propenso al sarcasmo y a los comentarios maliciosos, John hablaba sin pensar y mantenía a los demás en alerta mientras seguía negando sus propios sentimientos y defectos. También tenía tendencia a marcharse enfurruñado, dejando a sus secuaces devanándose los sesos, pensando en qué habrían dicho o hecho para molestarlo.

Todos hemos conocido a narcisistas. Sabemos por experiencia lo dañinas que pueden ser las relaciones con este tipo de personas. Se presentan como un regalo de Dios, te miran por encima del hombro desde su pedestal, rechazan el compromiso, necesitan ser siempre el centro de atención, y pueden ser afectuosos y al momento siguiente volverse ácidos y crueles. Tienden a bañar de negatividad a todo aquel con quien tienen relación, muchas veces de forma subliminal. Los biógrafos y los psicólogos han tenido todo un campo de oportunidades con John a este nivel. Aunque es imposible incluso para quienes tienen las cualificaciones profesionales necesarias diagnosticar a una persona que nunca han conocido, y que en cualquier caso ha fallecido, somos libres de reflexionar sobre las experiencias que lo moldearon. Podemos suponer de manera razonable que su infancia profundamente compleja y disfuncional fue la raíz de todos sus problemas. Era toda una maraña de contradicciones, un conjunto de «tíos buenos» y «tíos malos». Hoy se sabe mucho más sobre el desarrollo cerebral durante los primeros y cruciales años de vida y sobre la formación del yo adulto de lo que se imaginaba durante las décadas de 1950 y 1960.

Podemos concluir, desde un punto de vista distante, imparcial, pero informado, que John, el niño abandonado y necesitado, tenía un complejo de Peter Pan.[1]Nunca había crecido. Se odiaba a sí mismo. El peso de la chaqueta de cuero que adoptó como «su estilo» más o menos en aquella época era simbólico. Ocultaba y protegía una piel fina. Cualquiera que osase rascarla o traspasarla se convertiría en el objetivo de su ira y de su brutalidad. Se sentía forzado a actuar de este modo por su baja autoestima. No podía evitarlo. Para él estaba bien lastimar y rechazar a los demás, pero pobre del que le hiciera lo mismo. Aunque era capaz de mantener relaciones personales cercanas, siempre se ponía por delante en ellas. Más pronto que tarde saboteaba la unión de alguna manera, en flagrantes actos de autoagresión. Un poco más adelante, añade la fama y la fortuna a una escala enorme y apenas asimilable, mézclala con el abuso de sustancias, espolvoréala con infidelidad y violencia doméstica, prende el fuego y apártate bien lejos. Tal vez John nunca tuvo la posibilidad de vivir una vida «normal». Si es que existe tal cosa.

«Como todos los grandes artistas, era un producto dañado», reflexiona Simon Napier-Bell, el famoso mánager de rock, compositor, director de cine y autor, responsable de las carreras ascendentes de Marc Bolan, Eric Clapton, Jeff Beck y George Michael, que conoció a John a principios de los sesenta.

> Era extremadamente agresivo, y estaba enfadado y molesto la mayor parte del tiempo —dice Simon—. No obstante, a veces se le daba muy bien disimularlo. Nunca vi así a Paul; él se sobrepuso a las circunstancias de una forma distinta. Siempre fue el Beatle más educado. John siempre tenía que hacer un comentario sarcástico; siempre tenía que decir algo que lo dejara bien a él y que te rebajara a ti. O te ignoraba. Se odiaba y tenía impulsos suicidas. Pero estamos hablando de *artistas*. No son personas normales. Tengo una debilidad personal por la gente difícil e inteligente, de modo que nunca me sentí intimidado por él. Teníamos la misma edad. Yo lo veía de una forma en la que tal vez otros no podían verlo. A mí me parecía bien su forma de ser.

El hecho de que estuviese decidido, desde el final de su adolescencia, a destruir prácticamente todo lo que era bueno para él, desde las relaciones románticas hasta el éxito profesional, es la clave de sus vidas, sus amores y sus muertes. ¿Quién mató a John Lennon? Fue *él mismo*.

*

Nadie se sorprende en la actualidad ante la idea de una mujer mánager de rock, promotora de un club o gurú del entretenimiento. Estamos más que acostumbrados al efecto Sharon Osbourne, a Apollonia Kotero y Tina Davis, a Janet Billig Rich y Dianna Hart.[2]Pero entonces las mujeres así causaban un furor único. En un momento posterior y en circunstancias distintas, la historia personal de Mona Best y su rol principal en la trayectoria de la banda como «madre de los Beatles» podría haberlos conducido por un camino alternativo. Incluso podría haber dado forma a un grupo más capacitado para lidiar con los caprichos y la locura de la fama, que no se habría separado en la cima de su popularidad mundial, que podría haber seguido actuando y grabando discos hasta el siglo XXI, a pesar de la muerte de John en diciembre de 1980 y la de George en noviembre de 2001.

La voluptuosa Mona, de pelo negro, era la propietaria del Casbah Coffee Club, que inauguró en el sótano de su enorme casa de Liverpool, llena de rincones y recovecos, en agosto de 1959. Se inspiró en una noticia que había visto en la televisión sobre el café 2i's en Old Compton Street, en el Soho londinense, inaugurado tres años antes por los hermanos Irani (de ahí su nombre). Era un garito para *beatniks*, una ramificación de la generación *beat* americana popularizada por los escritores Jack Kerouac, Allen Ginsberg y su séquito. La juventud descontenta y los hípsteres oprimidos de Nueva York se habían hecho seguidores de lo que después se expandiría para convertirse en el movimiento *hippy* global. Los *beatniks* de Londres acudieron en manada a los nuevos cafés a recitar poesía, debatir sobre música y películas de arte y ensayo, rastrear revistas italianas en busca de consejos de estilo, intercambiar discos y bailar con los que sonaban en las gramolas. Estos antros atraían al principio a hordas de jóvenes por la más sencilla de las razones: abrían hasta más tarde que los pubs. El 2i's, que a pesar de su apóstrofe errónea adquiriría posteriormente el legendario estatus de «primer club de rock de Europa», era una especie de crisol. Fue allí donde Ian *Sammy* Samwell conoció a Harry Webb, que se cambió el nombre por el de Cliff Richard, para quien Samwell escribió «Move It», el primer éxito de Cliff en agosto de 1958. Cuatro meses antes había abierto el Marquee Club en el número 165 de Oxford Street. Cuatro años más tarde, los Rolling Stones darían su

primer concierto allí. El Marquee se trasladó al número 90 de Wardour Street en 1964. Stock Records, en South Molton Street, fue un elemento fundamental en la escena, porque importaba álbumes de rhythm and blues, blues y *rock'n'roll* que no estaban disponibles en ningún otro sitio. Brian Jones, Eric Clapton y muchas otras estrellas del rock jóvenes y novatas se fueron a vivir al Soho. Los peniques de Mona tintineaban.

Su Casbah Club sería un local exclusivo para socios, para prevenir que acudiera en masa gente de baja calaña. Dos chelines y seis peniques (media corona) al año garantizaron la entrada a unos trescientos miembros aquella primera temporada. Instaló una máquina de café expreso (tan escasas como las gallinas con dientes), tenía *snacks* y bebidas sin alcohol y ponía discos para sus entusiastas clientes en un diminuto tocadiscos Dansette.

Los Quarry Men de John consiguieron el concierto de la noche de apertura por defecto, después de que otro grupo, Les Stewart Quartet, se retirase. No fue solo porque George Harrison ya hubiese dejado de tocar la guitarra con Les Stewart Quartet en el momento de la inauguración, sino porque uno de los miembros de ese grupo tuvo que ayudar a la propietaria a arreglar el local. Se necesitaba una banda sustituta, pero también manos para pintar el lugar. John, Paul, George y Stuart Sutcliffe la ayudaron. Un grupo de artistas no iba a dejar nunca una pared en blanco. Se encargaron de embellecer el espacio con estrellas, arcoíris, dragones, arañas e incluso un escarabajo. Esas imágenes en la pared de la cueva, junto a una silueta de John añadida por su novia Cyn, se conservaron para la posteridad, por supuesto. Igual que las historias. Según la familia de Mona, cuando descubrió que John, de diecinueve años, había tallado su nombre en la pared del sótano, lo agredió dejándole «una grieta en la parte posterior de la cabeza».

«Sus gafas salieron volando hasta el suelo y luego él las pisó», dijo su hijo Roag.

Esto dejó al miope John intentando desesperadamente dilucidar cómo volvería a casa. Mona salvó el día.

«Así es como John Lennon terminó llevando las gafas de mi abuela durante todo el mes siguiente», explicó Roag, y sugirió que las «gafas de la abuela», una reliquia de su propia familia, influirían en la imagen de John en los años venideros.[3]

En 2006 se confirió el estatus de grado 2 en la lista de edificios protegidos al viejo tugurio del número 8 de Hayman's Green. Posteriormente, se relanzó como destino turístico, y se ha establecido como una parada imprescindible en el *tour* de los Beatles de Liverpool.

El grupo de John, que en aquel momento había pasado por varios cambios de nombre —Johnny and the Moondogs, Japage 3 y Los Paranoias, antes de volver a The Quarry Men— dio siete conciertos los sábados por la noche desde el 29 de agosto hasta octubre de 1959, con Ken Brown de Les Stewart Quartet junto con John, Paul y George, por quince chelines por cabeza. Lo hicieron sin batería y sin un sistema de refuerzo de sonido siquiera. A pesar de todo, unos trescientos adolescentes de la ciudad se amontonaron en el local para su debut, y bailaron y sudaron toda la noche en el sofocante sótano. Fue John quien convenció a Mona para que pidiese a un guitarrista aficionado llamado Harry que abriera para ellos, solo para que pudiesen utilizar su pequeño amplificador. Animada por el éxito de su primera noche, Mona les propuso que fuesen la banda residente del club y negoció con ellos una tarifa de grupo ligeramente más atractiva. Se recostaba, contaba los chelines que cobraba por la entrada y observaba cómo las colas daban la vuelta a la esquina de la calle. Después del concierto de cada sábado por la noche, Mo abría sus cuartos privados a sus jóvenes músicos. Su seductora conversación sobre filosofía oriental y tradiciones hindús impresionó especialmente a George Harrison.

El colofón es exquisito. Paul y George tenían amistad en el Liverpool Institute con Neil Aspinall, que se convertiría en su primer encargado del equipo. Transportaba el equipo de la banda hasta el local donde iba a tener lugar el concierto y luego de vuelta por todo Liverpool en una furgoneta Commer de segunda mano que había comprado Mona. En marzo de 1960, Stu y John habían rebautizado al grupo como The Beatles, aunque muchas veces se anunciaban como «The Silver Beetles» en los clubes donde costaba entender el nombre «raro». Neil y el hijo de Mona, Pete, se hicieron tan amigos que en 1961 Aspinall alquiló una habitación en la residencia Best. Con unos veinte años y vulnerable como era, terminó liado con Mona, que tenía unos diecisiete años más que él. Mona se quedó embarazada. A pesar de su espectacular éxito —había conseguido que el club alcanzase más de mil miembros—, cerró su tremendamente exitoso Casbah para siempre con una actuación final de los Beatles en junio de 1962, justo

antes del nacimiento de su tercer hijo. Vincent *Roag* Best llegó en julio de 1962. Aspinall continuó trabajando para los Beatles, y permanecería en plantilla el resto de su vida. Cuando el exingeniero telefónico y encargado del equipo de The Cavern Club a tiempo parcial Mal Evans empezó a cargar con el material de la banda, Neil subió de categoría para convertirse en asistente personal. Mona y Neil se separaron en 1968. Neil ascendió a director ejecutivo de Apple Corps. Murió de cáncer de pulmón en 2008, a los sesenta y siete años, con Paul McCartney en la cabecera de su cama.

Pete, el hijo de Mona, que acababa de terminar la secundaria, también se había labrado un camino como músico. Poco después de que ella le comprase su primera batería lanzó su primera banda, The Black Jacks. Después de una disputa por los honorarios, John y The Quarry Men se fueron. Los Black Jacks de Pete los sustituyeron como banda residente del Casbah. Al ser el único local de la ciudad que daba una oportunidad a los nuevos grupos en aquel momento, siempre había mucho interés y competencia.

La mayor parte de las bandas emergentes de Merseyside tocaron allí en algún momento, entre ellas Gerry and the Pacemakers y The Searchers. The Quarry Men volvieron pronto y actuaron allí de vez en cuando. Fue en el sótano de Mona donde John y Paul convencieron a Stu para que se comprara un bajo y se uniera a la banda. También en aquel sótano, el hijo de Mona, Pete, se incorporó a la formación de los Beatles como batería. Poco después de que su hermanastro Roag naciera, los Beatles echaron a Pete. Pero primero tenemos que visitar Hamburgo.

Cuando su hijo se convirtió en Beatle, Mona asumió la responsabilidad de su carrera y se convirtió, a efectos prácticos, en la primera mánager de la banda. Presionó al propietario de The Cavern Club, Ray McFall, para conseguirles una residencia allí a la hora de la comida. McFall estaba entregado al jazz en aquella época, pero finalmente ajustó su postura cuando el rock empezó a entrar en acción. Mona podría haber seguido siendo la mánager de los Beatles si no hubiese aparecido Brian Epstein, gerente de una tienda de discos, listo y equipado, como un experto emprendedor. Mona, probablemente, se sintió intimidada por él. Le cedió el control. Pero incluso después de que contratasen a Epstein conservó el interés por ellos. Les había abierto su casa, los había alimentado, les había metido

dinero en los bolsillos e ideas en la cabeza, y, posteriormente, aseguró que había puesto más interés en ellos que sus propios padres. Se convirtió en una molestia tan grande para Epstein que terminó refiriéndose a ella como «esa mujer».

Peter, Paul y George fueron deportados desde Hamburgo en noviembre de 1960. Fue Mona quien los tranquilizó y consiguió que les devolviesen su equipo, toda una hazaña en aquellos días de comunicaciones limitadas y barreras lingüísticas. Fue ella quien persiguió a Granada Television al año siguiente para intentar asegurarles un hueco en el popular programa *People and Places* del productor Johnnie Hamp. En 1967, cuando los Beatles estaban preparando el material gráfico para la portada del álbum *Sgt. Pepper*, John pidió a Mona descaradamente si podía prestarle las condecoraciones militares de su padre, que le habían sido otorgadas en la India, para una sesión de fotos. Aún dolida por la forma en que echaron a Pete del grupo, Mona aceptó de todas formas. Siempre estuvo claro que los Beatles la respetaban enormemente. A su manera torpe y tímida, siempre estuvieron eternamente agradecidos por lo que había hecho por ellos. Incluso después de alcanzar la fama, los chicos mantuvieron el contacto y le mandaban regalos cuando estaban de gira. ¿Le pasó factura su implicación con la banda más importante de la historia? Dicho de otra forma, nunca volvió a abrir otro club; nunca intentó representar a otra banda; nunca se metió en ningún otro negocio, más allá de dar la bienvenida en su sagrado hogar a un puñado de huéspedes que pagaban por ello. El hecho de que nunca se moviese de aquella enorme casa en Hayman's Green hace pensar en un fuerte apego emocional con el lugar que representaba su papel en la extraordinaria historia de la banda. Un infarto se la llevó ocho años después de la muerte de John, el día en que él hubiese cumplido cuarenta y ocho años. Tenía sesenta y cuatro años.

CAPÍTULO 6

Infierno

Fue el excantante convertido en propietario del café club de *striptease/* club nocturno Jacaranda (también conocido como «el Jac») y representante de artistas Allan Williams, un hombrecillo galés chillón, quien consiguió que los Beatles tocaran en Hamburgo. Los ahora infames clubes Indra y Kaiserkeller siguen en pie en Grosse Freiheit, en Sankt Pauli, una zona desprestigiada a la sombra de la majestuosa iglesia católica de St. Joseph. El propietario de ambos locales era Bruno Koschmider, un emprendedor alemán deseoso de traer grupos británicos. Kosch también era el dueño de Bambi Filmkunsttheater, conocido como Bambi Kino, un pequeño cine en la calle Paul-Roosen, muy cerca de Grosse Freiheit.

Ni el Soho londinense ni el De Wallen de Ámsterdam (también conocido como Barrio Rojo) podían rivalizar con el Barrio Rojo de Reeperbahn en Hamburgo, que en los sesenta se conocía como Seamen Central.

Su proximidad a los amplios muelles de la ciudad y su concentración de burdeles, clubes de *striptease* y locales nocturnos infestados de prostitutas, proxenetas, travestis, mafiosos y traficantes de droga garantizaba todas las noches una afluencia de gente en busca de cerveza, bandas, chicas y peleas, probablemente, en este orden. Si hoy te acercas hasta allí, se te perdonará si confundes el enclave iluminado con luces de neón con una especie de antiDisneylandia para parejas recién casadas. Sus calles ahora están llenas de mujeres con ligueros y tutús, velos y zapatos sexys; con hombres solteros pálidos tambaleándose por las calles adoquinadas desde los espectáculos de sexo en directo para mear y vomitar. No tiene nada de atractivo. Sin embargo, conserva una cierta magia. Todos estos años se ha escrito sobre Hamburgo con una reverencia que roza la devoción religiosa,

debido al lugar esencial que ocupa en la historia de los Beatles.

Fue aquí donde se lanzaron a la piscina para cumplir con el más exigente de los aprendizajes, dando, según se dice, más conciertos que en cualquier otro lugar del mundo en el transcurso de toda su carrera. Aunque las estimaciones varían, y el total compite con el número de actuaciones que se calcula que hicieron en The Cavern, el consenso dice que fueron doscientos ochenta. Sea como sea, fueron muchos conciertos —el número real importa poco, es suficiente saber que fueron muchos—, que los hicieron mejorar, reforzaron su directo, hicieron bailar a la multitud con sus interpretaciones extendidas de temas de Little Richard, Elvis Presley, Carl Perkins, Fats Domino y muchos otros, y que les valieron sus «diez mil horas».[1]También fue aquí donde los chicos conocieron a Ringo Starr, lo que anunció el final de las labores de Paul a la batería a tiempo parcial. También fue aquí donde los Beatles ampliaron su repertorio y llevaron a cabo su primera grabación comercial como banda de acompañamiento en la canción «My Bonnie» de Tony Sheridan, lo cual atrajo la atención de Brian Epstein, propietario de una tienda de discos de Liverpool, que terminó ofreciéndoles sus servicios como mánager. Aquí conocieron a los amigos modernos que inspiraron un corte de pelo colectivo, andrógino y largo hasta el cuello que les valdría el apodo de *moptops* («pelo mocho»). Fue aquí, en esta alcantarilla fétida y abandonada, donde John dio rienda suelta a su vena misántropa, convirtiéndose rápidamente en un vándalo amenazador, arrogante y despectivo. Maltrataba e insultaba al público marchando a paso de ganso sobre el escenario, saludando con un «¡*Heil* Hitler!» o lanzando gritos de «¡nazis!», «¡maníacos!», «¡retrasados!» o «¡cabezas cuadradas!». Sostenía un peine negro de bolsillo en el labio superior a modo de bigote hitleriano, y se partía de risa imitando a discapacitados. Kosch ha pasado a la historia por decir a los Beatles que debían *«machschau!»* («dar espectáculo»). John, que estaba en su salsa, le tomó la palabra y la llevó tan lejos como para iniciar peleas desde el escenario. En una ocasión, incluso apareció vestido solo con un asiento de váter. Lejos de ofenderse, el público lo acogió con entusiasmo.

Un grupo de percusión caribeña sembró la semilla. Venían directamente del Jac, un garito subterráneo frío y húmedo en Slater Street, en Liverpool, cerca de la Facultad de Arte, para dar un par de conciertos en el puerto alemán. Escribieron cartas a Williams

poniendo por las nubes la escena de Hamburgo. Vislumbrando la oportunidad, Williams ofreció sus servicios a Koschmider como representante de los grupos de Merseyside. Después de no poder contratar a Rory Storm and The Hurricanes porque tenían un compromiso para la temporada de verano en Butlin's, y de recibir un no de los precontratados Gerry and The Pacemakers, Williams le vendió a los Beatles a Koschmider. Sin nada que los atase —Paul, Pete y George habían dejado la escuela y John había suspendido sus exámenes finales y lo habían expulsado de la universidad—, estaban deseando marcharse. Se autoconvencieron de que esta ocasión de consolidar y construir sobre lo que habían hecho hasta entonces podría llevarlos a su gran oportunidad. El 16 de agosto de 1960, todavía revolucionados por una gira de dos semanas por el norte de Escocia como teloneros del protegido de Larry Parnes —Johnny Gentle—, comenzó un viaje épico. John, Paul, Stu, George, Williams, su mujer Beryl, el hermano de esta, Barry Chang, y el promotor musical trinitense Adolphus Philips, también conocido como Lord Woodbine (que era, junto a Williams, el propietario de un club de *striptease* en Liverpool), se amontonaron en la furgoneta verde Austin de Williams. Se desviaron para recoger al camarero Georg Sterner (que haría de intérprete y «espía de los Beatles» a la vez que trabajaba como camarero para Kosch en el Kaiserkeller) y volvieron a subir hasta Harwich. Allí cogieron un barco hasta Hoek van Holland, en los Países Bajos. Condujeron rápidamente por toda Holanda hasta Alemania y llegaron al día siguiente, solo unas horas antes de tener que subir al escenario. Actuaron varias horas cada noche a partir de entonces, hasta altas horas de la madrugada, todos los días de la semana durante seis semanas, y se alojaron en habitaciones estrechas y mugrientas entre bastidores en el Bambi Kino.

Rory Storm and The Hurricanes llegaron en octubre, y pronto entraron en una rutina de cinco o seis sets de noventa minutos cada día, alternándose en el escenario con los Beatles. ¡Hola, Ringo!

Las turbulencias que ocurrieron en los cinco viajes a Hamburgo que emprendieron los chicos entre agosto de 1960 y diciembre de 1962 son libros y películas por derecho propio. Sus visitas comprendieron cuarenta y ocho noches en el Indra, seguidas de cincuenta y ocho noches en el Kaiserkeller después de las quejas que se recibieron por el ruido en el primero; tres meses en el Top Ten, y

una temporada de siete semanas en el Star-Club. Volvieron a Hamburgo en noviembre y diciembre de 1962 para desempeñar sus dos últimos compromisos, contratados por el Star-Club con meses de antelación. Ringo se sentó a la batería en estas dos visitas finales, pues había reemplazado a Pete Best aquel mes de agosto. Los Beatles habían sido reacios a atender su último contrato de dos semanas, que empezaba el 18 de diciembre de 1962, porque entonces estaban muy solicitados en el Reino Unido gracias al éxito del primer sencillo que llegó a las listas, «Love Me Do».

John dijo, en unas palabras que se hicieron famosas, que había nacido en Liverpool, pero había crecido en Hamburgo. Todos lo hicieron. No podría haber sido de otra forma. Arrastrados fuera del lujo relativo del hogar, sobrevivieron a una prueba de fuego y aprendieron rápido a buscarse la vida en algunas de las calles más duras de Europa. Hicieron nuevos amigos, entre los que se contaban el excampeón de peso mosca Horst Fascher, todo un ejemplo entre la gente de baja calaña. Expresidiario y empleado por Koschmider para trabajar de portero, se consideraba un cantante melódico y vio a sus nuevos amigos como un trampolín hacia el foco de atención. Nunca sucedió, pero oye... Los primeros encuentros de la banda con él fueron hostiles. Cuando George Harrison le preguntó si era un nazi, Horst le pegó con un cinturón. Cuando John persistió con el insulto, Fascher lo arrastró hasta el baño de hombres y se meó encima de él. Su ira tal vez era justificada, dado que su familia había acogido y ayudado a judíos durante el Holocausto. Pero después se tranquilizó, se quedó fascinado por aquellos sórdidos descarados y empezó a cuidar de ellos.

Teniendo en cuenta que John aún no tenía veinte años, y que Paul y George eran considerablemente más jóvenes cuando debutaron en Alemania, imaginarlos relacionándose con *strippers*, prostitutas y travestis, gangsters violentos armados con navajas y gorilas y empleados de bar que vendían droga y daban porrazos, hubiese sido más que suficiente para mandar a Mimi a la tumba antes de tiempo. Ignorando que John ya había iniciado el camino hacia el abuso de sustancias cuando aún era estudiante, se hubiese horrorizado con lo que vino después. Tomaban lo que fuera que les hiciera aguantar la noche. Para ayudarlos a impulsar su resistencia para interpretar varios sets cada noche, tocando para pandillas de merodeadores que, para empezar, solo estaban allí por la cerveza y las peleas a puñetazos, se

aficionaron al Preludin (apodado *prellies*), el nombre de la marca del fármaco fenmetrazina, conocido en las calles de Estados Unidos como *bam*. El Preludin era un estimulante muy poderoso con algunos efectos secundarios desagradables que podía usarse para reprimir el apetito. Cuando los chicos se tomaban las píldoras con cerveza a veces echaban espuma por la boca y podían permanecer despiertos durante días. Cuando estaban colocados, sus conciertos eran una auténtica algarabía. John, naturalmente, se excedía, y a veces se tomaba cuatro o cinco *prellies*. Paul, en cambio, se contenía y tomaba una sola dosis. Se dice que Pete casi no tocó la droga, lo que podría explicar algunas cosas.

«En Hamburgo, los camareros siempre tenían Preludin (y algunas otras pastillas, pero me acuerdo del Preludin porque daba un buen viaje) y todos tomaban esas píldoras para aguantar despiertos, para trabajar todas aquellas horas en aquel sitio abierto toda la noche —recordaba John—. Entonces, los camareros, cuando veían que los músicos iban a sucumbir al cansancio o a la bebida, les daban una pastilla. Te la tomabas, te ponías a hablar, te despejabas y podías trabajar casi de forma indefinida, hasta que el efecto de la pastilla desaparecía, y entonces tenías que tomarte otra.»[2]

Pronto tuvieron la necesidad de probar algo más fuerte, y se pasaron al *speed*: anfetaminas altamente adictivas que se recetaban como antidepresivos o ansiolíticos, con nombres callejeros como «bombarderos negros», «azules francesas» o «corazones púrpura».

En poco tiempo, su reputación se había disparado más allá de las miles de calificaciones terrenales para alcanzar los oídos de un puñado de jóvenes intelectuales sofisticados de Hamburgo más en sintonía con el jazz tradicional; particularmente, un grupo de graduados modernos, vestidos de negro de la Meisterschule für Gestaltung de la ciudad, una escuela superior de arte, moda y fotografía. Klaus Voormann fue el primero, y enseguida llevó a su novia, Astrid Kirchherr, y a su amigo común, Jürgen Vollmer. Los siguieron otros de su misma clase. Cuando entrevisté a Klaus para este libro acababa de cumplir los ochenta y un años.

> La gente me ha pedido durante décadas que analice a mi buen amigo John Lennon —me contó—. Pero no lo haré. No puedo hacerlo, es demasiado difícil.
>
> Lo que sí diré es que la época anterior a cuando alcanzaron la fama es la encarnación más interesante de John, en mi opinión. No era feliz, ¿sabes? Ni

de lejos. Yo diría que justo lo contrario. John siempre estaba muy, muy frustrado. Era muy sarcástico, divertido, y siempre intentaba esconder sus problemas con una broma o una burla. No sabía qué o quién era; eso, para mí, era evidente. Todo tenía que ver con su madre y con sus problemas en la infancia. Su muerte estaba muy reciente, solo hacía un par de años que había fallecido, y no lo había resuelto cuando vino a Hamburgo.

John pretendía ser un roquero, pero realmente no lo era. Era una persona muy difícil. Fue el primero de la banda al que conocí, y no sabía qué pensar de él. Me asustaba, pensaba que me haría daño, pero había algo muy fuerte que me atraía hacia él.

Klaus admite que la gente con la que se relacionaba tenía muy poco que ver con los Beatles.

Éramos artistas. Vestíamos de ante y cuero, llevábamos bufandas con vuelo y cortes de pelo extraños. Éramos muy distintos a ellos. Por nuestro aspecto y por el tipo de personas que éramos, bastante profundas, intensas y curiosas; para nosotros era difícil ir a estos clubes. Siempre había muchas peleas. Pero tuvimos la suerte de que los camareros vieran que nos habíamos hecho amigos de la banda, y nos protegían y nos cuidaban. Empezamos a ir a Grosse Freiheit la mayoría de las noches para verlos tocar.

Nacido en Berlín, hijo de un doctor y disléxico, Klaus era dos años y medio mayor que John y tenía unos veintidós años cuando descubrió a los Beatles. Diseñador y artista gráfico, la primera portada de disco oficial de Klaus fue para la versión de The Typhoons del álbum instrumental de 1960 *Walk Don't Run*, de The Ventures.

Estaba orgulloso de ella. Sabía un poco de inglés, y me la llevé y se la enseñé a John, que me dijo que se la mostrara a Stuart, que era el artista de la banda. Esta fue nuestra excusa para iniciar un contacto con los Beatles. Stuart y yo nos sentamos a hablar sobre Kandinski y otros de nuestros artistas favoritos, y el resto se unió a la charla. Incluso John, que generalmente no solía disfrutar de ninguna situación que no estuviese directamente relacionada con él.

Eran diferentes a cualquier persona que hubiese conocido antes. En ellos, todo era completamente instintivo; para nosotros eran tremendamente fascinantes. Creo que nosotros también lo éramos para ellos. Habíamos recibido una educación que nos había convertido en seres sensibles y curiosos. En aquel momento, éramos algo existencialistas, éramos seguidores de esa filosofía, y John decidió que deberían llamarnos «exis».[3]

Yo esperaba firmemente que alcanzaran el éxito —insiste Klaus—. No tuve ninguna duda al verlos sobre el escenario, desde el principio. Simplemente, sabía que serían grandes. Con ellos lo tenías todo: la voz roquera única y la energía de John; la voz melódica y firme de Paul; el dulce George, muy arrogante a su manera, haciendo canciones de Eddie Cochran y Joe Brown. Cada uno con una personalidad muy marcada. Cuando se juntaban, la mezcla era mágica. Nunca lo analicé en el momento en que lo estaba experimentando; simplemente lo sentía.

John era un enigma para él. Klaus lamenta que, a pesar de su

vistosidad y sus juergas, nunca se abrió con su amigo.

> Con el tiempo, empezó a venir a casa y me revelaba algunas historias, pero siempre abreviaba la información, y raramente desvelaba mucho sobre él. Solo mucho tiempo después, cuando hacía años que éramos amigos y él estaba viviendo en América y trabajando en sus proyectos en solitario, yo iba a verlo y él realmente se abría conmigo. Pero en Hamburgo hablaba poco. Yo me moría por conocerlo.
>
> Recuerdo una noche en que nos emborrachamos mucho juntos, fuimos a un club de *striptease* y nos echaron. Eran alrededor de las cinco de la mañana. Fuimos al mercado de pescado y nos sentamos en un banco al aire libre a hablar, tiritando. Fue una situación extrañamente íntima, pero él seguía sin poder abrirse conmigo. No se soltaba. Realmente, no estaba en sintonía consigo mismo en aquel momento. Yo era un poco mayor que él y claro que tenía mis propios problemas. Pero me dolía ver a John sufriendo semejante agonía. Se enfadaba tanto que hacía cosas como destrozar la puerta de un armario con los puños, o romper su preciosa chaqueta de cuero. Era un buen amigo, un amigo muy querido, pero no podía ayudarlo.

Klaus reflexiona que la cuestión principal con los Beatles en aquel momento era que no tenían a un adulto alrededor que los guiase.

> Ese era el problema fundamental. No eran lo suficientemente mayores como para estar solos en Hamburgo. Realmente, eran solo unos niños, pero no tenían a nadie que cuidase de ellos. No había ninguna madre, ninguna tía que se ocupara de las cuestiones domésticas, que era a lo que estaban acostumbrados hasta que se trasladaron allí. Solo eran jóvenes sacados de Liverpool para ser explotados en un país extranjero; para vivir en terribles zulos llenos de mugre, y forzados a trabajar como perros noche tras noche, hora tras hora. Tenían que tomar drogas para mantenerse despiertos. Nos daban mucha lástima. Aquellos cuchitriles en el Bambi Kino eran horribles. No hubieses metido ni a un animal allí. La habitación en la que dormían era un armario para guardar escobas. No había armario ropero, ni una buena cama para dormir; solo catres. Había suciedad por todas partes, usaban una olla como inodoro, no había ningún lugar decente para lavarse; tenían que meter los pies en el lavamanos de los lavabos públicos del cine. Y habrían seguido haciéndolo si no hubiésemos aparecido. Era tan horrible, tan desagradable, que nos conmocionó. Daban ganas de llorar. No es que fuésemos los grandes salvadores ni nada parecido, solo queríamos que viviesen una experiencia más agradable. Astrid y yo los invitamos a casa de su madre para que pudieran bañarse, lavarse el pelo y tomar una buena comida. Necesitaban desesperadamente cuidados maternales, y eso es lo que Astrid les proporcionó. Nos convertimos en su familia. Astrid y yo éramos como padres para ellos. Cuidamos a aquellos chicos e hicimos que se sintieran bien de nuevo. Los llevamos al cine, a pasear por todo Hamburgo y los alrededores, y a ver el mar Báltico. Estaban muy abiertos a vivir nuevas experiencias, especialmente Stuart.

Astrid, que entonces también tenía veintidós años, se había graduado en Fotografía y era asistente de un fotógrafo profesional. Tomó algunas de las primeras imágenes en blanco y negro más

icónicas de los Beatles, que desde entonces se han expuesto en el Reino Unido, Alemania, Austria, en todo Estados Unidos y en Japón, y se han publicado en libros de ediciones limitadas.

«Fue como tener un carrusel en mi cabeza, tenían un aspecto absolutamente extraordinario... Mi vida entera cambió en un par de minutos. Solo quería estar con ellos y conocerlos», dijo en 2005.[4]

Astrid era una rubia despampanante y capaz de derretirle el corazón a cualquiera. Desde el punto de vista de John, era «una Brigitte Bardot alemana», una reencarnación más o menos perfecta del objeto del deseo de sus sueños adolescentes.[5]Todos los Beatles se quedaron embelesados con ella. Astrid los llevó a la histórica zona de Heiligengeistfeld, que normalmente se conoce con el nombre de Hamburger Dom, el lugar donde se ubica la feria más famosa de la ciudad, para fotografiarlos. Jürgen Vollmer también les hizo fotografías, como banda e individualmente, por todo Hamburgo. Astrid los llevó a tomar el té a casa de su madre viuda, Nielsa, en Altona, un suburbio adinerado al oeste de Hamburgo que en el pasado había sido un próspero barrio judío. Se quedaron con los ojos como platos al entrar en su dormitorio, un cuarto de fantasía a la luz de las velas pintado de negro con el techo plateado y sábanas negras de raso. Se llevaron tan bien con Nielsa que enseguida empezaron a acudir la mayoría de los días a cenar a su casa. Pronto la convencieron para que les consiguiera provisiones de Preludin por medio de su amable farmacéutico local, puesto que solo podían obtenerse con receta médica. Otra proveedora habitual era Rosa Hoffman, una limpiadora de los baños del club.

Incluso el cínico e insensible John estaba encantado con Astrid. Escribía a Cyn sobre ella en unos términos tan entusiastas en sus cartas de hasta diez páginas con comentarios e ilustraciones que su novia se puso extremadamente celosa. No había de qué preocuparse. Cuando viajó a Hamburgo para visitar a John en unas vacaciones de dos semanas, acompañada por la novia de Paul, Dot Rhone, Astrid las recibió, se comportó estupendamente con ellas e incluso llevó a Cyn a casa de su madre (mientras que enviaron a Dot, junto con Paul, a la casa flotante de Rosa, la limpiadora de baños). Cyn pudo ver por sí misma que Stu y Astrid se habían comprometido: lucían anillos de oro. Stu se había enamorado a primera vista. Astrid siempre describió al frágil artista como el amor de su vida. Pero su matrimonio, por una

trágica razón, nunca se llegaría a consumar.

Dos veces divorciada, sin hijos, sola, Astrid conservó su belleza y su honestidad hasta el final. Continuó refiriéndose a su prometido Stuart Sutcliffe, quien había muerto en sus brazos a los veintiún años, como «el amor de su vida». Murió sola en Hamburgo el 12 de mayo de 2020, cincuenta y ocho años después que él, y ocho días antes de su ochenta y dos cumpleaños. Sus imágenes pioneras de unos Beatles todavía con cara de niños, capturadas en su ciudad natal con su humilde Rolleicord permanecen suspendidas como estrellas en su universo. Con todo, siempre fue modesta sobre el papel que desempeñó en la configuración de la imagen y el estilo del grupo.

«Mi contribución más importante —insistía—, fue la amistad.»

Mientras tanto, los Beatles volvieron a Liverpool bajo sospecha a finales de 1960. Habían abandonado a Koschmider al renunciar a su empleo para trabajar en un club rival más grande y profesional: el Top Ten. Al volver a Bambi Kino para recuperar sus escasas pertenencias, Paul y Pete tuvieron que buscar las cosas a tientas, con la habitación en completa oscuridad. Colgar un preservativo de un clavo en la pared y prenderle fuego provocaría la ira de Koschmider. No hubo daños permanentes, pero Koschmider enseguida alertó a la policía de que habían tratado de provocar un incendio. Los infractores fueron arrestados, interrogados y deportados. George, que solo tenía diecisiete años y no tenía permiso de trabajo ni la edad suficiente para estar trabajando allí, para empezar, fue expulsado del país en noviembre. Paul y Pete fueron deportados en diciembre. El permiso de John fue cancelado poco después. Se encaminó a casa en tren solo, con miedo de no llegar nunca a Inglaterra.

Stuart tenía amigdalitis y se quedó en Hamburgo hasta que estuvo lo suficientemente recuperado para viajar con un billete de avión pagado por Astrid. Pero su corazón ya no estaba en Liverpool, ni con los Beatles. Abandonó el rock por amor en julio de 1961. Después de mudarse a Altona con su prometida, se inscribió en una beca en la Escuela Superior de Bellas Artes de Hamburgo con la intención de buscar trabajo como profesor de Arte. Pero llevaba un tiempo sufriendo unos dolores de cabeza muy intensos, sensibilidad a la luz e incluso ceguera intermitente. Después de que se desplomara un día en clase de repente, Nielsa Kirchherr acudió a los especialistas. Aunque las pruebas no fueron concluyentes, el estado de Stu empeoró. El 10

de abril de 1962, Nielsa llamó a Astrid para que saliese urgentemente del trabajo y acompañase a Stuart al hospital en una ambulancia. Murió en sus brazos antes de que llegasen. La causa de la muerte se determinó después como «una rotura de aneurisma que desembocó en una parálisis cerebral debido a un sangrado en el ventrículo derecho del cerebro». Tenía veintiún años. Astrid se derrumbó de dolor. Sin embargo, le tocó ir al aeropuerto a buscar a Paul, John y Pete cuando volvieron a Hamburgo para empezar su siguiente temporada allí. George llegó en un vuelo posterior con la madre de Stu, Millie, y el nuevo mánager de los Beatles, Brian Epstein. Los chicos estaban fuera de sí. George y John hicieron todo lo posible por apoyar a Astrid, que casi había perdido la voluntad de vivir. Como recordaba en una entrevista posterior, John le dijo que debía decidir si quería «vivir o morir; esa es la única cuestión».[6]

Ni Astrid ni John asistieron al funeral de Stuart en Liverpool. Perderse, o verse obligado a perderse, los funerales de sus seres queridos ya se había convertido en una característica de la vida de John. Parece que estuvo obsesionado con el recuerdo de su amigo el resto de su vida. Yoko Ono admitió posteriormente que John hablaba muy a menudo y con mucho cariño de Stuart, describiéndolo como su *alter ego* y una «fuerza motriz» para él. «Sentía que conocía a Stuart porque no había día en que John no hablase de él», dijo Ono.[7] ¿Era el propio sentimiento de culpa de John o incluso el miedo a las repercusiones los que le impidieron aparecer, como debería haber hecho, para presentarle sus últimos respetos?

Se ha especulado mucho con la idea de que John podría haber sido el culpable de la muerte de Stuart. Esta estremecedora declaración se repitió hasta la saciedad antes del lanzamiento del libro de Pauline Cronin Sutcliffe sobre su difunto hermano. La cobertura de la prepublicación distorsionó lo que la psicoterapeuta y tratante de arte residente en Long Island tenía que decir sobre los presuntos ataques físicos de John a Stu. Fue vilipendiada por los medios de comunicación por su «ferviente creencia» de que la fatal hemorragia cerebral de Stu fue el resultado de uno de los ataques espontáneos de John durante una rabieta por celos en 1959. Se dijo que Pauline había declarado que los garabatos y las exclamaciones apenas legibles de Stu en su cuaderno de bocetos durante su último año de vida eran «un reflejo del lento deterioro de su salud mental». La autopsia sí señaló

una hendidura en el cráneo que podía haber sido causada por una patada o un golpe. Pero en julio de 2003, antes de una subasta en Bonhams Londres de más de un centenar de artículos personales de su hermano (su certificado de nacimiento, diplomas del Liverpool College of Art, fotografías, poemas, cartas escritas por Astrid a la familia de su prometido, cartas de amor de Stuart a ella, algunas letras de «canciones perdidas de los Beatles» en las que supuestamente Stu había colaborado y sus cuadernos de bocetos), admitió haber dicho que una pelea entre John y Stuart que sucedió semanas antes de que el bajista de los Beatles muriese «podría no haber ayudado», pero negó que hubiese culpado a John por causarle las heridas que lo mataron.

«Yo no dije lo que se citó en los periódicos, y estoy conmocionada con ello —dijo—. Estoy angustiada por la familia de John, por mi propia familia y por los millones de fans de los Beatles en todo el mundo que se habrán ofendido profundamente con este asunto.»

La señora Sutcliffe había dedicado cuarenta años de su vida a reunir recuerdos y escritos sobre su hermano. Dijo que el patrimonio de Sutcliffe no generaba ningún ingreso y que su mantenimiento era prohibitivamente caro. Creía que a los fans les encantaría poseer un trozo de la historia de Stuart Sutcliffe porque fue él quien proporcionó a los Beatles su característica imagen.

«Siempre creí que Stuart no era solo la fuerza principal detrás de los Beatles, sino también el miembro que más influyó en su imagen pública, con declaraciones de estilo que todavía resuenan en todo el mundo hoy en día. Y, lo que es más importante, era un artista que eligió dejar su afiliación con los Beatles a un lado para perseguir su primer amor: su arte.»

Sea cual sea la verdad, biógrafos y fans han estado profundamente divididos desde hace mucho tiempo. La lesión de Stuart se ha atribuido a una serie de incidentes y condiciones, desde una pelea callejera durante la cual John se abalanzó sobre él, no para hacerle daño sino para protegerlo, hasta el abuso de anfetaminas por parte de Stuart.

«A mi hermano lo habían golpeado más de una vez —declaró Pauline en otra entrevista—. De hecho, muchas veces. Formaba parte de la vida de las bandas de rock de Liverpool a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Siempre había pandillas que los

perseguían; simplemente formaba parte de aquel mundo en aquella época.»[8]

La señora Sutcliffe, que participó en la película de 1993 *Backbeat*, protagonizada por Stephen Dorff, basada en la vida de su hermano con los Beatles, también habló sobre los rumores de una posible aventura homosexual entre Stu y John. Dijo que no le hubiese sorprendido lo más mínimo que hubiesen tenido una relación física durante su estancia en el Liverpool College of Art. «El mismo John dijo en algún momento que había sucedido», señaló, negándose a revelar su fuente. Describió a John como «un joven muy brillante, pero muy complejo y al que no se entendía bien»

El análisis profesional de Pauline Sutcliffe era que John adoraba a Stuart porque era la única persona que verdaderamente lo entendía. Stuart comprendía que las violentas rabietas de John eran estallidos de decepción y descargas de dolor, que tenían su origen en el hecho de que nadie lo entendía. Nadie excepto Stuart. ¿Por qué volverse contra él, entonces? Porque sí. Siempre se coge la rosa más tierna y se aprieta hasta que los pétalos se caen.[9]

Aun así, su amistad sobrevivió, e incluso floreció.

> Leí algunas cartas que tenía Astrid —me contó Klaus Voormann—. Stuart y John continuaron con sus conversaciones íntimas por carta después de que Stuart dejase los Beatles para estar con ella. Cuando los conocí, tuve la sensación, y volví a pensarlo al leer las cartas, que John admiraba a Stuart y lo consideraba un ser superior. John tenía tan poca confianza en sí mismo que siempre necesitaba a alguien mejor que él para elevarlo a la categoría de héroe. Tras la muerte de Stuart, nunca encontró a un héroe mejor que él.

*

En julio de 1962 otro famoso bajista estaba viviendo su momento en la Grosse Freiheit,[10] esperando ansiosamente, aunque de forma inocente, el momento en que su camino y el de John se cruzaran. Frank Allen, de diecinueve años, pronto alcanzaría la fama internacional como uno de los miembros de The Searchers, pero en aquel momento era guitarrista en la sensacional banda de Cliff Bennett, los Rebel Rousers. El grupo de Bennett estaba tocando en el recién inaugurado Star-Club, frente al Kaiserkeller de Bruno Koschmider.

El Star-Club, propiedad de Manfred Weissleder y regentado por Horst Fascher, era una iglesia reconvertida, enclavada entre una serie de bares y clubes de alterne —recuerda Frank—.[11]Era un local mucho más ambicioso que el Kaiserkeller, que no solo contrataba a decenas de bandas del Reino Unido (concretamente una oleada de grupos desconocidos de Liverpool), sino también a artistas y bandas importantes de Estados Unidos. En los diversos periodos en que estuvimos allí, compartimos escenario con leyendas de la talla de Bill Haley & His Comets, Joey Dee and The Starliters, The Everly Brothers, Bo Diddley (terminé tocando el bajo en uno de sus sets), Gene Vincent, Vince Taylor, Ray Charles, Fats Domino, Jerry Lee Lewis y muchos más. En aquel primer viaje nos dimos cuenta de que en el club solo se hablaba de una banda de Merseyside llamada The Beatles. Sus fotos estaban por todas partes, junto con las de otros grupos hasta la fecha desconocidos. Era obvio que las chicas de la barra, Bettina, Goldie, Rosie y el resto, los adoraban.

Dado que los Beatles por aquel entonces eran aclamados como la mejor banda de la tierra, Frank y los chicos estaban intrigados y emocionados por conocer a la competencia. Cuando volvieron a Hamburgo, el 30 de diciembre de aquel año, estaban ansiosos por verlos tocar.

En el Reino Unido —recuerda Frank— habían conseguido entrar en la parte baja de las listas con «Love Me Do». No era un debut especialmente impresionante. De todos modos, se decía que su mánager, Brian Epstein, había comprado una enorme cantidad de copias del disco para favorecer que entrase en las listas, lo cual era una práctica escandalosa, pero bastante común en la época. Al final se quedó en el puesto número 17 de los más vendidos del Reino Unido.

Aquel año tuvimos un invierno muy duro. Las intensas nevadas provocaron el cierre del aeropuerto de Heathrow la mayor parte del día. Nos contrataron para tocar en el Star-Club la misma tarde en que teníamos previsto llegar. Dado el mal tiempo, no parecía posible que llegásemos a tiempo. No obstante, finalmente el aeropuerto abrió durante un tiempo aquella tarde, llegamos tarde y Horst nos recogió y nos llevó directamente al club. No había posibilidad de que actuáramos, pero por lo menos podríamos escuchar a aquellos otros aspirantes.

Cliff Bennett, un hombre que tenía la voz más impresionante del rhythm and blues y que no era alguien que elogiase a la ligera, observaba a los Beatles atentamente. Estaba extremadamente impresionado. Yo también me quedé bastante cautivado por ellos, aunque debo admitir que no me moría de la emoción. No eran precisamente sofisticados; eran ásperos, tanto en los modales como en la presentación. Creo que era su época de cuello alto negro. Pero tenían algo. Una actitud que los hacía destacar por encima de los demás. La forma en que tomaron el mando de todo el evento fue bastante mágica. Estuvieron verdaderamente impresionantes.

Frank y la banda pudieron asistir a los conciertos de Año Nuevo de los Beatles. A cambio, los Beatles tuvieron la oportunidad de ver a los muy reconocidos Rebel Rousers.

Al día siguiente, los Beatles tenían previsto volver a Inglaterra. Debía de ser un vuelo a última hora del día, porque me encontré a John saliendo del área de los camerinos justo cuando yo entraba, poco después del mediodía. Nos quedamos de pie, cara a cara. Me presenté, le dije lo mucho que había disfrutado con su concierto y mencioné que había oído que iban a sacar un nuevo *single*. Le deseé a él y a la banda todo el éxito del mundo. John me miró detenidamente, no exactamente con recelo, más de la forma en que una serpiente estudia a un roedor indefenso antes de matarlo y devorarlo entero. Era increíblemente amenazador. Yo era un tipo muy nervioso en aquella época, y aún lo soy, en muchos aspectos.

«Ah, sí, Frank, ¿verdad? —dijo John—. Sí, a mí también me gustó vuestro concierto. He estado hablando con gente del club y parece que, junto con Cliff, eres el miembro más popular de la banda. —Hizo una pausa, antes de entrar a matar—. No entiendo por qué —me miró con desdén—. Tus harmonías son ridículas de cojones.»

A Frank aquello lo pilló por sorpresa.

No estaba seguro de si me estaba insultando o si era algún tipo de extraña charla amistosa típica de Liverpool —dice—. No tenía ni idea de cómo responderle. Solo conseguí soltarle un «bueno, buena suerte con el nuevo disco, ha sido un placer conocerte», a lo que John respondió: «Sí, igualmente, Frank. Nos vemos».

Los Beatles se marcharon al aeropuerto y unos cuantos de nosotros nos quedamos por el escenario escuchando unas cintas que Kingsize Taylor había grabado de su último concierto la tarde anterior. Con la ayuda de Adrian Barber, que previamente había formado parte de otro gran grupo del Merseybeat, The Big Three, y que había dejado de tocar para convertirse en el ingeniero de sonido del Star-Club, habían logrado conservar para la posteridad un momento muy relevante en la historia del pop, aunque nadie se dio cuenta entonces de lo importante que era.[12]

Luego apareció Horst Fascher con un pequeño disco, un acetato que John le había dado de un nuevo sencillo que los Beatles ya habían grabado. Adrian lo hizo sonar por el sistema de sonido del club. Era totalmente alucinante, desde la estrofa instrumental del principio, muy atractiva al oído, hasta el final. No había duda: «Please Please Me» los llevaría hasta donde no habían podido llegar con «Love Me Do».

Los dos jóvenes músicos se encontraron en muchas ocasiones después de aquella primera vez. Nunca se hizo referencia a su encuentro inicial.

Los siguientes encuentros con él se sucedieron sin ninguna incomodidad —dijo Frank—. Podía ser el señor amable o el señor desagradable, y cambiar de uno a otro en un abrir y cerrar de ojos. Nunca sabías muy bien qué te ibas a encontrar, y aprendías a no dejar que te molestase.

Muchos años después tocamos en The Cutting Room, un club en Nueva York. May Pang, la compañera de Lennon en el infame periodo del «Lost Weekend» en los setenta, estaba entre el público. Vino a hablar conmigo después del concierto. Le conté mi historia de Hamburgo, añadiendo mi teoría de que, a pesar de su aparente seguridad y su bravuconería, John estaba tan

plagado de inseguridades como todos los demás. Le dije que su forma de lidiar con ello era, obviamente, atacar primero. «Has dado en el clavo —exclamó ella —. Así era John.»

CAPÍTULO 7

Svengali

Brian Epstein comentó una vez que se sentía como un anciano a los veintiuno. Vestía con botas y traje, hablaba de forma impecable, y había tenido empleos respetables desde los dieciséis años. Aún en la mitad de la veintena, cuando descubrió a los Beatles, el exestudiante de la Real Academia de Arte Dramático de Londres (RADA) seguramente los percibió como una forma de vehicular sus propias ambiciones. El actor frustrado de ascendencia rusojudía era un homosexual no declarado en una época en que manifestar la orientación sexual de uno hubiese supuesto un riesgo de cárcel.[1]Había compensado una educación infructuosa de escuela pública con el premio de consolación de un empleo en el negocio familiar, aburrido y formal, pero próspero.

A Brian se le privó de su adolescencia, y parecía haber progresado directamente desde la pubertad hasta la mediana edad. Los Beatles encarnaban todo lo que se había perdido. Fue seducido indirectamente por su entusiasmo.

Se percató de la existencia del grupo por primera vez cuando dirigía la nueva tienda de música de NEMS, que formaba parte del imperio del clan Epstein. Leyó sobre ellos en *Mersey Beat*, la revista musical de Bill Harry en la que Brian tenía un espacio publicitario, que vendía en la tienda y en la que empezó a colaborar con su propia columna en agosto de 1961. John pronto empezó a escribir en ella también. El interés de Brian se despertó cuando los clientes empezaron a pedirle un disco procedente de Alemania llamado *My Bonnie*. Cuando descubrió que habían contribuido en él los Beatles, unos chicos de la ciudad que habían visitado su tienda muchas veces, decidió escucharlos. Brian, que había visitado The Cavern algunas veces, oyó hablar de una de sus sesiones de mediodía prevista para el

9 de noviembre. Él y su asistente personal, Alistair Taylor, fueron hasta allí para mezclarse con chicas estudiantes y trabajadores de oficina en su pausa para comer.

«Su música, su ritmo y su sentido del humor sobre el escenario me atraparon enseguida, e incluso después, cuando los conocí, me cautivó de nuevo su encanto personal —dijo en una entrevista televisada que se incluyó en el documental *The Beatles Anthology*—. Y fue allí donde realmente empezó todo.»

A pesar de su evidente química, su humor contagioso y su habilidad musical sorprendentemente pulida, aquel grupo de roqueros rudos tenía una imagen muy desafortunada. Mal vestidos, con vaqueros y chaquetas de cuero, eran rancios, toscos, tenían un aspecto ligeramente amenazador y no daban ninguna importancia a la puesta en escena. Fumaban, bebían, se reían, maldecían, chismorreaban y hacían el tonto durante los conciertos como si ignorasen a su público, o como si este fuese una molestia. Puede que Brian quisiera abarcar más de lo que podía gestionar, pero ya estaba totalmente encandilado con ellos. Volvió a verlos una y otra vez. Los quería para él. Al mes siguiente, acordaron que él sería su mánager, a pesar de que nunca había ejercido como representante de artistas.

> Opinar y criticar a figuras históricas en retrospectiva es lo más fácil del mundo —reflexiona Ed Bicknell. Con veintiséis años de experiencia como representante de los Dire Straits a sus espaldas, y habiendo tenido un papel significativo al mando de las carreras artísticas de Scott Walker, Gerry Rafferty y Bryan Ferry, el cándido hombre de Yorkshire no se muerde la lengua—. En términos de la música pop, solo hubo un mánager digno de mención antes de Brian: el coronel Tom Parker, el representante de Elvis Presley. En 1961 no se sabía casi nada de él. Aún menos sobre lo que hizo. La experiencia de Parker se basaba en los espectáculos de carnaval; desde luego, no era un «coronel». En Gran Bretaña no había espectáculos de carnaval, lo más cercano era el parque de atracciones en la costa.[2]
>
> Al contrario que ahora, no había libros, ni documentales, ni biografías, ni cursos académicos, y definitivamente nadie a quien preguntar, de modo que la oferta de Brian para ««representar» a los Beatles realmente no significaba mucho para ninguna de las dos partes. Iban a tener que ir inventando sobre la marcha. En aquel momento, la «música pop» se consideraba una fase pasajera. Las carreras artísticas podían durar dos años y luego, si no te habías convertido en un artista completo, volvías donde estabas antes. El *establishment* del negocio se componía exclusivamente de hombres de mediana edad con un historial en *Variety*. Hombres con nombres como Lew, Leslie y Bernard.[3]

Según explica Bicknell, la música pop estaba consentida. Se subestimó a su público. Cliff Richard & The Shadows pronto se

encontraron participando en comedias musicales navideñas, temporadas de verano y en cualquier programa de televisión de música comercial imaginable: casi como una banda nueva haciendo falsas promesas a «los chicos». Y eso es más o menos lo que la televisión y la radio pensaban de «ese terrible sonido americano». Al menos al principio. No mucho más tarde llegaron las películas. El *rock'n'roll* se diluyó rápidamente para ser sustituido por el «entretenimiento familiar». La angustia adolescente quedó reducida a *The Young Ones* y «Summer Holiday».[4]

> Con el tiempo —dice Ed—, los Beatles se encontraron en el mismo barco, produciendo vídeos eficazmente prolongados para vender álbumes y sencillos, sin un toque de peligro a la vista.
>
> Así era la mentalidad de la época. Se llamaba música «pop» porque era popular. Ese era el quid de la cuestión. La idea de que pudiese ser «arte» aún estaba lejos. Desde luego, los Beatles no estaban buscando un lugar en la historia de la cultura. Eran jóvenes y se estaban divirtiendo. No miraban al futuro, ni soñaban con convertirse en los *Fab Four*. Todo eso estaba en un horizonte muy muy lejano.
>
> Pero Epstein sí tenía la cualidad que todos los representantes deben tener: confianza. La tenía a montones. Para que esa confianza funcione debe convertirse en una especie de cabezonería, hasta el punto de que la palabra *no* signifique realmente *bueno, tal vez*, de modo que sigues adelante, aunque te rechacen hasta que oyes un sí. George Martin me contó que una de las razones principales por las que quería contratar a los Beatles (además del hecho de que no le iba a costar nada) era la persistencia implacable de Brian y su confianza en «los chicos».

Se redactó debidamente un contrato de cinco años que se firmó en casa de Mona Best el 24 de enero de 1962. Debido a que Paul, George y Pete aún no tenían veintiún años, Epstein tuvo que pedir el consentimiento paternal. Como John ya era mayor de edad, las protestas de Mimi fueron alegremente ignoradas. Aunque siempre había encontrado defectos y se había opuesto a prácticamente todo lo que John había hecho, subestimándolo y destruyendo su confianza en sí mismo, de ningún modo iba a tener la oportunidad de arruinar aquello.

¿Pero era «aquello» lo que John quería? El molde en el que Brian quería volcar a los Beatles para cambiarles el envoltorio, promocionarlos, comercializarlos y, sí, explotarlos, no podría ser más opuesto a la forma en que John se veía. Ya había dejado muy clara su oposición total a vestir con trajes y corbatas a juego. Luego se sorprendió a sí mismo poniéndose esa ropa y aceptándolo de todas

formas. Sus declaraciones al respecto se hicieron famosas: «Me pondré un traje; me pondré un maldito globo si alguien está dispuesto a pagarme». Así que se comprometió. Se vendió. Renunció al control de su individualidad, a la esencia de John Lennon, a los elementos que lo hacían único. ¿Por qué? ¿Para fastidiar a Mimi? ¿Para retarla? ¿Para demostrarle que él no era como su padre, el perdedor que no valía para nada que ella daba por perdido, aprovechando cualquier oportunidad para echarle en cara su ineptitud? Pulverizar su verdadera naturaleza y abrirse paso en forma de otra persona en búsqueda de fama y fortuna era ir demasiado lejos para un hombre como John. Hasta que te paras a analizarlo. Los actos menores de rebeldía, como atarse la corbata de forma incorrecta o dejar el primer botón de la camisa desabrochado eran pistas sutiles. Era evidente que no le gustaba todo aquello. Sin embargo, podía verle el sentido, y obviamente pensaba que no tenía elección. Aunque fue John quien se opuso a que los engalanasen con trajes cursis a juego y los instaran a lucir cortes de pelo prácticamente idénticos, lo consintió porque era el modo en que se hacían las cosas entonces. El artista cedía ante el mánager. Sus predecesores más destacados, Cliff Richard & The Shadows, llevaban esmoquin y pajarita y ganaron mucho dinero. Les había funcionado, así que ¿por qué no? Hacía evidentes sus sentimientos, y luego sacudía su pelo como el que más. ¿Pero qué fue esto sino su primer acto de autosabotaje? ¿El primer asesinato de John?

*

Si improvisas siempre, seguro que vas a cometer errores. Pero los errores solo lo son cuando miras atrás. Dudo que cualquiera de la cosecha actual de representantes del pop y del rock, aquellos que han devorado libros, han asistido a cursos y han adquirido las cualificaciones (y las camisetas) necesarias lo hubiesen hecho de forma muy distinta si se hubiesen tenido que abrir camino en el Liverpool de 1963.

> ¿Brian cometió errores? Por supuesto —dice Ed Bicknell—. Todo el mundo comete errores. Y a los mánagers les gusta pensar que tienen un impacto más grande del que realmente poseen. Es el talento y el instinto del artista lo que lo arrastra todo consigo. Se ha criticado mucho a Brian durante décadas por el

infame acuerdo de comercialización que hizo para los Beatles, que le otorgó el control y la rentabilidad de gran parte, todo con la perspectiva del tiempo transcurrido. Fue verdaderamente desastroso, ¿pero a qué información podía recurrir? Nuestro viejo amigo el Coronel se había iniciado con Presley casi sin ayuda. Pero no había reglas, ni precedentes, ni una historia que decretase que, bueno, deberías ganar un *x* por ciento o un *y* por ciento. En el caso del Coronel, se estaba quedando con un pedazo tan grande antes de que Elvis se llevase su parte que el acuerdo de Epstein no parece tan malo en comparación.

Cuando eres mánager tienes que repartir de forma responsable. Primero, hay que negociar, y en aquella época las compañías de discos y los editores de canciones tenían acuerdos «estandarizados». «Lo tomas o lo dejas» era el mantra. Los promotores no eran muy distintos. Así que hasta que tuvieses el mayor don del mánager —las influencias—, estabas atrapado, como lo estaba Brian. En muchos sentidos, la tecnología nos ha hecho cerrar el círculo. Y una cosa está clara: las corporaciones siempre tomarán el camino más corto. En otras palabras, el camino más barato.

En segundo lugar, «diriges» a la banda. En el caso de Brian, esto significaba manejar a los cuatro Beatles, y no olvidemos que pronto se haría cargo de muchos otros artistas, casi todos de Liverpool. Esta es la parte difícil. Es una tarea en parte psicológica, en parte retorcida, en parte política, en parte dictatorial.

En cada banda, hay un miembro que quiere ser el líder. Suelen llegar hasta ahí con una combinación de una personalidad fuerte y ser el que está más enfadado, el menos dispuesto a comprometerse, y normalmente el mierda más grande. El talento a veces influye, pero no siempre es un hecho. La democracia nunca funciona en los grupos, y es el motivo por el que todos terminan fracasando (y el mierda suele ser el primero en dejarlo). Porque parte de ser un mierda es tener un ego del tamaño de un planeta pequeño, con una obsesión por uno mismo a juego. Va de la mano.

George Martin le explicó a Bicknell que John podía llegar a ser un matón terrible: «Especialmente con George Harrison, cuyos tempranos intentos para componer fueron tratados con un desdén absoluto en el mejor de los casos, y con un rechazo que rozaba el desprecio en el peor. Pasaron muchos años hasta que John reconoció a regañadientes que “Something” era, con mucho, la mejor canción del *Abbey Road*».[5]

*

Brian enseñó modales a los Beatles, los instruyó en el arte de la reverencia sincronizada que debían hacer al final de cada concierto y los acicaló. Existen evidencias de que los llevó al distrito metropolitano de Wirral para reunirse con su amigo, el maestro sastre Beno Dorn, que confeccionó para ellos los primeros trajes a juego. Fue el hípster londinense Jeff Dexter, bailarín profesional, cantante, DJ y

habitual del Lyceum Ballroom en The Strand la persona a quien Epstein acudió para pedir consejo sobre la imagen en desarrollo de la banda.

> Sí, fui yo quien los llevó a Dougie Millings, que confeccionó los clásicos trajes sin cuello de los Beatles —confirma Dexter—. Era el sastre del *rock'n'roll* en la época.
>
> También eligieron mis botas para después de esquiar de la tienda de calzado de baile Anello & Davide; se ponen fácil, se quitan fácil. Las llamábamos botas «para después de esquiar» porque los bailarines llamaban «pista» a la sala de baile. En realidad, creo que los Beatles compraron primero la Baba Boot de Anello. También los llevé a Star Shirtmakers en Wardour Street, directamente desde el taller de Dougie.[6]

El siguiente paso era conseguirles un contrato de grabación. Aunque se daban muchos rodeos y no era algo tan simple como podía esperarse, las conexiones del negocio de NEMS con las discográficas más importantes, finalmente, le permitieron obtener un acuerdo con Parlophone, de EMI, con George Martin como productor.

El otro gran tema era la publicidad. Los Beatles ya estaban, gracias a la incansable Mona Best, en el radar de Granada Television. Siendo una cadena de televisión regional importante en el noroeste de Inglaterra, con un amplio alcance en aquella época —desde el Distrito de los Lagos en el norte hasta Stoke-on-Trent, en el sur; y desde el norte de Gales hasta la costa de Yorkshire—, una aparición en un programa de esta cadena significaba una publicidad muy potente para cualquier grupo. El productor Johnnie Hamp, que tenía ochenta y siete años en el momento de la entrevista, fue crucial en la evolución de los Beatles, y creó posteriormente un especial de televisión muy importante sobre la música de Lennon y McCartney. Paul confesó en *The Beatles Anthology* que ellos realmente no tenían intención de hacerlo, expresamente, pero participaron por lealtad a su amigo Johnnie. Viajaba a Alemania de forma regular para escuchar bandas americanas en las grandes bases militares, y había visto a los Beatles actuar en Grosse Freiheit en 1962.

> Me quedé muy impresionado con ellos —me dijo—. Eran mucho mejores, musicalmente hablando, que el resto de las bandas que tocaban en aquel momento. Yo no conocía mucho a Brian Epstein entonces. Sabía que era el mánager de los Beatles y nada más. Estuvieron con él mucho tiempo, en una época en que la gente cambiaba de mánager con frecuencia. Llegó un momento en que él y yo empezamos a quedar a menudo para cenar: en el Caprice, en Londres, uno de sus favoritos, y en un hotel pequeño y agradable

con un restaurante muy bueno detrás del Empire Theatre de Liverpool. Siempre me pareció que le asustaban un poco los Beatles, a quienes se refería como «los chicos». Especialmente, John. Más tarde se me ocurrió que tal vez estaba enamorado de él. Pero nunca me confió sus sentimientos por John. Intentaba ser un buen hombre de negocios.

Había un grupo de periodistas en Granada haciendo un programa sobre las bandas del norte de Inglaterra. Leslie Woodhead era reportero y nuestro novato director en aquel momento, y en 1961-1962 dirigió su primera película sobre los Beatles en The Cavern Club, justo antes de que lanzasen su primer disco. El vídeo de los Beatles finalmente no se mostró, porque no era una emisión estándar, pero es una maravillosa pieza histórica hoy en día. Brian Epstein me llamó algunas veces para preguntarme por qué no se había emitido. No supe qué decirle. Pero sí trajeron a los Beatles para que interpretasen «Love Me Do» como una especie de compensación.

Después de que Granada le pidiese a Johnnie que modernizase el programa *People and Places*, los Beatles fueron invitados para interpretar «Please Please Me».

John siempre destacó, en mi opinión —recuerda Johnnie—. Aquella era una de las primeras bandas que no tenía un líder «oficial», aunque en mi mente John era exactamente eso. Él fue el que atrajo mi mirada, y con el que siempre hablé. Pensé que parecía un príncipe. Tenía un aspecto casi de la realeza. Mostraba dignidad y elegancia, incluso vistiendo de cuero negro, mientras que los demás en aquel momento me parecían niños.

El productor percibió muy claramente desde el primer momento el lado oscuro de John.

Era inevitable —afirma—. Te miraba directamente a la cara. Era una persona enojada, superficial y grosera la mayor parte del tiempo. Se molestaba mucho conmigo, especialmente cuando las «cámaras secretas» lo seguían por todo el estudio; a los camerinos, a la sala de maquillaje, por el departamento de atrezo. Incluso entonces ya sabíamos que todo el metraje que estábamos filmando sería un material histórico. John enseguida cambió de opinión cuando vio el potencial. Posaba y deambulaba por allí como un maldito lisiado. Como el Jorobado de Notre Dame.

Ahora sabemos que John era varias personas en una. El secreto de lidiar con él y obtener lo mejor era reconocer a qué John te estabas enfrentando ese día concreto e interactuar con él de acuerdo con esa versión. Aunque no esté bien que lo diga yo mismo, tenía un don para reconocer la calidad de una estrella, el llamado «factor *x*», y para tratar al talento con respeto. El efecto que un verdadero talento ejercía sobre mí era hacerme llorar. Así era como sabía que estaba presenciando algo especial, algo maravilloso. John lo reconoció en mí y nos unimos por ello. Yo lo atrapé y él me atrapó. Nos encontramos a medio camino.

¿Se puede detallar el momento exacto?

Fue cuando chilló «Twist and Shout».

> Se habla del «sonido Mersey» —también llamado *Mersey beat* o ritmo de Mersey, reflexiona Johnnie—, pero yo no creo que realmente existiera. Cilla Black tuvo su primer éxito con un tema de Burt Bacharach («Anyone Who Had a Heart», con letra de Hal David); Gerry and The Pacemakers («How Do You Do It?», de Mitch Murray, otorgada originalmente a Adam Faith y luego señalada como el debut de los Beatles) y «Little Children» (de John Leslie McFarland y Mort Schuman), de Billy J. Kramer & The Dakotas: sus éxitos eran de otras personas. El llamado «sonido Mersey» era algo que se evocó *a posteriori*. Si el «sonido Mersey» fue algo, para mí fueron los Beatles. Era muy fácil entender, en mi opinión, por qué los Beatles se convirtieron en un fenómeno global. Fue fundamentalmente por sus canciones, junto con sus personalidades y la química que había entre los cuatro. Eran únicos.

Con los años se fue desarrollando una especie de amistad entre Johnnie y John, aunque no hablaban mucho. Hamp recuerda a los Beatles merodeando por allí al final de una actuación, y que no solían volver a Londres o a Liverpool de inmediato. Se tomaban una copa por allí. John estaba muy interesado en el especial sobre blues y góspel que Johnnie produjo, *I Hear the Blues*, en el que participaron Muddy Waters, Sonny Boy Williamson, Willie Dixon, Memphis Slim y Alonzo *Lonnie* Johnson, de quien Lonnie Donegan tomó su nombre.

> John quería hablarme de todos aquellos grandes artistas. También adoraba mi especial de Little Richard de 1963 y mi programa sobre Jerry Lee Lewis de 1964. También el *Blues and Gospel Train*, que hice con Sister Rosetta Tharpe, la abuela del *rock'n'roll* (escucha «Didn't It Rain?»). Nuestras conversaciones versaban casi siempre sobre música. Eran el tipo de artistas que él mismo ansiaba ser, por supuesto. Y que sentía que era en su yo interior más profundo. Ese era el problema. Me conmovía. Lo adoraba por ello. «Yo soy uno de *esos* tíos. También soy un verdadero músico, Johnnie», era lo que parecía que intentaba decirme. No necesitaba pronunciarlo. Tampoco tenía que convencerme. Yo ya era consciente de que él era mucho más que un Beatle; que tarde o temprano les estallaría en la cara. Sí, lo sabía.[7]

*

Cyn seguía por allí. Decía que fue a «todos» los conciertos, pero no pudo haberlo hecho. Especialmente, a aquellos después de los que John y su viejo cómplice Pete Shotton, en aquel momento expolicía, se escabullían con un par de chicas para matar el tiempo en las tardes perdidas todos juntos en la cama. Debido a que su madre se había mudado a Canadá para cuidar al bebé de una prima, Cyn había alquilado una habitación en casa de Mimi. Como la tía de John no tenía tiempo para su novia y esta la despreciaba, el único beneficiario

real de este extraño acuerdo era John, que se marchó del viejo cuchitril de Stuart para vivir allí también. Mendips no es ni tan grande ni tan lujoso como a veces se ha pintado. Tiene menos habitaciones de las que en ocasiones se ha contado. He estado allí y las he visto. Con dos inquilinos, además de Cyn, también instalados allí (es decir, cinco adultos) y solo un lavabo y un cuarto de baño muy básico aparte, la modesta casa adosada estaba, cuando menos, bastante apretada.

John se marchó a París con Paul para celebrar su vigésimo primer cumpleaños la primera semana de octubre de 1961, con cien libras que su tía Mater le había regalado. ¿No habría sido Cyn una elección más apropiada para acompañarlo en su viaje? La profesora de Arte en prácticas estaba ocupada con sus exámenes finales y con las sesiones con los alumnos, de modo que fue con su compañero de banda y de composiciones con quien John se encontró a Jürgen Vollmer en las calles de la capital francesa. Vollmer acompañó a sus viejos amigos de Hamburgo a su hotel y les cortó el pelo con el característico estilo «exi».[8]

*

Su audición para Decca en Londres el día de Año Nuevo de 1962 se movió entre la recriminación y la vergüenza. Fue un legendario «gracias, pero no».

> Pero el director de A&R[9] de Decca, Dick Rowe, nunca rechazó a los Beatles, como se ha declarado todos estos años —insiste Simon Napier-Bell—. Era todo sandeces. Grabaron a dos grupos el mismo día: los Beatles y Brian Poole and The Tremeloes. Rowe pidió al productor Mike Smith que eligiese a cuál quería contratar. Smith había visto a los Beatles tocar en The Cavern y estaba entusiasmado con ellos. Luego se rumoreó que había dicho que no le parecían ni de lejos tan buenos cuando no tocaban frente a un público. Eso tampoco es cierto. Mike simplemente no quería recorrer todo el camino hasta Liverpool cada vez que necesitase reunirse y trabajar con ellos, de modo que escogió a los Tremeloes, una banda local, que habían alcanzado el éxito con versiones de temas como «Twist and Shout», ya publicado por los Beatles en *Please Please Me*, y «Do You Love Me».

*

Los Beatles se arrastraron hasta Hamburgo aquel mes de abril, tras la terrible noticia de la muerte de Stuart Sutcliffe. Cyn recogió sus cosas

y se marchó de la casa de Mimi, hasta las narices de sus críticas y sus miradas de desprecio, y se alojó con una de sus tías mientras buscaba un cuarto de alquiler céntrico. Dos días después del regreso de los chicos a Liverpool, Neil Aspinall los llevó en coche a Londres para su audición con George Martin en EMI, que desembocó, un mes o dos más tarde, a una oferta que no pudieron rechazar. Los Beatles lo estaban consiguiendo. ¿Era aquello todo lo que John siempre había querido? Había más. Su novia estaba embarazada.

Hoy las mujeres pueden elegir, pero mujeres como Cynthia no pudieron. En la década de 1950 y principios de la de 1960, las niñas buenas se abstenían del sexo antes del matrimonio. La promiscuidad estaba mal vista, sobre todo por el riesgo de embarazo. La píldora anticonceptiva se introdujo en el Reino Unido en 1961, y el Servicio Nacional de Salud la recetaba sobre todo a mujeres de una cierta edad que ya habían formado una familia. La píldora no estuvo disponible de manera generalizada hasta 1967, cuando se concedió a las chicas de forma efectiva el control sobre sus propios cuerpos y las dinámicas de las relaciones cambiaron. Hasta entonces se esperaba que las mujeres se casasen y creasen una familia. Muchas lo hacían a una edad muy temprana, se quedaban en casa para cuidar a los niños y cocinaban y limpiaban mientras sus maridos salían a trabajar: un estilo de vida que se idealizaba como «la familia perfecta». En realidad, era una forma de encarcelamiento para la mujer, que entregaba su derecho a cualquier poder e independencia personal —pocas mujeres tenían cuentas bancarias siquiera en aquella época— para convertirse en sirvientas del «cabeza de familia» y en esclavas de los fogones. Pero esta era la vida que Cyn había estado esperando vivir con el hombre al que amaba. Gracias al hecho de que su novio se movía entonces en el borde del estrellato mundial, no fue la vida que tuvo.

Brian Epstein ya había dejado claro a sus chicos que las relaciones serias harían mella en su popularidad entre las reservas de fans femeninas, y que debían mantenerse en secreto y negarse. Cyn lo entendió cuando John le explicó por qué tenía que ser un secreto, y se las arregló para pasar desapercibida por la calle y entre el público en los conciertos de los Beatles. No tenía ni idea de cómo decirle que estaba embarazada.

«Creo que me intimidaba más la idea de decírselo a John que el miedo que me daba tener que decírselo a mi madre», —admitió—.

Mamá venía a verme desde Canadá, y de ninguna manera iba a ser capaz de ocultárselo. De todas formas, estoy segura de que lo hubiese sabido con solo mirarme. En cuanto a John, me horrorizaba pensar en cómo reaccionaría. Tenía miedo de que nos enzarzáramos en una terrible pelea por ello, como si fuera culpa mía. Después de llorar mucho sola, finalmente tomé una decisión. Estaba casi segura de que John me dejaría. Las cosas estaban empezando a moverse con la banda, y algo así no podía ser un lastre para él. El aborto no se contemplaba. Todavía era ilegal. Las mujeres podían ir (y lo hacían) a abortistas ilegales en aquella época, pero ponías tu vida en riesgo si acudías a uno. Por supuesto, las chicas hoy en día todavía dan muchas vueltas a la cuestión de si deberían o no tener un hijo, pero por lo menos pueden elegir.

Solo había una opción.

«Tendría que hacerlo sola —dijo Cyn—. Sabía que iban a avergonzarme, que sería estigmatizada, pero no podía soportar la idea de la alternativa. Aún no se lo había dicho a John. Tenía derecho a saberlo. Durante muchos días no pude reunir el valor para decírselo, pero finalmente respiré hondo y fui a por ello. Aún recuerdo aquel día muy claramente. Vi cómo palidecía, y me encogí de miedo y de vergüenza. Creo que estaba convencida de que iba a pegarme. Pero luego, cuando dijo: "Tendremos que casarnos", fue como si todas mis Navidades hubiesen llegado juntas. Apenas podía creerlo. Le dije que no tenía por qué seguir adelante, que lo entendería si no lo hacía. Pero él insistió en que me quería y que no había nada más que hablar. "Creamos al bebé entre los dos —dijo—, y entre los dos lo criaremos. No voy a dejar que pases por esto tú sola." Yo no podía parar de llorar, de felicidad, de agradecimiento y de alivio. Íbamos a ser una pequeña familia formal.»[10] Él la amaba, *yeah, yeah, yeah.*

Brian Epstein, fiel a su costumbre, trató de disuadir a John del matrimonio, pero cuando se convenció de que su chico iba en serio, hizo todo lo posible por ayudar. Fue un Brian Epstein refinado y vestido con traje y corbata quien obtuvo la licencia matrimonial, quien reservó el Registro Civil de Mount Pleasant para el 23 de agosto, quien acompañó a la novia bajo un diluvio en su propio coche conducido por un chófer, quien pagó por el modesto desayuno de boda en un café de la ciudad llamado Reece's y quien proporcionó a la pareja su primer hogar marital: una residencia temporal en su propio apartamento en el Georgian Quarter de Liverpool, que mantenía para sus relaciones peligrosas. No hubo flores, ni vestido, ni vino, ni discursos, ni ningún tipo de espectáculo. Pero hubo Beatles, bromas,

auténtica felicidad y un concierto aquella noche. El señor Lennon besó a la novia y se fue a trabajar. La señora Lennon se quedó en casa.[11]

Mimi, por supuesto, perdió los estribos. Se negó a dar a John su consentimiento y le dijo de todo a su novia. Aunque su furia era, hasta cierto punto, esperable, Cyn me contó que el despliegue de Mimi hirió más a John que cualquier otra cosa que hubiese dicho o hecho antes. Ella había sido como una madre para él. A pesar de los años de quejas y críticas, él todavía anhelaba su aprobación cuando se trataba de hitos tan importantes como el matrimonio y la paternidad. Quería a Mimi a su lado, irradiando orgullo y mostrándole su apoyo. No solo no asistió a la boda, sino que juró que por encima de su cadáver iría alguien de su familia. Era insultante. Sin embargo, Cyn tuvo las agallas de proponer que fuesen a verla a los pocos meses de embarazo, después de estar a punto de sufrir un aborto. Mimi se había ablandado con el éxito creciente de los Beatles y estaba ansiosa por ayudar a la joven pareja, con ella en estado. Con la percepción de que el acuerdo del apartamento de Brian era temporal y estaba muy lejos de ser ideal, y que John y la banda estaban a punto de regresar a Hamburgo, Mimi los invitó a mudarse de nuevo a Mendips. Podían alquilar la planta baja y ella ocuparía la planta superior, una vez que se marchasen los últimos inquilinos. Dadas las circunstancias, parecía ideal. Hasta que tomabas en cuenta el temperamento de Mimi, su desprecio constante por Cyn y el hecho de que John estuviese fuera de casa la mayor parte del tiempo.

*

En 1963, los Beatles eran los hijos predilectos de Liverpool, pero aún tenían que seducir al Reino Unido. Una gira en febrero como teloneros de Helen Shapiro favoreció que su nuevo *single*, «Please Please Me», llegase al número 2 (el número 1 en las listas de *New Musical Express* y *Melody Maker*), y estaban en el buen camino para conseguirlo. John robó algo de tiempo para estar en casa con su mujer, a unas semanas del parto, y se quedó horrorizado al ver que se había cortado sus bucles rubios. Su reacción de rabia y rencor fue del todo desproporcionada, e incluso hizo parecer suave el temperamento de Mimi. Cyn estaba conmocionada y afligida. En el momento en que hablamos de ello, lo había perdonado.

> Pobre John, era demasiado para él —dijo—. Aunque el éxito de los Beatles era emocionante y suponía la respuesta a todas nuestras oraciones, para John había algo en la forma en que se sucedían las cosas que no estaba bien. No hablaba de ello, y yo solo pude darle sentido con el tiempo, a partir de fragmentos de las cosas que se dijeron. Estaban grabando sus propias canciones y tenían éxito con ellas, y aquello era lo que anhelaban. Pero Brian había insistido en imponerles un estilo completamente nuevo que a John le resultaba muy difícil de asimilar. Todo tenía que ver con una «imagen» y una «actitud» que simplemente no iban con él. Tenía que obedecer las reglas y comportarse ahora que estaban en el foco de atención. Era un esfuerzo muy grande para él ocultar y reprimir su verdadero yo, y estaba destinado a reaccionar contra ello de vez en cuando. El hecho de que yo también hubiese alterado mi «imagen» era más de lo que podía soportar. No pudo más. Quería a la antigua Cyn, aquella de la que se había enamorado. Solo quería que yo estuviese igual. Yo era demasiado joven y estaba demasiado centrada en mí misma como para darme cuenta en aquel momento. Debí de pensar que me convertiría en una chica desaliñada y poco atractiva en cuanto naciese el bebé y solo quería cambiar un poco mi apariencia. Lo que sea que fuese, fue un error. Si hubiese podido, lo habría dado todo para volver atrás en el tiempo.

*

Grabaron su primer elepé, *Please Please Me*, en Londres, y enseguida se volvieron a ir de gira. Cyn se vio obligada a soportar su largo y terrible parto sola en el hospital. La aterrorizada chica de veintitrés años dio a luz antes del desayuno del día 8 de abril sin tener siquiera a Mimi cerca, cogiéndole la mano. Cuando la malhumorada tía se dignó aparecer para inspeccionar al recién nacido ya había llamado a su sobrino para informarlo de que había tenido un niño. John Winston Lennon no conoció a John Charles Julian hasta tres días después. Tres semanas más tarde dejó a la agotada madre lactante y a su diminuto hijo solos en casa para irse de vacaciones con Eppy.[12]

CAPÍTULO 8

Quintus

No es que John le fuese fiel a Cyn. Ni una sola vez, nunca, tal vez ni siquiera en sus sueños más aburridos. Desde coquetear con otras estudiantes delante de sus narices en las fiestas de la universidad hasta comportarse como una rata de alcantarilla cuando estaba lejos de ella, en Hamburgo —donde todo pasaba y todo se hacía, donde las mujeres solteras eran del tipo que lleva pistolas, y donde prácticamente cada noche terminaba en una orgía—, guardarse las ganas no era propio de John. Como recordaba Pete Best, incluso el mismo John se describía como un «cabrón cachondo».

> John era el que marcaba el ritmo vertiginoso al que vivíamos —dijo de aquella primera época en Hamburgo—. Quizá se sentía menos cohibido que el resto de nosotros; no tenía ataduras parentales y estaba muy lejos de las reprimendas que siempre decía que la tía Mimi le daba. Podía hacer exactamente lo que quisiera y ser tan descarado como desease. En aquella época frenética todos teníamos muchas ganas de sexo, pero las de Lennon eran más fuertes que las de la mayoría [...]; aun así, John también encontraba la energía necesaria para masturbarse, y nunca trató de ocultarlo. Se encerraba cinco minutos con algo de porno suave de chicas de revista y luego se reunía con el resto con una sonrisa de satisfacción en la cara.

John también disfrutaba regalando a los demás las historias increíbles de sus hazañas más salvajes, muchas de las cuales incluían múltiples compañeras y movimientos gimnásticos que desafiaban a la gravedad. «¡Cuantos más, mejor!», se reía.[1]

Hagamos una pausa... para reflexionar sobre el hecho de que hoy en día juzgamos menos y aceptamos más, ¿verdad? Los Beatles están tan santificados que algunas facciones de fans, normalmente demasiado jóvenes para haber experimentado a la banda en su momento, parece que piensan que caminaban sobre las aguas. Estos seguidores devotos pueden enfurecerse, y ser cáusticos y ofensivos en

las redes sociales y en cualquier otro medio dondequiera que aparezca algo mínimamente desfavorable sobre sus chicos. Los ídolos en los que estas personas creen, y a quienes algunos otorgan una inocencia propia de Disney, un talento sobrenatural y unos poderes casi mágicos, son caricaturas suavizadas. Son una fantasía. Esos Beatles bromistas, prudentes, pulcros, mosquitas muertas y que te podías llevar a casa para presentarlos a tu madre nunca existieron. Era un *papel*. Algunos artistas son más humanos que otros. Los Beatles eran más humanos, más extremos, más falibles, más susceptibles y tuvieron infinitamente más sexo que la mayoría. ¿Incluso Paul? Puedes apostar por ello.

Así que el problema, si es que es un problema, no es si John experimentó sexualmente con otros hombres, o sobre si se resistió o se lanzó —qué más da—, sino la infidelidad. En todos los relatos y recuerdos que tenemos al alcance, John solo ejercía de marido y padre cuando estaba en casa, e incluso entonces lo hacía sin entusiasmo, con resentimiento y de forma despreocupada. Cyn admitió, y lo confirma también en su segundo libro de memorias, *John*, que él le había confesado sus relaciones extramatrimoniales y que ella le aseguró que no le importaba. No es que supiera ni la mitad. ¿Fue su decisión de hacer la vista gorda, su tolerancia al adulterio de John con las fans (de las que pudo haber cientos, si no miles, a lo largo de los años) un indicio de que Cyn estaba dispuesta a hacer todo lo que fuese necesario para aferrarse a él? Qué tormento debió de cargar en su corazón y en su alma. Tenía tanto miedo del divorcio, que en aquella época era todavía una palabra sucia y una condición vergonzosa, que estaba preparada para aguantarlo casi todo. *Casi*. Puso el límite en las «retorcidas» insinuaciones de que Brian Epstein y John tenían relaciones sexuales. Tuvo que estar expuesta a rumores y chismes en aquel momento, porque «todo el mundo» hablaba de ello. Pero lo que entonces era ofensivo no lo es ahora. Puede que sea difícil para nosotros, en nuestra era liberal —por lo menos, en gran parte del Primer Mundo—, entender el escándalo que aquello suponía. La actividad homosexual consentida entre adultos todavía no era legal. Los rumores se propagaron a lo largo de décadas, más allá de las muertes de los dos hombres presuntamente implicados. Da igual lo que la gente diga: eran las únicas personas en la sala en aquel momento. Los únicos que podrían haberlo confirmado, en todo caso.

Cyn se mantuvo firme en sus declaraciones de que nunca sucedió.

«Nada podría estar más lejos de la realidad —insistía en su libro de memorias—. John era cien por cien heterosexual y, como a la mayoría de los tíos de la época, le horrorizaba la idea de la homosexualidad.»

Paul ha señalado, de forma perfectamente razonable, que él y John se pasaron tantos años viviendo uno encima del otro que seguramente John hubiese hecho por lo menos un avance hacia él si hubiese tenido esa inclinación. Nunca lo hizo. También repasó la situación en *The Beatles Anthology*, reiterando que John vio aquellas pequeñas vacaciones juntos como una oportunidad para determinar con Epstein exactamente cuál de los dos era el jefe, lo cual era irónico, dado que John había dado marcha atrás, había cerrado el pico y había permitido que Brian tomase las decisiones hasta entonces.

Pero John era perfectamente consciente de que Epstein era homosexual. ¿Por qué, entonces, aceptar una invitación de su mánager para acompañarlo a España en un descanso de casi dos semanas, ellos dos solos, en lugar de salir por patas hacia las islas Canarias para pasar allí dos semanas con Paul, George y Ringo? Klaus Voormann vio las nubes negras a leguas.

> Eran como un matrimonio —dijo—. Hubo una luna de miel y luego, poco a poco, por la incompatibilidad de la pareja, empezaron las fricciones. Al contrario que los Rolling Stones, en los que Mick dirige y el resto lo sigue felizmente, lo cual explica que hayan sobrevivido todos estos años, en los Beatles había tres líderes y un solo seguidor: Ringo. Las cosas no podían funcionar a largo plazo.
>
> Aunque Paul era el más amigable, en el marco de la banda siempre estaba ligeramente apartado del resto, solo. El desencadenante de esto era que Brian Epstein estaba enamorado de John, de modo que Paul se sentía aislado. Incluso cuando Brian ya no estaba, fue una sensación que siempre tuvo.
>
> Recuerdo que después de que alcanzaran el número 1 con el éxito «She Loves You» en 1963, se presentaron en casa de mi padre en Tenerife para pasar un tiempo conmigo. Paul, George y Ringo. John no estaba: se había marchado de vacaciones con Brian. Mientras que George estaba muy ocupado intentando hacerse amigo de la chica de la tienda de mi calle, enseñándole la portada del *single*, y Ringo se dejaba llevar por la inercia de los días, Paul estaba resentido con John por no haber ido. Se notaba.

Klaus dice que podía ver el final de los Beatles desde hacía mucho tiempo.

> Las discusiones eran cada vez más frecuentes y agresivas. Había peleas físicas, y la tensión entre ellos no dejaba de empeorar. Eran como un matrimonio que

no funcionaba. El divorcio era inevitable.

Recordando su relación con Epstein en 1980, John decía:

> Bueno, fue casi una historia de amor, pero no del todo. Nunca se consumó. Pero fue una relación muy intensa. Fue mi primera experiencia con un homosexual que era consciente de que lo era. Lo había admitido delante de mí... Solíamos sentarnos en una cafetería en Torremolinos a mirar a todos los chicos y yo le decía: «¿Te gusta aquel? ¿Te gusta este?». Yo disfrutaba bastante con la experiencia, pensaba como un escritor todo el tiempo: estoy *experimentando* esto, ¿sabes?[2]

También dijo, mezclando las fechas y pasando por alto el hecho de que su mujer ya había dado a luz a su hijo antes de que se marchase: «Cyn iba a tener al niño y las vacaciones estaban planeadas, pero yo no iba a renunciar a las vacaciones por un bebé; así de capullo era. Y me fui de vacaciones. Observaba cómo Brian se ligaba a los chicos. Me gusta jugar un poco a ser maricón y todo eso. Fue divertido, pero hubo muchos rumores en Liverpool; fue terrible. Muy vergonzoso».[3]

Brian Epstein nunca declaró nada sobre el asunto, por razones obvias. Tampoco Brian Bennett, el batería de The Shadows. Hasta ahora.

La primera banda acompañante que saltó al estrellato por derecho propio, The Shadows, sigue siendo venerada como uno de los grupos que más sencillos colocó en las listas de ventas y que más copias vendió. Brian se unió a la formación en octubre de 1961. Los Beatles los adoraban.

> «Tuve tres encuentros cercanos con John Lennon», recuerda Brian.
>
> El primero fue en Sitges, el llamado «Saint-Tropez español», donde estábamos tomándonos un descanso y trabajando en un álbum español. John había ido en coche hasta España con Brian Epstein, y se alojaban en el mismo hotel que nosotros, en la playa. John se pasaba el día sentándose en el agua con vaqueros azules, para que encogieran y le quedasen bien y destiñesen de una forma atractiva. La verdad es que no le di importancia al hecho de que estuvieran allí los dos juntos sin el resto.[4]
>
> El segundo ocurrió cuando yo estaba trabajando en Studio 2, de EMI, y él estaba en Studio 3. Nos tropezamos el uno con el otro. «Hola, John —dije—. ¿Qué pasa?» «Aquí, ¡intentando grabar un maldito disco!», fue todo lo que dijo, antes de desaparecer, presumiblemente para continuar con la grabación. Me hizo pensar en una frase que él supuestamente había dicho: «¡No iría a ver a los malditos Shadows ni aunque tocasen en mi patio trasero!». Si realmente lo dijo o no es algo que nunca sabré. Pero es una frase cáustica típica de Lennon y no me cuesta imaginármelo diciéndola.
>
> La tercera vez fue, de hecho, en un patio trasero: el de la tía Gin de Paul

McCartney.[5]

> La ocasión fue la fiesta de celebración del vigésimo primer cumpleaños de Paul en Liverpool, el 18 de junio de 1963 —cuenta Brian—. Habíamos estado tocando en Blackpool. Paul y su novia de entonces, Jane Asher, nos recogieron en su Range Rover en la estación de Lime Street. Condujeron hasta la casa de su tía, y cuando llegamos, la fiesta ya estaba en todo su apogeo. Había una carpa, pero era una casa pequeña, así que estábamos un poco apretados. Un grupo llamado The Fourmost fue el encargado de poner música aquella noche. Vimos a algunas personas que conocíamos allí, como Billy J. Kramer, y estuve charlando un buen rato con el padre de Paul, Jim.
>
> Cynthia estuvo hablando con mi mujer, Margaret, y preguntándole cómo llevaba quedarse sola en casa mientras The Shadows estaban de gira. Hacia el final de la fiesta se inició una discusión. Se consumió mucho alcohol, y la cosa empezó a ponerse fuerte. Cuando las diferencias de opiniones se mezclan con la bebida, casi siempre se termina mal. En aquella época, si llamabas «marica» o «maricón» a alguien te estabas buscando problemas. Creo que alguien había llamado «maricón» a John, y aquello prendió la mecha. Quienquiera que fuese recibió unos buenos golpes, y se lo llevaron fuera.

La historia afirma que John fue el atacante, y que su víctima fue el DJ de The Cavern y mentor de los Beatles Bob Wooler, un hombre de lo más tranquilo según todos los testigos y alguien que siempre se había desvivido por apoyar y promocionar a la banda. Preguntó en broma por la reciente «luna de miel» de John y Brian Epstein. No era de ninguna manera el único que había preguntado, pero para John fue la gota que colmó el vaso. Perdió el control, saltó sobre su «torturador» y lo atacó con tanta agresividad que Wooler tuvo que salir corriendo al hospital. Desafortunadamente para John, la historia llegó a los periódicos locales, y al día siguiente ya había llegado a Fleet Street. Su telegrama de arrepentimiento para el DJ no pudo hacer mucho por curar las heridas. Ocho años más tarde, en 1971, abordó la cuestión durante una entrevista:

> Obviamente, debía de tener miedo del marica que podía haber en mi interior para reaccionar de esa forma. Ya sabes, cuando tienes veintiún años quieres ser un hombre y todo eso. Si alguien me lo dijese ahora me importaría un carajo. Lo estaba moliendo a palos, y también golpeándolo con un palo grande, y fue la primera vez que pensé: «Puedo matar a este tío». Simplemente, lo vi, como en una pantalla: si lo golpeaba una vez más, eso es lo que iba a suceder.[6]

Pete Shotton, como tenía por costumbre, pisó el acelerador con su propio recuerdo de los pecados pasados. Según Pete, pasó a saludar a su amigo por Mendips después de las vacaciones, lo provocó un poco, bueno, mucho, y terminó consiguiendo la verdad con detalles, porque John siempre le contaba las cosas a Pete tal y como eran. John

confesó que Brian le había hecho una proposición. Las molestias implacables del afable mánager pusieron de los nervios a John. Al final subió la apuesta, se desnudó e invitó a Brian a que hiciese lo que tenía que hacer. En este punto, Eppy reculó, farfullando que él «no hacía ese tipo de cosas». John se quedó desconcertado... y lo suficientemente intrigado para preguntarle a Brian lo que sí le gustaba.

«Y dejé que me hiciese una paja», se encogió de hombros John.

«¿Y qué? —respondió Pete—. ¿Cuál es el gran problema entonces?»[7]

Ambos acordaron que Brian ya estaba sufriendo bastante debido a las palizas rutinarias que recibía de los estibadores de Liverpool, lo cual era exactamente lo que Brian andaba buscando. Las preferencias sexuales del refinado y culto Epstein eran, según dicen, algo duras. John le había dado el gusto en aquella única ocasión porque le daba lástima. Pete lo entendió y lo compadeció. Lo dejaron ahí.

¿Una única ocasión? Paul Gambaccini me ofreció más información durante nuestras conversaciones sobre John.

«¿Cuál es tu opinión sobre las vacaciones de John con Brian Epstein?», me preguntó el célebre presentador y «profesor del pop».

«Obviamente tenían una relación», contesté.

«¿Tú crees? ¿Tienes alguna declaración sobre ello?»

«No de John.»

«Bueno, la persona con quien John Lennon habló sobre esto fue John Reid —el antiguo mánager de Elton John—. John Reid me explicó personalmente lo que John Lennon había dicho sobre ello. Voy a contarte lo que me dijo, pero no quiero que lo incluyas en el libro a no ser que Reid te dé permiso.»

«Le preguntaré», dije.

«De acuerdo. John Reid dijo que cuando estuvimos en Boston con Elton y John en 1974 no pudo evitar preguntarle a John si los rumores sobre él y Epstein eran ciertos. Esta fue la respuesta de John a Reid: “Eres el hombre más amenazador que he conocido desde Brian Epstein”. Entonces Reid, conocido por no dejar pasar nunca una oportunidad, dijo: “¿Alguna vez tuviste relaciones sexuales con Brian?”. John respondió: “Dos veces. Una vez para ver cómo era, y la otra para asegurarme de que no me gustaba”.»

«Durante todos estos años, por cierto, yo no he querido ser el tipo

que declaró que Lennon y Brian Epstein tuvieron sexo. Supongo que entenderás cómo me siento al respecto. ¿Queremos tener un registro histórico riguroso o John tiene derecho a la privacidad? ¿Y esto molestaría a Cynthia (ahora ya fallecida) o a Julian? Yoko no me preocupa; ella probablemente pensará que fue una gran idea. Bisexualidad, ¡guau!»

«Simon Napier-Bell dijo que tanto Epstein como John le contaron que lo habían hecho en España», dije.

«Ah, no soy el único. Bien», respondió Paul.

Pero luego estaban las relaciones de John con David Bowie, de las que el mismo David me habló. Según él, ocurrió en diversas ocasiones. No entró en detalle, y yo tampoco lo presioné, pero fue muy abierto al respecto. Le conté a Paul que también lo fue sobre Mick Jagger.[8]

«Uh. Me siento un poco excluido», dijo Paul.

Yo también. Sí, John Reid me dio permiso.

*

Brian Epstein no tenía razones para mentir —apunta Simon Napier-Bell—. Tiene sentido: si John realmente era homosexual, tenía que abordarlo y probar. Al parecer, no lo era. John probaba cosas. Nunca huía de las experiencias. Cualquier cosa, lo que fuera: una droga nueva, una nueva idea religiosa. John era el líder en todo lo que hicieron que fuese nuevo y experimental. ¿Estaba Brian enamorado de John? No lo sé. Lo que sí sé es que Brian estaba *obsesionado* con el entusiasmo de los Beatles. Adoraba la camaradería de la que nunca pudo formar parte; el concepto global de ser incluido. Eso fue de lo que Brian se enamoró. Lo entendió, lo vendió al público, lo promocionó de manera brillante. El éxito de los Beatles era eso.

Prácticamente, no hay ningún hombre en la tierra que no haya probado a otro hombre en algún momento. Especialmente, aquellos que niegan haberlo hecho. John Lennon no asistió a la escuela pública, donde todo el mundo lo probaba, de modo que todo se reducía a que quería experimentar algo que no hubiese probado antes. Obviamente, respetaba a Brian, y Brian veneraba lo que representaban los Beatles. Así que había una admiración mutua, lo cual puede convertirse muy fácilmente en deseo entre dos hombres, especialmente entre tipos de la industria del espectáculo que salen, se toman unas cuantas copas y se encuentran solos y juntos. Lo que no entiendo es por qué la gente ha hecho de esto un asunto tan grande todos estos años. No es distinto a probar la comida japonesa. Pruébala, quizá te guste. Así era John: curioso. ¿Por qué no debería haberlo probado?

*

Ha habido muchos aspirantes al título no oficial de «quinto Beatle». Las referencias en los medios a este personaje empezaron ya en 1963, antes de que alcanzasen la fama global, e irritaban muchísimo a John. Cuando el editor de *Rolling Stone* le preguntó sobre esta cuestión, no dejó ninguna duda a su entrevistador de que no solo se oponía al concepto, sino que lo enfurecían aquellos que se jactaban de ser el origen de la existencia de los Beatles y de sus logros.

«Yo no soy los Beatles —insistía John—. Yo soy yo. Paul no es los Beatles. Brian Epstein no era los Beatles, ni tampoco Dick James. Los Beatles son los Beatles.»[9]También desautorizaba la contribución del productor George Martin. Paul, sin embargo, destacó a su productor para este privilegio, así como a su mánager. George Harrison se permitió disentir, insistiendo en que, si alguien tenía derecho a autoproclamarse «el quinto Beatle», era un cara o cruz entre Derek Taylor —el experiodista de Fleet Street, oriundo de Liverpool, columnista, relaciones públicas, productor y autor que se convirtió en el jefe de publicidad de Apple Corps— y el antiguo conductor, *road manager*, publicista y futuro director ejecutivo de Apple, Neil Aspinall.

En cuanto a los músicos, el primer bajista de la banda, Stuart Sutcliffe, era técnicamente el «cuarto» Beatle, dado que estaba en la formación antes que Pete Best, que técnicamente fue el «quinto», dejando a Ringo —aún más técnicamente— como el «sexto». En cuanto a las contribuciones significativas, Stu tuvo mucho que ver con el nombre definitivo del grupo, y fue el primero de ellos que lució el peinado *moptop*.

Aunque no sea estrictamente un músico, el amigo de la infancia de John, Pete Shotton, que terminó dirigiendo su Apple Boutique y se convirtió en el primer director ejecutivo de Apple Corps, rascó la tabla de lavar en The Quarry Men, contribuyó con la percusión en algunas grabaciones de estudio y elaboró ideas que mejoraron las letras de «I Am the Walrus» y «Eleanor Rigby».

Pero realmente fue George Martin, ¿no crees? Sencillo como cualquier «quinto Beatle» podía ser. No solo produjo la mayor parte de su música, sino que creó arreglos orquestales, instrumentales y vocales para muchas de sus canciones y tocó el piano en algunos temas, entre ellos «In My Life» y «Misery».

Nació como George Henry Martin en Holloway, al norte de Londres, el 3 de enero de 1926. Sus padres, Henry y Bertha, eran

«pobres y nada musicales». Su padre, que era carpintero, muchas veces estaba sin trabajo, y vendía periódicos por la calle para alimentar a su familia. Cuando los Martin adquirieron un piano de pared que se caía a trozos, a su hermana mayor se le permitió recibir lecciones para aprender a tocar este instrumento. George la copió y consiguió que le diesen unas cuantas lecciones, pero mayormente fue autodidacta. A los quince años ya dirigía una banda de baile. Asistió a diversas escuelas, entre ellas St. Joseph's Elementary en Highgate y St. Ignatius College, en Stamford Hill, antes de que su familia se mudase a los suburbios y George empezase a ir al instituto Bromley Grammar.

Trabajó como aparejador y como empleado de la Oficina de Guerra antes de unirse a la flota aérea de la Marina Real en 1943. Se entrenó como piloto, pero no llegó a participar activamente en ningún combate. Dejó el servicio en 1947 y reanudó su educación en la Guildhall School of Music & Drama, donde estudió piano y oboe.

«No sabía leer ni escribir música —confesó—, pero aun así me dejaron entrar. Estudié composición durante tres años.»

Su profesora de oboe era Margaret Eliot, cuya hija actriz, Jane Asher, se convertiría en la novia de Paul McCartney. El hermano de Jane, Peter Asher, la mitad del dúo pop Peter and Gordon, se convertiría en el director de A&R de Apple Records, y descubrió, produjo y representó a James Taylor. En 1948, en su vigésimo segundo cumpleaños, George se casó con Jean Chisholm, *Sheena*, a quien había conocido en la Escocia natal de la novia mientras el novio estaba emplazado allí. Su madre, de cincuenta y tres años, estaba fuera de sí por la pena que aquello le producía. Murió de una hemorragia cerebral tres semanas después de la boda, un hecho por el cual George nunca se perdonó. Sheena y George tuvieron dos hijos, Alexis y Gregory.

Empleado durante un breve periodo de tiempo en el Departamento de Música Clásica de la BBC, George aterrizó en EMI en 1950 como ayudante del director del sello menor Parlophone. Heredó el puesto de su jefe, Oscar Preuss, cinco años después, y se forjó una reputación como productor de grabaciones de comediantes y novedades,[10]trabajando con Flanders and Swann, Peter Sellers, Spike Milligan y Rolf Harris. En 1962, Brian Epstein le llevó a los Beatles. Fue un esfuerzo desesperado por parte de su obstinado mánager, a quien habían cerrado la puerta prácticamente todas las demás

compañías discográficas. El encaje fue evidente. Compartir el mismo sentido del humor fue lo que los acercó. George se pasaría el resto de su vida quitándose méritos por haber «creado» el grupo, y siempre desestimó la idea de que fue su Svengali.

> Se dijeron y se escribieron muchas tonterías —señaló una vez—. Era una leyenda urbana que ellos fuesen unos paletos maleducados y que yo fui el ricachón que les dio forma. De hecho, los Beatles y yo procedíamos de contextos muy similares. Fui al mismo tipo de escuelas que ellos. Musicalmente, todos éramos esencialmente autodidactas. En cuanto a nuestros acentos, el mío era tan de clase obrera como el suyo antes de convertirme en oficial de la Marina Real. No puedes codearte con ese tipo de gente sin absorber algo de su elegancia. Yo también pertenecía a un círculo dramático, lo cual ayudó. Por lo que respecta a la música, me las arreglaba. Experimenté y aprendí trabajando.

Dijo que su química con los Beatles surgió del hecho de que eran fans acérrimos de *The Goon Show*.

«Adoraban a Peter Sellers y sabían que yo lo había grabado. No eran excepcionales cuando empezamos. La magia no fue instantánea, tuvo que surgir. Pero cuando alcanzaron el éxito fue un caos.»

Con un horario muy apretado y apenas tiempo de ir a casa y dormir —George también estaba grabando a Cilla Black, Billy J. Kramer & The Dakotas, Gerry and The Pacemakers, Bernard Cribbins y Matt Monro—, tenía que renunciar a algo. Por entonces, estaba enredado en una aventura amorosa con la secretaria de Parlophone, Judy Lockhart Smith, y su matrimonio fue el damnificado. Se divorció de Sheena y se casó con Judy en 1966. Tuvieron un hijo y una hija, Giles y Lucy.

También aquel año los Beatles dejaron aparcadas las giras y se refugiaron en el estudio. *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, elogiado ampliamente como el mejor álbum que se haya hecho nunca, se lanzó en 1967. Brian Epstein murió poco después. Los Beatles necesitaban a George Martin más que nunca. Sin embargo, le dieron plantón con *Let It Be*, que fue producido por Phil Spector, y volvieron a él avergonzados para su canto del cisne con *Abbey Road*. George, que había desafiado a EMI denunciando la injusticia de que los productores no recibiesen derechos de autor, produjo las últimas grabaciones de los Beatles como profesional independiente. Con su socio de negocios John Burgess y otros dos productores lanzó Associated Independent Recordings (AIR). Después de la era Beatles,

George trabajó con una amplia variedad de artistas, entre ellos Jeff Beck, Neil Sedaka y UFO. Comparaba la experiencia con «haber estado casado durante décadas y de repente ser libre para tener aventuras». Él y Paul retomaron la relación en 1982, cuando George produjo el álbum *Tug of War* de McCartney. Cuando venció el alquiler en Oxford Circus, George estableció unas instalaciones alternativas de primera categoría, Lyndhurst, en una iglesia desacralizada en Belsize Park. Justo cuando estaba disfrutando del trabajo como nunca antes lo había hecho, la vida le dio un golpe cruel. A George se le diagnosticó una pérdida progresiva de la audición, una condición de la que nunca se recuperaría.

«Sufrí el daño en los sesenta —dijo—, cuando estaba trabajando con los Beatles. Me pasaba de doce a catorce horas de una sentada escuchando música a un volumen muy alto. Nadie me dijo que me estaba dañando los oídos. Después se lo expliqué a todos mis ingenieros. "¡No lo hagas! ¡Ponte tapones!" Realmente, no lo noté hasta bien entrados los noventa. Para entonces, claro, ya era demasiado tarde.» El título de su autobiografía, publicada en 1979, *All You Need Is Ears [Todo lo que necesitas son oídos]*, se convirtió en una terrible ironía. Su sordera apresuró su retiro del estudio. Dejó de grabar, pero no paró completamente, y su hijo Giles dio un paso al frente para actuar como «sus oídos». Dirigió conciertos orquestados de música de los Beatles por todo el mundo, comentó grabaciones clásicas y dio conferencias sobre la producción del *Sgt. Pepper*. Nombrado caballero en 1996, ayudó en la organización del concierto en directo para celebrar los cincuenta años en el trono de la reina en el año 2002, y acompañó a su majestad hasta el escenario.

En 1998 los Martin publicaron *In My Life*, una recopilación de temas de los Beatles interpretados por las estrellas favoritas de George, entre ellas Goldie Hawn, Robin Williams y Sean Connery. En 2006, padre e hijo adaptaron un espectáculo con el Cirque du Soleil que se convirtió en el álbum conmemorativo *Love*, «una mezcla de toda la trayectoria musical de los Beatles».

Fue el productor más famoso del mundo y yo era la chica de los recados de la oficina cuando conocí al «quinto Beatle» en 1980. Me paró en el vestíbulo de Chrysalis Records, en Oxford Street, donde yo trabajaba en el Departamento de Arte. George dirigía AIR Studios desde allí. El negocio de grabación del que era cofundador tenía unas

instalaciones enormes que daban a Oxford Circus, y habían sido adquiridas por Chrysalis por una fortuna. Mi minifalda de cuero, mi camiseta y mis botas maltrechas no encajaban con su sofisticada forma de vestir. George, en la cincuentena y todavía un hombre erguido de 1,90 metros, estaba muy elegante con su camisa de rayas y su corbata azul marino. El pelo gris le rozaba el cuello y sus arrugados ojos azules brillaban.

«Ven a mi oficina y verás a alguien que conoces», me sonrió.

John Burgess, director gerente de AIR y antiguo productor de discos para Freddie and The Dreamers y Manfred Mann, jugó junto a mi difunto padre, el futbolista profesional retirado Ken Jones, en el equipo de fútbol benéfico The Showbiz X1. Estaba formado por antiguos atletas, artistas, agentes y representantes de artistas. Sean Connery, Jimmy Tarbuck, Des O'Connor y David Frost participaron en estos partidos en los sesenta, cuando las multitudes, normalmente, excedían las treinta mil personas. John se había unido al Departamento de Prensa y Promociones de EMI en 1951. Después de que la compañía adquiriese Capital Records se le hizo responsable de Frank Sinatra, Dean Martin y Peggy Lee. Pero lo que realmente quería era hacer música, y terminó siendo ayudante de producción. George y John habían sido compañeros durante años, desde que se conocieron en los estudios de Abbey Road cuando eran empleados de EMI. No había visto a John, que murió en 2014, desde que era pequeña.

Me llevaron a comer. George era como me imaginaba: discretamente divertido, encantadoramente tímido. John era el que gustaba a las multitudes. Se complementaban perfectamente. Descubrimos durante la comida que George y yo habíamos asistido a la misma escuela, el instituto Bromley, en Kent. Los roqueros Peter Frampton y Billy Idol también estudiaron allí. George recordó el lema de la escuela: *Dum Cresco Spero* («Cuando crezca, espero»).

Aquel diciembre John Lennon fue asesinado en Manhattan. George había capeado con silenciosa dignidad las fuertes críticas del exBeatle durante los setenta. John desestimó y menospreció la «influencia» y la contribución de su productor, mientras que Paul, George y Ringo «siempre fueron amables». Implacablemente leal, George, por supuesto, estaba afligido por la noticia del asesinato de John. Ni siquiera hubo un funeral en el que rendir los últimos honores. George voló a la isla caribeña de Montserrat, donde había

inaugurado el estudio residencia de grabación soñado el año anterior. Dijo que se sentó a contemplar el océano y a escuchar a John Lennon en su cabeza. El complejo, junto con la isla entera, sería demolido por el huracán Hugo diez años más tarde.

Dejé Chrysalis por Fleet Street y le pedí a George varias entrevistas a lo largo de los años. Nunca se negó. Hacía tiempo que no lo veía cuando nos reunimos en BRIT School, en Croydon, al sur de Londres, en septiembre de 2011. George era uno de los directores que fundaron la institución que produjo a Amy Winehouse, Adele, Katie Melua, Jessie J. y Lola Yong. El vigésimo aniversario de BRIT lo marcaría la inauguración de un estudio de última generación en su nombre. Luego sonó la alarma de incendios. Todo el mundo fuera. George y yo nos pusimos al día y recordamos momentos de pie, en el aparcamiento.

La última vez que lo vi fue en el Savoy, con ocasión de los Gold Badge Awards, en octubre de 2012. Tambaleante, sordo, muy anciano a sus ochenta y seis años, George fue condecorado por la British Association of Songwriters, Composers and Authors (BASCA). Para un hombre mundialmente famoso no solo por los Beatles, sino por su música para películas, sus temas de James Bond, sus arreglos orquestales, sus *bestsellers*, treinta números uno —su último éxito en las listas de ventas fue la versión revisada de Elton John de «Candle in the Wind» en 1997, su tributo a la princesa Diana de Gales—, innumerables álbumes y casi medio siglo grabando a más nombres famosos que cualquier otro productor en la historia, parecía un quedarse muy corto.

> He tenido grandes oportunidades —dijo—. Sé que ahora estoy decrépito y muy viejo para hacer nada, pero lo bueno de hacerse viejo es que aunque, te estés desmoronando por fuera no te sientes distinto por dentro. ¿No son los irlandeses los que dicen que todos tenemos una edad en la que nos «paramos»? He tenido treinta años toda mi vida. Estoy con George Bernard Shaw: «No dejamos de jugar porque nos hacemos viejos; nos hacemos viejos porque dejamos de jugar».
>
> He tenido mucha suerte, de verdad —continuó—. He trabajado con grandes personas y he podido disfrutar de buenas relaciones con ellas, y no solo hablo de estrellas del pop. Y nunca he trabajado con nadie que no me gustase. La vida realmente es demasiado corta.

El humilde George nunca había hecho caso a ninguna afirmación sobre el muy disputado título, y siempre había declarado que, por lo

que a él respectaba, solo hubo un «quinto Beatle» y fue Brian Epstein.

Rindiendo homenaje a su productor en un comunicado de prensa después de su muerte, Paul dijo:

> Tengo muchos recuerdos maravillosos de este gran hombre que me acompañarán siempre. Era un auténtico caballero y fue como un segundo padre para mí. Manejó la carrera de los Beatles con tanto talento y buen humor que se convirtió en un verdadero amigo para mí y mi familia. Si alguien se ganó el título de «quinto Beatle» fue George.
>
> Desde el día que nos ofreció nuestro primer contrato de grabación hasta la última vez que lo vi, fue la persona más generosa, inteligente y musical que he tenido el placer de conocer.[11]

CAPÍTULO 9

Amerigo

En este negocio, durante los llamados *swinging sixties* («los alegres años sesenta»), las bandas y los artistas provincianos no tenían otra opción que dirigirse al epicentro de la industria del espectáculo británica si pretendían sobrevivir. Los Beatles no fueron una excepción: sus incesantes giras y los horarios de grabación y filmación no les permitían vivir en ningún otro lugar que no fuese Londres. Adquirieron casas debidamente lujosas en el sur de la ciudad: las de John, George y Ringo en el cinturón de corredores de bolsa de Surrey, manteniendo al grupo unido e interdependiente. Solo Paul se desmarcó, reubicándose en Cavendish Avenue, en St. John's Wood, muy cerca de los estudios Abbey Road, en una casa que todavía hoy mantiene. Una mansión tan elegante y céntrica hubiese convenido infinitamente más a John que Kenwood, una residencia que imitaba sin mucha gracia el estilo Tudor situada en Cavendish Road, en St. George's Hill, en la que la primera modificación que hizo fue colocar una piscina. Pero había una familia que tener en cuenta. Cyn debería haber tenido algo que decir. En cuanto a los chicos, no cambiaron. No demasiado. En realidad, no. Por lo menos conservaron sus acentos. Podías alejarlos de Liverpool, pero nunca eliminarías el *scouse*. ¿Fueron realmente los primeros artistas de clase trabajadora que siguieron siendo de clase trabajadora? John creía que sí.[1]

El respetado promotor de rock Keith Altham, que representó a The Who, The Rolling Stones, The Beach Boys, Small Faces, Van Morrison, Marc Bolan y Uncle Tom Cobley fue un periodista especializado en música pop y un hípster en los sesenta, empleado por la revista *Fabulous*, la predecesora de *Fabulous 208*. Cuando la publicación dedicó la portada a los Beatles en enero de 1964, se vendieron un millón de copias. Aquella revista de un chelín hoy en día

cambia de manos por setenta y cinco libras el ejemplar.

> Después de lograr que el editor lo aceptase —recuerda Keith— llamé a Epstein: «Buenas noticias, Brian. *Fabulous* ha aceptado llevar a cabo una campaña que pondrá el foco en los Beatles durante un periodo de tres meses. La sesión de fotos está lista». «Oh, bien —respondió Eppy—, manda una limusina para los chicos, entonces.» ¿Cómo? ¡No mandábamos coches ni para Cliff Richard!
>
> Brian era sofisticado, bien educado; un caballero de la vieja escuela. Siempre era dulce, respetuoso y tenía buenos modales, pero podía ser un poco ingenuo. No lo entendía. Y entonces se dio cuenta. Había predicho que los Beatles serían más grandes que Elvis y, durante un tiempo, lo fueron. Produjo cuatro Elvis. Y no solo eso, sino que ellos escribían canciones, algo que Elvis nunca hizo. Canciones que gente de todas las edades y de todas las clases sociales podrían apreciar. Su música realmente atraía a todo el mundo. Todos cantaban o silbaban aquellas melodías. ¿Cuál era su secreto? La combinación ganadora de la dulzura de Paul y la acidez de John. John era el más complejo, enjundioso y reflexivo. Se las arregló para sacar ventaja de las composiciones sentimentales de John, aunque Paul era el compositor más obviamente comercial. Formaban un gran equipo. Se fusionaban muy bien. Tenían química. Brian percibió cómo empaquetarlo todo y hacer una fortuna con ello. Eso fue lo que él aportó. Que no era poco.

La ya mencionada sesión de fotos fue una buena noticia para Keith.

> Tuve a los Beatles una tarde entera en Fleetway Publications (que terminó llamándose IPC Magazines). ¡Los recogí en el hotel Westbury en Mayfair en una limusina! Y aquel día aprendí que John sería el Beatle que más me iba a preocupar. Me iba a pasar muchos años de mi vida pensando en él y preguntándome cosas sobre él.
>
> Aquel día se acababa de despertar y estaba muy disperso, pero aun así no redujo la intensidad. Me llamaba: «Tú, *Fabs* Keith». Supe desde el principio que me estaba poniendo a prueba. Hacía comentarios despectivos para conseguir una reacción. Después de lanzar la confrontación inicial, te tomaba la medida y se relajaba. Debo decir que me gustaba mucho el John del principio. Pero incluso en aquella época normalmente había dos John. Podía ser un poco como Jekyll y Hyde. Después de unas cuantas copas tenía tendencia a ser desagradable, casi como si no pudiera evitarlo. Me lo encontraba en clubes como el Speakeasy y o bien me ignoraba, o bien me decía algo molesto.

Keith observa que John era el autodenominado líder de los Beatles.

> No te dejaba ninguna duda de que aquella era *su* banda. Su infancia lo había dañado y trastornado profundamente, y era demasiado sensible por su propio bien. Creo que siempre buscaba molinos de viento contra los que luchar.[2]Burlándose de los discapacitados y demás, lo cual hacía incluso sobre el escenario —imagínate hacer eso hoy en día— ponía a prueba a la gente para ver si podía cabrearla. Mira hoy las cintas de sus actuaciones: son

vergonzosas. Se divertía con aquello. Porque cuando John no podía lidiar con algo, lo ridiculizaba. Realmente, no se estaba riendo de los discapacitados; le aterrorizaba que lo viesen como alguien cándido, o terminar siendo así. Esto hacía que a veces fuese una compañía horrible. El bromista espabilado y de lengua afilada que no tenía pelos en la lengua no podría haber sido más distinto del John en privado. Poca gente llegó a conocerlo. Yo lo conocí, y comprobé que el niño pequeño abandonado siempre estaba allí. Su sarcasmo era una flaqueza humana. Probablemente, hubiese necesitado ayuda psiquiátrica cuando era muy joven, pero por supuesto nunca la tuvo. Cuando se decidió a hacer terapia primal[3] con Arthur Janov en los setenta ya era demasiado tarde.

*

Ya famosos entonces en todo el país y en toda Europa, más de 15 millones de espectadores vieron su actuación en el *Sunday Night at the London Palladium* de Val Parnell. Conciertos con las entradas agotadas. Legiones de adolescentes extasiadas. Fue un punto de inflexión. Pero aún tenían que alcanzar el reconocimiento «donde de verdad importaba».

«América importaba porque, sencillamente, era el mayor mercado musical del mundo —afirmó George Martin—. En enero de 1964, cuando "I Want to Hold Your Hand" alcanzó el número 1 en las listas de ventas americanas, se abrió un mercado para nosotros.»

Aunque luego su euforia se salió de madre, George no se disculpó.

Es importante recordar que ningún artista británico había estado cerca de entrar en ese mercado de aquella manera —dijo George—. América siempre había sido El Dorado del mundo del espectáculo. En la época gloriosa de Hollywood venerábamos a las estrellas británicas que habían ido allí y lo habían conseguido [...] —mencionó los ídolos de la pantalla caídos en el olvido antes de continuar—. [...] Cary Grant, Ray Milland y, por supuesto, Charlie Chaplin. Para triunfar en el mundo tenías que triunfar en América.

En Inglaterra —continuó—, los discos americanos importados dominaban el mercado, y nunca pudimos romper aquel dominio. Los álbumes norteamericanos se vendían más que el producto nacional por una relación de cinco a uno. No era de extrañar... La lista iba desde Sinatra, Presley y Crosby hasta Mitch Miller, Guy Mitchell y Doris Day. Había decenas de grandes nombres y, por supuesto, la mayoría de los músicos de jazz: Ellington, Armstrong, Basie y el resto. En ese contexto tradicional, cualquier idea para revertir la tendencia había sido casi impensable.

Lo que los Beatles estaban a punto de hacer era algo sin precedentes y, para nosotros, casi increíble. Estar allí y ver a todas aquellas famosas estrellas norteamericanas haciendo cola para ver a los Beatles y rendirles homenaje fue una experiencia extraordinaria.[4]

Sus dos primeros lanzamientos norteamericanos, «Please Please Me» y «From Me to You», no habían tenido impacto en las listas. En Capitol, la división de EMI en Estados Unidos, no estaban en absoluto impresionados con ellos. Su curiosidad despertó cuando el presentador de televisión Ed Sullivan conectó con el aeropuerto de Heathrow y se encontró con miles de chicas adolescentes fuera de sí. ¿De qué iba todo aquello? ¿Algún grupo pop volviendo a casa desde Suecia? Ni siquiera había oído hablar de ellos. Sin embargo, algo le dijo que no podía ignorar aquello. Oh, sí, ahora estaba de acuerdo con Eppy: aquellos tíos realmente podrían ser más grandes que Elvis. En un abrir y cerrar de ojos los había contratado para que actuasen en su programa. Fue el impulso que Capitol necesitaba, ahora que el sello se había quedado rezagado y había dejado pasar otros lanzamientos. Cuando el presentador de CBS News Walter Cronkite se inició en la Beatlemanía y se refirió a la «invasión británica», y cuando los muchachos empezaron a escribir a las emisoras locales suplicando poder escuchar a aquellos Beatles en la radio, Capitol hizo un cambio radical. A finales de diciembre de 1963 se publicó de forma apresurada el sencillo «I Want to Hold Your Hand». Al cabo de solo unos días ya se habían vendido un millón de copias. Te lo dije.

*

¿Cómo y dónde oyó hablar por primera vez de los Beatles el presentador de la BBC Paul Gambaccini *(Gambo)*, nacido en el Bronx, que entonces tenía solo catorce años?

> Fue en WINS, la emisora de Nueva York. Estaba en el porche de nuestra casa familiar en Connecticut, conectado a la radio, y el DJ dijo, aproximadamente a las 13.40 horas: «Ahora voy a poner un tema dedicado a los trabajadores navales británicos del West Side de Manhattan. Están en la ciudad y seguro que les gustaría oír el *single* que ha alcanzado el número 1 en su país, "I Want to Hold Your Hand", de los Beatles». Puso el disco y escuché el mensaje entre líneas. Eso es todo lo que puedo decir: lo escuché.
>
> Hay que entenderlo: el presidente Kennedy había sido asesinado el 22 de noviembre, hacía algo más de dos meses. Nos encontrábamos en un profundo duelo nacional, el más profundo que yo he visto en mi vida. Durante bastantes días después de que ocurriese, la nación no valía para nada. Y, aunque ya había escalado en las listas antes del asesinato, Sor Sonrisa se encumbró de repente en el número 1. Como si fuese una penitencia nacional.[5]
>
> Y entonces llegó Bobby Vinton, recuperando la canción de los cuarenta de Vaughn Monroe «There! I've Said It Again». Esa también llegó al número 1. Y resultó la última canción en llegar al número 1 en los *US Hot 100* antes de

los Beatles.

De modo que —recuerda Paul— era como si todo el mundo estuviese de luto, incluso las listas de ventas. Y de repente, cinco semanas después, apareció de la nada un sonido totalmente nuevo que anuló cualquier cosa que hubiese pasado antes. Sucedió muy rápido, fue como las redes sociales de hoy en día. Mi generación, que seguía emisoras similares a WINS por toda América, escuchó «I Want to Hold Your Hand», e inmediatamente quisimos más.

Una vez le dije a Paul McCartney: «Los psicólogos dicen que una gran tristeza solo puede ser reemplazada por una gran felicidad. La intensidad del éxito de los Beatles en América durante aquellos primeros cuatro meses fue una vía de escape del duelo por el presidente Kennedy». «¡Nunca había pensado en ello!», respondió él. ¡Nunca se lo había planteado! En serio, simplemente no se le había ocurrido. Como estaba viviendo el momento y las cosas sucedían día a día, no se había parado a pensar en el presidente Kennedy.

Tal como Gambo describe, los Beatles «aprovecharon la ventaja de haber fracasado».

Los éxitos británicos no habían sido temas de éxito en América. Y Capitol había autorizado la publicación de los temas anteriores a otros sellos. Una vez que decidieron que «I Want to Hold Your Hand» sería la canción a la que darían el impulso definitivo, todas las demás volvieron a publicarse, en todos aquellos otros sellos, al mismo tiempo. Todo el mundo quería sacar tajada. No estaban dispuestos a esperar. Salió «Love Me Do» en Tollie Records, «Please Please Me» en Vee-Jay, «She Loves You» en Swan, y hubo una famosa semana, la de la lista del 4 de abril de 1964, en que los Beatles coparon el *top* 5 en América: «Can't Buy Me Love», «Twist and Shout», «She Loves You», «I Want to Hold Your Hand» y «Please Please Me». Nadie había conseguido aquello antes que ellos, y nadie lo ha conseguido desde entonces. Ni teniendo en cuenta el *streaming*. Y, por supuesto, en aquella época, tenías que adquirir el *single* físico, de modo que aquellos temas se estaban vendiendo. Y estaban en el *top* 5. Y los Beatles obtuvieron veinticinco *Hot 100* aquel año. Literalmente, nada era suficiente para ellos.

¿Qué fue exactamente lo que atrapó la imaginación de los norteamericanos de aquellas canciones?

Al principio era solo un mensaje estrictamente positivo: «Quiero *algo*». ¿Y qué era aquel *algo*? «Cogerte la mano» *(«Hold your hand»)*. «Ella te quiere, sí, sí, sí» *(«She loves you, yeah, yeah, yeah»)*. No decían «no, no, no». Y la experiencia fue tan inspiradora, después de aquella terrible tragedia, que hizo que el asesinato de Kennedy se convirtiera en historia de forma instantánea. Ahora estábamos en una nueva era feliz. Esto quedó confirmado con su aparición en *The Ed Sullivan Show*, que alcanzó el mayor índice de audiencia de su historia. Imagínate hoy a 73 millones de personas viendo el mismo programa al mismo

tiempo. Esta es la razón por la que muchas estrellas del rock han declarado que ver aquella actuación fue un momento epifánico. Bruce Springsteen, Billy Joel, Tom Petty y el resto, todos dijeron que ver a los Beatles en el programa de Ed Sullivan les hizo pensar: «Oh, ¡tengo que hacer esto!».

Pero espera. Otros grupos británicos lo habían intentado y no habían llegado a ninguna parte. Los Beatles estaban advertidos por el fracaso de sus predecesores. Sabían que había una grieta. Por eso impusieron una póliza de seguro y se negaron a subirse en un Boeing 707-331 Jet Clipper Defiance para hacer las Américas hasta que alcanzasen el número 1 allí. Luego sucedió, y los Beatles fueron a América. Sus caras, que no eran solo unas caras bonitas, llenaron *Time, Life* y *Newsweek*, pero, además, se desató el caos el viernes 7 de febrero de 1964 a las 13.20 (hora del este de Estados Unidos), cuando aterrizaron en el aeropuerto JFK en el vuelo 101 de Pan American World Airways. Los recibieron cuatro mil fans histéricas y más de doscientos periodistas que intentaban mantener la compostura. Tuvieron que correr al pisar tierra. «I Want to Hold Your Hand» se mantuvo en lo más alto de las listas durante siete semanas, y dio paso a «She Loves You», seguida en abril por «Can't Buy Me Love». Los sencillos de los Beatles reinaron durante más de tres meses en el país, hasta que fueron apartados por «Hello Dolly». En retrospectiva, los Beatles y Louis Armstrong son una yuxtaposición embriagadora. Resueltos, los chicos contraatacaron con «Love Me Do». Lanzaron «A Hard Day's Night» aquel mes de julio, al que siguió el sencillo «I Feel Fine». Seis números 1 en Estados Unidos en un solo año destrozaron el récord de Elvis de finales de la década de 1950. Eran intocables. Las carreras de muchos ídolos americanos de los cincuenta, entre ellos Neil Sedaka, quedaron arruinadas. Al lado de los Beatles, todo lo que los había precedido palidecía hasta convertirse en algo aburrido. Su actitud fresca y despreocupada, su humor socarrón y su descaro, mezclado con sus bromas, su forma insolente de fumar y de hacer el payaso durante las ruedas de prensa y su incapacidad para tomarse a ellos mismos o algo en serio dejó asombrada a América.

El domingo 9 de febrero los llevaron en limusina hasta el estudio 50 de la CBS, donde se grabó incluso la prueba de sonido. Justo cuando daban las 20.00 horas, se oyó: «Señoras y señores..., ¡The Beatles!». Calentaron con «All My Loving» y «Till There Was You»

antes de atacar con «She Loves You». Su segundo set elevó «I Saw Her Standing There» y «I Want to Hold Your Hand» a la altura del orgasmo. Los músicos apenas podían oírse. Había empezado. La cuota de pantalla se disparó: 73 millones, casi el 40 por ciento de la población americana.

«Así que 73 millones de personas ven el programa y de repente todo es Beatles, Beatles, Beatles», recuerda Gambaccini.

«¿Tú lo viste?»

> ¡Por supuesto! Desde entonces he pensado que, si le preguntas a cualquiera de mi generación sobre el origen de la frase «lo siento, chicas, está casado», te dirían que fue aquella noche. Fue John. Y era increíble. Todos tuvieron un impacto espectacular, pero John estuvo por encima de todos. Todo el mundo lo vio, todo el mundo lo recuerda. El recuerdo perdurable de aquella actuación se basa en que es una representación visual y tangible de nuestra generación.
>
> Eran cuatro. Eran distintos unos de otros, de modo que representaban todas las características de los hombres jóvenes. Y luego, como aprendimos muy rápidamente, porque nunca teníamos suficiente de ellos y todo el mundo quería saber más y más, Ringo fue nuestra puerta de entrada. Porque Paul, John y George ya parecían dioses. Eran intocables. ¿Cómo podrías ser como ellos? Era imposible. Pero Ringo era lo que los americanos llamarían un tipo normal, de modo que era nuestro reflejo en los Beatles. Estoy hablando desde el punto de vista masculino. Por supuesto, desde el punto de vista femenino era totalmente diferente. Recuerdo a Bill Wyman hablando, refiriéndose a todos los conciertos contemporáneos de los Rolling Stones, sobre el olor a orina. Las mujeres podían llegar a mearse encima, literalmente. Bill decía que el hedor era insoportable. Esto es el resultado de una pérdida total del control muscular causada por la histeria. Solo tienes que echar un vistazo a aquellos primeros programas de televisión. Las chicas se volvían locas. Los chicos observan, y sabes que les gusta, pero no están gritando, sacudiendo la cabeza y desmayándose. Sus manos no están en el aire. Están relativamente calmados, teniendo en cuenta todo lo que está ocurriendo a su alrededor.

Parte de la prensa enmarañaba sinsentido sobre lo que solía pasar con estas modas tan febriles y repentinas. Decían que el mundo ya lo había visto antes. Franz Liszt, Frank Sinatra, Elvis Presley. Que pase el siguiente. Ken Russell eligió en 1975 al líder de The Who, Roger Daltrey, para que interpretase al compositor y pianista húngaro del siglo XIX Franz Liszt en su película repleta de sexo *Lisztomania*, dirigiendo así a una de las más grandes estrellas mundiales del rock interpretando a la primera estrella del rock de la historia. La partitura era de Rick Wakeman e incluía en un pequeño papel a Ringo Starr. La «fiebre de Liszt» se consideró una enfermedad, reconocida por primera vez durante la temporada de conciertos en París, cuando las mujeres se volvieron histéricas hasta el punto de atacarse entre sí. Su

comportamiento se declaró contagioso. Cien años más tarde, las quinceañeras de los cuarenta se volvieron locas de una forma similar con Frank Sinatra. Luego llegó Presley en los cincuenta y los Beatles en los sesenta, que pasarían el testigo a Marc Bolan una década más tarde. La deslumbrante forma en que sus fans lo adoraban fue apodada «T. Rextasy».

> «¡Pero en ninguna de estas eras anteriores se reportó nada sobre micciones!» apunta Gambaccini.
>
> Las chicas perdiendo el control hasta ese punto, lo cual en mi vida es sinónimo de Elvis y los Beatles... No puedo ni imaginármelo ahora.
>
> No es de extrañar que la gente pensara que aquello solo duraría un par de años, porque, después de todo, aquellas chicas iban a hacerse mayores. No iban a estar gritando para siempre. Y no puedes mantener tus canciones en el *top* 5 cada semana; lo normal es que vaya apagándose, o que se extinga definitivamente.
>
> Con todo, escuchas a los Beatles en aquel primer año de extraordinaria fama, tomándose en serio y tratando de responder seriamente a la pregunta: «¿Qué vais a hacer cuando todo esto acabe?». Se daba por hecho que aquello iba a terminar. Por supuesto, esto es como preguntar a Beethoven o a Mozart: «¿Qué tenéis pensado hacer cuando esto se acabe?». Nunca se acaba. Ni para los grandes compositores clásicos, ni para los Beatles.

Paul me recuerda algo que ha estado diciendo durante veinte años: que ha habido dos periodos en la historia de la música en los que o estabas allí o te lo perdiste. El primero fue en Viena en el siglo XVIII, cuando coincidieron las vidas de Ludwig van Beethoven, Wolfgang Amadeus Mozart y Franz Schubert. Imagínate el entusiasmo de ser uno de aquellos privilegiados, mayormente aristócratas, que asistieron a sus primeras interpretaciones y pudieron mezclarse con ellos en los salones. Aunque no estuvimos allí, somos lo suficientemente afortunados para ser capaces de disfrutar de su música. Pero la emoción de estar allí debió de ser increíble. Luego, de repente, dice, llega la década de 1960, y con ella la Beatlemanía, y o estabas allí o no estabas.

> Y fue *tan* emocionante —se entusiasma, volviendo a ser casi un adolescente—. Los Beatles eran el Centro de Control de la Misión Cultural. La gente se dejaba el pelo largo porque ellos lo llevaban largo. Luego dejaron de llevar trajes y corbatas porque los Beatles también lo hicieron. Y después se pusieron psicodélicos porque los Beatles se pusieron psicodélicos. Realmente, fue un avance de cómo sería, a menor escala, con David Bowie, cuando los fans se presentaban a los conciertos vestidos y maquillados conforme a la imagen de Bowie del último año.
>
> Aún me parece increíble que ambos representaran y dirigieran a su generación. Esto no había ocurrido nunca antes, y sentó un precedente.

> Recuerda que los Beatles escribieron sus propias canciones. Sinatra y Presley no lo hicieron. Una cosa en la que los Beatles eran muy buenos, y que fue lo que les permitió generar tanto material, fue que escribían lo que tenían en su mente *mientras* estaba en su mente. No se censuraban. Era un proceso completamente natural. Y lo cambió todo.

Mirando atrás, Paul describe su carrera entera como una reacción a los Beatles.

> Siempre he pensado que si «estás vivo» tienes que estar involucrado con lo que hay en tu época. Y allí estaba yo, yendo a la universidad mientras los Beatles dominaban la música y el entretenimiento popular, de modo que tenía que participar de alguna manera. La transmisión de la música tanto por la radio como por la prensa, y con esto quiero decir la revista *Rolling Stone*, era el siguiente paso evidente.

*

Dos días después del programa de Ed Sullivan, los tres Intocables y Ringo se marcharon a Washington D. C. para su concierto debut en el Coliseum. Dondequiera que fuesen se desataba la locura; incluso en una recepción de la embajada británica en su honor después del concierto, en la que una invitada le llegó a cortar un mechón de pelo a Ringo y se escapó con un bucle como recuerdo. Starr se puso hecho una furia del disgusto. La fan no debería haberse molestado: había *merchandising* barato de los Beatles por todas partes. No nos detendremos en los acuerdos desastrosos de Eppy, ni en los extremos hasta los que fueron estafados. Después de un par de apariciones en el Carnegie Hall de Nueva York («¿Me recuerdas cómo habéis llegado hasta ahí?» «¡Ensayando!»), los llevaron a Miami para actuar de nuevo en *The Ed Sullivan Show*. Los productores sabían cuál era su mejor apuesta: el 16 de febrero, casi 70 millones de personas volvieron a ver el programa en su segunda aparición. Después hubo un interludio para empaparse de sol, que fue interrumpido por una ahora famosa sesión fotográfica con Cassius Clay antes de que se marchase contoneándose a golpear a Sonny Liston, en una controvertida pelea aclamada desde entonces como el cuarto mejor momento deportivo del siglo xx. Las leyendas conocieron a la leyenda: el futuro The Greatest («el Más Grande»), Muhammad Ali.

Después volvieron a Londres. Regresaron y fueron recibidos como héroes. Diez mil colegialas, estudiantes, secretarias y dependientas desesperadas por captar un destello de sus ídolos esperaban de pie

balanceándose al amanecer.

CAPÍTULO 10

Alma

«Lo más sorprendente que llegué a saber de John —dijo Keith Altham — fue que buscaba desesperadamente el amor. Recuerda que estaba casado cuando lo conocí, por lo que no debería estar buscándolo en absoluto. Pero lo buscaba. El problema con John era que, cuandoquiera que lo encontrara, le aterrorizaba perderlo. Entonces reaccionaba contra él y lo rechazaba. Era como decir: "Me deshago de ti antes de que puedas deshacerte de mí".»

Nunca pudo deshacerse de su primer amor.

Cynthia Lennon me contó que John creía que el suyo era Alma Cogan, una popular pero debilitada estrella de la canción ocho años mayor que él. También estaba extrañamente convencido de que Alma era la reencarnación de su querida madre Julia, a pesar del hecho de que ambas mujeres coexistieron. Sus vidas se solaparon unos veintiséis años. Cynthia insistía en que fue la muerte de Cogan, junto con la necesidad desesperada de John de encontrar una sustituta para la figura materna, lo que lo llevó a los brazos de Yoko Ono.

> John creía que yo no sabía nada sobre él y Alma, y yo nunca dije nada —confesaba Cyn—. Si pienso en ello ahora, ya despojada de toda emoción, puedo entender totalmente la atracción. Alma era mayor que John y se parecía mucho a la figura de una tía.

Es evidente que John tenía debilidad por las mujeres mayores que él.

> No olvides que Yoko también era mayor que él, unos siete años. Como Yoko, en muchos aspectos Alma era una mujer muy cautivadora. A ambas las movía la autoestima. Realmente, no se podría decir que ninguna de las dos fuese guapa, por lo menos no en el sentido convencional. Pero era como si de verdad creyeran que eran especiales. Si puedes convencerte de eso, el resto de la gente también tenderá a pensar que lo eres. Eran muy parecidas en ese sentido. No, la idea de John y Alma juntos no me sorprende en absoluto. Ella era sexy,

vivaz y divertida. Una mujer de mundo. ¿Por qué no iba John a sentirse atraído por ella?

Cuando Alma murió a causa de un cáncer ovárico en 1966, con solo treinta y cuatro años, John quedó «desconsolado», según dijo Cynthia. «Fue trágico, sentí pena por todos ellos: Alma, su madre y su hermana, y sí, incluso por John. En aquel momento, desde un punto de vista egoísta, no pude evitar sentirme aliviada. Mi marido había perdido a la persona que quizá había asignado en su cabeza para reemplazar a su querida Mimi. Mi matrimonio ya no estaba amenazado.»

Alma, «la chica con una risa en la voz» y la primera estrella del pop femenina del Reino Unido, era la mujer británica mejor pagada del mundo del espectáculo en la década de 1950. Con la llegada de la televisión, se convirtió en un nombre famoso. Nacida Alma Angela Cohen en Whitechapel el 19 de mayo de 1932 en el seno de una familia judía de ascendencia ruso-rumana, empezó a participar en concursos de talento desde pequeña. Comenzó a cantar en los bailes a la hora del té para ganarse el sustento mientras estudiaba confección, y actuó en musicales y espectáculos de variedades. Luego la nombraron cantante de la banda residente en el hotel Cumberland de Londres. Publicado por el sello HMV, su primer sencillo, que grabó el día de su vigésimo cumpleaños, se emitió en BBC Radio. Consiguió colocar en el *top* 5 el éxito «Bell Bottom Blues» en abril de 1954, cuatro años antes de la muerte de la madre de John. Con la llegada de los sesenta y la era televisiva, tuvo su propio programa de televisión. Su imagen era el prototipo de las salas de baile de los cincuenta: enaguas de varias capas de tul y encaje, ondulantes y con plumas; ojos pintados a modo de esfinge y largas pestañas falsas; pelo con mucha laca y ahuecado, labios rojos y brillo en abundancia. Aunque su voz al hablar oscilaba entre la de un niño lloriqueando y un tono sensual y ronco, cantaba con una claridad similar a la de una campana y con un guiño de complicidad.

Era la típica chica sofisticada judía del East End con un corazón de oro, el pelo cardado y aquellos increíbles vestidos de fiesta típicos de los cincuenta —recordaba Cynthia—. No era el tipo de cosas que yo me pondría ni muerta. Estaba un poco pasado de moda. Todas sus canciones eran frivolidades de la América de los cincuenta, como «Dreamboat» y «Sugartime». Cuando John y yo estábamos en la universidad, Alma Cogan era una superestrella. John no la soportaba, solía burlarse de ella todo el rato. La imitaba maliciosamente

cantando: *«Sugar in the morning, sugar in the evening, sugar at suppertime»* y nos moríamos de risa. En aquel momento nunca hubiese pensado, ni en un millón de años, que podría enamorarse de una mujer tantos años mayor que él, cuya música no toleraba y a quien había ridiculizado sin piedad. John tenía esa vena increíblemente cruel, no podía evitarlo.

Los Beatles conocieron a Alma el 12 de enero de 1964, cuando compartieron cartel con ella en el tremendamente popular programa de variedades *Sunday Night at the London Palladium* de ATV. Los chicos habían debutado en el programa en octubre del año anterior.

«John se volvió loco con ella —dijo George Harrison más tarde—. Creía que era realmente atractiva, y se quedó destrozado cuando murió.»

Tal vez resultó inevitable que fuesen invitados a sus legendarias fiestas que duraban toda la noche en el 44 de Stafford Court, el pequeño apartamento en Kensington High Street, situado en un edificio ahora distinguido con la placa azul, que compartía con su madre viuda, Fay, y con su hermana Sandra. Fue allí donde Alma recibió a algunos de los nombres más importantes de la industria del espectáculo: sir Noël Coward, Sammy Davis Jr., Audrey Hepburn, Cary Grant. Tenía una relación cercana con Brian Epstein. Era uno de sus acompañantes habituales, junto con el compositor y creador de *Oliver!*, Lionel Bart, que le dio el papel de Nancy en su musical. Los rumores decían que Brian estaba planeando proponerle matrimonio a su elegante amiga. La llevó a Liverpool para que conociese a sus padres, y se dijo que la adoraban. El único inconveniente era Bart, que también había expresado su deseo de casarse con ella, a pesar de su debilidad evidente por Judy Garland. El hecho de que ambos fueran homosexuales no ayudaba. Entonces, ya en la treintena, Alma estaba destinada a no casarse nunca. Incluso se rumoreaba que era lesbiana y que tuvo una relación con la asesina de los páramos, Myra Hindley.

Nunca me invitaron a las fiestas de Alma, me mantenían en secreto —me contó Cynthia—. John era una famosa estrella del pop, y la idea era que las legiones de fans femeninas estuviesen felices. No era positivo para su imagen tener una mujer y un hijo beneficiándose de él. Brian insistía en eso. John tenía que ser percibido como un hombre soltero, y yo sencillamente tenía que aceptarlo. Todo el mundo con un cierto nombre acudía a aquellas fiestas: Roger Moore, Ethel Merman, Michael Caine, e incluso la princesa Margarita. Yo nunca fui a una.

Sin embargo, contradijo estas declaraciones en sus memorias,

publicadas unos quince años después de nuestra entrevista.

«Muchas veces nos invitaba a fiestas en su lujoso apartamento en Kensington High Street», declaró Cyn, al tiempo que describía la decoración de la casa de Alma «como la de un club nocturno elegante con telas satinadas oscuras y muy coloridas, y brocados por todas partes». Escribió sobre el «lujo hedonista» que había allí dentro, sobre cómo la atiborraban de champán, cómo la hicieron sentir «sumamente consciente de sus imperfecciones» en aquel entorno y entre gente tan glamurosa, y cómo sintió que no estaba «al mismo nivel». El tiempo había hecho maravillas en su memoria.[1]

«Tuvieron que pasar años para que me enterase de que John y Paul pasaron mucho tiempo en casa de Alma —me explicó—. John llamaba a su madre Ma McCogie, y solía llamar Sara Sequin a su hermana. Paul compuso "Yesterday" en el piano de Alma, con su hermana Sandra sentada a su lado. Supuestamente, Paul tuvo algo con Sandra, pero no sé si es cierto. El título provisional de la canción era "Scrambling Eggs" ("Huevos revueltos"), porque eso era lo que Fay les había cocinado para la hora del té. *"Scrambled eggs, oh my baby how I love your legs..."* ("Huevos revueltos, oh, chica, cómo me gustan tus piernas...").» Alma se convertiría en la primera mujer en grabar «Yesterday».

Ella y John enseguida empezaron a disfrutar de una verdadera aventura, que se desarrolló en habitaciones de hotel de Londres. Llegaban disfrazados y se registraban como «señor y señora Winston». La clave era el segundo nombre de John. Cuando los Beatles empezaron a salir de gira muy a menudo, sus encuentros se hicieron cada vez menos frecuentes. La fama de Alma empezó a disminuir, a causa del ascenso de cantantes más jóvenes y atractivas como Dusty Springfield, Sandie Shaw y Lulu. Hizo todo lo que pudo para conservar a su público, incluso grabó con los Beatles éxitos como «Help!» y «I Feel Fine», así como «Yesterday», y también una melancólica «Eight Days a Week» con un gran protagonismo de las cuerdas y un final estridente y desgarrado que desafiaba el estado de ánimo de la canción. Aunque eran interpretaciones dignas y honestas, no podía evitar que le estallase la cabeza.

Alma experimentó una pérdida de peso muy marcada, que sus amigos justificaron como el resultado de las inyecciones para adelgazar a las que se había enganchado, tal vez en un intento por

avivar la pasión de su joven amante famoso en todo el mundo. Se le diagnosticó un cáncer de ovarios en 1966, pero es posible que nunca se lo comunicasen. Lo supiera o no, se negó a dejar de trabajar para centrarse en su salud. Empezó a escribir material para un álbum nuevo, y continuó viajando y actuando. Se desplomó durante un concierto en Suecia. Pronto se descubrió la gravedad de su dolencia. Voló directamente al hospital Middlesex en Londres, donde murió el 26 de octubre, a los treinta y cuatro años. Ella y John no pudieron despedirse. En el momento de su muerte él estaba con Cynthia en España, donde había estado filmando *Cómo gané la guerra* con Richard Lester. También había celebrado allí su vigésimo sexto cumpleaños, poco más de dos semanas antes.

Ciertamente, su muerte podía haberse anunciado en la radio con más sensibilidad en lugar de hacer sonar su evocadora versión de «Cheek to Cheek» («Heaven, I'm in heaven...»), de Irving Berlin. Así fue. Su funeral fue multitudinario, lleno de famosos; asistió todo el mundo que era alguien en el mundillo. Brian Morris, el gerente del club Ad Lib, quien, según los rumores, estaba perdidamente enamorado de ella, perdió los papeles e intentó arrojarse a su tumba. La enterraron en el cementerio judío de Bushey, Hertfordshire.

Cynthia insistía en que, si Alma hubiese seguido viva, John nunca habría abandonado a su mujer y a su hijo por ella. Cyn creía que su historia se hubiese desinflado de manera natural —«como todas las demás aventuras», decía con tristeza— y John habría vuelto a casa con el rabo entre las piernas, «como siempre hacía».

¿Cynthia creía realmente que Alma era el verdadero amor de John?

«Podemos autoconvencernos de casi todo cuando nos consume el dolor —dijo en voz baja—. Como ella estaba muerta, era seguro para John convencerse de eso. No amenazaba nada más. Desde luego, no nos amenazaba a nosotros.»

Pero todo llegaría.

CAPÍTULO 11

Años vividos

Mantén siempre la puerta y el corazón abiertos, pase lo que pase. No guardes rencores. Haz las preguntas pertinentes («¿qué pasó?», «¿dónde estabas?»), y prepárate para una verdad alternativa. Es el tipo de abordaje que el John maduro, más dispuesto y que tenía en cuenta el panorama completo podría haber tomado en años posteriores, cuando se enfrentó al fantasma de su infancia. A los veinte años, desafiante y frágil, no tenía intención de hacer tal cosa. En lo que a él respectaba, su padre los había abandonado a él y a su madre para centrarse en una vida sin preocupaciones en el mar. John estaba enfurecido por ello. Tenía derecho a estarlo. En aquel punto, nada podía haberlo convencido de lo contrario.

Las historias de Freddie Lennon apareciendo por sorpresa después de enterarse de que su hijo era mundialmente famoso, aceptando empleos como lavaplatos o pinche de cocina en bares y hoteles muy cerca de Kenwood, descubriendo dónde vivían John y Cyn y presentándose en su puerta vestido como un vagabundo y pidiendo limosna; historias de Cyn cortándole el pelo y preparándole una tostada con queso derretido mientras esperaban que John regresase a casa, cosa que no sucedía; de Freddie irrumpiendo en la oficina de NEMS en abril de 1964, armado con un periodista que ya salivaba, pidiendo ver a su hijo perdido hacía mucho tiempo, en una invasión que provocó un ataque de pánico de Epstein y una reacción furiosa de John tal vez han sido embellecidas cada vez que se han contado. ¿John apareció cuando lo convocaron para este enfrentamiento en la oficina? ¿Realmente, le gruñó a su padre «¿dónde has estado los últimos veinte años»? ¿De verdad alguien diría algo así fuera de un guion? Y, por otro lado, ¿qué se suponía que debía decir? ¿Cómo reaccionarías tú? He intentado imaginarme el momento en que los

Lennon sénior y júnior se enfrentan cara a cara por lo que debió de ser su tercera vez en toda su vida; los dos hombres siendo la viva imagen del otro, con más o menos arrugas, mentón y pelo gris grasiento; el mayor mirando muy de cerca maravillado a su yo más joven, mientras el joven se enfrentaba a un destello del futuro acongojado. En esos momentos las caras se convierten en espejos. Se puede viajar en el tiempo.

Freddie solo tenía cincuenta y tres años, pero, oh, Dios, la vida no se había portado bien con él. Hubiese encajado más verlo en un saco de dormir destrozado bajo los arcos del puente de Waterloo, aferrado a una botella de Bell's dentro de una bolsa de papel marrón. Protestó diciendo que fue Julia quien lo había dejado a él y no al revés; que su propia familia y amigos le habían dado la espalda; que su suerte, bastante escasa ya para empezar, se había agotado, y que, por supuesto, estaba sin blanca. Parece que John se compadeció de él, metió la mano en el bolsillo y despachó a su hasta el momento distante padre para que se fuese por donde había venido. Pero el sencillo e inocente Freddie estaba listo para ser explotado. Debería darles vergüenza a quienes aprovecharon la oportunidad para meterlo en un estudio y grabar «That's My Life (My Love and My Home)», un tema escrito por el representante de artistas Tony Cartwright, que en esa época era el mánager de Tom Jones. El sello Pye publicó el sencillo el 31 de diciembre de 1965.

> Freddie había nacido para ser artista, tenía una voz muy rica y emocional, con la que deleitó a todo el bar —contaba Tony Cartwright sobre su «mejor amigo» al *Daily Mail* en 2012—. No quería subirse al carro de los Beatles, pero yo sentí que podía ser una estrella por derecho propio. La noticia se expandió, y al día siguiente me llamó Brian Epstein, el mánager de los Beatles: «Dime que no es cierto, Tony —imploró—. ¿El padre de John es realmente un lavaplatos? ¿Qué van a hacer los periódicos con todo esto?».

El sencillo generó publicidad. Que el batería y el bajista de la grabación fuesen nada más y nada menos que Mitch Mitchell y Noel Redding no tuvo ninguna importancia en su momento. Solo posteriormente afloró que el sencillo de Lennon sénior resultó ser la primera grabación conocida de quienes pronto iban a convertirse en los reconocidos miembros de The Jimi Hendrix Experience.

El disco de Freddie pudo haber sorprendido en las listas de ventas. Parecía que estaba camino de hacerlo. ¿Por qué no se le dio

cobertura radiofónica, dada la conexión con los Beatles? Grabaron para la televisión holandesa en Ámsterdam. Morris Levy, de Roulette Records, llamó a Tony desde Estados Unidos, entusiasmado: «Tienes que traer a papá Lennon. Ha vendido ya ciento ochenta mil *singles*, ¡es todo un éxito en nueve estados!». El éxito era predecible, pero de repente el sencillo desapareció. John y Brian serían acusados posteriormente de haberlo saboteado. ¿Realmente lo hicieron? Definitivamente, se sospecha sobre acuerdos deshonestos, lo que provocó que Freddie y Tony fuesen a Kenwood para enfrentarse a John, preguntándole por qué había hecho tal cosa y suplicándole que le diese un respiro a Freddie. John supuestamente no tenía nada que decir. Se negó a invitarlos a entrar y les cerró la puerta en la cara. ¿Lo hizo? Si es así, cabe preguntar cómo sortearon las verjas y las chicas, para empezar. John y Cyn tuvieron que verlos llegar.

«Freddie estaba desolado y dejó inmediatamente la industria musical —insistía Tony—. Me decía: "Solo me ha traído infelicidad. Prefiero volver a lavar cazuelas". Y eso hizo.»

Pero esta versión ignora a conveniencia el furor que Freddie Lennon había desatado por todo Londres como la última celebridad de moda. Había mucho de eso en aquella época. El 6 de enero de 1966, por ejemplo, se había presentado en la fiesta de lanzamiento del sencillo debut de David Bowie & The Lower Third, publicado por Pye, «Can't Help Thinking About Me» en el Gaiety Bar de Bayswater, donde se lo recuerda fuera de sí y desviviéndose por impresionar a los invitados con su ilustre identidad. Cartwright también olvidó mencionar en su obra los otros tres sencillos de Freddie Lennon, grabados con un grupo llamado Loving Kind. No es que ninguno de esos lanzamientos tuviese algún tipo de éxito, aunque hoy en día podrían valer una suma considerable en manos de algún coleccionista.

Si no fuese por esa desafortunada primera grabación, que solo sirvió para humillar y enfurecer a John y para distanciarlo aún más de Freddie, ¿las cosas podrían haber sido distintas? ¿El pasado hubiera quedado en el pasado y se podría haber forjado una nueva relación? Aunque todo lo demás se hubiese evaporado, quedaba el ADN. Pero el amor es más espeso que la sangre. No podemos hacer mucho al respecto. La traición siempre ha sido su asesina.

*

John se suavizó. Freddie encontró a otra mujer en 1966, o debería decir a una «muchacha». Conoció a la adolescente Pauline Jones, una estudiante de la Universidad de Exeter nacida en julio de 1948 y treinta y cinco años más joven que él, durante las vacaciones de Navidad, cuando ambos trabajaban en la cocina del hotel Toby Jug.[1]Pauline suplicó a su madre que la dejase casarse con él, pero Jean Jones se negó a darle permiso. Freddie continuó adornando las páginas de los periódicos, para fastidio de John. Durante el verano de 1967, el tío paterno de John, Charlie, le escribió rogándole que ignorase los tabloides e implorándole que viese a su padre. Ablandado por las enseñanzas de meditación trascendental del gurú Maharishi Mahesh Yogi, John accedió. Tal vez a John le convenía tener a su propio padre cerca para contrarrestar la influencia cáustica de Lillian, la madre de Cynthia, que nunca escondió su desprecio por John, aunque no le importaba gastar su dinero. John invitó a su padre a mudarse con ellos. La novedad pronto se desvaneció: John casi nunca estaba en casa y Freddie se sentía solo. Le pidió a John que le buscase una vivienda cerca de su casa. Se le proporcionó un apartamento en Kew y una prestación. John incluyó a Freddie y a Pauline en la lista de invitados a la fiesta de disfraces con ocasión del estreno de la película *Magical Mystery Tour* en el hotel Royal Lancaster de Londres el 21 de diciembre de 1967, en la que John, muy borracho y vestido como un roquero de los cincuenta, flirteó descaradamente con la mujer de George Harrison, Pattie. La pareja pasó la Navidad en Kenwood. Luego Cynthia ofreció a Pauline un empleo como niñera de Julian y respondiendo a los montones de cartas que enviaban los admiradores de John, ofreciéndole los antiguos aposentos de Freddie en el ático. Pauline pronto se mudó a vivir con Freddie, y antes de cumplir los veinte ya estaba embarazada. Su madre intentó que su hija quedara bajo la tutela de los tribunales. John pagó los honorarios legales para desafiarla. Pauline, que estaba expuesta a una gran cantidad de estrés, tuvo un aborto. El juez permitió la relación, pero les prohibió casarse hasta que Pauline cumpliera veintiún años. En junio de 1968 estaba embarazada de nuevo. John los ayudó a escaparse a Escocia, donde podían casarse legalmente. Lo hicieron en Gretna Green, en lo que pudo haber sido el vigésimo cumpleaños de Pauline. John les proporcionó un apartamento de una habitación en Brighton. Después

les compró una casa allí, de la que conservó las escrituras. Después de que naciera David Henry, el primero de los dos hermanastros de John, en febrero de 1969 (Robin Francis llegó en octubre de 1973), John cortó la relación. Padre e hijo estarían casi dos años sin verse de nuevo.

John y Freddie volverían a encontrarse, una sola vez más, poco después de que John cambiase Inglaterra por Nueva York para no regresar nunca. John y Cyn se habían divorciado. John estaba entonces casado con Yoko. La pareja se había mudado a Tittenhurst Park, su mansión de estilo georgiano cerca de Ascot, y terminaba de llegar a casa después de un viaje a Los Ángeles de los que te cambian la vida, durante el cual se habían sometido a una terapia primal para modificar la personalidad con el doctor Arthur Janov. El doctor ayudaba a los pacientes a experimentar de nuevo y procesar el dolor de la infancia a través del grito. También les enseñó a enfrentarse a quienes ellos percibían que les habían infligido el dolor para erradicarlo. Por consiguiente, John invitó a su padre a Kenwood por su trigésimo cumpleaños, el 9 de octubre de 1970. Previendo una celebración, Freddie llegó con traje y botas, acompañado de una Pauline con vestido de fiesta, su hijo pequeño David y un regalo de cumpleaños. Pero en lugar de invitarlo a entrar en la fiesta avivada con champán, John le fastidió los planes a su padre, diciéndole que lo había convocado allí para informarlo de que quería apartarse definitivamente de él.

> Terminé la terapia y le dije que se largase, y se largó, y desearía no haberlo hecho, porque todo el mundo tiene sus problemas; también los padres díscolos —admitió John en 1976, en una entrevista que se incluyó en *The Beatles Anthology*—. Hoy, que soy mayor, entiendo la presión de tener hijos o de divorciarse y las razones por las que la gente no puede lidiar con sus responsabilidades.

No solo les quitó la casa, sino que también se les retiró la prestación. John se estaba vengando. Podemos entender que quisiera hacerlo. Pero por más enfadado que estuviera con su padre, por más profundamente que quisiera castigarlo por haberlo abandonado, John fue demasiado lejos. Desató su ira de forma tan corrosiva que estoy segura de que la paranoia inducida químicamente tuvo algo que ver. Convencido de que Freddie era la causa de todos sus complejos y defectos, incluso amenazó con matar a su padre si Freddie escribía un

libro revelando su vida privada. Freddie nunca se recuperó de aquel brutal ataque. Él y John no volvieron a verse.

> Janov tendría que responder por muchas cosas —suspira el especialista en psiquiatría Cosmo Hallström—. Mucha gente siente que necesita algo más. Todos buscamos alguna clase de explicación. Es natural y humano quererla. Algunas personas, como John, tienen un plan sobre el que trabajar, otras están menos obsesionadas, y muchas más están demasiado ocupadas simplemente existiendo. Luego está esta gente extravagante que tiene «respuestas» (recuerda que estamos en la época del ácido y de explorar el yo interior), que proporcionan una fórmula sobre la que trabajar. Para sacar provecho y para ganarse la vida.
>
> ¿Arthur Janov? Todo palabrería. A la gente parecía gustarle ese tipo de terapia en aquella época, pero no resistió el paso del tiempo. No creo que nadie se la tomase en serio. Dicho esto, lo que Lennon trabajó con Janov pudo tener algún efecto sobre él. En los años cuarenta, cincuenta y sesenta, la perspectiva psiquiátrica prevalente era que las mentes desquiciadas eran el resultado de un conflicto interior. La idea de que necesitas cinco años de terapia, cinco días a la semana, para que tu conflicto salga y poder así reformular tus ideas era muy freudiana. Luego llegó el LSD para ofrecerte una explosión de emociones no canalizadas. Fue una vía rápida hacia la iluminación.

El doctor Hallström, que casualmente estudió Medicina en Liverpool, también lo probó.

> No lo niego. No es ningún secreto. Altera la forma en que ves las cosas y te aporta una percepción diferente. Si eres joven y curioso te gusta explorar distintas formas de ver las cosas. Era psicodelia, colores distintos, estilos diferentes, y estaba bien si te funcionaba. Pero, por supuesto, mucha gente se quedó a medio camino a causa del LSD. Esta droga tuvo un efecto mucho más marcado en John que la terapia primal, especialmente en lo que se refiere a su tipo de mente. Es una droga muy poderosa. Te revuelve el cerebro. Mucha gente la tomaba y tenían viajes; algunos perturbadores, otros divertidos. Algunos de ellos eran una gran experiencia. La mayoría de ellos, no. Es importante recordar que en aquella época tomarlo era algo espiritual. Se trataba de abrir un nuevo camino. Creían que formaba parte de la misión hacer que otra gente lo probase, lo cual fue el motivo por el cual John terminó dándoselo a su mujer y a otras personas. Y, por supuesto, el LSD fue, sin duda, lo que modificó de forma más significativa las composiciones de los Beatles.

*

Freddie sí escribió una autobiografía, aunque no tenía la intención de publicarla. La escribió para John, para que quedase constancia, para dar su visión de la historia sobre su abandono; para hacerle saber de una vez por todas que fue Julia y no él quien arruinó el matrimonio y quien convirtió a John en víctima de un hogar roto. En una

inquietante premonición del estilo de vida que John adoptaría en Nueva York a mediados de los setenta, Freddie se convirtió en un hombre que se quedaba en casa para encargarse de las tareas del hogar y de los niños. Prodigó a sus hijos pequeños el tiempo y las atenciones que no había podido dar a John mientras su mujer, igual que Yoko, salía a trabajar.[2]

Cinco años después de que John lo excomulgase, Freddie sufrió un cáncer de estómago. Era el año 1976. Pauline no encontró otra forma de comunicarse con John y Yoko que no fuese por medio de las oficinas de Apple Corps. Tuvo la cortesía de hacerle saber a John que su padre se estaba muriendo. ¿Y qué hizo John? Mandó flores. Llamó al hospital y habló con su padre. Habló por los codos y le pidió perdón. Esperemos que este remordimiento fuese sincero, y que su reconciliación telefónica les trajese paz.

John confesó a su padre que se arrepentía de las sesiones de terapia primal. Asumió la culpa por los efectos colaterales. Dijo que estaba ansioso por que su hijo pequeño, Sean, nacido cinco meses antes, conociese a su abuelo. Nunca sucedió. Fue como si la enfermedad de Freddie le permitiese reír el último. Se fue en el Día de las Bromas (el April Fool's Day, 1 de abril) del año 1976, con sesenta y tres años. John le dijo a su madrastra que pagaría el funeral. La viuda lo rechazó, y John fue condenado a llorar su muerte en la distancia. Toda esa gente solitaria.[3] Solo ella y el viejo amigo de Freddie Tony Cartwright, que escribió su primer *single*, asistieron al funeral.[4]

CAPÍTULO 12

Redentor

A veces, es más fácil entender algo cuando examinamos lo que no fue o no es, que lo que fue o es. Sabemos que los Beatles «cambiaron el mundo», que iniciaron un cataclismo cultural, que fueron los fundadores de la industria de la música moderna. En cambio, personalmente para ellos, esto no fue un sueño hecho realidad. Aquello que la historia ha registrado como un ejemplo de éxito que va más allá de los planes más frenéticos fue, entre bambalinas, un escenario distinto. Terminó privándolos de su libertad, vandalizó sus personalidades, desafió su cordura y estuvo a punto de tragarse sus almas. Debió de ser como que te toque la lotería. Qué afortunados, sus vidas cambiarán, ¡qué no haríamos nosotros con todo ese dinero! Pero luego recordamos la frecuencia con la que tales fortunas implican un final: de matrimonios, de familias, de amistades, e incluso de propósitos y de autoestima. Cuando el dinero se convierte en el centro, la gente puede perder de vista lo que realmente importa. Sí, las naves de los Beatles habían llegado repletas de tesoros incalculables, y eso estaba bien y era bueno. El esfuerzo incansable y las privaciones habían tenido su recompensa. Las decenas de miles de horas de trabajo duro constante habían merecido la pena, y habían generado una riqueza y una fama indecentes a estos chicos de barrio humilde que habían recibido la educación mínima, quienes de otro modo hubiesen terminado... ¿dónde? Tuvieron «suerte». Cuando más duro trabajaban, más suerte tenían.[1]Sin embargo, para quienes lo veían desde dentro, la trampa del éxito era evidente; la farsa en la que se había convertido tan rápidamente la agotadora rutina sencillo-álbum-gira; ahora eran esclavos de las obligaciones: actuaciones en directo, ruedas de prensa, radio, televisión, entrevista tras entrevista. «Ten cuidado con lo que deseas...», dice el refrán. Durante un tiempo

no tuvieron ganas de prestarle atención. Sin embargo, todos ellos —con la posible excepción de Paul— pronto se dieron cuenta de las molestias que implicaba, de que ser un Beatle no era tan bueno como se podía esperar; que les estaba pasando factura y que estaban pagando un precio demasiado alto. Aburridos de los gritos, los esfuerzos inútiles por ser oídos, el sexo omnipresente, oh, sí, se dieron el gusto; de que les llevasen a ciegos, tullidos y discapacitados para que los tocasen, como si los místicos Beatles caminaran sobre las aguas y hubiesen sido bendecidos con poderes sanadores; y, como nos pasaría a todos, aburridos de estar confinados en habitaciones de hotel, encarcelados, a efectos prácticos, viendo de los muchos países en los que aterrizaban poco más que el aeropuerto, el local donde tocaban y su alojamiento. Su independencia había desaparecido entre la niebla. Ni siquiera podían comer fuera para evitar ser acosados en los restaurantes. Las comidas habían quedado reducidas a una bandeja del servicio de habitaciones. ¿Qué sentido tenía? «Dame dinero (eso es lo que quiero)», decía la canción. Llega un momento en que un extracto bancario pierde su encanto y que el que ríe el último es el recaudador de impuestos, como sucedía en la canción del mismo nombre de George,[2] que aparecía en su nuevo álbum *Revolver*, en la que acribilla al Gobierno de Harold Wilson por la tasa fiscal del 95 por ciento.

Algo tenía que cambiar. ¿Qué? Estás en un carrusel y da vueltas tan rápido que estás perdiendo el control, y de repente es demasiado peligroso saltar...

El domingo 15 de agosto de 1965 dieron el primer concierto de su segunda gira formal por Estados Unidos. Un helicóptero los dejó en el recinto de la Feria Mundial, en el Flushing Meadows-Corona Park (que posteriormente se convertiría en la sede del torneo de tenis US Open), y los llevaron en un camión del banco Wells-Fargo al Shea Stadium, el nuevo estadio de los New York Mets. Esta no solo fue su mayor actuación hasta la fecha, sino el primer concierto de rock en un estadio de la historia. Un público de 55.600 personas con todas las entradas agotadas era algo sin precedentes.[3]Los teloneros fueron Brenda Holloway y Sounds Incorporated. Mick Jagger, Keith Richards y Marvin Gaye estuvieron allí, así como Barbara Bach, de diecisiete años, y Linda Eastman, de veinticuatro, ambas oriundas de Nueva York y futuras esposas de Beatles. «Al principio fue John quien me

interesó —dijo Linda—. Era mi héroe de los Beatles. Pero cuando lo conocí, la fascinación se desvaneció rápidamente y me di cuenta de que quien me gustaba era Paul.»[4]

Revisar el material de archivo de este concierto es una experiencia espantosa. Si no lo has hecho, te recomiendo que lo hagas cuanto antes. Los rugidos y los gritos ya los ensordecían al salir corriendo desde el camerino, que era, en realidad, un vestuario de béisbol, hasta el campo, donde los cegaron los que parecían un millón de focos. Ed Sullivan los presentó: «Honrados por su país, condecorados por su reina, y muy queridos aquí en América...». La visión de tantas mujeres y chicas fuera de sí, perdiendo el control, desmayándose y siendo llevadas afuera es perturbadora. Incluso los policías y los guardas de seguridad se llevaron las palmas de las manos a la cabeza y se taparon los oídos con los dedos cuando los chicos aparecieron. La multitud hacía tanto ruido que no había manera de que se escuchara la música. La banda no podía oírse. Empezaron con «Twist and Shout», gritando todo lo que pudieron, rasgueando sus guitarras y aporreando la batería de la forma más salvaje, y lo dieron todo en la docena de canciones que tenían que tocar durante tan solo media hora —imagina lo que sería salir airoso de una situación así hoy en día— y se dejaron llevar. Ringo, que no podía oír a los demás, lo cual era básico para mantener el ritmo, admitiría más tarde que había tenido que recurrir a la observación escrupulosa de los tres guitarristas para recuperar el ritmo.

Paul, George y Ringo comentarían en años posteriores que sintieron que John tuvo una crisis nerviosa durante el concierto en el Shea Stadium. Rondando el límite en el mejor de los casos, el Beatle más excéntrico se rindió al aire dominante de surrealismo. Merece la pena ver el metraje entero para observarlo riéndose como un inventor loco, mientras los demás se miraban unos a otros como diciendo: «¿Qué diablos está pasando?», y dedicaban al público miradas nerviosas. ¿Y qué pensar de John llevando los brazos hacia el cielo y cantando a las nubes, como a instancias de una deidad invisible? ¿De sus terribles zarpazos y sus excéntricos zapatazos? Una cosa era perpetrar semejante espectáculo de mal gusto entre la multitud de su país, y otra completamente distinta exhibir un comportamiento tan terrible frente a un público americano testado, pero no del todo evaluado, como atestiguarían los infames acontecimientos del año

siguiente. Mientras Paul se lanzaba a la última canción, «I'm Down», John se rendía a la locura. Se dirigió al órgano eléctrico y empezó a tocar con el codo, riéndose de forma demencial. Era contagioso. Paul daba vueltas sobre el escenario como si estuviese a punto de despegar, mientras que George dejaba de lado su característica cara de póker y se fundía en vendavales incontrolables.

Después de aquel viacrucis flotaba en el aire una sensación tangible de que los Beatles habían alcanzado la cúspide. Cuando un periodista les preguntó si les molestaba no poder oír ni una sola de las notas que tocaban o cantaban, John dijo impávido: «No, no nos importa. Tenemos los discos en casa».

Luego comentaría a Sid Bernstein, el promotor de conciertos que los había contratado para tocar en el Carnegie Hall en 1964 sin haberlos escuchado siquiera: «En el Shea Stadium vi la cumbre de la montaña».

La conclusión evidente era que aquello ya no podía ir a mejor. ¿Era cierto? ¿Podría ser que la inspiración se hubiese vuelto irónica? Conociendo a John...

¿Siempre ir a mejor? Es decir, ¿nunca puede ir a peor?[5]

*

Cuando regresaron a Flushing Meadows al año siguiente, en su cuarta visita a Norteamérica y la que sería su última gira por el país, fue una historia totalmente distinta. No es que fuesen a recordar en las décadas siguientes haber tocado en el Shea por segunda vez. Se les podía perdonar su imprecisión, llevaban muchos kilómetros a sus espaldas. Muchas drogas consumidas. Que estuviesen viviendo una doble vida tampoco ayudaba. Allí fuera, sobre el escenario, eran los Beatles de todo el mundo, los consentidos del planeta. En casa, su vida consistía en hacer malabares, estar a la altura (o no) de las expectativas de parejas, amigos, hijos y parásitos, intentando desesperadamente cumplir con las reglas domésticas. Paul seguía con su novia pelirroja, la actriz Jane Asher, aunque sus horarios y las relaciones extramaritales de Paul los estaban alejando. Finalmente, le propuso matrimonio, y su compromiso se anunció el día de Navidad de 1967. Pero Paul continuó jugando fuera, en todos los sentidos. Jane confirmó con tristeza al presentador de televisión de la BBC Simon

Dee en julio de 1968 que la relación se había terminado. Solo nueve meses después Paul se casaría con la madre soltera Linda Eastman, con la que engendraría tres hijos propios. Ringo se había casado con la peluquera Maureen, también conocida como Mo (nacida Mary Cox, a quien había conocido en un concierto en The Cavern), en febrero de 1965. El primero de sus tres hijos nació en septiembre. Como él mismo ha admitido de forma contundente, ser un mujeriego incansable, la bebida, el maltrato a su esposa y su ausencia como padre condujo a su divorcio diez años más tarde. George dio el sí a Pattie Boyd, la guapa modelo con quien había trabajado en el rodaje de la película de 1964 *A Hard Day's Night (Qué noche la de aquel día)* —tenía un papel de una sola línea— en enero de 1966. No tuvieron hijos. George, un adúltero entusiasta, legaría su mujer a su amigo Eric Clapton, divorciándose de ella en 1977 y casándose con Olivia Arias, una empleada de una discográfica, en 1978. Tuvieron un hijo, que nació aquel mismo año. John, mientras tanto, seguía nadando en la miseria marital con Cynthia y fracasando estrepitosamente como padre del desconcertado pequeño Julian.[6]

Porque ¿qué posibilidades había de que aquel hombre-niño disfuncional enfadado con la vida, que aún se había fastidiado más con la locura de los años de los Beatles, fuese un buen marido y padre? Escasas, en el mejor de los casos. Pon que ninguna. Esto era, como cualquiera podía ver, una expectativa demasiado alta para un tipo inmaduro y disfuncional que había perdido la cabeza por la veneración de millones y que, para empezar, no había tenido mucho control sobre quién era realmente.

John tenía veinticinco años cuando invitó a su amiga periodista Maureen Cleave a la «casa de Hansel y Gretel», grande y con paneles de madera («me compraré mi verdadera casa cuando sepa lo que quiero»), en la boscosa Weybridge, con una manada de fans esperando en la puerta para dar la bienvenida, para mostrarle su castillo lujosamente alfombrado. La impresionó con su comedor color púrpura, sus libros —clásicos con tapa de cuero, la serie *Just William*, estantes y más estantes de títulos oscuros—, su bodega, sus coches pijos, sus posesiones más locas —¿un disfraz de gorila y armaduras? —, una Biblia gigante, un enorme crucifijo con la inscripción «IHS» (cristograma de «Jesucristo») y una gatita llamada Mimi, adivina por quién. Dejó que vislumbrase, lo que era poco habitual, su envidiable

(léase «reservada») vida privada. La astuta entrevistadora observó en su espectacular artículo que John parecía ser esclavo de sus muchos bienes. ¿Qué estaba haciendo en aquella época, después de que terminase la última gira? Ver la televisión, leer —libros sobre religiones del mundo, entre ellos, pero no exclusivamente, el estudio de Timothy Leary, el «rey del ácido», sobre *El libro tibetano de los muertos* y el *bestseller El complot de Pascua*, de Hugh J. Schonfield, con su polémica premisa de que Jesucristo era un mero mortal que usaba a sus discípulos para que lo ayudasen a fingir milagros— y escuchar discos, discos y más discos. Escuchaba la querida música hindú de George, que era evidente que estaba teniendo un profundo efecto en él. Dormía. Tomaba alucinógenos (esto no lo dijo), y prestaba escasa atención a su hijo de tres años. Él y su chófer llevaron a Maureen de vuelta a Londres, hicieron una visita a Epstein, fueron de compras —porque ¿qué otra cosa hace una superestrella multimillonaria cuando no está de gira, se aburre mortalmente y se encuentra a escasa distancia de Bond Street?— y hablaron sin parar sobre la felicidad doméstica y la segunda aparición de su padre, Freddie Lennon, y le transmitió sus ideas improvisadas y ligeramente sesgadas sobre esto, aquello y nada en particular, por puro entretenimiento.

En el contexto de una charla casual entre dos jóvenes poderosos, de los que se rumoreaba que tenían o habían tenido una aventura —por supuesto que la tuvieron, una periodista joven y mujer no podría haber conseguido una exclusiva de tal calibre solo porque era buena en su trabajo—, los comentarios de John no eran motivo de preocupación. La entrevista de Cleave se publicó en el *Evening Standard* de Londres el 4 de marzo de 1966, con el titular «¿CÓMO VIVE UN BEATLE? JOHN LENNON VIVE ASÍ». Y SUBTITULADA «EN UNA COLINA EN SURREY..., UN HOMBRE JOVEN, FAMOSO, CARGADO DE DINERO Y ESPERANDO QUE ALGO SUCEDA». El subtítulo lo decía todo.

No levantó ni una ceja. No se envió ninguna nota de queja al editor. Solo cuando se sacó de contexto una cita inofensiva de siete líneas y se publicó en la edición del 29 de julio de *DATEbook* —una revista americana radical y de mente abierta con la que los Beatles y su equipo de dirección y promoción estaban familiarizados, la cual, de forma inusual, mezclaba historias sociopolíticas con asuntos del mundo del espectáculo—, las cosas empezaron a torcerse; cuando la América del Cinturón Bíblico, en particular, se enfureció, acusando a

John de blasfemia y prácticamente pidiendo su cabeza. Esto fue solo unos días antes de que iniciasen la gira por Estados Unidos más grande hasta la fecha. Imagina el caos: decenas de emisoras de radio en una extensión de más de tres mil kilómetros desde Nueva York hasta Utah prohibiendo sus discos. Hogueras públicas en las que se quemaban sus vinilos, sus libros y sus productos comerciales, a las cuales algunas tiendas añadieron todas las existencias que les quedaban de discos de la banda. DJ y otras figuras influyentes de una juventud estrecha de miras e impresionable incitaron a rebelarse contra aquellos fracasados caídos en desgracia que claramente no eran lo que parecían ser. Construirlos para luego derribarlos. La violenta reacción fue de gran alcance, muy furiosa y completamente desproporcionada en relación con el «crimen» cometido: «¡Prohibid a los Beatles!». «Beatles, ¡marchaos a casa!» «¡Jesús murió por ti, John Lennon!» Se dijo que las agresiones hacia ellos y hacia «lo que representaban» estaban creciendo a un ritmo repugnante. El Ku Klux Klan, la mayor organización de supremacistas de la raza blanca, se subió al carro, amenazándolos con la violencia habitual y hasta de muerte. Incluso estaban intimidando a Cyn con los cientos de cartas que recibía en casa. ¿Quién no temería por su vida ante tal hostilidad y aversión?

¿Y cuál fue esa declaración tan ofensiva?

«El cristianismo se irá. Se desvanecerá y se reducirá. No tengo necesidad de discutir sobre eso; tengo razón, y el tiempo lo demostrará. Ahora somos más populares que Jesús. No sé qué desaparecerá primero, si el *rock'n'roll* o el cristianismo. Jesús estaba bien, pero sus discípulos eran ordinarios. Son ellos enredando los que, en mi opinión, arruinan la historia.»

En el Reino Unido no se le dio importancia. El *Standard* no las había considerado lo suficientemente llamativas o alarmantes como para predecir que las palabras de John podrían extraerse como cita de forma separada. El resto de Fleet Street ignoró el comentario. Tal como llegó, se fue. No era, en sí misma, una observación exagerada. Aunque la mayor parte de los ciudadanos británicos seguían casándose y eran enterrados en iglesias anglicanas, y aunque la mayoría se referiría a su religión como «C of E» *(Church of England)* al rellenar formularios, Gran Bretaña ya no era entonces una nación de fervientes feligreses. Muchas personas notorias se burlaban del clero, entre ellos

Peter Sellers, a quien John admiraba. La Iglesia era vista, en el mejor de los casos, como un anacronismo, sin nada que ofrecer a las nuevas generaciones.

Pero en América las cosas eran muy distintas. John se quedó verdaderamente perplejo con la reacción que se generó allí. Aunque se mostraba desafiante ante las acusaciones, tenía miedo de que alguien le disparase en el momento en que tocasen suelo americano de nuevo. Pero incluso entonces rechazó acatar la orden de Brian Epstein, afectado por la gripe, de disculparse profusamente para limitar los daños, en un intento de apaciguar el furor. Al mánager enfermo le tocó organizar una rueda de prensa en el hotel American de Nueva York, a la que invitó a la prensa de todo el mundo y en la que leyó en voz alta una declaración aprobada a regañadientes por John.

Desde el momento en que los Beatles aterrizaron, quienes estaban allí percibieron que John rezumaba una ira aterrorizada que claramente luchaba por contener. Esto provocó que sus respuestas a las preguntas sobre el asunto resultasen ambiguas y despectivas. Por ejemplo, en Chicago, donde debían empezar la gira con dos conciertos en el viejo International Amphitheatre el día 12 de agosto, se mostró inquieto: «Mis ideas proceden de lo que he leído y observado sobre el cristianismo, y de lo que fue y lo que ha sido, o lo que podría ser. Simplemente, tengo la sensación de que está retrocediendo. No estoy criticándolo ni diciendo que sea malo. Solo digo que parece que está retrocediendo y perdiendo el contacto con la gente».

No lo iban a dejar irse de rositas. No importaba adónde se desviasen las preguntas, siempre había un reportero pícaro listo para saltar y llevarlo de nuevo al escándalo. Los más persistentes lo interrogarían sobre el asunto una y otra vez, como si tratasen de confundirlo, de hacerle decir algo vil para agravar la fractura. Hacer morder el anzuelo a Lennon, ¡vaya deporte! Hay que reconocerle a John que se aferró a su temperamento. Aun así, terminó desatándose una tormenta en un vaso de agua (como se refirió a ello Epstein en *New Musical Express*), porque, a pesar de que la protesta solo procedía de una minoría, los irresponsables medios de comunicación que informaban la amplificaron hasta convertirla en un afrenta a la mayoría y la hicieron parecer algo mucho peor de lo que realmente era. Durante todo aquel tiempo la América adulta miraba de reojo a «los chicos» y decía con desprecio: «Os lo dijimos». Al final, John se

disculpó. Pronunció las palabras. Las aguas se separaron. La ira se apagó. El espectáculo iba a continuar.

Aunque se dijo que su regreso al Shea Stadium el 23 de agosto de 1966 fue un «fracaso» y que había once mil asientos libres, se vendieron más de 45.000 entradas. Una gran decepción. Igual que con algunas otras bandas que iban y venían, sus teloneros fueron The Ronettes. John llevaba mucho tiempo queriendo que la atractiva vocalista principal, Ronnie,[7]fuese su chica y, como ella misma confesó más tarde, estuvo muy tentada de serlo. Cyn, por supuesto, no tenía ni idea. Interpretaron once temas, entre ellos «Day Tripper», «I Feel Fine», «Nowhere Man», «Paperback Writer» y «Long Tall Sally». Los chicos saltaron, se los veía bastante animados, hicieron «oh, oh, oh», remataron los temas, deleitaron a quienes lloraban y completaron todos los demás movimientos. O, mejor dicho, sobrevivieron a ellos. Porque el daño ya estaba hecho. Desde entonces, sus días como banda que sale de gira estuvieron absolutamente contados. Todos los que estuvieron allí supieron que las cosas no volverían a ser como antes.

El caso es que John tenía razón. Cuando finalizó la gira *Take Your Life in Your Hands* y ya estaba en posición de equilibrar el sentido común con la sabiduría de la retrospectiva, John declaró: «Dije que éramos más populares que Jesús, lo cual es un hecho. Creo que Jesús tenía razón, Buda tenía razón, y todo ese tipo de gente tiene razón. Todos dicen lo mismo, y yo me lo creo. Me creo lo que Jesús dijo realmente, las cosas básicas sobre el amor y la bondad, y no lo que la gente dice que dijo».

> Probablemente, era demasiado joven para ser consciente del impacto en la época del comentario de John sobre que los Beatles eran más populares que Jesús —dice la reverenda Alison Joyce, rectora de St. Bride's, en Fleet Street, la llamada «iglesia de los periodistas» de Londres—. Si pienso en ello ahora, los Beatles realmente tuvieron un alcance global sin precedentes, y él describió el fenómeno en unos términos deliberadamente provocativos (¡así de atrevida es la juventud!), pero ¿cómo pudieron los cristianos sentirse ofendidos por una declaración así? La fe cristiana es mucho más robusta que todos los comentarios despreciativos que podamos lanzarle. ¿Y en cuanto al hecho de que fuese una blasfemia? El hombre había clavado a Dios en un árbol para que muriese como un criminal. No hay nada más ofensivo que eso. Las simples palabras y opiniones son totalmente irrelevantes en comparación.
>
> No creo, y nunca he creído, que John Lennon intentase competir con Dios. Igual que la mayoría de las personas, estaba buscando un sentido a su existencia. Al ser tan famoso, tenía que llevar a cabo esta búsqueda ante la mirada del público. Millones de personas en todo el mundo veneraban a John como una especie de dios, tal vez suponiendo, a partir de sus composiciones,

que tenía todas las respuestas. Pero la verdad era justo lo contrario: las estaba buscando, como todos los demás.

CAPÍTULO 13

Yoko

Los científicos lo llaman *cavitación*: cuando una burbuja que se rompe libera una onda sísmica. Esta repentina explosión de energía produce un sonido. Bajo el agua, los muchos millones de burbujas minúsculas que se acumulan alrededor de la hélice de un barco crean un golpe ensordecedor a medida que implosionan. Las explosiones que se van produciendo con el tiempo finalmente paralizan la hélice. Puede que nunca hayamos oído algo así, pero sí estamos acostumbrados a la acústica de las burbujas: el estallido de un globo que explota, el silbido de una Coca-Cola en un vaso lleno de hielo, la liberación del champán. Reconocemos la resonancia. Pero cuando un niño sopla detergente a través de un aro para mandar pompas iridiscentes al aire, ¿qué es lo que oímos cuando esas burbujas explotan?

Nunca has oído el grito de un hombre ahogándose. Porque no existe. Hay un colapso silencioso, un hundimiento lento e inaudible hacia el olvido. Una rendición. Un abandono. El sonido del silencio.

Ringo, por lo general el más estable de los cuatro, parecía estar disfrutando del camino, dondequiera que los llevase. Había tenido sus titubeos, sus crisis de confianza. Pronto se marchó ofendido, diciendo a los demás que abandonaba. Volvería. Paul podría haber estado de gira para siempre, lo cual, si nos fijamos en las décadas posteriores, es más o menos lo que hizo. George no se andaba con rodeos: estaba harto, pero esperaba pacientemente. Pero el fenómeno de los Beatles estaba matando a John. Era un parásito. Se había deslizado bajo su hipodermis y había anidado en sus fibras musculares. Estaba invadiendo su corazón.

El último concierto del 29 de agosto de 1966 en Candlestick Park, que en aquella época era la sede de los San Francisco Giants, no fue programado ni anunciado como el último que darían.[1]Simplemente,

sucedió así. A medida que su caravana de carretas rodaba por toda América, parecía que dondequiera que fuesen había problemas y desafíos, bombas y beligerancia. Su energía flaqueó a medida que su entusiasmo iba disminuyendo. En unos cuantos de los destinos temieron por sus vidas. Ya no era «lo mismo». ¿Cómo podía serlo? En el legendario centro de la fiebre del oro, la ciudad de la bahía, se encontraron con una recepción que no fue brillante en absoluto. Aunque el estadio tenía capacidad para 42.500 personas, solo se llenó aproximadamente hasta la mitad. La banda de soporte volvió a ser la efervescente Ronnie y sus Ronettes. El viento apretaba, la niebla estaba baja y un frío siniestro flotaba en el aire. Los chicos estaban de fiesta entre bambalinas con personas que eran las sombras de lo que fueron, con aspirantes y con Joan Baez, como si fueran reticentes a salir y ponerse a trabajar. Aparecieron para ofrecer su última actuación casi a las 21.30 aquella noche. Resignados, aliviados por saber que aquella sería la última vez, cogieron una cámara para grabar al público y a ellos mismos como telón de fondo, para la posteridad. La burbuja había explotado, no con un estallido, sino con un quejido.[2]Diez años. Suficiente. ¡Hombre al agua! John cogió el salvavidas. Se ahogó intentando llegar hasta la superficie. Nadó hasta la orilla.

Los Beatles habían agotado la idea de lo que a nuestro querido e hipócrita Paul siempre le ha gustado llamar «una pequeña buena banda de *rock'n'roll*», mientras se regodeaba en silencio en la gloria de todo aquello (y bien podía hacerlo). Porque los Beatles no eran cuatro personas independientes. Eran un concepto, una creación, un ideal. Nunca formaron parte del mundo real, no hubiesen sobrevivido como una entidad que estaba constantemente de gira. Eran incapaces de convertirse en unos Rolling Stones, que siguen deambulando por el mundo como tanques oxidados sin una guerra a la que acudir, trillando los mismos viejos temas (porque nadie quiere oír los nuevos). Saltando, levantándose, exhibiéndose, posando, estas caricaturas septuagenarias con caras que bien podrían haberse metido en el microondas, pero que se muestran como eternos treintañeros, solo tienen un objetivo: alimentar la nostalgia de «cómo has llegado a bailar tan bien» de las masas maduras adictas a revivir su juventud. Los Beatles tenían que ver con lo fresco, lo nuevo; una reinvención constante. El sentimentalismo tenía cabida, como se evidencia en

muchas de sus canciones más apreciadas, pero solo en el contexto de la mejora continua y como complemento a una creatividad incansable e impresionante. Tenían que ver con derribar fronteras y superarse, con no quedarse siempre igual. De ahí la desintegración. Deshacerse de su idea de banda de directo era vital para su supervivencia, como músicos y como personas. Para John era crucial, una cuestión de vida o muerte. Así como la banda subsumió al roquero inconformista Lennon, la Beatlemanía asfixió al Beatle. El último que apague las luces. No olvides cerrar la puerta.

Y entonces ¿qué?

¿Qué más? Volvieron al estudio para centrarse en hacer música. Concretamente, del tipo de la que te puedes sentar a escuchar con detenimiento; de la que te puede maravillar e iluminar. En aquella época, esa clase de música no podía reproducirse fácilmente en directo.

*

El doctor Cosmo Hallström, especialista en psiquiatría, que vivió el fenómeno de los Beatles cuando era un joven estudiante de Medicina en Liverpool, piensa en John y en sus trascendentes encrucijadas.

> Y allí está él, quemado, enfadado, desconcertado. También es una persona bastante importante que sigue en una burbuja, a pesar de que parece que ha estallado, y nadie va a hacerle frente. Luego aparece una persona que es inmune a su arrogancia. Que tiene ideas diferentes. Que pertenece a otra cultura, y que, por consiguiente, ve el mundo de una forma distinta. Y se enamora de ella. Ella es la única persona que destaca, con la que se puede identificar. Es casi el polo opuesto de su esposa Cynthia, y es una mujer de su época.
>
> La conexión entre John y Yoko fue inmediata, y su mensaje era muy simple. Era el concepto *hippy* del amor. Paz, amor, amable, bidimensional. Colores bonitos, belleza, felicidad, en contraposición a las relaciones intensas, frustradas y debilitantes que había tenido con otras personas, a quienes dedicó canciones, pero que no podía entender.
>
> Sospecho que realmente tenían una conexión profunda, poderosa y absorbente que iba a durar para siempre. No era simplemente lujuria o pasión. El concepto del amor —entrelazarse todo el tiempo con otra persona, que es la base de tanta música, arte y literatura— está programado biológicamente. Buscar un compañero de vida es una característica de los seres humanos. Los cisnes se emparejan de por vida, y de repente ese es un poder superior, algo místico. Como la mayoría de los animales no lo hacen, valoramos a los que sí lo hacen. Buscar una pareja a largo plazo es una necesidad humana innata.

Cosmo es sincero: de todos los misterios de la vida, el amor y la atracción son «los grandes».

> A la sociedad también le gustan los convencionalismos —señala—. Existe una presión cultural para emparejarse, además de toda la cuestión del amor a primera vista: encontrar a «la persona». John Lennon era un hombre muy sexual que, por su posición, tenía la habilidad de atraer a las chicas por todo el mundo. «Hazlo mientras puedas» es lo que mueve al hombre, incluso cuando su mujer también está en la fiesta. La gente llega a hacer todo tipo de tonterías, poniendo a prueba los límites de las relaciones. Lennon era un egoísta egocéntrico que encontró a su pareja ideal. Cuando eso le sucedió, fue como si explotase una bomba. Su mundo se salió de su eje. Todo cambió.

*

Los periódicos decían que se le habían subido los humos. Los fans y los expertos protestarían durante décadas sobre las fechas, las horas y los lugares, sobre si su afición a los Beatles era inconsciente o si, por el contrario, se enfocó hacia él precisamente por esta. ¿Realmente, lo invitó a pagar por el «privilegio» de clavar un clavo, tal como indicaba el título de la obra de una de sus exposiciones en la galería Indica de Londres el 9 de noviembre de 1966? ¿Replicó él que clavaría un clavo imaginario y que le pagaría con monedas imaginarias? (¿Ves lo que ella hizo?) Detalles. Esto había sucedido anteriormente, millones de veces: dos personas casadas con otras personas que se encuentran cara a cara y se enamoran. Del todo. El presentimiento de una fracción de segundo de que todo ha terminado. En ese momento. Hoy en día podrían quedar, salir huyendo, descubrirse examinando la habitación cuando la otra persona desaparece, escribir tuits o mensajes apresuradamente de vuelta a casa: «Solo quería decirte que no he pensado en ti durante unos segundos». Todo esto se filtraría a los periódicos, se presentaría como evidencia e incluso tal vez conduciría a la recriminación y al divorcio, lo cual, excepto la tecnología (se escribían cartas y se llamaban por teléfono todos los días en aquella época) es más o menos lo que sucedió.

Oh, Yoko. En el centro de un sueño. Solo que John era una pesadilla. A saber: un matrimonio sin amor, un desapego irremediable, demasiada presión, demasiada gente, aviones, sudores, rubias, castañas, lamentos, síndrome de Tourette, amenazas de muerte. Necesita a alguien, ¿sabes? ¡Ayuda! ¡Vida hogareña! ¿Qué vida hogareña? A él no le estaba funcionando. Se estaba yendo a pique.

Otra vez el hombre ahogado. Yoko se zambulló a por él.

Madre y casada en dos ocasiones, Yoko no era, como muchas veces la pintan, una mujer que vivía en su mundo de fantasía y buscaba a un hombre que la mantuviese. Nacida en Japón, recibió educación superior en Nueva York, tenía duros recuerdos de la Segunda Guerra Mundial y la aniquilación de Tokyo y su mirada se había ampliado tanto por el horror como por la esperanza. Era una artista conceptual vanguardista respetada y bien conectada, con una reputación y seguidores: aunque económicamente hablando no estuviese en la misma liga que los Beatles, por lo menos sí que estaba a un nivel lo suficientemente impresionante en su propia esfera profesional. Era una miembro activa de Fluxus, un movimiento internacional de los sesenta que abarcaba artistas de todos los rincones del mundo y de todas las disciplinas. Era llamativa, exótica, refinada, original. Se inclinó hacia el pacifismo radical y el feminismo politizado. Hablaba despacio y de forma inteligente. Incluso arrastrando los pies por una habitación rezumaba mística. Para una mujer como Cynthia, era una amenaza en todos los niveles. La opinión de Cyn era tremendamente miope:

> John conoció a Yoko cuando lo necesitaba, cuando solo habían pasado dos semanas del duelo por Alma Cogan. Ella era una fan obsesiva que apareció de repente y lo seguía por todas partes. Para empezar, irritaba muchísimo a John. Pero Alma murió y le sucedió algo extraño. Las cosas cambiaron. Yoko debió de ver la oportunidad, y la aprovechó. Ella llevaba los pantalones, y controlaría y dominaría a John el resto de su vida.
>
> Así que Yoko se convirtió en la nueva tía Mimi de John. Calculó lo que John necesitaba en una mujer, delante de mis narices, y se reinventó.

Sobre esto...

Yoko tenía treinta y dos años, y John veintiséis. No es que tuviese una *geta* en la tumba.[3]Pero en aquella época, que una mujer fuese incluso uno o dos años mayor que su hombre hacía levantar las cejas. John, decidido, estaba muy intrigado. Su apetito estaba bien abierto. ¿A un tío que podría haber tenido a cualquier mujer le atraía aquella? Caray. Siendo justa, Keith Altham tenía razón: pocas fotografías le hacen justicia. Pero en las grabaciones encontramos fragmentos sorprendentes. La silenciosa Yoko rebosa un carisma esquivo e hipnótico. Los planos cortos, a través de las cortinas de su abundante pelo negro, revelan su piel clara, sus rasgos perfectos y su tímida sonrisa. Su estilo es preciso y minimalista. Sus ojos son profundos, y

solo para John. Al público se le vendió una bruja, la zorra que fue detrás del Beatle, que arruinó su matrimonio, que destrozó el corazón de Cyn, que privó a Julian de su padre y destruyó a la mejor banda del mundo. Pero ¿sabes qué? Los Beatles ya estaban rotos. Como Ringo reflejó en la serie *The Beatles Anthology*, un matrimonio nunca se derrumba porque sí. Hacen falta años de miseria para que las cosas lleguen a un punto crítico. Se refería al grupo.

Cuando era pequeña, Yoko escribía deseos en trozos de papel, iba al templo y los colgaba en las ramas de los árboles. Mucha gente hacía lo mismo en Japón durante el Tanabata o la Festividad de las Estrellas. Los árboles de los patios de los templos se llenaban de nudos que desde la distancia parecían flores blancas. La antigua tradición sintoísta iba a ser recurrente en su arte y a influenciarla a lo largo de su vida. Un día dijo: «Todas mis obras son una forma de deseo».

¿Compartió alguna vez con John sus recuerdos de la heredera americana Peggy Guggenheim, la «maestra del arte moderno»? Aunque se sabe que Yoko conoció a la sexualmente voraz, multimillonaria y bohemia mujer de mundo nacida Marguerite Guggenheim, treinta y cinco años mayor que ella, «durante los sesenta» y que siguieron siendo amigas hasta la muerte de Peggy en 1979, me pregunto si Yoko alguna vez se confesó sobre la noche en que su hija Kyoko fue concebida.

Guggenheim, que fue amiga de Pablo Picasso, Man Ray y Salvador Dalí y los financió, y que descubrió a Jackson Pollock, viajó a Japón con su amigo, el compositor vanguardista y teórico musical John Cage en 1956.

> Él [Cage] había sido invitado por el Maestro de las Flores para que diese conciertos en distintas ciudades —recordaba Peggy en su autobiografía, *Confesiones de una adicta al arte*—. Yo lo seguía a todas partes. No puedo decir que me guste su música, pero fui a todos los conciertos. Yoko Ono (que en aquel momento tenía veintitrés años) fue nuestra guía y traductora, y también participó en una de las actuaciones. Era tremendamente eficiente y amable, y nos hicimos muy amigas. Un chico americano llamado Tony Cox, que había viajado a Japón para encontrarla, aunque no la conocía, la seguía a todas partes. Vino con nosotros a todas partes, a pesar de que su marido, un reconocido compositor, también nos acompañaba.

El marido de Yoko era Toshi Ichiyanagi y había estudiado con John Cage. ¿Y dónde estaba en ese momento?

> Estábamos en una gran fiesta y teníamos nuestro propio fotógrafo privado —

explicó Peggy—. Yo dejé que aquel Tony viniese a dormir a la habitación que compartía con Yoko. El resultado fue una bonita niña medio japonesa, medio americana que Tony robaría años más tarde...

*

La vida es corta, el arte es largo. Nueve años después fue John Lennon, y no Peggy Guggenheim, quien se convirtió en mecenas de Yoko Ono, cuando accedió a financiar su nueva exposición en solitario en la galería Lisson de Londres. ¿Cynthia cuestionó las intromisiones de aquella curiosa intrusa? Lo hizo. ¿John alegaría ignorancia y la justificaría como una tía rara en busca de dinero? Lo haría. ¿Qué se supone que debía hacer Cyn? Su sexto sentido la inquietaba. Pero nunca lo suficiente.

*

A veces, he pensado en Yoko como la gurú que salió adelante. En una búsqueda interminable de respuestas y con una necesidad constante de que alguien lo salvase, John valoraba a una gurú por encima de todo. Era un fanático del siguiente gran avance, de la última causa, de cualquier mortal que mostrara una habilidad y una confianza superlativas. Para ser un hombre que se veía a sí mismo como un cínico de vuelta de todo, podía ser sorprendentemente ingenuo. Solo hay que ver la forma en que se rindió a *Magic Alex* Mardas, el mago griego de la electrónica que lo sedujo con brillantes artilugios y prometió a los Beatles construir un estudio de grabación futurista, pero fracasó estrepitosamente. El terapeuta primal Arthur Janov enseguida lo vio venir, y le haría más mal que bien. Para Maharishi Mahesh Yogi, líder del Movimiento para la Regeneración Espiritual, su conducto hacia los Beatles fue la mujer de ojos grandes de George, Pattie. Después de Candlestick Park, los Harrison se retiraron seis semanas a Bombay, como invitados del maestro indio del sitar Ravi Shankar, que estaba enseñando a George a tocarlo. Luego se fueron a Cachemira, hicieron un cambio radical en su dieta y su régimen de ejercicio, y se convirtieron en vegetarianos y devotos del yoga. De nuevo en Londres, Pattie intentó aprender a meditar, no lo consiguió, y finalmente se unió al movimiento de Maharishi para entender el secreto. Cuando Maharishi aterrizó en Londres para promocionar su

refugio de meditación trascendental en Bangor, al norte de Gales, con una rueda de prensa en el hotel Hilton, Pattie y George convencieron a Paul, Jane y Ringo para que asistiesen..., este último sin Maureen, que acababa de dar a luz y seguía en el hospital. Cyn también se quedó en casa ocupándose de Julian. Sí llegó a hacer el viaje a Gales —perdió el tren y finalmente tuvo que llevarla en coche Neil Aspinall —, una ocurrencia que más tarde consideraría un indicador del colapso de su matrimonio. ¿Por qué John la dejó luchando con las maletas y se subió al tren sin ella? Exactamente. Mick Jagger y Marianne Faithfull también asistieron. Fue en Bangor donde los Beatles recibieron a una prensa sobreexcitada para hacer una declaración pública sobre su rechazo a las drogas..., solo unas semanas más tarde de haber participado en una campaña a favor de la legalización de la marihuana.

Y Brian Epstein era el gurú original, que se las arregló para convertir a un rudo cuarteto de rock sin experiencia previa ni trayectoria en unos artistas de primera categoría que conquistarían el mundo. Así que John aceptaba completamente la autoridad y la superioridad del «Príncipe del Pop» que le permitió sacar al roquero que llevaba dentro. Brian se había ocupado de la vida de los Beatles y de sus familias durante seis años. La boda de John y Cyn, su primera casa, su mudanza de Liverpool a Londres; la irrupción en América, convertirlos en la mejor banda del mundo, apaciguar la crisis religiosa, mantenerlos vivos: Brian lo había orquestado todo. También para las otras tres familias de los Beatles. Nadie podría haberlos servido de un modo más diligente o haber luchado por ellos de forma más incansable. Había nutrido, cuidado, protegido, proyectado, cambiado el envoltorio y promocionado a sus queridos chicos con una devoción que rozaba la veneración. Los había adorado incondicionalmente, como si fuesen sus propios hijos, aunque no era mucho mayor que ellos. Pero tendía a mantenerse apartado del estudio de grabación. Tenía el hábito de dejarlos a ellos y a su productor, George Martin, solos con la música, sumamente consciente de que no tenía nada que ofrecerles allí. Ahora que estaban apartados de las giras, que los Beatles ya no eran una banda de directo sino «solo» de discos, ¿qué sentido tenía Brian?

CAPÍTULO 14

Arenas movedizas

Goethe dijo: «Es un gran error creerse más de lo que uno es, o menos de lo que uno vale».[1]

John era culpable de ambas cosas. Por un lado, estaba muy impregnado del sentido de su superioridad creativa y, por otro lado, temía ser un fraude y que la gente lo descubriese. Ese viejo síndrome diabólico del impostor siempre alcanza a los mejores. Fuerza dominante sobre el escenario, John era una voz exigente en el estudio, aunque se quejaba a menudo de que odiaba su forma de cantar. Hacía que su productor duplicase, para crear un efecto sonoro masivo, la que ya se consideraba de forma generalizada una de las mejores voces del rock, y que aplicase todo tipo de magia tecnológica para «hacer que sonase mejor». «¿No puedes embadurnarla con kétchup o algo?», le dijo una vez a George Martin. El apacible caballero, que pudo haber estado tentado de hacerlo, se las arregló para reprimirse.[2]

¿Qué otro productor había ido más allá para capturar la magia, entender la genialidad y sintetizar su brillantez esencial? Con una paciencia infinita, George hurgó en sus fisuras, extrajo las gemas, y las pulió y las perfeccionó hasta obtener un brillo sónico. Se deleitaba en silencio con su fertilidad y su productividad. Tal vez ningún otro podría haber traducido, mejorado y elevado los temas de los Beatles a esos niveles de excelencia en la grabación sin precedentes. Nadie más tenía la llave de su esencia creativa. Por ello, se ganó poco más que el respeto a regañadientes y el reconocimiento tibio de John, cuyos sentimientos, después de los Beatles, cayeron en el resentimiento. John empezaría a restar importancia y luego a injuriar las contribuciones de George. Se rebajaría a arruinar una agradable velada escupiendo veneno durante la cena, como hizo una vez en Nueva York, aplastando a su compañero con el escarnio de que, si

pudiera, volvería atrás y grabaría de nuevo cada uno de los temas de los Beatles. «¿Cómo? ¿Incluso “Strawberry Fields”?», exclamó George, en un intento instintivo de proteger la creación superlativa de John. «*Especialmente* “Strawberry Fields”», gruñó John. No podía evitarlo.

George se encogió de hombros. Como explicó, ninguno de los Beatles se preocupó demasiado por repartir elogios cuando eran necesarios.

> Pero entonces —señaló en sus memorias, *All You Need Is Ears*— nunca esperaba nada de ellos. Tenían esa cualidad independiente y molesta, nadie les importaba, y esa era una de las cosas que precisamente me gustaba de ellos y uno de los factores que hicieron que me decidiera a contratarlos.

*

Aunque sus primeras canciones eran básicas y poco refinadas, Paul y John aprendieron rápido. Aprendieron trabajando. En 1963 empezó a surgir una nueva sensibilidad y una cierta sofisticación, particularmente en sus harmonías. A medida que su experiencia vital se expandía y estaban más en sintonía con sus emociones, encontraron la confianza para reflejar y expresar sus sentimientos en sus composiciones. El humilde George Martin insistía en que casi cualquier productor podría haber conseguido grabaciones convincentes y comerciales a partir del material de aquella primera época. Con el lanzamiento del álbum *Help!*, en 1965, las cosas empezaron a cambiar. La composición crucial fue «Yesterday». En aquel momento no se dio cuenta, pero en retrospectiva George podía ver claramente que la canción era el punto desde el que «empecé a dejar mi sello distintivo en la música; cuando empezó a surgir un estilo que en parte era cosa mía».[3]

Según dijo, fue con «Yesterday» cuando experimentaron por primera vez; cuando empezó a orquestar la música de los Beatles; cuando se abrieron a la contribución de otros músicos e instrumentos. Hasta entonces, la rutina había consistido en ellos cuatro acompañados por George al piano cuando era necesario. George pensaba que «Yesterday» podría sonar más conmovedora si incorporaban un cuarteto de cuerdas. Lo propuso a la banda y consiguió uno. Aun con las trabas que suponían las técnicas elementales de grabación de la época, consiguieron torcer y romper

las «reglas» de la música pop y lograr temas muchas veces sorprendentes y provocativos. Estimulados por unas posibilidades que parecían infinitas, los chicos aprovecharon el talento de su productor y sus ingenieros de sonido y permitieron que en adelante los guiasen. Las ideas brillantes procedían de John y de Paul. El sabio George las aceptaba. Trabajaba para sacar lo mejor de ellos.

George describiría más tarde a los Beatles como los Cole Porter y George Gershwin de la época. Cuando un periodista se atrevió a compararlos con Franz Schubert, el compositor austriaco de música clásica con una obra enorme en una vida demasiado breve, los detractores de la banda se mofaron de su pretensión. George defendió la comparación, apuntando que la prolífica producción de los Beatles condensaba y encarnaba su propia era, como había hecho la de Schubert. Su música era de su tiempo, resonaba con su generación y se convirtió en su banda sonora permanente. Su posterior ascenso puede haberla hecho eterna. ¿Lo es? El mañana no se sabe.[4]

*

A pasos agigantados. *Revolver*, grabado entre abril y junio de 1966 y publicado a principios de agosto de aquel año, fue su último álbum antes de retirarse de las giras. Aprovecharon todos los últimos avances en tecnología y las nuevas técnicas, entre ellas microfonear la batería y la grabación retroenmascarada, para presumir de canciones tan diversas como «Eleanor Rigby», «And Your Bird Can Sing», la alucinógena «Doctor Robert», «Here, There and Everywhere» —inspirada por «God Only Knows», la cual, dulce ironía, Brian Wilson se había visto forzado a escribir al escuchar *Rubber Soul*— y el giro hipnótico, amenazador y con mucha capas de «Tomorrow Never Knows». Un crítico delirante se percató de un «filtro que hacía que John Lennon sonase como Dios cantando a través de una bocina de niebla». George instaura sus credenciales en la composición con «Taxman», «Love You To» y «I Want to Tell You». El álbum es complejo, psicodélico, multicultural. Hay sitares. Alejándose de la temática del amor, su tema central va oscilando. Es un álbum vivaz y guiado por el consumo de sustancias, sobre todo de John y George, que estaban experimentando con el LSD de forma muy entusiasta, mientras que Paul se limitaba, al menos por el momento, a la hierba y

los colegas artísticos. Sus influencias son muchas y diversas, desde Bob Dylan y Ravi Shankar hasta los ya mencionados Beach Boys. El proyecto igualó a los dos compositores principales, pero también dejó al descubierto su discrepancia. ¿Fue *Revolver* un álbum revolucionario? Bueno, todos queremos cambiar el mundo. ¿Hizo estallar los límites del pop y dio una vuelta de tuerca a los métodos con los que se hacían los discos? Se puede decir que fue así. ¿Engendró el movimiento del rock progresivo de los setenta? Esto y más debe de ser cierto. Su viejo amigo de Hamburgo Klaus Voormann diseñó la llamativa portada. Ganó un grammy por ello. Nunca ha dejado de responder preguntas sobre ella.

*

Doce números 1 consecutivos fueron el caldo de cultivo de una hasta entonces inimaginable serie de álbumes que cristalizó para siempre la prominencia de los Beatles en el olimpo de la música. La paradoja era que durante el proceso de creación de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band,* la banda sonora de *Magical Mystery Tour, The White Album, Yellow Submarine, Abbey Road* y *Let It Be* la banda estaba desintegrándose. No es que hubiese nada siniestro en ello. No fue como si estallara el caos por la disolución de los matrimonios o las relaciones dentro de la banda, como fue el caso, por ejemplo, de Fleetwood Mac o ABBA. Sí, hubo mujeres involucradas, pero no en el sentido de ser una amenaza. Ninguna mujer podría haber entrado por la fuerza en aquella organización inexpugnable y haber convencido a cualquiera de ellos para que echase el cierre y se marchase, a no ser que el Beatle en cuestión quisiera que ella lo hiciera. Hasta el observador más pasivo podía ver lo arrogantes, chovinistas y creídos que eran. Tenían la sartén por el mango. Ninguna Yoko ni ninguna Linda podrían haber ejercido el nivel de influencia que se necesitaba para hacerlos estallar. A menos que tal cosa fuese expresamente deseada. En la época se escribió y se chismorreó mucho sobre este asunto. Gran parte de los muchos abusos lanzados contra Yoko eran gratuitamente sexistas y racistas. Pero la situación era más complicada que chico conoce chica, chico se enamora, chico da un paso al costado, mientras chica pisotea el castillo de arena de chico. ¿No es más probable que John, que buscaba desesperadamente una

escapatoria, usase a Yoko como su chivo expiatorio para apartarse de la banda? Tal vez ella estaba de acuerdo con la estrategia. Quizá la planearon juntos. Es totalmente posible que ella estuviese dispuesta a aceptar la culpa, si eso era lo que había que hacer para facilitarle el camino a John, especialmente si se tiene en cuenta que él mismo, la más grande estrella del rock, iba a ser su recompensa. ¿Cogido por los pelos? Ella no nos lo va a decir. Pero cosas más extrañas han pasado.

También hay algo obvio: los chicos habían crecido. Siempre iban a tener que hacerlo. Estaban madurando de cara al exterior y, de forma natural, alejándose unos de otros, menospreciando su dependencia de los colegas de la infancia. Tenían familias, otras prioridades, intereses opuestos. No podían seguir siendo solo ellos y a la mierda el resto del mundo para siempre, aunque puede que en secreto hubiesen deseado que así fuera. En el último episodio de la serie *The Beatles Anthology*, Paul comparó la situación con la de los compañeros del Ejército cuando se separan después de la desmovilización, haciendo referencia a la vieja canción «Wedding Bells»: «Esas campanas de boda están rompiendo esa vieja pandilla mía».[5]Ver el documental de nuevo todos estos años más tarde me ha recordado a su homónimo, el apóstol, que hizo la siguiente reflexión hace casi dos mil años: «Cuando era niño, hablaba como un niño, razonaba como un niño, pensaba como un niño; pero cuando me convertí en un hombre, dejé de lado las cosas de niño».[6]

John quería irse. Estaba aburrido. Ansiaba la libertad. Estaba desesperado por colaborar con otras personas. Incluso con Yoko, quien, aunque los demás no lo sabían, había estado trabajando y experimentando con músicos desde antes de su etapa en Hamburgo. En 1960, por ejemplo, había nombrado al compositor La Monte Young, *enfant terrible* de la vanguardia, director musical de los conciertos que acogía en su ático de Nueva York. Young, que estaba fuertemente influenciado por el *gagaku* japonés (literalmente, «música elegante»), que era la música clásica de siglos de antigüedad de la corte imperial, y que adaptaba trabajos a modo de textos breves al estilo *haiku*, terminó convirtiéndose en el «compositor vivo más influyente de la actualidad». Él y Yoko se tomaban muy en serio el uno al otro. Ella no era la intrusa musicalmente ignorante que tanto los fans de los Beatles como la prensa maliciosa suponían que era.

La crisis ya estaba ocurriendo antes de que aparecieran Yoko y Linda —afirma Klaus Voormann—. Si hubo un momento decisivo fue cuando decidieron no tocar más en directo. Desde aquel momento parecía antinatural seguir adelante juntos. Después de aquello, las cosas se deterioraron mucho más rápido. La verdad es que no puedes ser una comunidad que vive junta para siempre. Todos habían seguido su camino: George había empezado a interesarse por el misticismo; Paul y John tenían vidas aparte. Yoko solo fue el revulsivo que hizo que las cosas sucedieran. Se daba cuenta de que John no era feliz y de que ya había tenido suficiente.

¿Era Yoko una manipuladora? Bueno, ella sabía lo que John quería, de modo que hizo que ocurriera. Así que, de algún modo, sí lo era. Pero si ella no hubiese aparecido habría sucedido de todas formas. Quizá solo hubiese pasado un par de semanas más tarde.

Hacia el final, las cosas se pusieron muy desagradables. Recuerdo estar con ellos en el estudio, Linda y Yoko también estaban allí, y todo el mundo susurraba a espaldas de los demás. Era un ambiente muy tóxico.

*

La revista *Rolling Stone* calificó *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* como «el mejor álbum de todos los tiempos». Grabado entre diciembre de 1966 y abril de 1967, se lanzó a las puertas del Verano del Amor, cuando unos cien mil *hippies* se reunieron en el barrio de Haight-Ashbury de San Francisco. Alucinógenos, disturbios raciales, libertad sexual, violencia...; elige lo que quieras. Este espléndido trabajo fue tanto un acompañamiento como un antídoto. Su concepto de «banda dentro de una banda» era la reacción de Paul a la asfixia de la fama, una estrategia diseñada para distanciar a los Beatles de la locura *moptop*.[7] Su mezcla de música hindú, Motown, vodevil, blues, pop, música clásica, rock y otros estilos dejó a la competencia por los suelos, a discos como *The Doors, Are You Experienced* de Jimi Hendrix, *The Velvet Underground and Nico* y *Their Satanic Majesties Request* de los Stones, todos ellos editados aquel año. Paul escribió más de la mitad de los temas del *Pepper*, tocó todos los instrumentos de una orquesta de cámara y pasó por delante de John como fuerza dominante de la banda. No es que la contribución de John a este trabajo sea insignificante. «Being for the Benefit of Mr. Kite!», inspirada por el cartel de un circo victoriano adquirido en una tienda de antigüedades de Sevenoaks, en el condado de Kent, cuando la banda estaba grabando en Knole Park, es la canción que un día señalaría como su favorita (¿o John solo estaba llevando la contraria, puesto que antes la había criticado?). «Lucy in the Sky with Diamonds», motivada por un dibujo que su hijo Julian había hecho en el colegio y había llevado a

casa, tiene un aire a *Alicia en el país de las maravillas*. «A Day in the Life» es el tema entre los temas. ¿Por qué no «Strawberry Fields Forever» o «Penny Lane», ambos grabados para ser incluidos en este álbum? Porque EMI, con su gran sabiduría, pidió un sencillo antes de la salida del álbum, y obtuvo un doble sencillo. Los Beatles tenían una regla por la cual nunca relanzaban en un álbum ningún tema que ya hubiese salido al mercado como sencillo. George Martin describió la metedura de pata como «su mayor arrepentimiento».

> Quizá para las generaciones más jóvenes sea difícil entender la espectacular relevancia que tuvo *Sgt. Pepper* cuando se lanzó aquel verano —reflexiona Jonathan Morrish, exejecutivo de CBS y Sony Music, publicista de Michael Jackson y posteriormente director de comunicaciones en PPL—.[8]Pienses lo que pienses de él musicalmente (y es extraordinario, aunque de ninguna manera el álbum más popular de los Beatles), es, sin discusión, su álbum más importante. Fue el primero que grabaron después de abandonar las actuaciones en vivo, de modo que ya no se daría la situación de tener que crear un disco con prisas para incrementar las ventas de entradas. Ahora, ellos podían decir: «Vamos a dedicar todo nuestro tiempo al álbum y a centrarnos en lo que podemos hacer en el estudio. Esto es el auténtico arte, la verdadera artesanía. Y nosotros somos auténticos artistas». Las compañías discográficas de la época no gastaban mucho tiempo ni dinero en hacer discos. De repente, el álbum como concepto se convirtió en algo más importante que el *single*. Todo cambió y, verdaderamente, fue un hito en la historia de la música. También tenía un embalaje muy bonito, una portada que se podía observar detenidamente, y fue prácticamente el primer álbum que incluía las letras de las canciones, que podíamos leer mientras las escuchábamos. No podías escoger un tema concreto y hacerlo sonar. No había marcas evidentes entre los temas en el vinilo, así que el compromiso era sentarse durante cuarenta minutos y escucharlo entero. Como una grabación clásica, era todo una sola pieza. Esto favoreció la percepción de la música pop y rock como arte.

Los Beatles también abordaban temas más generales sobre la vida y el universo desde el elevado estado de conciencia que alcanzaban con el consumo de drogas. Paul también estaba experimentando entonces con el LSD. Invitaron a sus fans a un viaje de toda una vida, regresando a su infancia en Liverpool y a través del paisaje de sus sueños y miedos. Exhibieron su filosofía. Hicieron cosas que nunca se habían hecho antes. Desde un punto de vista más amplio, el álbum se erige como un monumento al momento en que la industria de la música cambió.

«La música pop se convirtió en algo importante por derecho propio —dice Jonathan— y no solo como una segundona de la música clásica.»

El promotor Keith Altham quedó decepcionado con el álbum.

«*Sgt. Pepper* fue el fin de los Beatles —se lamenta—. No eran realmente ellos. Fue su *Pet Sounds*. Tenía muy poco que ver con el grupo que conocíamos y adorábamos.»

Patrick Humphries señala con un dedo acusador:

> Mi sensación es que, cuando Yoko apareció, convenció a John de que cualquier cosa que hacía era arte, lo cual abarca una multitud de pecados —dice el periodista musical y escritor—. Ella lo distrajo del trabajo diario: incluso con todas las riñas e irritabilidad que hubo en el ámbito de los Beatles tras la muerte de Brian Epstein, eran una banda, con George y Ringo felices de aceptar la autoridad de Paul y John. Pero una vez que Yoko entra en escena, Lennon pierde interés en formar parte de un grupo pop. Se deja que Paul asuma la carga, tarea que desempeña de forma magnífica. Ofrezco lo siguiente como prueba: *Sgt. Pepper*: un concepto de Paul en su totalidad. *Magical Mystery Tour*, lo mismo: una mala película, pero con grandes canciones (el tema principal, «The Fool on the Hill», «I Am the Walrus», «Hello, Goodbye»). *Abbey Road*: Paul de nuevo, insistiendo en que volvieran a grabar un LP como solían hacerlo. Aunque John detestaba «Maxwell's Silver Hammer», yo afirmaría que «I Want You (She's so Heavy)» es autocomplacencia incitada por Yoko. *Let It Be*: la convicción de Paul de que volver a tocar en directo como Ricky and The Red Streaks en lugar de como The Beatles podría funcionar. Pero Yoko estaba envenenando a John con la idea de que no *necesitaba* a la banda.

Keith coincide con él.

> John se arruinó con Yoko —dice—. Siempre pensé que su relación con ella no era una buena noticia. Evidentemente, tenía la cabeza razonablemente en su sitio para los negocios y un apetito enorme por la fama y la fortuna. Su llegada, desde luego, provocó un malestar en los otros tres Beatles, por mucho que todos tratasen de restarle importancia con los años. Pero yo vi cómo ocurría. John perdió la perspectiva en los Beatles. Una vez que ella entró en escena, él quiso aislarse por completo. Es cierto que se había hartado de todo el asunto de ser ídolos de adolescentes y del hecho de que no pudiesen ser respetados como grupo de directo. Esto lo hizo más inestable de lo que ya era de entrada. Por supuesto, nunca encontró la estabilidad en su vida, ni siquiera con Yoko. Ella era una influencia extremadamente perturbadora. Era una manipuladora y una obsesiva. Las fotografías no la favorecían; parecía una vieja bruja. En persona era bastante atractiva: de pechos grandes, pelo bonito, ojos encantadores, piel perfecta. Sufrió algunas críticas terribles de los medios de comunicación, la mayoría de las cuales eran injustas. Fuese o no fuese todas las cosas que dijeron de ella, fue el gran amor de su vida. Si fue una mala influencia, fue porque John permitió que lo fuera. Él no era estúpido. Era un chovinista. Era un hombre que creía que el lugar de la mujer estaba en casa. Algo que no se podía decir de Yoko. Ella tenía su propio espíritu, su propia vida. Si fue la responsable de la ruptura de los Beatles, no fue lo peor que hizo. ¿Y qué fue entonces? Enganchar a John a la heroína. ¿Qué necesidad tenía de esa muleta? Supongo que, simplemente, era lo que hacían todos los esnobs en aquella época, pero no le hizo ningún favor a John. Ya era lo bastante paranoico de por sí.

Patrick Humphries concluye:

> John era un buen roquero, posiblemente muy bueno. No era un artista. Cuando movía el culo para atenuar los daños en los días difíciles de la banda, como hizo en *The White Album* (escrito en gran parte en Rishikesh), la antigua magia seguía allí. Y sí es cierto que Yoko pulió los bordes para convertirlo en un ser humano más maduro. Pero había mucha redención que hacer.
>
> No hay duda de que fue la fuerza motivadora en The Quarry Men y en los Beatles. Era espabilado y riguroso, pero su cinismo arrollador y su escasa capacidad de atención hacían que se distrajera demasiado a menudo. Durante mucho tiempo (de 1957 a 1965) se pudo sostener que él era la fuerza motivadora. A partir de entonces, los Beatles fueron la banda de Paul, y gran parte de la grandeza del grupo se construyó en aquellos últimos años trascendentales.

*

Sgt. Pepper no fue el único fenómeno de los Beatles aquel verano. La BBC los eligió para que representasen al Reino Unido en *Our World*, la primera producción de televisión en directo por satélite para unos veintiséis países que se emitió el 25 de junio. La banda se presentó con una interpretación psicodélica en los EMI Studios (Abbey Road) del sencillo tema de John con una consigna clara: «All You Need Is Love». Ofrecieron su himno *hippy* de amor y paz con una pista de acompañamiento grabada, una orquesta y muchos otros artistas británicos de perfil alto y algunos parásitos en el estudio: Mick y Keith de los Stones, algunos de los Small Faces, Eric Clapton, Graham Nash, Keith Moon, Pattie Boyd, Jane Asher y Marianne Faithfull entre ellos. La retransmisión en directo en blanco y negro atrajo la mayor audiencia en televisión de la historia, que se estimó entre 350 y 400 millones de telespectadores. Cuando se lanzó el tema como *single* el mes siguiente, escaló hasta el número 1 y permaneció allí tres semanas. En agosto había llegado a lo más alto de las listas en Estados Unidos y en muchos otros territorios, y se había convertido en el himno del Verano del Amor, aunque luego sería sometido a análisis y ridiculizado por su ingenuidad.[9]

Lejos de apagarse por su renuncia al estilo *moptop* y a las giras, los Beatles y su influencia musical nunca habían sido tan grandes. Avanzando sobre la marcha, se encontraron sincronizados y en sintonía musical, cultural y socialmente. Motivados por la respuesta positiva a los ideales no materialistas y altruistas que apoyaban entonces, se dirigieron al mar Egeo con la intención de adquirir una

isla griega, empeñados en instaurar su propia comuna *hippy*. La idea, como muchas otras de las que tuvieron, se fue tal como llegó.

*

Para Brian Epstein, «All You Need Is Love» fue «el mejor momento» de los chicos. Tuvo que significar mucho para él, porque sus momentos álgidos públicos disimulaban entonces las horas bajas en su vida privada. En unas semanas todo habría terminado. Una serie de pesares —la reciente muerte de su padre, grandes pérdidas en el juego, una temporada en rehabilitación, donde trató desesperadamente de dar la patada a su adicción a las drogas, y el hecho de haberse hundido en el sórdido submundo de la prostitución masculina— provocaron un gran tormento en Eppy. Hasta el cuello de bebida y barbitúricos, murió el 27 de agosto. Se sospechó suicidio. Se determinó que fue una sobredosis accidental. Tenía treinta y dos años, y toda una vida por delante. Pero el dinero no podía comprar la única cosa que de verdad ansiaba, lo que siempre se le había resistido. La falta de amor romántico lo había llevado a un nivel demasiado grande de depresión como para soportarlo.

«Oí la noticia hoy, oh, chico.»[10] Por lo general nada detenía a John en sus planes, pero aquello lo destrozó. ¿Desfilaban por su mente como una sola las personas queridas que se habían marchado? Su madre Julia. Su tío George. Stuart Sutcliffe, trágicamente. Y ahora Brian, ¡Dios mío! ¿Por qué cada vez que se abría a alguien esa persona moría?

John observaría más tarde que la muerte de Brian señaló el inicio del fin de la banda.

«Entonces ya sabía que teníamos problemas —dijo—. [...] Pensé: "Ya la hemos fastidiado".»[11]

*

Los chicos de Brian no asistieron a su funeral en Liverpool. No fue porque, tal como se sugirió, no se les podía molestar, sino porque la madre de Brian, Queenie, no podía soportar la idea de que una ocasión familiar tan intensamente privada quedase reducida a un circo mediático por la presencia de la banda más famosa del mundo. Así

que se perdieron al rabino acusando a Brian de ser «un símbolo del malestar de nuestra generación». Lo cual, por otro lado, era cierto. Imagínate a John oyendo eso. Los Beatles y sus parejas, en cambio, sí acudieron al servicio conmemorativo, reuniéndose aquel octubre junto a sus compañeros de NEMS Billy J. Kramer, Cilla Black, The Fourmost y Gerry and The Pacemakers en la New London Sinagogue en Abbey Road, donde se honró a Brian con paz y amor, y se le recordó con palabras más amables.

CAPÍTULO 15

Revelación

¿Y ahora hacia dónde, Johnny?

Mira: cuatro jóvenes Beatles, ricos, famosos y sin rumbo, listos para volver al trabajo. Tenían a su alcance a Maharishi Mahesh Yogi. Les aconsejó en Bangor que pensaran de forma positiva en el fallecimiento de Brian. Los tranquilizó, diciéndoles que su espíritu continuaba entre ellos y los animó a no sentirse tristes por la muerte de su mánager para ayudar a facilitar su paso al otro mundo. Maharishi les advirtió de que la negatividad entorpecería su viaje. Parece que esta pizca de enseñanza sagrada hindú los consoló. También los preparó para la siguiente orden del sonriente gurú: debían viajar inmediatamente a la India para unirse a él en su *ashram* en Rishikesh, en las faldas del Himalaya.[1]

Aunque Epstein, sin duda, hubiese recomendado precaución ante la idea de una expedición tan intrépida, ya no estaba allí para dar su opinión. Los chicos se habían sumergido en los textos antiguos y tenían conocimientos básicos sobre el cuarto nivel de conciencia: la conciencia «pura», trascendental. Habían aprendido lo suficiente como para saber que no podían alcanzarlo sin «el mantra». Maharishi tenía el mantra. Quizá también guardaba los secretos de los budas con los ojos medio cerrados...

En febrero de 1968 se marcharon a la orilla oriental del Ganges. Sus mujeres y novias, sus asistentes personales y la prensa también rondaban por allí. Esta última se mantenía a raya detrás de una alambrada de púas, pero algunos consiguieron una perspectiva decente subiéndose a los árboles. Había una cantidad considerable de aprendices de meditación trascendental, entre ellos los hijos de la actriz que interpretaba a Jane en *Tarzán*: Prudence Farrow, de veinte años, su hermano John y su brillante hermana mayor, la actriz de

veintitrés años Mia Farrow, que en ese momento estaba en medio de un desgarrador proceso de divorcio de Frank Sinatra, tres décadas mayor que ella.[2]Jenny Boyd acompañaba a su hermana Pattie y a su cuñado George, y Magic Alex también fue con ellos. Mike Love, de los Beach Boys, también estaba allí, así como el saxofonista y flautista Paul Horn, y el cantante escocés de folk Donovan. La expedición atrajo la atención de los medios de todo el mundo; en algunos casos, esto fue positivo; en otros, no. Los cientos de titulares del tipo «El gurú de los Beatles» o «El año del gurú» se vieron compensados por el divertido y burlón «VeririchiLotsamoney Yogi Bear» de la revista *Private Eye.*[3]

El sol estaba en todo su esplendor, el cielo era azul. La hermana más joven de las Farrow ignoraba una súplica tras otra para salir de su habitación a pasar el rato, y terminó inspirando una de las canciones más queridas de John, «Dear Prudence». No pudieron disuadir a aquella Farrow de acertado nombre. John dijo: «No quería salir de la pequeña cabaña donde nos alojábamos [...] La sacamos de la casa; había estado encerrada allí durante tres semanas y no quería salir. Estaba intentando encontrar a Dios antes que nadie. Aquella era la competición en el campamento de Maharishi: quién iba a volverse cósmico antes».

Prudence Farrow dijo de John que era «muy brillante y extremadamente divertido. Era muy astuto a la hora de analizar a la gente. ¿Cómo iba a saber lo que iba a escribir? No lo sabía. Podría haber escrito cualquier cosa. Lo mejor fue que respetó en gran medida mi privacidad».

¿Qué piensa hoy en día de la canción?

> Representaba de muchas maneras lo que significaron los años sesenta. Lo que dice es muy bonito, muy positivo. Creo que es una canción importante. Pensé que era uno de sus temas menos populares y más oscuros. Siento que, en efecto, captura la esencia del curso, esa parte un poco exótica de estar en la India, donde pasamos por todo aquel silencio y meditación.

Prudence, en cualquier caso, continuó esforzándose con la meditación, terminó el curso y trabajó como profesora de Meditación trascendental durante muchos años.[4]

John siguió escribiendo, profundamente inspirado. Escribió mucho en Rishikesh, igual que Paul y George. Crearon una serie de canciones para lo que terminaría siendo *The White Album*, un disco

doble, que incluía una de las composiciones más exquisitas de John, «Julia». Presumiblemente, un homenaje a su difunta madre, se podía leer entre líneas una carta de amor a la mujer que había dado la vuelta a su corazón: *«Ocean child calls me»* («La hija del océano me llama»). *Ocean child* era una de las traducciones del nombre japonés de Yoko. La otra era «positiva».

*

Jenny Boyd recordaba con cariño aquellos días y aquellas noches en Rishikesh cuando la entrevisté, junto con el DJ Bob Harris (más conocido como Whispering Bob), antes de una audiencia en directo en los estudios Gibson Guitar de Londres. La exmodelo, que dejó de lado una carrera profesional «poco sólida» por la meditación trascendental y un estilo de vida más significativo, describió sus dos meses en la India como «alegres, llenos de desafíos e inspiradores». Me habló de la abundante flora y el fragante aire de la montaña; de la libertad de vestirse con poco más que un sari; de la comida india vegetariana, que tanto ella como su hermana disfrutaban, pero que John no soportaba y Ringo no podía comer; de las largas mañanas que pasaban tomando el sol en el tejado de su cabaña; de las lecturas, las lecciones y las meditaciones interminables; de pasar el rato con Pattie y Cynthia y pintarse las palmas de las manos con henna mientras escuchaban a George, Paul y John rasguear sus guitarras y componer canciones. Aún se reía recordando a Ringo, que describió el retiro como un «Butlin's espiritual»[5] y que, propenso a las alergias y poco dispuesto a probar la comida local, había llegado con una maleta extra llena de latas de alubias en salsa de tomate. El único otro alimento que consumió durante toda su estancia fueron los huevos. Los demás solo podían compadecerse de Maureen Starkey por esta dieta. La guapa Jenny, que aún no había cumplido los veintiuno, se convirtió en el objetivo de los afectos de Donovan, hasta el punto de que lo que escribió allí sobre ella se convertiría en una famosa canción. Nacida Helen Mary y apodada Jenny por su hermana por una de sus muñecas favoritas de la infancia, a partir de entonces sería «Jennifer Juniper» para siempre. El idilio se estropeó cuando Jenny cayó enferma con disentería, que fue mal diagnosticada, extrañamente, como amigdalitis. Jenny recordaba que John también estuvo enfermo. Luchaba por superar el *jet lag* y la

mayoría de las noches lo acosaba el insomnio. ¿Qué parte de este insomnio se debía a su añoranza de Yoko?[6]

Cynthia había dejado a Julian en casa, con su madre. Una estancia prevista de tres meses era un periodo terriblemente largo para dejar a un niño tan pequeño. A esa edad, una semana puede parecer una eternidad. La ausencia prolongada de los padres podría hacerle pensar que nunca iban a volver. El mismo John lo sabía muy bien. Quizá Julian había crecido acostumbrado a las ausencias de su padre cuando los Beatles salían de gira, pero la desaparición de su madre tuvo que alarmarlo. El viaje también significaba que su madre y su padre iban a perderse su quinto cumpleaños. Cynthia era una buena madre. Cuando hablamos de ello, admitió que debía de estar muy desesperada para abandonarlo hasta tal punto. Cyn tenía la esperanza de que Rishikesh les aportaría a John y a ella el aislamiento, la privacidad y una oportunidad de redescubrirse y avivar su matrimonio.

> Esperanzas imposibles —contaba, tristemente—. John me dijo justo antes de que nos marchásemos a la India que quería que tuviésemos más hijos. Esto surgió de la nada, te lo puedo asegurar. Me quedé muy sorprendida, porque nunca había hablado de ello antes. Por otro lado, ¿por qué no? Yo no era reacia a la idea. No era como si fuésemos demasiado mayores para tener más niños. Yo todavía no tenía veintinueve años, después de todo, y John iba a cumplir veintiocho aquel mes de octubre. Todavía teníamos mucho tiempo. Supongo que lo que me preocupaba era Julian. Un intervalo de cinco o seis años entre hermanos es bastante grande, ¿no crees? Realmente, me hubiese encantado tener tres o cuatro hijos y haberlos tenido seguidos. Simplemente, no había sucedido. Pero tal vez...

Pero, ay, dos semanas más tarde, «[...] aparentemente yo lo distraía de su meditación —Cyn suspiró—. Todo era culpa mía, y John se puso como una fiera. Empezó a refunfuñar por todas partes, hablándome mal, insistiendo en que arreglásemos nuestro "inútil" alojamiento y que tendríamos que dormir en habitaciones separadas a partir de entonces, antes de que se volviera loco. Fue humillante e hiriente. Estoy segura de que todos los demás sabían qué estaba pasando, pero nadie me dijo nunca nada. Incluso entonces, yo estaba convencida de que podía recuperarlo. No sé cómo pude ser tan estúpida y estar tan ciega... Ahora sé que aquel era John volviendo a usar sus viejos trucos, diciendo una cosa, pero queriendo decir otra. Igual que cuando estaba de gira y me escribía todo el tiempo,

contándome lo profundamente que me quería y lo desesperadamente que me echaba de menos, de la misma manera en que solía hacerlo cuando estábamos en la escuela de arte. Pero cuando estaba en casa, conmigo, bajo el mismo techo, o estaba durmiendo, o me ignoraba, o provocaba riñas sinsentido. Prefería mirar la televisión que a mí. Sin duda, prefería leer un libro que hablarme. John siempre quería lo que no podía tener, nunca lo que tenía ante sus ojos. Cuando me tuvo, ya no me quería. Dios mío, me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Me hizo preguntarme si siempre había sido así, y si alguna vez yo había sido suficiente para él. Busqué mi alma en el *ashram*, y fue la única conclusión a la que pude llegar».

Lo que Cyn no sabía en aquel momento era que John utilizó la excusa de dormir en cuartos separados para que su mujer no se percatase de que se levantaba muy pronto todas las mañanas para ir andando hasta la estafeta postal del recinto, donde recogía los muchos telegramas que le enviaba Yoko. La razón de sus cambios de humor era que la echaba de menos.

A medida que la unión de los Lennon se arrastraba hacia su final, la energía de Cyn decaía, mientras que la de John se disparaba. Para los Beatles este resultó ser el periodo de composición más productivo de su carrera. Crearon entre treinta y cincuenta temas durante su estancia en la India y justo después. Escribieron gran parte de *The White Album* allí. Algunos temas se incluyeron en *Abbey Road*. Otros terminarían en varios LP en solitario, como «Child of Nature», una canción que John revisaría hasta convertirla en la introspectiva «Jealous Guy» para su álbum *Imagine*. Algunas acabarían formando parte de los recopilatorios *Anthology*. «Back in the USSR», «Blackbird», «Dear Prudence», «Julia», «Revolution», «Mean Mr. Mustard» y «Polythene Pam» estaban inspiradas en la India, y también lo estaba la sublime «While My Guitar Gently Weeps» de George. Entre sus sutiles capas se esconde un mensaje inexcusable: que Harrison ya estaba llorando la muerte de los Beatles.

Donovan reclamaría posteriormente, de una forma amable, el mérito, por lo menos, de parte de la inspiración de la banda durante su estancia en el *ashram*. Recordaba que John se había quedado fascinado con sus técnicas de punteo de guitarra, que John y Paul pronto adquirieron y que cambiarían su forma de componer.

> Yo me pasaba el día tocando la guitarra acústica. De hecho, Ringo solía decirme: «Don, ¡nunca paras de tocar la guitarra!». En aquel juego sin fin, después de haber meditado, haber tomado nuestra comida saludable, haber perseguido a los monos para que se alejaran de la mesa, tocábamos. Y un día, cuando me vio puntear la guitarra, John me preguntó: «¿Cómo haces eso?».

Donovan prometió a John que le enseñaría, pero le advirtió que harían falta unos cuantos días.

> «Tengo tiempo, Don, aquí en la jungla», dijo John. Nos juntamos, y John aprendió en dos días.
>
> La forma de componer cambia cuando tienes un estilo nuevo y John se abrió a un estilo completamente nuevo. Era genial observarlo [...]. Paul era muy listo; es un genio, por supuesto. Lo cogía todo de oído, y su característica forma de puntear era totalmente distinta. Con ella, Paul sacó «Blackbird» y «Mother Nature's Son». John creó «Dear Prudence» y «Julia».

Recordando el característico toque acústico de *The White Album*, Donovan añade: «También estaban las estructuras de acordes que yo había aprendido del flamenco, de la música clásica, del primer blues y del folk de Nueva Orleans. Eran estructuras de acordes con las que aquellos tres chicos de los Beatles apenas habían experimentado. También se introdujeron en una nueva forma de composición. Era genial poder transmitir aquellas técnicas, no solo por *The White Album*, sino también por los millones de fans que se animarían a coger una guitarra».[7]

*

Ringo y Maureen se esfumaron después de pasar solo diez días allí: los insectos los atormentaban, detestaban la comida y echaban de menos a los niños. Paul y Jane llegaron a pasar allí cinco semanas antes de tirar la toalla. John y Cynthia, George y Pattie y su grupo podrían haber aguantado los tres meses enteros de no ser por un detonante: Maharishi fue acusado de haberse insinuado sexualmente a algunas de las chicas, entre ellas, Mia Farrow. Magic Alex pudo haber tenido algo que ver con esta acusación. La propia Mia nunca ha hablado mucho sobre el asunto, más allá de una mención fugaz y evasiva en su biografía de 1997 *Memorias: hojas vivas*.[8]

Se les cayó la venda de los ojos. Los que seguían allí salieron disparados el 12 de abril. Se encomendó a John, en su rol del cretino bocazas del lugar, la tarea de informar al gurú de que se marchaban:

«Si eres tan jodidamente cósmico ya sabrás por qué», fue su última réplica.[9]

Típico de John, luego escribió apresuradamente una pequeña cancioncilla de disgusto que posteriormente se vio forzado a moderar y a cambiar el título de «Maharishi» a «Sexy Sadie» para poder incluirla en *The White Album*. Regresaron a Londres dejando atrás al gurú y sus enseñanzas, declararon públicamente que su asociación con él había terminado y que todo había sido un error, y volvieron a la tarea de tomar el control de su accidentado imperio. Olvidaron a conveniencia que Maharishi les había hecho un favor enorme desintoxicándolos del LSD. Aunque menos de un año más tarde John estaría enganchado a la heroína.

La reputación del gurú quedó muy dañada por el escándalo, del cual nunca se aportó ninguna evidencia. Casi treinta años más tarde, George y Paul se disculparon abiertamente con él, y todos se reconciliaron. La meditación trascendental continuó progresando por todo el mundo, atrayendo a millones de adeptos, y sigue practicándose hoy en día. Mahesh se mudó a Holanda, donde Paul y su hija Stella lo visitaron en 2007. Al año siguiente, con noventa y un años, se apagó para siempre. Magic Alex, su presunto acusador, murió diez años más tarde.

*

De nuevo en Londres, los Beatles seguían sin rumbo. El asistente personal de Brian Epstein, Peter Brown, había asumido la gestión del día a día de la oficina de dirección, pero los chicos estaban como pollos sin cabeza. Habían lanzado su propia compañía, Apple Corps, el enero anterior, y lo anunciarían al mundo en mayo. Bajo su estandarte pretendían continuar con su carrera discográfica, consolidar otros intereses y desarrollar nuevas ideas, entre las que se contaban Apple Films, Electronics, Publishing, Retail y otras más, además de tener un sello propio para grabar y promocionar a otros artistas y para publicar su propia música. Todo parecían buenas ideas en aquel momento. Se adquirieron unas instalaciones nuevas en el número 3 de Savile Row, en Mayfair, aquel mes de junio. La antigua Hylton House, de estilo georgiano, que les costó quinientas mil libras, se remodeló como edificio Apple. El estudio estaba en el sótano. Cada Beatle tenía su

propio despacho. John lanzaría la iniciativa por la paz mundial Bag Productions, que crearon él y Yoko, desde allí. Había un guardia de seguridad en la puerta para controlar a los fans, conocidos como los «Apple Scruffs». Amigos fieles como Pete Shotton y Neil Aspinall fueron recompensados. La tienda psicodélica que vendía atuendos *hippies* dominaba la esquina de Baker Street con Paddington Street de Londres, en el edificio que antes había albergado Apple Music. Fue efímera. Se premió a su fiel técnico de gira, manitas particular y confidente leal, el afable Neil, nombrándolo encargado de la corporación en 1970, y finalmente terminó siendo director ejecutivo. Permanecería al mando durante casi cuarenta años.

Sobre el papel, todo era fabuloso. Más o menos. Era el mejor momento, era el peor momento; era la era de la sabiduría, era la era de la estupidez...[10]En realidad, este periodo fue de resistencia a lo inevitable, de destrozos, de marcarse puntos, de entrometimientos y fracasos; de crisis personales, de un libertinaje apenas creíble y un derroche casi ofensivo. La oficina de Apple, con sus discos de oro de pared a pared y sus lujosas alfombras de color verde manzana, era uno de los lugares más palaciegos y extravagantes de la capital. Equipada con todas las comodidades modernas, se empleó a un ejército de chalados con escasos conocimientos sobre cómo debían proceder. Se comentó en no pocas ocasiones que Brian debía de estar revolviéndose en su tumba. El *management* de la banda seguía vacante. La indecisión, los desacuerdos y el caos eran prácticamente inevitables.

El grupo se reunió en los Twickenham Film Studios para empezar a trabajar en un proyecto idealista de Paul llamado *Get Back*, en el que el director norteamericano Michael Lindsay-Hogg filmaría a los Beatles las veinticuatro horas del día mientras ensayaban para lo que se suponía que iba a ser una vuelta a su esencia, un álbum sin trucos y un regreso a los escenarios. No resultó una experiencia precisamente armoniosa. George fue el primero que salió pitando, accediendo a volver solo si cambiaban los hostiles y fríos estudios Twickenham por su propio estudio en Apple, en Savile Row. La única expresión en directo de este experimento destinado al fracaso tendría lugar no a bordo del Queen Elizabeth 2, ni en un anfiteatro en Túnez, ni en el London Palladium, ni frente a las pirámides de Guiza, ni en el desierto del Sáhara —todos ellos lugares que, fuera de broma, se propusieron —, sino en la azotea de su propio edificio un día lúgubre en mitad del

invierno, un martes normal y corriente a la hora de la comida, un 30 de enero. La música provocó que la multitud se reuniese abajo, en la calle. El tráfico se paró. Agentes de la comisaría de policía de West End Central se dirigieron rápidamente hacia allí. ¿Qué estaba pasando? Tocaron durante cuarenta y dos minutos; solo la mitad llegaría a utilizarse en la película final. Nueve tomas. Cinco canciones.

> Yo estaba en las oficinas de Apple Corps el día del concierto en la azotea —recuerda el compositor y músico Mike Batt—. Simplemente, coincidió que yo estaba allí; utilizaba muchas veces sus estudios. Fue un momento increíble para mí, porque era un fanático de los Beatles. Tenía diecinueve años y era el responsable de A&R de Liberty Records. En cuanto empezaron, el editor Wayne Bardell y yo salimos a la calle. Podríamos haber entrado en el edificio y subido a la azotea, pero estábamos mejor fuera. Hacían mucho ruido. Había mucha gente. Flotaba en el aire la sensación de estar atrapados en un momento importante y decisivo. Si estás cerca cuando sucede algo tan significativo, te sientes parte de ello. Yo todavía lo pienso. Me hace sentir afortunado.

Mike no fue la única figura destacada que estuvo presente en el concierto en la azotea. «Lo último que supe de John Lennon fue la última vez que tocaron juntos en directo como los Beatles, en la azotea de su oficina de Apple en Savile Row —dijo Keith Altham—. Era una mañana helada. Nuestro colega Alan Smith nos había avisado, por medio de su esposa Mavis, que trabajaba en la oficina de prensa de NEMS, de que los chicos estaban grabando y que deberíamos ir a echar un vistazo. Olvidé coger mi chaqueta, salí corriendo de *New Musical Express* y salté a un taxi. Pronto estaba temblando en la azotea, junto con un grupo de fotógrafos, mientras los Beatles tocaban y cantaban "Get Back" dos veces. Cuando la policía lo paró todo porque se estaban congregando grandes grupos de gente en la calle, John pasó a mi lado, rozándome con su abrigo de pieles, y notó que yo estaba temblando por el frío. "¡Es *Fabs* Keith!", se burló a modo de saludo amistoso, en referencia a nuestras peleas anteriores, cuando yo era un periodista novato en una revista para adolescentes. "¿Estás bien, tío?" Yo asentí. "¿Quieres mi abrigo de pieles?" "Sí, por favor", le dije. "Difícil", respondió, mientras se lo llevaban los encargados del equipo. Nunca volví a verlo.»

Tuvisteis suerte, amantes del pop. Aquella actuación improvisada, acompañados del excepcional pianista de sesión norteamericano Billy Preston, fue probablemente idea de John. George

no quería hacerlo. Ringo, vestido de rojo (la chaqueta era de Maureen) no le veía el sentido. John se puso el abrigo de pieles de Yoko para el que sería su último concierto. Rompió con la tradición para colocarse en el centro del escenario, con George a su izquierda. Las últimas palabras, cómo no, fueron de John: «Me gustaría daros las gracias en nombre de todo el grupo, y espero que hayamos superado la audición».

Aunque se publicó un sencillo, «Get Back», aquel mes de abril, los temas restantes para un posible álbum y todo el metraje fílmico se dejaron de lado.

*

Más allá de los límites del negocio de la música, incontables personalidades en la historia de los Beatles han quedado relegadas a las crónicas y prácticamente olvidadas. Incluso dentro, quedan pocas personas que sean lo suficientemente mayores o estén lo bastante interesadas como para recordarlas. Y aún menos personas a quienes les importe. Pero hubo un tiempo en que el mundo entero sabía quién era Allen Klein.

Se redujo a una situación de cara o cruz. En la esquina azul del ring, un depredador y huraño mánager de rock de Nueva York y *rottweiler* de los contratos que había llevado a los Rolling Stones a la gloria lucrativa y que había estado merodeando como un ave rapaz desde 1964, empecinado en hundir sus garras en los Beatles. En la esquina roja, un enérgico dúo padre-hijo, los abogados Lee y John Eastman, que también provenían de la Gran Manzana y tenían a una mujer muy relevante de su lado. Cuando Lennon reveló públicamente su miedo a que, tal como estaban las cosas, los Beatles se arruinaran en seis meses, Klein aprovechó el momento. Estira el brazo y él estará allí. Él y John se reunieron en enero de 1969. John lo llevó a Apple en aquel momento para que se ocupase de sus asuntos financieros. Al día siguiente, Klein se sentó con los demás. Paul explicó que prefería a su futura familia política, dado que en unas semanas estaría casado con la hija de Lee y hermana de John, Linda. Ringo y George, por deferencia hacia Lennon, apostaron por Klein. Reunión, enfado, reunión, acritud, discusión, «tú, cabrón», «que te den». Hasta aquí, lo de siempre. Klein ganó y fue nombrado su mánager provisional

durante el mes de abril, mientras que se designó a los Eastman como sus abogados. Como si eso fuera a funcionar. Finalmente, despidieron a los Eastman. Todos, excepto Paul, firmaron un contrato de tres años con Klein para que fuera su mánager.

El primer movimiento del gran Al fue hacer una limpieza en Apple, retirando lo que no servía. Se deshizo de los empleados más costosos e incluso trató de librarse de Neil Aspinall. Los chicos no iban a permitirlo. Las cosas empezaron a arruinarse cuando les llegó la noticia de que el hermano de Brian Epstein, Clive, había vendido NEMS al grupo inversor británico Triumph, que pasaba a quedarse con el 25 por ciento de las ganancias de los Beatles. Siguieron otras negociaciones frenéticas. En estos acuerdos salieron a la superficie las verdaderas intenciones de Klein, y eran para hacer saltar las alarmas. ¿Qué iban a hacer con la compañía discográfica, Northern Songs Ltd., dirigida por Dick James, que había embaucado a Brian de forma evidente ya en las primeras negociaciones? Tan pronto como vieron venir a Klein, Dick James salió pitando hacia la empresa televisiva ATV de Lew Grade para venderle su parte al magnate, en lugar de dejar que John y Paul recuperasen los derechos de sus propias canciones. Klein se complicó la vida para superar a Grade con una oferta mejor. Pero entonces (oh, no) se produjeron peleas internas entre John y Paul y Klein, que hizo un trueque con EMI, firmemente decidido a revisar el patético acuerdo que los Beatles tenían con ellos. Si la elección del momento oportuno lo es todo, la de John fue brutal: escogió aquel preciso instante para informar a la banda y a Klein de que se marchaba. Aunque EMI era reticente a renegociar los términos del contrato, su filial norteamericana, Capitol, estaba dando brincos con el álbum *Abbey Road*, grabado entre febrero y agosto, y publicado el 26 de septiembre. He aquí la obra maestra, el no va más. No pudo evitar subir la apuesta. Se acordó un nuevo trato. Ajena al barco que se hundía, la banda seguía tocando. La música resonaba. No se podía hacer otra cosa. McCartney sacó su bolígrafo.

*

«La primera vez que escuché *Let It Be*, en 1981, cuando tenía unos nueve años, y vi que se había publicado en 1970, me di cuenta de que los Beatles ya habían tenido suficiente», recuerda James Irving,

miembro fundador de Vinyl Vaults, la sucursal que organizaba regularmente veladas junto al río en el sur de Londres a principios de la década de 2000.

> Era una recopilación cansada e irregular de ejercicios de calentamiento con un par de clásicos agregados —continúa Irving—. Mientras Paul suena como si tratara desesperadamente de mantener las cosas unidas, John parece angustiado y perezoso y comete algunos errores, generalmente en el bajo, en los temas de McCartney. Antes había escuchado *The White Album* y *Abbey Road*, sus otros dos lanzamientos de la última etapa, y supuse que *Let It Be* había sido grabado y editado posteriormente y de mala gana para satisfacer un acuerdo discográfico. Y luego vi la película *Let It Be* en la BBC (no creo que se haya vuelto a emitir desde entonces) y no hizo más que reforzar aún más el estado sombrío y distante de su música.

James declara que después, con los años, fue consciente de una serie de hechos que lo animaron a reevaluar el trabajo.

> En primer lugar, descubrí que la crudeza de las canciones se debía al hecho de que se habían grabado en directo en lugar de ser sonorizadas, lo que hacía que la música fuese más fresca y honesta. En segundo lugar, en un intento de que el disco sonase más parecido a un álbum refinado de los Beatles, la producción posterior de Phil Spector —coros espesos y arreglos de cuerda— fue un acto de vandalismo que arruinó canciones como «The Long and Winding Road». Cuando se publicó el álbum *Let It Be... Naked* en 2003 pudimos escuchar finalmente los temas como se tenía pensado que sonasen. Por supuesto, los Beatles fueron capaces de reunirse de nuevo después de la grabación de *Let It Be* para hacer *Abbey Road*, que funciona como un final muy apropiado, garantizando de este modo que *Let It Be* pueda verse como un experimento extravagante con un productor alternativo más que como una triste despedida.[11]

*

Durante todo aquel tiempo se estaba desarrollando una historia de amor. Acababan de volver de la India aquella primavera cuando John instó a su esposa para que se uniera a Magic Alex, Jenny y Donovan en unas vacaciones en Grecia, con la excusa de que tenía mucho trabajo que hacer. Después de haber estado lejos de Julian durante dos meses, ahora resulta muy extraño que a Cynthia no le importase dejar a Julian en casa de su ama de llaves y marcharse de nuevo. A su vuelta se encontró con un golpe duro: otra mujer, sentada en el suelo de *su* porche, con *su* bata puesta, mirando a los ojos a *su* marido. Sin que Cyn lo supiera, John había invitado a Yoko a la casa matrimonial. Ya sabes cómo funciona: «¿Quieres venir a casa a escuchar un material

que he estado grabando?»; el equivalente musical del «ven a ver mis pinturas». Se habían pasado la noche experimentando con una grabadora, registrando efectos de sonido, voces extrañas y otras rarezas para lo que se convertiría en *Unfinished Music No. 1: Two Virgins*, su primer álbum juntos. En la carátula aparecen ambos completamente desnudos, vistos de frente y también por detrás. Se muestran los genitales tupidos y los pechos colgantes. Considerada en aquel momento ofensiva y obscena, se lanzó bajo el sello Apple. EMI se negó a distribuir el disco. Esta tarea recayó en Track Records, propiedad de los mánager de The Who, Kit Lambert y Chris Stamp, que lo ofrecieron oculto dentro de una bolsa de papel marrón. Aun así la gente se enfureció y no llegó a entrar en las listas de ventas en el Reino Unido. Tetragrammaton lo editó en América, donde tampoco llegó a ingresar en el *top* 100 de los discos más vendidos. De los tres álbumes a modo de «diario de una relación» creados por John y Yoko mientras los Beatles aún eran una banda, este debe de ser el peor.

Sellaron el acuerdo aquella noche en Kenwood haciendo el amor en la cama de Cyn. En lugar de tener la decencia de sentarse con su mujer y explicarle que el matrimonio había llegado a su fin porque se había enamorado de otra persona, se las ingenió para que los sorprendiese en casa. ¿Fue su arrogancia, su cobardía o simplemente su indiferencia lo que provocó que la lastimara de una forma tan salvaje? Lo que fuera. El comportamiento despiadado de John sigue siendo absolutamente increíble.

*

Para John fue una sensación de alivio, de liberación. Ya se había ocupado de todos sus asuntos. Ahora era libre para reconciliarse con la vida en los brazos de la mujer que lo hacía sentir vivo, que lo había salvado de verdad.

Para Cyn solo había un vacío. Una desesperación silenciosa. ¿Por qué no fue directamente a casa de Dot, el ama de llaves, recuperó a Julian y se centró en él? ¿Por qué Cyn se mantuvo alejada de su hijo unos cuantos días más?

> No tengo una explicación para eso —decía ella avergonzada—. No podía pensar con claridad, estaba fuera de control y no quería que mi hijo me viese en aquel estado. Estaba destrozada por la idea de que ellos estuvieran juntos, la intimidad que parecían tener, tan sintonizados el uno con el otro, y habían

estado teniendo relaciones en mi casa, a mis espaldas. Me ponía enferma pensarlo. Cualquier mujer sentiría lo mismo. Me he preguntado muchas veces, a lo largo de los años, por qué sentí que era yo quien tenía que largarse. ¿Por qué me sentía incómoda quedándome allí? ¡Era mi casa, no la de ella! Tenía que haberlos puesto de patitas en la calle en ese momento. Pero sé que no hubiese salido de mí hacerlo, aunque cuando la vi allí estaba tan enfadada y me sentí tan humillada que quería matarla. Me fui a la casa que compartían Magic Alex y Jenny. Jenny estaba destrozada y se fue directamente a la cama. Alex me estuvo rondando, me emborrachó y se me insinuó. Yo estaba horrorizada. Fui corriendo al cuarto de baño y vomité. Tuvieron que pasar varios días hasta que me atreví a volver a casa para enfrentarme a la situación, aterrorizada por lo que iba a encontrarme.

Cyn recordaba haber intentado desesperadamente recolectar todo tipo de maldades de John para hacerse fuerte para la confrontación:

Cosas como cuando me dio un bofetón en la cara cuando aún estábamos en la universidad. O la vez que me dijo que lo irritaba mucho el *sonido* del rímel cuando me lo aplicaba. Hubo un tiempo en que le gustaba observarme cuando me maquillaba. Cuando éramos novios. Me dijo que era de lo más sexy. Pero luego, por supuesto, llegó Yoko, con su cara sin maquillar... Tenía que encontrar formas de odiarlo que me ayudasen a sentirme más fuerte, más preparada para él, para lo que fuera que fuese a lanzarme. Pero no te lo vas a creer: cuando llegué, fue como si nada hubiese pasado. Julian ya estaba en casa, todo estaba ordenado y John se comportaba como si se alegrara de verme. ¿Estaba alucinando? Nada tenía sentido. Realmente, empecé a dudar de mi propia cordura.

Cuando Julian ya estaba en la cama y John y yo pudimos hablar, se sentó allí, menospreciando a Yoko como si fuera solo otra de las mujeres que no significaban nada para él con las que había confesado que había estado saliendo. Me dijo que no debería dejar que me preocupasen. Dios mío, ¿qué clase de debilucha era yo? ¡Ahora no me tragaría eso! Insistió en que solo me quería a mí. Yo estaba muy agitada. Pero, una vez más, lo perdoné. Nos fuimos a la cama e hicimos el amor. No sabía qué pensar. Nada de aquello era normal. ¿Eran las drogas? Incluso entonces me atreví a creer que todo estaba bien entre nosotros. Era lo más lejos de la realidad que se podía estar.

Iban a llegar más cosas terribles. El divorcio nunca es justo. John jugó sucio. Los abogados lo hicieron lo peor que pudieron. Cyn fue acusada de adulterio y la amenazaron con arrebatarle la custodia de Julian. Todo se arregló fuera de los tribunales. La sobornaron con una suma ridícula. Desconsolada, pillada por sorpresa y desconcertada, nunca tuvo una oportunidad de réplica.

El 26 de agosto, el lanzamiento del *single* de presentación de los Beatles en su nuevo sello Apple fue la canción de consuelo que Paul había escrito para Julian: «Hey Jude». Llegó a los puestos más altos de las listas de ventas en todo el mundo.[12]

«Sabía que no iba a ser fácil para él —comentó Paul en 1997—.

Siempre siento pena por los niños en los divorcios.»[13]

Cuando Paul presentó la canción a John, él malinterpretó su significado y dio por sentado que hablaba sobre él. No hagas eso, no lo hagas: *«You were made to go out and get her»* («Te hicieron para salir a buscarla») fue la parte de la letra que John se tomó como una pista, pensando que Paul le estaba diciendo que dejase a Cyn por Yoko. «Siempre la escuché como una canción hecha para mí», dijo el narcisista.

A los veintipocos, siendo ya una estrella del rock por derecho propio con dos álbumes en su haber, el aclamado *Valotte* y el no tan bien recibido *The Secret Value of Daydreaming*, Julian se topó con Paul en Nueva York. Su encuentro le brindó a Julian la oportunidad de escuchar de primera mano la verdadera historia tras la creación de «Hey Jude».

> Realmente, nunca he querido saber la verdad sobre cómo era mi padre y cómo era conmigo —confesó Julian—. Había cosas muy negativas, como cuando dijo que yo había salido de una botella de whisky un sábado por la noche. Es difícil lidiar con eso. Piensas: «¿Qué hay de amor en ello?». Me sorprende cada vez que escucho la canción. Es extraño pensar que alguien ha escrito un tema que habla sobre ti. Todavía me conmueve.[14]

Al mes siguiente, John grabó «Happiness Is a Warm Gun», en la que cantaba explícitamente sobre su nueva amante. El 8 de noviembre, se dicta la sentencia de divorcio de Cyn. Dos semanas más tarde, Yoko perdió al segundo hijo de John.

*

Dios, no es fácil, ¿sabes? Nada lo es. Cyn, que lo había tenido todo, ahora lo había perdido todo. Quedaría reducida a explotar el nombre de John y a destrozarlo en público. Reescribiría su historia en sus primeras memorias, *A Twist of Lennon*, que se publicaron de forma apresurada, según confesó ella misma, debido a la «necesidad económica».

«Estaba sin blanca —dijo cándidamente—. No tenía otra opción que rebajarme a hacer este tipo de cosas para poder pagar las facturas.» John, finalmente, abordaría sus presuntas alteraciones de la verdad en una carta devastadora a su exesposa, escrita el 15 de noviembre de 1976, que salió a subasta en 2017 en Nueva York.

«Como tú y yo bien sabemos, nuestro matrimonio se había terminado mucho antes de la llegada del LSD o de Yoko —le espetó—, ¡y eso es una realidad! Tus recuerdos están cuando menos dañados.»

John tenía sus motivos para reprender a su exmujer. Si la hubiera compensado adecuadamente por todos aquellos años y por el hijo que ella le dio, no se habría visto obligada a contar ciertas cosas o a casarse tres veces más. Sin embargo, su conexión con John la sobrevivió. La mujer de un Beatle sigue siendo siempre la mujer de un Beatle.[15]

*

Cynthia y Julian no fueron las únicas víctimas. El segundo marido de Yoko, Tony Cox, se tomó muy mal la traición. Se divorciaron el 2 de febrero de 1969. Seis semanas y media después, el 20 de marzo, ella y John se casaron en Gibraltar, como dice la canción, en la oficina del Consulado británico. Su luna de miel fue una encamada por la paz de una semana, que pusieron en escena para la atención global en el hotel Hilton de Ámsterdam.[16]

CAPÍTULO 16

Metamorfosis

Intentemos verlo de esta manera. John conocía a Cyn desde que era adolescente. Incluso es probable que, en algún momento, se enamorara de ella a su manera impetuosa y egoísta. En circunstancias normales, su relación seguramente se habría ido apagando por sí sola antes de que ambos pensaran siquiera en formalizarla en el Registro Civil. Desde el principio habían demostrado ser tan incompatibles como el agua y el aceite y, a pesar de que siguieron adelante con su relación, nunca supieron encontrar puntos en común. John era infiel por naturaleza y la maltrataba. Todo el mundo sabía que se mostraba violento con ella. En circunstancias normales, Cyn habría acabado superando su fase de enamoramiento adolescente y despertando a la dura realidad de que John no era la clase de hombre que ella buscaba. Sin embargo, fueron varios los factores que contribuyeron a prolongar su relación. Cuando Cyn se quedó embarazada, John se vio metido en un callejón sin salida. Aunque su intención era hacer lo correcto, se sentía atrapado. ¿Podemos culparlo? Era alguien a quien por fin le estaban saliendo bien las cosas, un chaval entre cuyas prioridades no figuraban hacer de padre ni ocuparse de una familia. En otras palabras: no estaba preparado para asumir la responsabilidad de tener una esposa y un hijo. Por si fuera poco, el hecho de que se viera obligado a mantener en secreto que tenía una familia, lo empujó a llevar una doble vida. A John, esto no le supuso un gran sacrificio —según Bill Harry, editor de *Merseybeat*, «John seguía acostándose con mujeres como si Cyn y Julian no existieran»—, pero era obvio que se trataba de una idea ridícula destinada a pasarle factura. En cualquier caso, John estaba solo y pensaba en el camino que se abría ante él. Admitámoslo, si el embarazo de Cyn hubiera tenido lugar en la actualidad, difícilmente habría desembocado en un matrimonio y

todavía menos, seamos sinceros, en un hijo. Al decir tal cosa no pretendo ofender al pobre Julian. Supongo que habrá pensado lo mismo en más de una ocasión.

Sea como fuere, John empezó a llevar la vida propia de una estrella mundialmente famosa sin que la dependienta de comercio que era su mujer pudiera seguirlo. A decir verdad, tampoco es que lo intentara demasiado. Cyn estaba satisfecha viviendo en una gran casa, disfrutando de chófer, doncellas, vacaciones, ropa de marca y una vida de lujos. Madre mimada, esposa célebre, ¿quién se habría resistido? Tampoco intentó labrarse una carrera artística propia, y no es que las circunstancias se lo impidieran necesariamente en aquella época; no, al menos, para una mujer en su situación. La cuestión era más bien que Cyn no era la clase de mujer por la que uno vuelve corriendo a casa. No era fascinante. Se suponía que tenía alma de artista, pero no cultivaba su talento y poca cosa había hecho aparte de trabajar como dependienta en Woolworths. Se estancó y se convirtió en una mujer aburrida y amargada que se quejaba constantemente de que su marido prefería pasar el rato mirando la tele, escuchando música, leyendo o durmiendo —haciendo lo de siempre— antes que hablar con ella. ¿Pero de qué tenían que hablar? Probó a regañadientes el LSD, pero solo porque John se lo pidió —más adelante reconocería que pensó que la haría más sexy y excitante a sus ojos—, pero la verdad es que detestaba aquellos viajes lisérgicos tanto como sus efectos posteriores y le reprochaba que la presionara. Entretanto, John la despreciaba porque esta era su manera automática de reaccionar y la vida lo había hecho así; pero paradójicamente, al mismo tiempo seguía unido a ella de un modo ambivalente y quijotesco, porque Cynthia representaba el hogar y Liverpool, porque compartía un pasado lejano con ella. Resultaba inevitable que tanto John como Paul, después de haber recorrido el mundo y haberlo conquistado, sintieran nostalgia de su infancia y buscaran inspiración en ella; una inspiración de la que surgieron canciones como «Strawberry Fields Forever», «Penny Lane», «In My Life» y otras tantas. No se trataba de un sentimentalismo gratuito, sino de una necesidad primordial.

El psicoterapeuta y asesor Richard Hughes me mencionó el paralelismo entre John y el Ulises de Homero. Al principio, me costó entender la comparación, pero a medida que me la explicaba lo

comprendí mejor. Hughes describía al héroe griego de *La Odisea* que intenta volver a casa tras la guerra de Troya. Según sus palabras, «Ulises es un personaje muy humano —lleno de defectos, pero con buenas intenciones— y ahora vemos su accidentado viaje como la historia arquetípica que refleja la experiencia del descubrimiento de uno mismo.

> No olvidemos que la búsqueda es tan importante como el destino, puede que incluso más. Cuando leí por primera vez *La Odisea*, me pregunté si Ulises realmente quería volver a casa. Tal como Homero escribía, «al cabo de un tiempo, un hombre que ha viajado lejos y conocido momentos difíciles acaba hallando gozo en sus padecimientos». Ulises anhela una vida sin guerras ni sufrimiento, anhela el amor de su mujer, Penélope, pero no sabe cuándo podrá volver a casa ni lo que encontrará allí al llegar. A medida que el relato avanza, el concepto de hogar adquiere categoría de mito. La idea del hogar, esa base segura, ese paraíso a salvo de todo, es muy poderosa y constituye una necesidad fundamental. No tiene que ser necesariamente un lugar físico porque con frecuencia no es posible. Se trata más de una sensación de pertenencia.[1]

Para John, Cyn representaba ese hogar, era un nexo tangible con todo lo que creía añorar. Los Beatles se aferraban a los recuerdos de la infancia y el hogar porque ninguno de ellos estaba en situación de regresar plenamente a Liverpool. «Aquellos lugares, aquella época, aquellos colegas no existen ya. ¿Eran reales solamente en nuestras mentes y recuerdos? Aquellos días en que era lo bastante joven para saber la verdad... Gerry, Carole, ¿dónde estáis? Añoro el contento de vuestros corazones, adelante, seguid. El pasado sigue siendo el pasado.»[2]

Mientras que los demás miembros del grupo tenían parientes en el norte, John no tenía siquiera a Mimi para volver. Preocupado por las molestias que le causaban los cientos de fans que se amontonaban diariamente ante la puerta de Mendips, John había atendido las súplicas de su tía para que le buscara otra casa antes de que se volviera loca. De este modo, Mimi cambió un vecindario por otro. En 1965, John pagó la considerable cantidad de veinticinco mil libras esterlinas y le compró Harbour's Edge, una casa de seis dormitorios en la península de Sandbanks, en Poole, condado de Dorset, con vistas a la isla de Brownsea (donde Robert Baden-Powell fundó el movimiento Boy Scout en 1907 y que es en la actualidad una reserva natural). La casa estaba a más de cuatrocientos kilómetros o al equivalente de unas cinco horas en coche de su antiguo hogar, y allí vivió Mimi los

siguientes veinticinco años, en paz y tranquilidad, hasta su fallecimiento en 1991. John la visitaba frecuentemente. Allí disponía de su propio dormitorio, una reminiscencia del que había tenido encima del porche de Mendips, decorado con sus discos de oro en lugar de pósteres en las paredes. John disfrutaba con la tranquilidad del lugar, y en su mente volvía a visitar los largos veranos que había pasado en las remotas playas escocesas de Sango Bay, en Durness. Llegó a definir Sandbanks, con sus dunas, como «el lugar más hermoso que conozco».

«Solía venir a pasar algunos fines de semana —declaró Mimi—. Generalmente, lo hacía cuando la presión aumentaba un poco. Venía y daba volteretas en la playa, solo. No había nadie más.» Pero a veces también llevó a Cynthia y a Julian con él. En una ocasión, recorrió el río Frome hasta Wareham, en un bote prestado por un vecino. La frase «imagínate en un bote, en un río», que aparece en la canción «Lucy in the Sky with Diamonds», del álbum *Sgt. Pepper*, ¿se inspiró en esos viajes? No parece tan descabellado.

*

Mimi declaró que conoció a Yoko por primera vez en Londres. Posteriormente, John se la presentó a su tía en julio de 1968, durante un descanso de fin de semana en las sesiones de grabación de *The White Album*.

«Fue al principio cuando la trajo —dijo Mimi—. Bueno, yo no sabía de qué iba todo aquello y me preguntaba quién era. "¿Quién es esa?", le pregunté. "Es Yoko", me dijo. No le di importancia, ¿sabes? Fui a verla y le pregunté: "¿Cómo te ganas la vida?". "Soy artista", me contestó. "Tiene gracia, nunca he oído hablar de ti", le dije.» Mimi no era de las que se dejaban impresionar fácilmente.[3]

¿Dónde estás, John? Nuestra nación vuelve sus ojos solitarios hacia ti. Nadie entendió por qué manejaba a Yoko Ono como un arma. Pasara lo que pasara entre ellos, John jamás se mostró despectivo con ella. Yoko era la hembra alfa que él necesitaba, la colaboradora que él creía merecer. John no quería a alguien que simplemente estuviera a su altura, sino a alguien que lo desafiara a estar a su altura. Yoko era una artista cuando se conocieron, una artista que solía intimidar por igual a hombres y a mujeres, y ese fue uno de los rasgos de ella que le

gustaron. La contemplaba y se sometía. De los dos, ella era, con mucho, la más cultivada. Toda su vida se había movido entre gente adinerada y bien educada, entre artistas y personas de talento. Se sentía cómoda y sabía defenderse en ambientes sofisticados. John, en cambio, tendía a sentirse inhibido entre aquellos a quienes consideraba superiores. En esas ocasiones, actuaba de manera excéntrica, sarcástica y arrogante, con tal de disimular su nerviosismo natural y su sentimiento de inferioridad. Esa era su armadura. Cuando conoció a Yoko, su cinismo comenzó a desvanecerse y, por fin, pudo evolucionar. A partir de entonces, buscó su orientación y aprobación en la mayoría de las cosas, como los niños hacen con sus madres. Todos queremos que nuestra madre sea fuerte y que esté ahí para nosotros, ¿no? Que nunca muestre debilidad. Que sea la columna vertebral de la familia. Que sea alguien con quien volver a casa.

John no tardó en llamar «mamá» a Yoko. Era algo más que una brújula.

> John iba a la deriva cuando conoció a Yoko, pero no estaba solo —recuerda Richard Hughes—. Muchos de nosotros hemos conocido alguna vez esa sensación de ir sin rumbo por muchas razones, tanto internas como externas. Su lucha personal se vio agravada por el hecho de que estaba viviendo su vida ante los ojos del mundo. Todas sus declaraciones y movimientos, hasta el menor parpadeo, eran sometidos al escrutinio público, no solo en el Reino Unido, sino en todo el mundo. Es prácticamente imposible para la mayoría de nosotros imaginar la inmensa presión que impone ese tipo de vida. Como decía la canción, «nada es real». Con frecuencia, debió de tener la sensación de estar teniendo una experiencia extracorporal, como si fuera otra persona la que llevaba esa vida loca y extraordinaria a un ritmo vertiginoso, y que el John Lennon superestrella del rock no era realmente él. Logró éxito y riqueza, oportunidades que iban más allá de los sueños más locos de cualquiera. Nadie podría reprocharnos pensar: entonces ¿de qué demonios tenía que preocuparse? Pero lo cierto es que tenía los mismos problemas que los demás. A pesar de sus fantásticos logros, todavía estaba buscando lo que todos anhelamos y por lo que nos esforzamos.

«No hay lugar como el hogar», dice el personaje de Dorothy en *El mago de Oz*. Dorothy suspiraba por Kansas, por la granja del tío Henry y la tía Em. Pero el hogar es donde está el corazón. *Hogar* significa *amor*. Pobre Cyn, el amor ya no vivía allí.

*

La impresión dominante es que al hacer saltar por los aires su

matrimonio y cabalgar hacia la puesta de sol con Yoko, John también apretó el botón rojo de la destrucción de los Beatles. Es algo que se escucha a menudo, pero no es verdad. Ninguno de los miembros del grupo estaba libre de culpa en el terreno de las relaciones afectivas. Paul había cortado con Jane Asher y se había casado con Linda. Ringo, tal como él mismo admitió, se había ligado a media Inglaterra y, de paso, empujado a su angustiada esposa Maureen a los brazos de otro amante que resultó ser... George Harrison, a quien John acusó por ello de haber cometido «prácticamente incesto».

Está claro cómo andaba el patio.

La esposa de George, Pattie, se lio con Ringo, quien exigió el divorcio a su mujer. La pobre Mo se resistió y casi acabó quitándose de en medio por culpa de un accidente de moto que obligó a que le reconstruyeran la cara. Al final, fue el lío de Starr con una modelo estadounidense lo que acabó destruyendo su matrimonio de todos modos. Un poco después, Pattie Harrison acabó liándose con Ronnie Wood, mientras su marido tenía una aventura con la primera esposa de Wood, Krissy Findlay, que antes de eso había sido pareja de Eric Clapton. Pattie acabó cerrando el círculo con Clapton. Se casó con Eric y le inspiró otro puñado de canciones de amor. ¿Lo veis? Todo es lícito en el amor, la guerra y el rock.[4]

*

Las venganzas no tardaron en llegar.

John Lennon mató al Beatle que llevaba dentro, y Yoko sustituyó a Paul como principal colaborador creativo de John.

«Cuando conoció a Yoko, fue como si empezara a vivir de nuevo —me comentó Klaus Voormann, su viejo compadre de Hamburgo—. Dejó a los Beatles atrás. Sé que a los fans no les gusta oírlo, pero es la verdad. El grupo y su música pertenecían al pasado. John había dejado de ser John para convertirse en John y Yoko, la mitad de un todo. Dejó de intentar ser un duro roquero, algo que tampoco había sido, y pasó a ser él mismo. Me sentí orgulloso de lo que consiguiera, y también feliz por él.»

> Es exactamente lo que necesitaba —insistía Richard Hughes—. Había superado a los Beatles de una vez por todas. Su energía era realmente poderosa en ese momento, y lo siguió siendo durante los años setenta. Creo que ese es el John

al que respondemos y respetamos hoy en día, y no el de los años sesenta, el Beatle John, que después de todo no era realmente el auténtico John. Esa versión de John era un adorno, algo falso. A los historiadores les encanta imponernos lo contrario, pero están equivocados. Lo que Lennon representa para nosotros en el siglo XXI es la esperanza. Porque, extrañamente, después de todo lo que hemos pasado, seguimos obsesionados con las certezas y la verdad. John representa algo más trascendente.

A pesar de todo, fue una de sus canciones más sencillas, una con los Beatles de los años sesenta, la que llevaba el mensaje más poderoso: «All You Need Is Love». Lo único que necesitas es amor. ¿Cierto?

Sin duda —aseguraba Hughes—. Y al mismo tiempo no hay nada menos seguro que el amor. Todos necesitamos que nos quieran y nos abracen, que nos digan que somos buenos. John sabía eso, lo sabía porque había mirado dentro de sí mismo. Puede que en muchos aspectos fuera disfuncional y un inadaptado, pero lo otro lo tenía claro. La respuesta de por qué el amor se convirtió para él en el valor supremo está en que no lo tuvo de pequeño. Por eso conocía su valor.

Lo que está claro es que John Lennon amaba a Yoko Ono. Fue un amor a lo grande, un amor de los de verdad, la medida de todos los amores. Su salvación fue que supo verlo cuando llegó.

Pete Shotton, que conocía a John mejor que nadie, estaba convencido de que encontrarse con Yoko era lo mejor que podía haberle pasado.

Su actitud cambió sustancialmente en muchos aspectos —comentaba—. Se volvió menos egoísta, empezó a hablar con gente a la que no solía dirigir la palabra y a decir gracias y esas cosas. Antes de Yoko, se mostraba muy altivo con todos, incluso con sus fans; pero después cambió y empezó a apreciar a los demás. Puede que fuera porque tenía la sensación de que lo que estaba haciendo era importante.

John no solo se convirtió en un prolífico escritor de notas, postales y cartas postBeatles, sino que formó una legión de fans totalmente diferente.

Así es —conviene Shotton—. La gente que se interesaba por él era mucho más inteligente, por decirlo de alguna manera. Creo que era gente de cierta relevancia la que empezó a fijarse en él, gente que comprendió que no se trataba solo de un Beatle rebelde y melenudo. Tenían delante a un tipo inteligente que pensaba y actuaba, y que, en cierto modo, era una referencia para muchos, incluso si no estaban exactamente de acuerdo con todo lo que hacía. Se convirtió en una figura con la que la gente podía identificarse. Empezaron a relacionarse con él a un nivel muy personal. No tenía nada que ver con cuando era un Beatle. Se había convertido en una estrella del pop, era rico y famoso, pero en ese momento había algo más. Sus fans notaron que

trataban con él personalmente. John logró todo eso sin dejar de tener los pies en el suelo y sin permitir que toda esa mierda le cayera encima.[5]

Al igual que Shotton, Klaus Voormann también había visto cómo el muchacho se convertía en un hombre. Había sido testigo de su ira, nacida de la frustración y se había maravillado al verlo florecer en brazos de su nuevo amor.

En cuanto Yoko apareció, ya no se separaron —comenta—. Lo acompañaba a los estudios y se sentaba en su regazo, incluso lo acompañaba al baño, pero era porque él quería, no porque ella lo obligara. No lo perdía de vista. Al principio era extraño, pero me acostumbré enseguida. Por primera vez, veía que era él mismo y que estaba feliz. Fue como un milagro.

Yoko lo salvó. Ya sé que los fans no lo quieren creer, que solo ven lo malo de ella, pero es una gran persona. Eran divertidos estando el uno con el otro. John a menudo la interrumpía para decir algo, otras veces era ella la que lo hacía o acababan las frases del otro. Eran así. Se complementaban mutuamente. Da igual que la música que hicieron juntos te guste o no, lo cierto era que se inspiraban el uno al otro. Te lo digo de primera mano. Lo que la gente no comprende es que ella es muy graciosa. Llegué a pensar en John y Yoko como en gemelos siameses que habían sido separados al nacer.

*

Roger Scott, un apasionado fanático de los Beatles que se convertiría en uno de los presentadores de radio más queridos y respetados de Gran Bretaña, era un DJ incipiente de veinticinco años que trabajaba para la emisora canadiense de AM CFOX Montreal cuando John y Yoko llegaron a la ciudad el 26 de mayo de 1969, cargados de crucifijos y con una Kyoko de cinco años a cuestas. Aquella era la última etapa de su misión de paz internacional, durante la cual acabarían organizando su célebre encamada en la habitación 1742 del hotel Queen Elizabeth, en Montreal, repleta de claveles rosas y blancos, películas, equipos de grabación y libros.

En aquella época, yo dirigía un programa de tarde —me contó Roger—. La gente de John lo había organizado para que yo retransmitiera mi programa en su totalidad junto a su cama. ¡Imagínatelo! Todavía se me pone la carne de gallina. Yo no tenía experiencia en algo tan grande. No estaba preparado para que los medios del mundo entero estuvieran pendientes de lo que ocurría en aquel dormitorio, pero al mismo tiempo, debía mantener la cabeza fría y concentrarme en seguir presentando mi programa. Allí estábamos todos, John y Yoko en la cama, rodeados de su corte; entre ellos, unos cuantos miembros del Hare Krishna local, el publicista de los Beatles, Derek Taylor; y Tommy Smothers, del dúo de comedia musical The Smothers Brothers. La movida continuó durante toda una semana. Cuando se acababa supimos que John y Yoko tenían la intención de grabar en esa misma habitación el sábado por la

noche. La canción resultó ser «Give Peace a Chance», y en ella participaron todos los tíos y tías que estaban por allí. Debía de haber al menos cincuenta personas. Tommy tocaba la guitarra, yo hacía de percusionista con la mesa de café, la cantante Petula Clark y el poeta Allen Ginsberg cantaban la letra que John había garabateado apresuradamente en unos pedazos gigantes de cartulina. ¡Menuda chapuza organizamos! Y, sin embargo, funcionó.

Hasta ese momento, todo había funcionado más o menos bien, pero entonces se produjo un momento humillante cuyo recuerdo acabó persiguiendo a Roger durante el resto de su vida.

Por alguna razón, John se negó a que yo lo entrevistara e insistió en que lo hiciera una chica de dieciséis años que estaba por allí. ¿Qué demonios había hecho mal yo? Probablemente, nada, y solamente se trataba de uno de los caprichos de John. Mira que le he dado vueltas y vueltas, pero nunca le he encontrado otra explicación. La verdad es que me partió el corazón.[6]

En cuanto a John, su mensaje a los medios estaba claro.

«Nuestras encamadas han logrado que la gente hable de la paz —declaró—. Intentamos motivar a los jóvenes para que hagan algo por la paz, pero es algo que deben hacer por medios no violentos, de otra manera solo habrá caos. Se lo decimos a los jóvenes, que siempre han sido los más modernos. Les pedimos que difundan el mensaje.» O algo así.

*

La grabación del famoso álbum *Abbey Road* fue un proceso largo y fatigoso bajo la tutela de George Martin, que había aceptado el papel de productor con la condición de que aquel disco se grabaría según las viejas costumbres, como habían hecho en el pasado, según las cuales era el productor quien mandaba. Desde comienzos de febrero hasta finales de agosto, el grupo trabajó esporádicamente en los estudios Olympic, Trident y también en los EMI, que, una vez finalizada la grabación del legendario álbum, serían rebautizados como Estudios Abbey Road en su honor. Perfeccionar la perfección llevó su tiempo. Las diferencias de opinión y la animosidad envenenaban el ambiente. Aun así, de la adversidad y las complicaciones acabaría surgiendo lo que para muchos es el trabajo mejor, más redondo y espectacular de los Beatles. A pesar de que nadie había dicho abiertamente que aquel álbum sería el último que harían juntos, prevalecía la sensación de que aquello se acababa. Posteriormente, John desacreditó el disco, en

especial las contribuciones de Paul, cuyas canciones tachó de «música viejuna», y señaló defectos en la concepción del disco en general. Hacía tiempo que estaba harto de los Beatles e impaciente por seguir adelante con su vida su música y su matrimonio con Yoko; además, soportaba mal las obligaciones que la grabación le imponía. Tampoco ayudó el accidente de coche que tuvo (del cual hablaremos más adelante) ni el hecho de que Yoko instalara un colchón en el estudio, donde se tumbaba durante las grabaciones. La cosa resultaba bastante ridícula. Si los médicos le habían prescrito reposo, ¿por qué no se quedaba en casa?

A pesar de todo, ¿quién puede negar la grandeza de *Abbey Road*? Con «Come Together», la canción de John que abría el disco; con la empalagosa y apasionada «I Want you (She's so Heavy)»; con su melancólica y ultraterrena «Because», surgida cuando John escuchó a Yoko tocar la sonata «Luz de luna» de Beethoven en el piano y le pidió que volviera a tocar los acordes al revés, y marcada por el clavicordio de George Martin; con «Something» y «Here Comes the Sun», compuestas por George; con la alegre «Oh!, Darling», compuesta y cantada por Paul, con quien John estaba molesto porque creía que habría sonado mejor con su voz; con «You Never Give Me Your Money», donde Macca[7] explica la mala situación financiera del grupo y su inevitable colapso; con la compleja «The End», caracterizada por su compleja multiinstrumentación, por contener el único solo de batería de Ringo y por su mensaje principal: *«And in the end, the love you take is equal to the love you make»* («Al final, solo te llevas el amor que das»); el álbum marcó la última ocasión en la que los Beatles grabaron juntos. Y ¿qué decir de la portada? Fue su único disco original del Reino Unidos donde no aparecía ni el nombre del grupo ni el título del álbum. ¿Quién los necesitaba? El mundo entero sabía perfectamente quiénes eran y qué era aquello. Seis días después de su lanzamiento, ocurrido el 26 de septiembre de 1969, John anunció al resto del grupo que lo dejaba. El hecho de que el disco hubiera vendido cuatro millones de copias a los dos meses de su lanzamiento, no le hizo cambiar de opinión. Nada más salir, *Abbey Road* se situó en el número 1 de las listas del Reino Unido y permaneció en ese puesto durante once semanas. Se vio superado brevemente por los Stones, pero no tardó en recuperar la posición que le correspondía. En Estados Unido se convirtió en el álbum más vendido de 1969. En Japón se

mantuvo en el *top* 100 durante casi trescientas semanas y fue el álbum de los setenta.

> Aparte del ser el último álbum que grabaron los Beatles, *Abbey Road* fue también el primero desde *Help!* en empezar con una canción compuesta y cantada por John, concretamente «Come Together», con sus aires de himno y sus influencias de «Jabberwocky»[8] —comenta David Stark, el músico y editor de *Songlink*—. Los *Fab Four*, la música pop y el mundo en general habían cambiado mucho durante aquellos cuatro años tan cortos, pero resultaba de lo más apropiado que el fundador y líder del grupo reclamara su posición al frente en lo que iba a ser su adiós a los fans y a los admiradores de los Beatles en el mundo entero. Como es natural, nadie sabía nada de esto entonces, aunque muchos lo sospechaban. Entretanto, el grupo mantenía en reserva un parcheado de canciones, grabadas con anterioridad, que lanzaría al año siguiente con el título de *Let It Be*.

Según Stark, la reacción inicial ante *Abbey Road* fue sorprendentemente tibia.

> Los críticos no se daban cuenta de que, gracias a la inestimable colaboración de George Martin, los Beatles había conseguido grabar un álbum técnicamente muy brillante. Cincuenta años después, sigue siendo una obra maestra, tanto que Giles, el hijo de Martin, no encontró forma de mejorarla cuando remasterizó el disco en 2019 para celebrar su cincuenta aniversario. Junto con su famosa portada, que seguramente seguirá atrayendo a fans de los Beatles a reunirse *(come toghether)* ante el estudio de grabación y el paso de cebra más famoso del mundo mucho después de que el final *(the end)* haya llegado, sea cuando sea, *Abbey Road* sigue sin tener rival, al menos para mis oídos, y constituye una de las cumbres de la música pop. Cuando no era más que un escolar de dieciséis años tuve la suerte de recibir una copia del álbum por parte de Apple una semana antes de su lanzamiento. Recuerdo que me quedé hipnotizado por la brillante combinación de música y letras, por el contraste entre su humor lírico y su profundidad, por no hablar de los magníficos arreglos y la producción de Martin. Hoy en día me sigue fascinando.

*

Quince días antes del lanzamiento de *Abbey Road*, el 13 de septiembre de 1969, John, Yoko, Klaus, Eric Clapton y demás participaron, con el nombre de Plastic Ono Band, en el concierto conmemorativo de rock *Live Peace in Toronto*, celebrado en el estadio Varsity de la capital canadiense. Casi todos los artistas que participaron eran o habían sido ídolos de John: Little Richard, Gene Vincent, Jerry Lee Lewis o Fats Domino. John y su conjunto tocaron «Give Peace a Chance», «Blue Suede Shoes», «Cold Turkey» y «Don’t Worry Kyoko», compuesta por Yoko Ono y que hacía referencia a su hija pequeña. Cuando empezó la

canción, los gritos, los sollozos y los aullidos de Yoko dejaron muda a la audiencia. Era a John a quien habían ido a ver. ¿De qué demonios iba todo esto? Klaus lo explica.

> La primera vez que me percaté del talento artístico de Yoko fue durante ese concierto. Estaba dentro de una bolsa, en el suelo. Entonces salió y empezó a hacer ruidos y a gritar. Intentaba transmitir algo importante al público y noté la necesidad que tenía de hacerlo. Fue bastante abrumador. Acabó quedándose afónica a fuerza de gritar y, al final, casi graznaba. Cuando lo recuerdo, se me pone la piel de gallina. Lo primero que te venía a la mente al escucharla era la guerra, bombas, tanques y destrucción. Estaba utilizándose a sí misma para expresar todo el horror de la guerra de una manera muy chocante. Eso era lo que ella sentía o lo que intentaba trasladar. Yo estaba justo detrás de Yoko y lo sentí como lo sentía ella, pero el público, no. La gente estaba demasiado lejos del escenario para captar toda su energía. Por otro lado, una banda de rock que había ensayado poco en concierto, con Yoko saliendo de una bolsa y poniéndose a gritar... Supongo que en esa época era demasiado y que el público no lo entendió. A Yoko la ridiculizaron. Lo único la gente quería era escuchar a John y su música. No es que le tiraran tomates, pero su reacción fue humillante. Yoko tomó nota y enseguida aprendió a manejar al público. Un día me dijo: «Cuando estoy en el escenario y estoy cantando para ti es como si estuviera en un túnel y lo único que quiero es que entres conmigo en ese túnel».
>
> La cuestión es que John estaba en la misma onda que ella. La apoyaba y daba la cara por ella. Para él, lo que Yoko estaba haciendo era perfectamente apropiado, y se maravillaba con ella. ¿Lo entiendes? Era muy feliz con su mujer. Había una solidaridad genuina entre ellos. Puede que uno no esté de acuerdo con el método, no se puede criticar el mensaje. John estaba muy por delante de todos los demás.

La oportunidad y el momento siguen siendo algo esencial. John y Yoko estaban en el lugar y en el momento apropiados, en la vanguardia del movimiento mundial por la paz. Un mes más tarde, el 15 de octubre, millones de norteamericanos se reunieron en la mayor manifestación que había conocido el país para poner fin a la guerra de Vietnam. Indiferente, el nuevo presidente de Estados Unidos, el republicano Richard Nixon, pronunció su tristemente célebre discurso sobre la mayoría silenciosa. El movimiento antibelicista, espoleado por el descubrimiento de la masacre de My Lai, no se contentó y siguió adelante. En noviembre, medio millón de manifestantes marcharon pacíficamente en Washington D. C., ante la Casa Blanca. Durante la manifestación, y acompañado por músicos como Peter, Paul and Mary, Leonard Bernstein, Arlo Guthrie, John Denver, el Cleveland String Quartet y por las compañías teatrales de vanguardia que interpretaban el musical *Hair*, el cantante de folk y activista Pete

Seeger interpretó durante diez minutos una versión de «Give Peace a Chance» acompañado por la multitud. ¿Estáis escuchando, Nixon, Agnew, Pentágono? El presidente siguió la manifestación por televisión, e intentó, infructuosamente, contar el número de manifestantes desde su ventana de la Casa Blanca. Cuando escuchó la canción, puso a Lennon en su punto de mira. El antiguo Beatle pagaría por aquello. En aquella época, John ni se enteró. Él se limitaba a decir lo que millones de personas pensaban. Según sus propias palabras, la interpretación que la multitud hizo de su canción fue «uno de los momentos más grandes de mi vida». *¿Abbey Road?* ¿Dónde estaba eso?

CAPÍTULO 17

Kyoko

El infierno no conoce furia como la del hombre burlado. Tony Cox iba a vengarse y a castigar a su exmujer de la peor manera posible. Una parte importante de la historia de cómo lo hizo no se ha contado nunca. Hasta ahora, al menos. ¿Verdad que la gente tenía la impresión de que John y Yoko habían hecho las maletas y se habían largado de Gran Bretaña para instalarse en Estados Unidos y salvar el mundo? Pues la gente se equivocaba. La verdadera razón de su traslado era mucho más personal y conmovedora.

La hija de Yoko, que contaba solo ocho años, había desaparecido. Tanto ella como John creyeron que estaría en Estados Unidos y allí fueron a buscarla. Su intención nunca fue establecerse de modo permanente, pero las circunstancias se aliaron para que no pudieran regresar. Cuando por fin fueron libres de hacerlo ya era demasiado tarde. En cuanto a su hija, Yoko acabaría pagando el precio más alto posible.

Los días previos a su marcha fueron un torbellino. Desde que la pareja se había conocido, el interés de los medios en las idas y venidas del líder de los Beatles y su musa oriental, en su escandaloso doble divorcio, en su relación interracial y en el aparente desdén hacia sus respectivos hijos había perdido toda medida. En cuanto a ellos, se dejaron llevar por su deseo de ser vistos como bienhechores y activistas por la paz que entregaban su arte en pro del bien de la humanidad y, arrastrados por la atención de los medios y por su fama mundial, cometieron todo tipo de errores. Al dar su apoyo a causas dudosas y campañas discutibles, no solo acertaron tanto como se equivocaron, sino que permitieron que otros explotaran sin medida su fama, su condición y su riqueza. En la actualidad, resulta difícil comprender lo intenso y agotador que era todo aquello. Todo lo que

hacían, desde grabaciones experimentales, pasando por exposiciones artísticas, películas plúmbeas, esculturas, apariciones públicas, como la escenificación de los dos extraños libros de John, *In His Own Write* y *A Spaniard in the Works*; su forma de vestir en blanco y negro, los abortos de Yoko, su celosa obsesión con ellos mismos como pareja, sus dietas sin azúcar, sus prédicas macrobióticas, la negativa de John a dejar de fumar, la decisión de Yoko de empezar a hacerlo, basada en su promesa de estar juntos y unidos en todo; la satisfecha química que había entre ellos y el apetito sexual del uno por el otro; todo lo que hacían o dejaban de hacer, ya fuera bueno o malo, interesante o aburrido, fascinante o indiferente, desaconsejable o acertado, se convertía en un acontecimiento y en titulares de la prensa internacional. Imaginemos lo que significa vivir de ese modo. Yo no podría. Pero ellos lo sobrellevaron juntos, basándose en una relación entre iguales perfectamente armonizada, donde John acabaría liquidando alegremente al misógino que llevaba dentro y abrazando la causa del feminismo. Eso era lo que Yoko anhelaba, lo que esperaba de él. No le ofreció ninguna alternativa. Es más, le dijo con toda la tranquilidad del mundo que lo abandonaría si no se plegaba a sus deseos. Sobre el asunto de la liberación de la mujer y de su nueva visión de la igualdad sexual, John comentó:

> La manera en que nos enseñan que los hombres somos superiores es tan sutil... Me llevó cierto tiempo comprender que mi masculinidad estaba amputando algunos espacios a Yoko. Es una feminista ardiente y convencida, y enseguida me mostró en qué me equivocaba, a pesar de que para mí eso era comportarse con naturalidad. Por eso siempre me interesa saber cómo tratan a las mujeres las personas que se definen como radicales.

La postura de Yoko era más sucinta.

«No puedes amar a alguien si no es desde una posición de igualdad. Muchas mujeres se aferran a los hombres por inseguridad, y eso no es amor. Básicamente, es la razón de que las mujeres odien a los hombres.»

«... Y al revés», intervino John.

Tal como explicó posteriormente: «Yoko me cambió la vida por completo, no solo físicamente. La única manera en que puedo explicarlo es que se parece a un viaje con ácido o a la primera vez que te emborrachas. Fue un cambio tan grande como eso, y ya está. Hoy no sabría describirlo mejor».[1]

Un clavo más en el ataúd del John de los tiempos pasados.

*

Se habían ido a vivir al antiguo piso que Ringo tenía en Londres, en el número 34 de Montagu Square. No era ningún secreto que Yoko tenía una mala relación con su exmarido, Tony Cox; principalmente, porque lo había abandonado, a él y a Kyoko, para irse con John. Lo siguiente fue un registro de la policía y otro escándalo en los medios por culpa de unos gramos de cannabis y una acusación de tenencia ilícita. John se declaró culpable y los cargos contra Yoko fueron retirados. Sin embargo, John había firmado su sentencia de muerte sin saberlo. En tinta invisible.

En el otro bando del divorcio, Cynthia había conservado la custodia de Julian, mientras que Yoko y Tony compartían la de Kyoko. Por desgracia y por culpa del escándalo de las drogas, en ese momento todo el mundo sabía dónde vivían John y Yoko, de modo que la pareja tuvo que salir de allí a toda prisa. Por el momento, y aunque era como un pez que se muerde la cola, les bastó con refugiarse en otra de las casas de Ringo. Allí tenían pensado recibir a Julian y a Kyoko, que tenían más o menos la misma edad, y pasar los fines de semana tranquilamente en familia. Con esa decisión, John asombró a todos los que conocían su indiferencia hacia los hijos. Pero Yoko había despertado su instinto paternal. Fue ella quien lo ayudó a considerar a los hijos como una bendición. Cuidarlos, jugar, cocinar para ellos, leerles cuentos y componer música con ellos les enseñaría y los prepararía para criar la prole que pensaban tener. Tan entusiasmado estaba John con la oportunidad de redimirse como padre que decidió irse de viaje con Yoko, Julian y Kyoko, y llevarlos a visitar el Liverpool de su infancia y sus queridas Tierras Altas escocesas. Ya era hora.

Redención. De repente, ante él se abría un camino de regreso a la infancia junto a una persona querida con quien recorrerlo. Era junio de 1969 y estaban en plenas sesiones de grabación de *Abbey Road*. A John le entusiasmaba la perspectiva de que Yoko conociera a sus otras tías, a Nanny y a Harrie en Liverpool, y a Mater en Durness. El plan era hacerlo todo en familia y mantener un perfil lo más discreto posible con tal de evitar la atención de la prensa. En su entusiasmo,

John pasó por alto sus obligaciones con Cynthia. Como madre de Julian, tenía derecho a saber que John se iba a llevar a su hijo, de solo seis años, a un viaje tan largo y de que iba a conducir él, lo que siempre era un riesgo. El caso es que Cynthia no se enteró ni de que se iban de viaje ni adónde. Y, claro, no olvidemos que en aquella época tampoco existían los móviles.

Cuando llegaron al hogar de John, este tuvo que reconocer que el Mini Cooper en el que viajaban era demasiado pequeño para seguir adelante y mandó a su chófer que le encontrara un Austin Maxi, más grande. La combinación de inexperiencia al volante, vista defectuosa, coche poco estable y la conocida incapacidad de John de concentrarse largo rato en algo tan vulgar como una carretera hicieron que acabaran estrellándose en una cuneta cerca de Golspie, un pueblecito de las Tierras Altas, de camino a Durnes. Hospital, puntos de sutura, tratamientos para paliar el *shock*... John salió con una cicatriz en la cara para toda la vida. Solo Julian resultó indemne y fue llevado a toda prisa a casa de Mater, donde su madre lo recogió poco después. Sin embargo, los esfuerzos de Cynthia por ponerse en contacto con John para averiguar lo ocurrido fueron en vano. John se negó en redondo a verla, lo cual fue cruel por su parte. A las lesiones leves había que añadir fracturas de otro tipo.

El pequeño rostro de Kyoko solo necesitó unos mínimos remiendos para recuperar su absoluta perfección. Era un rostro que John se deleitaba contemplando. ¿Hasta qué punto era guapa? Su flequillo negro, sus ojos de obsidiana y su angelical sonrisa eran todo lo que hacía falta para derretir el corazón de John. Él la adoraba, porque veía en ella una prolongación de Yoko, pero también por sí misma, como si fuera su hija. Una fotografía en blanco y negro de este pequeño grupo los retrata en las Tierras Altas y muestra a dos preciosos niños con falda escocesa, chaleco de tartán y faltriquera, sonriendo tímidamente debajo de su gorras de cuadros. Se cogen de la mano entre papá y mamá mientras caminan al aire libre. Yoko va vestida de negro de pies a cabeza con unas zapatillas blancas, John luce una barba muy poblada y lleva un grueso jersey de lana trenzado. Parecen encantados de estar vivos y muy unidos.

Pero algo había pasado. Puede que Cynthia no tuviera más remedio que tragarse el egoísmo y la impulsividad de John, pero Tony Cox ya no estaba dispuesto a mostrarse razonable y menos aún

amistoso. Molesto por lo que consideraba una falta de cuidado hacia su hija, decidió prohibir que Kyoko estuviera con su madre y con John sin estar él presente. También decidió poner trabas al régimen de visitas. El hecho de que los Lennon compraran Tittenhurst Park, una mansión majestuosa rodeada de grandes terrenos cerca de Ascot, en Berkshire —la misma que sale en las etéreas imágenes del vídeo de *Imagine*, donde Yoko aparece corriendo los visillos—, debió molestarlo. Y para añadir sal a la herida, no solamente era un sitio majestuoso, sino que se hallaba al cabo de un largo y tedioso viaje en autopista por la M4. Todo aquel que haya compartido un hijo con una expareja y tenido que sufrir el constante ir y venir, y los interminables y agotadores enfrentamientos con un excónyuge cabreado, comprenderá tanto a unos como a otros. Por lo menos, John y Yoko tenían dinero de sobra en el banco. Y si el dinero no compra el amor, sin duda, ayuda. Fue en Tittenhurst donde John y Yoko, fieles a su promesa de hacerlo todo juntos, se entregaron ambos a las drogas. ¿Por qué? ¿Era una nueva tendencia artística a la que lanzarse? Aparte de los comentarios que habían circulado después del registro del piso de Ringo, a los oídos de Cox llegó el rumor de que tanto John como Yoko consumían heroína. O quizá viera con sus propios ojos los efectos fulminantes de la droga: el balbuceo del habla, la mirada vidriosa, la palidez fantasmal, las náuseas, la desorientación. ¿Quién en su sano juicio dejaría a un niño pequeño al cuidado de un par de drogadictos más que enganchados? El propio Cox había sido un consumidor de ácido habitual, allá por los alegres años sesenta. Sabía de qué iba la canción.

«Tomé mucho ácido, pensando que así iba a mejorar mi mente, y tardé años en darme cuenta de que era al contrario. Las drogas son un mal rollo», comentó en su momento.[2]Así pues, tomó la decisión de distanciarse de John y de Yoko, y proteger a su hija de aquel estilo de vida azaroso y egoísta.

Posteriormente, Yoko insistió en que sus experiencias con los opioides euforizantes fue algo pasajero y no se cansó de repetir que, cuando los dejaron, fue por razones de familia. Estaban impacientes por ser padres de nuevo y no querían dar a luz a un recién nacido aquejado de un problema de adicción a las drogas. Al final, incapaces de someterse a rehabilitación por miedo a salir en la prensa, decidieron desengancharse por su cuenta y a puerta cerrada. Esa

experiencia llevó a John a grabar un sencillo con la Plastic Ono Band titulado «Cold Turkey».[3] El mismo disco en cuya cara B aparecía Yoko cantando «Don't Worry Kyoko (Mummy's Only Looking for Her Hand in the Snow)».

*

John y Yoko viajaron al norte de Dinamarca, donde Cox vivía entonces con su hija y su novia estadounidense, Melinda Kendall, entregados a todo tipo de cultos espirituales. Los Lennon pasaron allí el mes de enero de 1970, recuperando el tiempo perdido con Kyoko, despidiéndose de los años sesenta, renunciando, mediante hipnosis con uno de los líderes del culto Harbinger, a su hábito de fumar y cortándose el pelo para lanzar su campaña titulada Año 1 a Favor de la Paz. Después volvieron a casa con sus melenas en una bolsa y se las regalaron a Michael X —la versión inglesa de Malcolm X, nacido en Trinidad y Tobago—, para que las vendiera y de ese modo recaudara fondos destinados al Black Power. Resultó ser el benefactor equivocado: a finales de ese mismo año, Michael X fue acusado de robo y extorsión, y huyó a Trinidad y Tobago antes de que empezara el juicio. Poco después, John y Yoko se pusieron en manos del psicólogo Arthur Janov y se sometieron, primero en Inglaterra y más tarde en Los Ángeles, a lo que este denominaba terapia primal. «Esa terapia me obligó a acabar con toda esa mierda de Dios», diría John posteriormente. El caso es que la terapia no solo desbordó todos los diques de John, sino que lo liberó de sus últimos restos de Beatlemanía y dio rienda suelta a su verdadera personalidad como músico. Nunca antes había sido capaz de escribir canciones tan sinceras y auténticamente suyas, de cantar sus propios temas con plena confianza, sin depender de los trucos y técnicas de estudio, de olvidarse de sofisticadas armonías para disfrazar lo que para él eran defectos y lograr que sonara mejor. En adelante, sería el John Lennon verdadero, puro y sin complejos. Solo él y sus canciones. Él mismo y su vida. No habría distinciones. Si bien había hablado del dolor personal y de la inseguridad en composiciones anteriores con los Beatles, ese dolor siempre había quedado camuflado. John vestía sus letras tristes con melodías alegres: «Help!» y «I'm a Loser» son ejemplos perfectos. En su día, nadie reparó demasiado en el mensaje

de esas letras, porque la música era muy optimista. Personalmente, creo que siempre di por hecho que estaba escribiendo de manera abstracta, sobre alguien que no era él. En estos momentos, no me cabe duda de que aquellas canciones hablaban esencialmente sobre él, sobre John. Se volcó totalmente en ellas. «Jealous Guy», que aparecería en el álbum *Imagine* de 1971, fue una petición de ayuda similar. En comparación, las letras de McCartney parecen distantes e impersonales.

Bueno, ya está bien de todo esto. Lo que John quería era sonar tal cual era, sin adornos. Su primer álbum como solista, *John Lennon/ Plastic Ono Band*, que coprodujo con Yoko y Phil Spector, y que cuenta con Klaus Voormann en el bajo, Ringo en la batería y con Billy Preston aquí y allá en los teclados, es tan auténtico como un parto.

> McCartney puede ser considerado como un gran músico, compositor y melodista. Pero no era como John, un provocador —observa Michael Watts, quien fuera redactor y editor de *Melody Maker* en Estados Unidos durante los años setenta.
>
> John expresaba sus sentimientos acerca del mundo de una manera inesperada. Eso hacía que fuera tan fantástico entrevistarlo. Decía cosas que nos abrían la mente y nos obligaban a pensar de otra manera. Eso fue lo que lo hizo tan popular entre los periodistas. Me parece que McCartney siempre se sintió un poco agobiado en sus entrevistas con la prensa porque John sabía ser brillante y gracioso a la hora de expresar sus puntos de vista. Paul era tan culto o más que John, pero no tenía el don de animar las conversaciones. John era claro y sincero a más no poder. Su álbum *John Lennon/Plastic Ono Band*, que tiene piezas como «Mother», «God» o «My Mummy's Dead», es un disco extraordinario. Las canciones carecen de florituras y nos revelan a un John vulnerable. Para mí, ese disco constituye la mejor expresión de cómo era de verdad. Lennon pertenecía a esa clase de personas que se esfuerzan por decir las cosas sin reservas, lo suyo es pura confesión. Pensé y sigo pensando que es un gran álbum.

Al recordarnos que John se embarcó en uno de los mayores viajes de autodescubrimiento emprendido por una estrella del rock, Watts nos está diciendo también que fue más valiente que la mayoría. En su búsqueda de sí mismo acabó descubriendo que no le gustaba su manera de ser.

> Así empezó su campaña para convertirse en alguien diferente. Imagina a la mayoría de las estrellas del rock intentando algo así. Imposible. Lo que John estaba diciendo era que el tipo que nos caía bien a todos era un impostor, que no valía nada y que se disponía a ofrecernos una versión diferente de sí mismo: un Lennon al que el propio Lennon pudiera apreciar y respetar. Hay que reconocer que se la jugó, porque el tiro podría haberle salido por la culata. Podría haber perdido toda su credibilidad. No hay más que ver las

declaraciones que hizo: «Antes era un tipo violento, ahora ya no lo soy». Cosas como esa y otras parecidas. Sin embargo, logró algo importante. Sabía cómo era y también que deseaba ser una persona mejor. Deseaba ir más allá y convertirse en un ser humano digno y que valiera la pena. Mucha gente piensa que lo que dijo eran bobadas sinsentido, y yo estoy de acuerdo en parte, pero se debe a que los periodistas somos unos cínicos. De lo que no hay duda es de que John creía firmemente en lo que predicaba. Realmente, deseaba cambiar el mundo.

Buena parte de ese deseo, según dice Watts, se debía a la influencia de Yoko.

Ella era el amor de su vida, su verdadera alma gemela. No hay vuelta de hoja. En ella encontró a una persona que estaba plenamente en su misma onda. Es cierto que juntos hicieron muchas tonterías y que a Yoko la acusaron por ello de ser la responsable de que John fuera por ese camino, pero lo cierto es que tanto ella por separado como los dos juntos hicieron cosas muy interesantes en el terreno artístico.

¿Está Watts diciendo que las encamadas habían sido un precedente de la cama sin hacer de Tracey Emin y que la música de Yoko no era sino el anticipo de la Björk que estaba por llegar?

Exacto, el mundo no estaba preparado para Yoko. Yoko era una artista de vanguardia en toda regla. John comentaba que las encamadas, salir de unas bolsas en los conciertos, o dejarse entrevistar dentro de una, eran una especie de acontecimientos dadaístas a los que el público no estaba acostumbrado. A sus fans no les resultaba fácil asimilar la estrella pop que era Lennon con ese personaje que cada día absorbía más influencias del mundo de las artes y se expresaba de un modo más complejo y menos convencional. La verdad es que lo que él y Yoko hacían era bastante extraordinario, en el sentido de que estaban atrayendo audiencias muchísimo más numerosas de las habituales en los círculos artísticos. Como ya eran tan famosos, no tenían ni que levantar el dedo, prácticamente no tenían que hacer nada para convertirse en el centro de atención. Eso es algo que a John le encantaba, porque lo hacía consciente de su poder y le recargaba las pilas mucho más de lo que imaginaba.

Sin embargo, todo el mundo quería más Beatles, más de lo de antes. Lo que no querían era a cuatro Beatles y a Yoko.

El problema de John era que no sabía ser sutil como Paul —concluye Michael —. John siempre iba lanzado, siempre estaba corriendo para ocupar un espacio, para llenar un vacío. El hecho de que fuera siempre tan directo fue lo que lo convirtió en una figura tan emocionante. Con un poco más de tacto y pragmatismo, los Beatles podrían haber evolucionado, incluso haber desarrollado sus carreras en solitario. Pero con John fue todo o nada. Estaba empeñado en empezar una nueva carrera con Yoko, y eso es lo que salió a buscar. Con él, siempre se trataba de ir a por lo siguiente.

*

Al pequeño Julian, los fines de semana en casa de su padre y su madrastra lo sumían en la confusión. Para empezar, Cynthia no lo llevaba personalmente, como tendría que haber hecho; y tampoco John iba a recogerlo a Londres. A sus siete años, Julian iba de una casa a otra en el enorme Rolls-Royce de John conducido por el chófer. Un divorcio ya es bastante difícil de por sí para un niño. El daño que causa verse separado de uno de los padres, los cambios de casa y la reubicación en un entorno desconocido, la inseguridad que crea verse sometido a las inevitables demostraciones de ira y tristeza; todo pasa factura. Aunque sea incómoda, una de las maneras más eficaces para que los padres limiten el impacto y las consecuencias de un divorcio en sus hijos es asumir la responsabilidad de las entregas, al menos hasta que estos tengan edad para viajar de forma independiente. Si bien es cierto que John y Julian tenían a su disposición todas las facilidades que les brindaba la espléndida finca de Tittenhurst para disfrutar como padre e hijo —montar en bici, remar, pasear—, no lo es menos que la relación entre Yoko y Julian estaba lejos de ser la mejor. Ninguno llegó a encariñarse con el otro, y Yoko incluso reconoció que no sabía cómo llevarse bien con niños pequeños. Bien podría haber aprendido. En su opinión, hizo lo que pudo, pero no fue suficiente. Para ella, la presencia de Julian era un estorbo que no hacía más que obsesionarla con el niño que acababa de perder y con sus anteriores abortos. En el fondo, no toleraba que John tuviera un hijo propio con el que disfrutar mientras ella se veía privada del suyo. Para Yoko, todo el mundo debía ser igual, solo que en este terreno ella no lo era. Todavía no.

Hasta esos momentos, la relación de John y Yoko con Tony y Melinda había sido bastante fría. Se ha dicho que los cuatro se juntaron para realizar trabajos creativos e incluso que hablaron de crear un grupo entre todos. Lo cierto es que Cox llevaba un tiempo reuniendo material filmado de John y Yoko para un documental en el que estaba trabajando. Como recuerda Pete Shotton, «una de las cosas más raras de la época de John en Tittenhurst fue, al menos durante muchas semanas, la presencia constante de Tony Cox, el ex de Yoko, a quien ellos trataban como si fuera el chico de los recados».

La situación no tardó en agriarse. No sabemos si fue la desmedida adoración que John manifestaba hacia Kyoko lo que mosqueó a Cox y

lo puso celoso, o si fue la naturaleza suspicaz de John lo que despertó en él el miedo a que Cox utilizara su papel de padre custodio para controlarlo tanto a él como a Yoko; el caso es que la relación entre ambos llegó a un punto de ruptura. El día en que Tony lo invitó a la fiesta del séptimo cumpleaños de Kyoko en su piso de Londres, John montó en cólera e interpretó el gesto como una trampa. No solamente se negó a asistir, sino que le prohibió a Yoko que acudiera. Yoko quedó destrozada. Entonces tuvo lugar lo que pareció ser una burla descarada de Cox hacia Lennon. Cox, que se había convertido en un devoto del yogui Maharishi Mahesh y su meditación trascendental, dejó su apartamento en Londres y desapareció con Melinda y Kyoko. Ni John ni Yoko tenían idea de adónde habían ido. Al final, un soplo les avisó de que se encontraban en Mallorca, donde vivía el yogui en aquella época. Posiblemente, asustados por tan imprevista desaparición y temerosos de que nunca volverían a ver a Kyoko, los Lennon hicieron las investigaciones necesarias y se presentaron en la isla, acompañados por un abogado y un asistente. El error fatal lo cometieron cuando fueron a buscar a Kyoko a su nueva guardería y se la llevaron rápidamente al hotel con la intención de regresar acto seguido a Inglaterra en su avión privado. Sin embargo, Cox estaba prevenido y se les adelantó. La policía detuvo a John y a Yoko y los encerró en un calabozo. Esa misma noche tuvo lugar una vista judicial de urgencia y, a primera hora de la mañana, el juez hizo comparecer a Kyoko para preguntarle con quién quería vivir. Se han hecho comparaciones entre este escenario insoportable y el apuro del pequeño John Lennon, cuando su padre le dio a elegir, siendo niño, vivir con él o con su madre, Julia. John acabó yéndose con Julia y despidiéndose de su padre durante los siguientes veinte años. No sucedió lo mismo con Kyoko, pero su pesadilla aún no había terminado.

A pesar de que la infeliz y disputada niña eligió quedarse con su padre, a John y a Yoko les concedieron permiso para llevársela con ellos a casa bajo la promesa solemne de presentarse ante los juzgados de Mallorca unas semanas más tarde para completar las formalidades. Sin embargo, los compromisos con el Festival de Cannes, con Michael X en Trinidad y Tobago, amén de muchos otros aquí y allí lograron mantenerlos alejados. Para cuando estuvieron listos para centrar su atención en el problema de Kyoko, Cox, Kendall y la niña habían

vuelto a desaparecer. Las informaciones disponibles indicaban que Cox y compañía habían llegado a Estados Unidos, lo cual tenía sentido, porque tanto él como Kyoko eran ciudadanos estadounidenses. Yoko, no, y ella y John se apresuraron a volar a Nueva York pero, una vez allí, se quedaron sin pistas.

Cuando volvieron a Tittenhurst en febrero, John se encerró en su nuevo estudio de grabación, Ascot Sound Studios, y transformó toda su ira y frustración en lo que se convertiría en su mejor trabajo como solista: el álbum *Imagine*, que produjo conjuntamente con Yoko y Phil Spector, y que contó con el talento de George Harrison, de Klaus Voormann en el bajo, de Jim Keltner y Alan White en la batería, y de Nicky Hopkins en los teclados. John continuó la labor en los estudios Abbey Road y en la Record Plant de Nueva York y logró crear una obra fantástica y polifacética que alcanzaría el número 1 tanto en la lista de éxitos del Reino Unido como en la *Billboard 200* de Estados Unidos. Desde su lanzamiento en septiembre, *Imagine* se convirtió en un rotundo éxito comercial. El álbum constituye un autorretrato, un tapiz tejido con las experiencias surgidas de la terapia primal, del sexo y del amor, de la malevolencia y del rencor, de la pomposidad y de la humildad. Presenta al ser humano en su conjunto, con sus luces y sus sombras, con toda su grandeza deformada y contradictoria. Criticado en su momento por ser un trabajo más rígido y menos detallista que el anterior, por su arrogancia y autocomplacencia e incluso por algunos fallos técnicos, el disco se sacudió las críticas negativas y acabó consolidándose como el álbum solista más popular y que mejor definía a John. De sus diez canciones, destaca la que le da título. Engañosamente fácil, un poco lenta, se nos ha metido a todos bajo la piel y ahí se ha quedado. «How», con su orquestación melancólica, resulta irresistiblemente fluida y es profunda como un lago de alta montaña; además, su letra casi duele. ¿Hay algo más revelador que esa estrofa que dice: *«How can I give love when love is something I ain't never had?»* («¿Cómo puedo dar amor cuando el amor es algo que nunca he tenido?»). «Oh, My Love» es una balada encantadora e inocente que casi parece isabelina. Por primera vez en su vida, John tiene los ojos y la mente bien abiertos. «Oh Yoko!» es una canción de amor. «¿How Do You Sleep?», la denuncia cruel y vengativa contra Paul McCartney, todavía puede sorprendernos. «Jealous Guy» es angustiosa y, al mismo tiempo, hace que nos apiademos. «Gimme

Some Truth» es una de sus mejores canciones de protesta y está llena de inventiva. John nunca tuvo miedo de mostrarse desnudo. Lo hizo figuradamente en *Imagine*, con una franqueza explosiva.

*

Los abogados de Lennon presionaron a Yoko para que solicitara la custodia total de su hija ante los tribunales de las islas Vírgenes de Estados Unidos, que era donde había obtenido el divorcio. Los tribunales accedieron con la condición de que Kyoko se criara en Estados Unidos. Por su parte, Yoko ya había decidido quedarse en el país todo el tiempo que fuera necesario con tal de estar disponible para tratar con Cox y recibir a Kyoko cuando finalmente su exesposo asomara la cabeza y le devolviera a su hija.

Ese fue precisamente el empujón que John necesitaba. Por un lado, se sentía aburrido y cansado de la constante atención de los medios y sus obligaciones con ellos; por el otro, estaba perdiendo la fe en su país. También le asqueaba que Inglaterra no hubiera aceptado a su mujer y le disgustaban las demostraciones de racismo y el maltrato que muchos compatriotas le dispensaban. Por ponerlo en un contexto de actualidad, se podría decir que el príncipe Harry, duque de Sussex, comprendería fácilmente los sentimientos de John. Lennon veía venir una época de agitación política y social en la que no quería participar. Estaba más que harto de que todo el mundo le preguntara, adonde quiera que fuera, cosas como «vale, y ¿cuándo volverán a juntarse los Beatles?» o «¿crees que alguna vez volveréis de gira como grupo?». No había hecho planes para emigrar de modo permanente. Simplemente, quería salir un rato de escena, respirar aires diferentes y contemplar nuevos horizontes. Quería estar con su amada esposa, la única persona en quien confiaba, y apoyar sus desesperados esfuerzos por recuperar a su hija. Sin embargo, al solicitar la ampliación de su visado de visitante en Estados Unidos, no se percató de que cuanta más energía dedicara a la búsqueda de Kyoko, menos tiempo tendría para su propio hijo. Poco sabía que no volvería a ver nunca más a su hijastra ni a su tía Mimi.

*

En las explicaciones que ofreció, muchos años después de la muerte de John, Cox alegó que se sintió aterrado por la posibilidad de que Yoko se aferrara a su hija, se negara a separarse de ella y no le permitiera volver a verla. Estaba convencido de que nunca habría podido competir con la influencia y el dinero de los Lennon. Así pues, cogió a su familia y se marchó con ella a Houston, Texas, de donde era originaria Melinda. Allí se unieron a la Iglesia evangélica cristiana y, por una de esas extrañas coincidencias que solo pasan una vez en la vida, se cruzaron con Meredith Hamp, la hija de diecisiete años de Johnnie Hamp, el tipo de Granada TV que había puesto en antena a los Beatles por primera vez, a principios de los años sesenta, y que pertenecía a la misma congregación.

Hay pocas historias tan tristes, y esta no se ha contado nunca.

Merry, a quien solo su padre llama así, recuerda con todo detalle las veces que lo acompañó a los estudios de Granada TV, donde conoció a muchas de las grandes estrellas de la época. Le gustaban Cliff Richard y The Shadows y The Hollies, pero fueron los Beatles quienes le causaron la mayor impresión.

> John me parecía como el príncipe de Blancanieves —dice Meredith, haciéndose también eco de los recuerdos de su padre—. Hasta que los conocí, solo los había visto en la tele, en blanco y negro. Así pues, no estaba preparada para encontrarme con que John tenía el pelo de un precioso color rubio rojizo que no llegaba a ser pelirrojo. Tenía una cara cincelada y un perfil muy marcado. Estaba encantada. Tenía unos diez años en aquella época y, por supuesto, no me di cuenta de lo importantes que eran, en realidad, los Beatles. Estaban interpretando una canción, y había cámaras grabándolos. Luego, todos fuimos a una sala de proyección para verlo de nuevo. Solo George intentó hablar conmigo. Los demás ni se fijaron en mí, porque estaban pendientes de las imágenes de la pantalla. A pesar de lo amable que fue George, yo no podía quitarle los ojos de encima a John. La impresión que me causó fue increíble. Destacaba sobre los demás. Era tan guapo.

Pero entonces, Meredith sufrió un terrible accidente que hizo que todos repararan en ella. Siempre había disfrutado de una vista sobresaliente, pero, dos semanas antes de su duodécimo aniversario, un experimento en el laboratorio de ciencias del colegio le explotó en la cara. Los médicos del hospital más próximo donde la llevaron no habían visto quemaduras parecidas desde la Segunda Guerra Mundial, explica Meredith:

> Y, desde luego, nunca en una niña. Quedé irreconocible. Me llevaron a Barcelona y después a Houston para que me operaran. Entre los trece y los

dieciséis años, sufrí cuarenta operaciones y, a medida que iban pasando, lo mismo le ocurría a mi vista, que iba y venía. Al final se fue del todo, y me acabaron extirpando lo que quedaba de mis ojos por razones cosméticas.

Después de eso recibí un montón de atenciones de la gente del mundo del pop. The Hollies me enviaron un peluche enorme. Los Walker Brothers, una foto suya dedicada. Lulu vino a verme al hospital, lo mismo que Jimmy Savile y Peter Noone, pero mi madre echó a Peter de la habitación porque no dejaba de fumar sus cigarrillos rusos. No recibí nada de los Fab *Four*, pero no me sorprendió porque estaban en lo más alto de la fama y muy ocupados. Aun así, George me llamó por teléfono el día de mi cumpleaños. Yo seguí escuchando su música igualmente y seguí igualmente enamorada de John.

¿Y cómo pudo encontrarse en una iglesia de Houston al mismo tiempo que Tony y Melinda Cox?

La vida tiene estas cosas —comenta a sus sesenta años la psicoterapeuta profesional, mientras ella, su padre y yo cenamos en Stockport y repasamos toda una vida de recuerdos—. Surgen conexiones. Siempre me han pasado cosas curiosas y fuera de lo normal. Cuando nos trasladamos allí —se refiere al norte de Inglaterra, por cuestiones de trabajo de su padre—, nos instalamos en el Milverton Lodge, que entonces era un hotel privado. Wolf Mankowitz, el escritor y dramaturgo, estaba allí y también había una pareja curiosa, un norteamericano blanco acompañado de una japonesa. Eran marido y mujer. Tenían una niña recién nacida en un cochecito, y yo solía jugar con ella. Ella era adorable, pero entonces tuve el accidente.

Meredith nunca volvió al colegio. Los daños estimados en concepto de lesiones personales ascendieron a 88.248 libras esterlinas, la cantidad más alta cobrada por una mujer. Desde entonces ha vivido en la más completa oscuridad.

A los diecisiete años estaba de nuevo en Houston para recibir tratamiento y también asistía a la Iglesia evangélica. Era todo bastante *hippy*. Yo tocaba la guitarra y me hice amiga de la mujer de uno de los músicos de la congregación. Fue ella quien me presentó a aquella pareja tan simpática, Tony y Melinda Cox. Estaban en pleno viaje espiritual, buscando respuestas y se encontraban en Houston porque los padres de Melinda vivían allí.

«Estoy buscando una Iglesia que me sirva de hogar», me dijo Tony.

«Pues me alegro de conocerte», le contesté yo.

Tenían una hija pequeña, de unos siete años, llamada Rosemary, a la que acabé por tomar mucho cariño. Un día me invitaron a comer a su casa y por primera vez probé la cocina vegana. Llegué a conocer bastante bien a Rosemary, aunque, como es natural, no sabía qué aspecto tenía. Un día, la niña decidió que deseaba ser bautizada. Yo les comenté que tenía una madrina estupenda en Inglaterra, y ellos me pidieron entonces que fuera la madrina de Rosemary. Yo les dije que en la Iglesia evangélica no existían las madrinas, pero insistieron y acabé aceptando. A la semana siguiente asistí a la ceremonia, que fue por inmersión total. Como regalo, le di a Rosemary un corazón de plata esmaltado que mi madrina me había regalado.

Unas semanas más tarde, Tony la llamó un día de improviso: «Tenemos que salir un momento —le dijo—. ¿Podemos dejarte a Rosemary?».

> Les contesté que desde luego. La niña era un encanto que se llevaba bien con todo el mundo y no daba problemas. Tenía muy buen carácter, y un cabello suave y tupido. Le gustaba sentarse en mi regazo y que le hiciera carantoñas. Un amigo mío nos llevó a ver una película de Disney, *La bruja novata*, aunque yo solo la pude escuchar. Luego, volví a casa con Rosemary, y Tony y Melinda vinieron a recogerla más tarde. Nunca tuve razones para sospechar que Melinda no fuera su madre porque tenían un trato entre ellas propio de madre e hija, y la niña siempre se mostraba muy cariñosa con ella. Sin embargo, poco después desaparecieron sin dejar rastro. No me dijeron adónde iban, y tampoco pude despedirme. No volví a saber de ellos nunca más.

Naturalmente, Rosemary era la hija de Yoko. Que Cox dejara a su hija de siete años al cuidado de una pobre adolescente ciega, por muy buena y cariñosa que fuera, da una idea de lo desesperado que estaba por ocultar a Kyoko. Cuando Meredith aceptó convertirse en su madrina, ignoraba que los Cox estaban huyendo de las autoridades y de la policía y tampoco sabía que una de las parejas más famosas del mundo los perseguían. John y Yoko jamás se enteraron de que Cox había dejado a Kyoko al cuidado de una adolescente minusválida. Seguramente, Cox pensó que sería el último sitio donde la buscarían. A finales de 1971, cuando un juez de Houston les ordenó permitir que Yoko visitara a su hija, los Cox pusieron nuevamente tierra de por medio. «No estaba recibiendo un trato justo», comento confusamente Tony más tarde.

Meredith no tenía razones para sospechar nada raro y desconocía que los Lennon tuvieran algo que ver. También comenta que, a su edad, apenas seguía las noticias. La verdad es que pocos adolescentes lo hacen. Es más, por culpa de su ceguera, ni siquiera sabía que Rosemary fuera oriental. Sin embargo, lo más curioso de todo era que Meredith había visto a Kyoko. Había ocurrido años antes, cuando Rosemary era una recién nacida, en un hotel de Mánchester, en brazos de su madre, Yoko Ono, que estaba allí para intentar vender una película a Johnnie Hamp, el jefe de Granada TV y padre de Meredith; según él, «una película sobre culos».[4]

El caso es que los Cox volvieron a poner pies en polvorosa y se refugiaron en Los Ángeles, en casa de un amigo que era miembro de otra secta, la Iglesia del Mundo Viviente, también conocida como el

Camino, que predicaba una amalgama religiosa de Pentecostalismo, misticismo oriental y ocultismo. Melinda y Tony se apuntaron, y la familia acabó uniéndose a los discípulos en California e Iowa con tanta devoción que Tony llegó a convertirse en uno de sus miembros destacados y en su cuasi profeta. Al final acabó viendo la luz y declaró que Robert Stevens, el fundador, creía ser la reencarnación de Jesucristo y que practicaba el hipnotismo y otras técnicas de control mental. También lo acusó de elevar oraciones por la muerte de líderes políticos como Robert F. Kennedy o Jimmy Carter. Cuando Stevens murió, en 1983, Cox dijo que la secta mantuvo su cuerpo insepulto durante año y medio por si resucitaba. En 1977, Cox acabó perdiendo la fe en la secta y en sus prácticas, se divorció de Melinda y se marchó. Melinda se volvió a casar con otro miembro del grupo.

Por desgracia, a Kyoko todavía le aguardaban más pesadillas del secuestro. En aquella época, era alumna de un colegio de Hollywood Norte con el nombre de Ruth Holman (¿es capaz alguien de imaginar el caos mental que aquellos cambios de identidad podían causar a una niña?). Cox declaró que cuando Stevens se enteró de que pensaba marcharse, ordenó a los miembros de la secta que acompañaran diariamente a Kyoko al colegio. Cox tenía tanto miedo de que la secuestraran, para evitar así que se marchara, que un día se presentó en el colegio, a primera hora, y se la llevó con él. Los dos huyeron de la ciudad con lo puesto y nunca regresaron. Posteriormente, el Camino negaría aquellas acusaciones.

Kyoko volvió a ser ella misma, y Cox llegó a declarar como si tal cosa que salió de aquella experiencia «más fresca que una rosa». Entretanto, en marzo de 1972, los tribunales habían concedido a Yoko la custodia de su hija, con la condición de que la educara en Estados Unidos. Fue papel mojado, porque Yoko nunca recuperó a su hija. Cox alegó también que los Lennon «habían estado a punto de destruirlo», si bien al final acabó reconociendo que Yoko también debía de haberlo pasado mal. Era decir poco y tarde. El trauma que supuso para Yoko la pérdida de su hija la convirtió en una mujer incapaz de tener niños a su alrededor, de modo que John también acabó perdiendo el contacto con Julian. A pesar de que se vieron esporádicamente, su relación no volvió a ser como antes. Cuando John se mudó a Nueva York, padre e hijo pasaron tres años sin verse. Ese momento marcó la trágica y definitiva desaparición de John de la vida

de su hijo. Por su parte, Kyoko tampoco volvió a ver a su padrastro y únicamente recuperó el contacto con su madre cuando fue madre a su vez.

Cox siguió siendo cristiano evangélico y realizó una película sobre sus experiencias con la secta que estrenó en 1986. Aquella fue la primera noticia que Yoko tuvo de él o de su hija desde el breve telegrama de pésame que Cox le mandó en 1980, tras el asesinato de John. Ante semejante situación, Yoko se vio obligada a escribir una carta abierta a su hija, cuya infancia le había sido arrebatada.

> *Querida Kyoko:*
>
> *No ha habido un solo día durante todos estos años que no te haya echado de menos. Aunque siempre te llevo en mi corazón, respeto tu deseo de privacidad y no pienso buscarte más. Te deseo lo mejor de este mundo y quiero que sepas que, si en algún momento deseas ponerte en contacto conmigo, me hará muy feliz tener noticias tuyas. Pase lo que pase, no te sientas culpable si decides no hacerlo. Tienes todo mi amor, mi apoyo y mi respeto, ahora y siempre.*
>
> *Te quiere, tu madre.*

*

«El corazón me dice que me recordaría —asegura Meredith, refiriéndose a Kyoko—. No he intentado ponerme en contacto con ella. La gente que cae en manos de ese tipo de sectas es frágil. Si alguna vez tuviera la oportunidad de encontrarme con ella, me gustaría mucho contárselo, porque creo que se sorprendería mucho al saber que ella era la recién nacida con la que jugué cuando estuvo en Milverton Lodge y que entonces la pude ver con mis propios ojos.»

*

Treinta años después de haber visto a su hija por última vez y transcurridos otros veinte desde el asesinato de John, en una desapacible mañana de Nueva York, alguien reconoció a Yoko Ono Lennon en Strawberry Fields, el jardín monumento construido en Central Park en homenaje a su marido. Tenía a una niña pequeña japonesa en su regazo y la hacía saltar. ¿Acaso había dado un salto

hacia atrás en el tiempo? Qué más habría podido desear. A sus tres años, la adorable pequeña era el fiel reflejo de su madre, que se mantenía a una prudente distancia. Se llamaba Emi y era su nieta, la primogénita de Kyoko Chan Cox.[5]

Habían pasado treinta años, y Yoko no había sabido siquiera si su hija estaba viva durante ese tiempo. Cuesta imaginar lo duro de una pérdida así.

En noviembre de 1997, dos semanas después de haber dado a luz, las cosas cambiaron, y Kyoko se puso en contacto con la mujer a quien le habían enseñado a considerar desde niña como el diablo en persona. ¿Qué la empujó a llamarla?

«No me parecía bien convertirme en madre sin hacer saber a mi propia madre que me encontraba bien», explica Kyoko, que en esos momentos trabajaba como asistenta social tras haber empezado una nueva vida en Denver, Colorado, con su devoto esposo cristiano. Un año más tarde, aceptó la invitación de su madre para reunirse cara a cara y, finalmente, viajó con Emi a Nueva York para encontrarse con su madre y abuela de su hija.

Se comenta que la mitad de la millonaria fortuna de la señora Lennon está metida en un fondo fiduciario a nombre de su nieta. La otra mitad pertenece a Sean, el hijo que tuvo con John. ¿Y qué pasa con Julian? ¿Es cierto que se vio obligado a demandar a los herederos de su padre para recibir la parte que le correspondía? Algo de eso se ha dicho, pero él lo ha desmentido. Debería haber recibido un legado por derecho de nacimiento, sin tener que recurrir a acciones legales. Si no, ¿por qué no lo hizo?

CAPÍTULO 18

May

¿Por qué los Lennon no regresaron al Reino Unido, a su querido Tittenhurst y a la vida que habían construido allí? Pues porque estaban convencidos de que Kyoko seguía oculta en algún lugar de Estados Unidos. Nunca renunciaron a la esperanza de encontrarla, de recuperarla. ¿Quién lo habría hecho? Volver a Inglaterra habría significado rendirse. «No te preocupes, Kyoko, mamá te busca... Estamos ahí, esperándote.» En ningún momento quisieron que su hija creyera que habían perdido toda esperanza y renunciado a ella. Necesitaban quedarse por si aparecía en algún momento.

Pero aunque hubieran querido, tampoco habrían podido marcharse. John se había convertido en objeto de controversia a causa de unos delitos pendientes por consumo de drogas y se había ganado fama de agitador político por su apoyo a todo tipo de causas extremistas. Se había convertido en una estrella del rock subversiva que se dedicaba a quebrantar la ley, y sus millones de seguidores lo convertían en una figura peligrosamente influyente. A los ojos de la Administración Nixon no podía haber nada peor, y eso explica que estuviera deseosa de librarse de él. La lucha de John en contra de la deportación y sus intentos de que le renovaran la tarjeta verde que le concedía el estatus de residente permanente fue larga y difícil. Por un lado, era incapaz de dejar a su mujer sola en Nueva York; por el otro, temía volver a Inglaterra y que las autoridades de inmigración estadounidenses no le dejaran entrar de nuevo en el país, así que optó por quedarse donde estaba. La sombra del presidente y de sus sicarios era, sin duda, alargada, pero John se contradecía en sus declaraciones cuando en un momento dado afirmaba que estaba harto de Inglaterra y de cómo el país había tratado a su mujer, y al siguiente afirmaba que nunca había tenido intención de convertir su estancia en Nueva

York en algo permanente. Todos nos hacemos un lío de vez en cuando, pero si nuestro perfil hace que cada cosa que decimos sea grabada para la posteridad y revisada una y otra vez, las discrepancias pueden crear confusión. Pocas cosas hay que produzcan tanta desdicha como sentirse desgarrado. Muchas veces, cuando procuramos hacer lo correcto, acabamos haciendo lo contrario. Es un hecho que la pena y el disgusto de Yoko por la desaparición de su hija acabaron perjudicando la relación de John con el suyo, pero, antes de juzgarlo por su evidente frialdad e indiferencia hacia él, deberíamos detenernos a pensar que era un asunto en el que no podía haber ganadores. Todos los que participaron acabaron perdiendo algo, aunque unos más que otros.

*

Aquel 31 de agosto de 1971 John no tenía manera de saber que ese día sería el último que pasaría en suelo británico. Su primer domicilio en Nueva York fue el elegante hotel St. Regis, situado en la esquina de la Quinta Avenida con la 55 Este. Los Lennon instalaron su hogar en dos *suites* contiguas, lujosas y recargadas, que contaban con servicio las veinticuatro horas del día. No es que aquello fuera exactamente el estilo de John, pero qué demonios. Desde allí seguirían administrando temporalmente su imperio, dirigiendo sus campañas en pro de la paz mundial, grabando, filmando y organizando exposiciones de arte. En cuestión de semanas, cambiaron el glamuroso estilo Astor del St. Regis (donde había sido inventado el *bloody mary*) por un semisótano alquilado en un edificio situado en el 105 de Blank Street, en el Village. Era la misma calle donde el líder de los Sex Pistols, Sid Vicious, había muerto de una sobredosis y donde Mark Knopfler se compró una mansión a finales de los años ochenta. Allí tenían como vecinos al bailarín y coreógrafo Merce Cunningham y a su pareja, John Cage, que había pasado de ser un músico muerto de hambre a convertirse en el compositor de cabecera y amigo íntimo de la famosa mecenas artística, Peggy Guggenheim. Como recordaréis, Cage había acompañado a Guggenheim a Japón en 1956, donde una Yoko de veintitrés años no solo les hizo de guía y traductora, sino que aprovechó la ocasión para ponerle los cuernos a su marido, Toshi Ichiyanagi, acostándose con Tony Cox en el dormitorio de la mecenas,

con su permiso aunque sin su participación. Los Lennon estaban tan obsesionados con que el FBI los espiaba y les había pinchado el teléfono que no tardaron en utilizar el de Cage como precaución.

Ese barrio de la ciudad, con sus calles adoquinadas y su cruce de culturas, idiomas y gastronomía fue todo un descubrimiento para John, que enseguida se sintió como en casa. Sus calles, sucias y llenas de almacenes, le recordaban a su Liverpool natal mientras que el marcado acento local le traía resonancias del argot inglés. No tardó en ensalzar vehementemente, ante la prensa y cualquiera que quisiera escucharlo, las virtudes de la ciudad y del estilo de vida estadounidense, su desenfado, las infinitas opciones que ofrecía, la facilidad para todo, la libertad para poder caminar y pasear en bicicleta como si no fuera nadie especial. Para hacer exactamente lo que quisiera.

Cuando sus visados expiraron en febrero de 1972, John y Yoko iniciaron los trámites ordinarios para renovarlos, pero recibieron una notificación del INS[1]de que ambos visados habían sido cancelados y debían abandonar el país antes de dos semanas. Era el aviso de que no iban a poder defenderse sin la ayuda de un abogado, y tuvieron la suerte de contratar a Leon Wildes, un avispado y tranquilo especialista, para que se ocupara de lidiar con las instancias federales y anular la orden de deportación. Así empezó una larga serie de audiencias y aplazamientos. Hasta ese momento, John no había tenido intención de instalarse permanentemente en Estados Unidos. En realidad, solo quería permiso para entrar y salir, y trabajar donde le diera la gana, pero cuando Wildes les planteó la idea de incluirlos en la categoría de «personas de especial mérito cuya presencia enriquece la vida cultural norteamericana» y les aconsejó que moderaran el tono de sus críticas políticas, se olvidaran de Nixon y se centraran en dirigir sus campañas en pro de la paz, la idea empezó a tomar forma. Tanto John como Yoko y quienes los rodeaban sabían que estaban siendo vigilados y que les habían intervenido el teléfono. Igualmente, sabían que los seguían desde hacía un tiempo. Por su parte, el servicio secreto británico se unió a la fiesta y aportó las pruebas que demostraban el apoyo de John a movimientos como el IRA y a publicaciones subversivas como la revista *Red Mole* de Tariq Ali,[2] a la que había financiado y facilitado entrevistas. John bajó el tono, pero solo lo justo. En realidad, siguió chuleándose y aireando sus

provocadoras opiniones en entrevistas que atraían la atención de millones de personas. Y no solo eso, junto con Yoko siguió componiendo canciones de protesta como «Sunday, Bloody Sunday», «The Luck of the Irish» y el sencillo feminista inspirado en un eslogan de Yoko, «Woman Is the Nigger of the World», que acabó siendo prohibido, y no es broma, en todo Estados Unidos.

En realidad, lo que había en el epicentro de aquella tormenta eran dos personas sometidas a la presión de un formidable escrutinio público, dos personas que solo intentaban hacer lo que mejor sabían hacer. Separados de sus hijos, sin saber en quién podían confiar y en quién no, llevaban casi media década dependiendo casi exclusivamente el uno del otro. Sin embargo, eso era algo que iba no solo en contra de la naturaleza de John, sino también en contra de su experiencia como Beatle. Lo cierto era que en ningún momento de su vida se había visto atado a la misma mujer las veinticuatro horas del día; ni siquiera con Cynthia, porque con ella había llevado una vida más propia de un hombre soltero que de un marido y un padre. Además, sus amigos de siempre y en los que siempre había confiado, Pete Shotton y Neil Aspinall, se encontraban a cinco mil kilómetros de distancia y ya no estaban disponibles para acompañarlo día y noche en sus necesidades. En cuanto a su tía Mimi, a cuya casa de Sandbanks en Dorset había tenido la costumbre de correr a esconderse para recargar pilas y sumergirse en los recuerdos de la infancia, no era más que una voz que sonaba al final de un teléfono una vez a la semana.

De todas maneras, puede que lo que más echara de menos fuera el sexo sin ataduras.[34] En su época con Cynthia, John había aplacado su apetito sexual siempre que le había apetecido con la clase de chicas que no necesitaban que se enamorase de ellas. Sin embargo, en esos momentos, solo contaba con Yoko para satisfacer sus impulsos sexuales, y ella misma reconocía que no era especialmente lanzada en ese terreno. En otras palabras: John se aburría en la cama con ella. La crisis estalló la noche de la reelección de Richard Nixon a la presidencia de Estados Unidos. John y Yoko asistieron a una fiesta a la que John se presentó un tanto ebrio. No había hecho más que quitarse el abrigo, cuando localizó a una mujer que se paseaba por allí sin compañía. Fue directamente a por ella, la cogió del brazo y se la llevó a una habitación en cuya cama se amontonaban los abrigos de los invitados. La gente no tardó en percatarse con espanto de lo que John

y la mujer estaban haciendo en aquel cuarto. Yoko, paralizada y más pálida que de costumbre, se limitó a contemplar la escena con silenciosa indignación. Nadie fue a buscar su abrigo. Aunque Yoko declaró que no le había dado importancia, aquella experiencia humillante marcó un hito y sembró las semillas de una duda que acabaría por tener consecuencias inesperadas.

Pero antes de proseguir, hablemos un poco más de la rutina. Deseosos como estaban de ser menos accesibles y sentirse más seguros, los Lennon empezaron a buscar piso propio. El siniestro edificio gótico conocido como Dakota, situado en el Upper West Side de Central Park, llamó su atención. Aquel refugio para ricos y famosos con aspecto de fortaleza estaba gobernado por una junta de residentes con derecho de veto sobre cualquiera interesado en comprar. Todo el mundo pensó que pondría objeciones a la pareja, pero contra todo pronóstico, los Lennon acabaron comprando un lujoso apartamento de cuatro dormitorios en el séptimo piso, con magníficas vistas sobre el parque, al que pronto agregarían otros cuatro. Una de las primeras cosas que hicieron fue contratar a una médium y celebrar con ella una sesión de espiritismo para ahuyentar posibles fantasmas de habitantes anteriores. ¿Quién no lo habría hecho? Lo siguiente fue vaciar completamente el piso, pintarlo de blanco y dotarlo de todo tipo de comodidades y gatos. ¿Un poco prematuro? John aún no estaba fuera de peligro con respecto a su condición de residente. El INS seguía su caso. Pero había esperanza.

Sin embargo, no podía decirse lo mismo de su matrimonio, y Yoko cogió el toro por los cuernos. Es posible que llegados a este punto, la diferencia de edad jugara a su favor. John solo tenía treinta y tres años, mientras que ella pasaba de los cuarenta, una edad delicada para cualquier mujer. Al margen de lo seguras que podamos sentirnos con nosotras mismas, todas tememos la pérdida de atractivo y la menopausia que se avecina, y todas dudamos de nuestra capacidad para conservar a nuestros hombres, por muy orgullosas que nos sintamos de nuestra feminidad. Yoko no quería de ninguna manera que ella y John siguieran formando pareja solo por el hecho de estar casados. Mejor separarse que sufrir la humillación de esa muerte en vida en la que se convierten los matrimonios aburridos y sin sexo. Estaba claro que John necesitaba aires nuevos y grandes dosis de pasión. Al final acordaron que, en lugar de dedicarse a ligar a

espaldas de Yoko, como había hecho con Cyn, a partir de ese momento John sería libre para buscar las aventuras extramaritales que le diera la gana. ¿Raro? Hay muchos matrimonios que al parecer viven de esa manera. La diferencia está en que simplemente no comparten los detalles de sus idas y venidas con la familia y los amigos, y aún menos con el resto de los habitantes del planeta. John no solo volvía a componer música al margen de Yoko —su siguiente álbum, *Mind Games*, no sería la típica producción de John y Yoko, ni contaría con el toque de Phil Spector, y aunque tendría algunas canciones en homenaje a su matrimonio, sería un trabajo en solitario—. A partir de ese momento, John también iba a tener una vida sexual independiente. ¿Adiviináis quién le encontró el remedio a tanto apetito? Pues sí, su mujer. Fue la propia Yoko la que le ordenó que pasara una temporada en Los Ángeles, donde podría darle gusto sin necesidad de ofender a aquella que debía ser obedecida. Para acompañarlo y velar por él, la señora Lennon eligió a May Pang.

*

May sigue afirmando aún hoy que ella y John estaban profundamente enamorados. También asegura que durante todo el tiempo que llevaba formando parte de su equipo, antes incluso de que se instalara en Estados Unidos, John nunca la había convertido en objeto de sus atenciones amorosas. May había trabajado para el matrimonio como ayudante, colaborado con John y Yoko en rodajes, grabaciones y exposiciones de arte, aceptando siempre con una sonrisa todas las tareas que le encargaban. Tenía veintidós años y era hija de emigrantes católicos chinos. Era atractiva, dulce, amable, creativa y espabilada. Tenía un cabello negro y liso que le llegaba a la cintura y era discreta. La sola insinuación de Yoko en el sentido de que debía convertirse en la concubina de John la escandalizó, más incluso si provenía de su posesiva y pegajosa mujer.

Todo el mundo la adoraba. Era de las que siempre están dispuestas a hacer caso a su madre y echar una mano. Empezó demostrando su buen sentido el día en que subió a un avión de la mano de John rumbo a Los Ángeles sin decir ni pío mientras él declaraba a los periodistas que lo acosaban que no había ningún problema en su matrimonio y que él y Yoko seguían tan juntos como

siempre. A continuación, se instaló con él en un apartamento de West Hollywood y lo fue siguiendo de apartamento en apartamento al tiempo que le hacía las maletas y se ocupaba de todo lo necesario. Soportó sus interminables conversaciones telefónicas con Yoko (a veces más de veinte diarias), a quien John decía necesitar más que nunca, y sus constantes súplicas para que le permitiera volver a casa. May apretó los dientes, sonrió, tragó y siguió adelante como su amante, su musa, su colaboradora, su burra de carga, su niñera y su excusa.

Según ella, John le declaró amor eterno. Bueno, si lo hizo, debió de ser cierto en ese momento, pero deberíamos preguntarnos si esas palabras huecas fueron hijas de la sobriedad, porque John la maltrató una y otra vez, y la dejó sollozando mientras ella se recomponía como podía. May aguantó con una sonrisa las gamberradas de John cada vez que salía a emborracharse con Ringo, Harry Nilsson, Klaus Voormann y Keith Moon. Y no solo lo acompañó en sus cogorzas, también pechó con las consecuencias, como en la noche tristemente famosa en que John entró en el club Troubadour con una compresa en la frente y acabó insultando a las camareras, o como cuando, borracho como una cuba, intentó estrangularla tras malinterpretar algo que ella había dicho. May miraba hacia otro lado cuando John se ponía desagradable, soportaba sus groserías, le limpiaba el culo y los vómitos. Pero lo más importante, sin Yoko de por medio, lo alentó a recomponer su relación con Julian, a quien John no había visto desde hacía tres años y con quien solo había hablado un par de veces por teléfono durante todo ese tiempo. Su hijo, que tenía once años. Fue May quien lo organizó para que recibiera a Julian y a su madre al pie de la escalerilla del barco que los llevó a Nueva York, y quien lo arregló todo para que alargaran su visita y pudieran pasar más tiempo con John en Los Ángeles. Fue May quien cuidó y mimó a Julian, la que se hizo amiga de Cynthia. May dijo e hizo en todo momento lo correcto. Sabía distinguir la diferencia entre ansia, necesidad y deseo, y lo dio todo sin quejarse.

May llegó a convencerse de que John era el hombre de su vida y recuerda los dieciséis meses que pasaron juntos como los más dichosos. Me contó que habían planeado comprar una casa en Long Island y que John volvió a sus brazos una y otra vez, incluso después de haber hecho las paces con Yoko y sin que ella lo supiera. Más

adelante, escribió un libro, *Loving John (Adorable John)*,[5] sobre la época que él bautizó como su «fin de semana perdido» y el papel que ella desempeñó durante ese breve lapso de tiempo. Cuando nos vimos, en 2019, me confesó que lamentaba tanto el tono como el contenido del libro, que los editores lo habían alterado para que fuera más impactante y que el texto no la presentaba como había pretendido. De haberlo escrito ahora, el resultado habría sido otro. Lo cierto es que el libro se lee como si su historia de amor con Lennon hubiera sido la mayor y mejor de todos los tiempos; pero mi instinto me dice que a May la utilizaron. Para muchos de los que estuvieron allí y fueron testigos, May no fue más que una sirvienta bien pagada, un polvo de quita y pon que no recibió un céntimo por lo que hizo y a la que entre todos dejaron tirada sin recompensarla por su tiempo y su dedicación. Me cae bien y me indigna pensar lo mal que la trataron.

En la actualidad, May está a punto de cumplir los setenta. Se ha divorciado del productor musical Toni Visconti, es madre de dos hijos ya mayores y tiene dificultades económicas. Suspira de arrepentimiento.

«Para empezar, ¿cómo es que se te ocurrió aceptar la propuesta de Yoko?», le pregunté mientras almorzábamos. Se encogió de hombros y sonrió débilmente.

«No podía negarle nada a John. Nadie habría podido. Además, me necesitaba, al cien por cien.»

*

A quien John necesitaba era a Yoko. El hijo pródigo necesitaba a Madre. Pero... Un momento, un momento, no nos precipitemos. Tenemos que volver a Nueva York. Qué demonios, además de que John seguía con May, su caso contra el INS había adquirido tales proporciones que Leon Wildes llegó a acariciar la posibilidad de llamar incluso a Nixon como testigo. Pero entonces ocurrió el escándalo del Watergate y el resultado fue que la némesis de John acabó desacreditada y apeada de la presidencia justo cuando Wildes se disponía a elevar el caso al Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos.

John y May se habían trasladado del lujoso hotel Pierre, a un pequeño ático llamado «The Tower», en el edificio de apartamentos

Southgate en el número 434 de la calle 52 Este, en Sutton Place. «Había muchos edificios a lo largo de aquella calle que formaban parte de este complejo —recuerda May Pang—. Nunca he querido decir exactamente dónde se ubicaba hasta ahora, porque no quería que se congregaran allí riadas de gente.»

Fue en este apartamento perfectamente acabado, en el que las puertas de cristal se abrían a una terraza diminuta pero la ventana de la cocina les daba acceso a todo el tejado, donde, además de tener de vecina a Greta Garbo,[6]declararon haber visto un ovni. John reflejó más adelante ese momento en las notas interiores de su siguiente álbum, *Walls and Bridges*, y en la letra de la canción «Nobody Told Me»: *«There's UFOs over New York / and I ain't too surprised»* («Hay un ovni sobre Nueva York / y no me sorprende demasiado»). May calculó que los medios informaron de unos cuatrocientos avistamientos del mismo platillo y que todas las descripciones independientes coincidían. Ante los comentarios que afirmaban que John había llamado a los... ¿marcianos? de la nave espacial para que se lo llevaran con ellos, May explicó: «No los llamó. Más tarde comentó que deseaba que nos hubieran llevado con ellos». John y May se instalaron cómodamente en su bonito ático y salieron con sus amigos cercanos, como Mick y Bianca Jagger, y también con Paul y Linda. Al cuerno con las exclusivas que aseguraban que Paul y John habían roto toda relación. Vale, la vida era demasiado corta para andar peleándose, amigo mío; pero eso no quiere decir que no se hubieran cruzado duras invectivas a través de sus respectivas canciones. La triste «Dear Friend» que Paul compuso para su álbum *Wild Life* era muy dura de escuchar. En «3Legs», que escribió para *RAM*, atacaba deliberadamente a los demás Beatles, mientras que la letra: *«That was your first mistake / You took your lucky break and broke it in two»* («Ese fue tu primer error, / cogiste tu golpe de suerte y lo rompiste en dos») de «Too Many People», del mismo álbum, iba dirigida a la yugular de John y Yoko. Por su parte, John fue más contundente. En la dura y emotiva «God», del álbum *John Lennon/Plastic Ono Band*, no solo volvía la espalda a los Beatles, sino que renegaba de todas las religiones y sus símbolos y dejaba bien claro que en adelante lo único importante eran Yoko y él. En «How Do You Sleep», del álbum *Imagine*, lanzaba su ataque más despiadado contra Paul y escribía: *«The only thing you done was "Yesterday" / and since you've gone you're*

just another day» («Lo único que hiciste fue "Yesterday" / y desde que te fuiste no eres más un día cualquiera»); y aún peor cuando decía: *«Those freaks were right when they said you was dead»* («Esos chiflados tenían razón al decir que habías muerto»), refiriéndose a los rumores que corrieron en 1969 cuando Paul cruzó descalzo el paso de cebra de Abbey Road. Según algunos medios de aquella época, Paul y John se tenían tanta tirria que no soportaban estar juntos en la misma habitación. Tiene gracia, porque acababan de verse en un estudio de grabación de Los Ángeles. Julian volvió a visitar a su padre, esta vez sin Cynthia, y los tres compartieron el apartamento mientras May cocinaba para ellos, cuidaba al pequeño Julian y disfrutaba de la situación. Al menos John y Julian tenían algo en común: la guitarra. Julian estaba aprendiendo a tocarla. «Vamos, ahora prueba este acorde.»

*

El 14 de septiembre de 1974, un sábado, Chris Charlesworth, redactor de *Melody Maker*, se dirigió al Commodore Hotel,[7]cerca de Grand Central Station, para asistir a la Beatlefest, la primera convención de los fans de los *Fab Four*.

«Algunos rumores falsos decían que John estaría allí, pero disfrazado —comenta Charlesworth—. May fue sola, pero con una buena cantidad de efectivo para comprar cualquier recuerdo interesante. Me vio y me pidió consejo sobre qué debía comprar. Le sugerí que gastara el dinero de John en unos cuantos álbumes pirata, algunos objetos promocionales y unas viejas fotos de los Beatles de los años sesenta, tomadas en Hamburgo.» Entre ellas estaba el retrato realizado por Jürgen Vollmer que terminó adornando la cubierta de un polémico álbum de clásicos del rock.

«Para mí fue la obra maestra de John —asegura Leo Sayer—. Se trata de un álbum increíble que escucho al menos una vez al mes, aunque solo sea para recordar cómo se debe interpretar y cómo debería sonar la música pop.»

Harto de las dificultades legales y de producción que habían rodeado una colección inofensiva de canciones grabadas en Los Ángeles (y que acabarían publicándose en 1975 en forma de un LP titulado *Rock'n Roll*), John había empezado a escribir para lo que sería

el álbum *Walls and Bridges*, cuyo tema principal tomó la forma de un himno a su mujer. El tema más llamativo era «#9Dream», que suena ahora mil veces mejor de lo que sonaba entonces. Magia en el ambiente. ¿De verdad la había? Escuchadlo. Yo no me canso de hacerlo, aunque a veces resulta doloroso. La voz que susurra su nombre al fondo es la de May, no porque John la convenciera para que grabara lo que le habría correspondido a Yoko, sino porque la vocalista que habían contratado no se presentó, y la siempre dispuesta May acabó poniéndose ante el micrófono. Todo esto lo explica David Thoener, uno de los ingenieros de sonido presente durante las grabaciones. El caso es que en «Surprise (Sweet Bird of Paradox)» y «Whatever Gets You Thru the Night», John y su amigo Elton John cantaron —algunos dicen que berrearon— y tocaron juntos al piano. «Whatever Gets You...» llegó a convertirse en la primera canción de John en alcanzar el número 1 en Estados Unidos. Ese éxito, acabó con las estadísticas que decían que John seguía siendo el único exBeatle que nunca había anotado un solo en la lista de éxitos y lo obligó a cumplir el acuerdo de palabra con Elton en virtud del cual, si llegaba al primer puesto, se uniría al Rocketman en el escenario del Madison Square Garden e interpretaría el tema en vivo con él.[8]

«Solo vi una vez a John», explica Paul Gambaccini mientras recuerda la noche en que estuvieron a punto de matarse juntos.

> Fue en 1974. Vino a ver a Elton al Boston Garden para hacerse una idea del montaje antes de hacer su aparición juntos en Nueva York. Tras la actuación de Elton, nos subimos todos a un avión privado. Había tormenta. Puede que fuera una de esas tormentas de nieve de principios de temporada. El vuelo fue horrible, lleno de altibajos. Íbamos arriba y abajo, arriba y abajo, y algunos a bordo, Kiki Dee incluida, estaban aterrorizados. Connie Pappas, que era la representante en Estados Unidos de John Reid, el mánager de Elton, estaba sentada a mi lado y no lo estaba llevando nada bien. Le dije: «Connie, relájate. Nunca habrá un accidente aéreo tan famoso. Este haría que el accidente de Buddy Holly pareciera de segunda división. John Lennon y Elton John, estrellándose en el mismo vuelo. Tranquila, estas cosas no ocurren».
>
> La noche del concierto de Acción de Gracias del 28 de noviembre, mientras John le pedía a Davey Johnstone, el guitarrista de Elton, que le afinara su Fender Telecaster, oí que Elton le decía misteriosamente a John: «La tercera canción».
>
> ¿Cómo? ¿Qué había querido decir con eso? Fui a sentarme entre el púbico, ya sabes que con mi pase de escenario podía ir de un lado para otro, y oí que Elton presentaba a John. Puedes escucharlo, está en el disco. Bueno, pues si la energía del público fuera capaz de levantar estadios, esa noche el Madison habría volado por los aires. En cuanto Elton pronunció el nombre de Lennon, ¡menudo rugido! Nunca he sentido nada parecido en mi vida. El

entusiasmo y el amor absolutos que Lennon despertaba eran increíbles. Nadie sabía lo que estaba por venir.

Con eso hicimos un programa de media hora que se puede encontrar en «Listen Again», de la BBC, en la serie *One Night Only*. Se llama «When John Met John» («Cuando John conoció a John»). El programa incluía unas palabras de John que debíamos saltarnos por órdenes de alguien importante de Radio 4. Davey Johnstone recordaba que John estaba muy nervioso antes de salir, y todo el mundo está de acuerdo en que así era. Antes de salir, John había comentado: «Vaya, es justo ahora cuando suelo buscarme un buen conejito». Claro, se refería a echar un polvo antes de salir a tocar. Al final, el ejecutivo dijo: «Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, creo que en Radio 4 sí podemos emitir lo de "un buen conejito"».

Como compensación a la grabación, John tocó en la versión que Elton hizo de «Lucy in the Sky with Diamonds», grabada en los Caribou Studios de Colorado, en las Montañas Rocosas.

Elton quería hacer una versión de un clásico para un sencillo y había reducido sus alternativas a dos: «Lucy in the Sky» y «Rockin' Roll Baby», de los Stylistics —recuerda Gambaccini—. Sin embargo, en esta última, la letra habla de un zapato ortopédico, y a Elton no le gustaba eso de cantar sobre un zapato ortopédico; de manera que se decidió por «Lucy in the Sky». John hizo de Winston O'Boogie con la guitarra. Esa canción y «Whatever Gets You Thru the Night» eran las dos que iban a tocar. Las dos habían sido sencillos que habían llegado al número 1. Pero luego decidieron tocar una tercera canción, la que Elton había mencionado, que fue «I Saw Her Standing There».

La famosa introducción de John cuando la presentó fue como sigue: «Hemos pensado en un número para terminar, así podré salir de aquí y vomitar, por eso se nos ha ocurrido interpretar algo de un viejo novio mío al que ya no veo, llamado Paul. Es algo que no he cantado hasta ahora. Es un viejo número de los Beatles, y todos lo conocemos».

Posteriormente, John insistiría en que desconocía que su mujer estuviera entre el público, pero tanta ingenuidad no resulta creíble. Había sido él quien había elegido las entradas, y había sido ella quien le había enviado una nota deseándole buena suerte y el ramo de gardenias blancas con las que Elton y él salieron al escenario.

«Después la vi entre bastidores —dijo John—, y se produjo uno de esos momentos, cuando nuestras miradas se cruzaron. Fue como en las películas, cuando el tiempo parece detenerse y todo queda en silencio. Estábamos ahí, ya sabes, mirándonos sin decir nada.»

¿De verdad? A pesar de sus palabras, la idea de que se reunieron tras el concierto de esa noche podría no ser más que puro voluntarismo romántico visto retrospectivamente. Lo cierto es que John se escabulló con May a la fiesta que tuvo lugar después del

concierto en el hotel Pierre, mientras les decía a los periodistas que lo seguían: «Ha sido divertido, pero no me gustaría tener que ganarme la vida con eso».[9]Por su parte, Yoko regresó a casa abatida. John y ella tardarían tres meses más en reencontrarse.

Allí estaba John, como dicen a menudo, trágicamente ajeno al hecho de que había aparecido en concierto por última vez. Y es que, ¿qué había sido eso, sino una vuelta a la Beatlemanía, una escenificación de los días pasados? Vamos, dales veinte minutos como máximo, sorpréndelos, emociónalos, asómbralos, deja que babeen un poco más. En esos momentos electrizantes con Elton, en el escenario del Garden, John había vuelto a saborear el amor de una audiencia en directo, la alegría de hacer lo que mejor hacía, el fruto de diez mil horas penosas que los Beatles habían pasado tocando como esclavos y berreando en Hamburgo. Imaginemos todo eso rebobinado a velocidad de vértigo través de su mente reprimida. En ningún momento había dejado de tener un ojo puesto en McCartney, mientras este recorría el mundo cosechando grandes éxitos, haciendo y logrando lo que quería, siendo el rey de los antiguos Beatles, como un artista adulto con su propia banda, de vuelta en el camino, sin las limitaciones ni los compromisos de su etapa anterior, como un roquero y un músico de verdad. En esos momentos, gracias a Elton, John había tenido la oportunidad de revivir todo eso un poco. Los oídos todavía le pitaban y lo harían durante semanas. Todo mi amor, Johnny mío. Todo mi amor. ¡Todavía estaba allí! Quizá siempre estaría allí. ¿No deberíamos darle otra oportunidad, solo para asegurarnos?

A pesar de todos los rumores sensacionalistas que anunciaban un regreso, una gira mundial, una reunión de los Beatles, una vuelta a casa triunfal en el Queen Elizabeth para empezar una nueva gira —que era lo que las masas llevaban aguardando y rogando desde hacía años—, John sabía que todo había acabado. Su «fin de semana perdido» se había cobrado el precio. Las últimas juergas lo habían dejado sin fuerzas. Ese fue el momento en que le dio la espalda al desenfreno, a las drogas y a la bebida. Era John despertando a la realidad de lo que le importaba y a quienes amaba de verdad. Ese era John, el afligido, el niño abandonado, el marido ausente, el gato viejo, el rudo Beatle, el gilipollas insoportable, el activista astuto, el genio musical que no tenía nada que demostrar. Por lo tanto, ¿para qué

seguir demostrando nada? ¿Y May? Mejor nos olvidamos de May. Nunca fue la protagonista de esta historia.

Faltaba poco. John no tardaría en tomarle el pelo a todo el mundo diciendo que le había dado la espalda a la música, que lo había dejado todo para enterrarse entre almohadas. El mundo esperó con la respiración contenida. Vale, pero ¿cuándo iba a volver?

CAPÍTULO 19

Resurrección

Podemos seguir preguntándonos cuanto queramos si los años de marido y padre lo fueron de verdad o si se trató de un lapso psicológico oculto. En mi opinión, fueron un poco ambas cosas con algunas presiones añadidas. Por los millones de personas que se creyeron a pies juntillas su asombrosa transformación en marido reformado, padre atento y amante del hogar, hay otros tantos que tras aquella fachada solo veían a un ser esclerotizado y disminuido que había renunciado a luchar a cambio de la tregua que tanto necesitaba. Llegaría el día en que los sicofantes y los aduladores desvelarían todos los secretos de esa vida a puerta cerrada; algunos ante los representantes del «asesino» Albert Goldman; otros, en obras de su propia creación. Podemos elegir lo que queremos creer, siempre que seamos cuidadosos. Cada historia tiene tres lados: el de un bando, el del bando contrario y el de la verdad. Cuanto más profundizamos en el negro, más nos acercamos al blanco. Nada, nadie, en ninguna parte, tiene toda la verdad.

En la actualidad, May sigue jurando que la «viuda negra», Yoko, atrajo a su presa del día con la promesa de que podía curarlo de su adicción a la nicotina utilizando la magia que a ella le había funcionado. ¿Realmente, había utilizado encantamientos con John y lo había reducido a un estado cataléptico? Yoko ha declarado públicamente que era John quien estaba desesperado por volver con ella, que era él quien la estaba presionando. La persiguió y la persiguió hasta que ella lo atrapó..., y al final, ambos se rindieron. *Sayonara*, señorita Mayfly.[1]

Los Lennon hicieron pública su reconciliación conyugal con ocasión de la ceremonia de entrega de los premios Grammy, celebrada en marzo de 1975 en el teatro Uris de Nueva York. Y fue una ocasión

bien rara. John no figuraba entre los candidatos, sino que iba a entregarlos. Su intervención, junto con Paul Simon, a la hora de leer los nominados y anunciar el ganador del disco del año se convirtió en una farsa cuando Art Garfunkel —el antiguo colaborador de Simon con quien estaba enfrentado— se presentó para recoger el premio en nombre de Olivia Newton-John y de su productor, John Farrar, por «I Honestly Love You». ¿Art por amor al Arte? A nadie le temblaron las piernas, pero la frialdad era tangible. Incapaz de resistir la tentación de hacer una broma a expensas de los creadores del álbum de los setenta que llevaban cinco años sin hablarse, John les preguntó: «Bueno, qué, ¿cuándo os vamos a volver a ver juntos?». La respuesta no se hizo esperar: «La cuestión es cuándo os vamos a volver a ver juntos a vosotros».

Qué raro, y qué lógico al mismo tiempo, era que John y Yoko estuvieran juntos. Ella, vestida con un ceñido vestido blanco con plumas de marabú, con el cabello hasta la cintura al estilo de May, el rostro sereno y resplandeciente. Él, ataviado como un cruce entre un elegante personaje de Dickens y un bibliotecario francés, con levita de terciopelo negro, boina, bufanda de seda blanca y botas de motorista marrones, un broche brillante al estilo de Elvis y una gardenia blanca en su solapa. Mientras se paseaban entre los ganadores y los invitados, Marvin Hamlisch, Stevie Wonder, Roberta Flack, o Paul y Linda —que estaban allí tras aceptar el premio al mejor pop vocal por *Band on the Run*, la obra de McCartney y los Wings, junto a Geoff Emerick, el antiguo ingeniero de sonido de los Beatles que se había llevado el premio al álbum mejor grabado—, John y Yoko solo tenían ojos el uno para el otro.

Al menos eso parecía, porque en las fotos de la alfombra roja John salía flirteando con un espécimen encantador que asomaba por encima de Yoko. El alto, elegante y andrógino objeto de fascinación de John vestía corbata blanca y sombrero fedora, llevaba un bolso y lucía unos pómulos de vértigo. Lo habéis adivinado, era David Bowie.

*

De nuevo juntos, John y Yoko enterraron sus diferencias y renovaron su compromiso matrimonial en una ceremonia celebrada en su casa a la luz de las velas. La luna de miel también la pasaron en el Dakota.

En un abrir y cerrar de ojos, Yoko se convirtió en madre a los cuarenta y dos años. El padre, a sus treinta y cuatro, no cabía en sí de alegría. Dado su historial de abortos y su avanzada edad —hoy en día es muy normal, pero entonces resultaba arriesgado—, Yoko se vio obligada a guardar reposo y dejar que su marido se ocupara de todo. John lo hizo con un despliegue de ternura, paciencia y amor tales que habrían hecho palidecer de envidia a Cynthia y a Julian. Aquel embarazo significaba mucho más, no solo representaba a los hijos que Yoko había perdido, sino a los que ya no tendrían. Para John, la reconciliación con Yoko también supuso el distanciamiento definitivo de Julian. A partir de entonces, solo habría un par de visitas más. La última vez que Julian se encontró con su padre fue en Florida, cuando cumplió los dieciséis. De Kyoko, seguía sin haber ni rastro.

*

Dejemos que fluya la música, porque eso fue lo que ocurrió antes de que John se encerrara en la cocina y en el dormitorio, y dieran comienzo sus famosos años de encierro doméstico. Por fin apareció el problemático álbum titulado *Rock'n'Roll*, lo mismo que «Fame», el sencillo de Bowie en el que John había colaborado. «Fame» fue un accidente afortunado, una irrupción en el estudio que se convirtió en una sesión improvisada; el resultado de un «¿y por qué no?» que acabó cristalizando en un canción, del mismo modo que «Under Pressure» surgiría del aire puro de las montañas suizas para David y Queen, años más tarde. «Fame» nació mientras David grababa una versión de «Across the Universe», de los Beatles, para su álbum *Young Americans*, donde intervenían Carlos Alomar y un joven guitarrista llamado Earl Slick.

Que Bowie idolatraba a Lennon no era ningún secreto, porque lo había comentado muchas veces. El exBeatle había tocado su fibra hedonista. Me comentó que se habían conocido en Los Ángeles, durante el famoso «fin de semana perdido» de John. Mientras estuve trabajando en Nueva York como periodista musical, tuve ocasión de almorzar algunas veces con David, antes de que se casara con Iman. Incluso me prestó su casa de Moustique para que escribiera el borrador de mi primera biografía de Freddie Mercury. Según David, la pareja de locos que formaban él y John se encontró, y tocaron juntos

aprovechando una de las ausencias de May y de Yoko, que estaba lejos. Se dedicaron a disfrazarse de mujeres y John dio rienda suelta al maricón que llevaba dentro. Menudos pájaros. Más tarde llamaron a alguien más.

«Había una puta por ahí en medio, pero no éramos ninguno de los dos —bromeaba David—. En un momento dado, se fue. Creo que era una chica, pero no es que nos importara mucho.» Cuando regresaron a Nueva York, los dos se habían hecho amigos para siempre.

Eran los años setenta. *Rock'n roll* y todo eso. Bowie había cazado a Jagger, ¿recordáis? Nada nuevo. Pero «Fame» lo era. El sencillo supuso para Bowie su primer número 1 en las listas de Estados Unidos. A decir verdad, le molestó no haberlo conseguido por sus propios méritos y que Lennon hubiera colaborado a auparlo al primer puesto.

En ese octubre, John ganó por fin su pleito contra el INS. Sus cuatro años de lucha por permanecer en el país habían acabado. No más solicitudes interminables de renovación, no más evitar vuelos de avión que se alejaran del espacio aéreo de Estados Unidos y pusieran en peligro su regreso. Sin embargo, cuando llegó el día de la victoria, no hubo tiempo para celebrarlo. John pasó el día de su trigésimo quinto aniversario en el hospital para ver nacer a su hijo. Tuvo que esperar el resultado de una cesárea larga y complicada, pero ahí estaba: Sean Taro Lennon. Sean, porque era el nombre de John en gaélico; Taro, porque en japonés significa «primogénito». Me pregunto si se les pasó por la cabeza lo que eso podía significar para Julian. El simple hecho de que le pusieran ese nombre a su hermanastro, le dijo claramente al primogénito de John cuál era su lugar.

*

Se ha hablado mucho de que el contrato que John tenía con EMI y Capitol expirara por fin en febrero de 1976 y de que el hecho de quedarse sin casa discográfica fuera la verdadera razón de que se retirara del mundo de la música para consagrarse a las tareas del hogar. Sin embargo, lo cierto es que esa decisión la tomó catorce meses antes, tras el concierto con Elton, en noviembre de 1974. En esos momentos, con un hijo recién nacido en sus brazos, el mundo exterior había dejado de interesarle y había decido colgar la guitarra.

Su interés por el mundo de la música había pasado a un segundo plano, y no deseaba escuchar otra cosa que no fueran los llantos y balbuceos de su hijo. Incluso las llantinas de madrugada de Sean eran como música para sus oídos. John se entregó en cuerpo y alma a la paternidad, y se convirtió en el padre que debería haber sido, pero nunca fue, para Julian. No había estado preparado para asumir ese papel a los veinte, pero sí diez años más tarde. A través de todo lo que hizo con y por Sean, John encontró una manera de completarse. Al cantar a su hijo, fue como si le cantaran a él; al leer para Sean, como si le leyeran a él; al bañarlo, fue como si se limpiara él; al entregarse, como si recibiera un regalo; al cuidarlo, como si se sintiera cuidado. Al amar sin condiciones, John halló por fin el sentido del amor. Se desprendió de la pesada mochila de la infancia y fue como si renaciera. A pesar de que es cierto que horneaba pan y disfrutaba preparando platos para que los demás los disfrutaran, tampoco se convirtió en cocinero a tiempo completo. En cuanto a la leyenda de que se apartó completamente de la música, pues eso, es una leyenda. John nunca dejó de componer, porque la composición era para él su manera natural de expresarse. Recogió todos esos trabajos junto con algunos monólogos y experimentos vocales de todo tipo en casetes que iba guardando con la intención de acabar montando su propio estudio para grabar todo aquel material del modo apropiado. Le habría bastado con organizarse. Le habría bastado con tener ganas.

«No me creo esa idea de que lo dejó todo para convertirse en padre y dedicarse a las tareas del hogar», comenta Michael Watts, que conoció de cerca a los Lennon durante los años setenta en Nueva York.

Seguro que hizo algo de todo eso, me refiero a lo del pan y a cambiar pañales, pero creo que la verdad es que había perdido un poco de empuje. No sé, quizá estuviera contento así. Quizá necesitaba estar tranquilo sin que lo molestaran para poder crear. Es algo que les pasa a muchos artistas. Lo que está claro es que no tenía la misma energía que en el pasado, y creo que en el fondo lo lamentaba. Ahí estaba McCartney, haciendo esas giras mundiales, convertido en una gran estrella, encarnando el recuerdo de los Beatles sin que John pudiera intervenir. Estoy segura de que eso era algo que lo cabreaba, por decirlo suavemente. La gran rivalidad que no se apagaba.

Si miramos hacia 1980, en la entrevista que concedió a *Playboy*, John seguía sacando el tema de sus años de retiro doméstico. «Me

dediqué a preparar pan y cuidar de mi hijo», repetía. Sin embargo, el entrevistador no se dejaba convencer y sugería una y otra vez que John seguramente había pasado todo ese tiempo trabajando en secreto en los sótanos del Dakota.

> ¿Bromeas? —replicó John—. Cambiar pañales y hornear pan es un trabajo que no deja tiempo para más. Eso lo saben todas las amas de casa del mundo. Con cada hogaza que hacía tenía la sensación de haber conquistado algo, pero luego, cuando veía cómo los demás se las comían, pensaba: «¿Cómo es que no me dan un disco de oro por esto, o me nombran caballero?».
>
> ¿Por qué tomé esa decisión? Fue por muchas razones —explicó John—. Desde los veintidós hasta bien entrados los treinta he estado sometido a un contrato. No he conocido otra cosa y no he sido libre. Me he sentido encerrado. Mi contrato era la encarnación de mi cárcel. Para mí, era más importante enfrentarme a mí mismo y a esa realidad que seguir con mi vida de roquero y tener que soportar los caprichos del público o de mis propias actuaciones. El rock ya no era divertido, de modo que decidí no hacer lo que habrían hecho otros como yo, como marchame a Las Vegas para dedicarme a cantar mis viejos éxitos, o irme al infierno, que es adonde se fue Elvis.

John fomentó la impresión de aislamiento porque le gustaba la idea. Leyó sobre Howard Hughes, el excéntrico magnate afectado por el síndrome del trastorno obsesivo compulsivo. Se dejó fascinar por la leyenda de Greta Garbo, y exigió estar solo. Amaba el misterio, los enigmas. Llevaba diarios. Se mantenía en contacto regular con su tía Mimi, a través de llamadas, largas cartas y postales frecuentes. Incluso consiguió que le enviara su uniforme escolar, sus libros, sus objetos de porcelana, cualquier cosa que le recordara a su hogar y a su infancia. Seguía diciendo que, tarde o temprano, volvería a Inglaterra, su Inglaterra. Nunca lo hizo. ¿O sí? Su tía siguió insistiendo hasta el día de su muerte en que John emprendió el viaje desde Nueva York por mar y que disfrutaron de un último momento de intimidad en Sandbanks, juntos, solo ellos dos. Nadie más supo nunca que estuvo allí.

¿Engaño? ¿Ilusión? David Stark, el editor de *Songlink* decidió averiguarlo y fue a Sandbanks para hablar con Mimi tiempo después de la muerte de John. La acompañó de compras, ella le preparó huevos con patatas y pasaron toda una tarde y una noche revisando los cuadernos de dibujo de John, su *Daily Howl*, y hurgando en sus pertenencias. Qué habrían dado los fans de Lennon por una ocasión como esa.

> Era una abuelita encantadora —dijo David—. En absoluto una vieja bruja,

como a menudo la han pintado. No creo que John se hubiera esforzado tanto en mantener el contacto si lo hubiera sido, se la habría quitado de encima y la habría olvidado. Me contó que John había ido a visitarla desde Estados Unidos, de incógnito. Estaba tan convencida de que lo había hecho que no dejaba de insistir en que no se equivocaba. No me pareció que estuviera senil en absoluto, de modo que no tengo motivo para dudar de su palabra. En los últimos años de su vida, John viajó mucho. Sabemos que estuvo en Japón varias veces, en Hong Kong, en las islas Caimán, en Egipto y en Sudáfrica. ¿Por qué no en Inglaterra? Podría haber llegado en barco y desembarcado en Southampton, que está cerca de la casa de Mimi. Ya sé que está el tema del pasaporte y los papeles, pero supongamos que alguien estuviera sobre aviso y le ayudara a entrar haciendo la vista gorda. Todo es posible, sobre todo cuando tienes tanto dinero. Me gusta creer que lo que dice Mimi es verdad y que John fue a visitarla una última vez, tras varios años de separación. Si lo hizo, para Mimi, sin duda, fue un momento inolvidable. ¿Quién sabe?

*

Un recién nacido y una tarjeta verde cambiaron la vida de John. Tan pronto como fue libre para entrar y salir de Estados Unidos, el primer viaje que hizo fue al país de origen de Yoko. Incluso decidió aprender japonés antes de partir hacia Tokyo con su mujer y su hijo. Los tres permanecieron en Japón durante la mayor parte del verano de 1977. Durante esa primera visita, recibieron a la numerosa familia Ono y celebraron una fiesta en su honor en Karuizawa, un *resort* situado en la falda del volcán del monte Asama, en la prefectura de Nagano, donde los padres de Yoko la habían llevado de vacaciones cuando era niña. Luego, se alojaron en el tradicional hotel Mampei, un destino importante en la historia de Lennon. Tanto la ciudad como el hotel tienen una gran conexión con John y Yoko. John disfrutó del anonimato allí y se entregó con Yoko a un programa de alimentación sana y ejercicio del que salieron rejuvenecidos. En septiembre, se dedicaron a hacer turismo a fondo por Kyoto, la antigua ciudad imperial que se había convertido en sede cultural. Desde allí regresaron a Tokyo y después a Nueva York. Volvieron dos veces más de vacaciones a Japón para profundizar en el amor que John sentía hacia el país y en el aprecio por su cultura.

Fue durante esa época, mientras John y la niñera se ocupaban de Sean, cuando Yoko decidió empuñar las riendas del negocio —cosa que incluía poner orden en el caótico entramado de empresas de los Beatles—. La astuta mujer se dedicó a aumentar su fortuna adquiriendo obras de arte, propiedades inmobiliarias, explotaciones

agrícolas, ganado, una manada de toros e incluso una colección de tesoros del antiguo Egipto (seguramente fruto de algún saqueo). Y para darle cabida, y que la momia y su sarcófago se encontraran a sus anchas, crearon un salón egipcio en una de las habitaciones del Dakota. También compró una mansión junto a la playa en Palm Beach, Florida, donde a John le gustaba sentarse para pasar las horas contemplando el mar. El océano lo fascinaba. Es posible que le hiciera recordar el lejano momento en Rishikesh, cuando le había consultado a Donovan acerca de una canción sobre su madre y la infancia que nunca había tenido.

> Me pidió que lo ayudara con imágenes que pudiera utilizar para la letra de una canción sobre ese tema —recuerda Donovan—, así que le pregunté: «Cuando piensas en la canción, ¿dónde te imaginas?». Y John me contestó: «Estoy en la playa y mi madre me coge de la mano mientras caminamos». Al final le ayudé con unas estrofas que decían *«seashell eyes / windy smile»* («ojos como conchas / sonrisa al viento»), para que la canción tuviera ese aire a *Alicia en el país de las maravillas* que tanto le gustaba a Lennon.

La canción se llamó «Julia».

Los Lennon no tardaron en añadir a su formidable inventario una casa de vacaciones en Cold Spring Harbor, en Long Island. Imagina no tener propiedades... Fue durante estas escapadas por la lujosa costa norte de la isla cuando John redescubrió la navegación y se vio a sí mismo remando en una barca por el río, como había hecho en Sandbanks para olvidarse de sus preocupaciones. De paso, también enseñó a nadar a su hijo. Sean y él no tardarían en iniciarse en el arte de la vela.

Entretanto, para Yoko todo iba de auras, ángeles y guías espirituales. Parecía obsesionada con la numerología, la astrología, el tarot, la clarividencia y los médiums. El esoterismo era ley hasta el punto de que la familia no se movía sin contar antes con una predicción escrita por una vidente en las cartas, las estrellas o los números. Tan hábil para los negocios y tan dependiente de los adivinos. No nos corresponde juzgar, pero, por favor, cuánta inseguridad... A los cuarenta y siete, cuando Sean solo tenía cinco años, su madre volvió a consumir heroína. Esta vez a espaldas de John. ¡Que le den a eso de hacerlo todo juntos!

*

Cuarenta son cuarenta. Algunos lo aceptan y siguen adelante. Otros caen en la negación y siguen bromeando. Algunos se rebelan y les da por el sexo, o hacen idioteces de distintas maneras. Otros incluso, aquellos con medios para hacerlo, se comprometen en grandes causas o en viajes que los cambiarán para siempre. Este era John en el umbral de lo que se convirtió en una odisea potencialmente mortal. Tan profunda fue la experiencia que le dejó huella. Había que matar a «la falsa ama de casa» que era John para resucitar a la mejor estrella de rock por última vez.

CAPÍTULO 20

Replay

En la primavera de 1980, John estaba deseoso de aventuras. Mientras su esposa estaba ocupada desenganchándose de la heroína, él planeaba una pequeña excursión. Aunque de niño había fantaseado con escapar al mar y había tratado de imaginar qué clase de vida habían llevado su abuelo y su padre entre las olas de los océanos, nunca se había aventurado más allá del canal de Long Island. Ya era hora.

Una vez que el numerólogo de confianza de Yoko hubo avisado de los posibles escollos e indicado el rumbo más propicio, John se lanzó a una singladura de más de setecientas millas por el Atlántico Norte, desde Newport, en Rhode Island, hasta Hamilton, en las Bermudas. Su profesor de Náutica, Tyler Coneys, se encargó de reunir una tripulación y de encontrar el velero adecuado, en este caso un balandro Hinckley de trece metros llamado Megan Jaye. El grupo largó amarras la mañana del jueves 5 de junio, justo al comienzo de la temporada de huracanes. Las condiciones parecían favorables, pero se toparon con una tormenta en la zona del Triángulo de las Bermudas.[1]En una zona donde los ciclones tropicales son frecuentes, aquel parecía una cuestión de rutina, pero no tardó en convertirse en una tempestad. Todos estaban aterrados y, uno a uno, los miembros de la tripulación fueron cayendo víctimas del mareo. Solo el capitán aguantó, pero al cabo de dos días estaba a punto de desfallecer. A pesar de que estaba aterrado ante aquellas olas altas como edificios y la posibilidad de que el Megan Jaye se hundiera, John mandó al capitán a descansar y se hizo cargo del timón. Fue un milagro que no perdiera las gafas mientras las rompientes se abatían sobre él, tembloroso y atado al timón. Los ojos le escocían tanto que apenas podía ver. Solo le quedaban dos opciones: podía rendirse, y se

hundirían; o podía hacer frente a los elementos e intentar salvar a todos. Cuando llevaba veinte minutos al timón y mientras las olas seguían llegando, encontró por fin su coraje. Sin saber de dónde provenía, berreó y gritó como un poseso, cantó y maldijo a pleno pulmón ante una muerte que se le antojaba inminente hasta que por fin lo comprendió. La vida era eso. Posteriormente, describiría esa experiencia como la más fantástica que había conocido. Gracias a ella había exorcizado sus demonios y se sentía empoderado, invencible.

«En cuanto acepté la realidad de la situación, algo mucho más poderoso que yo me invadió y perdí el miedo —explicó en su entrevista para *Playboy*—. Al final llegué a disfrutar de la experiencia y me puse a cantar antiguas canciones marineras a la cara de la tormenta y a gritar a los truenos.»

Tras la tormenta, la calma. Al cabo de seis días llegaron a las Bermudas. El 11 de junio, John anotó en el libro de bitácora: «Querido Megan, no hay mejor sitio que ningún sitio». Escribió una nota para el capitán, añadió un autorretrato y un dibujo del barco navegando hacia la puesta de sol.

John, que llevaba casi una década lejos de Inglaterra, en aquel territorio británico de ultramar tuvo la sensación de hallarse como en casa. A pesar del entorno tropical, la cultura colonial de las islas le resultó deliciosamente familiar y decidió alquilar una casa llamada Undercliff, en las afueras de la capital, en un barrio conocido como Fairylands. Estaba encantado de encontrar las clásicas cabinas de teléfono rojas y los coches con el volante a la derecha, tanto que mandó que le enviaran al pequeño Sean con su niñera y uno de sus ayudantes. Yoko llegó más tarde, y su visita fue de lo más breve. El plan de John era quedarse un par de meses. Padre e hijo organizaron su rutina alrededor de la playa. Se bañaron en el mar, construyeron castillos de arena, y navegaron en una canoa prestada. Qué, Julian, ¿te acuerdas de cuando hicimos lo mismo? Naturalmente que no. Durante sus paseos por Hamilton recorrieron sus mercados y la pintoresca Front Street, bajo cuyos porches de color pastel solían menudear los músicos de la isla. John se sumergió en aquellos sonidos mientras los isleños, acostumbrados como estaban a ver rondando por allí a los famosos, le dejaban hacer. También se dejó arrebatar una y otra vez por la extraordinaria belleza del Jardín Botánico, con sus palmeras oscilantes y sus higueras gigantes. Fue en una de sus visitas

cuando descubrió las espectaculares fresias amarillas llamadas *double fantasy*, cuyo nombre le dio una idea para un nuevo álbum. Fue allí, en las Bermudas, cuando por primera vez en cinco largos años se dio cuenta de que le volvía a apetecer grabar nuevamente.

Las islas fueron como una especie de regreso al hogar. Es probable que John cayera en la cuenta cuando él y Sean fueron a husmear por St. George's, la ciudad inglesa más antigua del Nuevo Mundo, donde no pudieron evitar pasar por la iglesia de St. Peter.

El simple edificio de piedra caliza, de cuatrocientos años de antigüedad, se alza al final de una escalinata de una veintena de peldaños, donde se recorta con su deslumbrante blancura contra el azul ininterrumpido del cielo. «Twenty Flight Rock»... El rock de los veinte escalones... ¿Se detuvo John a rendir homenaje a su viejo ídolo Eddie Cochran o subió directamente, asombrado, para echar un vistazo al interior? La coincidencia es extraña. No es que aquella iglesia, el templo anglicano más antiguo que sigue oficiando fuera de las islas británicas, tenga mucho en común con la de St. Peter de Woolton. En realidad, casi nada, aparte del nombre. Sin embargo, imaginemos el rostro de John en el momento en que la descubre. De repente, vuelve a estar frente a la imponente iglesia de arenisca roja de su infancia, con sus contrafuertes, parapetos y gárgolas. Se ve a sí mismo como el niño travieso que era en la escuela dominical, cantando desganadamente en el coro; contempla al adolescente que fue, tocando la guitarra en la parte trasera de un camión en una fiesta campestre, en julio de 1957, casi veintitrés años antes; luego, deambula por el cementerio, más allá de la lápida de Eleanor Rigby, sin darse cuenta de que su amado tío George no tardará en descansar también allí. A continuación, cruza la gran puerta de madera, baja la cuesta y cruza la carretera, y entra en la iglesia para un ensayo de The Quarry Men antes de su gran espectáculo de esa noche. Y es entonces cuando entra Ivan Vaughan, acompañado por otro chaval con cara de niño. Es Paul, un chico de quince años, que sabe afinar una guitarra y que toca para él «Twenty Flight Rock»...

A finales de julio, John volvió a casa totalmente renovado y listo para lo que fuera. ¿Qué cosas habría cambiado o hecho de otra manera de haber sabido que solo le quedaban cinco meses de vida?

*

«John siempre fue mi Beatle favorito porque tenía un lado oscuro e iba con la verdad por delante. Hablaba sin tapujos y también se hacía ver fuera del mundo de la música. Eso me gustaba, aun así, no tenía ninguna idea preconcebida de cómo iba a ser. No suelo hacer eso.»

Earl Slick, un guitarrista precoz nacido en Brooklyn cuyo nombre real era Frank Madeloni, se había dado a conocer en 1974, cuando sustituyó a Mick Ronson durante la gira de Bowie por Estados Unidos titulada *Diamond Dogs*. También fue la guitarra solista en los álbumes de Bowie *Young Americans* y *Station to Station*. Trabajó con Ian Hunter, de Mott the Hoople, y después formó su propia banda solista y el dúo Slick Diamond, con mi querido y ya difunto amigo Jim. John lo contrató para que aportara su talento a lo que iba a ser su regreso con Yoko al mundo de la música: *Double Fantasy*.

Yo era el único tío en el estudio que no sabía solfeo, el único que no era un músico de estudio de verdad, pero John había dicho que quería a alguien de la calle. Según decía Jack Douglas, el productor, yo era su apuesta por libre.

¿Recordaba su primer encuentro con John en el estudio?

Lo recuerdo claramente. Llegué pronto. Yo no soy de los que suelen ponerse nerviosos, pero bueno, si te llaman así, de improviso, para que toques en un disco de un exBeatle, sí, te pones nervioso. Así que llegué temprano a la Hit Factory. Conocía el sitio porque ya había grabado allí antes, así que fui uno de los primeros.

Pero cuando llegué, maldita sea, John ya estaba. Lo encontré sentado en medio de la sala y me dijo: «Eh, me alegro de volver a verte». «¿Perdona...?», le contesté. «¿Nos habíamos visto antes?» Como si yo pudiera olvidar algo así. Pero el caso es que tenía razón. Nos habíamos conocido en los estudios Electric Lady, del Village, el día en que grabamos «Fame» con David Bowie. Imagina, John Lennon se acordaba de mí, ¡pero yo no de él!

Slick estaba nervioso, pero no intimidado.

Solo éramos dos músicos que íbamos a tocar juntos. Nos llevábamos doce años de diferencia, pero no significaban gran cosa. En el mundo de la música no existen las diferencias de edad. Pero que fuera un exBeatle, eso sí era importante. De niño, yo había sido fan del grupo más importante del mundo. John tenía razón, eran más importantes que Jesucristo, pero seamos sinceros, en aquella época no podías decir algo así, y a John se le echaron encima por ello. Luego se disculpó, pero no fue una disculpa plenamente sincera, y eso me encantó. John era plenamente consciente de lo que había hecho y también mucho más inteligente que los demás. La clave estaba en que tenía razón, pero no todavía. Su manera de pensar se adelantaba a su tiempo. Y sí, yo era fan declarado de los Beatles. Su actitud era tan irreverente. Si lo cogieras tal como

eran entonces y los pusieras en nuestra época, parecerían incluso modositos, ¿verdad? Pero entonces no lo eran, no lo eran en absoluto. Por su apariencia y por su forma de tocar, eran graciosos. Además eran buenos músicos que se lo habían currado tocando en todos los clubes de Hamburgo y se habían consolidado como grupo. No había nadie mejor.

Allí estaba John, el bocazas, el liante, el que no tenía miedo de decir lo que pensaba, sentado tranquilamente en mitad del estudio, contemplando a aquel verso libre de veintiocho años con el que iba a trabajar.

Él estuvo a la altura en todo —dice Slick—. Todo lo que vi fue tal cual era. Cuando lo conocí no se había convertido en un gilipollas, como hacen muchos, de modo que te quedas pensando: «Vaya por Dios: ahí se va otro mito por el desagüe». Me identifiqué con él desde el principio. A pesar de los éxitos que había tenido, no se había convertido en un pseudointelectual o una pseudocelebridad. Había mantenido intacta su integridad. No estaba haciendo el papel de héroe de la clase trabajadora que se junta con príncipes, reinas, políticos y toda esa mierda. No se ponía esmoquin y maquillaje cada vez que salía a cenar o a tomar un café. Por favor. Ese no era John, en absoluto. Era un tío de verdad que hacía las cosas a su manera y se quitaba importancia. Seguía siendo el John Lennon que era antes de los Beatles. No era más que un humilde trabajador.

Me acuerdo de una de las últimas conversaciones que tuve con él, la última, de hecho. John estaba en Nueva York; y yo, en Los Ángeles. Yo llamé al estudio para no recuerdo qué y resultó que se puso y estuvimos charlando, entre otras cosas de la gira que había planeado para 1981. «¿Cómo está yendo el disco en la Costa Oeste? Es otro planeta, ¿no?», me preguntó. «Sí, ¿sabes que está en las listas?», le dije. Y me contestó algo así como «sí, pero ¿de verdad les está gustando? Me refiero al disco. De verdad espero que les guste el disco».

Entonces, la que habló era su inseguridad. El niño que había sido seguía asomando la cabeza, lo cual es estupendo porque significa que su mente estaba dispuesta a crecer todavía. Ya sabes, cuando crees que todo lo que haces es perfecto ya no creces más. Y es necesario seguir creciendo siempre. Creo que John fue inseguro hasta el final.

Slick y yo seguimos hablando antes de su gira de espectáculos como personaje invitado por todo el Reino Unido, durante la cual lo entrevisté en el escenario un par de veces. La conversación se centró en cómo era John en el estudio. ¿Era uno más de la banda o era el jefe, el líder? ¿Él solo tomó las decisiones, o era el que dirigía y al mismo tiempo aceptaba las sugerencias?

Lo hacía a la perfección, y te diré por qué. Era el jefe. Era su carrera y era su disco. Contrató a tipos que le gustaban para que tocaran con él, pero nunca impuso nada a nadie a la fuerza. Nos dejaron que fuéramos a nuestro aire y nos trataron con respeto. Sabíamos lo que John quería y eso fue lo que hicimos. Disfrutamos muchísimo, porque nadie nos presionaba. No había

imposiciones ni jerarquías en el estudio con John. Se notaba que solo quería ser el cantante de la banda. Sabes, él escribió estas canciones, sabía que había elegido a los tipos adecuados para trabajar en ellas con él, por lo que no tenía que estar encima de todos y dar órdenes constantemente. Trataba a las personas como quería que lo trataran a él, pero, al mismo tiempo, nadie le decía a John Lennon lo que debía hacer.

¿Tuvisteis ocasión alguna vez de sentaros tranquilamente y contaros vuestras vidas?

No tuvimos que hacerlo. Éramos de orígenes similares. Era algo que saltaba a la vista y lo sabíamos. Creo que esa fue una de las razones por las que nos entendimos y nos llevamos tan bien. Nos caímos en gracia mutuamente. Lo importante siempre es lo que no se dice. Y tampoco hay mucho que decir. No tanto como la gente cree. Es la diferencia entre una canción y un libro. La canción lo dice sucintamente, en pocas palabras. El libro sigue y sigue sin parar.

Está claro que, con o sin los Beatles, es uno de los mejores compositores de todos los tiempos. Sabía cómo decirlo, fuera lo que fuese. Sabía cómo expresar las cosas. La forma en que podía resumir algo importante en tan pocas palabras capaces de despertar tanta emoción era impresionante. Esa capacidad proviene de la disfunción, del dolor, de las dificultades en la infancia. En realidad, se trata de encontrar una manera de resolver los problemas. De hacer las cosas estables. Si consiguió todo eso al final, no lo sé. Pero me da la impresión de que sí.

Cuando el grupo acabó de grabar *Double Fantasy*, Slick estaba a punto de coger un avión con destino a Los Ángeles, pero entonces recibió una llamada de última hora diciéndole que le habían cambiado el programa.

«¿Cómo que me habéis cambiado el vuelo? —pregunté—. Ah, ¿que John quiere que vuelva al estudio porque tengo que hacer otro solo? Vale, estupendo.» Así que me fui para allá, acabamos haciendo el solo juntos y luego tuvimos una conversación. No me había llamado únicamente para que tocara, sino para algo más. Es algo que deduje con el paso del tiempo. Me dijo: «¿Te acuerdas de que hablamos de cuando diera conciertos y esas cosas?». «Sí», le respondí. «Te gustaría venir, ¿verdad?». «Sí, claro —le contesté—, pero acabo de firmar con Columbia Records y tengo que sacar un álbum y después quieren que salga de gira.» Él insistió: «Pero querrías venir, ¿no?». «Pues claro», contesté. «Muy bien», dijo. «Lo que haremos será que yo los llamaré personalmente en tu lugar y haré que te aplacen la gira. De ese modo podrás venir conmigo.» Y lo hizo. Claro, al final no salió de gira, pero qué más da. Hizo la llamada personalmente. Era un tío de palabra y estaba empeñado en salir de gira con los músicos que le gustaban porque sabía que harían bien su trabajo, porque había grabado el disco con ellos. ¿Quiénes podían hacerlo mejor? Ese era John, diciendo aquí está mi grupo. Fue algo guay y así quiero recordarlo.

Había pasado mucho tiempo desde que John había salido de gira

por última vez. Había dado algún que otro concierto aquí y allá, pero eso era todo. ¿Tenía todavía la marcha necesaria?

> Estaba muy entusiasmado, eso lo sé —continúa Slick—. Eso era lo que le gustaba, estar en una banda de rock, pero había tenido que ocultar esa faceta para ser un Beatle. Volver a ser él mismo y no tener que dar una imagen falsa de sí, eso era lo que lo motivaba. Había vuelto a ser él mismo y nos lo mostró. Fue una tragedia que no consiguiera mostrárselo al mundo.

CAPÍTULO 21

Final

«Cuando fuimos al Dakota, vi a un tipo de unos veintitantos años, de cara mofletuda, que deambulaba frente a la entrada. Me fijé en él porque tenía una pinta rara. Luego supe que su presencia allí era algo habitual y que solía pedirle a John que le autografiara ejemplares de *Double Fantasy* que, imagino, después revendería por ahí. John era demasiado educado para decirle que no. Se mostraba tolerante y amable con los fans que se le acercaban. En cuanto a Yoko, era consciente de la presencia de aquel individuo. No sabía cómo se llamaba, pero lo conocía de vista, como una de las caras habituales que rondaban frente al Dakota, esperando acercarse y poder hablar con John.»

Andy Peebles se retuerce los pulgares y toma un trago de su Coca-Cola mientras recuerda, cuarenta años después, el momento culminante de su larga y distinguida carrera. Había logrado cerrar la entrevista que ambicionaban todos los periodistas. Para el entonces presentador de Radio 1 de la BBC, el primer encuentro en exclusiva con John en diez años suponía apuntarse un gran tanto. En aquella época, Andy era un personaje importante en el mundo de la comunicación. En su condición de DJ famoso y autoridad musical respetada, durante sus trece años al frente de Radio 1 había creado programas como *My Top Ten*, en los que entrevistaba a músicos de los primeros lugares de las listas acerca de sus discos favoritos. Millones de oyentes escucharon su extraordinaria conversación con Lennon en 1981, tanto más conmovedora si cabe a causa del trágico asesinato del músico, ocurrido dos días después de la entrevista y antes de que los productores hubieran tenido tiempo de emitirla. El encuentro acabó convirtiéndose en un hito, no solo en la historia de la música popular, sino también para la vida personal del propio Andy, que durante

décadas se sintió perseguido por su recuerdo.

Atado por sus compromisos profesionales con la BBC así como por su sentido innato de la discreción y de lo correcto, Peebles siempre se ha mostrado reacio a revelar detalles de la inesperada amistad que estableció con Yoko tras la desaparición de John. Cuando aceptó hablar conmigo de todo ello, no pudo evitar plantear algunas preguntas inquietantes.

> ¿Por qué Yoko parecía tan feliz poco después de la muerte de John? —se preguntaba—. ¿Por qué tardó tan poco en pasearse por Nueva York de la mano de su nuevo amante, Sam Havadtoy, y por qué, al menos en mi opinión, se afanó tanto en explotar el recuerdo y el legado de John para impulsar su carrera artística y lucrarse aún más? Tengo la desagradable sensación de que fui manipulado por un simple beneficio comercial. Sé que no es la primera vez que ocurre algo así y que forma parte del juego. Grabas un álbum, la discográfica lo lanza —en este caso, el sello de David Geffen— y su deber es promocionarlo y venderlo por todos los medios posibles. Todo el mundo sabe cómo funciona el negocio. No obstante, existen límites de decencia y honradez que no se pueden traspasar, seas quien seas. Cuando pienso en todo lo que ocurrió hace cuarenta años, me sigue afectando y disgustando; sobre todo, porque tengo la impresión de que ese periodo entre John y Yoko, en diciembre de 1980, eso que llamaron «volver a empezar», no fue más que un montaje profesional para volver a introducir a John en el mercado del Reino Unido, un mercado del que llevaba cinco años ausente. También me entristece y me cabrea mucho que la BBC enlatara mi entrevista más famosa y no la hiciera accesible al público, en lugar de tratarla como el documento público que era.

Andy no conocía ni a John ni a Yoko antes de volar a Nueva York con su equipo, la productora ejecutiva Doreen Davies, su productor Paul Williams y Bill Fowler, jefe de promociones en Warner Bros. Los Lennon eran conscientes de que, si querían asegurarse el éxito de *Double Fantasy*, debían contar con el mercado británico y por esa razón decidieron conceder la entrevista en exclusiva al canal que siempre había sido el favorito de John. El álbum, que presentaba un número igual de canciones de John que de Yoko, era ciertamente controvertido, y ellos se arriesgaban a hacer el ridículo si se equivocaban con su elección. Tenía que ser la BBC que, además, tocaba la fibra sensible de John por su añoranza de Gran Bretaña.

Andy reconoce que estaba muy emocionado ante la posibilidad de conocer al que había sido su ídolo de juventud. Pero antes tenía que lograr el aprobado de Yoko.

> Habíamos acordado que nos veríamos con ella en el Dakota, a mediodía del viernes 5 de diciembre —recuerda—. A pesar de que estaba todo arreglado desde antes de que saliéramos de Inglaterra, no tuvimos más remedio que

dejar que nos entrevistara si queríamos que nos diera luz verde.

El piso era más que lujoso, palaciego. Nos pidieron que nos quitáramos los zapatos y después nos hicieron pasar al despacho de Yoko. Era enorme. Ella estaba sentada tras una gran mesa egipcia muy antigua. Yo me senté en el sofá con las piernas cruzadas y apenas pude decir una palabra de pasada. Yoko se mostró tajante y categórica. Nos dijo que tenía ofertas mejores que la nuestra, concretamente de Capital Radio y Radio Luxembourg. «Así pues, ¿por qué razón debería concederles la entrevista a ustedes?», nos preguntó, en plan deliberadamente provocativo. Doreen le contestó: «Debe comprender que, por muy buena que sea Capital Radio, solo emite en Londres. En cuanto a Radio Luxembourg, sin duda, es una gran emisora con una larga historia, pero ahora mismo está en declive. En cambio, Radio 1, de la BBC, ofrece cobertura nacional y es de fiar». Estaba claro que Yoko quería que le suplicáramos.

A Andy le sorprendió su aspecto físico. A sus cuarenta y siete años...

Yoko era pequeña y fibrosa, muy delgada y a la vez muy pechugona. Si me preguntas en qué pensaba mientras la tenía allí delante, te lo diré. Pensé: «Vaya, así que esta es la tía que se cargó a los Beatles».

Al final nos dijo: «Muy bien, si vamos a hacerla, quiero dejar bien clara una cosa: la entrevista tiene que ser el 50 por ciento para John y el otro 50 por ciento para mí». Al oírla me entraron ganas de decirle: «Pero ¿tú de qué vas? No eres más que la tía que ha hecho por el mundo del pop lo que Wayne Sleep[1] ha hecho por el mundo del rugby».

A pesar del mal comienzo, la entrevista se celebró al día siguiente, en la Hit Factory, el estudio mundialmente famoso donde había grabado gente como los Stones, Stevie Wonder, Paul Simon, Bruce Springsteen, y donde el propio Lennon acababa de grabar *Double Fantasy*. Y fue un éxito rotundo. Andy y el equipo de producción hacía rato que estaban allí cuando llegaron los Lennon, tarde, hacia las seis de la tarde. John los saludó a todos muy efusivamente y dijo: «Madre y yo hemos pasado toda la noche mezclando su nuevo sencillo, “Walking on Thin Ice”, ¡venid a escucharlo!».

Nada más verme, John me trató como si fuéramos amigos de toda la vida —recuerda Andy—. Estaba claro que añoraba un montón su país después de llevar casi diez años fuera. Empezamos a grabar y estuvimos hablando de todo y más, sin parar durante horas. No hubo temas tabú. Más tarde, Yoko comentó que estaba perpleja por todas las cosas que John había dicho, de lo mucho que se había enterado y que John no había mencionado hasta aquel momento. John reconoció abiertamente que todo el circo de los Beatles había acabado cabreándolo. El grupo había dejado de hacer giras porque no podía hacerse oír por encima del griterío. John decía que había llegado a cambiar las letras de las canciones mientras cantaba de lo mosqueado que estaba y que, a veces, en lugar de decir *twist and shout* («gira y grita»), decía *pissed with gout* («fastidiado

por la gota») y cosas por el estilo, porque de todos modos nadie podía oír lo que estaban cantando. Me contó que, en 1969, él, Paul, George y Ringo apenas se hablaban y revivió el momento de abril de 1970, cuando Paul anunció que lo dejaba y le arrebató el bombazo porque también él lo había decidido. En lo que se refería a John, los Beatles eran su grupo y solamente a él le correspondía el derecho de ponerle fin.

John y Yoko también hablaron con sinceridad sobre cómo se conocieron, sobre el efecto que ella había tenido en los Beatles, sobre el Servicio Mundial de la BBC, sobre la homosexualidad, el feminismo, el bolsismo[2] y las encamadas; acerca de Kyoko y los litigios sobre su custodia, sobre su boda y la redada por drogas; sobre su actitud durante el «fin de semana perdido» de John, sobre la actuación de John con Elton; acerca de su época retirado, dedicado a ejercer de padre y hornear pan; sobre la brillantez de Bowie en Broadway haciendo de Hombre Elefante; sobre las tendencias *new wave* y el *punk*, y también y aún más importante: acerca de que John se había atribuido el mérito de *Imagine* cuando, en realidad, la canción había sido inspiración de Yoko.[3]

«La verdad es que debería ser una canción acreditada como de Yoko y mía —le confesó John a Andy—. Muchas cosas, la letra y la idea, provenían de ella. Lo que pasa es que en esa época yo era un poco más egoísta y un poco más macho, y se me olvidó mencionar su contribución. La verdad es que estaba todo en su libro, *Grapefruit*. Allí hay un montón de "imagina esto" o "imagina lo otro". La verdad es que hace tiempo que debería haberlo reconocido. Si hubiera sido Bowie habría puesto: "Escrita por Lennon y Bowie", ya sabes, si hubiera sido un tío.» También mencionó que el trabajo que grabó con Nilsson apareció como de Lennon y Nilsson.

«Pero cuando lo hicimos Yoko y yo solo puse "Lennon", porque bueno... Es tu mujer, y no pones su nombre, ¿verdad?»

Andy recuerda: «Fue la entrevista más brutal y conmovedora que John había dado jamás a la prensa británica. Transcurrió tan bien que, nada más acabar, John pidió repetirla. Nos dijo que volvería a Inglaterra para Año Nuevo y me prometió que aparecería en directo en mi programa».

Aunque posteriormente la entrevista se convirtió para Andy tanto en una piedra de molino alrededor de su cuello como en uno de los momentos álgidos de su carrera, aún hoy sigue siendo la que más aprecia. Obviamente, John y Yoko también estaban contentos, porque

para concluirla decidieron invitarlo a una cena de celebración en uno de sus restaurantes favoritos de Nueva York, el Mr. Chow: un glamuroso y antiguo establecimiento del centro de la ciudad, con un comedor a nivel del suelo y espejos de pared a pared. Un lugar para presumir y ser visto.

Andy y su equipo pasaron el día siguiente comprando para la Navidad y embarcaron en su vuelo de regreso de Pan Am el 8 de diciembre por la noche. Por primera vez en su carrera, una carrera que le había brindado la oportunidad de viajar por todo el mundo, Andy experimentó un repentino miedo a volar. La sensación lo golpeó inesperadamente en pleno vuelo y le causó una fuerte angustia. No podía entender por qué se sentía tan inquieto.

«Entonces oí que una de las puertas de la zona media del avión no estaba sellada correctamente —recuerda—. Todo el mundo hablaba de ello y nadie hacía nada y acabé por ponerme nervioso. No estaba convencido de que estuviéramos a salvo. No soy en absoluto de los que se ponen histéricos. Había volado decenas de miles de millas sin tensiones ni molestias. Pero esta vez, una azafata tuvo que venir y tranquilizarme, de lo nervioso que estaba. Me sentía demasiado estresado para leer, escuchar música o ver una película, y mucho más para dormir.» A las tres horas y cuarenta y cinco minutos de vuelo, aproximadamente en mitad del Atlántico, Andy saltó de su asiento.

> Me fui a pasear por el pasillo y de repente oí que alguien me llamaba por mi nombre. Era Hugh McIlvanney, el famoso cronista deportivo de sesenta y tantos años que es el mejor amigo de tu padre —se refiere al padre de la autora—. Me preguntó si me encontraba bien (supongo que no debía tener buena cara), y me invitó a sentarme con él. Me preguntó qué había estado haciendo en Nueva York, de modo que le conté lo de John y todo lo que habíamos hecho juntos y se quedó pasmado. Más adelante, me enteré de que, cuando me levanté de mi asiento y recorrí el pasillo fue precisamente el mismo momento en que Chapman disparaba contra John. No quiero ni imaginar lo que habría sentido o cómo me habría comportado de haber sabido lo que estaba sucediendo en el Dakota en esos instantes.

Andy no supo de la muerte de John hasta que hubo aterrizado en Heathrow. Nada más bajar del avión, el personal de la BBC lo llevó al estudio que la compañía tenía en el aeropuerto. Allí, Andy tuvo que hablar en directo, en el programa de Radio 4 de la BBC *Today*, del asesinato sin haber tenido tiempo apenas de poner en orden sus ideas.

Uno de los aspectos del suceso que más lo intrigaron fue la

ausencia de los habituales guardaespaldas de John la noche en que fue tiroteado. A pesar de que John siempre había alabado Nueva York porque le permitía desplazarse por la ciudad libremente, ir al cine, visitar exposiciones y pasear por el parque sin verse perseguido constantemente por sus fans, lo cierto era que no salía sin su escolta.

> Los Lennon tenían sus propios guardias armados de seguridad que no los dejaban ni a sol ni a sombra —comenta—. Llevaban americana azul y pantalón gris, y eran grandes como armarios. No me dijeron sus nombres, pero pude ver que iban armados por el bulto de sus sobaqueras bajo la chaqueta. Siempre me he preguntado dónde se metieron esa noche, porque andaban cerca de John y Yoko las veinticuatro horas del día, pero no entonces. La verdad es que durante cuarenta años ha habido más preguntas que respuestas.

De regreso a Broadcasting House un par de horas después, tras haber dado su opinión en *Today*, Andy y su colega John Peele organizaron un programa homenaje en directo. Más tarde, Andy fue llevado a los estudios de televisión del oeste de Londres para aparecer en el programa *The Old Gray Whistle Test*, de BBC 2, con Anne Nightingale, Paul Gambaccini y Michael Watts de la revista *Melody Maker*. Cinco años antes, el expresentador del programa, Bob Harris, había volado a Nueva York para una simpática entrevista con John, destinada a promocionar su álbum *Rock'n'Roll*. Cuando estaban a punto de acabar, John se dirigió directamente a la cámara y aprovechó para enviar todo su amor a su hijo Julian, su tía Mimi y el resto del clan de vuelta a casa. «¡Hola, Inglaterra! —gritó como si fuera el presentador de un programa de variedades—. ¡Seguid enviando esos chocolates Olivers y mantened la cabeza en alto!», y acto seguido empezó a cantar una de esas canciones que levantan la moral: «Nos volveremos a ver, no sé dónde, no sé cuándo...», la famosa grabación de Vera Lynn durante la guerra. La tía Mimi lo habría aprobado.

Pero ese día no había la menor alegría en el estudio del programa *The Old Grey Whistle Test*.

> Eran todo caras largas y pocas palabras —recuerda Andy—. Me quedé sentado allí, en estado de *shock*. Todavía no me había hecho a la idea. La estrella de rock más grande que jamás haya vivido estaba muerta, y yo había sido una de las últimas personas de este mundo que había hablado con él. Annie puso el vídeo de «Imagine», ese en que John sale tocando un piano de color blanco. Al instante siguiente, la luz roja de la mesa comenzó a parpadear. Era una llamada entrante de Paul McCartney: «Linda y yo estamos viendo el programa —dijo—. Diles a todos que están haciendo un gran trabajo».

> Fue entonces, al escuchar al que había sido el amigo de la infancia de John, a su compañero en los Beatles, cuando por fin lo asimilé. Sin embargo, no lloré. Me lo guardé todo dentro cuando, en realidad, debería haberlo soltado. Ahora sé que esa experiencia me dañó profundamente durante años.

Unos días más tarde, estando en Radio 1, Andy recibió una llamada telefónica de George Martin, el productor de los Beatles, invitándolo a ir a los estudios AIR en Oxford Circus, a pocos pasos de distancia. Cuando llegó, encontró a Paul McCartney esperándolo.

> Ambos nos emocionamos mucho y tuvimos que consolarnos mutuamente. Me sentía fatal por molestarlo, pero él seguía diciendo: «No, de verdad, no te disculpes». Lo que Paul necesitaba desesperadamente era que yo le dijera que John todavía lo apreciaba. Le dije que estaba convencido de que realmente así era. «John habla de ti en la entrevista —le dije—. Se muestra sarcástico, divertido e irreverente, como solo él puede serlo. Pero no hay duda de su cariño por ti. Era como si no pudiera evitar desear que estuvieras allí, en la habitación, con nosotros.» Nunca he olvidado ese encuentro con Paul. Me llegó a lo más hondo. A partir de ese momento, Paul más que nadie, debía enfrentarse a una amarga realidad: que la mejor colaboración de dos compositores en la historia de la música pop había terminado para siempre.

*

Seguramente, lo último que Andy podía imaginar en esos momentos era que él y Yoko llegarían a ser amigos íntimos. El caso es que, poco después de que su entrevista histórica se transmitiera, finalmente, en enero de 1981, comenzó a recibir llamadas de Nueva York. Unidos al parecer por su amor hacia John, se volvieron íntimos. Cada vez que se acercaba el aniversario de Lennon, Yoko lo llamaba y le insistía en que solo quería dejarse entrevistar por él. A lo largo de los años y a través de varios continentes, Andy acabó pasando muchas horas con ella y llegó a tomar verdadero cariño a su hijo, Sean. Cada vez que Andy viajaba a Nueva York, ya fuera por placer o por negocios —como cuando Elton John lo llevó en Concorde para asistir a sus conciertos en el Madison Square Garden—, él y Yoko se reunían. Cada vez que ella iba a Londres, lo primero que hacía era ponerse en contacto con él. Entretanto, hablaban sin parar por teléfono, siempre por iniciativa de Yoko. Incluso sugirió que había una dimensión psíquica en su relación, haciendo comentarios del estilo de «sabías que iba a llamarte en ese momento exacto, ¿verdad? Sabías que era yo». Sin embargo, no pasó mucho tiempo más antes de que a Andy se le cayera la venda de los ojos. Al principio se sintió sorprendido y más tarde desconcertado

por cómo iban en aumento la energía y el entusiasmo de Yoko. La feliz viuda no tardó en empezar a montar exposiciones por todo el mundo y en expandir su propio perfil como músico. Se volvió más creativa que nunca.

> Vi claramente que estaba utilizando el asesinato de John en su propio beneficio —dice Andy—. Comencé a sentir vergüenza y apuro por algunas de las decisiones que estaba tomando. Utilizó la muerte de John para dar mayor difusión a su nuevo disco, por ejemplo, y, a modo de recuerdo, se apresuró a grabar una compilación sentimental de caras B y de fragmentos de John hablando. También estableció un abierto paralelismo entre el asesinato de su marido y el de John F. Kennedy, y se comparó con Jackie Onassis, declarando que la influencia que ellos habían tenido como matrimonio había sido mayor que la de los Kennedy. Como surgida de la nada, de repente tuvimos una marca llamada «John Lennon», una marca que me constaba que John habría detestado porque no se habría sentido cómodo con la comercialización masiva de su persona. No era algo propio de él. Sí, se habría reído, muy probablemente, pero se habría enfadado por dentro.

Un año después del asesinato de John, la BBC decidió organizar un homenaje. Se decidió que Martin Bell, el entonces corresponsal de la emisora en Washington, o la presentadora Sue Lawley, serían los encargados de entrevistar a Yoko, pero la señora Lennon se negó en redondo e insistió en hablar con Andy. Aunque este se sentía cada vez más incómodo con su comportamiento, aceptó el encargo con gusto y volvió a la Gran Manzana.

> Yoko utilizó su propio equipo de filmación, lo cual estuvo bien —dice Andy—. La senté en el piano blanco en la sala de estar del Dakota, y estuvo muy bien. Lloró, dijo cuánto echaba de menos a John y lo aturdida que estaba por lo que había sucedido. Todo iba perfectamente hasta que me referí a Mark Chapman. En ese momento se puso completamente histérica. Había prohibido tajantemente que alguien volviera a pronunciar ese nombre en su presencia.
>
> Sin embargo, me resultó difícil tomarme sus lágrimas en serio. Sabía que tenía una nueva relación con Sam Havadtoy, un exayudante de Lennon veinte años menor que ella. Era algo bastante escandaloso.

Se ha dicho que John estaba al corriente de que su esposa se sentía atraída por Havadtoy (el hijo de un relojero húngaro nacido en Londres, excamarero y mayordomo que se había abierto camino en el mundo del diseño de interiores en Nueva York, trabado amistad con Warhol, Baechler y otros artistas, y finalmente había acabado siendo el interiorista de uno de los apartamentos que los Lennon tenían en el Dakota y de un par de residencias suyas en Estados Unidos). De hecho, una de las canciones de *Double Fantasy* se titula «I'm Losing You».

John la compuso en un frenesí de dos horas, temeroso de que el hechizo con Yoko se hubiera roto y que Madre hubiera entregado su corazón a otro.

Se dice que la misma noche en que John murió, Sam se mudó al Dakota. Cierto o no, durante veinte años, apenas se apartó del lado de Yoko. Pronto adquirió una nueva imagen: la viuda vestía a su chico, Havadtoy, con lo que parecía la ropa de su difunto esposo, y llevaba el pelo largo, al estilo de John. La suplantación conmocionó y avergonzó a algunos de sus vecinos, incluida la estrella de ballet Rudolph Nureyev, quien llegó a comentarlo en público.

Yoko y Sam duraron juntos mucho más que Yoko y John. Se separaron en 2000. Tras inaugurar su propia galería de arte en Budapest en 1992, Havadtoy volvió a vivir allí permanentemente. «Nunca fui su esposo —ha declarado—. Nunca nos casamos.» También dijo que se habían prometido mutuamente no discutir nunca públicamente su asociación. Corren rumores de que ha cobrado una cantidad sustanciosa a cambio de su silencio.

Andy explica: «Empecé a preguntarme si Yoko y Sam no habrían estado liados desde mucho antes de la muerte de John. ¿Y si resultaba que Yoko había organizado la aventura de John y May Pang con el objetivo de explorar su atracción por Havadtoy? Se me heló la sangre. ¿Y si todo aquel numerito de "empezar de nuevo", que culminó en mi entrevista con John y Yoko, no había sido más que una farsa? ¿Y si resultaba que su historia de "pareja feliz de nuevo junta para que su matrimonio funcione" solo había sido la tapadera de una movida destinada a asegurar el éxito de un producto, el de su álbum, *Double Fantasy*? Me sentí enfermo. Si de verdad me habían engañado, entonces ella y John eran los mejores actores del mundo. Se merecían un Óscar. Estaba convencido».

Dos años después, Andy acordó hacer otro programa con Yoko en Nueva York. Luego, Yoko cambió de opinión y decidió que sería primero en Los Ángeles y, finalmente, en Tokyo.

> El equipo de producción y yo cambiamos nuestros vuelos, llegamos a Japón, y allí estaba Yoko con su hijo Sean y Sam Havadtoy, esperándonos. Viajamos todos juntos al hotel Mampei en Karuizawa, en lo profundo de los bosques de los Alpes del sur de Japón. Allí era donde John y Yoko habían pasado largas vacaciones. Yoko conocía el Mampei desde la infancia, y estaba claro que tenía mucho cariño al lugar. Fue completamente mágico y fue un privilegio para mí quedarme allí. El único aspecto incómodo era que Yoko ahora estaba

compartiendo abiertamente su cama con Havadtoy.

Llegamos fuera de temporada, y el hotel estaba cerrado al público, pero Yoko lo había abierto especialmente para nosotros. Contrataron personal especialmente para la ocasión y encendieron las chimeneas de todo el hotel, solo para nosotros. También hizo que abrieran algunos restaurantes locales, en los que éramos los únicos comensales. ¿Por qué? ¡Porque podía! Para tratar de impresionarme, supongo. Debo decir que Yoko parecía genuinamente feliz durante esa época. Y, sin duda, lo era. Ya no vivía a la sombra de John; ya no formaba parte de ese implacable circo de Lennon-Beatles. No sé, quizá debería decir que había sido capaz de convertir ese circo en algo que le convenía. Para mí, la conclusión es que era solo una artista japonesa del montón que tuvo la suerte de conocer a John y de paso se cargó el mejor grupo musical que jamás haya salido de Gran Bretaña.

Sean solía hablar con Andy de su padre durante las largas noches que pasaron juntos.

El chaval tenía recuerdos muy felices de su padre, y me alegré por él —dice—. He llorado más por Sean en los últimos años que por cualquier otra cosa, especialmente a medida que envejezco. Perdí a mi propio padre cuando tenía once años, y sé que un niño nunca supera una pérdida como esa. Sabía exactamente cómo se sentía. Por esa razón, quería que Sean fuera feliz. Quería que se sintiera querido. Me recordaba a mí mismo en muchos sentidos. Realmente, me identifiqué con él. Quizá pasar tiempo en su compañía me permitió hacer frente a ciertos aspectos de la pérdida de mi padre que no había llegado a asumir. Nos sentábamos juntos en el sofá, viendo *El inspector Gadget*, su programa de televisión favorito, y hablábamos y hablábamos. Como en la canción de *Double Fantasy* que John le dedicó, era realmente un niño muy hermoso. Ahora me cuesta pensar en él como en un músico de cuarenta y cuatro años. No sabes cuánto me habría gustado que me permitieran mantener el contacto con él.

Lo cierto es que Andy también estaba enfadado con Yoko por otros motivos, en su opinión, porque «se dejaba guiar equivocadamente por su ego».

Necesitaba seguir siendo importante en todo lo relacionado con John, pero, en realidad, no lo era. No es más que su viuda. Lo que me molesta es que haya construido toda su trayectoria profesional alrededor de eso. No me emocionaron especialmente los esfuerzos de Yoko por impresionarme, ni tampoco el hecho de que insistiera en mantener el contacto conmigo de manera persistente. Sabía que no duraría, y así fue. Tan pronto como se enteró de que había dejado la BBC para irme a trabajar a otra parte, no volví a saber de ella.

*

Cuando las cosas se acaban, a menudo aparece la perplejidad, seguida en ocasiones por el enfado. Buscamos razones para lo inexplicable y

alguien a quien culpar, pero lo cierto es que siempre ha sido muy fácil juzgar a Yoko. Nosotros no somos mundialmente famosos. No estuvimos casados con alguien cuya música hizo feliz a millones de personas. No nos sentamos en un trono de riquezas inimaginables. No tenemos la menor idea qué se siente en esas circunstancias. No sabemos nada del privilegio que eso supone ni de la carga que significa. Nunca lo haremos. Todos esos condicionantes son los que determinan que una persona se comporte de un modo que a nosotros, simples mortales, se nos puede antojar caprichoso y extravagante. Lo que no podemos discutir es el hecho de que la estrella de Yoko ha brillado con más fuerza desde la muerte de John, que su condición de artista está más valorada ni que actualmente se la reconoce como una creadora de vanguardia. Por fin, y con razón, su trabajo es apreciado.

> Examina la dinámica entre Yoko y John —dice Michael Watts—. Sin duda, la había. Él era un tipo muy conflictivo y atormentado, y ella quería ser una estrella del mundo del arte. Estaba completamente sumergida en esta idea y, además, era una novedad para él: alguien que estaba haciendo cosas que él pensaba que eran divertidas, como solamente alguien de clase baja nacido en Liverpool podía pensar que eran divertidas. Todas esas pequeñas locuras que le gustaba hacer, esas películas sobre culos y aquella en la que presentaba el pene de John. ¿Qué iba a hacer un tipo tan básico como John con todo aquello? ¿Qué se suponía que debía hacer con esas cosas, aparte de reírse y burlarse de ellas? Eso es lo que solemos hacer cuando nos enfrentamos a algo que no entendemos. Yoko logró que apreciara un enfoque más inteligente y estético de las cosas. Lo llevó a un nivel superior. Está claro que era una manipuladora y que encontró a una persona dispuesta a dejarse manipular. Sí, podríamos decir que ella fue a por al mecenas más rico y famoso del mundo y se lo metió en el bolsillo. La pregunta es: ¿se sintió John manipulado en contra de su voluntad o se dejó manipular de buena gana? Para mí, el punto clave está en que la dejó para irse con May y luego volvió con Yoko. Tuvo su oportunidad de escapar, pero no quiso aprovecharla. Quería a Yoko.

*

¿Cuándo fue la última vez que Klaus Voormann estuvo con John?

> Fue en el Dakota, en septiembre de 1979. Yo había ido con mi hijo Otto, que tenía aproximadamente la misma edad que Sean. Los dos niños pequeños pasaron un buen rato juntos. John estaba horneando pan y preparando arroz. Lo vi muy feliz, muy hogareño. Mientras hablábamos, me dijo: «Esta es la primera vez que no tengo a una compañía discográfica obligándome a hacer algo. Soy libre. Puedo hacer lo que quiera». Me di cuenta de que se había quitado un gran peso de encima. A la gente le gusta imaginar que echaba de menos salir de gira y grabar en los estudios, porque eso es lo que querían de él. Pero lo cierto es que no echaba de menos nada de eso. Me contó lo mucho

que le gustaba su estilo de vida. No quería volver a subir a los escenarios. Ya lo había hecho. Definitivamente, no necesitaba más público.

En esos momentos se hablaba mucho sobre un posible reencuentro de los Beatles para un concierto en beneficio de los balseros vietnamitas, los refugiados que habían comenzado a huir de su país en 1975, tras la guerra de Vietnam. El *Washington Post* lo llamó (como si realmente fuera a suceder) «el concierto más esperado en la historia del *rock and roll*». El antiguo promotor de los Beatles, Sid Bernstein, puso un gran anuncio en el *New York Times*, prácticamente rogando a John, Paul, George y Ringo que aceptaran. Hasta el propio Kurt Waldheim, por entonces secretario general de las Naciones Unidas, se comprometió a patrocinar el evento. Se anunció un gran concierto con Elton John como maestro de ceremonias y Leonard Bernstein dirigiendo la Filarmónica de Viena. «Los cuatro Beatles excepto John han dicho que sí.» Hola y adiós. Todo mentira.

Leonard Bernstein llamó a John mientras estuve allí —recuerda Klaus—. Fui testigo de la llamada. Escuché a John contestarle: «¡No! ¡Yo no!». John estaba muy enfadado y le dijo directamente: «¡No tengo que hacer nada por nadie! ¡Hago lo que me da la gana!». Me hizo muy feliz escucharlo. La verdad es que solo Ringo estaba dispuesto a tocar en ese concierto. El resto de los miembros del grupo se habían destrozado los unos a los otros. Durante años, los fanáticos de los Beatles en todo el mundo habían estado soñando con que los cuatro volvieran a tocar juntos. Pero los que nos habíamos mantenido en contacto con ellos todo ese tiempo sabíamos que tal cosa nunca sucedería. La verdad es que los Beatles eran más importantes para sus seguidores que para los cuatro miembros de la banda. Para ellos, los Beatles estaban muertos.

La esperanza de un reencuentro no tardó en quedar hecha añicos por los acontecimientos.

Yo me encontraba en Alemania cuando ocurrió —explica Klaus—. Vivía en casa de mi hermano cuando recibí una llamada de una revista alemana preguntándome qué pensaba de lo ocurrido con John. ¿Ocurrido? ¿Ocurrido qué? No tenía ni idea. Tardé mucho en asimilar que había muerto. Hasta hoy, yo diría.

Cuando Sean era todavía un bebé, un día me pasé por casa de John y decidimos ir al parque a dar una vuelta. Salimos del apartamento, bajamos al aparcamiento y salimos a la calle. John llevaba a su hijo atado a la espalda en una mochila. Caminamos un rato, nos sentamos y nos tomamos un café. De hecho, John estaba dando una vuelta por el parque como todos los demás. Nadie lo molestó. Yo no solía ir a Nueva York a menudo, de manera que no estaba acostumbrado a cómo era aquello. Veía a gente chiflada corriendo arriba y abajo, y estaba asustado. «Caray —pensé—, este sitio es peligroso.» Así pues, cuando me enteré de que habían asesinado a John, mi primer pensamiento fue que era algo que podría haber ocurrido en cualquier

momento.

Al principio, sentí lástima por Chapman, por lo que había hecho a mi amigo y al mundo entero. Pero a medida que fue pasando el tiempo, vi que no expresaba el menor remordimiento y cambié de opinión. La muerte de John no me impidió seguir dedicándome a la música, pero sí cambió mi forma de vivir. Volví a Alemania en busca de una vida más sencilla. Mi tiempo dedicado al *rock and roll* se había acabado, de modo que me olvidé de Carly Simon, de B. B. King, de Randy Newman, de Manfred Mann, de Jerry Lee Lewis, de Lou Reed y de toda esa gente tan maravillosa con la que había tenido el placer de trabajar. Lo dejé todo y me fui a casa.

Michael Watts experimentó un cambio de vida parecido: «Dediqué mucho tiempo a John Lennon —reflexiona—. Cuando murió, dejé de escribir sobre música popular. Su muerte me afectó profundamente. De alguna manera, me sentía descorazonado. Era como si se hubiera apagado una luz».

Si hay un consuelo sobre su muerte —observa Klaus—, es que llegó en un momento en que John había tomado una decisión.

Vivía como quería. Ya no era un títere de las circunstancias o la fama. No tenía a nadie encima diciéndole qué hacer. Había recobrado su vida. Había encontrado su libertad.

Pete Shotton estaba todavía en la cama cuando sonó el teléfono.

Lo primero que hice fue llamar a George [Harrison]. Estaba durmiendo y no se había enterado. Cogí el coche y fui a verlo a su casa de Fray Park, en Henley-on-Thames. Todos nos sentamos alrededor de la mesa y hablamos. Ringo llamó por teléfono desde Estados Unidos. George tenía un estudio de grabación en su casa y había organizado una sesión. Los músicos empezaron a llegar, listos para el trabajo. «¿Vas a continuar?», le pregunté. «Sí —dijo George—, tenemos que seguir adelante. ¿Qué otra cosa podemos hacer?» Estaba tranquilo. Seguro que por dentro estaba hecho polvo, pero se lo tomaba con filosofía. George es una persona muy espiritual, ya sabes.

El teléfono de Paul Gambaccini sonó alrededor de las 5.50 de la mañana.

Yo estaba aquí, en Londres. Era mi hermano, que vive en Nueva York. «Tengo una mala noticia —me dijo—. Pensé que preferirías escuchar esto de mí.» El tono en su voz, su intimidad, pensé: «Oh Dios, esto debe ser algo de la familia». «John Lennon ha sido asesinado —dijo—. A cuatro manzanas de distancia. La gente está parada en la calle, cantando. Todos están horrorizados y en estado de *shock*. Pensé que querrías saberlo antes de que tu teléfono comience a sonar.» Por supuesto, estaba en lo cierto. Me duché, mi teléfono comenzó a sonar y entonces empezó el día más largo de mi vida. Todo eso era antes de internet, cuando no había Skype, de modo que yo y unos cuantos amigos recorrimos Londres, yendo de estudio en estudio, y terminamos la noche en el programa de la tele *The Old Grey Whistle Test*. Eso quería decir que significaba mucho más que la simple desaparición de una estrella del pop. Era

toda una época la que había sido asesinada. El amor que la gente sentía por John se desbordó, y todos intentaron expresar lo que había significado su persona para ellos. No fue como cuando Elvis murió, porque Elvis, Dios lo bendiga, hacía tiempo que había alcanzado la cima. Cuando lanzó *Double Fantasy*, John era claramente un artista en su plenitud creativa y, aunque el disco no fue especialmente bien recibido, tenía unas cuantas canciones muy potentes y más adelante recibió el reconocimiento que merecía. En Estados Unidos, hubo un elemento de miedo añadido que no llegó a Gran Bretaña, porque resulta que el asesino, cuyo nombre no mencionaré, siguiendo la tradición del primer ministro de Nueva Zelanda, había planeado matar a otras personas, como Johnny Carson o David Bowie. Fue una maldita mala suerte que eligiera a John como símbolo de la fama, si tenemos en cuenta su colaboración con Bowie, y no es que pretenda hacer un mal chiste.[4]

*

Yoko no fue la única esposa japonesa que perdió a un marido más joven la noche del 8 de diciembre de 1980. A casi siete mil kilómetros al oeste de Nueva York, en Kailua, en la isla hawaiana de Oahu, Gloria Hiroko Chapman vio la noticia en televisión y comprendió, antes incluso de oír el nombre del asesino, que había sido su marido. El suceso no debió de sorprenderla demasiado, ya que treinta y ocho años después, en agosto de 2018, cuando Chapman estaba preparando su décima petición de libertad condicional, Gloria confesó que desde el primer momento había estado al corriente de las intenciones de su marido de asesinar a John. Ha tenido que ser ahora, a sus sesenta y nueve años, con su cabello gris y su desaliño, cuando la antigua y muy religiosa agente de viajes —que conoció a su perturbado esposo cuando este se le acercó para pedirle consejo acerca de un viaje alrededor del mundo— lo ha confirmado. Gloria Hiroko Champan declaró a los medios que, dos meses antes de llevar a cabo sus planes, Mark le había confesado que iba a matar a John. Según ella, se lo confesó a su regreso de un viaje al este. Asimismo, jura que, después, él le prometió que había cambiado de opinión y había arrojado su arma al mar. Según dijo, no tenía ninguna razón para sospechar que no lo había hecho. Claro, no había ninguna razón, aparte de la violencia con la que Chapman la había tratado durante su breve matrimonio, violencia que demostraba que era plenamente capaz de infligir daño. Pero ¿matar a alguien? Gloria afirmó que, cuando su marido la dejó y voló de regreso a Nueva York, unas ocho semanas después, no tenía la menor idea de que él iba a seguir adelante con sus planes.

«La única razón por la que estuve de acuerdo con que Mark hiciera otro viaje fue porque le creí cuando me dijo que necesitaba crecer como persona y esposo, y que necesitaba tiempo para pensar en su vida —dijo—. Quería que me sacrificara y me quedara sola durante un tiempo para que después pudiéramos tener un matrimonio largo y feliz juntos.»

Gloria y yo conversamos por correo electrónico. No le gustó la idea de que yo fuera a verla a Hawái y tampoco estaba de acuerdo con que visitara a su esposo en la cárcel. No toda la publicidad es buena publicidad. En su caso, siguen teniendo pendiente una petición de libertad condicional cuya denegación puede perjudicarlos. El caso es que no todo ha sido malo para los Chapman. A pesar de que la vida de Gloria ha «cambiado dramáticamente», a pesar de la mala imagen que pesa sobre ella como esposa de un famoso asesino, todavía tiene a Mark. Los dos disfrutan del lujo de disponer de cuarenta y cuatro horas al año juntos, durante las que son libres de hacer el amor y compartir una *pizza* en una caravana sin cámaras de vigilancia situada en los terrenos de la cárcel de Wende, en Nueva York. Entre una visita conyugal y otra, Chapman pasa sus días atrapado en su mente perturbada. Aislado e inaccesible, su vida es un páramo desierto. Sin embargo, todo es relativo. Aunque supone una pequeña cantidad de tiempo, menos de dos días al año, todavía es más de lo que John puede tener con Yoko. Independientemente de si Chapman sale libre algún día, está encarcelado todo el tiempo en su corazón.

Todo esto nos lleva al núcleo de lo que el mundo considera una tragedia sinsentido, pero que John, por lo que sabemos de él y de su forma de ser, bien podría haber considerado un final apropiado. Podemos detenernos en lo negativo: en que este hombre, que alegró la existencia de millones de personas, fue privado de la suya en su mejor momento; que nunca pudo ver cómo sus hijos —ni tampoco su hijastra— crecían y se convertían en adultos; que le robaron el derecho de envejecer junto a su esposa; que lo borraron del mapa justo cuando había decidido volver a dar rienda suelta a la música que llevaba dentro de él, música que nunca llegaremos a escuchar. Pero también podemos consolarnos con el hecho de que John estaba donde quería estar y en paz consigo mismo. Él, personalmente, se había ocupado de superar todas las facetas de sí mismo que ya no consideraba válidas o verdaderas. A sus cuarenta años, había

encontrado las respuestas que buscaba y se sentía completo.

En el corazón de un claro en Central Park West se encuentra un monumento llamando Strawberry Fields, con el Imagine Circle dentro. Lo que sucede allí día y noche es algo que ha estado sucediendo durante cuarenta años. Alguien lo ha descrito como «la ceremonia religiosa más antigua de la cristiandad». Sus congregantes hablan idiomas distintos. Son de edades diferentes y pertenecen a diversos ámbitos de la vida. Acuden tanto si sopla ventisca como brisa, haga frío o calor. Arreglan las flores sueltas en patrones intrincados a través del mosaico, se tumban en las superficies de mármol, se hacen fotos, comen sándwiches, beben cerveza, se acurrucan en los bancos, duermen la siesta, amamantan a sus bebés, tocan armónicas y guitarras, y encienden velas. Representan la vida humana, tarareando, rasgueando, cantando, aferrándose el uno al otro, así como al recuerdo de John. No lloran. Están allí para que él no se vaya. La gente está allí. La gente siempre estará allí.

> Solo reza por él —dijo George Harrison, mientras abrazaba a un desolado Pete Shotton, el mejor amigo de John, el día tiempo atrás que cambió todos los días —. Imagínalo. Lo acaban de expulsar de su cuerpo, ¿verdad? Pues no, él todavía está ahí. Se encuentra bien y se limita a seguir adelante. Estamos de paso en este mundo. Esta vida no tiene nada que ver con lo que realmente somos. Este cuerpo no es más que la materia con la que no nos queda más remedio que apañarnos durante un tiempo. Luego pasamos a otras cosas.
>
> La vida continúa, así que no te detengas en su muerte. Tenemos que recordar su vida. Esa es la parte importante.

FIN

Día a día:
cronología seleccionada

24 de abril de 1906
Mary Elizabeth Stanley, la tía Mimi Smith de John, nace en Toxteth, Liverpool. Es la mayor de las cinco hijas del exmarino de la marina mercante George Ernest Stanley y de su esposa Annie Jane.

14 de diciembre de 1912
Alfred Lennon, padre de John, conocido con posterioridad indistintamente como Alf, Fred o Freddie, nace en Liverpool. Trabajará como ayudante de cabina, marino mercante, carcelero, portero de hotel, lavaplatos y cantante ocasional.

12 de marzo de 1914
Julia Stanley, Judy, madre de John, nace en Toxteth, Liverpool. Es la cuarta de las cinco hermanas Stanley.

28 de julio de 1914-11 de noviembre de 1918
Primera Guerra Mundial.

3 de enero de 1924
Alice Mona Shaw nace en Dehli, Raj Británico. Se convertirá en promotora de clubes, en Mo Best y en madre de los Beatles.

3 de enero de 1926
George Martin nace en Highbury, Londres. Se convertirá en productor discográfico y será conocido como «el quinto Beatle».

19 de mayo de 1932
Alma Angela Cohen nace en Whitechapel, en el East End londinense.

Se convertirá en la cantante Alma Cogan, «la chica con la risa en su voz» y en amante secreta de John.

18 de febrero de 1933

Yoko Ono, segunda esposa de John, nace en Tokyo, Japón, en el seno de una familia aristocrática y conservadora. Sus padres, Isoko y Eisuke Ono, son un banquero rico y una pianista clásica. El nombre Yoko significa «Hija del Océano». Su padre trabaja en San Francisco en el momento de su nacimiento, por lo que no conoce a su hija hasta que esta tiene dos años. La familia vive durante un tiempo en California. Yoko estudia piano desde los cuatro años. Los Ono regresan a Japón, luego se mudan a Nueva York en 1940. Al año siguiente, durante la Segunda Guerra Mundial, regresan nuevamente a Japón.

19 de septiembre de 1934

Brian Epstein, futuro mánager de los Beatles, nace en el número 4 de Rodney Street, Liverpool.

8 de enero de 1935

Elvis Aron Presley nace en Tupelo, Misisipi.

3 de diciembre de 1938

Julia Stanley se casa con Alfred Lennon, en la Oficina de Registro de Bolton Street.

1 de septiembre de 1939-2 de septiembre de 1945

Segunda Guerra Mundial.

10 de septiembre de 1939

Cynthia Lillian Powell nace en Blackpool, Lancashire. Es la menor de tres hermanos. Su padre, Charles, trabaja para la General Electric Company (GEC). La familia es originaria de Liverpool, pero las mujeres fueron evacuadas a Blackpool al empezar la guerra para que dieran a luz. La familia se instala en un barrio de clase media de la península de Wirral. Charles muere de cáncer de pulmón cuando su hija tiene diecisiete años.

15 de septiembre de 1939

Mimi se casa con George Toogood Smith, granjero y comerciante.

7 de julio de 1940

Richard Starkey, Ritchie, el futuro Ringo Starr, nace en la casa de sus padres en Madryn Street, en el barrio viejo de Liverpool. Es hijo único de Richard y Elsie, ambos pasteleros.

9 de octubre de 1940, a las 18.30 horas, aproximadamente

Nace John Winston Lennon en la maternidad de Liverpool, en plena

Segunda Guerra Mundial. Su padre, Freddie, está en el mar. Su tía Mimi corre al hospital para verlo. En 1943, Freddie deserta de su puesto en la marina mercante y deja de enviar dinero a casa. Julia no tarda en dejar a John al cuidado de su hermana Mimi y el marido de esta, George.

1942

Julia y Alfred Lennon se separan legalmente.

18 de junio de 1942

James Paul McCartney nace en el hospital Walton de Liverpool, donde su madre, Mary, trabaja como enfermera titulada. Su padre, Jim, bombero y aficionado a la música, se halla ausente por motivos de trabajo durante el parto.

25 de febrero de 1943

George Harrison nace en el número 12 de Arnold Grove, Wavetree, Liverpool. Es el más pequeño de cuatro hermanos. Su padre, Harold, es conductor de autobús, y su madre, Louise, dependienta de comercio.

9 de marzo de 1945

Durante la Segunda Guerra Mundial, en el gran bombardeo incendiario de Tokyo, «la misión de bombardeo más destructiva de la historia», Yoko Ono se refugia con su familia en el distrito de Azabu y después se traslada al complejo turísticos de Karuizawa, que ella y John visitarán a menudo posteriormente. Su padre se halla ausente, y la familia cree que está prisionero en un campo de concentración en Saigón, en la Indochina francesa.

19 de junio de 1945

Como consecuencia de su romance con un soldado galés, Julia da a luz a Victoria Elizabeth, la hermanastra de John. La niña es entregada en adopción con el nombre de Ingrid Pedersen. John nunca sabrá de su existencia, pero Ingrid y Yoko se encontrarán tras su muerte.

Noviembre de 1945

John empieza a ir al colegio Mosspits, de Mosspits Lane, en Wavetree. Entretanto, Julia se va a vivir con John Deakins, *Bobby*. Cuando Mimi se entera de que John tiene que dormir en la misma cama que su madre y el novio de esta, informa a los servicios sociales. Julia acaba por ceder la custodia de su hijo a Mimi. John se va a vivir a Mendips, la casa que Mimi y George tienen en el número 251 de Menlove Avenue, Woolton, Liverpool.

1946

John es matriculado en la escuela primaria Dovedale, en Penny Lane, donde conoce al que será su mejor amigo, Pete Shotton. Una mañana, el padre de John, Freddie, aparece en casa de Mimi para «llevárselo a pasar el día a Blackpool». En realidad, lo que Freddie planea es emigrar con su hijo a Nueva Zelanda y comenzar una nueva vida. Su madre, Julia, se entera de los planes de su exmarido y se presenta en Blackpool para recuperar a su hijo. Una polémica leyenda asegura que Freddie obliga a su hijo a elegir con quién prefiere vivir. John elige a su padre, pero no puede soportar ver partir a su madre y corre tras ella. Freddie no vuelve a tener contacto con su hijo durante los veinte años siguientes. John cree que va a volver a vivir con su madre, pero esta lo pone rápidamente al cuidado de Mimi. John toma cariño a su tío George, que le enseña a leer, a escribir y a dibujar. Alentado por George, John devora libros y periódicos. Entre sus obras favoritas se incluyen *Alicia en el país de las maravillas* y las historias de Just William. A la edad de siete años, John crea su propia revista, *Sport, Speed & Illustrated,* con dibujos animados, dibujos y chistes.

Las otras tías de John, Anne, Elizabeth y Harriet visitan a John en Mendips, la casa de Mimi. La infancia de John es feliz, segura y estable. Sin embargo, se muestra un chico conflictivo en la escuela, donde a menudo se pelea con otros niños, tal vez como reacción a sentirse abandonado por sus padres. Brilla por su talento artístico, pero es travieso, rencoroso y pendenciero; cuenta chistes verdes, es sexualmente precoz y los padres de otros niños lo consideran una mala influencia para sus hijos. A pesar de los arduos esfuerzos de Mimi para que se muestre educado y correcto, John cultiva una apariencia desaliñada como muestra de rebeldía. Cuando consigue superar su examen de ingreso en la escuela secundaria, su tío George le regala una nueva bicicleta Raleigh Lenton Mk II verde esmeralda como recompensa.

5 de marzo de 1947

Nace, en Liverpool, Julia Dykins, la segunda hermanastra de John (Baird, de casada).

5 de julio de 1948

El Gobierno laborista británico pone en marcha el National Health Service (NHS), que revoluciona la prestación de atención médica y sanitaria.

26 de octubre de 1949

Nace en Liverpool Jacqueline Dykins, la tercera hermanastra de John.

6 de febrero de 1952

Tras la muerte de su padre, el rey Jorge V, la princesa Isabel sube al trono como reina con el nombre de Isabel II.

Septiembre de 1952

John y Pete Shotton empiezan sus estudios de secundaria en la Quarry Bank Grammar porque está más cerca de sus casas que el más prestigioso Liverpool Institute (al que más tarde asistieron Paul McCartney y George Harrison). John se convierte en el centro de atención y en el líder de su clase. Tanto él como Shotton se saltan las reglas, y a menudo son azotados por el director del colegio. John pelea, escribe, inventa poemas groseros, fuma y maldice. Sus informes escolares reflejan con frecuencia faltas menores como faltar a clase, burlarse de los profesores o arrojar por la ventana los borradores de la pizarra. John es enérgico e inconformista, no respeta a sus maestros y desprecia las materias y los métodos de enseñanza. Algunos de sus profesores subrayan su sentido del humor, su ingenio y una fina inteligencia. John y Pete continúan atormentando al profesorado y no hacen sus deberes. John se convierte en el último de la clase. Está convencido de su propio genio y se cree el más inteligente del colegio: «Yo era diferente. Siempre fui diferente. ¿Por qué nadie se fijó en mí?». Su personalidad y su magnetismo lo convierten en el más chulo del colegio, y todos sus compañeros lo idolatran.

Durante su adolescencia, comienza a desarrollar una relación intensa con su madre, a quien considera más como una hermana mayor, y que vive a menos de tres kilómetros de distancia. John no tarda en pasar los fines de semana en su casa, en Allerton, donde Julia vive con su novio John Dykins, *Bobby*.

2 de junio de 1953

Se celebra la coronación de Isabel II en la abadía londinense de Westminster. La ceremonia se televisa y es presenciada en ayuntamientos, hospitales e iglesias por 1,5 millones de personas que han recibido permiso para ausentarse del trabajo. En el Royal Festival Hall de Londres, tres mil poseedores de entradas asisten a la transmisión. Otros tantos abarrotan el Odeon, de Leicester Square. Los campistas que están de vacaciones en Butlins o en los complejos turísticos que van de Filey a Clacton también se amontonaban ante las

pantallas. En total, unos 20,4 millones de personas siguen la ceremonia al menos durante treinta minutos, casi el doble que el número de radioyentes, y casi la misma cantidad de espectadores que presencian el desfile real en vivo. Con solo 2,7 millones de televisores en funcionamiento, fue visto en conjunto por aproximadamente 7,5 millones de personas, sin incluir a los niños.

20 de mayo de 1954

Bill Haley and The Comets lanzan «Rock Around the Clock» con la filial estadounidense del sello británico Decca. John no se deja impresionar por la era de Bill Haley, pero siempre asociará esa música con su madre, con la afición de Julia al baile. Julia es lo opuesto a Mimi, y John se siente más a gusto en su compañía porque es excéntrica, bohemia, inconformista y bromista. Entre madre e hijo surge un sentimiento de camaradería. Aunque sigue siendo un alumno conflictivo, comienza a escribir su propio periódico, *The Daily Howl*, repleto de caricaturas, dibujos animados y rimas sinsentido. Su talento para los juegos de palabras y los dobles sentidos empieza a destacar.

1955

Oscar Preuss se jubila de su cargo como director de Parlophone/EMI y es sustituido por George Martin, de veintinueve años.

Se estrenan las influyentes películas norteamericanas *Rebelde sin causa*, dirigida por Nicholas Ray y protagonizada por James Dean, y *Semilla de maldad*, protagonizada por Sidney Poitier.

5 de junio de 1955

El tío George muere repentinamente a los cincuenta y dos años, a causa de una hemorragia hepática. A sus catorce años, John está destrozado y se encierra en su dormitorio para penar en silencio. Cuando su prima Liela llega para consolarlo, los dos caen, impotentes, en un arrebato histérico del que John se arrepentirá posteriormente. Sin embargo, esta desmedida manera de reaccionar ante una situación traumática se convertirá en algo recurrente en él. El tío George es enterrado en el cementerio de la iglesia de St. Peter de Woolton. Liela Hafez se convirtió posteriormente en la doctora Liela Harvey. Murió en 2012 a los setenta y cinco años.

22 de septiembre de 1955

La primera emisión de la cadena ITV marca el inicio de la televisión comercial en el Reino Unido y supone la aparición del primer competidor de la BBC.

1956

Yoko Ono se escapa de casa con veintitrés años y se casa con el compositor y pianista japonés Toshi Ichiyanagi.

11 de mayo de 1956

La canción «Heartbreak Hotel», interpretada por un Elvis Presley de veintiún años, originario de Memphis, Tennessee, entra en la lista de discos sencillos más vendidos en el Reino Unido. La canción, que trata de la soledad en un lenguaje que cualquier adolescente puede entender, despierta algo en John. Más adelante declarará: «Nada me afectó realmente hasta que escuché a Elvis». Algunos personajes de películas lo habían influenciado, pero Elvis es de carne y hueso. John adopta su estilo, con pantalones pitillo, zapatos de suela de crepé, tupé, patillas y un aire desafiante. Para Mimi: «De la noche a la mañana se convirtió en un hombre, y todo por culpa de ese Elvis». John llena su cuarto con fotos de Elvis y su rebeldía aumenta en consecuencia. Mimi se desespera.

John se convierte también en fan de otros cantantes del momento: Chuck Berry, Carl Perkins, Little Richard, Jerry Lee Lewis y Lonnie Donegan, un británico que se marca un éxito con una versión de «Rock Island Line». Empieza la locura del *skiffle* y de las bandas de rock caseras. John se compra su primera guitarra, aunque Mimi alegará posteriormente que fue ella quien se la regaló. Después de haberle enseñado a su hijo a tocar acordes en el banjo —la primera canción que John aprendió fue «Ain't That a Shame», de Fats Domino —, Julia le compra una guitarra acústica Champion Gallotone «con garantía de irrompible». Se la entrega en su casa, porque Mimi lo desaprueba, y le obliga a practicar en el porche. John no tarda en dominar «Rock Island Line» y pronto busca a más amigos con los que formar una banda.

31 de octubre de 1956

Mary, la madre de Paul McCartney, fallece de una embolia tras una operación de cáncer de mama. Paul tiene catorce años y su hermano doce. Un año más tarde, Paul y John se conocen. Cuando John pierde a su madre, él y Paul se sienten unidos por una desgracia común.

Noviembre de 1956

John y su amigo Eric Griffiths forman una banda de *skiffle*, con Pete Shotton a la tabla de lavar y Bill Smith, otro amigo del colegio, al bajo. Se hacen llamar los Blackjacks, pero no tardan en cambiar ese

nombre por The Quarry Men, en honor a su colegio. John es el cantante y, como líder del grupo, el que decide qué canciones tocan. Cuando Smith lo deja, es sustituido por Nigel Walley, Ivan Vaughan y después Len Garry. Colin Hanton y Rod Davies se unen más tarde. Componen la formación oficial Lennon, Griffiths, Shotton, Garry, Hanton y Davis. Buscan lugares donde tocar. Más adelante, actuarán en el Cavern Club, de Liverpool, pero su repertorio será considerado demasiado roquero.

4 de abril de 1957

Se suprime el servicio militar obligatorio. Hasta ese momento, los hombres sanos mayores de dieciocho años habían estado obligados a servir en las fuerzas armadas durante dieciocho meses, pero, desde 1950, a causa de la guerra de Corea, el plazo se amplió a dos años. El servicio militar es finalmente abolido en 1957, aunque el programa no concluiría hasta 1963. John no es llamado a filas.

22 de junio de 1957

Tras ensayar a conciencia en casa de la madre de John, The Quarry Men hace su debut en público en la trasera de un camión de carbón durante una fiesta en Rosebery Street, Liverpool. El grupo consigue más contratos. Julia afina la guitarra de John como un banjo, de modo que John toca los acordes del banjo con solo las cuatro primeras cuerdas.

6 de julio de 1957

Tras una fiesta campestre en la que ha tocado The Quarry Men, Ivan Vaughan le presenta a John, en la iglesia de St. Peter de Woolton, a un amigo que se llama Paul McCartney, que en esos momentos tiene quince años. Paul queda fascinado por el extraño estilo de tocar la guitarra de John, y por la forma en que mira a la audiencia: John es extremadamente miope y no le gusta ponerse las gafas. Paul toma una guitarra y comienza a tocar «Twenty Flight Rock», de Eddie Cochran y «Be-Bop-A-Lula», de Gene Vincent. Luego, Paul afina las guitarras de John y Eric, y escribe la letra correcta de las canciones. Más tarde, John le pregunta a Pete Shotton qué le parece que Paul se una a la banda. Shotton lo aprueba. John dice: «Fue ese día, el día en que conocí a Paul, cuando todo empezó».

Septiembre de 1957

John, con casi diecisiete años, se matricula en el Liverpool College of Art.

Con su atuendo de *Teddy boy*, desde el primer día resulta ser un inadaptado entre los estudiantes de Arte, más amantes del jazz. Bill Harry, otro inadaptado un año mayor que él, que ha empezado a colaborar con revistas de música, encuentra en John un soplo de aire fresco. Los dos salen a tomar copas en Ye Cracke, un pequeño pub situado a la vuelta de la esquina de la universidad, y se juntan en las casas de otros estudiantes.

John está exasperado por la universidad y la encuentra demasiado rígida para su gusto. Las clases le recuerdan al colegio, y vuelve a su comportamiento gamberro. No tarda en ganarse fama de chico malo de la universidad.

Los Quarry Men continúan tocando en pequeños clubes alrededor de Liverpool, desde finales de 1957 hasta 1958, pero su público disminuye. Actúan en fiestas privadas. Algunos de los miembros de la banda pierden interés y se alejan. Se les une George Harrison, de quince años, antiguo compañero de Paul en el instituto. John lo descarta por su edad, pero queda impresionado por su habilidad musical. La madre de George deja que el grupo practique en su casa. John, Paul y George logran que les permitan ensayar en la sala 21 del bar de la universidad, donde tocan versiones para entretener a otros estudiantes. Mimi todavía lo desaprueba, pero Julia no deja de alentarlo.

15 de julio de 1958

Julia, de cuarenta y cuatro años, sale de casa de Mimi después de haber estado de visita, cruza la calle para tomar el autobús que ha de llevarla a su casa y es atropellada por un automóvil conducido por el agente de policía Eric Clague. Muere al instante. Por suerte, John no se encuentra en Mendips en ese momento, sino que está esperando el regreso de su madre en casa de esta. Un policía llega para informar del suceso a John y a Bobby Dykins.

La pérdida de su madre refuerza el vínculo entre John y Paul.

Verano de 1958

John no supera la pérdida de su madre y se vuelve más inadaptado y rebelde que nunca. Le da a la botella para aliviar el dolor. Su sentido del humor se torna amargo y cruel. Busca consuelo en los brazos de su compañera de la escuela de arte, Cynthia Powell. Los opuestos se atraen. Cyn cambia su apariencia para adaptarse a la imagen de la mujer ideal de John, la actriz francesa Brigitte Bardot.

John dedica todo su tiempo y energía a la música, y deja a un lado sus estudios. Su actitud contagia a Paul McCartney, quien también comienza a faltar a clase para acudir a las sesiones de ensayo, durante las pausas para el almuerzo, en la escuela de arte. Los dos van a ensayar a casa de Paul, en el número 20 de Forthlin Road, Allerton, donde la familia McCartney ha vivido desde que se mudó de Speke en 1955. John escribe «Please Please Me» en su habitación de Mendips, y John y Paul escriben juntos «I Saw Her Standing There», «Love Me Do», «From Me to You» y partes de «She Loves You». Por su lado, Paul escribe «When I'm 64» en su casa de Forthlin Road. Hablan de chicas.

McCartney es mejor músico, más versátil, y toca varios instrumentos, pero gran parte de su producción es imitativa. John, en cambio, es original, único. Tiene la voz perfecta de rock and roll. Imita el estilo de Buddy Holly, pero canta con acento inglés. No trata de copiar a otros, sino que confía en sí mismo. Enseguida destaca como letrista con más inventiva. Sin embargo, Paul es mejor con las melodías. Entre ambos se forja una asociación única en la historia de la composición de canciones. Acuerdan compartir la autoría de lo que componen. Si bien Paul sobresale contando historias, John aprende a expresar sus propias emociones en primera persona. Mientras que Paul es optimista y positivo, John es a menudo cínico, no deja nunca de preguntar y exigir respuestas. Paul, más joven, admira al John más maduro y peligroso. Este a veces se muestra condescendiente con su angelical compañero, pero reconoce lo bueno que es para el grupo.

John se hace amigo de Stuart Sutcliffe, un menudo estudiante de Arte escocés con mucho talento. Una vez más, los opuestos se atraen: Stu es modesto, callado e inteligente. Ambos se atraen como imanes. Stu vive en plan bohemio en una habitación alquilada en una casa georgiana en ruinas. Se dejan fascinar por la generación *beat*. John, Stu, Bill Harry y Rod Murray pasan el rato bebiendo hasta altas horas, discutiendo de poesía y nueva literatura.

John deja Mendips para irse a vivir con Stu en Gambier Terrace, cerca de la universidad. Mimi le entrega el dinero de su beca universitaria y le dice adiós a su *beatnik*. Al cabo de un mes, el dinero se ha esfumado y la casa está hecha un desastre. Cuando llega el invierno, no pueden darse el lujo de calentarla.

29 de agosto de 1959

Mona Best inaugura el Casbah Coffee Club, en el número 8 de

Hayman's Green, West Derby, Liverpool.

1960

Entre 1960 y 1973, comienza el movimiento contracultural de los años sesenta como una reacción a la intervención militar estadounidense en Vietnam. Sus ideas afectarán a los artistas del mundo de la música y a las canciones en los años siguientes.

Mientras tanto, en Liverpool, Stu se une a The Quarry Men. El empresario local Allan Williams se convierte en su promotor. Los contrata para que toquen en su club, el Jacaranda, y les ofrece conciertos, incluida una gira por Escocia como teloneros del cantante Johnny Gentle. Stu vende una de sus pinturas. John lo alienta a comprar un bajo, que Stu no sabe tocar. Stu propone rebautizar el grupo como los Beatles, en homenaje al movimiento *beat*.

Agosto de 1960

Los Beatals cambian su nombre por el de Silver Beats, Silver Beetles y Silver Beatles. Al final, se quedan definitivamente con el de Beatles a secas. Pete Best, hijo de Mona, se les une como batería.

17 de agosto-30 de noviembre de 1960

Primera de sus cinco estancias en Alemania Federal. John, Paul, George, Stu Sutcliffe y Pete Best llegan a Hamburgo para una serie de conciertos de dos meses en el recién abierto Indra Club. John ha dejado sus estudios de arte sin superar los exámenes finales. Los Beatles se alojan en el Bambi Kino, un pequeño cine, y tocan en Grosse Freiheit, el centro del barrio de los prostíbulos. El propietario del club, Bruno Koschmider, cierra el Indra debido a las malas ventas de entradas y a las quejas del vecindario. Los Beatles se trasladan al cercano Kaiserkeller, un establecimiento muy popular que se llena todas las noches. Actúan allí por primera vez el 4 de octubre. Koschmider los anima para que armen mucho espectáculo. Tocan diez mil horas y se hacen hombres de golpe.

John y Stu son cada día más amigos. La banda traba amistad con Klaus Voormann y Astrid Kirchherr. Astrid y Stu se enamoran. La estancia en Alemania termina en desastre cuando la banda rompe su trato con Koschmider y el Kaiserkeller para presentarse en el club rival Top Ten. Las autoridades descubren que George Harrison es menor de edad y es deportado, al igual que Paul y Pete. Stu decide abandonar a los Beatles y permanece en Hamburgo con Astrid.

10 de diciembre de 1960

John vuelve a Inglaterra por su cuenta.

27 de diciembre de 1960

Los Beatles actúan en el Town Hall Ballroom de Litherland, Liverpool, y arrasan. John se convence de que los espera el éxito. Darán veinte conciertos más en este lugar, el último el 9 de noviembre de 1961.

1961

De enero a marzo dan una serie de conciertos ininterrumpidos en Liverpool y alrededores.

Bill Harry lanza el periódico musical *Mersey Beat*, que cubre la escena pop del norte de Inglaterra. Bill le pide a John que contribuya con una exclusiva. John le entrega un artículo sobre cómo se formó el grupo, titulado «Una breve diversión acerca de los orígenes dudosos de los Beatles». Presentará más poemas, historias, y dibujos.

Febrero de 1961

Los Beatles empiezan a actuar con regularidad en el Cavern Club de Mathew Street.

27 de marzo-2 de julio de 1961

Segunda estancia de los Beatles en Hamburgo. Desde el 1 de abril, tocan noventa y dos veces en el Top Ten Club y hacen sus primeras grabaciones profesionales. Con la producción de Bert Kaempfert, hacen coros para el cantante Tony Sheridan en tres canciones; graban una pieza instrumental de Lennon y Harrison, «Cry for a Shadow», y realizan su propia versión mejorada del estándar de Tin Pan Alley «Ain't She Sweet». John, con veinte años cumplidos, se convierte en la voz principal del grupo.

Julio-diciembre de 1961

Numerosos conciertos por todo el Merseyside y varios viajes al sur.

Septiembre de 1961

Dos semanas antes de que John cumpla veintiún años, su tía Elizabeth, que vive en Escocia, le regala cien libras en efectivo. John se lleva a Paul a París con él durante quince días. Frecuentan clubes, cafeterías y bares, y se encuentran con Jürgen Vollmer. Animados por este, John y Paul copian su corte de pelo.

De vuelta al Cavern Club, John desarrolla una fuerte personalidad escénica. Se mantiene con las piernas separadas y la cabeza en alto, con la guitarra sobre el pecho. Su miopía extrema le impide ver claramente al público. Sus bromas y su ingenio contrarrestan las pésimas condiciones en las que tocan, con un

cableado eléctrico peligroso, fallos en los amplificadores y cortes de luz constantes. John se sienta al piano con frecuencia y sigue tocando, haciendo gala de un sentido del humor muy negro. Parece más maduro que sus compañeros de banda.

9 de noviembre de 1961

Brian Epstein ve y escucha por primera vez a los Beatles durante una sesión en el Cavern Club a la hora de comer. Epstein, director de una importante tienda de música de Liverpool, se siente inmediatamente atraído por John. No pueden ser más diferentes. Brian es judío, homosexual, educado, viste bien y es refinado. John es rudo, malhumorado, fumador empedernido, roquero y mujeriego. Brian, un actor frustrado, queda encantado al instante por los cuatro Beatles. Se ofrece para ser su mánager, y ellos aceptan. Las chupas de cuero son sustituidas por trajes y corbatas, mientras Epstein les consigue montones de conciertos. Aunque John se deja seducir por la obvia astucia comercial de «Eppy», no por ello se aviene a vestir comedidamente. Además, le gusta tomar el pelo a Brian.

1962

Se acumulan los rechazos de las compañías discográficas. Brian apoya al grupo y les enseña a creer en sí mismos.

19 de marzo de 1962

Bob Dylan lanza su primer álbum homónimo e inicia el movimiento en contra de la guerra y a favor de los derechos civiles, desbrozando el camino que tomará la música popular en los años siguientes.

11 de abril de 1962

Los Beatles llegan a Hamburgo, donde son recibidos en el aeropuerto por Astrid. La joven les dice que Stu murió el día anterior, a los veintiún años, debido a una embolia cerebral. Stu y John habían mantenido correspondencia regularmente y una amistad cercana, a pesar del comportamiento cruel del segundo. John, que no es ajeno a este tipo de tragedias, muestra poca emoción.

13 de abril de 1962

Los Beatles asisten a la inauguración del nuevo Star-Club y actúan allí durante siete semanas, hasta el 31 de mayo.

9 de mayo de 1962

Brian regresa a Liverpool desde Londres con la noticia de que les ha conseguido un contrato de grabación con Parlophone/EMI. Como los Beatles todavía están en Hamburgo, les envía por cable con la noticia:

«Felicidades, muchachos. Sesión de grabación de solicitud EMI. Ensayad material nuevo».

6 de junio de 1962

Los Beatles conocen a George Martin.

Martin no tarda en llegar a la conclusión de que Peter Best no es el batería que les conviene. Pete es despedido por Brian Epstein, ya que los miembros del grupo no tienen el valor de decírselo en persona. Ringo Starr, a quien los Beatles habían conocido en Hamburgo mientras estaba tocando con Rory Storm and The Hurricanes, es invitado a sustituir a Best. Este, muy unido a John, se siente profundamente ofendido.

23 de agosto de 1962

John se casa ante la oficina del Registro Civil de Mount Pleasant con su novia, Cynthia Powell, a la que ha dejado embarazada. La tía Mimi, escandalizada, no asiste a la boda. Los novios se dan el «sí» entre el estruendo de las obras que llega desde la calle. Tras una frugal celebración en el Reece´s Café, Cynthia y John se trasladan a un piso cercano a la universidad de arte propiedad de Brian Epstein. Este les insiste en que mantengan su boda y el próximo nacimiento del niño en secreto para no defraudar a los fans de los Beatles.

5 de octubre de 1962

Lanzamiento en el Reino Unido del sencillo con las canciones «Love Me Do» y «PS I Love You». Poco a poco, el disco va subiendo en las listas y llega al número 17 en diciembre. Escritas en 1958, durante el periodo preBeatles, ambas canciones aparecen firmadas por Lennon y McCartney. Cuando el sencillo se lanza en Estados Unidos, en 1964, alcanza el número 1.

1 de noviembre-14 de noviembre de 1962

Los Beatles regresan a Hamburgo por cuarta vez para actuar una vez más en el Star-Club.

28 de noviembre de 1962

Yoko Ono se casa con el músico de jazz, productor de cine y promotor de arte estadounidense Anthony Cox. El matrimonio se anula pronto, porque Yoko no ha finalizado su divorcio de Ichiyanagi. Ono y Cox se volverán a casar el 6 de junio de 1963.

18 de diciembre-31 de diciembre de 1962

Quinto y último periodo de los Beatles en Hamburgo, en el Star-Club. Para ellos es una experiencia superada, pero Brian Epstein insiste en

que cumplan el contrato.

22 de marzo de 1963

Los Beatles, aprovechando su éxito, lanzan rápidamente su primer álbum, *Please Please Me*. La banda promociona su imagen de chicos buenos. Aunque John no se siente cómodo con ella, la acepta. Sonríe, saluda y se muerde la lengua, pero de tanto en cuanto deja entrever su verdadero carácter.

8 de abril de 1963

Nace en Liverpool el hijo de John y Cynthia Lennon, John Charles Julian Lennon. Brian Epstein se convierte en su padrino.

18 de abril de 1963

Los Beatles tocan en el Royal Albert Hall de Londres como parte de su gira de primavera por el Reino Unido.

28 de abril de 1963

Menos de tres semanas después del nacimiento de su hijo, John viaja a España con Epstein. Surgen los primeros rumores sobre una relación homosexual.

Mayo de 1963

Bob Dylan lanza su álbum *Freewheelin' Bob Dylan*, que incluye la canción «Blowin'in the Wind».

18 de junio de 1963

Paul celebra su veintiún aniversario con una fiesta en el jardín de la casa de su tía Gin, en Huyton, Liverpool. La banda de los Fourmost anima la fiesta, a la que asisten los Shadows y Billy J. Kramer acompañado por su novia, la actriz Jane Asher. Bob Wooler, el propietario del Cavern Club bromea acerca de la luna de miel de John y Epstein en España. John, que está borracho, lo agrede y lo manda al hospital. Más tarde le envía un telegrama de disculpa que se filtra al *Daily Mirror*.

8 de agosto de 1963

Cuatro meses después del nacimiento de Julian, Yoko Ono da a luz a su hija Kyoko Chan Cox. Tony se ocupa de la niña mientras Yoko se concentra en su trabajo como artista.

22 de noviembre de 1963

El presidente de Estados Unidos, J. F. Kennedy, es asesinado en Dallas, Texas. El marxista Lee Harvey Oswald es detenido, pero dos días después muere asesinado a su vez por Jack Ruby, el propietario de un cabaret nocturno. Ese mismo día, a los ocho meses de su estreno, los

Beatles lanzan su segundo álbum, *With the Beatles*.

24 de diciembre de 1963-11 de enero de 1964

Los Beatles actúan en el espectáculo navideño del Finsbury Park Astoria, en Londres.

12 de enero de 1964

Los Beatles conocen a Alma Cogan cuando aparecen en el programa *Sunday Night*, que se emite desde el London Palladium. Alma les hace llegar la primera de las muchas invitaciones a las famosas fiestas que celebra en su casa de Kensington, donde vive con su madre y su hermana.

15 de enero-4 de febrero de 1964

Los Beatles salen de gira por Francia. Dan un concierto en Versalles y veinte más en el Olympia de París.

7 de febrero de 1964

Los Beatles llegan a Nueva York para su histórica aparición en el programa de TV de Ed Sullivan, de la CBS, que será visto por la mitad de la población de Estados Unidos. La Beatlemanía hace furor. Durante su gira de invierno por Estados Unidos, actúan en directo en Washington, en el Carnegie Hall de Nueva York y en el Deauville Hotel de Miami, nuevamente para Ed Sullivan.

23 de marzo de 1964

Jonathan Cape en el Reino Unido y Simon & Schuster en Estados Unidos publican el primer libro de John Lennon, *John Lennon in his Own Write*, una colección de rimas sinsentido y dibujos que se convierte en un éxito de crítica.

Abril-mayo de 1964

Los Beatles actúan en su gira de primavera de 1964. La gira incluye un concierto el 31 de mayo en el teatro londinense Príncipe de Gales.

23 de abril de 1964

John se presenta tan resacoso en el almuerzo literario que Foyle celebra en su honor, en el hotel Dorchester de Londres, que apenas es capaz de decir nada coherente y causa una pésima impresión ante su anfitrión y los invitados.

4 de junio-16 de agosto de 1964

Los Beatles se lanzan a una gira mundial de veintiséis conciertos que los llevarán a Dinamarca, Holanda, Hong Kong, Australia, Nueva Zelanda, el Reino Unido y Suecia. La tía Mimi viaja con John a Australia, toda elegante con su sombrero de flores, y aprovecha la

oportunidad para reunirse con los parientes que tiene allí, incluyendo a su primo Jim Mathews, que vive en Eketahuna, en Nueva Zelanda.

6 de julio, Reino Unido (11 de agosto de 1964, Estados Unidos)

Se estrena *Qué noche la de aquel día*. La película se convierte en un éxito y aún hoy sigue siendo un hito en la historia del cine. A la gala del estreno celebrada en el London Palladium asisten la princesa Margarita y lord Snowdon, mientras doce mil fans abarrotan Piccadilly Circus.

10 de julio de 1964

Se lanza el álbum *A Hard Day's Night*, el álbum con la música de la película.

19 de agosto-20 de septiembre de 1964

Los Beatles inician su gira de verano por Canadá y Estados Unidos, que empieza en San Francisco y culmina en Nueva York, pasando por el Hollywood Bowl de Los Ángeles, el Red Rocks Amphitheater de Denver, el International Amphitheater de Chicago, el Boston Garden y el Dallas Memorial Auditorium.

28 de agosto de 1964

Se encuentran por primera vez con Bob Dylan en una habitación del hotel Delmonico, en Nueva York. Dylan se ha convertido en un eremita, rodeado de guardaespaldas y drogas para distanciarse del mundo exterior. Él es quien introduce a los Beatles en el consumo de cannabis.

John se siente cada vez más insatisfecho con la imagen global y la fama del grupo, y solo encuentra desahogo en su música y en la expresión de sus emociones personales. Un coraje renovado empieza a impregnar sus composiciones y las eleva de categoría. El incansable programa de giras y conciertos empieza a pasar factura a todos los miembros del grupo. A John y a George les exaspera especialmente tener que tocar ante miles de fans cuyos gritos no les dejan oír lo que interpretan. Ni ellos mismos oyen la música que tocan. A eso se añade lo inadecuado de los equipos de sonido y que las extremadas medidas de seguridad les impiden disfrutar de sus viajes. Sus vidas se han convertido en una sucesión ininterrumpida de aviones, hoteles y conciertos.

Gira de otoño de 1964 en el Reino Unido

Los Beatles dan una gira de veintisiete días por Escocia, Inglaterra, Irlanda y Gales, que empieza en Bradford y acaba en Bristol.

4 de diciembre de 1964

Sale el álbum *Beatles for Sale*.

24 de diciembre de 1964-16 de enero de 1965

Los Beatles participan en un espectáculo de variedades en el Odeon de Hammersmith, en Londres.

12 de junio de 1965

Se anuncia que a los Beatles se les concederá la Orden del Imperio Británico (*Members of the British Empire*, MBE) con motivo del cumpleaños de la reina.

24 de junio de 1965

John publica su segundo libro, *A Spaniard in the Works (Por su propio cuento: un españolito en obras)*,[1] con más dibujos y textos sinsentido. Su matrimonio con Cynthia y que haya tenido un hijo con ella se convierten en asuntos de dominio público. La familia pasa a ser el centro de atención de los medios de comunicación. John lo consiente, pero está cada día más incómodo y frustrado. Como padre y marido se muestra distante y poco afectuoso. Mantiene escaso contacto con su mujer y su hijo, pero al mismo tiempo el sentimiento de culpa lo abruma durante las giras y escribe largas cartas a casa. Oculta a su mujer su obsesión por las *groupies* y las drogas, y da rienda suelta a todo eso en sus canciones.

29 de julio de 1965, Reino Unido (11 de agosto de 1965, Estados Unidos)

Se estrena *Help!*, una combinación de comedia musical y película de aventuras protagonizada por los Beatles. La película se estrena en el London Pavilion Theatre en presencia de su alteza real la princesa Margarita, condesa de Snowdon, y se convierte en un modelo para futuros vídeos de rock y pop.

John se siente profundamente infeliz, bebe y come en exceso, pasando por lo que luego describirá como su periodo *Fat Elvis*.

El padre de John, Freddie Lennon, de quien hace tiempo nadie sabe nada, trabaja en la lavandería de un hotel no muy lejos de la casa de John, en Weybridge. Un día se presenta en casa de su hijo en busca de apoyo financiero. Es la primera vez que padre e hijo se ven desde hace veinte años.

6 de agosto de 1965, Reino Unido (13 de agosto de 1965, Estados Unidos)

Sale a la venta el álbum *Help!*

15-31 de agosto de 1965

Los Beatles inician una gira por Estados Unidos en el Shea Stadium de Nueva York frente a 55.600 fans. Es el concierto más multitudinario de la historia de los Beatles. Los días 29 y 30 tocan en el Hollywood Bowl de Los Ángeles.

26 de octubre de 1965

Los Beatles reciben el título de miembros de la Más Excelente Orden del Imperio Británico (MBE), como parte de los actos en honor del cumpleaños de la reina ese mes de junio, de manos de Isabel II, en el palacio de Buckingham, hecho que despierta tanto el agrado como la indignación en el público. Algunos miembros de la Orden devuelven sus credenciales a modo de protesta.

3 de diciembre de 1965, Reino Unido (6 de diciembre de 1965, Estados Unidos)

Sale a la venta el álbum *Rubber Soul*.

3-12 de diciembre de 1965

Gira de los Beatles por el Reino Unido, que comienza en Glasgow y finaliza en Cardiff.

31 de diciembre de 1965

El padre de John lanza un disco sencillo titulado «That's My Life (My Love and My Home)» con el que logra cierta atención de la prensa. El disco sube en las listas y después desaparece. Tony Cartwright, el coautor de la canción, sospecha que John lo ha saboteado. El disco es la primera grabación del bajo Noel Redding y del batería Mitch Mitchell, futuros miembros de la banda Jimi Hendrix Experience. Más adelante, los intentos del padre de John por aprovecharse de la fama de su hijo serán comparados con los del padre de Amy Winehouse.

1966

Las grabaciones cada vez más sofisticadas de los Beatles superan lo que pueden lograr como intérpretes en directo. Esta distancia los frustra cada vez más. En el escenario, simplemente cumplen.

4 de marzo de 1966

En el *London Evening Standard* aparece una entrevista de John con Maureen Cleave en la que habla de su vida doméstica, de arte, de política, de libros, de dinero y de religión. En el contexto de la entrevista, sus palabras sobre el cristianismo y Jesucristo no destacan especialmente. Sin embargo, cuando la revista juvenil norteamericana

Datebook lo cita, John es acusado de haber afirmado que los Beatles son más importantes que Jesucristo. La Norteamérica conservadora se vuelve en contra de los Beatles blasfemos. Los discos del grupo son prohibidos en veintidós emisoras de radio y se encienden piras donde se queman sus discos y sus libros. John recibe amenazas de muerte, y el Ku Klux Klan promete reventar los conciertos de su próxima gira por Estados Unidos.

24 de junio-4 de julio de 1966

Los Beatles inician una gira por Alemania, Japón y Filipinas.

Es su primer concierto desde la Nochevieja de 1962, fecha de su última actuación en el Star-Club de Hamburgo.

Su vuelta propicia un reencuentro con Astrid Kirchherr y Bert Kaempfert. Todos consideran que es demasiado peligroso que vuelvan a visitar la Grosse Freiheit, debido al gran número de fans y la actividad de la policía, pero John y Paul van por su cuenta más tarde.

En Japón, tocan en el Budokan, un estadio de artes marciales que es, a la vez, un templo sagrado en honor de los caídos en la guerra. Se enfrentan por ello a la oposición y la ira de quienes no desean que el lugar sea utilizado para simples conciertos de rock. Como resultado, se despliegan 45.000 policías y bomberos. Durante la conferencia de prensa del 30 de junio, John condena públicamente la guerra de Vietnam.

Cuando tocan en Manila, el grupo pasa por alto sin querer una invitación de Imelda Marcos para una audiencia en el palacio de Malacañán y tienen que salir por piernas del país.

30 de julio de 1966

Ante una multitud de casi 97.000 espectadores en el estadio Wembley de Londres, Inglaterra vence a Alemania Occidental por cuatro a dos, y gana la final de la Copa Mundial de la FIFA por primera y (hasta ahora) única vez.

5 de agosto de 1966

Los Beatles publican su álbum *Revolver*.

6 de agosto de 1966

Brian Epstein llega a Nueva York para dar una conferencia de prensa en la que trata de apaciguar las reacciones violentas que han suscitado las declaraciones de Lennon en las que afirma que los Beatles son más importantes que Jesucristo. Desgraciadamente, sus esfuerzos solo contribuyen a avivar el fuego.

11 de agosto de 1966

Los Beatles dan una conferencia de prensa en el hotel Chicago Astor Towers, previa a sus dos conciertos en Windy City al día siguiente. John llora en privado en su habitación antes de enfrentarse a los medios y se disculpa públicamente por su «error».

12-29 de agosto de 1966

Los Beatles empiezan su gira de verano por Estados Unidos. Tocan en Chicago, Cleveland, Washington, Memphis, Nueva York, Los Ángeles y San Francisco.

23 de agosto de 1966

Los Beatles regresan al Shea Stadium. Tras la polémica desatada por John, solo venden 45.000 entradas y once mil asientos quedan vacíos.

La gira no es el éxito esperado. Los Beatles, agotados por la polémica y por tener que presentar constantemente una imagen falsa de sí mismos, acuerdan poner fin a las giras. Todos ellos han estado experimentando con drogas, y John está tomando nuevos rumbos musicales. El álbum *Revolver* marca un giro en la creatividad del grupo, tanto desde el punto de vista lírico como melódico. Empieza su era psicodélica.

29 de agosto de 1966

Último concierto como banda en una gira, en Candlestick Park, San Francisco.

Septiembre de 1966

John comienza a rodar en Alemania y España *Cómo gané la guerra*, de Richard Lester, su único papel en una película no musical; también pasa a usar las gafas redondas que se convertirán en su distintivo personal durante el resto de su vida. Toma conciencia de las posibilidades de seguir su propia carrera musical sin los Beatles. Se vuelve introspectivo. Los rumores de una inminente ruptura de los Beatles son cada día más frecuentes.

26 de octubre de 1966

Alma Cogan fallece de cáncer en el hospital Middlesex de Londres.

9 de noviembre de 1966

Dos días después de regresar a casa tras el rodaje, John asiste a una exposición de la artista de vanguardia japonesa Yoko Ono, en la galería Indica de Londres. Atraídos a primera vista, se encontrarán en distintas ocasiones a lo largo del año siguiente.

Paul propone a sus compañeros que graben un álbum como una banda ficticia, lo que les permite experimentar y expandirse musicalmente, lejos de las limitaciones de los Beatles. Inspirados en el LP *Pet Sounds* de los Beach Boys, que a su vez se inspiró en su álbum *Rubber Soul*, crean «una banda dentro de una banda».

24 de noviembre de 1966

Después de un descanso de dos meses, empiezan a trabajar en *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, en el estudio 2 de EMI Studios, Abbey Road. La idea general es que sea un álbum que no se pueda tocar en vivo. La grabación dura cinco meses.

1967

El Reino Unida legaliza el aborto y la homosexualidad. El cambio de actitudes se refleja en distintas leyes aprobadas por el Parlamento. La Ley de Delitos Sexuales de 1967, que despenaliza las relaciones homosexuales consentidas entre hombres mayores de veintiún años, y la Ley del Aborto de 1967, que legaliza el aborto en ciertas circunstancias, serán seguidas por la Ley de Reforma del Divorcio de 1969 y la Ley de Igualdad de Salario de 1970.

26 de mayo de 1967, Reino Unido (2 de junio, Estados Unidos)

Los Beatles lanzan el álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band.* Fuertemente influenciado por su creciente uso de las drogas y recibido con entusiasmo como «la banda sonora del Verano del Amor», sus ventas sobrepasan las de todos los álbumes anteriores de los Beatles. El disco supone un cambio en la manera de grabar. Entre sus canciones figuran la favorita de John, «Being for the Benefit of Mr. Kite!» y su obra maestra «A Day in The Life».

Junio-julio de 1967

Se celebra el Festival Internacional de Música Pop de Monterey, en California. Es el primer festival de rock oficial del mundo, dura tres días y cuenta con actuaciones de Jimi Hendrix, The Who, Ravi Shankar, Janis Joplin y Otis Redding. Durante el Verano del Amor, diez mil *hippies* de todo el mundo se reúnen en el barrio de Haight-Ashbury, en San Francisco. Con ellos nace la revolución *hippie*.

25 de junio de 1967

En los estudios de grabación de EMI, Abbey Road, los Beatles realizan la primera de sus últimas tres presentaciones en vivo: su himno «All You Need Is Love» para la transmisión por satélite de «Our World», ante una audiencia de 400 millones en los cinco continentes. El lema

de la canción resume la ideología de los años sesenta. Vuelven para enfrentar el mundo con una imagen completamente nueva.

John se compra un Rolls-Royce y lo manda repintar con diseños psicodélicos.

27 de julio de 1967

La homosexualidad masculina se despenaliza parcialmente en el Reino Unido. La canción número 1 en las listas británicas de esa semana es «All You Need Is Love». Posteriormente, 1967 se conocerá como «el año en que nació el pop».

8 de agosto de 1967

Yoko Ono y Tony Cox estrenan en Londres su película *Film n.º 4,* también conocida como *Bottoms (Nalgas)*, que presenta 365 primeros planos de traseros de gente famosa. Yoko afirma haber hecho la película para alentar el diálogo a favor de la paz mundial.

24 de agosto de 1967

John y Cyn, George y Pattie (Boyd) Harrison y Paul McCartney y Jane Asher asisten a una conferencia sobre meditación trascendental (TM) impartida por Maharishi Mahesh Yogi en el hotel Hilton de Londres.

25 de agosto de 1967

Todos los Beatles viajan desde la estación Euston de Londres a Bangor, al norte de Gales, para participar en un seminario de fin de semana impartido por el Maharishi. John sube al tren, pero Cyn queda atrapada entre la multitud, pierde el tren y se ve obligada a hacer el viaje en coche. Ya consciente de que su matrimonio se está desintegrando, Cyn considera el incidente como un mal presagio.

27 de agosto de 1967

Brian Epstein muere en Londres por sobredosis de barbitúricos. Ninguno de sus obituarios se refiere a su homosexualidad. John interpreta su muerte como un anuncio de la disolución de los Beatles.

La banda concibe la idea para la película de televisión de la BBC *Magical Mystery Tour* como un medio para actuar como grupo, ahora que han dejado de hacer giras.

11-25 de septiembre de 1967

Los Beatles ruedan *Magical Mystery Tour*. Gran parte transcurre en West Malling, Kent, Devon Cornwall (la mayoría de las imágenes no fueron utilizadas), y también en el Soho de Londres y el sur de Francia. Sin Epstein para guiarlos, el proyecto fracasa.

27 de noviembre de 1967

Lanzamiento como elepé en Estados Unidos de la banda sonora de *Magical Mystery Tour*. En el Reino Unido los temas de la película se publicaron en un doble EP el 8 de diciembre de 1967.

26 de diciembre de 1967

La BBC emite *Magical Mystery Tour*. Ridiculizada como pesada y autocomplaciente, la película es el primer fracaso de los Beatles. Su gracia salvadora es la música. Entre sus canciones, destaca «I Am the Walrus», de John, a quien no le afectan las críticas cosechadas por la película. Los críticos musicales perciben que está cediendo a Paul el puesto de líder de los Beatles.

Enero 1968

Los Beatles crean la empresa Apple Corps para reemplazar a la compañía que hasta entonces había administrado las finanzas de la banda, Beatles Ltd. De ahora en adelante, tendrán un control completo sobre sus asuntos artísticos y comerciales. Esa es la idea, al menos.

4 de febrero de 1968

Más tarde, ese mismo mes de febrero, los Beatles graban «Lady Madonna» de Paul y «Across the Universe» de John en los estudios EMI de Abbey Road. El juego de palabras, la poesía y la melodía asombrosamente hermosa de esta última la destacan como una de las mejores creaciones de John. Sin embargo, la canción se archiva y se convertirá en el comienzo del proyecto del álbum *Let It Be*. «Lady Madonna» se lanza como un *single* de relleno para cubrir su próxima ausencia.

Más tarde, ese mismo mes de febrero, los Beatles, junto con varios amigos, viajan a Rishikesh, en las estribaciones del Himalaya, en la India, para seguir estudiando meditación trascendental con el Maharishi. El hechizo se rompe cuando este es acusado de hacer proposiciones deshonestas a la actriz Mia Farrow. John se lleva un desengaño.

Mayo de 1968

Mientras Cyn está de vacaciones con amigos en Grecia, John invita a Yoko Ono a la casa que tiene en Weybridge. Graban música y hacen el amor por primera vez. John decide abandonar inmediatamente a Cyn e irse a vivir con Yoko, a quien considera el alma gemela que ha estado esperando toda su vida. A pesar de la reacción en contra de la prensa, los más cercanos a John dicen que Yoko es lo mejor que le ha pasado. A su regreso de vacaciones, Cyn se encuentra con que otra

mujer se ha apoderado tanto de su hogar como de su esposo y opta por marcharse. John y Yoko están tan unidos que él la describe como «yo mismo siendo arrastrado». El público británico se vuelve contra John por abandonar a su esposa, a su hijo y el «ideal de los Beatles».

30 de mayo de 1968

Los Beatles empiezan a trabajar en *The White Album*. El trabajo se prolonga hasta el 14 de octubre de 1968.

15 de junio de 1968

Primera aparición pública de John y Yoko juntos en un espectáculo improvisado en el que plantan un par de bellotas en los terrenos que rodean la catedral de Coventry. Él mira al este, ella al oeste, en un gesto que simboliza tanto su amor mutuo como la fusión de sus respectivas culturas.

18 de junio de 1968

John y Yoko asisten en el teatro Old Vic de Londres a la adaptación teatral del libro de John *In His Own Write*. Gran cobertura de la prensa al día siguiente.

1 de julio de 1968

La primera gran exposición artística de John, *You Are Here*, se abre en la galería Robert Fraser, de Duke Street, en Londres, inspirada en gran medida por el arte de Yoko. Durante la exhibición, John y Yoko sueltan 365 globos llenos de helio de los que cuelga una etiqueta con una nota de John y una dirección para su devolución. John monta en cólera cuando la mayoría de las etiquetas que recibe contienen comentarios negativos sobre Yoko. John lleva a Yoko a las sesiones de grabación de los Beatles para *The White Album*, rompiendo así la regla tácita del grupo de mantener a las esposas lejos de las sesiones de trabajo. John no se inmuta por las protestas, porque no quiere estar separado de su alma gemela. Yoko no solo irrita a los componentes del grupo al intentar cantar, sino que incluso les ofrece consejos musicales.

22 de agosto de 1968

Cynthia Lennon demanda a John por divorcio, debido a su adulterio con Yoko. John no presenta alegaciones.

4 de septiembre de 1968

Los Beatles ruedan en los estudios Twickenham Film la segunda de sus últimas tres presentaciones en vivo, una serie de clips promocionales para «Hey Jude» y «Revolution». Dirigida por Michael Lindsay-Hogg,

cuenta con una orquesta de treinta y seis músicos con corbata blanca. Trescientos extras, muchos de ellos habitantes locales, más los fans del grupo que habitualmente rondan por los estudios EMI, fueron contratados para el rodaje. También está presente el presentador de televisión David Frost, que estrenará los clips en su programa *Frost on Saturday*, cuatro días después.

18 de octubre de 1968

John y Yoko son arrestados en el apartamento que Ringo tiene en Montagu Square, Londres, por posesión de cannabis y obstrucción a la labor policial.

8 de noviembre de 1968

Los tribunales declaran divorciados a Cynthia y a John.

21 de noviembre de 1968

A sus treinta y cinco años, Yoko sufre un aborto y pierde al hijo de John a los cinco meses de embarazo. Es ingresada en el hospital Queen Charlotte's de Londres, y John permanece a su lado en todo momento. Su conducta supone un marcado contraste con la forma en que trató a Cynthia durante su embarazo y el nacimiento de su hijo Julian. Es el primero de los tres abortos involuntarios que Yoko sufrirá estando con John. El bebé debía nacer en febrero de 1970. Justo antes de perderlo, graban los latidos de su corazón y luego los incluyen su álbum de 1969 *Life with the Lions*, seguidos de un silencio de dos minutos. El bebé recibe el nombre de John Ono Lennon II y está enterrado en un lugar secreto.

22 de noviembre de 1968

Aparece el álbum *The Beatles*, que se conocerá como *The White Album*, bajo el sello del grupo, Apple. El lanzamiento anuncia el comienzo de la ruptura de los Beatles. Mientras Apple Music avanza, las otras actividades de la empresa se tragan sus beneficios. Los contables protestan. Comienza la lucha interna entre los miembros de la banda. Ringo se cansa pronto del mal ambiente. A George le molesta que Paul y John no se tomen en serio su labor de composición y su musicalización. John está harto de que Paul esté imponiendo sus criterios y de su obsesión por sí mismo. Paul no soporta la creciente excentricidad de John y que meta a Yoko en todo. John y Paul ya no están en la misma sintonía cuando componen. La ruptura está a la vuelta de la esquina.

29 de noviembre de 1968

John y Yoko lanzan *Unfinished Music No. 1: Two Virgins*, grabado durante la primera noche que pasaron juntos en la casa de John y Cynthia. En la portada aparecen los dos en un desnudo frontal completo. La contraportada son ellos vistos desde atrás. La música es una mezcla de graznidos ininteligibles, gorjeos y efectos de sonido.

1969

Es el año del cambio para los Beatles.

El proyecto *Let It Be* sigue adelante y se convertirá en el duodécimo y último álbum de estudio del grupo, aunque se grabó antes que *Abbey Road.* Las sesiones de grabación de *Abbey Road* se ven constantemente interrumpidas por las desavenencias entre los miembros del grupo. Apple Corps pierde dinero a espuertas. John insiste en poner al frente de la empresa al famoso empresario discográfico Allen Klein. Paul quiere que sea John Eastman (su futuro cuñado, dado que su pareja es la fotógrafa Linda Eastman). George y Ringo apoyan la idea de John. Los altercados se suceden. Los trabajos para sacar *Let It Be* se interrumpen y vuelven a empezar entre marzo y abril de 1970.

13 de enero de 1969

Lanzamiento de la banda sonora de *Yellow Submarine*.

20 de enero de 1969

Richard Nixon jura como trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos.

30 de enero de 1969

La última presentación pública en vivo de los Beatles tiene lugar en la azotea de la sede de Apple Corps en el número 3 de Savile Row, Londres. El teclista Billy Preston toca con ellos. Las imágenes de la actuación aparecerán en la película *Let it Be*.

2 de febrero de 1969

Se confirma el divorcio de Yoko Ono y Tony Cox. Yoko recibe la custodia de su hija Kyoko.

3 de febrero de 1969

Allen Klein es nombrado consejero delegado, después de una audiencia en el Tribunal Superior de Londres para disolver la sociedad de los Beatles.

La negativa de Paul a aceptar a Klein intensifica los problemas dentro del grupo.

22 de febrero-20 de agosto de 1969

La grabación del álbum *Abbey Road* tiene lugar en los estudios EMI de Abbey Road, Olympic y Trident.

John se dedica cada vez más a proyectos en solitario. Prefiere trabajar y experimentar con Yoko que trabajar con los Beatles. Aunque ha decidido seguir adelante por su cuenta, contribuye al álbum con canciones extraordinarias como «Because», «Come Together» y «I Want You (She's so Heavy)».

No hay planes inmediatos para disolverse. Los Beatles siguen siendo amigos y planean grabar juntos en el futuro.

20 de marzo de 1969

John y Yoko se casan en Gibraltar y pasan una semana de luna de miel en la habitación 902 del Hilton de Ámsterdam, en una encamada a favor de la paz. A continuación, dan una conferencia de prensa, siguiendo los principios del bolsismo de Yoko, en el hotel Sacher en Viena, durante la cual acuñan el lema: «Todo lo que decimos es démosle una oportunidad a la paz». La pareja también promociona su película de vanguardia *Rape*. Otras creaciones cinematográficas, entre 1968 y 1972, son *Smile*, *Self-Portrait* —un primer plano de quince minutos del pene de John—, *Erection* —centrada en la construcción del hotel Intercontinental de Londres—, *Up Your Legs* —donde aparecen las piernas de 331 personas sobre un fondo de voces—, *Apotheosis* y *Fly*, que muestran, respectivamente, un breve vuelo en globo entre las nubes, con John y Yoko vestidos con capuchas y capas, y un insecto sobre un cuerpo femenino desnudo.

Mayo de 1969

A John se le niega el visado de entrada en Estados Unidos como visitante. Los Ono-Lennon deciden llevar su mensaje a Canadá.

26 de mayo-2 de junio de 1969

John y Yoko organizan su segunda encamada por la paz, esta vez en el hotel Queen Elizabeth de Montreal, Quebec. John compone y graba «Give Peace a Chance» durante su estancia en la cama. La canción está acreditada como de Lennon y McCartney, pero, en realidad, es el primer lanzamiento individual de la Plastic Ono Band.

8 de junio de 1969

El presidente norteamericano Richard Nixon y el presidente de Vietnam del Sur Nguyen Van Thieu se reúnen en la isla Midway, un atolón en el Pacífico Norte, equidistante entre Asia y América del Norte.

Nixon anuncia que en, septiembre, Estados Unidos retirará de Vietnam veinticinco mil soldados.

28 de junio de 1969

Los disturbios de Stonewall, en la ciudad de Nueva York, marcan el comienzo del movimiento en favor de los derechos de los homosexuales.

1 de julio de 1969

Mientras está de vacaciones en las Tierras Altas de Escocia, John tiene un accidente conduciendo el automóvil en el que van Yoko, embarazada, y sus hijos, Julian y Kyoko. Todos acaban en el hospital Lawson Memorial de Golspie. John, Yoko y Kyoko reciben puntos de sutura por lesiones importantes en la cara y la cabeza.

3 de julio de 1969

Brian Jones, miembro de los Rolling Stones, es hallado ahogado en la piscina de su casa de Sussex, en Inglaterra. Tiene veintisiete años.

20 de julio de 1969

El Apolo 11 transporta a los astronautas Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins a la Luna. Armstrong y Aldrin alunizan en la superficie del satélite. Los tres regresan sanos y salvos a salvo a la Tierra.

8 de agosto de 1969, 11.30 horas

Los Beatles son inmortalizados por el fotógrafo Iain Macmillan cruzando el paso de cebra en Abbey Road, cerca de los estudios de grabación.

La imagen se usará en la portada del álbum que será su canto del cisne, y se convertirá en una de las portadas de álbumes más reconocidas y queridas de todos los tiempos.

9 de agosto de 1969

Los miembros de la banda de Charles Manson asesinan a Sharon Tate, embarazada de nueve meses, y a sus amigos en la mansión que el matrimonio Polanski tiene en Los Ángeles.

15-18 de agosto de 1969

Se celebra el Festival de Woodstock, en White Lake, estado de Nueva York. Participan Ravi Shankar, Joan Baez, Janis Joplin, The Who, Jefferson Airplane. Shankar no está contento con las condiciones del festival y se distanciará del movimiento *hippie* durante la década de 1970. Bob Dylan boicotea Woodstock y viaja al Reino Unido para encabezar el Festival de la Isla de Wight, del 30 al 31 de agosto, ante

una multitud estimada de ciento cincuenta mil asistentes. Otros artistas destacados son The Band, The Pretty Things, The Nice, The Who, Bonzo Dog Doo-Dah Band y Joe Cocker. Entre los muchos invitados famosos están John y Yoko, Ringo y su esposa Maureen, George con Pattie Boyd, la actriz y activista Jane Fonda y Keith Richards, de los Stones.

Septiembre de 1969

La Plastic Ono Band aparece por primera vez en el Rock and Roll Revival Festival de Toronto, donde participan artistas populares de los años cincuenta y sesenta.

20 de septiembre de 1969

Los Beatles se reúnen en la sede de Apple para discutir su próximo álbum. Ringo está ausente debido a una enfermedad. También se discute un nuevo sencillo. John propone su propia composición más reciente, «Cold Turkey», pero Paul y George la rechazan. John graba la canción de todos modos con la Plastic Ono Band, después de haberles dicho a los demás «me voy» y «se acabó». Esto marca el verdadero final de los Beatles, no el comunicado de prensa oficial de Paul el 10 de abril de 1970. La ruptura se produce cuando John, el creador de la banda, abandona el grupo. Tiene veintinueve años.

26 de septiembre de 1969, Reino Unido (1 de octubre, Estados Unidos)

Lanzamiento del álbum *Abbey Road*. Las críticas no son unánimemente favorables, pero en la actualidad es ampliamente considerado como el mejor de los Beatles.

15 de octubre de 1969

Cientos de miles de personas participan en manifestaciones por todo Estados Unidos para pedir la retirada de las tropas y «poner fin a la guerra en Vietnam».

Yoko sufre otro aborto involuntario.

13-15 de noviembre de 1969

Entre doscientas cincuenta mil y quinientas mil personas realizan una manifestación pacífica en Washington D. C., la «Marcha contra la Muerte».

25 de noviembre de 1969

John devuelve su MBE a su majestad la reina.

6 de diciembre de 1969

El concierto gratuito de Altamont, en el norte de California,

organizado por los Rolling Stones como el «Woodstock del Oeste», se vuelve violento y pasa a la historia como el «final de los años sesenta».

John y Yoko continúan esforzándose por copar los titulares con sus campañas y caprichos para llamar la atención sobre sus opiniones políticas y su actividad artística, que están transformando rápidamente en la misma cosa. Logran transmitir sus mensajes, pero es a costa de su prestigio.

En diciembre, los Lennon-Ono inician una campaña para limpiar el nombre de James Hanratty, uno de los últimos reos ahorcados en Gran Bretaña. Se las arreglan para promover la paz en todo el mundo erigiendo enormes vallas publicitarias en once ciudades donde se lee: «¡La guerra ha terminado!, si es lo que deseas. Feliz Navidad de parte de John y Yoko».

Enero de 1970

John y Yoko se cortan el pelo y declaran 1970 «Año 1 para la Paz».

6 de febrero de 1970, Reino Unido (20 de febrero, Estados Unidos)

Los Ono-Lennon lanzan su sencillo «Instant Karma (We All Shine On)».

1 de abril de 1970, Día de los Inocentes

Los Ono-Lennon publican un comunicado de prensa en broma, anunciando que se van a someter a cambio de sexo.

Empiezan los problemas con el exmarido de Yoko, Tony Cox, por la custodia de su hija Kyoko. Los Ono-Lennon persiguen a Cox y Kyoko hasta Mallorca. Cox huye con Kyoko a Houston, Texas, la ciudad natal de su nueva compañera, Melinda Kendall. El estrés pasa factura a John y a Yoko.

23 de abril de 1970

Los Lennon-Ono vuelan a Los Ángeles para someterse a un tratamiento psiquiátrico de cuatro meses con el doctor Arthur Janov, el descubridor de la «terapia primal». John se enfrenta a sus inseguridades más profundas: el abandono de su padre, la muerte de su madre y el odio hacia sí mismo. La pareja regresa a Inglaterra, y John habla de esos tres temas en las canciones del que será su primer álbum de estudio como solista.

18 de septiembre de 1970

Jimi Hendrix, de veintisiete años, es encontrado muerto en un hotel de Londres por sobredosis de barbitúricos.

4 de octubre de 1970

Janis Joplin, de veintisiete años, es encontrada muerta por sobredosis de heroína en el Landmark Motor Hotel de Los Ángeles.

26 de septiembre-23 de octubre de 1970

John graba el álbum *John Lennon/Plastic Ono Band* en los estudios Abbey Road de Londres y en los estudios Ascot Sound de su casa de Tittenhurst Park, Berkshire.

11 de diciembre de 1970

Lanzamiento del álbum *John Lennon/Plastic Ono Band*. Su tema es «enfrenta tus problemas». Muy aclamado, contiene canciones destacadas como «Working Class Hero» y «Mother».

11-12 de febrero (y 24 de mayo-5 de julio) de 1971

John graba el álbum *Imagine* en el Ascot Sound Studios, el Record Plant de Nueva York y en los estudios Abbey Road.

12 de marzo de 1971, Reino Unido (22 de marzo, Estados Unidos)

John lanza «Power to the People». John y Yoko adoptan claramente una postura más directa y rebelde.

3 de julio de 1971

Coincidiendo con el segundo aniversario de la muerte del Rolling Stone Brian Jones, el líder, letrista y poeta de The Doors, Jim Morrison, de veintisiete años, es encontrado muerto en el cuarto de baño de su casa de París.

1 de agosto de 1971

George Harrison y Ravi Shankar organizan el concierto para Bangladesh en el Madison Square Garden de Nueva York. Es el primer concierto benéfico de la historia y se realiza en ayuda de los refugiados bengalíes tras el ciclón de 1970 y las atrocidades durante la Guerra de Liberación de Bangladesh. Ringo, Bob Dylan y Eric Clapton figuran entre los invitados.

3 de septiembre de 1971 (algunos informes indican el 31 de agosto)

John y Yoko salen de Inglaterra hacia Nueva York, en un breve viaje para localizar a Kyoko. John nunca más volverá a su país de nacimiento. Se instalan en el hotel St. Regis; luego se trasladan a un piso de dos habitaciones en West Village, donde atraen a activistas políticos con la intención de apartar a Richard Nixon del poder. John y Yoko participan en manifestaciones de protesta y conciertos benéficos, algunos dudosos. Graban otro álbum, *Some Time in New*

York City. El FBI se interesa cada vez más en sus actividades. Después de que su canción de protesta «John Sinclair» ayude a la liberación de un individuo condenado por posesión de marihuana, el presidente Nixon intensifica la vigilancia de los Lennon.

9 de septiembre de 1971

Lanzamiento del álbum *Imagine*. Incluye la canción «Imagine», que se convertirá en su icono. También figuran «Crippled Inside», «Jealous Guy» y «How Do You Sleep?». Esta última es un mensaje sarcástico e insultante a Paul, una respuesta mordaz a las puyas que Paul le había lanzado en su álbum *RAM*.

28 y 31 de octubre de 1971

John graba «Happy Xmas (War Is Over)» en los estudios Record Plant de Nueva York. La melodía se basa en una vieja canción popular inglesa, «Skewball». Es el séptimo lanzamiento de John sin los Beatles y desde entonces se ha convertido en una balada de protesta de Vietnam y en un clásico de Navidad.

1 de diciembre de 1971, Estados Unidos (24 de noviembre de 1972 en el Reino Unido)

«Happy Xmas (War Is Over)» aparece en Estados Unidos. Su lanzamiento en el Reino Unido se retrasa hasta casi un año después, el 24 de noviembre de 1972, debido a una disputa de derechos con el editor, Northern Songs. John es el primer exBeatle en lanzar una canción navideña. «Ding Dong, Ding Dong», de George Harrison, llegó más tarde, en 1974; «Wonderful Christmas Time», de Paul, en 1979; y el álbum de Ringo *Wanna Be Santa Claus*, en 1999.

John habla de recorrer Estados Unidos para protestar contra la campaña de reelección de Nixon en 1972. Con la edad para votar a punto de reducirse a dieciocho años, a Nixon le preocupa el poder de Lennon para influir en el electorado más joven. Tras los ataques de John contra él en el álbum *Imagine*, con canciones como «Gimme Some Truth», el presidente no tiene dudas acerca de la postura del músico. Los agentes del FBI empiezan a espiar los conciertos de John y descubren que tiene antecedentes en Inglaterra por posesión de marihuana, cosa que debería haberle impedido que entrara en Estados Unidos. El visado de turista de John está a punto de caducar. Nixon ve su oportunidad. Al principio, John cree que los coches que lo siguen y los pinchazos de su teléfono son cosas de su imaginación, pero no tarda en captar el mensaje. Comienza una larga batalla legal.

17 de marzo de 1972

Ringo lanza el sencillo «Back off Boogaloo», producido por George Harrison, y cita a su amigo Marc Bolan como inspirador de la letra. Se rumorea que Marc, que está en la cresta de la ola tras el éxito de su segundo álbum con T. Rex, *Electric Warrior* (el álbum más vendido de 1971, más tarde votado como el número 160 en los quinientos mejores álbumes de todos los tiempos por la revista *Rolling Stone*), contribuyó a la grabación. El disco de Ringo alcanza el número 9 en el *hot 100* de Estados Unidos. Con su segundo puesto en las listas del Reino Unido, es el mayor éxito nacional de Starr. Al día siguiente, Bolan da dos conciertos en Wembley Empire Pool, donde la locura de los fans sobrepasa la Beatlemanía. Ringo filma el espectáculo para un documental encargado por Apple Films. Se amplía la duración del documental con escenas de la casa de John y de Yoko, Tittenhurst Park, donde Ringo está instalado, y con una sesión improvisada en Apple Studios, donde Elton John toca el piano y Ringo la batería. Unas semanas más tarde, Marc Bolan, su esposa June, George Harrison y Ringo parten hacia Cannes para unas vacaciones en barco. La película de Ringo, *Born to Boogie*, se estrena en el Oscar 1 Cinema de Brewer Street, en el Soho. Resulta un fracaso de taquilla, y los distribuidores estadounidenses la rechazan. El siguiente abril, Bolan graba una demostración en los estudios AIR de George Martin para el álbum homónimo de Ringo, pero la pieza no es incluida en la versión final del disco.

18 de abril de 1972

John y Yoko se entrevistan con las autoridades de Inmigración. Estas emiten una orden de deportación para John y le dan sesenta días para salir de Estados Unidos.

Mayo de 1972

John da marcha atrás y confirma que no actuará en la campaña contra la reelección de Nixon. Busca el apoyo de algunos amigos, incluidos Bob Dylan, Joseph Heller, Leonard Bernstein y Joan Baez, para que respalden su apelación de permanecer en Estados Unidos.

12 de junio de 1972, Estados Unidos (15 de septiembre de 1972, Reino Unido)

Aparece el álbum *Some Time in New York City* con la banda The Elephant's Memory and Invisible Strings de Greenwich Village. Las críticas no son buenas. El lanzamiento en el Reino Unido se aplaza

nuevamente por una disputa con el editor Northern Songs. La revista *Rolling Stone* dice que John está cometiendo un «suicidio artístico prematuro», debido a su enfoque en cuestiones políticas y sociales como la crisis de Irlanda del Norte o los tiroteos en la prisión estatal de Attica. John parece, por primera vez, superado por la situación. En el Reino Unido, canciones como «The Luck of the Irish» y «Sunday Bloody Sunday» son consideradas ofensivas, especialmente porque John ha preferido abandonar Inglaterra y residir en Nueva York.

17 de junio de 1972

Estalla el escándalo del Watergate en Washington D. C. Cuarenta y ocho funcionarios de la Administración de Nixon se ven salpicados.

30 de agosto de 1972

John y Yoko dan dos conciertos en el Madison Square Garden. John compra entradas por un valor de 59.000 dólares y las regala a sus fans. También dona millón y medio de dólares para personas con discapacidades mentales y físicas. Aunque aparecerá un par de veces más en lo alto de un escenario, estos dos conciertos serán los últimos de su vida.

Noviembre de 1972

Richard Nixon es reelegido presidente por amplia mayoría.

23 de diciembre de 1972

Se estrena la película *Imagine*. Rodada principalmente en Tittenhurst Park, presenta a una pareja de enamorados perfectamente sintonizada. La realidad es menos agradable. Inmersos en problemas legales y en la continua búsqueda de una Kyoko que parece haber desaparecido, desilusionados con sus actividades políticas, el matrimonio está en crisis.

Abril de 1973

John y Yoko se mudan al exclusivo edificio Dakota, en el Upper West Side de Nueva York.

Julio de 1973

Se descubre que el presidente Nixon dispone de un sistema secreto de grabación. La prensa destapa la conexión de la Casa Blanca con los robos de Watergate. Se demuestra que Nixon ha aprobado planes para entorpecer la investigación.

Julio-agosto de 1973

John graba el álbum *Mind Games* en los estudios Record Plant de Nueva York. Es la primera grabación producida por el propio Lennon.

El trabajo en el álbum marca el comienzo de su separación de Yoko. Es la propia Yoko la que organiza la aventura extraconyugal de su marido con May Pang, una asistente de producción que ha trabajado con los Lennon desde 1970. Pang se convierte en la compañera y amante de John durante año y medio, tiempo que John bautizará como su «fin de semana perdido», inspirándose en el título de la película de 1945 en la que Ray Milland protagoniza a un escritor alcohólico.

29 de octubre de 1973, Estados Unidos (16 de noviembre, Reino Unido)

Lanzamiento del álbum *Mind Games*.

Octubre de 1973

John y May viajan a Los Ángeles para promocionar *Mind Games* y se quedan en la ciudad. Sin Yoko para manejarlo, John bebe mucho. Decide grabar un álbum con clásicos del rock and roll. Pang lo alienta para que restablezca relaciones con su hijo Julian, a quien hace cuatro años que no ha visto.

Durante los meses que pasa con Pang, John alcanza un *top* 10 con «# 9Dream» y un *top* 20 con su versión de «Stand By Me». Trabaja con David Bowie en «Fame» y con Elton John en su versión de «Lucy in the Sky with Diamonds». Le regala a Ringo «Good Night Vienna»; «Rock and Roll People», a Johnny Winter; y «Move Over Ms. L», a Keith Moon.

Marzo-mayo de 1974

John produce el álbum de Harry Nilsson *Pussy Cats*, cuyo título hace referencia a toda la mala prensa que han estado recibiendo por su comportamiento borracho y violento en Los Ángeles. Ringo, Klaus Voormann y Keith Moon se encuentran entre los músicos invitados.

13 de marzo de 1974

John y Nilsson son expulsados del club Troubadour de Los Ángeles por comportamiento violento.

Yoko contacta con John y le pide que vuelva al Dakota para hablar de un programa de tratamiento para su adicción a la nicotina. La pareja ha estado en contacto todos los días durante su separación. John le suplica a Yoko que le permita regresar a casa, pero ella se niega.

28 de marzo de 1974

Durante las sesiones de *Pussy Cat*, en los estudios Burbank de Los Ángeles, John disfruta de una sesión improvisada con Paul McCartney. Es la última vez que tocarán juntos en un estudio de grabación. También es el único momento, entre la ruptura de los Beatles y el asesinato de John en 1980, en que tocan juntos. Hablan de grabaciones futuras.

Julio-agosto de 1974

John graba su quinto álbum de estudio en solitario, *Walls and Bridges*, en los estudios Record Plant de Nueva York.

5 de agosto de 1974

El presidente Nixon se declara culpable de haber mentido al país.

9 de agosto de 1974

Nixon renuncia a la presidencia. Es el único presidente de Estados Unidos en renunciar a su cargo. El karma, aunque no del todo instantáneo, es lo suficientemente bueno para John.

26 de septiembre de 1974

Lanzamiento del álbum *Walls and Bridges*. Las canciones más destacadas son «Whatever Gets You through the Night» y «#9 Dream». Elton John colabora en el disco y apuesta con John que será un número 1. Lennon es el único exBeatle que nunca ha tenido número 1 en solitario. John acepta actuar con Elton en el Madison Square Garden si lo logra. Lo logra y tocará con Elton.

20 de noviembre de 1974

John vuela a Boston para ver el concierto de Elton John en el Boston Garden. Quiere prepararse para su próxima aparición en Nueva York y abordar su miedo escénico.

28 de noviembre de 1974

John aparece con Elton John en el Madison Square Garden. Será la última aparición importante de John en un concierto. Interpreta «Whatever Gets You through the Night», «Lucy in the Sky with Diamonds» y «I Saw Her Standing There». John ha comprado entradas para Yoko. Ella y John se vuelven a ver entre bastidores después del espectáculo. John se va con May Pang. Poco después, John y Yoko comienzan a salir.

Navidad de 1974

John pasa la Navidad en Florida con May Pang y su hijo Julian. Visitan Disneyworld, en Orlando.

Mediados de enero de 1975 (May Pang recuerda la primera semana de febrero de 1975)
John y Yoko vuelven a vivir juntos en el Dakota y alegan que su separación ha sido «un fracaso».
17 de febrero de 1975
Aparece *Rock'n'Roll*, el sexto álbum en solitario de John compuesto por canciones de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. La cubierta presenta una foto antigua de John ante la puerta de un club de Hamburgo, tomada por Jürgen Vollmer en abril de 1961. El álbum es aclamado por la crítica.
18 de abril de 1975
John hace su última aparición pública e interviene como invitado en el programa de televisión *Salute to Lew Grade*.
7 de octubre de 1975
La orden de deportación de John es revocada por la Corte Suprema del estado de Nueva York.
9 de octubre de 1975
A sus cuarenta y dos años, y coincidiendo con el trigésimo quinto aniversario de John, Yoko da a luz por cesárea a su hijo Sean Taro Lennon en un hospital de Nueva York.
26 de enero de 1976
El contrato de los Beatles con EMI expira. John ya no tiene obligación de grabar discos por contrato.
1 de abril de 1976
El padre de John, Freddie Lennon, muere de cáncer en Brighton, Sussex, a los sesenta y tres años. Él y John han estado en contacto constante durante sus últimos días de vida.
27 de julio de 1976
John finalmente recibe su tarjeta verde de Estados Unidos. Por primera vez en cinco años, es libre de viajar fuera del país sin el temor de que se le niegue la reentrada. Durante los últimos cuatro veranos de la vida de John, la familia pasa largas vacaciones en Japón, visitando Tokyo, Kyoto y Karuizawa. John se enamora de la cultura, el arte y el estilo de vida japoneses, conoce a sus suegros y viaja con frecuencia a otros países.
20 de enero de 1977
John y Yoko asisten a la gala inaugural de Jimmy Carter, trigésimo noveno presidente de Estados Unidos. John es oficialmente *persona*

grata.

John y Yoko vuelan a través de Ginebra a El Cairo, Egipto, y son fotografiados en las pirámides de Guiza. Más tarde, las noticias aseguran que participan en una excavación arqueológica secreta y compran objetos de arte egipcio.

16 de agosto de 1977

Elvis Presley muere en Memphis, Tennessee, a los cuarenta y dos años.

16 de septiembre de 1977

Marc Bolan, de veintinueve años, muere en un accidente automovilístico en el Barnes Common de Londres.

Septiembre-octubre de 1977

John, Yoko y Sean viajan a Japón para unas largas vacaciones.

4 de octubre de 1977

John y Yoko dan una conferencia de prensa en el hotel Okura de Tokyo, en la que John anuncia un largo periodo de retiro de la música. Los medios bautizan a John el «Howard Hughes del rock».

John da la espalda a la industria de la música, se convierte en amo de casa y cuida a su hijo recién nacido mientras Yoko se ocupa de los negocios. Yoko se dedica a desentrañar la maraña de asuntos legales y financieros relacionados con los Beatles y a aumentar el valor de su patrimonio, mientras John se ocupa de Sean y le enseña a leer, escribir y dibujar.

Cuidar de Sean reaviva su interés en su propia infancia, perdida hace mucho tiempo. Le pide a su tía Mimi que le envíe sus dibujos, poemas, pinturas, informes escolares, uniformes y otros recuerdos.

John todavía escribe canciones y graba demos en privado, pero pasa la mayor parte del tiempo soñando despierto, mirando televisión y leyendo, haciendo dibujos e historietas y escribiendo poemas. Después de su muerte, los mejores son recopilados y publicados como un libro, *Skywriting by Word of Mouth*.

Mayo-junio de 1978

Corren rumores de que los Lennon-Ono están en París.

20 de marzo de 1979

John y Yoko celebran su décimo aniversario de boda.

27 de mayo de 1979

John y Yoko publican una carta abierta en el *Sunday Times* del Reino Unido, titulada «Una carta de amor de John y Yoko, dirigida a las

personas que nos preguntan qué, cuándo y por qué», para que sus fans sepan que tanto ellos como Sean están bien. Parecen felices juntos.

Tras haber hecho campaña durante años por la paz mundial, John finalmente parece en paz consigo mismo. También empieza a mostrase paranoico con la actitud de los fans más radicales, pero conoce a Paul Goresh, un fan que se convierte en su compañero de caminatas.

20 de marzo de 1980

John y Yoko celebran su undécimo aniversario de boda en su casa en West Palm Beach, Florida. John le regala a Yoko quinientas gardenias frescas y un corazón de diamantes. Yoko le regala a John un Rolls-Royce clásico.

A finales de la primavera, la prensa informa que John viaja solo a Ciudad del Cabo, Sudáfrica, donde se hospeda en el exclusivo hotel Mount Nelson con el nombre falso de míster Greenwood. Algunas fuentes dicen que sube a meditar a Table Mountain. El 26 de mayo de 1980, Día de los Caídos, llama desde Sudáfrica a May Pang y tiene su última conversación con ella. También se rumorea que John, solo o con Yoko, ha visitado España, Alemania, Hong Kong y otros destinos durante este periodo, ya fuera con su avión privado o por mar. La tía Mimi afirmará posteriormente que John la visitó en secreto, en su casa de Sandbanks, en Dorset, poco antes de su asesinato.

4 de junio de 1980

John navega desde Newport, Rhode Island, a Hamilton, en las Bermudas, en el velero Megan Jaye. La singladura de dos meses se convierte en una aventura cuando tienen que sobrevivir a una tormenta.

Profundamente afectado y rejuvenecido por la experiencia, John reanuda la composición en serio. Compone «Watching the Wheels», «Getting Over» y «Woman», las primeras canciones para un nuevo álbum después de su largo periodo de alejamiento del mundo de la música. Sean, de cuatro años, se une a él en Bermudas. Yoko los visita.

28 de julio de 1980

John regresa a Nueva York en avión, para planificar la grabación del álbum *Double Fantasy*.

4 de agosto de 1980

John y Yoko reanudan su carrera discográfica y firman un acuerdo con David Geffen. Igualmente, reanudan el contacto con los medios.

7 de agosto-19 de octubre de 1980

John y Yoko graban *Double Fantasy* en los estudios Hit Factory de Nueva York.

9 de octubre de 1980

Con ocasión del cuarenta cumpleaños de John y del quinto de Sean, Yoko alquila un avión para que escriba: «Feliz cumpleaños, John y Sean. Os ama, Yoko» en el cielo de Nueva York.

17 de noviembre de 1980

Lanzamiento del álbum *Double Fantasy*. Es el quinto álbum de John y Yoko, y el séptimo y último álbum de estudio lanzado por John durante su vida. Es mal recibido por la crítica. Después del asesinato de John, tres semanas después de su lanzamiento, se convierte en un éxito mundial y gana el premio de álbum del año 1981 durante la vigésima cuarta entrega anual de los premios Grammy. Cuenta con siete canciones de John y siete de Yoko, alternadas. El álbum restablece a John como uno de los grandes compositores y comunicadores líricos del siglo xx y muestra su brillante voz de roquero. Entre las canciones destacan «(Just Like) Starting Over», «I'm Losing You», «Woman», «Watching the Wheels» y «Beautiful Boy (Darling Boy)». John y Yoko también hacen una demostración de su siguiente álbum y hablan de una gira mundial. Tras abandonar las drogas duras, la carne y el azúcar (aunque no los cigarrillos fuertes ni el café negro), a los cuarenta años John goza de buena salud.

6 de diciembre de 1980

John y Yoko conceden una entrevista a Andy Peebles, de BBC Radio, en Nueva York. La conversación gira en torno al brillante futuro que los espera.

8 de diciembre de 1980

John da su última entrevista a RKO Radio en el Dakota.

Esa tarde, él y Yoko son fotografiados por Annie Leibovitz en su casa, para la portada de *Rolling Stone*. John vuelve a posar desnudo, mientras que Yoko lo hace completamente vestida.

A las 16.15, John y Yoko salen hacia el estudio de grabación (algunos informes dicen al Hit Factory, otros que al Record Plant), para mezclar la nueva canción de Yoko, «Walking on Thin Ice». Fuera de su edificio, el fan Paul Goresh les muestra fotos que les ha tomado. Otro fan, llamado Mark David Chapman, da vueltas por ahí. John le

firma su ejemplar de *Double Fantasy*. Goresh fotografía a John y a Mark juntos.

A las 22.50 horas, John y Yoko regresan a casa. Chapman está esperando. Cuando John sale de su automóvil frente al edificio (un hecho inusual, dado que su conductor normalmente los deja en la seguridad del patio privado del Dakota), Chapman le dispara cinco balas. Cuatro de ellas lo alcanzan de lleno. John es llevado al hospital por agentes de policía.

John muere a las 23.07 en el hospital Roosevelt de Nueva York (desde entonces rebautizado como Mount Sinai West).

9/10/11 de diciembre de 1980 (todas las fechas indicadas)

El cuerpo de John es incinerado en el cementerio de Ferncliff, Hartsdale, estado de Nueva York, a cuarenta kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York. Yoko no consulta con su familia en Inglaterra sobre el destino de sus restos. A veces ha insinuado que conservó sus cenizas en una urna «debajo de su cama», pero también ha declarado que las dispersó en Central Park, en el mismo lugar donde ahora se levanta Strawberry Fields, el monumento en memoria de John.

Domingo 14 de diciembre de 1980

A las 14.00 horas, cuatrocientas mil personas se congregan en Central Park para mantener, con millones de personas en todo el mundo, diez minutos de silencio en recuerdo de John.

24 de agosto de 1981

Mark David Chapman se declara culpable de asesinato en segundo grado y es sentenciado de veinte años de prisión a cadena perpetua.[2] De este modo, ve su condena reducida en cinco años, y el caso no requiere un juicio largo y costoso.

9 de enero de 1984, Reino Unido (27 de enero, Estados Unidos)

Aparece *Milk and Honey*, el último álbum de John y Yoko juntos. Constituye una muestra de la música que John llevaba dentro, y de lo mucho que ha perdido el mundo con su muerte. Las mejores canciones son «Borrowed Time» y las demos «Let Me Count the Ways» y «Grow Old with Me».

15 de octubre de 1984

Julian Lennon, con veintiún años, lanza su álbum debut *Valotte*, cuyo sencillo «Too Late for Goodbyes» alcanza el *top* 10 (en el Reino Unido y Estados Unidos). El álbum, llamado así por el castillo francés en el que compuso las canciones, es nominado a los premios Grammy. Se lo

dedica: «A mi madre Cynthia y a mi padre», y se mezcla en los estudios Hit Factory de Nueva York, en la misma consola utilizada por John y Yoko para *Double Fantasy*.

Marzo 1986

Julian lanza su segundo álbum, *The Secret Value of Daydreaming*.

1 de abril de 1987

Julian Lennon aparece como The Baker en el musical de Mike Batt *The Hunting of the Snark* en el Royal Albert Hall de Londres. Sus siguientes dos álbumes son *Mr Jordan*, de marzo de 1989, y *Help Yourself*, de agosto de 1991.

Durante un tiempo, se retira del negocio de la música para concentrarse en otras actividades, como la cocina, la fotografía y la filantropía. En mayo de 1998, regresa con su quinto álbum, *Photograph Smile*. En 2009, lanza la White Feather Foundation, en apoyo de las preocupaciones ambientales, ecológicas y humanitarias. Publica en 2010 un libro sobre su colección de recuerdos de los Beatles, que inició tras la muerte de su padre. Al año siguiente, en octubre, lanza su sexto álbum *Everything Changes*.

9 de octubre de 1988

Mona Best muere a los sesenta y cuatro años, el mismo día del cuarenta y ocho cumpleaños de John.

Ese mismo año, George Martin es galardonado con el título de comandante de la Orden del Imperio Británico (CBE).

1991

Después de haber escrito música con su madre desde muy joven, Sean Ono Lennon, de dieciséis años, comienza su propia carrera, coescribiendo «All I Ever Wanted» con Lenny Kravitz para el álbum de este último *Mama Said*. Más adelante, funda, colabora y actúa con varias bandas, incluidas Cibo Matto y Claypool Lennon Delirium. Lanza su álbum debut como solista, *Into the Sun*, en 1998. La continuación, *Friendly Fire*, aparece ocho años después, en octubre de 2006.

6 de diciembre de 1991

Tía Mimi muere en su casa en Dorset, a los ochenta y cinco años.

22 de abril de 1994

Muere Richard Nixon.

1996

George Martin es nombrado caballero, y se convierte en sir, en

reconocimiento por los servicios prestados a la industria de la música y la cultura popular.

11 de marzo de 1997

Paul McCartney es nombrado caballero y se convierte en sir Paul McCartney.

7 de diciembre de 2000

El día antes del vigésimo aniversario de la muerte de John, se descubre una placa conmemorativa en Mendips. En marzo de 2002, Yoko compra las casa de Mendips y la dona al National Trust, quien la devuelve a su aspecto original.

Yoko y su hija Kyoko se reencuentran después de treinta años de distanciamiento. Kyoko tenía siete años cuando su padre desapareció con ella. Yoko se convierte en abuela. En agosto de 2020, Kyoko cumple cincuenta y siete años.

29 de noviembre de 2001

George Harrison muere en casa de un amigo, en Los Ángeles, a la edad de cincuenta y ocho años. Sus cenizas son dispersadas durante una ceremonia hindú en los ríos Ganges y Yamuna, en la India. Deja casi 100 millones de libras esterlinas en su testamento.

10 de abril de 2006

Cynthia Lennon publica su segundo libro de memorias sobre su exmarido, titulado *John*.[3]

9 de octubre de 2007

Coincidiendo con el que habría sido el sesenta y siete cumpleaños de John, Yoko presenta su monumento *Columna de la paz* en la isla Videy, en Reykjavik, Islandia. Su lema es: «Mantened la luz en vuestros corazones y sabed que no estáis solos» (<www.imaginepeace.com>).

9 de octubre de 2010

Julian y Cynthia inauguran el *Monumento a la paz John Lennon* en Liverpool, coincidiendo con el que habría sido el setenta cumpleaños de John.

Febrero de 2012

Mendips y la casa del número 20 de Forthlin Road, los hogares de la infancia de John y Paul, donde escribieron canciones tanto individualmente como juntos, son inscritos en el grado 2 de la lista de Patrimonio inglés.

15 de noviembre de 2013-23 de febrero de 2014

Al acercarse a su ochenta y un cumpleaños, Yoko inaugura en el Museo de Arte Contemporáneo de Sídney, en Australia, *¡La guerra ha terminado! (Si tú quieres)*, una exposición retrospectiva de su trabajo.

1 de abril de 2015

Cynthia Lennon muere de cáncer en su casa en Mallorca, España, a los setenta y cinco años.

8 de marzo de 2016

Sir George Martin muere en Wiltshire, a los noventa años.

24 de marzo de 2017

Pete Shotton, amigo de la infancia de John, muere de un ataque al corazón en Cheshire, Inglaterra, a los setenta y cinco años.

20 de marzo de 2018

Ringo Starr se convierte en sir Ringo, el último Beatle nombrado caballero por el duque de Cambridge en el palacio de Buckingham. Debido a que este título no se otorga a título póstumo, ni George Harrison ni John Lennon recibirán nunca tratamiento de sir.

Mayo de 2018

Yoko inaugura en el Museo de Liverpool la exposición *Double Fantasy* acerca de su vida y su trabajo con John, como parte de su campaña Imagine Peace. La exposición atrae a más de trescientos mil visitantes el día de su apertura y se convierte en una de las más exitosas del museo. Es la primera en mostrar la química personal y creativa entre John y Yoko, y presenta muchos objetos, posesiones personales y recuerdos que nunca antes se habían exhibido.

14 de diciembre de 2018

Sean Lennon, Mark Ronson y Miley Cyrus graban una versión de «Happy Xmas (War Is Over)» de John y Yoko. El trío interpretará la canción el 15 de diciembre en el programa *Saturday Night Live* de la NBC TV.

18 de febrero de 2020

Yoko Ono Lennon cumple ochenta y siete años. Sigue manteniendo vivo el recuerdo de John, en nombre de la paz mundial.

En otras palabras...

¿No crees que los Beatles dieron hasta la última maldita cosa que tenían para llegar a ser los Beatles? Eso se llevó por delante buena parte de nuestra juventud, toda ella, mejor dicho. Cuando todo el mundo andaba de fiesta por ahí, nosotros no hacíamos más que trabajar las veinticuatro horas del día.

JOHN LENNON

Solamente hay dos cosas que me interesan en el mundo de la música pop: el rock and roll y la poesía de vanguardia. En cuanto a los grupos, solo hay uno que me interesa: Marc Bolan y T. Rex. Es el único que me emociona, y espero poder coincidir de nuevo con ellos. Su música es rock del bueno, tiene mucho ritmo y *swing*, pero sobre todo son sus letras las que me alucinan. Tiene una manera de escribir que es nueva. Nunca he escuchado unas letras tan divertidas ni auténticas como las suyas. Aparte de algunas excepciones norteamericanas, Marc Bolan es el único que me ha llamado la atención, y creo que la mitología que lo envuelve también es auténtica. Dentro de poco sacará un libro de poesía, y estoy impaciente por poder leerlo. Marc Bolan es el único que puede suceder a los Beatles.

JOHN LENNON

Devolvieron a los británicos la ilusión de que volvíamos a ser importantes. Y nos encanta oír eso, tío. ¡Vaya si nos encanta!

DAVID BOWIE

Lo que hizo destacar a los Beatles por encima de todos los demás fue que estaban preparados para cambiar, para hacer cosas diferentes. Ninguno de sus discos fue una copia del anterior. Nunca fuimos víctimas del síndrome de *La guerra de las galaxias II*, nunca repetimos lo mismo con un nombre distinto.

SIR GEORGE MARTIN, comendador de la Orden del Imperio Británico

En mi país, los Beatles cogieron la sociedad y le dieron la vuelta. Acabábamos de salir de la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial, y los Beatles dijeron: «Esto se acabó». Crearon un sistema de creencias que no iba sobre el dinero, aunque el dinero obviamente tiene un papel que desempeñar, o sobre la religión o la guerra. Se trataba de que la cultura impulsara la sociedad, de que fuéramos jóvenes y no como nuestros padres. Se trataba de la belleza, del placer y del disfrute. Se trataba del amor.

DANNY BOYLE, director de *Yesterday*

Los Beatles son mi modelo de negocio. Eran cuatro tíos que sabían controlar sus tendencias negativas y se equilibraban mutuamente. En su caso, el total era superior a la suma de los elementos. Así es como yo veo los negocios. En el mundo de los negocios, las grandes hazañas nunca las hace una sola persona, sino un equipo de gente.

STEVE JOBS

Íbamos conduciendo por Colorado con la radio puesta y ocho de las diez canciones principales eran de los Beatles, «I Wanna Hold Your Hand» y otras de su primera época. Hacían cosas que nadie hacía. Sus acordes eran fabulosos, simplemente fabulosos, y sus armonías encajaban a la perfección. Para mí, estaban marcando la dirección que la música debía seguir.

BOB DYLAN

Me encantan los Beatles. ¿Qué más puedo decir? No te voy a mentir, los adoro. Me hacen sentir feliz. Creo que fueron los mejores y que lo siguen siendo.

LIAM GALLAGHER

No creo que haya nadie que esté a la altura de los Beatles, ni siquiera Oasis.

BRIAN MAY

Aquello era diferente, cambió el panorama. Cuatro chavales que cantaban y tocaban, que escribían su propio material... El rock and roll entró a mi casa, donde no parecía haber escapatoria, y abrió todo un mundo de posibilidades.

BRUCE SPRINGSTEEN

Esa única actuación [en *The Ed Sullivan Show*] me cambió la vida... Hasta ese momento, nunca se me había ocurrido hacer carrera como músico de rock, pero entonces vi a esos cuatro tíos que no parecían haber salido de la fábrica de estrellas de Hollywood, que tocaban sus propias canciones e instrumentos y, sobre todo, podías ver aquella mirada en la cara de John Lennon, que siempre parecía estar diciendo «jódete». Y me dije: «Sintonizo con ellos, tengo algo en común con estos tíos, soy como estos tíos. Esto es lo que quiero hacer: tocar en una banda de rock».

BILLY JOEL

Su fanfarronería era solo superficial. Solía quitarse las gafas, esas gafas de abuela, y decir: «¡Oye, que soy yo!». Eran como un muro, ¿sabes?, un escudo. Esos son los momentos que atesoro.

Hablé con Yoko el día después de que lo mataran, y lo primero que me dijo fue: «John te tenía mucho cariño».

SIR JAMES PAUL MCCARTNEY, de la Orden
de los Compañeros de Honor y miembro de la Orden del Imperio Británico

Mucha gente se encontraba en estado de *shock*, como yo... Estuve en Nueva York, en su piso del Dakota, y se mostró encantador. Iba por la casa, preparaba las comidas y escuchaba mucha música india, lo cual me sorprendió. Poco a poco había acabado gustándole.

La cuestión era que yo llevaba mucho tiempo sin verlo. Quiero decir que, por lo que yo sabía, podía estar allí o no, porque hacía dos años que no lo había visto. De vez en cuando me mandaba una postal, y entonces era como si me dijera que estaba al otro lado del teléfono en caso de que quisiera llamarlo. La diferencia es esa, que ahora necesito el gran teléfono cósmico para hablar con él... Supongo que la vida continúa, de modo que no puedo ponerme triste... Todos volvemos a encontrarnos en algún momento del camino.

GEORGE HARRISON, miembro de la Orden del Imperio Británico

Que un hijo de puta se lo cargara es algo que todavía me supera.

Cogimos un avión a Nueva York y nos plantamos en su casa. «¿Qué podemos hacer? —pregunté—. Podéis jugar con Sean, mantenerlo ocupado», contestó Yoko. Y eso fue lo que hicimos.

Echo de menos su amistad. Echo de menos salir con él. Echo de menos... que no estemos juntos ahora mismo. Eso es lo que añoro. ¿Sabes? Voy mucho a Nueva York y paso a saludar a Yoko, y todo es una mierda. Aun así, sigo llevándolo en el corazón.

SIR RICHARD STARKEY (RINGO STARR),
miembro de la Orden del Imperio Británico

En lo que se refiere a la música, John Lennon siempre buscaba lo imposible, lo inalcanzable. Nunca se daba por satisfecho.

SIR GEORGE MARTIN, comendador de la Orden del Imperio Británico

Papá podía hablar al mundo entero a voz en grito de paz y amor, pero nunca supo decírselo a los que se suponía que éramos importantes para él.

JULIAN LENNON

Tengo muchos recuerdos de algo tan sencillo como hablar con él, pasar el rato y ver la televisión. Cuando venía a darme las buenas noches era un momento íntimo. Solo estábamos él y yo, y había algo tan relajante en su voz... Era entonces cuando hacía eso tan simpático con las luces. Las encendía y las apagaba al ritmo de lo que fuera que dijera. Si decía «buenas noches, Sean», las luces se apagaban (hace un chasquido). Simplemente, hacía que me sintiera muy arropado.

SEAN LENNON

Puede que el hecho de que fuera una persona muy franca molestara a cierta gente. John era muy directo con todo el mundo, y creo que acabó pagando un precio muy alto por ello... Aunque a veces también se aprovechaba, me parece.

YOKO ONO

Creo que acabó encontrando su lugar, pero yo diría que nunca se sintió completamente satisfecho con la vida, porque era de los que siempre andan buscando más, algo nuevo. Me refiero a que al final iba a regresar a Inglaterra, antes de que lo mataran, de manera que estaba buscando constantemente nuevos objetivos. En cualquier caso, hiciera lo que hiciera, siempre lo hacía con el corazón en la mano.

CYNTHIA LENNON

Lennon era una persona dotada de un gran talento y, por encima de todo, alguien sensible. Él y sus colegas marcaron el estándar con el que seguimos midiendo la música contemporánea.

FRANK SINATRA

Los cuarenta es una edad demasiado temprana para dejar este mundo, pero como artista que soy, la manera en que Lennon fue asesinado me parece terrible y trágica. Fue uno de los más grandes innovadores musicales de este mundo, y estoy seguro de que mucha gente lo echará de menos y llorará su ausencia, especialmente los que somos sus colegas.

SMOKEY ROBINSON

Lo vi por primera vez en Londres, en 1963. Los Ronettes eran el grupo más famoso de Inglaterra en aquellos momentos. Nos vio y se puso en contacto con nuestro mánager, así que montamos una fiesta y bailamos toda la noche con los muchachos y les enseñamos los bailes de Nueva York. A John le gustaba no solo mi voz. [...] Yo tenía solo diecinueve años y empezaba a triunfar, y él sabía cosas. [...] Nos cruzamos en la calle, años después, y me llamó por mi nombre: «¡Ronnie!». Me di la vuelta y fue tan jodidamente genial [...]. Le dispararon justo después de eso [...]. Estaba tan hecho polvo que me quedé en la cama durante una semana. Me rompió el corazón. Siempre pienso en John Lennon cada vez que estoy en el estudio de grabación. No puedo evitarlo. Él es mi espíritu que me habla y me dice: «No te rindas».

RONNIE SPECTOR

El fin de semana que fuimos a Bangor (en Gales, donde el Maharishi iba a dar una conferencia) fue muy intenso porque todos cogimos el tren para ir hasta allí: los Beatles, Mick Jagger y yo, y también el Maharishi. Durante el fin de semana nos enteramos de que Epstein había muerto de una sobredosis, y a John le afectó mucho. Me habría gustado hacer el viaje a la India, no porque me cayera bien el Maharishi, sino por estar allí y poder escuchar las charlas con Lennon y ver cómo iba la cosa. Me habría encantado estar allí para verlo. ¿Su legado? Es difícil expresarlo con palabras. Me refiero a que no sé, cambió el mundo de la música pop para siempre, ¿no?

MARIANNE FAITHFULL

John me caía muy bien. Era con él con quien me llevaba mejor. No es que fuéramos íntimos, pero siempre tuvimos una buena relación. Cuando los

Beatles y los Stones dejamos de tocar en clubes, no nos vimos mucho más hasta que se separó de Yoko, allá por 1974, y volvimos a nuestra antigua amistad. Pero cuando volvió con Yoko, fue como si entrara en fase de hibernación. Cuando a veces iba a visitar a amigos que vivían en el Dakota le dejaba una nota diciendo: «Estoy en la puerta de al lado. Sé que no quieres ver a nadie, pero si cambias de opinión, llámame, por favor». Nunca me llamó.

MICK JAGGER

Me cuesta recordar cuándo conocí a John. Supongo que debió de ser allá por 1974, cuando empezamos a dar vueltas por ahí juntos. Era uno de los socialistas más agudos y brillantes que he conocido jamás, un socialista en el verdadero sentido de la palabra, no en el sentido político, sino en el humanista. Además tenía un sentido del humor muy ácido, que yo, siendo inglés como soy, me encantaba. Pensé que seríamos amigos para siempre y que nos llevaríamos cada vez mejor. Sí, fantasías.

DAVID BOWIE

Realmente, amaba a John. Y cuando amas tanto a alguien, no creo que puedas superar su muerte.

SIR ELTON HERCULES JOHN,
comendador de la Orden del Imperio Británico

Recuerdo haber oído sobre la muerte de John Lennon cuando yo estaba en Florida. Me estaba despertando después de una sesión que se había alargado hasta altas horas de la noche en los estudios. Aún hoy, me sigo arrepintiendo de no haber dejado la grabación para ir a presentar mis respetos ante el Dakota. John era mi héroe absoluto.

BARRY BLUE

La música que escribía era lo que sentía. Siempre escribía la verdad. John solía decir: «Cojo la verdad y le pongo ritmo y rima». John era su música, pero también era sumamente generoso, y no lo digo en el sentido material, que lo era. Me refiero a que si le caías bien y confiaba en ti, te daba algo de sí mismo que podías conservar para siempre.

JACK DOUGLAS, ingeniero de sonido de *Imagine* y productor de *Double Fantasy*

Estaba tan desolada por la pena que cogí a mi pareja Hilary, nos instalamos en la cama con una botella de Bailey's y empezamos a ver horas y horas de programación. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

MIRIAM STOCKLEY, cantante y compositora anglosudafricana

Me encontré con John varias veces en Los Ángeles y en Nueva York por casualidad, porque coincidíamos en el mismo sitio de la ciudad, y no le importaba si me unía a él, aunque estuviera con otra gente. Creo que fue en la tercera ocasión, después de haberle hecho una larga entrevista para *Melody*

Maker, me lancé y le pedí su número de teléfono. Me contestó que no lo sabía, que Yoko se ocupaba de esas cosas, pero añadió que si quería ponerme en contacto con él le enviara un telegrama al Dakota con mi número, que si estaba en casa, me devolvería la llamada. Hicimos esto tres o cuatro veces. Concerté dos entrevistas más de esa manera, nunca a través de relaciones públicas. Ray Coleman (el escritor) solía pedirme que le consiguiera unas palabras de John sobre esto o aquello. En otra ocasión, hablamos de sus problemas con Inmigración. «Hola, Chris, soy Johnny Beatle», decía cuando llamaba. Finalmente, me dio un número de su oficina privada. Todavía lo tengo anotado en mi viejo directorio telefónico de esa época. Asistí a la vista el día en que le concedieron la tarjeta verde. Al finalizar, lo vi en la calle, sosteniéndola en alto, y le dije que no era verde, ¡que era azul![1] Se echó a reír. Estaba tan feliz ese día. La última vez que le envié un cable fue poco después de esto. No me devolvió la llamada, pero me envió una postal. Todavía la conservo.

CHRIS CHARLESWORTH, periodista, autor y exeditor gerente de *Omnibus Press*[I]

John Lennon es la figura más importante de la música desde los años cincuenta. Es el mejor considerado, por delante de Michael Jackson y por delante de Elvis Presley, muy por delante; lo cual no quiere decir necesariamente que sea justo. Paul McCartney, por ejemplo, es mejor compositor que él y escribe unas melodías fantásticas. El estilo de componer de John es más funcional. Si juntas todas sus canciones, la verdad es que no tiene tantas. Lo que está claro es que lo duradero de su popularidad tiene que ver con el hecho de que fuera asesinado. Eso le dio un aura de romanticismo. La pregunta es si seguiría siendo reverenciado hoy en día de seguir vivo. Y no estoy tan seguro. Con esto no pretendo quitar mérito a su inteligencia, a su increíble conocimiento de la música contemporánea ni a su habilidad para lograr que el mundo de la música, y el mundo en general, se plegara a sus normas. Es indudable que John fue quien impulsó todas las ideas nuevas y experimentales que salieron de los Beatles y que era el único miembro del grupo que estaba interesado en cómo funcionaba el negocio de la música.

SIMON NAPIER-BELL, productor discográfico, compositor,
mánager de artistas, escritor y realizador cinematográfico

Canciones en homenaje a John

«Here Today»: escrita por Paul McCartney, para su álbum *Tug of War*, 1982.

«I'm Outta Time»: escrita por Oasis, para su álbum *Out Your Soul*, 2008.[1]

«Edge of Seventeen»: escrita por Stevie Nicks, para su primer álbum en solitario *Bella Donna*, 1981.

«All Those Years Ago»: escrita por George Harrison, para su álbum *Somewhere in England*, 1981.

«Life Is Real»: escrita por Freddie Mercury, para el álbum de Queen's *Hot Space*, 1982.

«11:07 p. m.»: escrita por Dizzy Mizz Lizzy, 1996.

«I Just Shot John Lennon»: escrita por The Cranberries, para su álbum *To the Faithful Departed*, 1996.

«Ballad of John Lennon»: escrita por The Elect.[2]

«Roll on John»: escrita por Bob Dylan, para su álbum *Tempest*, 2012.

«Empty Garden (Hey Johnny)»: escrita por Elton John y Bernie Taupin, para su álbum *Jump Up!*, 1982.

«Moonlight Shadow»: escrita por Mike Oldfield.[3]

Música

La obra completa de los Beatles, compuesta por doce álbumes (hay quien dice que solo fueron once, porque no cuentan la banda sonora de la película *Yellow Submarine*, pero otros aseguran que fueron trece, porque incluyen el *EP Magical Mistery Tour*, que, aunque no fue concebido como un álbum, fue distribuido en algunos países como tal) se grabó en un periodo de solo siete años.

Álbumes de los Beatles[1]

Please Please Me (1963)
With The Beatles (1963)
A Hard Day's Night (1964)
Beatles For Sale (1964)
Help! (1965)
Rubber Soul (1965)
Revolver (1966)
Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band (1967)
The Beatles (The White Album) (1968)
Yellow Submarine (1969)
Abbey Road (1969)[2]
Let It Be (1970)

Magical Mystery Tour fue lanzado en el Reino Unido como un doble EP en 1967, pero apareció en formato de álbum en Estados Unidos y en otros países.

Recopilaciones de los Beatles

The Red Album, 1962-1966 (1973)
The Blue Album, 1967-1970 (1973)
The Beatles at the Hollywood Bowl (1977)
The Beatles Past Masters (1988-2009)
The Beatles Live at the BBC (1994)
Anthology 1 (1995)
Anthology 2 (1996)
Anthology 3 (1996)

1 (The Beatles One) (2000)[3]
Love (2006)

Álbumes de John Lennon

Unfinished Music No. 1: Two Virgins (1968)
Unfinished Music No. 2: Life with the Lions (1969)
Wedding Album (1969)
Live Peace in Toronto (1969)
John Lennon/Plastic Ono Band (1970)
Imagine (1971)
Some Time in New York City (1972)
Mind Games (1973)
Walls and Bridges (1974)
Rock 'n' Roll (1975)
Shaved Fish (1975): recoge todos discos sencillos de John, como artista en solitario, lanzados en Estados Unidos hasta esa fecha (salvo «Stand by Me», que había sido lanzado antes). Este fue el único recopilatorio de sus canciones sin los Beatles que se lanzó estando él vivo, y el último para el sello Apple.
Double Fantasy (1980)
Milk and Honey (1984)

Recopilaciones de John Lennon

Live in New York City (1986)
Menlove Avenue (1986)
John Lennon Anthology (1998)
Wonsaponatime (1998)
Acoustic (2004)
John Lennon Signature Box (2010)

Canciones de los Beatles favoritas de la autora

Esta lista la componen solamente mis canciones favoritas; de lo contrario sería interminable.

Una de las cosas que más sorprenden de los Beatles es que tienen música para todos los gustos imaginables. Aquellos que lo deseen pueden tuitearme sus canciones preferidas a @LAJwriter. De ese modo podremos comparar nuestros gustos.

¿Cuántas canciones tienen en total los Beatles? Depende. El catálogo principal contiene doscientas trece canciones (de las cuales, unas pocas cuentan con más de una versión); de ellas, 188 son originales y el resto, versiones de canciones ajenas. Sin embargo, <ultimateclassicrock.com> asegura que los Beatles grabaron y lanzaron de forma oficial doscientas veintisiete canciones, sin contar las piezas en directo o las de la BBC. Tras la disolución del grupo, salieron al mercado más canciones, incluyendo grabaciones en vivo y un montón de demos y segundas tomas que se pueden encontrar en distintas recopilaciones, álbumes en directo, ediciones especiales y todo tipo de remixes. Son muchísimas, y puede que lleguen más.

Con los Beatles, la simplicidad era norma y, al comienzo, empleaban un vocabulario limitado.

Sus primeras canciones hablaban de sentimientos primarios expresados con sencillez. Pocas eran las veces que utilizaban palabras de más de tres sílabas. Destacan *balalaikas* («Back in the USSR»), *kaleidoscope* («Lucy in the Sky with Diamonds») y *Montélimar* («Savoy Truffle»). Las cinco palabras más habituales en sus letras son monosílabos. *You* es la que aparece con más frecuencia (2.262 veces),

seguida por *I* (1.736 veces), *the* (1.355 veces) y *me* (1.060 veces). Utilizaron *girl* solo en 170 ocasiones (yo habría apostado a que más); *baby*, en 300; y *love*, en unas discretas 613;[4] aunque eso no significa que el amor no estuviera cuando menos implícito en todas sus canciones. Y hablando de chicas, sus nombres están presentes en muchos de los temas que escribieron o tomaron prestados: Michelle, Eleanor, Rita, Madonna, Prudence, Martha, Sadie, Julia, Maggie Mae, Anna, Pam, Lizzy, Sally, Lucy, Lucille, Carol, Clarabella, Penny, Mary Jane, Molly, Yoko, Loretta y Lil (a la que todo el mundo conoce como Nancy).

Entre las palabras más raras que usaron destacan: *scrimp* («escatimar») en «When I´m Sixty Four»; *dovetail* («encajar») en «Glass Onion»; *summersets*, («piruetas acrobáticas») y *hogshead* («barrica») en «Being for the Benefit of Mr. Kite»; *hoedown* («fiesta con baile») en «Rocky Raccoon»; *boatswain* («contramaestre») en «Yellow Submarine»; *meander* («meandro») en «Across the Universe»; *chapattis* («chapati») en «What's the New Mary Jane»; y *plasticine* («plastilina») en «Lucy in the Sky with Diamonds».

En sus canciones encontramos abundantes expresiones surrealistas, desde *«brown-underpant-wearing Welsh Rarebit»*, que, en realidad, es queso sobre una tostada, de «Revolution 9»; pasando por la contradicción de *«letting out and letting in»* («dejar salir, dejar entrar»), de «Hey Jude»; la frase sinsentido *«the eggman, the goo g'joob-ing and the semolina pilchard climbing up the Eiffel Tower (what?)»* que encontramos en «I Am the Walrus»; la absurda majestuosidad del *«octopus's garden to Polythene Pam»* («jardín de pulpos para Polythene Pam») de «Abbey Road»; la intraducible frase *«rich man with Brown-bagged money in a zoo»* («hombre rico con dinero en bolsas marrones en un zoológico»), de «Baby You'r a Rich Man»; la semana de ocho días de «Eight Days a Week»; el sol apagando su propia luz en «Good Night»; para terminar con la colección de «dedos artríticos, aparadores, botas de goma, la mezcla de pelusa y piel muerta que se acumula entre los dedos de los pies», y todo el sinsentido que recorre una pieza como «Come Together».

También abundan las referencias a cuestiones puramente británicas: la Cámara de los Lores, el Albert Hall y Blackburn, el Lancashire, en «A Day in Life»; el Servicio Nacional de Salud, en «Dr. Robert»; las monedas de diez chelines en «Mean Mr. Mustard». Y si

continuamos con el National Trust de «Happiness Is a Warm Gun», las gabardinas Mackintosh, el retrato de la reina y los *fish & chips* de «Penny Lane», podríamos seguir eternamente.

Así pues, ¿más innovadores, experimentales e influyentes que cualquier otro grupo de su época o incluso del siglo? Sin duda. En cuanto a reducir todas sus canciones a un solo puñado, lo he intentado, queridos.

«P. S. I Love You», cara B de su primer sencillo «Love Me Do»

Me atrapó desde ese *«you, you, you»*. Lanzada el 5 de octubre de 1962, esta canción apareció en el primer álbum de los Beatles, *Please, Please Me*. Paul escribió la mayor parte de ella estando en Hamburgo, a principios de ese año, seguramente como parte de una carta a su novia del momento, Dot Rhone. Macca lo ha refutado diciendo que se trataba de una simple canción de amor sin destinatario concreto, pero, en cualquier caso, John aportó su granito de arena. Pete Best sustituyó al batería de estudio Andy White, y eso que el grupo ya había contratado a Ringo, que se limitó a tocar las maracas. Posteriormente, Starr intervino en la grabación que la BBC hizo de la canción. Me encanta la pose tímida de los chicos en la carátula del disco.

«Money (That's What I Want)», del álbum *With the Beatles*

Es una versión rhythm and blues, escrita por el fundador de los sellos Tamla y Motown, Berry Gordy, junto con la compositora estadounidense Janie Bradford. La canción original la grabó Barrett Strong en 1959 para el sello Tamla. También la versionaron los Rolling Stones en su primer EP británico, y muchos otros, especialmente los Searchers. Vale la pena escuchar la versión de The Doors, en su álbum *Live in New York* de 1970. La grabación en vivo de los Beatles, realizada en Estocolmo, en octubre de 1963, está en su *Anthology 1*. En ella podemos escuchar a lord Lennon desgañitándose hasta dejarse las cuerdas vocales. Primitivo, salvaje y desgarrador. Incluso mejor, en mi humilde opinión, que su versión de «Twist and Shout».

«I Saw Her Standing There», del álbum *Please Please Me*

Es la que abre el primer álbum de los Beatles. La escribió principalmente Paul, quien al principio la llamó «Seventeen», con aportes de John. Se dice que se inspiró en su novia, Celia Mortimer, que tenía esa edad en ese momento (octubre de 1962). Paul confesó haber plagiado el *riff* del bajo de «I'm Talkin about You» de Chuck Berry (los Beatles también tocaban esa canción: su versión se puede encontrar en su álbum doble *Live! At the Star-Club en Hamburgo, Alemania; 1962*). En las notas de la contracubierta de *Please Please Me*, la canción aparece firmada por «McCartney-Lennon».

«If I Fell», del álbum *A Hard Day's Night*

Es una canción muy subestimada que habla de un tema conocido por todos. Una canción sobre el dolor y el amor, sobre arriesgarse, escrita y cantada principalmente por John, quien la describió como su primer intento de escribir una «balada propiamente dicha», llena de melifluas armonías y complejos cambios de clave. Curiosamente, los Beatles la interpretaron a un ritmo más tranquilo en vivo que cuando la grabaron, y John y Paul se rieron cuando la cantaron. La pieza se lanzó en forma de sencillo en diciembre de 1964, junto con «Tell Me Why» en la cara B. Este fue un disco pensado para la exportación, pero terminó siendo devuelto a Gran Bretaña y vendido directamente en las tiendas con descuento. No llegó a aparecer en las listas y, generalmente, no figura como lanzamiento oficial en el Reino Unido propiamente dicho.

«Things We Said Today», del álbum *A Hard Day's Night*

Es la canción que aparece en la cara B del sencillo «A Hard Day's Night», lanzado en el Reino Unido. La escribió Paul en 1964, mientras estaba de crucero por el Caribe con su pareja de entonces, la actriz Jane Asher, y reflejaba su complicado romance. Tanto Paul como Jane estaban teniendo éxito siendo muy jóvenes, y sus respectivas agendas de trabajo les impedían estar juntos. Al final, tantas separaciones acabaron pasándoles factura. Esta canción tiene un aire premonitorio

de los malos tiempos que se avecinan. Sus cambios de tempo son maravillosos.

«I'll Follow the Sun», del álbum *Beatles for Sale*

Esta canción la escribió Paul en su casa de Forthlin Road cuando tenía dieciséis años. También apareció en varios EP y caras B. Fue un intento deliberado de que sus canciones no se parecieran las unas a las otras. Ringo se encargó de la percusión dándose palmas en las rodillas. Se trata de una canción alegre, muy de vivir el momento, a la que le falta la solemnidad de la otra canción solar de los Beatles, «Here Comes the Sun», de Harrison, así como el rastro de tristeza que se puede leer entre líneas en la alegre melodía de esta última.

«I Feel Fine», sencillo junto con «She's a Woman»

La canción destaca por ser la primera vez que la retroalimentación se usó a propósito como un efecto de sonido durante la grabación. John canta la canción que él mismo escribió, aunque admite que su *riff* se inspiró en el de «Watch Your Step» (1961) de Bobby Parker, que los Beatles habían versionado en vivo. Paul comentó que «What'd Say», de Ray Charles (1959) influyó en la batería de la canción. La cantante pop Alma Cogan hizo su propia versión en su álbum *Alma,* de 1967.

«I Need You», del álbum *Help!*

Ringo hace la percusión con la parte posterior de una guitarra Gibson Jumbo (además de tocar el cencerro), con John en el tambor. Es la voz de George la que suena en la doble pista, tocando una guitarra rítmica acústica y una guitarra solista de doce cuerdas. También fue George quien escribió esta canción, con un tono algo ansioso y abatido, tal vez sobre su amor por la modelo Pattie Boyd, a quien conoció en el set de *A Hard Day's Night* y con quien se casó en enero de 1966.

«You've Got to Hide Your Love Away», de *Help!*

Ya tenemos otra vez a John desnudando su alma, tal como había hecho con «Help!» y «I'm a Loser». Esta canción es a la vez concreta y sombría, y tiene una profundidad psicológica impropia de los veinticuatro años de su autor. Hay quien ha especulado que habla de su frustración por tener que mantener en secreto su matrimonio por miedo a que perjudicara la imagen de los Beatles. Otros dicen que habla de su romance secreto con una mujer anónima; también que trata del daño que le han causado la fama y el dinero. Pero ¿y si fue, en realidad, una canción acerca del mánager de la banda, el gay camuflado Brian Epstein? Fuera lo que fuese, Paul opina que fue el intento de John de marcarse «un Bob Dylan», con un tenor y una flauta en lugar de la armónica. El *«hey!»* fue idea de Pete Shotton.

«Nowhere Man», del álbum *Rubber Soul*

Escrita y cantada por John, fue lanzada como sencillo fuera del Reino Unido y también aparece en la película *Yellow Submarine*. En ella, encontramos a Lennon en su forma más directa de autoanálisis, escribiendo sobre sí mismo en tercera persona, alejándose del esquema «ella me ama, yo la amo», para profundizar y desnudar su interior. Sentado en su casa, con la presión de escribir otra canción contra reloj para *Rubber Soul* y frustrado por la falta de inspiración, al final se cansó y fue a acostarse. Fue entonces cuando la musa se le apareció con la canción completa, música y palabras incluidas. Cuando más tarde John habló de este periodo con los entrevistadores, describió un estado de catatonia casi de manual: un estado mental grave que afecta a los pacientes de depresión o de lo que ahora conocemos como trastorno bipolar o trastorno esquizoafectivo. El individuo catatónico se retira de su entorno, se queda sentado o tumbado, mirando al vacío, y puede dar muestras de rigidez o estupor; no quiere o no puede hablar ni responder, y aún menos moverse. Este estado puede alargarse durante días. Las víctimas también pueden experimentar delirios, alucinaciones y ecolalia, que significa un discurso repetitivo o el eco de sonidos, frases y palabras.

«And Your Bird Can Sing», del álbum *Revolver*

Una canción con un sonido pop-rock estridente, preAllman Brothers Band/Lynyrd Skynyrd. Fue escrita principalmente por John, que luego se encogió de hombros y dijo que la consideraba «otro de mis descartes. Un envoltorio elegante para una caja vacía». Su voz áspera está arropada por armonías sublimes. Tanto Paul como George tocan la guitarra solista en esta canción multipista que parece pedir más.

«Eleanor Rigby», del álbum *Revolver*

Fue incluida en *Revolver*, pero también fue lanzada como un *single* con doble cara A con «Yellow Submarine». Con sus temas de soledad y muerte, es una especie de tragedia griega convertida en canción que en su momento trascendió las convenciones del pop y amplió el atractivo del grupo. Tanto John y Paul como Ringo, George y Pete Shotton pusieron su granito de arena en esta canción, donde ninguno de ellos toca nada, porque el acompañamiento, compuesto por George Martin, lo aporta un cuarteto de cuerda. Paul canta mientras John y George lo acompañan. Sublime.

«Ticket to Ride», del álbum *Help!*

Esta canción aparece también en la película del mismo nombre y como sencillo con «Yes It Is» en la cara B. ¡Ah, el *riff* de George con su Rickenbacker de doce cuerdas! Aunque la canción fue versionada, entre otros, por Mary Wells (a quien la banda adoraba), la amante de John, Alma Cogan, y los Beach Boys, en lo primero que pienso es en la mágica versión de los Carpenters. Una vez más, John y Paul se contradicen entre sí sobre quién contribuyó con qué, aunque lo más probable es que John fuera el autor. Le gustaba describirla como «la primera grabación de heavy metal que se haya hecho». Según él, trataba de las prostitutas de Hamburgo que conocieron durante sus estancias allí. Antes de poder tener relaciones sexuales, aquellas chicas estaban obligadas a mostrar una tarjeta que certificaba que no tenían enfermedades de transmisión sexual. La tarjeta en cuestión, que validaba las relaciones sexuales, era el *«ticket to ride»* («billete para el paseo»).

«Rain», cara B de un sencillo junto con «Paperback Writer»

Con sus aires de himno psicodélico y experimental, con sus melodías exóticas y una grabación que oscila entre lenta y despacio, notable por la parte solista vocal de John y por el gran trabajo de Ringo en la batería, esta canción se presentó como la cara B del sencillo «Paperback Writer», a menudo alabado como el mejor clip musical de los Beatles. Grabada durante las sesiones de *Revolver* (aunque ninguna de ambas canciones fue incluida en el álbum definitivo), presenta las primeras «letras inversas», la técnica hacia atrás también adoptada en «Tomorrow Never Knows». Esta pieza ha sido siempre considerada como el mayor éxito de Ringo. Más tarde, Starr comentaría que estaba «poseído» durante la grabación. Geoff Emerick, el asistente de George Martin, le dio más fuerza al bombo de la batería, colocando el micrófono más cerca y metiendo un jersey de punto en el interior para amortiguar el sonido. El ritmo puede ser a veces desconcertante, pero aun así resulta impresionante. Puede que las drogas la inspiraran, pero lo más probable es que fuera el clima húmedo que los recibió cuando aterrizaron en Sídney durante su primera y su única excursión por Australia en 1964 (como parte de su primera gira mundial). Seguramente, Oasis la habrá escuchado más de una vez.

«Stawberry Fields Forever», «Penny Lane», del sencillo con doble cara A

Estas dos canciones, entre las más importantes que escribieron los Beatles, pasaron a la historia como el mayor arrepentimiento de George Martin. No porque no fueran buenas, sino porque, aun reconociéndolas como las mejores canciones que Paul y John habían escrito (hasta entonces), fueron destinadas al rincón de los sencillos. Ambas deberían haber tenido un lugar en *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, de no haber sido por las exigencias de la compañía discográfica, que reclamaba un sencillo para apaciguar a los fans hasta que saliera el siguiente álbum. Ansioso por evitar acusaciones de reciclar material usado, Martin decidió que toda canción lanzada en forma de sencillo no debía aparecer en un álbum. Según él, el público que compraba discos debía tener la sensación de estar recibiendo una

justa compensación por su dinero (imaginaos tratar de imponer ese estándar hoy).

Estas canciones marcan un punto de inflexión para los Beatles, porque son las primeras que compusieron tras su anuncio de que abandonaban las giras. John escribió «Strawberry Fields» primero. Su ensoñación nostálgica hizo que Paul le diera la réplica con «Penny Lane». Esta es la canción más accesible, encantadora y comercial de las dos, mientras que la primera es misteriosa y vanguardista.

Inspirándose en el poema de Dylan Thomas, «Fern Hill», y en el álbum de los Beach Boys, *Pet Sounds*, Paul se marcó un paseo surrealista y alucinógeno de regreso al barrio pobre de su infancia bajo la lluvia torrencial. Todo muy extraño, pero, al hacerlo, creó una intensa experiencia sentimental. Vale la pena señalar que el nombre Penny Lane se refiere tanto a un vecindario de South Liverpool como a una calle real, una de cuyas características era que en ella estaba ubicada la terminal de autobuses conocida como «la Rotonda». Todavía está en el mismo sitio, al igual que la peluquería donde John, George y Paul se cortaban el pelo cuando eran niños. Ahora con el nombre de Tony Slavin's, el salón todavía posee la tabla de madera en la que sentaban a los niños, por encima de la silla del barbero, para colocarlos a la altura correcta. Lo he visto con mis propios ojos. Adele, la gerente, me permitió sostenerlo. Las iniciales de Harry Bioletti están grabadas en él, y aún hoy lo siguen usando para lo mismo.

Cuando escuchamos «Penny Lane», nos vemos obligados a enfrentarnos a nuestros propios recuerdos de la infancia. ¿Fue realmente así? ¿Eran esos lugares tal como los recordamos, y esas personas eran exactamente quienes pensamos que eran, o nos estamos engañando a nosotros mismos?

El músico de sesión David Mason, a quien Paul contrató después de verlo actuar en la televisión, merece una mención por su exuberante y encantador solo de trompeta.

En cuanto a «Strawberry Fields», más desconcertante y psicodélica, llevaba originalmente el título de «It's Not Too Bad» en recuerdo del hogar infantil que el Ejército de Salvación de Liverpool tenía cerca de la casa de la infancia de John en Woolton. En una ocasión, John jugó en sus bosques y jardines con su pandilla, a pesar de las advertencias de la tía Mimi de que no debían hacerlo. Para él, «Strawberry Fields» es el mejor homenaje que los Beatles podían

ofrecerle. John lo escribió mientras se recuperaba de la muerte de la cantante Alma Cogan, de quien se había enamorado a espaldas de su esposa Cynthia. Las oscuras referencias de la canción reflejan obras filosóficas y religiosas que estaba leyendo en aquel momento. Más tarde, John hablaría de ello como una interpretación musical de lo diferente que se había sentido toda su vida de los demás, y dijo que era un «psicoanálisis con música». Paul, sin embargo, siempre consideró la canción como el homenaje de John a Lewis Carroll y su amor por su poema «Jabberwocky». Sea como sea, lo esencial es que John se entrega a sus recuerdos. «Strawberry Fields» está llena de nostalgia por los lugares de la vida real y al mismo tiempo se distancia de ellos, impresionista pero detallista; huele a LSD y, a la vez, está limpia de toda impureza. Su introducción con el melotrón, las trompetas y los violoncelos es de las que no se olvidan. Uno de los trompetistas, Derek Watkins, alcanzó la fama por derecho propio tras haber interpretado el tema de todas las películas de James Bond, desde el *Dr. No* hasta *Skyfall*.

Las películas promocionales para ambas canciones, junto con las secuencias para «Paperback Writer» y «Rain», fueron de los primeros vídeos musicales, y como tales se conocerían. Con su gran visión del porvenir, McCartney comentó que toda la música pop futura sería una combinación tanto de imágenes como de sonido. *Strawberry Fields Forever* se filmó en el Deer Park de Knole, en Sevenoaks, donde viví durante años y adonde iba a caminar con mi hija mayor, Mia, todos los días después de la escuela.

El monumento conmemorativo de John que se levanta en Central Park, Nueva York, lleva ese nombre en honor a la canción.

«A Day in the Life», última canción del álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*

Compuesta básicamente por John, esta canción legendaria es la obra maestra de los Beatles y ha sido universalmente aclamada como una de las más innovadoras e influyentes de la historia de la música pop. Gracias a su inspiración en noticias del momento, a sus toques psicodélicos, surrealistas e inexplicables, a una cacofonía seguramente impulsada por el LSD, convirtió el arte del rock en un género

transversal e inspiró a Freddie Mercury para componer la obra maestra de Queen, «Bohemian Rapsody».

«She's Leaving Home», del álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*

La canción está basada en el caso de la joven de diecisiete años, Melanie Coe, cuya historia Paul leyó en el *Daily Mirror*.

Al igual que Eleanor Rigby, es una de las pocas canciones de los Beatles en la que ninguno de ellos toca un instrumento (en este sentido, vale la pena escuchar «Within You Without You», del álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, donde los instrumentos indios los tocó el North London Asian Music Circle; o «Good Night», de *The White Album*, donde solo canta Ringo con un fondo de orquesta dirigida por George Martin; y... también «Yesterday», donde Paul canta sobre un fondo de cuerdas y sin batería).

«While My Guitar Gently Weeps», de *The White Album*

Escrita por el guitarra solista del grupo, George Harrison, que por fin había encontrado su talento como compositor, esta canción es una reflexión filosófica sobre la relación de los miembros del grupo tras su estancia en la India con el Maharishi, en 1968. Aunque no figura en los créditos, cuenta con la colaboración de Eric Clapton en la guitarra. George dijo que se había inspirado en un antiguo texto chino del *I Ching*. Desilusionado por cómo se había desarrollado el viaje espiritual de la banda, George también habla del gran tema del amor universal y lamenta el hecho de que la humanidad no haya visto la luz. Una de las mejores canciones de amor, paradójicamente concebida durante un momento de desesperación.

«Julia», de *The White Album*, apareció también como cara B del sencillo de 1976 «Ob-La-Di, Ob-La-Da»

«Cuando no puedo cantar con el corazón, solo puedo decir lo que pienso.» ¿Puede haber algo más doloroso? John escribió esta canción

melancólica sobre su madre mientras estaba con el Maharishi en la India. Donovan, el cantante folk/pop que también estaba presente, le enseñó a tocar la guitarra pellizcando las cuerdas con los dedos. También lo ayudó con la letra, consciente del deseo de John de evocar un estado de ánimo tipo *Alicia en el país de las maravillas*. Tanto es así, que hace tiempo que me pregunto si la adaptación de los versos de Jalil Yibrán fue idea de Donovan o de John. La canción es básicamente John con su guitarra acústica, y constituye su único trabajo en solitario con los Beatles. Es interesante constatar que John parece mencionar a Yoko cuando canta *«Julia, oceanchild, calls me»* —recordemos que el nombre de Yoko significa en japonés «hija del océano»—, y puesto que sabemos que solía llamarla «madre», podemos leer todo tipo de significados en esta aparente fusión de Julia y Yoko. Está claro que sus sentimientos por Julia eran confusos, por decirlo suavemente, y que cada relación importante que tuvo con una mujer después de la muerte de esta fue, en realidad, una especie de terapia sustitutiva de la ausencia materna.

«Back in the USSR», de *The White Album*, también fue lanzada como sencillo en 1976 junto con «Twist and Shout» en la cara B

¿Se trata de una parodia de «California Girls», de los Beach Boys? Ojalá lo fuera. Paul retorció y pulió acordes de «Back in the USA» de Chuck Berry y los añadió por si acaso. La canción se convirtió en una irresistible combinación de sátira y rock, pero también atrajo críticas por su aparente postura política. Qué más da. Me encanta ese alarido que parece un motor a reacción. Macca realmente la cantó en la Plaza Roja de Moscú, después de la caída del comunismo, en 2003, lo que debió de ser todo un viaje. Una pena que la British Overseas Airways Corporation no viviera para verlo. Ringo no formaba parte de los Beatles en esa época, ya que había abandonado el grupo como protesta. Sí, y como era un batería estupendo, regresó.

«Across de Universe», del álbum *Let It Be*

Seguro que lleváis toda la vida preguntándoos qué demonios es eso de

«jai guru deva om»? En aquella época no podíamos buscar estas cosas en Internet. Sencillamente, poníamos el disco una y otra vez, y anotábamos la letra de la canción para intentar averiguar qué demonios nos estaba diciendo John. ¿Quién podía saber que era un mantra en sánscrito que quiere decir «alabanzas al gurú divino» o algo parecido? Tampoco sabíamos lo que era TM (meditación trascendental). No éramos más que unos críos. La canción apareció por primera vez en la compilación con fines benéficos *No One's Gonna Change Our World* y posteriormente fue retocada para *Let It Be*. En su momento, John comentó que se la había inspirado algo que Cynthia le había dicho en tono de queja. Pues eso, una queja conyugal convertida en un poético esplendor que desmentía el desagrado que despertaba en John. En esa época, los cuchillos volaban entre Paul y él.

El *medley* de *Abbey Road*

Shakesperiano en su diversidad, es un desparrame de tragedia y comedia, de poesía y drama, de cumbres exquisitas y pozos de desesperación, que culmina en *«the end»*. Verdaderamente embriagador. Una obra maestra.

La canciones de John favoritas de la autora

«Instant Karma!, disco sencillo

¡Todos la destacamos! Mi amigo Chris Welch escribió lo siguiente en *Melody Maker*:

> ¡Éxito instantáneo! John Lennon está cantando mejor que nunca. Dotando de una hermosa cámara de eco roquera sus perversas letras, pero cargadas de significado, y con una excelente batería, constituye la mejor pieza de boogie de los Plastic.

Por cada acción, una reacción. Causa y efecto. Un poco de budismo por aquí y el inminente karma por allá. No está mal. John, todavía Beatle en ese momento, se inspiró para escribir esta canción

después de pasar tiempo con el ex de Yoko, Tony Cox, y con su nueva pareja, Melinda Kendall, quien le llenó la cabeza con un montón de ideas espirituales. El disco fue producido por Phil Spector, recién salido de su retiro y de visita en Londres, y rebosa de su famoso *wall of sound* («muro de sonido»). También colaboraron Klaus Voormann y George Harrison. John se había cortado el pelo sin protestar, lo mismo que Yoko (pero pon la cara B).

«God», del álbum *John Lennon/Plastic Ono Band*

El sueño se acabó. John encarna los años sesenta, y la infructuosa complacencia en doctrinas e idolatrías que supuestamente debían servirnos de guía para que viviéramos una vida plena. Para adornar sus argumentos, John arremete contra todo, desde la realeza hasta los ídolos del rock, pasando por el budismo, el hinduismo, el cristianismo, la política, los textos antiguos y las sectas. Lo mete todo en el mismo saco. Había sido el tejedor de sueños y la morsa, pero en ese momento es solo John.[5] «Solo creo en mí, en Yoko y en mí.» Todo lo que nos dice es que miremos hacia nuestro interior. Como si supiera que «Dios» y el «cielo» siempre han estado ahí.

«Mother», del álbum *John Lennon/Plastic Ono Band*

De acuerdo, McCartney se especializó en el tema materno con canciones como «Lady Madonna», «Your Mother Should Know», «Let It Be» (donde interviene su madre, Mary), «Mother Nature's Son», «Only Mama Knows» and «I Lost my Little Girl», pero aquí tenemos a John «el aullante» para eclipsarlas todas, incluida su propia «Julia».

Por Dios. Desde el toque de difuntos del comienzo hasta los gemidos finales, donde se aprecia el dolor de un niño aterrorizado, esta canción inspirada por la terapia primal de Janov es un estremecedor aullido cargado de pena y abandono. Para ser sinceros, John carga tanto contra su padre como contra su madre. Contra uno, por haberse marchado; contra la otra, por haberlo dejado en manos ajenas. Reconoce que los necesitaba a ambos, pero es evidente que ellos, a él, no. Así pues, que se vayan a paseo. No lo dice así, pero la

desgarrada súplica que subyace cuando canta *«Mama don't go, Daddy come home»* («Mamá, vuelve a casa; papá, no te vayas») demuestra con lacerante claridad que nunca superó lo que ambos le hicieron.

«Jealous Guy», del álbum *Imagine*

Mucha gente cree que fue Bryan Ferry quien compuso esta canción. Así de grande fue el éxito de la versión que Roxy Music hizo de esta pieza diez años después de que apareciera. Áspera, estremecedora y llena de tristeza, John la escribió en la India, con el título inicial de «Child of Nature». Posteriormente, los Beatles hicieron una demo con ella, pero no pasó de ahí. Al final, un día que John estaba perdido en sus recuerdos, como solía ocurrir con frecuencia, la rescató del olvido. La canción es un buen ejemplo de cómo se deshizo de sus actitudes chovinistas y de su desprecio hacia las mujeres. Naturalmente, nunca hubo la menor posibilidad de que Yoko le permitiera poseerla hasta la muerte.

Fue la última canción que John cantó en directo, sin anuncio previo ni acompañamiento, solo él con su guitarra en el bar medio vacío de un hotel japonés. Una especie de anticlímax, por decirlo así. Así es como acaba todo, no con una gran explosión, sino con un suspiro. El vacío y adiós.[6]

«How Do You Sleep», del álbum *Imagine*

John escribió esta canción cuando su colaboración con Paul había dejado de funcionar, los Beatles se habían separado, y entre los miembros el grupo solo se respiraba resentimiento. Fue su manera de vengarse por lo que consideraba una afrenta de Paul dirigida contra él: su canción «Too Many People», incluida en el álbum *RAM* de McCartney. «How Do You Sleep» es una buena canción, pero va demasiado lejos y suelta unos cuantos golpes bajos. ¿Por ejemplo? Pues que todos esos rumores de que Paul había muerto eran ciertos, dice John, Paul no era más que una cara bonita rodeada de aduladores, y la única canción suya que de verdad valía la pena era «Yesterday». Incluso llega a descalificar la obra de Paul diciendo:

«Para mis oídos, solo es muzak».[7] Fue una bajeza que escribiera y grabara una burla tan amarga y despectiva; y se comprende fácilmente que Paul se sintiera ofendido. Lo único cierto es que ambos salieron perdiendo. Más adelante, John quiso quitarle hierro al asunto diciendo que había sido una broma sin malicia. Pues vale. A pesar de todo, la música no está mal.

«Happy Xmas (War Is Over)», disco sencillo

Sí, sí, he visto las cifras de venta de «White Christmas». Bing escuece. Comentarios mordaces aparte, el estándar de John y Yoko, junto con «Fairytale of New York», de The Pogues y Kirsty MacColl, es la canción navideña definitiva. Y no solo eso, está en lo más alto con el «mejor peor disco de 1963», «All I Want for Christmas Is a Beatle», de Dora Bryan. Cómo me gusta ese fabuloso tono airado que tiene.

Ante todo, es una canción de protesta, un himno a la paz con toques paganos donde encontramos un poco de todo, empezando por el Harlem Community Choir y el Children's Choir, pasando por la voz de apoyo de May Pang, los leves susurros con los que John y Yoko felicitan las Navidades a sus hijos, Julian y Kyoko; hasta el tintineo de las campanillas de los trineos de Phil Spector. John canta con una voz preciosa, y Yoko no desafina. La guerra ha terminado. Si queréis.

«Out of the Blue». del álbum *Mind Games*

Bueno, Yoko, la verdad es que inspiraste unas cuantas baladas bastante buenas. Esta, en concreto, es una canción de amor sublime y engañosamente simple. Una oda a la alegría. Dejando a un lado unas cuantas metáforas poco afortunadas, la pieza navega por los distintos géneros musicales como si no estuviera segura de por cual empezar o a cual pertenece, pero al final acaba teniéndolo todo muy claro. Es la música de nuestros sueños porque nos habla de lo que todos deseamos, ese amor verdadero, dos almas y un solo destino. Ojalá.

«#9 Dream», del álbum *Walls and Bridges*

Ese *«böwakawa poussé poussé»* no significa nada para mí ni para ellos tampoco. John soñó esta canción y, de paso, también su letra, indescifrable en cualquier lenguaje humano. May Pang y sus angelicales amigas hacen los coros y ella murmura el nombre de su amante. Es una de las canciones de Lennon que más cuesta escuchar cuando nos sentimos tristes, nostálgicos o furiosos por su muerte. Tiene un aire trágico y lapidario.

«Watching the Weels», del álbum *Double Fantasy*, lanzada como sencillo tras el asesinato de John junto con «Beautiful Boy/ Darling Boy», la canción que dedicó a su hijo Sean

Tenía que dejarlo y lo hizo, se bajó del tiovivo de la música, le dio la espalda a la fama y volvió a poner los pies en el suelo. Había revisado sus prioridades y comprobado que tenía todo lo que era importante para él. Por eso se quedó en casa, para hacer de padre y preparar la cena. La gente no lo entendió entonces, pero lo entiende ahora.

«Grow Old with Me», del álbum *Milk and Honey*

Aquí pasan cosas curiosas. Por un lado, a John se le ocurre una canción estando en las Bermudas, basada en un poema de Robert Browning. Por el otro, Yoko descubre en Nueva York un antiguo poema del mismo Browning sobre la trágica vida de su esposa, Elizabeth Barrett Browning y, cuando se pone a escribir una canción basada en dicho texto, la titula «Let Me Count the Ways» y se le ocurre una idea: ¿son ella y John la reencarnación de los Browning? En fin... Las dos canciones separadas podrían haber aparecido juntas en *Double Fantasy*, de no haber sido por las prisas en el lanzamiento del álbum. Al final, se fusionaron para convertirse en «Grow Old with Me», al igual que lo hicieron sus autores, o pretendieron hacer. Lo mejor estaba todavía por llegar.

Bibliografía escogida y recomendaciones

The Holy Bible, versión del rey Jacobo, Oxford University Press (existen numerosas trad. cast.; véase, por ejemplo, la Biblia de la Conferencia Episcopal Española, <https://conferenciaepiscopal.es/biblia/>).

Baird, Julia & Giuliano, Geoffrey, *John Lennon My Brother*, Grafton Books, 1988 (trad. cast.: *John Lennon, mi hermano*, Madrid, Temas de Hoy, 1989).

Baird, Julia, *Imagine this: Growing up with my brother John Lennon,* Hodder & Stoughton, 2007 (trad. cast.: *Imagine This: creciendo con mi hermano John Lennon*, Barcelona, Teofilo Edicions. 2020).

Beatles Book, The, Omnibus Press, 1985.

Beatles Lyrics, The, Futura Publications, 1974.

Bedford, Carol, *Waiting for the Beatles*, Blandford Press, 1984.

Best, Pete, y Doncaster, Patrick, *Beatle! The Pete Best Story*, Plexus Publishing Ltd., 1985.

Bramwell, Tony, *My Life with the Beatles*, Thomas Dunne Books, 2005.

Brown, Peter, y Gaines, Steve, *The Love You Make*, MacMillan, Londres, 1983.

Burger, Jeff, *Lennon on Lennon: Conversations with John Lennon*, Chicago Review Press, 2016.

Clayton, Marie, y Thomas, Gareth, *John Lennon Unseen Archives*, Paragon/Daily Mail/Atlantic Publishing, 2002.

Coleman, Ray, *John Winston Lennon*, 2 vols., Sidgwick & Jackson, 1984.

Connolly, Ray, *Being John Lennon*, Weidenfeld & Nicolson, 2018.

Davies, Hunter, *The Beatles*, Heinemann, 1968 (trad. cast.: *Los Beatles*, Caralt Editores, 1968).

—, (ed.), *The John Lennon Letters*, Weidenfeld & Nicolson, 2012 (trad. cast.: *Las cartas de John Lennon*, Barcelona, Timun Mas, 2013).

Edmunds, Richard A., *Inside the Beatles Family Tree*, A. R. Heritage Publishing, 2018.
Epstein, Brian, *A Cellarful of Noise*, Souvenir Press, 1964.
Faithfull, Marianne, *Faithfull*, Michael Joseph, 1994 (trad. cast.: *Marianne Faithfull, una autobiografía*, Madrid, Celeste, 1995).
Giuliano, Geoffrey, *The Beatles A Celebration*, Sidgwick & Jackson, 1986 (trad. cast.: *Beatles, treinta años de música y recuerdos,* Madrid, La Máscara, 1992).
—, *Blackbird: The Unauthorised Biography of Paul McCartney*, Smith Gryphon Ltd., 1991.
Goldman, Albert, *The Lives of John Lennon*, Bantam Press, 1988 (trad. cast.: *Las vidas de John Lennon,* Barcelona, Plaza & Janés, 1989).
Goodden, Joe, *Riding So High, the Beatles and Drugs*, Pepper & Pearl, 2017.
Hamp, Johnnie, *It Beats Working for a Living*, Trafford Publishing, 2008.
Harris, Bob, *The Whispering Years*, BBC Worldwide Ltd., 2001.
—, *Still Whispering After All These Years*, Michael O'Mara Books Ltd., 2015.
Harry, Bill, *The McCartney File*, Virgin Books Ltd., 1986.
Hoffman, Dezo, *With the Beatles: The Historic Photographs*, Omnibus Press, 1982.
Jones, Kenney, *Let the Good Times Roll,* Blink Publishing, 2018.
Jones, Ron, *The Beatles' Liverpool*, Liverpool History Press, 1991.
Lennon, Cynthia, *John*, Hodder & Stoughton, 2005 (trad. cast. *John,* Barcelona, Ma Non Troppo, 2006),
Lennon, John, *In His Own Write*, Jonathan Cape, 1964.
—, *A Spaniard in the Works*, Jonathan Cape, 1965 (trad. cast.: *Por su propio cuento: un españolito en obras*, Barcelona, Papel de Liar, 2009).
—, *Skywriting by Word of Mouth*, Vintage, 1986.
Lewisohn, Mark, *The Beatles Live!*, Pavilion Books Ltd., 1986.
—, *The Beatles, Tune In*, Little, Brown, 2013.
MacDonald, Ian, *Revolution in the Head*, Fourth Estate, 1994 (trad. cast.: *The Beatles, revolución en la mente*, Madrid, Celeste, 2000).
Marion, Bob, *The Lost Beatles Photographs*, Harper Collins, 2011.
Martin, George, *Making Music*, Pan Books, 1983.
—, *All You Need Is Ears*, MacMillan, Londres, 1979

McCabe, Peter, y Schonfeld, Robert D., *John Lennon: For the Record*, (entrevista grabada en 1971), Bantam, Estados Unidos, 1984.

McCartney, Paul, *Blackbird Singing Lyrics & Poems, 1965-1999*, Faber & Faber, 2001 (trad. cast.: *Canciones y poemas, 1965-1999*, Barcelona, Random House, 2001).

McKinney, Devin, *Magic Circles: the Beatles in Dream and History*, Harvard University Press, 2003.

Napier-Bell, Simon, *You Don't Have to Say You Love Me*, New English Library, 1982.

—, *Ta-Ra-Ra Boom De-Ay*, Unbound, 2014.

Norman, Philip, *Shout! The True Story of the Beatles*, Hamish Hamilton, 1981 (trad. cast.: *Gritad: Beatles, la verdadera historia del legendario grupo*, Barcelona, Ultramar, 1982).

—, *The Stones*, Hamish Hamilton, 1984 (trad. cast.: *Los Rolling Stones*, Barcelona, Ultramar, 1987).

—, *Elton*, Hutchinson, 1991.

—, *John Lennon: The Life*, Harper Collins, 2008 (trad. cast.: *John Lennon*, Barcelona, Anagrama, 2009).

—, *Paul McCartney: The Biography*, Weidenfeld & Nicolson, 2016 (trad. cast.: *Paul McCartney, la biografía*, Barcelona, Malpaso, 2017).

Pang, May, y Edwards, Henry, *Loving John*, Transworld, 1983 (trad. cast.: *Adorable John*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984).

Peebles, Andy, y BBC, *The Lennon Tapes*, BBC, 1981 (trad. cast.: *John Lennon, la última conversación*, Barcelona, Ultramar, 1985).

Rogan, Johnny, *Lennon The Albums*, Calidore, 2006.

Salewicz, Chris, *McCartney: The Biography*, Macdonald & Co. Ltd., 1986.

Scott, Neil, Foster, Graham, *et al., Lennon Bermuda Book and Box Set*, Freisenbruch Brannon Media, 2012.

Sheff, David, *Last Interview,* Sidgwick & Jackson, 2000.

Spitz, Bob, *The Beatles: The Biography*, Little, Brown & Co., 2005.

Swern, Phil, *Sounds of the Sixties*, Red Planet, 2017 (con 59 versiones de canciones escritas por John Lennon, Paul McCartney o George Harrison).

Wald, Elijah, *How the Beatles Destroyed Rock'n'Roll*, Oxford University Press, 2009.

Wenner, Jann S., *Lennon Remembers*, Straight Arrow Books, 1971.

Websites

<www.thebeatles.com>
<www.johnlennon.com>
<www.beatlesbible.com>

Recomendaciones

London Beatles Walking Tours, Richard Porter: cinco visitas en grupo programadas cada semana, con visitas particulares a Abbey Road y otros sitios. Todos los detalles en <https://beatlesinlondon.com/> o e-mail: <beatlesinlondon@gmail.com>.

Stefanie Hempel's Beatles, Tour of Hamburg**:** un viaje musical por el barrio chino de St. Pauli, en Hamburgo, a los establecimientos originales donde tocaron los Beatles. Visitas guiadas individuales y en grupo en <http://www.hempels-musictour.de/en/>.

Fab Four Taxi Tours: 54 St. James St., Liverpool L1 0AB; en <www.fab4taxitours.com>, e-mail: <info@fab4taxitours.com>.

Eddie Connor (su taxi se llama Penny [Lane]) fue no solo un chófer excelente, sino un guía estupendo y muy bien informado.

Visita combinada al National Trust y a los hogares de la infancia de John y Paul: Mendips y el número 20 de Forthlin Road: la única manera de tener acceso a estos lugares históricos y un auténtico viaje en el tiempo. ¡Incluso Bob Dylan y Debbie Harry han hecho esta visita! En <https://www.nationaltrust.org.uk/beatles-childhood-homes>.

Philharmonic Dining Rooms: 36 Hope St., Liverpool L1 9BX. Uno de los lugares favoritos de los Beatles, con sus baños de caballeros recién restaurados, apareció memorablemente en el episodio de James Corden, «Carpool Karaoke», con Paul McCartney, en *The Late Show* (CBS). En <https://www.nicholsonspubs.co.uk/restaurants/northwest/thephilharmonicdiningroomsliverpool>.

Agradecimientos

Han sido tantas las personas que me han ayudado mientras investigaba y escribía este libro, que seleccionar unas cuantas para darles las gracias especialmente me parece una injusticia. Aun así, quisiera destacar a aquellas que fueron un paso más allá. Habiendo trabajado con el mismo agente literario desde 2003, la necesidad de buscar uno nuevo me pareció tan desalentadora que durante más de un año hice caso omiso. Cuando conocí a Clare Hulton en 2019, nos entendimos al instante. Ella personifica las contradicciones que más admiro. Va directa al grano, sin tonterías. Entiende a los escritores y deja que nos las apañemos con las palabras.

Kelly Ellis y yo estuvimos de acuerdo cuando hablamos de la posibilidad de escribir un nuevo estudio de John Lennon. Coincidía conmigo en que no tenía sentido escribir otra biografía solo para conmemorar una efeméride, pero que una nueva interpretación del personaje basada en mi propia investigación y entrevistas valdría la pena. Hizo suyo el libro con tanto entusiasmo y me apoyó tanto, que lloré cuando dejó Bonnier/John Blake para marcharse a otra editorial. Pero no tendría que haberme preocupado. Un genial y noble James Hodgkinson ocupó su lugar, y me encanta trabajar con él.

Martin Barden y Ray Cansick me acompañaron a Hamburgo en un viaje relámpago de investigación, gestionando nuestro horario con la tranquilidad propia de profesionales, amabilidad y humor. No lo habría logrado sin ellos y tampoco sin Jörg y Dörte Günther, nuestros guías y traductores, que fueron igual de serviciales, generosos y encantadores. Estoy en deuda con todos ellos. Ed Phillips fue mi hombre indispensable de los viernes en Liverpool. Hizo de todo, incluido conducir. Su registro fotográfico completo de nuestra visita demostró ser una ayuda inestimable en nuestros recorridos por los caminos del pasado.

Mia Jones fue mi asistente dispuesta y capaz en los tres viajes que hice a Nueva York. También pasó muchas horas buceando en los

archivos para recuperar documentos oscuros y olvidados hace mucho tiempo. Escuchar y ver cosas nuevas a través de sus oídos y ojos desprovistos de prejuicios sobre los Beatles ha sido de lo más esclarecedor.

Aurora Benting ha hecho todo lo demás, desde llenar la nevera hasta pegar sellos.

Tengo innumerables razones para estar agradecida a David Stark: sobre todo, por haberme llevado en el verano de 2019 de regreso a Merseyside para la graduación LIPA en el Instituto de Artes Escénicas Liverpool Sir Paul McCartney, ubicado en la antigua escuela primaria de Macca. Fue allí donde pude conversar con Paul cara a cara, compartiendo anécdotas (y un par de secretos) con él. Nunca imaginé que tendría la suerte de disfrutar de semejante oportunidad. David también proporcionó la grabación de una entrevista perdida, nunca publicada previamente, que él mismo había llevado a cabo con el difunto Pete Shotton, el mejor amigo de John desde que tenía seis años.

Debo mis más sinceras gracias al Hope Street Hotel de Liverpool, al NH Collection Hamburg City y al Soho House de Nueva York.

Estoy especialmente en deuda con Andy Peebles por haber hecho posible que me convierta, por lo que ambos sabemos, en la primera, si no en la única escritora del mundo en haber escuchado, completa y sin editar, la minuciosa entrevista de tres horas y veintidós minutos que hizo a John y a Yoko en el estudio de grabación Hit Factory en Nueva York, el 6 de diciembre de 1980. Era la primera vez en una década que John aceptaba que lo entrevistara para la radio la BBC; de hecho, desde que los Beatles se habían disuelto. Resultó ser la última conversación de John con una emisora británica. Como en cualquier entrevista con Lennon, este nos deja con más preguntas que respuestas. Pero no pasa nada. Son esas preguntas las que dieron forma a este libro.

Tampoco podría haber escrito sobre John sin la ayuda de tantas personas dispuestas y serviciales. Un número considerable de ellas hablaron conmigo al abrigo del anonimato y, por lo tanto, solo figuran entre líneas aquí. En cuanto a las demás, son tantos los recuerdos que hemos compartido... Gracias a todas ellas de corazón:

Frank Allen

Keith Altham
David Ambrose
Dan Arthure
Judy Astley
Mike Batt
Julianne Batt
Brian Bennett
Warren Bennett
Ed Bicknell
Francis Booth
Jenny Boyd
Clare Bramley
Fenton Bresler, DEP
Clem Cattini
Chris Charlesworth
Chips Chipperfield, DEP
Dominic Collier
Eddie Connor
Jeff Dexter
Kuno Dreysse
Marianne Faithfull
Paul Gambaccini
Brian Grant
Dörte Günther
Jörg Günther
Cosmo Hallström
Johnnie Hamp
David Hancock
Stefanie Hempel
Andy Hill
Jackie Holland
Richard Hughes
James Irving
Debbie Jones
Trevor Jones
Reverenda doctora Alison Joyce
Berni Kilmartin
Simon Kinnersley

Cynthia Lennon, DEP
Julian Lennon
Steve Levine
Mark Lewisohn
Sir George Martin, DEP
Linda McCartney, DEP
Sir Paul McCartney
Tom McGuinness
Leo McLoughlin
Scott Millaney
Jonathan Morrish
Mitch Murray, comendador de la Orden del Imperio Británico
Simon Napier-Bell
Philip Norman
May Pang
Anne Peebles
Allan Pell
Meredith Plumb
Richard Porter
David Quantick
Sir Tim Rice
Leo Sayer
Roger Scott, DEP
Paul Sexton
Pete Shotton, DEP
Earl Slick
David Stark
Maureen Starkey, DEP
Andy Stephens
Phil Swern
Klaus Voormann
Johnnie Walker
Michael Watts
Adrienne Wells
John Wells
Stuart White
Tom Wilcox
Suki Yamamoto

Este libro está dedicado a mi madre, Kathleen, a Henry, a Bridie y a Mia; y también a Cleo y a Jesse, a Nick, a Alex y a Christian, a Matthew y a Adam.

P. D.: Os quiero.

L-AJ, LONDRES, SEPTIEMBRE DE 2020

Sobre la autora

Lesley-Ann Jones es periodista, biógrafa, novelista y presentadora de programas de televisión y radio. Es la autora de los bestseller *Bohemian Rhapsody: The Definitive Biography of Freddie Mercury*, *Hero: David Bowie y Ride a White Swan: The Lives & Death of Marc Bolan*. Amiga de infancia de David Bowie, Lesley-Ann ha entrevistado a muchos de los artistas más idolatrados del mundo, como Paul McCartney, Madonna y Prince, con quienes mantuvo una estrecha relación de amistad.

Láminas

Hijo de mamá: John a los diez años junto a su madre, Julia Lennon.

© *Getty Images/Icon*

John en su primer año en Quarry Bank, con once años.

© *Getty Images/Hulton Archive*

Mendips, Woolton, el hogar de la infancia de John.

© *Edward Philips*

La tía Mimi Smith con David Stark, en Dorset.

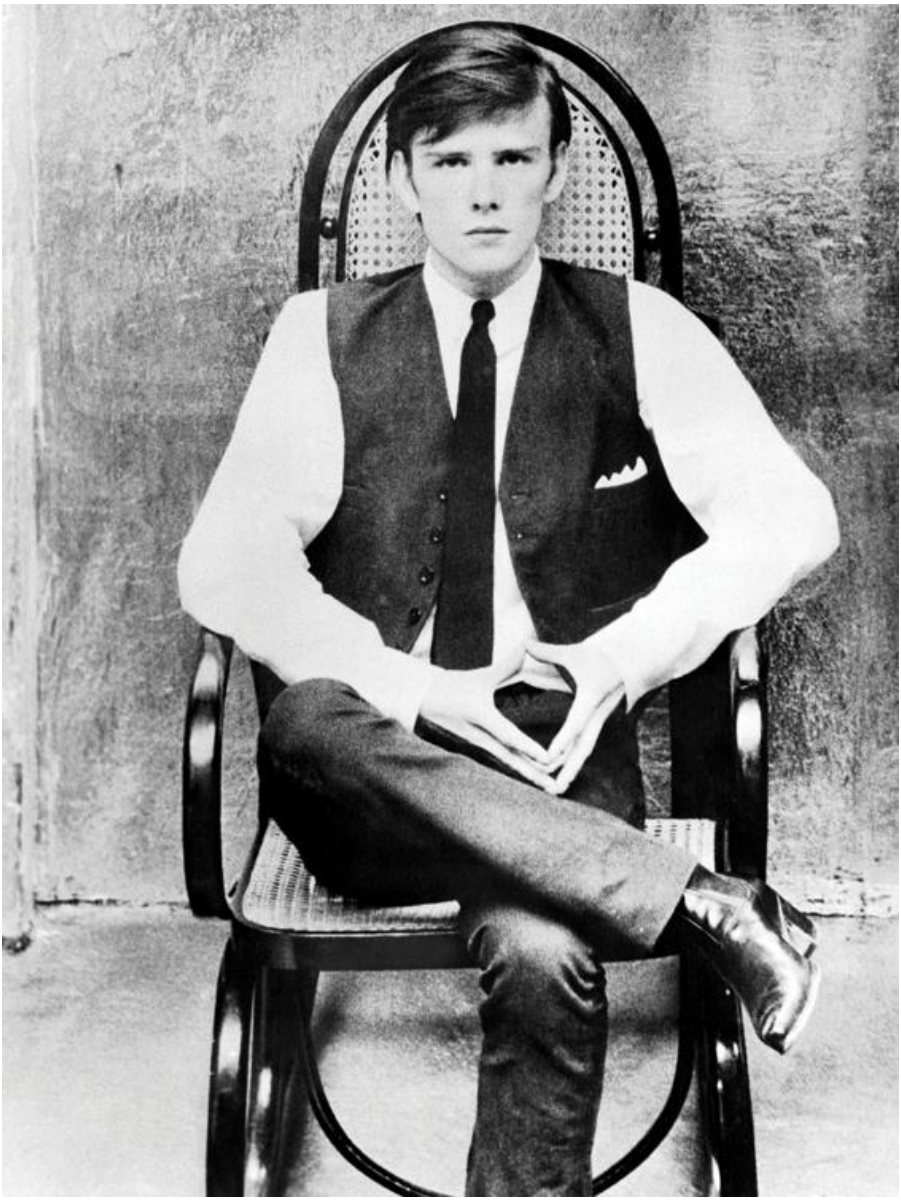
© *David Stark*

La habitación de John en la casa de Mimi en Sandbanks.

© *David Starkk*

Harbour's Edge, Sandbanks.

© *David Stark*



Stu, pintor modernista convertido en bajista.

© *Getty Images/Mirrorpix*

Stuart Sutcliffe con Astrid Kirchherr. Hamburgo, 1961.

© *Getty Images/Popperfoto*

The Silver Beetles sobre el escenario en Liverpool en la década de 1960. De izquierda a derecha: Stu Sutcliffe, John Lennon, Paul McCartney, Johnny Hutch Hutchinson (como reemplazo a la batería) y George Harrison.

© *Getty Images/Ochs Archive*

«La historia de mi vida, atrapado entre dos Johnnies…»

«Venga, Paul, danos un “patataaaa”.»

«Creo que nos hemos salido con la nuestra…»

Con Johhnie Hamp, de Granada Television, el primer productor que colocó a los Beatles en la televisión

© *Johhnie Hamp Collection*

Los Beatles posando para una postal.

© *Getty Images/SEM*

XXXXXXXXXXXXXXXXXX

JOHN HAMP PRODUCTION 10.12.63

P387/216	25.11.	Ent. Beatles & Manager.		15	0
P387/218	26.11.	Visit Whiskey Club re: Elke Brookes.	1	2	0
Late/8 7	27.11.	Lunch on Train.		17	6
P387/219	28.11.	Meal Pat McKeegan.		8	6
	28.11.	Ent. Agents Gene Vincent /Odeon	1	5	0
Late/8	29.11.	Ent. George Melly, Joan Sims, etc. and musicians.	3	5	0
P387/221	2.12.	Meal Adam Faith.	1	3	0
	3.12.	Petrol Manchester/London. one way.	2	5	0
			11	1	0

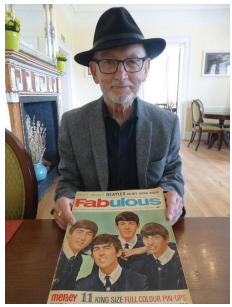
Declaración de gastos de Granada TV de Johnnie Hamp, 10 de diciembre de 1963. Entretener a los Beatles y a su mánager Brian Epstein le costó 15 chelines, menos de 20 libras esterlinas actuales.

© *Johhnie Hamp Collection*

[image]

Keith Altham entrevista a John para la revista Fabulous.

© *Keith Altham*



Keith Altham sigue conservando su copia

© *Lesley-Ann Jones*

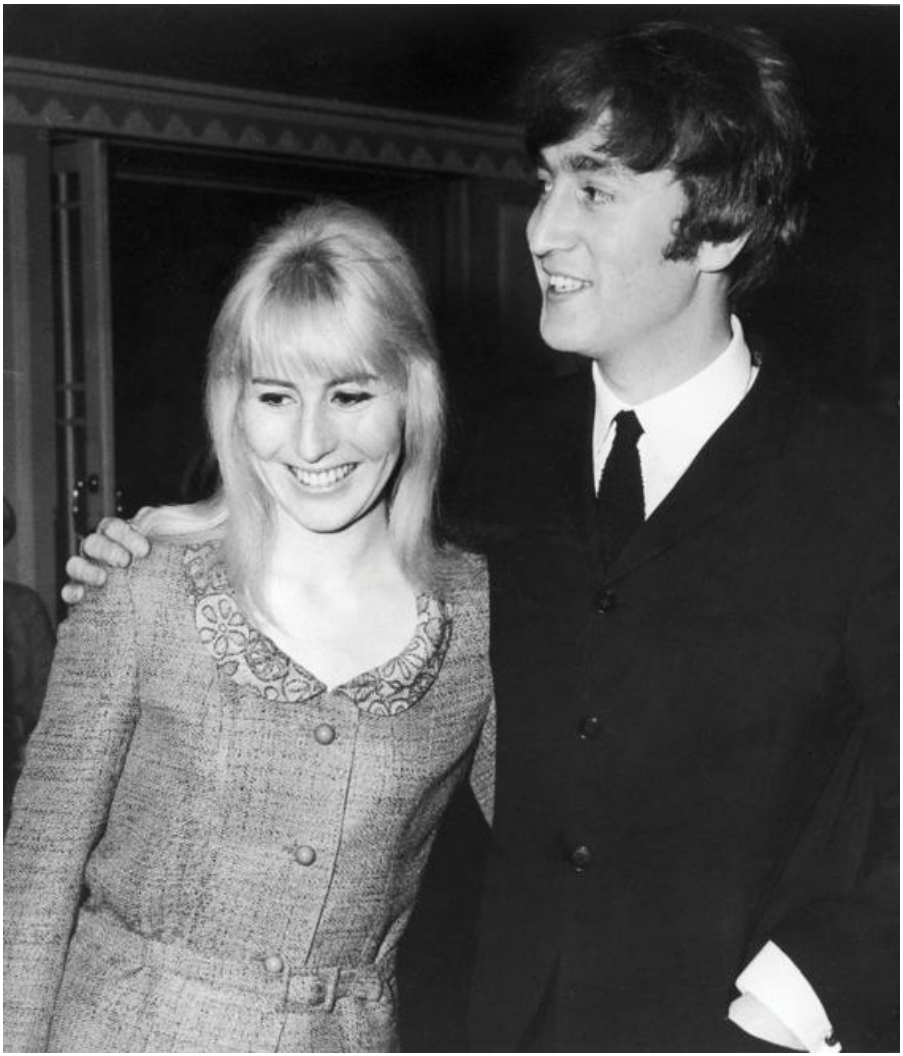
Todo sobre el bajo con Ed Sullivan: de izquierda a derecha, Brian Epstein, Ed Sullivan, John, Ringo y Paul.

© *Getty Images/Popperfoto*

Felicidad doméstica y el amor de una buena mujer: John en casa con Cynthia y Julian, intentando convencerse a sí mismo…

© *Getty Images/Robert Whitaker*

… pero solo tiene ojos para ella: John con Alma Cogan en el estudio de Ready Steady Go! en 1964. El presentador Keith Fordyce no tiene ninguna posibilidad.



Cyn y John.

© *Getty Images/Keystone France*

Alma Cogan sonríe delante de un retrato suyo.

© *Getty Images/Popperfoto*

La policía de Nueva York trata de contener a las hordas de adolescentes para que no se cuelen en el hotel de los Beatles el 12 de agosto de 1965.

© *Getty Images/Bettmann*

Tres días después, los Beatles suben al escenario en el Shea Stadium.

© *Getty Images/Michael Ochs Archive*

La histeria ensordecedora dentro del estadio es difícil de imaginar. Afortunadamente pueden encontrarse vídeos online.

© *Getty Images/New York Daily News Archive*

«¡La mejor perspectiva de la casa!»: los «Fab Four» interpretan A Hard Day's Night, 1964.

© *Getty Images/John Springer Collection*

«No solo tocamos nuestros instrumentos, ¿sabes?»

© *Getty Images/Popperfoto*

Unos Beatles con un nuevo aspecto sentados en el exterior de la casa de Brian Epstein, en Belgravia.

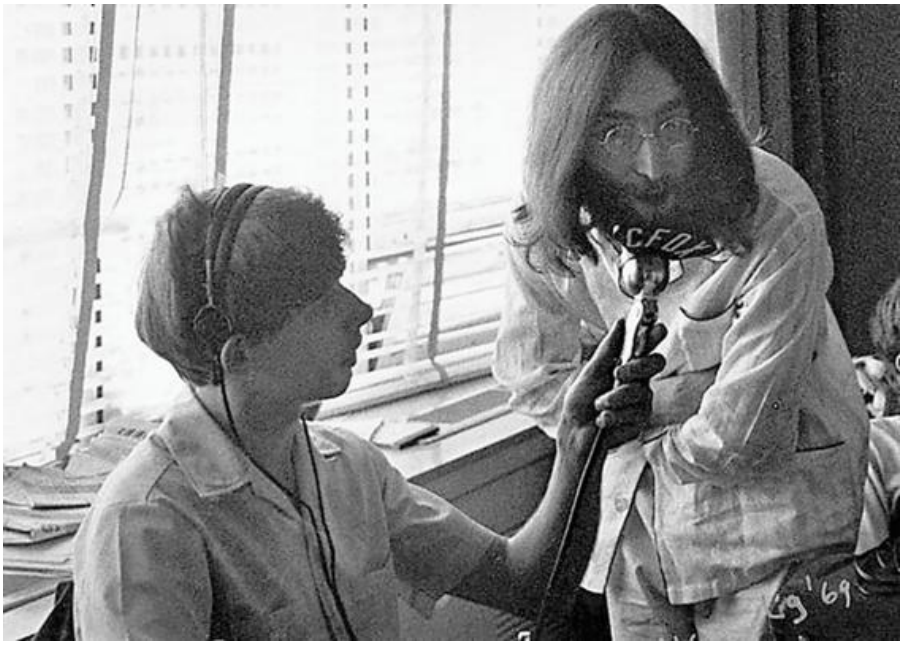
© *Getty Images/Jan Olofsson*

Los Beatles dan su último concierto en el tejado del edificio de Apple Corps, en Savile Row.

© *Getty Images/Express*

La niña de sus ojos: John y Yoko con la primera hija de Yoko, la hijastra de John, Kyoko.

© *Getty Images/Stroud*



El discjockey definitivo: Roger Scott entrevista a John durante la Encamada por la Paz de Montreal en 1969.

Colección de Lesley-Ann Jones

Palabritas dulces en el infame «Lost Weekend» con May Pang.

© *Getty Images/Art Zelin*

«Una vez tuve un amor secreto… y luego estaba Bowie»: John y David en la 17.a edición de los Premios Grammy en el Uris Theatre de Nueva York.

© *Getty Images/Ron Galella*

Yoko se aferra a John mientras salen del juzgado en Londres después de ser acusados por posesión de marihuana y obstrucción a la autoridad.

© *Getty Images/Bettmann*

Durante la Encamada por la Paz en el hotel Hilton de Ámsterdam.

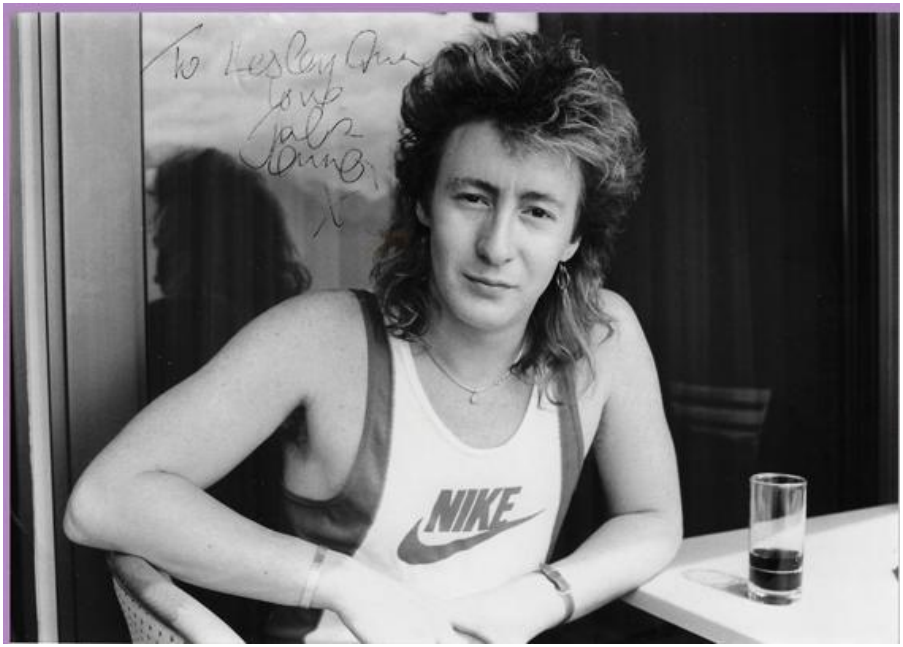
© Getty Images/Mark and Colleen Hayward

The Dirty Mac (formada por Eric Clapton, Mitch Mitchell, John Lennon, Keith Richards y Yoko Ono) en su única actuación especial en Londres, en 1968.

© Getty Images/Mark and Colleen Hayward

«¿Verdad que fue un gran día cuando fuimos a Bangor…?»: los Beatles se reúnen con Maharishi Mahesh Yogi en el norte de Gales, antes de su estancia en Rishikesh.

© *Getty Images/Archive Photos*



Para ti, con amor: Julian Lennon en el Golden Rose/Festival de Rock de

Montreux, Suiza, en 1986, donde la autora lo entrevistó.

Colección de Lesley-Ann Jones

Ringo, Barbara Bach, la autora y John Entwistle en el Ayuntamiento de Fulham, Londres, en marzo de 1985, para la grabación del vídeo para Willie and the Poor Boys, el supergrupo que se originó en los ARMS Concerts organizados por Ronnie Lane para recaudar dinero para la investigación de la esclerosis múltiple.

La autora con May Pang. Londres, septiembre de 2019. Colección de Lesley-Ann Jones

Con sir Paul McCartney en la ceremonia de graduación del Liverpool Institute for Performing Arts (LIPA).

© *David Stark*

Andy Peebles con John y Yoko en el Hit Factory de Nueva York, el 6 de diciembre de 1980.

© *Andy Peebles Collection*

Andy y Sean Lennon en el tren de Kioto a Karuizawa, en 1983.

© *Andy Peebles Collection*

Fijaos en Sean preparándose para lanzar una bola de nieve.

© *Andy Peebles Collection*

Andy con Sean y Yoko en el Mampei Hotel, en Karuizawa.

© *Andy Peebles Collection*

Una noche con Earl Slick en St. Leonard's-on-Sea, Hastings, en 2019. El hombre está de pie delante de una foto suya actuando con Yoko.

© *Lesley-Ann Jones*

La autora con Slicky en el restaurante Balthazar, enLondres, en 2019.

© *Martin Barden*

«Imagina…». El mosaico conmemorativo de John en el jardín Strawberry Fields, en Central Park, Nueva York, frente al edificio Dakota.

© *Lesley-Ann Jones*

John Winston Lennon. Beatle, padre, marido. 9 de octubre de 1940 – 8 de diciembre de 1980.

© *Getty Images/Allan Tannenbaum*

Notas

1. El final tardaría en llegar. El 20 de septiembre de 1969, durante una reunión en la sede de Apple Corps, en el número 3 de Savile Row, John les dijo a Paul y a Ringo que lo dejaba (en esos momentos, George estaba con su madre, en Cheshire). Paul declaró lo mismo el 9 de abril de 1970 (es decir, siete meses más tarde, y públicamente, a través de un curioso comunicado en el que parecía estar entrevistándose a sí mismo) y de paso anunció el lanzamiento del disco que había grabado secretamente en su casa, titulado *McCartney* y publicado por Apple Records el 17 de abril de ese mismo año. El disco recibió críticas muy duras (aunque alcanzó el número 1 en Estados Unidos y el número 2 en el Reino Unido, por detrás de *Bridge Over Troubled Water*, de Simon&Garfunkel) y contiene la canción de McCartney favorita de la autora, «Maybe I'm Amazed». En el comunicado, ante la pregunta «¿Crees que el dúo Lennon/McCartney volverá a escribir canciones juntos alguna vez?», Paul respondía: «No». Aquello hizo que la prensa lo interpretara como el anuncio oficial de las disolución del grupo, provocó titulares en todo el mundo, sentó fatal a George y a Ringo y cabreó mucho a John que, habiendo sido el primero en anunciar que se iba, se veía privado de su derecho de hacerlo público en los medios. Es por esto que la fecha del 10 de abril de 1970 es conocida como el día en que los Beatles se separaron.

2. Aunque es una de las frases más célebres de John, no es obra suya. Un artículo aparecido en un número del *Reader's Digest* de 1957 se la atribuye al periodista y dibujante de tiras cómicas norteamericano Allen Saunders (1899-1986).

3. «Give Peace A Chance» es el título de una canción antibelicista escrita por John Lennon para Plastic Ono Band. *[N. de la T.]*

4. Más adelante, Allan Weiss, un productor de programas de WABC-TV, de Channel 7 Eyewitness News, ganaría un premio Emmy por la cobertura de la muerte de John. *All My Loving* fue la canción con la que los Beatles abrieron su participación en el programa *The Ed Sullivan Show*, el 9 de febrero de 1964. A pesar de figurar como compuesta por Lennon y McCartney, era una composición de Paul. «Un trabajo jodidamente bueno», reconoció John en 1980, en su entrevista con *Playboy*. «De fondo toco una guitarra realmente endiablada.»

5. *Hamlet,* acto III, escena 1. Tragedia escrita entre 1599 y 1602 por William Shakespeare y considerada su obra más larga e influyente.

6. The Grassy Knoll (literalmente, «Montículo de Hierba») es el nombre con el que se conoce a la pequeña área verde cubierta de césped donde fue asesinado John F. Kennedy. *[N. de la T.]*

7. Se refiere a la historia presentada en la película *The Manchurian Candidate* (estrenada en España como *El mensajero del miedo*), que describe la captura de un joven oficial estadounidense durante la guerra de Corea que es sometido a un lavado de cerebro y termina siendo un agente infiltrado en una intriga política con el objetivo de convertir en presidente de Estados Unidos a alguien a quien los comunistas puedan manejar. *[N. de la T.]*

8. J. R. Ewing, el popular personaje de la serie *Dallas. [N. de la T.]*

9. Justin Bieber fue el primer artista que alcanzó simultáneamente los tres primeros puestos de las listas oficiales de sencillos en el Reino Unido con «Love Yourself», «Sorry» y «What Do You Mean».

10. Svengali es un personaje de ficción que aparece en la novela *Trilby* de George du Maurier, de 1894. Basándose en este personaje, el término *svengali* se ha utilizado para definir a una persona que, con mala intención, domina, manipula y controla a una persona creativa, como un músico o un actor. *[N. de la T.]*

11. La placa azul *(blue plaque)* es un distintivo que conmemora lugares públicos en el Reino Unido que tienen una relación con una persona famosa, un evento o un antiguo edificio en ese sitio. Sirve como marcador histórico. En Londres hay 933 placas azules. *[N. de la T.]*

12. Así llamó John Lennon a la relación de dieciocho meses con May Pang en 1973, después de separarse temporalmente de Yoko Ono para comprobar si podían estar lejos uno del otro. El nombre es una referencia a la novela y película homónimas. *[N. de la T.]*

13. *«Borken light»* («luz rota») y *«tumbling Blindly»* («dando tumbos a ciegas») son frases que pertenecen a la letra de «Across the Universe». La canción apareció en el álbum benéfico *No One's Gonna Change our World*, de 1969, pero fue modificada y finalmente incluida en el álbum *Let It Be*. Las palabras en sánscrito «*jai guru Deva om*» son un mantra que se puede traducir como «doy gracias a gurú Dev», refiriéndose al maestro Maharishi Mahesh. Este mantra está grabado en unos brazaletes que John compró durante su estancia en la India y que, actualmente, están en poder de su hijo Julian. En una entrevista para la revista *Rolling Stone*, John dijo: «Una de las mejores letras que he escrito. En realidad, podría ser la mejor. Es poesía de la buena, aunque puedes llamarla como quieras. Ya ves, las que más me gustan son las que se sostienen por la fuerza de sus palabras, sin la ayuda de la música. No les hacen falta música, son como poemas que puedes leer por sí mismos». El 4 de febrero de 2008, para celebrar el cincuenta aniversario de la NASA, «Across the Universe» se convirtió en la primera canción de la historia en ser radiada al espacio. Su retransmisión a través de las antenas de la NASA hacia la Estrella Polar, a 431 años luz de la tierra, coincidió con el cuarenta aniversario de la canción.

14. Fleet Street, que se extiende paralela a la orilla izquierda del Támesis, conectando la City con Westminster, fue la sede de la prensa británica hasta 1980. *[N. de la T.]*

15. *Pearl* fue el título del cuarto (y póstumo) álbum de Janis Joplin. *[N. de la T.]*

1. En el original, «Come together», tema de los Beatles incluido en su LP *Abbey Road. [N. de la T.]*

2. Sir Winston Leonard Spencer-Churchill, nacido el 30 de noviembre de 1874, fue primer ministro del Reino Unido por el Partido Conservador entre 1940 y 1945 y llevó a Gran Bretaña a la victoria durante la Segunda Guerra Mundial. Sirvió nuevamente como primer ministro entre 1951 y 1955. Murió el 24 de enero de 1965, a los noventa años y fue honrado con un funeral de Estado.

1. El Gobierno lanzó estos programas para motivar a la gente para que recuperase y arreglase prendas usadas y para que aprendiese a coser. *[N. de la T.]*

2. Rita Hayworth, nacida Margarita Carmen Cansino el 17 de octubre de 1918, fue una famosa actriz de Hollywood de los años cuarenta. Intervino en sesenta y una películas, entre las que destaca *Gilda*, junto a Glenn Ford. Durante la Segunda Guerra Mundial actuó para las tropas. También fue una de las bailarinas favoritas de Fred Astaire, pareja de Gene Kelly en *Las modelos* y se convirtió en la primera actriz de Hollywood en ostentar el título de princesa tras casarse con el príncipe Aga Khan. Entre sus otros cuatro maridos, destaca Orson Welles. Los labios de Rita Hayworth fueron declarados por votación popular los mejores del mundo. En 1980, durante los últimos años de su vida, puso rostro al alzhéimer y su diagnóstico ayudó a difundir el conocimiento de la enfermedad y a financiar su remedio. Murió en 1987, a la edad de sesenta y ocho años.

3. Una de las abortistas más sorprendentes de la historia reciente fue la madre de un artista que tuvo a los fans gritando por los pasillos mucho antes de la Beatlemanía. Natalina Maria Vittoria Garaventa, apodada *Dolly* por su la belleza de su rostro, trabajó en el periodo de entreguerras como partera y proporcionó «abortos seguros» a mujeres católicas italianas de todo Hoboken, Nueva Jersey. *Hatpin Dolly* fue arrestada al menos seis veces y condenada en dos ocasiones. Era la madre de Frank Sinatra.

4. ACE Study: Ref. Bellis, M. A., Hughes, K., Leckenby, N., Perkins, C., y Lowey, H., «National Household Survey of Adverse Childhood Experiences and Their Relationship with Resilience to Health-harming Behaviours in England», *BMC Medicine*, 12 (72), 2014, <https://bmcmedicine.biomedcentral.com/>.

5. Hyacinth Bucket era el personaje de *Keeping Up Appearances*, una serie de comedia de televisión de los años noventa. Patricia Routledge interpretaba el papel de la esnob y ambiciosa mujer de clase media-baja que se hace llamar Bouquet en vez de Bucket («Ramo» en lugar de «Cubo») y anhela relacionarse con gente de nivel superior mientras se esfuerza por ocultar sus raíces humildes y a su familia. Se hizo popular internacionalmente, convirtiéndose en el programa de televisión más exportado de la BBC Worldwide.

6. Blackpool, situada a menos de cincuenta kilómetros al norte de Liverpool, era en aquellos días una ciudad balneario muy popular de Lancashire, en el noroeste de Inglaterra, en el mar de Irlanda. Era famosa por su torre de estilo Eiffel, sus muelles, su paseo marítimo y su cultura típicamente costera hecha de sombreros de fiesta, paseos en burro, puestos de algodón de azúcar y de pescado frito con patatas.

7. El historiador de los Beatles, Mark Lewisohn, ofrece una descripción completa de los recuerdos de Billy Hall en su trabajo *All These Years*, vol. 1: *Tune In*, Little, Brown, 2013.

8. *Scouse* es la abreviatura de *lobscouse*, una palabra de origen oscuro, pero que tiene sus raíces en las lenguas escandinavas: *lapskaus* (noruego), *labskovs* (danés) y *lapskoj* (sueco) y *labskaus* en bajo alemán, una lengua del norte de Alemania y noreste de los Países Bajos. Se refiere a un estofado hecho de cordero o ternera y cebolla, zanahorias y patatas que a menudo toman los marineros, parecido al estofado de Lancashire o al estofado irlandés. Durante el siglo XIX, la gente pobre de Liverpool y alrededores se alimentaba habitualmente de *scouse* porque era un plato barato y frecuente en las familias de los marineros. La gente trabajadora de clase baja que comía *scouse* acabó siendo conocida como *scousers*, *wackers* o *wack*.

9. *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo*, ambas de Lewis Carroll, cuyo poema, «Jabberwocky», John adoraba. También le gustaba *Just Williams*, la serie de cuentos de Richmal Crompton, y *Wind in the Willows*, de Kenneth Graham, así como *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, Edward Lear y Edgar Allan Poe. Un día le confesó a su amigo Pete Shotton que su ambición era llegar a escribir «Una especie de *Alicia*».

10. Recogido en las memorias de Pete Shotton, publicadas en 1983, *John Lennon in My Life*, escritas conjuntamente con Nicholas Schaffner.

11. «I Am the Walrus», la mejor canción surrealista de John, era un guiño a su canción favorita de aquella época, «A Whiter Shade of Pale», de Procol Harum. La canción se la inspiró la criatura del poema de Carroll, «The Walrus and the Carpenter» que figuraba en *Alicia a través del espejo*. Lanzada en 1967, apareció también en *Magical Mystery Tour*, la película de los Beatles para televisión emitida un mes más tarde; en el doble álbum del mismo nombre lanzado en el Reino Unido y el álbum sencillo lanzado en Estados Unidos. Igualmente, fue la cara B del sencillo «Hello, Goodbye», que alcanzó el número 1 en las listas, y la primera canción que los Beatles grabaron en estudio tras la muerte de Brian Epstein. Tanto el sencillo como el álbum doble alcanzaron respectivamente los puestos primero y segundo en las listas del mes de diciembre de 1967. Fue Pete Shotton quien le brindó a John la letra de una canción de cuna que habían cantado de pequeños y que decía:

Yellow matter custard, green slop pie,
all mixed together with a dead dog's eye.
Slap it on a butty, ten foot thick,
The wash it all down with a cup of cold sick.

Un *butty* era una rebanada gruesa de pan de molde con mantequilla que se enrollaba alrededor del relleno para formar un sándwich de una sola loncha, esa delicia conocida como *chip butty*.

Shotton también aconsejó a John que cambiara la frase *«waiting for the man to come»* («esperando que llegue el hombre») por *«waiting for the van to come»* («esperando que llegue la furgoneta»). Posteriormente, John confesaría a *Playboy* que había escrito parte de la canción durante varios viajes alucinógenos y que su intención había sido hacerla enigmática, al estilo de Dylan. La marsopa volvería a la palestra en la canción de 1968 «Glass Onion» («la marsopa era Paul»), en «Come Toghether» («bota de goma de marsopa») y en «God» («Era la marsopa, pero ahora soy John»).

La grabación cuenta con un recitado del acto IV, escena 6 de *El rey Lear*, de Shakespeare, tomado prestado de una emisión radiofónica.

La BBC no quiso emitirla por la frase que dice: *«You've been a naughty girl, you let your knickers down»* («Has sido una niña mala, bájate las medias»).

«Eleanor Rigby», una de las canciones más legendarias de los Beatles, perteneciente al álbum *Revolver*, también formó un sencillo con «Yellow Submarine». Tanto el álbum como el sencillo se lanzaron al mismo tiempo. El primero estuvo en lo más alto de las listas del Reino Unido durante cuatro semanas. El sencillo alcanzó el segundo puesto en el Reino Unido.

«Eleanor Rigby», una canción vanguardista y experimental que cuenta una dura historia sobre la soledad y las penurias de la gente mayor, fue básicamente obra de Paul. Aunque Macca dijera posteriormente que había tomado prestado el nombre de Eleanor de la actriz Eleanor Bron, que había intervenido en la película *Help!*, y que Rigby provenía de una tienda de vinos de Bristol, Rigby&Evans Ltd., que había visto cuando había estado allí para ver a su novia de entonces, la actriz Jane Asher, en la película *The Happiest Days of Your Life*, lo cierto es que hay una Eleanor Rigby enterrada en el cementerio de la iglesia de St. Peter de Woolton, la parroquia de la infancia de John. Paul acabó reconociendo que era posible que hubiera recordado

subliminalmente el nombre grabado en la lápida porque, sin duda, lo había visto durante los muchos ratos que John y él habían pasado juntos en los alrededores de la iglesia. También hay otra lápida que lleva el apellido MacKenzie.

Tanto los miembros del grupo como Pete Shotton aportaban sus ideas a las letras. Pete sugirió que cambiaran el nombre del sacerdote y que pusieran «padre MacKenzie» en lugar de «padre McCartney», no fuera que la gente creyera que Paul estaba refiriéndose a su propio padre. A Pete también se le ocurrió la idea de dos viejos solitarios coincidiendo demasiado tarde: el vicario oficiando en el entierro de la señora Rigby.

A pesar de que en 1971, John aseguró haber escrito «más de la mitad o más de esa letra» y, diez años después afirmase haberla escrito entera, salvo la primera estrofa, Pete Shotton dejó constancia de que su contribución había sido simbólica. Según Macca: «John me echó una mano con un par de palabras, pero el 80 por ciento restante, más o menos, fue mío».

12. Bill Harry, citado en el *Liverpool Echo*, el 24 de marzo de 2017, tras el fallecimiento de Pete Shotton, a los setenta y cinco años, a causa de un ataque cardiaco.

13. Siempre se ha atribuido la pupila permanentemente dilatada de Bowie al puñetazo que le propinó George Underwood cuando discutían por una chica del colegio. Sin embargo, mientras me documentaba para mi libro *Hero: David Bowie*, un cirujano oftalmólogo me explicó que ese tipo de golpe no habría provocado algo así y que seguramente se debía a una sífilis congénita de la madre.

Las complicaciones derivadas de esta enfermedad, incluidas la neurosífilis y la sífilis meningovascular, pueden producir pérdida de la visión y demencia.

14. Tipo de música surgida entre los trabajadores pobres negros de Estados Unidos en los años veinte, basada en armonías sencillas y ejecutada con instrumentos acústicos caseros, que abría oportunidades a los aficionados de las clases populares sin conocimientos de música ni recursos suficientes para acceder a instrumentos y equipos sofisticados. *[N. de la T.]*

15. Declaraciones de John acerca de la Navidad hechas a Ken Zelig durante una entrevista radiofónica grabada en la mansión que Lennon tenía en Tittenhurst Park.

1. Examen que deben pasar los estudiantes del último curso de primaria en Inglaterra e Irlanda del Norte para ser admitidos en secundaria. El nombre deriva de la edad a la que se entra en la educación secundaria: de once a doce años. *[N. de la T.]*

2. Sobre castigos físicos, véase también Gertrud Lenzer, *Violence Against Children: Making Human Rights Real*, Routledge, 2017.

3. Entrevista realizada por Jann S. Wenner para la revista *Rolling Stone*, publicada el 4 de febrero de 1971.

4. Richard Hughes, <www.richardhughestherapy.com>. Referencias: Bowlby, J., *A Secure Base,* Routledge Classics, 2005; Jung, Carl. G., *The Archetypes and the Collective Unconscious*, Routledge, 2006 (trad. cast.: *Arquetipos e inconsciente colectivo,* Barcelona, Paidós, 2009); Jung, C. G., *Memories, Dreams, Reflections*, Vintage Book, 1989 (trad. cast.: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Barcelona, Seix Barral, 2009); Kohut, H., *The Analysis of the Self,* Madison, International Universities Press, 1971 (trad. cast.: *Análisis del self*, Bilbao, Amorrurtu, 2015); Kohut, H., *The Search for Self: Selected Writings of Heinz Kohut: 1950-1978*, vol 2, Madison, International Universities Press, Inc., 1978; Schaverien, J., *Boarding School Syndrome: The Psychological Trauma of the 'Privileged' Child,* Hove, Routledge, 2015; Siegel, D. J., *The Developing Mind,* US, Guilford Press, 1999 (trad. cast.: *La mente en desarrollo,* Bilbao, Desclée de Brouwer, 2007); Winnicott, D. W., *Playing and Reality,* US, Basic Books, 1999 (trad. cast.: *Realidad y juego,* Barcelona, Gedisa, 2009); Winnicott, D. W., *Home Is Where We Start: Essays by a Psychoanalyst*, Penguin, 1990 (trad. cast.: *El hogar, nuestro punto de partida: ensayos de un psicoanalista*, Buenos Aires, Paidós, 1994).

5. Bird, Julia, *Imagine This: Growing up with my brother John Lennon*, Hodder & Stoughton, 2007.

6. El pueblo de Durness tiene un pequeño jardín conmemorativo dedicado a John. El John Lennon Northern Ligths Festival, dedicado a la poesía, la música, el teatro y otras especialidades artísticas, se celebró allí en 2007. John volvió a visitarlo en 1969 con Yoko, Kyoko y Julian, y durante el viaje sufrieron un accidente con el coche en Loch Eriboll.

7. Conversación con la escritora Lorna McLaren, en 2002. Charles Stanley Parkes falleció de demencia vascular en enero de 2016. En su funeral sonaron «Imagine» e «In My Life».

8. Sí, el ADN ya se conocía en esa época. El ácido desoxirribonucleico, la estructura molecular helicoidal que contiene la herencia genética de todos los seres vivos fue identificado a finales de 1860 y descubierto oficialmente en 1952 por la química Rosalind Franklin (un logro asombroso teniendo en cuenta que era mujer y que en esa época las universidades eran esencialmente masculinas). Un año más tarde, en 1953, James Watson y Francis Crick corroboraron el hallazgo y recibieron por ello el Premio Nobel. Nadie recuerda a Rosalind Franklin.

9. Julia Dykins nació el 5 de marzo de 1947. Su hermana, Jacqueline, Jackie para la familia (aunque a veces también Jacqui) nació el 26 de octubre de 1949.

10. La subcultura *Teddy boy* (o simplemente *Ted*) nació en Londres en la década de 1950 y está formada por hombres, generalmente de buena posición, cuya forma de vestir se inspira, en buena parte, en la idea de dandi de la era eduardiana (chaquetas de paño con cuello de terciopelo, pantalones de cintura alta y un poco cortos, dejando ver los calcetines y zapatos Oxford, corbata Maverick, grandes flequillos...). *[N. de la T.]*

11. En algunas regiones de Sudamérica, la armónica recibía el nombre de arpa, arpa de boca o arpa francesa. El término armónica de *blues* es el más usado en todo el mundo y puede que se inspirara en el arpa eólica, un instrumento de exteriores que suena gracias a la acción del viento (gracias al dios del viento, Eolo, según la mitología griega). Es posible que John conociera el instrumento como *gob iron*.

12. Recogido en las memorias de Pete Shotton, *John Lennon in My Life, op. cit.*, coescrito con Nicholas Schaffner.

13. *Ibidem.*

14. Elizabeth Anderson es la autora del estudio *The Powerful Bond between People and Pets: Our Boundless Connections to Companion Animals*, Westport, Praeger, 2008.

15. El *hornpipe* se refiere a varios estilos de bailes folclóricos de Gran Bretaña que datan del siglo XVI y fueron adoptados por los marineros británicos a mediados del siglo XVIII. La palabra también se refiere a la música bailada. *Blanket hornpipe* es un antiguo eufemismo inglés para las relaciones sexuales.

16. Durante la fiesta, The Quarry Men fueron grabados por uno de los presentes, Bob Molyneux, con una grabadora de bobinas portátil de la marca Grundig. En 1994, Molyneux encontró la cinta que creía perdida y la subastó en Sotheby's. EMI la compró por 78.000 libras esterlinas con la intención de incluir la grabación en la antología de los Beatles, pero después desistió, dada la mala calidad del sonido. En la actualidad se encuentra fácilmente en Internet. «Bay Let's Play House» fue una canción de Elvis de 1955. John tomó prestado el párrafo que dice *«I'd rather see you dead, little girl, than to be with another man» («Preferiría verte muerta, pequeña, antes que con otro hombre.»)* y lo incluyó en la canción de los Beatles «Run for your Life», del álbum *Rubber Soul*.

«Puttin'on the Style» fue un éxito de Lonnie Donegan de 1957. La canción se convirtió en un clásico del repertorio norteamericano, lo que se llama un estándar, cuando el cantante *country* Vernon Dalhart la convirtió en un éxito en 1926. Dalhart fue el primer artista *country* en vender un millón de discos.

17. Paul McCartney hablando con la revista *Record Collector* en 1995.

18. «Come Go with Me» fue un éxito de los Del-Vikings cuya versión de los Beach Boys, incluida en su álbum *MIU* y en su compilación *Ten Years of Harmony*, de 1981, se hizo famosa.

19. John, hablando con Hunter Davies, escritor y biógrafo de los Beatles.

20. John, hablando con Jann Wenner en una entrevista de 1970 para la revista *Rolling Stone*.

21. Peter Michael McCartney, nacido el 7 de enero de 1944, dejó el colegio para trabajar como ayudante de sastre y aprendiz de peluquero antes de formar parte del grupo musical y de comedia The Scaffold, junto con el poeta Roger McGough y John Gorman. Entonces adoptó el nombre artístico de McGear (*gear*, en argot *scouse*, significa «fabuloso»). El grupo tuvo varios éxitos entre 1966 y 1974, incluyendo «Lily the Pink» en el número 1 de las Navidades de 1968. También era un fotógrafo prolífico que publicó varios libros de fotografía, y es aclamado por sus imágenes únicas de los Beatles.

22. «When I'm Sixty Four» fue finalmente incluida en el álbum de 1967 *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band.* Es posible que Paul recordara la canción que compuso siendo un adolescente cuando el grupo empezó a grabar el álbum en 1966 porque su padre había celebrado su 64 aniversario ese mismo año: Jim McCartney nació el 7 de julio de 1902.

23. Universalmente aclamada como la primera canción escrita por Paul (¿fue esta o la anterior?), McCartney compuso «I Lost my Little Girl» usando solo tres acordes de su primera guitarra, una Framus Zenith Model 17 que todavía conserva. La canción aparece en su álbum *Unplugged* de 1991. Los Beatles interpretaron una variación de esta con John como cantante solista durante las sesiones de *Get Back*.

24. Huchette proviene seguramente de la palabra francesa antigua *hutchet*, que significa bulto o protuberancia. El edificio del número 5 de la Rue de la Huchette fue convertido en club de jazz por primera vez en 1949, y por él pasaron artistas famosos como Count Basie. Ha aparecido en películas como *Los tramposos* (1958) o *LaLaLand* (2016).

25. Tal como Alan Sytner y Spencer Leigh, locutor y experto en Merseybeat le contaron a la autora en 1998, y tal como Leigh lo citó en su obituario de Sytner en enero de 2006.

26. La primera actuación de George Harrison en Cavern Club tuvo lugar el 9 de febrero de 1961 a la hora de comer.

27. John explicaría posteriormente que «Hello Little Girl» y su tono a lo Buddy Holly se lo inspiró una canción de los años treinta o cuarenta que su madre solía cantar. Dicha canción era «It's De-Lovely», de Cole Porter, y sería una de las que interpretarían en su fallida audición para Decca de 1962. Atribuida a Lennon y McCartney, fue grabada al año siguiente por un grupo de Merseybeat llamado Fourmost y producida por el mismísimo George Martin. Gerry and The Peacemakers también hicieron su propia versión, pero no llegó a lanzarse nunca

28. Bird, Julia, *Imagine This, op. cit*. En un terrible giro del destino, el padre de las niñas, Bobby Dykins, también iba a perder la vida en un accidente automovilístico al final de Penny Lane, en diciembre de 1965.

29. John, hablando con Hunter Davies, escritor y biógrafo de los Beatles.

1. Charles Sargent Jagger, 1885-1934, escultor británico, que también creó el Hyde Park Corner en Londres, y el Royal Artillery Memorial.

2. Recogido en las memorias de Pete Shotton, *John Lennon in my Life, op. cit.*

3. «Hey Jude», escrita por Paul McCartney, aunque figure como de Lennon y McCartney, se lanzó como disco sencillo en agosto de 1968. Citada a menudo como una de las mejores canciones de todos los tiempos, fue el sencillo de mayor duración (unos siete minutos) en alzarse con el número 1 de ventas en el Reino Unido y en todo el mundo. Fue el primer lanzamiento de los Beatles bajo su sello Apple. Paul la escribió originalmente como «Hey, Jules», pensando en consolar a Julian cuando John dejó a Cynthia y se fue con Yoko. Los Beatles la grabaron durante las sesiones del *White Album* y fue la primera canción en ser registrada en una máquina de ocho pistas en los estudios Trident, del Soho.

4. Segunda parte de la entrevista para *Rolling Stone*, «Life with the Lions», de Jann S. Wenner, febrero de 1971.

5. El premio de pintura John Moores sigue siendo el concurso más famoso del Reino Unido. Lleva el nombre de sir John Moores (1896-1993), su patrocinador. Lanzado en 1957, sus obras provienen de una exposición que se celebra en la galería de arte Walker cada dos años, y es uno de los eventos destacados de la Bienal de Liverpool.

6. Paul McCartney hablando en *Anthology*, de los Beatles. Se trata de un *pack* formado por un documental sobre el grupo, un volumen de tres álbumes dobles y un libro que relata la trayectoria de los Beatles. Paul, George y Ringo colaboraron oficialmente. También contiene material cinematográfico de archivo de John.

La serie fue emitida en noviembre de 1995. El libro apareció en 2000, seguido por un vídeo, un *laser disc* y, por último, un DVD en 2003. Los tres álbumes de la antología contienen grabaciones alternativas, material inédito y dos canciones nuevas basadas en cintas de demostración grabadas por Lennon durante sus años postBeatles, concretamente, «Free As a Bird» y «Real Love».

1. *Peter-Panic-Paranoia* es un término acuñado por Aldous Huxley en su novela de 1962, *La isla*. *The Peter Pan Syndrome: Men Who have Never Grown Up*, del psicoanalista Dan Kiley se publicó en 1983 y se convirtió en un éxito de ventas a nivel mundial.

2. Sharon Osbourne, hija del temible empresario de rock, Don Arden, se casó con el líder de Black Sabbath, Ozzy Osbourne y se convirtió en su mánager. Apollonia Kotero saltó a la fama gracias a Prince, intervino en su película *Purple Rain* y después fundó su propia empresa para gestionar el talento de jóvenes artistas multimedia. Tina Davis es una veterana del mundo de la música que fue mánager de Chris Brown. Janet Billig Rich, además de ser una famosa supervisora musical, fue la mánager de los Smashing Pumpkins, Hole, Nirvana, The Lemonheads, Lisa Loeb y de muchos otros. Dianna Hart de la Garza se hizo famosa por ser la mánager de su hija, Demi Lovato.

3. Roag Best, entrevistado por David Leafe para el *Daily Mail* en diciembre de 2018.

1. «Hacer tus diez mil horas» es la idea atribuida al escritor psicodélico Malcolm Gladwell, que sostiene que son necesarias diez mil horas de práctica para alcanzar la categoría de maestro en cualquier actividad.

Aunque su aseveración de que son necesarias veinte horas de actividad semanales durante un periodo de diez años ha sido refutada, en su libro *Fueras de serie: por qué unos tienen éxito y otros no*, Madrid, Taurus, 2009, Gladwell sostiene, por ejemplo, que la serie ininterrumpida de conciertos que los Beatles dieron en Hamburgo siendo muy jóvenes, los capacitaron para convertirse en el grupo de mayor éxito de la historia; o que si Bill Gates ha sido capaz de amasar semejante fortuna se debe a que llevaba desde la adolescencia pegado a un ordenador. Un estudio reciente de la Universidad de Princeton ha estudiado a fondo esta teoría y ha llegado a la conclusión de que solo se aplica realmente en campos sometidos a reglas establecidas y con estructuras específicas, como el ajedrez, el tenis y la música clásica. El estudio demostró con abundantes datos que en las actividades más flexibles y basadas en el azar, como el mundo de la empresa y el rock and roll, donde no hay reglas, el éxito y la maestría no son solamente una cuestión de práctica. El talento es, y siempre ha sido, el gran misterio.

2. John, citado en *Anthology*, 1995, que celebra su vigésimo quinto aniversario en 2020.

3. El existencialismo es un movimiento filosófico y literario asociado a una corriente cultural que surgió en Europa durante los años cuarenta y cincuenta. Entre sus representantes destacan en Francia Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty; Karl Jaspers, Martin Heidegger y Martin Buber, en Alemania. Kierkegaard y Nietzsche fueron los precursores de dicha corriente. Las ideas de Sartre son más conocidas a través de sus obras de ficción (por ejemplo, *La náusea* y *Sin salida*) que a través de sus trabajos más filosóficos *(El ser y la nada*, *Crítica de la razón dialéctica)*. Los años de la posguerra unieron una gran variedad de escritores y artistas bajo la bandera del existencialismo, incluidos (retrospectivamente) Dostoievski, Ibsen y Kafka, Jean Genet, André Gide, André Malraux y Samuel Beckett. Del mismo modo, pintores expresionistas abstractos como Jackson Pollock, Arshile Gorky y Willem de Kooning o los cineastas Jean-Luc Godard e Ingmar Bergman fueron considerados como pertenecientes a dicha corriente. A mediados de la década de 1970, el prestigio cultural del existencialismo había caído en picado y era objeto de burlas y parodias, como las de Woody Allen en sus libros y películas.

4. Astrid Kirchherr, citada en *The Beatles: The Biography*, de Bob Spitz, Brown&Lane, 2005.

5. John tuvo ocasión de conocer a la verdadera Brigitte Bardot en 1968. Estaba nervioso, llegó drogado al encuentro y más tarde lo recordó como una «una noche jodidamente terrible, incluso peor que encontrarse con Elvis». Las fantasías que aún conservaba acerca de la que había sido su diosa sexual de la adolescencia se desvanecieron, y tal vez marcaron un punto de inflexión en su matrimonio con una mujer que se había convertido en una rubia platino para parecerse a la actriz francesa.

6. Astrid Kirchherr en una entrevista para el programa de radio *Talk Fresh Air*, producido por WHYY-FM, una estación de FM pública de Filadelfia, en colaboración con las estaciones de la National Public Radio de Estados Unidos, en enero de 2008.

7. Yoko Ono, citada en la página web oficial del Stuart Sutcliffe Fan Club: <stuartsutcliffefanclub.com/beatles.html>.

8.Pauline Sutcliffe, entrevistada por Gary James para <www.stuartsutcliffefanclub.com>. La señora Sutcliffe, fallecida el 19 de octubre de 2019, escribió su libro, *The Beatles' Shadow: Stuart Sutcliffe and his Lonely Hearts Club*, en colaboración con el difunto periodista Douglas Thomson. Fue publicado por Sidwick&Jackson en 2001. Ms. Sutcliffe murió el 13 de octubre de 2019.

9. De la canción «You Always Hurt the One You Love», escrita por Allan Roberts y Doris Fisher, que fue un gran éxito de los Mills Brothers en 1944, de Connie Francis en 1958, de Fats Domino en 1960 y de muchos más. Incluso Ringo hizo su propia versión para su álbum *Sentimental Journey*, lanzado inmediatamente después de la ruptura del grupo y compuesto por canciones que había oído cantar a su madre durante su infancia.

10. Famosa calle del barrio St. Pauli, en Hamburgo. *[N. de la T.]*

11. Entrevista de la autora con Frank Allen, de The Searchers.

12. El gran Ted *Kingsize* Taylor era el líder de la banda de rock Kingsize Taylor and The Dominos, que apareció en la escena musical de Liverpool a finales de los cincuenta como rivales de los Beatles. Durante una breve temporada formaron parte de los grupos que llevaba Brian Epstein, pero rompieron con él en 1963, tras haber tocado en el Cavern Club en enero de 1961 con Cilla White como cantante invitada. Cilla tenía entonces diecisiete años y después se convertiría en una solista conocida con el nombre de Cilla Black.

Adrian Barber se dio a conocer tras haber grabado el disco de los Beatles *Live! At the Star-Club in Hamburg, Germany; 1962*, y se hizo aún más famoso como ingeniero de grabación y productor en el legendario sello Atlantic Records, de Ahmet Ertegün y Herb Abramson, donde produjo el primer álbum de la Allman Brothers Band, en 1969. También produjo *Loaded*, de la Velvet Underground.

Cuando en la década de los ochenta se abrió una causa judicial sobre el posible lanzamiento de *The Hamburg Tapes* en CD, los Beatles le pidieron a Frank Allen que apareciera como testigo en su favor. ¿Por qué? No tenía idea. Todo lo que pudo declarar fue que había escuchado las grabaciones que se estaban reproduciendo. «Nada más —admitió—. Pero aporté mi granito de arena y presté testimonio el mismo día que George Harrison y Cliff Bennett.»

Live! At the Star-Club in Hamburg, Germany; 1962, fue lanzado como álbum doble en 1977, contenía unas treinta canciones interpretadas por los Beatles. La grabación de baja calidad se había realizado en una grabadora de bobinas Grundig con un solo micrófono colocado en la parte delantera del escenario. Taylor afirmó que John aceptó que hicieran la grabación en vivo a cambio de cerveza gratis. La fecha de grabación, a menudo controvertida, fue probablemente el 31 de diciembre de 1962, el último día que los Beatles pasaron en Hamburgo, con el añadido posterior de otras canciones grabadas con anterioridad. Taylor intentó vender las cintas a Brian Epstein cuando la Beatlemanía estaba en su punto álgido. A Epstein no le gustó la calidad del sonido y le ofreció una suma insignificante. Taylor retuvo las grabaciones en su casa hasta 1973, cuando decidió investigar su valor comercial. Allan Williams, que también estuvo involucrado, refutó la historia de Taylor. El plan era vender las cintas a Apple por unas diez mil libras, pero el acuerdo no llegó a fructificar.

Los avances posteriores en remasterización mejoraron ligeramente la calidad de sonido de las cintas, pero siguen siendo mediocres. El álbum tiene valor principalmente como un registro histórico de las actuaciones del club en vivo del grupo antes de que alcanzara fama mundial. Al final, los Beatles perdieron su caso judicial para bloquear el lanzamiento del álbum. Este fue lanzado en distintos formatos hasta 1998, dieciocho años después de la muerte de John, cuando por fin los Beatles lograron recuperar los derechos de sus actuaciones.

1. Las relaciones sexuales entre hombres en Inglaterra y Gales no se despenalizaron hasta finales de la década de los sesenta, más tarde en Escocia e Irlanda del Norte. La Ley de Delitos Sexuales fue aprobada por el Parlamento y recibió el refrendo real el 27 de julio de 1967. Durante la década de 1950, se perseguía toda conducta homosexual.

2. El coronel Tom Parker nació en los Países Bajos con el nombre de Andreas Cornelius Van Kuijk. Se fugó a Estados Unidos en un barco a los dieciocho años, posiblemente para escapar del enjuiciamiento por participar en actividades delictivas, y entró ilegalmente en el país. Nunca tuvo un pasaporte estadounidense, lo que significa que no podía salir del país. Debido a esto, su protegido, Elvis Presley, nunca pudo viajar fuera de Estados Unidos. Parker pasó de ser un simple feriante a dedicarse a la promoción musical, se otorgó a sí mismo el título de «Coronel» y descubrió a Elvis en 1955. Le consiguió un contrato de grabación con RCA Victor y aprovechó el éxito de su debut «Heartbreak Hotel» para ganar mucho dinero con el material promocional, mercancías, los contratos de televisión y las películas de Elvis. Llegó a ser tan indispensable para Elvis que se llevaba la mitad de todo lo que ganaba. Sin embargo, vendió los derechos de las primeras grabaciones de Presley, que le habrían mantenido cómodamente hasta la vejez. La aparición de los Beatles supuso un bajón en la popularidad de Elvis. Su posterior relación y matrimonio con una menor de edad llamada Priscilla Beaulieu dañaron su imagen y le pasaron factura. Elvis se volvió adicto a los fármacos, aumentó de peso hasta ser obeso y se convirtió en una parodia de sí mismo que solo actuaba en Las Vegas. Realizó algunas giras, pero había perdido la magia. Parker se desvaneció de su vida y perdió la mayor parte de su fortuna en las mesas de juego. Elvis murió tras un ataque cardiaco en agosto de 1977, con solo cuarenta y dos años. Parker aguantó veinte años más y murió en enero de 1997, a los ochenta y siete años.

3. Los Grades pertenecían a una familia de emigrantes rusos judíos, de apellido Winogradski, que se convirtieron en grandes magnates de la industria de entretenimiento británica durante los años cuarenta. Lovat/Lev/Louis Winogradsky se convirtió en lord Lew Grade, el «barón», productor, empresario y titán de la industria. Sus hermanos pequeños, Boris y Lazslo, se convirtieron a su vez en lord Bernard Delfon y Leslie Grade, respectivamente: el uno empresario teatral; el otro, mánager artístico y fundador con Lew de The Grade Organization.

4. *The Young Ones (Los jóvenes)* fue una serie británica emitida en los años ochenta que cuenta con un tono de humor surrealista la historia de cuatro jóvenes universitarios que comparten piso: un punk, un anarquista, un hippie y un misterioso joven. Uno de sus episodios fue «Summer Holiday». En España fue emitida por La 2 y TV3. *[N. de la T.]*

5. Frank Sinatra quedó particularmente impresionado con «Something», a la que definió como «la mejor canción de amor jamás escrita», cantándola en varios de sus conciertos. Curiosamente, no solo comentó que «Something» era su canción favorita de «Lennon y MacCartney», sino que frecuentemente la presentaba como tal. Aparentemente, a Harrison no pareció importarle. Es más, tomó prestado un cambio de la letra hecho por Sinatra: donde en la canción original se decía *«you stick around now it may show» («Quédate conmigo, quizás ocurra»)*, Sinatra cambió a *«you stick around, Jack, she might show» («Quédate conmigo, Jack, quizás ocurra»)*. Este cambio fue aprobado por Harrison, quien utilizó la misma letra cada vez que interpretó «Something» en su gira por Estados Unidos de 1974 y por Japón en 1991-1992.

6. Jeff Dexter, entrevistado por la autora, Londres, 2012.

7. Johnnie Hamp, entrevistado por la autora, Stockport, 2019.

8. Acortamiento de *existencialista*, es decir, al estilo «Julio César». *[N. de la T.]*

9. *Artists and repertoire* (artistas y repertorio). Es la división de una discográfica que se encarga del descubrimiento de nuevos talentos y de supervisar el desarrollo artístico de los músicos de la compañía. *[N. de la T.]*

10. Cynthia Lennon, conversación con la autora, 1989.

11. El piso de Brian estaba en la planta baja del número 36 de Falkner Street, en la actualidad es un edificio famoso por ser una de las localizaciones de la serie *Peaky Blinders* y la escena de un asesinato auténtico en 2017. Ni John ni Cynthia podían haber sabido que la madre de John, Julia, se había casado con Alfred Lennon en la misma oficina del Registro Civil, veinticuatro años antes, ni que habían ido a celebrarlo al mismo establecimiento, el Reece's Café.

12. Uno de los apodos de Brian Epstein. *[N. de la T.]*

1. Pete Best rememorando los días en Hamburgo en su libro *Beatle! The Pete Best Story, op. cit.*

2. John, citado en *All We Are Saying*, la versión del libro publicado por David Sheff con las últimas entrevistas que hizo a John y a Yoko en el Dakota, en diciembre de 1980. Una vez más, puede que la memoria le fallara a John. Lo cierto es que se quedó con Brian Epstein en Sitges, un pueblo costero situado en la costa del Garraf, al sur de Barcelona. Torremolinos se encuentra en la Costa del Sol, a unos ochocientos kilómetros al sur-suroeste por aire y a nueve horas en coche.

3. John, citado en *Lennon Remembers, op. cit.*, de Jann S. Wenner.

4. En los años sesenta, Sitges fue el centro de la contracultura española y se ganó la fama de ser una especie de Ibiza en pequeño. El pueblo era un destino habitual de los veraneantes de Barcelona y tenía playas para gais y nudistas.

5. La tía paterna de Paul, la tía Gin, tuvo su momento de gloria con la canción «Let 'Em In», del álbum *Wings at the Speed of Sound* de 1976. El sencillo con la canción llegó al número 2 en el Reino Unido y al número 3 en Estados Unidos. Además de a su adorada tía, Paul mencionó a su hermano, Mike McCartney; a su cuñado, John Eastman; y a «Phil y a Don», los Everlys. «El tío Ernie» se refiere al batería de The Who, Keith Moon, quien interpretó el papel del tío Ernie en la versión cinematográfica de su ópera rock, *Tommy*. Ringo puso voz al mismo personaje en la grabación de la pieza con la Orquesta Sinfónica de Londres. «Sister Suzy» es Linda McCartney, quien grabó la canción autodenominada «Seaside Woman» como Suzy and The Red Stripes, en 1977.

«Martin Luther» no se refiere al clérigo alemán del siglo XVI ni al doctor Martin Luther King, del siglo XX, el famoso activista estadounidense por los derechos civiles, sino a John Lennon. Paul, Ringo y George solían llamarlo «John Martin Luther Lennon», seguramente para burlarse del nombre que asumió después de casarse con Yoko en 1969: John Winston Ono Lennon.

6. McCabe, Peter, y Schonfield, Robert D., *John Lennon: For The Record*, Bantam, 1984.

7. Conversación de John y Pete recogida en *John Lennon in my Life, op. cit.*, de Pete Shotton.

8. Citado por Christopher Andersen, *Mick: The Wild Life and Mad Genious of Jagger*, Gallery Books, 2012. El autor cita a Angie Bowie sobre el tema de su exesposo y Mick Jagger: «Estaban escribiendo “Angie” cuando los pillé en la cama juntos».

9. John, en conversación con Jann S. Wenner para *Lennon Remembers*, Blackwell, 2020, la versión en libro de la larga entrevista que Wenner hizo a Lennon en diciembre de 1970 y serializada en la revista *Rolling Stone*.

10. Hablando de grabaciones novedosas, Andy White estaba casado con la artista Lyn Cornell, una exVernon's Girl que había sido miembro de The Pearls, las protegidas de Phil *The Collector* Swern. Como miembro The Carefrees, disfrutó del sencillo más vendido de los Beatles «We Love You Beatles» (1964). La canción favorita de la autora en esta categoría sigue siendo la excéntrica interpretación de Dora Bryan «All I Want for Christmas Is a Beatle», de 1963 (que alcanzó el número 20 en las listas del Reino Unido).

11. Comunicado de prensa de Paul el 9 del marzo de marzo de 2016, ampliamente difundido.

1. Tal como John declaró en la serie *Anthology*.

2. Extraído del *Quijote*, del escritor español del siglo XVI Miguel de Cervantes, «luchar contra molinos de viento» significa perseguir un objetivo poco realista, poco práctico o imposible, o luchar contra enemigos imaginarios.

3. La terapia primal, primitiva o del grito de Arthur Janov es un tipo de intervención psicológica que parte de la idea de que el sufrimiento que genera la negación de nuestras necesidades primarias (el amor, la aceptación, la experimentación y el sustento) debe ser expresado de manera simbólica. El objetivo de la terapia primal es reconectar con ese sufrimiento, de manera que podamos revivir el dolor y reelaborarlo, expresándolo, para poder superarlo. *[N. de la T.]*

4. George Martin y Jeremy Hornsby, *All You Need Is Ears*, Martin's Press, 1979.

5. Sor Sonrisa o la Monja Cantante, o Singing Nun eran los nombres artísticos de la cantante y compositora belga Jeanne-Paule Marie Deckers (17 de octubre de 1933-29 de marzo de 1985), también conocida con el nombre de Jeannine. Pertenecía a la Orden Dominica, donde recibía el nombre de hermana Luc-Gabriel. Se hizo famosa en 1963 gracias a su interpretación de la popular canción francesa «Dominique», que trata de una monja de su orden. El disco fue un éxito en muchos países y logró meterse en el *Billboard Hot 100*. Sor Sonrisa tuvo un final trágico. Un contrato desafortunado con una casa discográfica la sumió en la miseria y en una crisis de fe hasta el punto de que se retiró de las dominicas y acabó suicidándose junto a Annie Pécher, una amiga de toda la vida, a los cincuenta y dos años de edad.

1. Cynthia Lennon, en su segundo libro de memorias, *John*, Hodder&Stoughton, 2005 (trad. cast.: *John,* Barcelona, Ma Non Troppo, 2006).

Capítulo 11. **Años vividos**

1. El Toby Jug, de Tolworth, Surrey, fue un pub de parada obligada en el circuito de conciertos de rock durante los años sesenta y setenta. Allí tocaron muchos grupos y artistas famosos, como Muddy Waters, Led Zeppelin, Yes, Jethro Tull, The Yardbirds, Ten Years After, King Crimson, Fleetwood Mac, y más tarde los Stranglers, Squeeze, The Fabulous Poodles, The Damned, Ultravox y muchos más. En 1972, David Bowie deslumbró a todo el mundo en lo que se conoció como *Ziggy Stardust Tour*. A pesar de que las biografías y los documentos siempre citan el Toby Jug por haber presentado «el primer» concierto de Ziggy Stardust, Nicky Graham, el teclista de los Spiders y ejecutivo de Mainman (empresa de gestión de Bowie), no está de acuerdo: «Para aquellos de nosotros que estuvimos allí, el concierto de Epsom, en el Ebbisham Hall, organizado por el DJ Bob Harris, fue realmente el primer concierto de Ziggy Stardust —insiste—. Hasta entonces, no se había organizado nada igual».

El pub entró en declive durante los años noventa, víctima de la evolución de la música en vivo, y fue demolido en 2000. Adiós a las cosas bonitas.

2. Los hermanastros de John por línea paterna son David Henry Lennon, nacido el 26 de febrero de 1969, y Robin Francis Lennon, nacido el 22 de octubre de 1973.

3. En referencia a la frase «All the Lonely People», de «Eleanor Rigby» de los Beatles. *[N. de la T.]*

4. En 1990, Pauline Lennon publicó *Daddy Come Home: The True Story of John Lennon and His Father* (HarperCollins, 1990), unas memorias acerca de su relación con el padre de John y sus encuentros con su hijo que se basan principalmente en la autobiografía nunca publicada de su marido, Alfred Lennon. Tras enviudar de Alfred, Pauline se volvió a casar y se convirtió en la señora Stone.

1. Cita atribuida a distintos personajes famosos, desde el productor cinematográfico Samuel Goldwin hasta el campeón de golf Gary Player. Es probable que fuera originalmente de Thomas Jefferson, padre fundador y presidente de Estados Unidos, que dijo: «Soy un firme creyente en la suerte. Cuanto más trabajo, más suerte suelo tener».

2. Se refiere a la canción «Taxman», que significa «recaudador de impuestos». *[N. de la T.]*

3. Este récord de asistencia se mantuvo durante ocho años, hasta que fue superado por Led Zeppelin, que reunió a 56.800 fans en el Tampa Stadium de Florida, en 1973.

El Shea Stadium lleva el nombre de William Shea, un abogado de Nueva York que logró que la Liga Nacional de Béisbol volviera a jugarse en la ciudad. Abrió sus puertas el 17 de abril de 1964 y dio la bienvenida por primera vez a los Beatles el 23 de agosto de 1966. En agosto de 1970 se celebró allí el concierto benéfico *Summer Festival for Peace*, que contó con la participación de Paul Simon, Janis Joplin, Steppenwolf, Creedence Clearwater Revival y otros artistas. En 1971, Grand Funk Railroad, apoyados por Humble Pie, superaron el récord de venta de entradas más rápido, que estaba en poder de los Beatles. Al igual que el Wembley Stadium de Londres, el Shea se convirtió en un espacio dedicado principalmente a conciertos, donde han actuado figuras de la talla de Jethro Tull, The Who, Simon and Garfunkel o The Police. «Nos gustaría agradecer a los Beatles por prestarnos su estadio», gritó Sting desde el escenario. En octubre de 1979, el papa Juan Pablo II pronunció un discurso en el estadio. En octubre de 1989, los Stones tocaron seis noches seguidas; y en agosto de 1992, lo hicieron Elton John y Eric Clapton.

Springsteen y su E Street Band actuaron allí en octubre de 2003. En 2008, el estadio celebró su último concierto, *The Last Play at Shea*, en el que participaron Billy Joel, Tony Bennett, Steve Tyler, Don Henley y otros artistas. Paul McCartney salió al escenario para hacer una conmovedora interpretación de «Let It Be». El estadio fue demolido en 2009 y sustituido por el City Field. Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el City Field fue utilizado como cuartel general de las operaciones de rescate y almacén de suministros médicos, alimentos y agua, y lugar de descanso para quienes participaron en los rescates.

4. Linda Eastman se casó con Paul McCartney en 1969, en Londres. Nacida el 24 de septiembre de 1941 en Scarsdale, Nueva York, era hija de Leopold Epstein, un abogado del mundo del espectáculo que se había cambiado el nombre por el de Lee Eastman, que sonaba más anglófono. La madre de Linda había fallecido tres años antes, cuando viajaba en un avión de American Airlines que se estrelló en Queens, en marzo de 1962. Linda se había divorciado de su primer marido, con el que tenía una hija de tres años, y trabajaba como fotógrafa. Conoció a Paul durante un concierto de Georgie Fame en el club Bag O'Nails. Volvieron a encontrarse cuatro días más tarde, en casa de Brian Epstein, durante la fiesta de presentación del álbum *Sgt. Pepper*, y un año más tarde en Nueva York, cuando John y Paul estaban en la ciudad para el lanzamiento de Apple Records. Su boda con Paul enfureció a los fans, que le dijeron de todo por haberles robado al último Beatle disponible. Por su parte, John se casó con Yoko en Gibraltar ocho días más tarde. Tanto Yoko como Linda han sido acusadas sin fundamento de haber sido las causantes de la ruptura del grupo. Linda murió de cáncer de mama el 17 de abril de 1998, a la edad de cincuenta y seis años.

La actriz y modelo Barbara Bach se convirtió en la señora de Ringo Starr (actualmente *lady* Starkey) en abril de 1981, poco después de que se conocieran ese año durante el rodaje de la película *Cavernícola*. Nacida el 27 de agosto de 1947, en Rosedale, Queens, con el nombre de Barbara Goldbach, se hizo mundialmente famosa como chica Bond en la película de 1977 en *La espía que me amó*. Su hermana Marjorie es la quinta esposa de Joe Walsh, de los Eagles.

5. De «Getting Better» («Mejorando»), perteneciente al álbum *Sgt. Pepper*.

6. Los hijos de los Beatles son:

De Ringo: Zak Starkey, nacido el 13 de septiembre de 1965, batería de The Who, de Paul Weller, de The Waterboys, de Oasis, etcétera; Jason Starkey, 19 de agosto de 1967; Lee Starkey, 11 de noviembre de 1970.

De Paul: Heather McCartney (hija de Linda, a quien Paul adoptó), 31 de diciembre de 1962; Mary McCartney, fotógrafa, 28 de agosto de 1969; Stella McCartney, diseñadora de moda, 13 de septiembre de 1971; James McCartney, músico, 12 de septiembre de 1977; Beatrice, su hija con su segunda esposa, Heather Mills, 28 de octubre de 2003.

De John: Julian Lennon, músico y fotógrafo, 8 de abril de 1963; Sean Ono Lennon, músico, 9 de octubre de 1975.

De George: Dhani Harrison, nacido el 1 de agosto de 1978, de su segunda esposa Olivia.

7. La neoyorquina Veronica Bennett, Ronnie, la «chica mala del rock and roll», fue la cantante principal de un grupo femenino muy popular, The Ronettes, donde también actuaban su hermana Estelle y su prima Nedra. Aunque se sintió seriamente atraída por John, que estaba igualmente enamorado, Ronnie se casó con su productor Phil *Wall of Sound* Spector en 1968. Vivió años de maltrato doméstico y tuvo que sufrir que su marido la retuviera a punta de pistola y saboteara su carrera. En 1972, cuando Spector le confiscó los zapatos para evitar que escapara, no tuvo más remedio que huir descalza del domicilio conyugal, burlando las alambradas y los perros guardianes, con la ayuda de su madre. Su libro de memorias publicado en 1990, *Be My Baby: How I Survived Mascara, Miniskirts and Madness*, con un prólogo de Cher y una introducción de Billy Joel, es una lectura irresistible.

Posteriormente se designó a Spector para trabajar en el proyecto de *Let It Be*. John contrató a Spector en 1973 como productor de su álbum de clásicos del rock de los años cincuenta y sesenta, *Rock'n'Roll*. El álbum finalmente apareció en el mercado en 1975 (después de superar un montón de problemas, entre ellos que Spector desapareciera con las cintas de la grabación, un accidente de motocicleta y una disputa legal con el temible ejecutivo de música estadounidense Morris Levy, que había demandado a John por infracción de derechos de autor por una frase de la canción «Come Together»). La famosa foto de portada con John vestido con una chupa de cuero ante la puerta de un club de Hamburgo fue tomada en abril de 1961 por el amigo de los Beatles Jürgen Vollmer, y solo apareció años después. John diría de Spector: «Me gusta mucho su trabajo, pero no puedo decir lo mismo de su forma de ser».

1. El antiguo estadio, que se encontraba en la ventosa costa oeste de la bahía de San Francisco, lleva el nombre de los llamados pájaros candelabro, una variedad de zarapitos también conocida como «pájaro enfermo», muy común en la zona.

Paul McCartney dio el último concierto allí en agosto de 2014, antes de que el estadio fuera demolido. Primero y último: la especialidad de Paul.

2. Del poema «Los hombres huecos», de T. S. Eliot.

3. Un *geta* es un tipo de calzado típicamente japonés, parecido a una chancla con la suela de madera.

1. Johann Wolfgang von Goethe fue un poeta alemán, filósofo, novelista, dramaturgo, estadista, autor de *Fausto*, y una de las figuras principales del movimiento literario *Sturm und Drang* del siglo XVIII, cuyo principal objetivo era la expresión de las emociones extremas en el arte, especialmente en la música y la literatura.

2. Ken Townsend, ingeniero de sonido en EMI, fue quien inventó el sistema ADT *(artificial/automatic double tracking)* por petición expresa de Lennon. Este no soportaba el laborioso proceso de doble seguimiento y sobregrabación durante las sesiones, y no dejaba de incordiar a los técnicos para encontrar alguna forma mecanizada de lograr mejoras. Fue Townsend quien tuvo la idea de usar el retraso de la cinta y añadirlo para rellenar las voces de John. Dicho retraso engordaba y enriquecía el sonido. Los Beatles comenzaron a usar el sistema en sus grabaciones instrumentales. Lo que se oye en «Tomorrow Never Knows» es, en realidad, un doble seguimiento manual, pero el resto del álbum *Revolver* se beneficia del ADT. Echad un vistazo a la guitarra interpretada por George en «I'm Only Sleeping», o su guitarra principal en «Taxman»; también en «Within You, Without You», «Being for the Benefit of Mr Kite», «Blue Jay Way» y «I Am the Walrus». Muchos otros músicos se aprovecharon de esta técnica durante los años sesenta y setenta. Su popularidad se desvaneció con el advenimiento de la tecnología digital en los años ochenta. Técnicas que antes eran inimaginables ahora se pueden lograr fácilmente con un simple *software* para ordenador.

3. George Martin y Jeremy Hornsby, *All You Need Is Ears, op. cit.*

4. En referencia a la canción «Tomorrow Never Knows», incluida en el álbum *Revolver*. *[N. de la T.]*

5. Se refiere al estándar de cuatro voces a capela de los años veinte, «Wedding Bells», con letra de Willie Raskin e Irving Kahal y música de Sammy Fain. Probablemente, Paul estaba familiarizado con la grabación de 1954 de los Four Aces.

6. Cita perteneciente al Nuevo Testamento, 1 Corintios 13:11, Primera Epístola de Pablo a los Corintios. La idea es que ocurrirá lo mismo con los creyentes cuando Cristo regrese, y cuando nuestra comprensión parcial de Dios se vuelva plena y madura.

7. Nombre que se daba al peinado típico de los Beatles. *Moptop* también se suele traducir como «melenudo», «greñudo». *[N. de la T.]*

8. PPL PRS Ltd. es el organismo que gestiona los derechos de autor en el mundo de la música del Reino Unido; agrupa las organizaciones que protegen los derechos de interpretación musical y cobran regalías en nombre de los artistas (<https://pplprs.co.uk/>).

9. La secuencia de *One World* de los Beatles fue posteriormente coloreada por ordenador con el fin de modernizarla para la serie documental *Anthology*.

10. Referencia a parte de la letra de «A Day in the Life», tema incluido en el álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band: «I read the news today, oh boy». [N. de la T.]*

11. John, en una entrevista concedida a *Rolling Stone* en 1970.

1. Un retiro espiritual *ashram* suele estar alejado de otros asentamientos humanos, situado en un entorno pacífico y natural que da la bienvenida a aquellos que buscan orientación e iluminación. Se requiere que los asistentes vivan de manera simple, libres de las imposiciones de sus estilos de vida habituales, y que renuncien a los malos hábitos, como el tabaco, el alcohol y las drogas.

Rishikesh, en el norte de la India —considerado uno de los lugares más sagrados del hinduismo—, está situado en las montañas donde se hallan las fuentes del Ganges. Es la «capital mundial del yoga», y todos los meses de marzo acoge un festival internacional de yoga.

2. Su madre, la actriz irlandesa estadounidense Maureen O'Sullivan, fue una estrella de Hollywood que interpretó más de sesenta películas. Hizo el papel de Jane para *Tarzán*, con Johnny Weissmüller, en la serie de películas sobre el hombre mono de los años treinta y cuarenta. Ella y su esposo, el director John Villiers Farrow, tuvieron siete hijos juntos.

3. El titular es un juego de palabras que crea un nombre imaginario de un gurú juntando los términos *veririchi* (*very rich*, «muy rico») y *lotsamoney* (*lots of money,* «mucho dinero») con «Yogi Bear» («el oso Yogui»), empleando el doble sentido del nombre del popular personaje de dibujos animados y el término *yogui*, que se utiliza para referirse a los aficionados al yoga. *[N. de la T.]*

4. Entrevista de John concedida a la revista *Playboy*, publicada en 1981. Prudence Farrow Bruns publicó sus memorias en 2015, *Dear Prudence: The Story Behind the Song*. Prudence, citada en una entrevista para *Rolling Stone* en septiembre de 2015.

5. Butlin's es una cadena de grandes balnearios del Reino Unido. *[N. de la T.]*

6. Aunque Jenny había conocido a Mick Fleetwood cuando tenía dieciséis años, tuvieron una larga relación intermitente antes de casarse en 1970, divorciándose seis años después. Se volvió a casar con el batería de Fleetwood Mac al año siguiente, y se divorció de él doce meses después. La pareja tuvo dos hijas. Jenny volvió a casarse con un músico de rock, el batería Ian Wallace (que había trabajado con Bob Dylan, Bonnie Raitt, King Crimson, Crosby, Stills and Nash, y Don Henley), pero la relación acabó en divorcio. A finales de la década de 1980, se matriculó como estudiante mayor de veinticinco años en UCLA, y se doctoró en Comportamiento Humano. Se convirtió en consultora clínica y escritora. Entre sus libros figuran *It's Not Only Rock'n'Roll* y *Jennifer Juniper: A Journey Beyond the Muse*.

7. Donovan, en declaraciones a la revista *Rolling Stone*, en 2012.

8. Existe edición en castellano por Ediciones B. *[N. de la T.]*

9. Citado en Jann S. Wenner, *Lennon Remembers, op. cit.*

10. *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens (la cita juega con el principio de la célebre novela: «Era el mejor y el peor de los tiempos, una edad de sabiduría y de necedad...» *[N. de la T.]*).

11. En 2019, se anunció que Peter Jackson, el director de *El señor de los anillos*, había recibido el encargo de convertir cincuenta y ocho horas de metraje de archivo y ciento cuarenta horas de grabaciones de audio, más el metraje en vivo del concierto de los Beatles en la azotea, en un nuevo documental llamado *Let It Be*. Es posible que una nueva edición del *Let It Be* original aparezca tras el estreno de la película de Jackson en 2020, para conmemorar su quincuagésimo aniversario.

12. La canción «Hey Jude» empezó llamándose «Hey Jules», y Paul la escribió para animar a Julian Lennon tras la separación de sus padres. Fue la primera canción de los Beatles grabada en ocho pistas, en los ahora desaparecidos Trident Studios, St. Anne's Court, en el Soho de Londres. Con una duración de siete minutos y once segundos, fue el sencillo más largo hasta la fecha en alcanzar el número 1 en el Reino Unido. Podemos compararla con los ocho minutos y medio de «American Pie», de Don McLean; con los siete minutos y ocho segundos de «Layla», de Clapton; con los seis minutos del sencillo «Bohemian Rhapsody», de Queen; con los siete My Fire», de The Doors.

Hasta que fue adolescente, Julian nunca supo que Paul había escrito la canción para él, tal como se menciona en Steve Turner, *A Hard Day's Write: The Stories Behind Every Beatles Song*, HarperPerennial, 1999.

13. Paul, citado en Barry Miles, *Paul McCartney: Many Years from Now*, Henry Holt and Company, 1998.

14. Julian, citado en Steve Turner, *A Hard Day's Write: The Stories Behind Every Beatles Song*, Harper Perennial, 1999.

15. Cynthia estuvo casada entre 1970 y 1973 con el empresario de hostelería Roberto Bassanini; entre 1976 y 1982, con John Twist, un ingeniero de Lancashire. Luego vivió con Jim Christie, un chófer de Liverpool durante diecisiete años, hasta que se separaron en 1998. Su cuarto y último matrimonio con Noel Charles, propietario de un club nocturno, duró hasta 2002, cuando él falleció de cáncer. La propia Cynthia murió de cáncer en 2015.

16. «The Ballad of John and Yoko» fue un sencillo de los Beatles lanzado en mayo de 1969, su *single* número 17, el primer disco de los Beatles lanzado en estéreo y su último número 1 británico. John escribió la canción estando en París y en ella solo aparecen dos miembros del grupo: John, a la guitarra; y Paul, al bajo y a la batería.

1. Entrevista con el autor.

2. «Goin' Back», la canción de éxito que cantaban Gerry Goffin y Carole King en 1966, posteriormente versionada por muchos cantantes, entre ellos, Dusty Springfield, The Byrds, Freddie Mercury cuando era Larry Lurex y la propia Carole King.

3. Entrevista a Mimi realizada por Christopher Peacock para Southern Television en 1981. Fue la única entrevista que Mimi concedió a la televisión.

La casa de la tía Mimi ocupaba un terreno que desde entonces se ha convertido en una de las propiedades más revalorizadas del mundo, un lugar para los ricos y famosos. Tras la muerte de Mimi, Yoko la demolió y vendió el terreno. La casa que actualmente se levanta en su lugar se llama Imagine y está valorada en unos siete millones de libras.

4. Los Beatles conocían a Maureen de la época del Cavern Club. Solo tenía dieciséis años cuando empezó a salir con Ringo. Para John, Paul y George era como una especie de hermana, de ahí el famoso enfado de John.

Pattie Boyd inspiró diez canciones: «I Need You», «Something» y «For Your Blue» a los Beatles; «Layla», a Derek and the Dominos (Clapton); «Mystifies Me» y «Breathe on Me», a Ronnie Wood; «So Sad», a George Harrison; «Wonderful Tonight», «She's Waiting» y «Old Love» a Eric Clapton.

5. Declaraciones exclusivas de Pete Shotton a David Stark realizadas en 1983 y nunca publicadas hasta ahora. Shotton falleció de un infarto en su casa de Cheshire el 24 de marzo de 2017, a la edad de setenta y cinco años.

6. Gail Renard, la quinceañera en cuestión, había logrado colarse en la habitación diciendo que llevaba un regalo para la pequeña Kyoko. A pesar de que estuvo toda la semana por allí, por las noches la enviaban a dormir a su casa. Para pagar la reparación de las goteras de su casa, acabó subastando las cartulinas con la letra de «Give Peace a Chance» que John le había regalado.

Roger Scott siguió creando innumerables documentales sobre los Beatles para la agrupación de radio estadounidense Westwood One, incluida la serie de nueve capítulos. *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band: A History of the Beatle Years 1962-1970*, coproducida por el historiador de los Beatles Mark Lewisohn. Roger murió el 31 de octubre de 1989, a la edad de cuarenta y seis años. El 7 de diciembre de ese año se celebró un concierto conmemorativo en Abbey Road en el que participaron Chris Rea, Mark Knopfler, Dave Edmunds, Nick Lowe y otros. Cliff Richard, el cantante que había encendido la pasión de Roger por la música con su canción «Move It», volvió a cantarla. *Whispering* Bob Harris declaró: «Roger Scott fue el mejor DJ que jamás haya pisado este planeta».

7. Apodo de Paul McCartney basado en fonética de su apellido. *[N. del T.]*

8. «Jabberwockyes» un poema de Lewis Carroll que el autor incluyó en *Alicia en el país de las maravillas*. Recurre a palabras inventadas y su sentido es delirante hasta el punto de que se ha convertido, en inglés, en sinónimo de habla sinsentido. *[N. del T.]*

1. John y Yoko en una entrevista con Tariq Ali y Robin Blackburn para el periódico *undeground Red Mole*, enero de 1971.

John en conversación con su amigo, el músico ejecutivo, autor de los Beatles, miembro del personal de la NME desde 1970, y su eventual editor, en 1972.

2. Tony Cox, a la revista estadounidense *People*, en febrero de 1986.

3. *Cold turkey* significa, literalmente, «pavo frío», es una expresión británica para referirse a la forma de dejar de consumir una droga cuando se realiza abruptamente y sin ayuda especializada. *[N. del T.]*

4. La llamada «película sobre culos» o «nalgas» es un corto titulado *Film No 4: 1966-67*. Consiste en una serie de primeros planos de los traseros de gente famosa. Según Yoko, estaba pensado para «estimular el diálogo a favor de la paz mundial».

5. Reportado por la periodista británica Sharon Churcher en el Instituto de Educación sobre Culto Advertiser, de Estados Unidos, en enero de 2001.

1. El antiguo Immigration and Naturalization Service (INS) fue disuelto el 1 de marzo de 2003 como parte de la reorganización posterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Los tres nuevos departamentos creados bajo la tutela del Departamento de Seguridad Interior son el US Citizenship and Immigration Services (USCIS), el Immigration and Customs Enforcement (ICE) y el Customs and Border Protection (CBP).

2. Tariq Ali (1943) es un intelectual, escritor, director de cine e historiador, referente de la izquierda. De origen pakistaní, es colaborador habitual en *The Guardian, London Review of Books*, además de editor y colaborador de *New Left Review. [N. del T.]*

3. La expresión fue acuñada por Erica Jong en su novela feminista de 1973, *Miedo a volar* para referirse a las relaciones sexuales entre personas que no se conocen y que no están emocionalmente vinculadas entre sí. Jong, que en la actualidad tiene setenta y ocho años, describe así ese tipo de encuentros porque «las cremalleras bajaban como pétalos de rosa, las prendas interiores se esfumaban [...] como dientes de león. [...] Para la verdadera, la definitiva jodienda descremallerada era preciso que nunca llegaras a conocer bien al hombre». El libro tocó la fibra sensible de las mujeres insatisfechas de todo el mundo y vendió veinte millones de ejemplares. (Existe edición en castellano, por Alfaguara, 2017 *[N. del T.]*.)

4. En el original, *zipless*, literalmente, «sin cremalleras», acuñado en 1973 por Erica Jong en su novela *Miedo a volar*. Consultar nota 135 de este mismo capítulo. *[N. del T.]*

5. Existe edición en castellano, por Plaza & Janés, 1984. *[N. del T.]*

6. Greta Garbo (18 de septiembre de 1905-15 de abril de 1990), la famosa diva sueca de Hollywood de los años veinte y treinta, declaró que lo único que deseaba era «estar sola».

7. Ahora el Grand Hyatt de Nueva York.

8. Aunque John había sido el primer exBeatle en lanzar un sencillo en solitario en 1969 con «Give Peace a Chance», donde cantaba con Yoko, también fue el último en alcanzar un número 1. Antes lo hicieron George Harrison, con «My Sweet Lord», en 1970; Paul MacCartney, con «Live and Let Die»; y Ringo Starr, con «Photgraph» y «You're Sixteen», todas en 1973. «(Just like) Starting Over», de John, alcanzó las primeras posiciones a finales de diciembre de 1980, tres semanas después de su muerte.

9. John, en conversación con David Sheff en 1980.

1. Declaraciones de Yoko Ono en una entrevista con Philip Norman para el libro *John Lennon: The Life*, HarperCollins, 2008.

1. La tripulación la componían el capitán Hank Halstad, el propio Tyler Coneys y sus primos Kevin y Ellen.

El fenómeno del «Triángulo de las Bermudas mortal» hace referencia a una zona del Atlántico Norte donde se dice que han desaparecido sin dejar rastro tanto barcos como aviones. Muchas de estas noticias han sido desmentidas, pero la teoría que sostiene que se trata de una zona donde se producen fenómenos paranormales persiste.

1. Wayne Philip Colin Sleep es un bailarín, actor y coreógrafo británico, famoso por su pequeña estatura, que apareció en la serie de la BBC *The Real Marigold* y en *The Real Full Monty* de la ITV. *[N. del T.]*

2. Nombre de la iniciativa artística ideada por Yoko Ono, consistente en salir de una gran bolsa cada vez que iniciaba una interpretación ante una audiencia (véase descripción de una de sus actuaciones en capítulo 16). *[N. del T.]*

3. En 2017, la Asociación de Editores Musicales de América (NMPA) anunció su intención de reconocer a Yoko Ono como coautora de «Imagine», corrigiendo así el error histórico reconocido por John en su entrevista con Andy Peebles como suyo. Yoko aceptó el Centenial Award de la NMPA diciendo: «Es el mejor momento de mi vida».

4. Shotton hace un juego de palabras con el título de la canción que Lennon y Bowie escribieron juntos: «Fame», que significa «fama». *[N. del T.]*

1. Existe edición en castellano en Papel de Liar, 2009. *[N. del T.]*

2. Chapman fue sentenciado a cadena perpetua revisable, con una sentencia mínima de veinte años. Ha solicitado su libertad condicional cada dos años desde el 2000, aunque se la han denegado ya una decena de veces. Yoko Ono se ha mostrado en contra de su liberación de manera rotunda. *[N. del T.]*

3. Existe edición en castellano, por Ma Non Troppo, 2006. *[N. del T.]*

1. Para luchar contra las falsificaciones, el INS cambió el diseño de la tarjeta verde en diecisiete ocasiones entre 1952 y 1977. Por ejemplo, en 1964 pasó a ser de color azul pálido. Los colores ayudaban a los agentes de inmigración a distinguir más fácilmente las tarjetas válidas y las caducadas. *[N. de la T.]*

1. La canción no solo tiene ecos de «Jealous Guy» y «A Day in the Life», sino que cuenta con Ringo al melotrón y con su hijo, Zak Starkey, en la batería. Además, tiene un corte de voz sacado de una entrevista de John de 1980 en la que dice: «Como dijo Churchill, todo inglés tiene el derecho inalienable de vivir donde le plazca. ¿Qué va a hacer (Inglaterra), desaparecer? ¿Acaso no va a estar aquí cuando vuelva?». *[N. de la T.]*

2. Nombre de un grupo formado en Lusaka, Zambia, en 2009. *[N. de la T.]*

3. La opinión generalizada dice que esta canción trata del asesinato de John. Cuando le preguntaron a Oldfield, en una entrevista de 1995, este contestó: «Bueno, no realmente, aunque quizá sí, porque cuando vuelvo la vista atrás, recuerdo que aterricé en Nueva York la noche de su terrible asesinato y me alojé en la casa que Virgin Records tenía en Perry Street, que no estaba lejos del Dakota, donde ocurrió todo. Así pues, es probable que el suceso se me quedara grabado en el subconsciente». *[N. de la T.]*

1. Todas las fechas para el Reino Unido. *[N. de la T.]*

2. *Abbey Road*, que salió el 26 de septiembre de 1969, fue el último álbum de los Beatles, pero no fue su último lanzamiento. *Let It Be*, la mayoría de cuyas pistas habían sido grabadas en enero de 1969, finalmente apareció en mayo de 1970, junto con la película homónima. El debate ha seguido durante décadas sobre cuál fue el «último» álbum de los Beatles. Hay muchos pros y contras. «I Want You/She's So Heavy», incluida en *Abbey Road*, fue la última canción que los cuatro Beatles tocaron juntos en el estudio. *Let It Be* es más la banda sonora de película que un álbum de música pura, y es posible que se convirtiera en un álbum de estudio oficial porque los cuatro miembros ya se habían separado. Sin embargo, *Let It Be* es técnicamente el último álbum de los Beatles, mientras que *Abbey Road* es el que los historiadores, expertos y la mayoría de los fans consideran como «el último de los Beatles». El 26 de septiembre de 2019, cincuenta años después de que apareciera el original, *Abbey Road* fue relanzado en una variedad de formatos, mezclados nuevamente por el productor Giles Martin y el ingeniero Sam Okell. El nuevo disco contaba con muchos extras, incluyendo pistas adicionales, recuerdos e imágenes inéditas. Martin (que basó su trabajo en las pistas estéreo que había grabado su padre, George Martin, el productor de los Beatles) comenta en las notas: «La magia proviene de las manos que tocan los instrumentos, la mezcla de las voces de los Beatles, la belleza de los arreglos. Nuestra búsqueda es simplemente garantizar que todo suene tan fresco y te golpee tan fuerte como lo hubiera hecho el día en que se grabó». *[N. de la T.]*

3. Recopilación imprescindible que se convirtió en un éxito de ventas, incluye todos los números 1 de los Beatles en el Reino Unido y Estados Unidos entre 1962 y 1970, y fue lanzado en el trigésimo aniversario de la disolución de la banda, cosa que sigue sometida a debate, tal como ya se ha comentado anteriormente. Los tres Beatles supervivientes se volvieron a reunir en 1994 para el proyecto *Anthology*, utilizando «Free As a Bird» y «Real Love», de Lennon, como base de las nuevas canciones que grabaron y lanzaron como los Beatles. *[N. de la T.]*

4. Fuente: *The Guardian*, 2010. *[N. de la T.]*

5. Referencia a la letra de la canción «God»: *«I was the dream weaver / But now I'm reborn / I was the Walrus / But now I'm John». [N. de la T.]*

6. Con un guiño hacia T. S.Eliot, autor del poema «Los hombres huecos».

7. Música ambiental que se pone en lugares públicos, como aeropuertos, hoteles y comercios, para crear un ambiente tranquilo y relajado. Muzak fue el nombre de la empresa que desarrolló esta idea por primera vez. Se emplea despectivamente como sinónimo de música basura. *[N. de la T.]*

¿Quién mató a John Lennon?
Lesley-Ann Jones

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lesley-Ann Jones, 2020
© de la traducción: Eva Raventós, Fernando Garí Puig, 2020
© de la fotografía de cubierta: David Redfern/ Getty Images
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2020

ISBN: 978-84-480-2803-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!